Estudio crítico

Menéndez Pelayo y Cataluña

Mario Crespo López

Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FHL

© DEL TEXTO: el autor
© DE LA EDICIÓN DIGITAL: Fundación Ignacio Larramendi

Fecha de la edición digital: 2013
Lugar: Madrid (España)

DOI: http://dx.doi.org/10.18558/FIL153

Libro electrónico realizado por DIGIBÍS.

MENÉNDEZ PELAYO Y CATALUÑA

MARIO CRESPO LÓPEZ

Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza
y Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia

INTRODUCCIÓN

Aquest home extraordinari, per nosaltres no es pàs cap foraster;
es un fill de les mateixes entranyes espirituals de la nostra patria
y el més gran admirador que Catalunya ha tingut en terra espanyola.
Antoni Rubió y Lluch, 1912.

Este no es un libro sobre el catalanismo, aunque se traten acepciones del catalanismo en una época crucial en su propia evolución; tampoco es un libro sobre las relaciones entre Cataluña y el resto de España, aunque exista un marco geopolítico latente del que forman parte, junto a claves históricas, prejuicios y revisionismos; tampoco es una biografía de Marcelino Menéndez Pelayo, aunque se traten acontecimientos y relaciones sustanciales en su vida. Es cierto que de estos temas tratan estas páginas. Pero cualquiera de ellos, en un análisis de cierta profundidad, requeriría un trabajo casi inabarcable que excede con mucho no sólo el propósito de estas páginas, sino la capacidad de quien las ha escrito, que es consciente, y las notas al pie y la bibliografía así lo dirán, de la enormidad de referencias bibliográficas que puede el lector consultar sobre el catalanismo, las relaciones entre Cataluña y España y la vida y la obra de Menéndez Pelayo. Y sin embargo este libro responde a una necesidad: el regreso crítico a Menéndez Pelayo, al hombre en su contexto, identificando en lo que de él sabemos lo que es documentación primaria y de quienes le conocieron directamente, por un lado, y lo que ha sido *constructo* posterior, en diferentes niveles y propósitos ideologizados y prejuiciados, por otro[1]. Este es, sí, un libro reivindicativo. Una reivindicación del ejercicio historiográfico en cuanto (re)descubrimiento de fuentes de estudio sobre una personalidad fundamental en la cultura española, sobre la que pueden documentarse interpretaciones explicativas de insistencias y parcialidades, sesgos, olvidos y entusiasmos.

Marcelino Menéndez Pelayo ha sido tal vez la figura intelectual más manipulada de la historia contemporánea de España, si es que puede establecerse un listado patrio de ses-

[1] Baste citar por ahora el magnífico artículo, viigente en todas sus líneas, de REVUELTA SAÑUDO, Manuel, "Menéndez Pelayo, mito y realidad", 1989, pp. 113-135, que incorpora además una significativa bibliografía sobre las tergiversaciones que ha sufrido la vida y la obra de Menéndez Pelayo a lo largo del tiempo.

gos y parcialidades. La tergiversación no ha sido desde luego unívoca ni debida a un solo intérprete, ni siquiera a una sola corriente ideológica[2]. Sin embargo,es evidente que se fortaleció con el franquismo, sobre todo en sus primeros años, cuando se fomentó desde la incuestionable oficialidad una identificación de su obra con la doctrina nacionalcatólica justificativa y articuladora de la dictadura. Menéndez Pelayo, fallecido un cuarto de siglo antes que la Guerra Civil, era así el gran apologista de una determinada España y de una determinada Iglesia, el escritor católico defensor de los valores eternos que tenían en Franco a su brazo armado providencial. Se veía como un pensador inconmovible en sus convicciones conservadoras, deudor casi en exclusiva de pensadores como Jaime Balmes y sobre el que no cabía pensar ninguna flaqueza intelectual, ningún contacto con el liberalismo, ninguna concesión "heterodoxa". El opositor a cualquier filosofía extranjera, cómodo en un hispanismo sobre el que descubría noticias cada vez más intrincadas, sin necesidad de ningún contaminante foráneo.

Esta tergiversación tuvo su cénit en la celebración del centenario de su nacimiento (1956), cuando muchos insistieron en su indisoluble significación en el devenir de la cultura patria[3]. El CSIC publicó la *Edición nacional de las obras completas* (1940-1966, 67 vols.). Este proyecto, confirmación del carácter ciclópeo de su obra, ha contribuido curiosa y paradójicamente a alejar a Menéndez Pelayo de sus lectores. Julián Marías observó que esta colección de sus *Obras completas* es "admirable porque permite que existan juntas; pero al mismo tiempo las han cerrado en una especie de fortaleza que pocos visitan, por falta de tiempo y de estímulo". Tampoco las antologías han dado la medida precisa del pensamiento de este humanista incansable; y algunas venían por entero firmadas por quien únicamente había desgranado a su capricho páginas que no eran sino de Menéndez Pelayo[4]. En lo que respecta a la relación con Cataluña y las antologías del período franquista, *La España de Menéndez Pelayo*, preparada en 1938 por

---

[2] GALLEGO, José Andrés, 1982, p. 8: "La figura de don Marcelino no ha pasado a la historiografía con el rigor científico deseado. Apasionamientos de diversa índole, según los momentos políticos, nos han presentado su persona demasiado desfigurada. Para la izquierda ha significado poco más que el nuevo Torquemada de la cultura moderna. Y es que, en el fondo, los progresistas no le han perdonado su amistad con Cánovas, en el campo político, ni el poner de manifiesto los aspectos peores de la filosofía y actitud krausistas, en el cultural. En cambio, el pensamiento más conservador ha hecho de Menéndez Pelayo no ya un gran crítico, que sin duda le corresponde por justicia, sino que además lo ha convertido nada menos que en uno de los sostenes ideológicos de la última dictadura del siglo XX, juntamente con Balmes, Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Giménez Caballero y José Antonio Primo de Rivera".

[3] VICENT, Manuel, *Aguirre, el magnífico*, Madrid, Alfaguara, 2011, p. 85: "Era un tiempo gris plomo en que Laín Entralgo daba conferencias en el Ateneo madrileño sobre Menéndez Pelayo o en torno a la idea de la Hispanidad"

[4] Así, las antologías preparadas por Arturo M. Cayuela, Emiliano Díez Echarri y Eugenio Hernández-Vista para la colección "Libros de Actualidad Intelectual" de la Editora Nacional.

quien había sido primer bibliotecario de la Menéndez Pelayo, Miguel Artigas, recogía parte del discurso sobre Balmes[5] y Antonio Tovar, en *La conciencia española*, de 1948, dedicaba varias páginas a Cataluña[6]. La compilación de Arturo M. Cayuela *Menéndez y Pelayo orientador de la cultura española*, cuya primera edición apareció en Barcelona en 1939, apenas recoge obras "catalanas" del polígrafo, salvo un fragmento de la *Semblanza de Milá*[7]. La recopilación de Emiliano Díez Echarri titulada *La poesía española vista por Menéndez Pelayo* recogía muy poco de lo que escribió sobre Cabanyes y ni siquiera citaba a Verdaguer[8].

Aunque quizá no se ha destacado este hecho, hay que decir que esta manipulación ya fue denunciada en su día. Entre otros ejemplos que pueden venir al caso, José María de Cossío escribió: "Parece que de Menéndez Pelayo se ha buscado más el hombre y una como atmósfera imprecisa polarizada en su torno, que su pensamiento preciso y su significación histórica exacta. Corren por España antologías de su obra en las que, despiezándola arbitrariamente y aproximando fragmentos orgánicamente independientes de ella, se trata de forzar una posición favorable a tal partido, capilla o secta"[9]. Gregorio Marañón, que conoció a Menéndez Pelayo, cuestionaba en su artículo "Ídolo o maestro" la "idolización" del personaje, convertido en dictador del pensamiento nacional por parte de los "menendezpelayistas"[10].

Junto a todo ello, en muchos manuales, en especial de Historia de la Literatura, se le ha atacado con tópicos intolerables, se le ha ninguneado sin crítica o se le ha plagiado con descaro, dada la riqueza informativa que ofrecen títulos como *Orígenes de la novela* o *El teatro de Lope de Vega*: extraño comportamiento de algunos profesores de las últimas generaciones para quien fue, según Dámaso Alonso, el que en su día "pobló un espacio inmenso de la cultura española, antes casi desierto". A este poblador se le ha ocultado entre prejuicios ideológicos o simplemente se le ha olvidado para evitar relaciones peligrosas.

---

[5] *La España de Menéndez Pelayo*…, 1938, pp. 345-353.

[6] *La conciencia española*…, 1948, pp. 339-355.

[7] CAYUELA, A.M., 1954.

[8] DÍEZ ECHARRI, Emiliano, 1956, quien sólo escribe la advertencia preliminar, a pesar de que su nombre vaya en la cubierta y el encabezado de las páginas.

[9] COSSÍO, J.M. de, 1956, p. 89.

[10] Reseñado en M., "Al margen,", *La Vanguardia*, 1 mayo 1957, p. 10. Resulta una fuente imprescindible para la España contemporánea las hemerotecas de diarios como *ABC* y *La Vanguardia*, disponibles ya hace tiempo en internet.

Ahora, con el *Epistolario* (1982-1991, 23 vols.) y la edición *Menéndez Pelayo digital* (1999), incorporada a la página de la Fundación Ignacio Larramendi, se han sentado las bases para afrontar unas nuevas obras completas con el ajuste textual y el aparato crítico y relacional preciso y en las que no debería faltar una actualización biográfica que superara tanto el planteamiento casi hagiográfico de otras épocas, como las injustas descalificaciones anacrónicas lanzadas desde otras atalayas. No se trata de un "revival" que elimine lecturas al gusto de nuevas parcialidades y recoloque sobre su estatua al polígrafo como un santón imperturbable. Que fue un pensador católico y conservador y que numerosos de sus juicios no se sostienen hoy en día es algo obvio y por tal admitido. Nada más caduco que la crítica puntual, algo de lo que siempre fue consciente ("yo soy un trabajador modesto que no ha aspirado nunca, ni puede aspirar, a un éxito popular y que se contenta con ser útil a los pocos que toman estas cosas por lo serio", escribió una vez). Pero incluso sus criterios más polémicos forman parte de un conjunto tan amplio, sugestivo y radicalmente apasionado que es injusto y mezquino dejarle al margen sólo por el "Brindis del Retiro" o una lectura ideologizada de los "*Heterodoxos españoles*", que por cierto sirvió de inspiración y de apoyo documental a Miguel Delibes en su escritura de "*El hereje*", pura defensa de la libertad de conciencia[11]. Su obra salvó del seguro olvido muchos nombres que, paradoja, marcaban la huella de la "heterodoxia" en nuestra historia, como ha destacado, entre otros, Mario Vargas Llosa[12]. Para Francisco Ayala, con su lectura se observa que "el apasionado heroísmo de la inteligencia europeizante se apoya en la más íntima, recatada, soterrada fidelidad al carácter hispano". Tal vez no se recuerde con la justicia debida que Fernando de los Ríos, siendo ministro de Instrucción Pública, inauguró el curso universitario 1932/1933 anunciando que "la reforma reciente de Filosofía y Letras se ha realizado tal como lo concibió don Marcelino Menéndez Pelayo, prueba plena de que sólo nos preocupa la verdadera tarea de enseñar"[13]. El diputado socialista Luis Araquistain, siendo embajador de la República

---

[11] Vid. CRESPO LÓPEZ, Mario, "Miguel Delibes. La escritura de *El hereje*", en *Al fulgor de la hoguera. Homenaje a Menéndez Pelayo y Miguel Delibes*, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo (De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su Biblioteca, 8), 2010, pp. 37-54.

[12] En "Vargas Llosa reclama un desagravio a Menéndez Pelayo", *La Vanguardia*, 13 julio 1999, p. 47, el Premio Nobel hispanoperuano de 2010, entonces galardonado con el XIII Premio Internacional Menéndez Pelayo, consideraba que gracias al libro de los *Heterodoxos* "los progresistas deberían desfilar cada aniversario ante la tumba de don Marcelino y cubrirla con rosas rojas, en agradecimiento por haberse quemado las pupilas gestando esta contundente demostración de que desde los más remotos tiempos hubo siempre un espíritu crítico, libertario y levantisco en la historia de España". Vid. también VARGAS LLOSA, Mario, "La fantasía sediciosa", *Mario Vargas Llosa, XIII Premio Internacional Menéndez Pelayo. Discursos pronunciados en ocasión de la entrega del XIII Premio Internacional Menéndez Pelayo a don Mario Vargas Llosa el 12 de julio de 1999 en el Palacio de la Magdalena*, Santander, UIMP, 1999, pp. 35-57.

[13] *La Vanguardia*, 2 octubre 1932, p. 20.

en Berlín, escribió en 1933 que "en su alma de católico declarado había un hondo misterio, insinuado en la pasión que ponía por comprender las doctrinas más heterodoxas, como si su espíritu quisiera romper los muros en que estaba encarcelado por la educación y la herencia histórica".

Hoy no se entiende la obra de Menéndez Pelayo, con todo lo dogmática que pueda parecer en algunos aspectos, sin atender a cierto atemperamiento de sus juicios conforme fue pasando el tiempo y se fue acentuando su desencanto. Se diría, pues, que de una etapa polémica, tormentosa e indecisa, fue pasando a otra "magistral, serena y crecientemente unívoca", en palabras de Laín Entralgo. Este proceso de constante relectura epistemológica se aprecia por ejemplo en el refinamiento de su gusto clásico y su más ponderada recepción de épocas como el siglo XVIII y autores como Heinrich Heine, a cuyas traducciones de Herrero y Pérez Bonalde puso prólogo. Menéndez Pelayo se dio cuenta, en palabras de Dámaso Alonso, de que "aun en los criterios estéticos y literarios es necesario convivir, que es, sin compartirlo, comprender el punto de vista de los contrarios". Su amistad entrañable con personalidades ideológicamente distantes como Pereda, Clarín o Galdós, de la que quedan numerosos testimonios escritos, así como su respeto intelectual por sus más acérrimos "contrarios" y sus continuas atenciones hacia los hispanistas más variados, por no hablar de los aciertos y aportaciones de su obra global, ofrecen una enseñanza de tolerancia y de amor por las letras y por el conocimiento que no podemos olvidar y que va más allá de cualquier interpretación sesgada y, por supuesto, de estas pobres palabras iniciales.

Menéndez Pelayo estuvo en cinco ocasiones en Cataluña: en los dos primeros cursos de la carrera (entre septiembre de 1871 y junio de 1873); en uno de sus viajes europeos (septiembre de 1877); en los homenajes de la Academia de Bellas Letras en honor de Milá (abril de 1887); en los Juegos Florales en defensa de la lengua y la literatura catalanas (mayo de 1888); y en los Juegos Florales de homenaje a Milá y Fontanals (mayo de 1908). Su compañero y amigo Antonio Rubió y Lluch, que encabeza con palabras bien claras esta introducción[14], afirmaba que Cataluña era "sa segona patria espiritual" y que "ell ne fou un dels seus més sincers y grans admiradors, y de tots els escriptors castellans del nostre temps, el que li feu més justicia"[15]. Para el rector de la Universidad de Barcelona, Joaquín Bonet, fue "una de las glorias nacionales más justificadas"[16] y José

[14] "Discurs del Dr. D. Antoni Rubió y Lluch en la sessió literaria commemorativa de la insuguració del monument a Milá y Fontanals", en VV.AA., *Milà y Fontanals*…, 1912, p. 61.

[15] RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, 1912a, p. 5.

[16] En RUBIÓ BORRÁS, Manuel, 1913, p. 10.

Franquesa y Gomis le consideró "maravella de la erudició y gloria de la humanitat"[17]. Miguel de los Santos Oliver, primer teórico político del "renacimiento" mallorquín, le consideraba "ilustre bienhechor y ahijado" de Cataluña[18]. Bartomeu Torres Gost, biógrafo de Miquel Costa, afirmaba que Menéndez Pelayo era en Barcelona "sincerament admirat per tots"[19]. En 1916 Carmelo de Echegaray resumía así su relación universitaria:

> "Ni él olvidó en tiempo alguno la consideración que debía a las aulas en que fue completando su formación científica y literaria, ni los catalanes han dejado tampoco de agradecerle el cariño con que aquel recordó siempre los días que pasó en la gran metrópoli mediterránea, señora en otro tiempo del mar latino. Allí se ha honrado el nombre de Menéndez Pelayo como el del discípulo más glorioso que en otros tiempos haya salido de aquella Universidad"[20].

El filólogo menorquín Francesc de Borja Moll, colaborador en el *Diccionari català-valencià-balear* de Antoni M. Alcover, amigo de Menéndez Pelayo, resume con estas palabras la relación de Menéndez Pelayo con lo catalán:

> "Lluny de tenir davant el català una reacció de prevenció o de repugnància, va tenirla de comprensió, de cordialitat y d´aprovació sincera y fins entusiasta. Es va adaptar a l´ambient literari barceloní y s´hi va trobar com el peix dins l´aigua; va llegir les obres dels autors de la Renaixença, les va valorar justament, y va profunditzar en l´estudi de la nostra llengua amb un criteri d´home de ciència y amb una ampla mirada de bon coneixedor dels fets históricos que explicaven el fet diferencial"[21].

Comprensión, cordialidad, valoración justa, profundización en el estudio, criterio de hombre de ciencia, explicación del hecho diferencial… Sólo este párrafo justificaría este ensayo. El lector podrá en estas páginas recordar, o acaso descubrir, numerosos textos elogiosos hacia Menéndez Pelayo. Uno de ellos, que no me resisto a reproducir en estas

---

[17] "Discurs d´ofrena del monument pel president de la comissió erectora D. Joseph Franquesa y Gomis", en VV.AA., *Milà y Fontanals*…, 1912, p. 21.

[18] SANTOS OLIVER, Miguel de los, "Milá y Menéndez y Pelayo", *La Vanguardia*, 9 mayo 1908.

[19] TORRES GOST, Bartomeu, 1979, p. 12.

[20] ECHEGARAY, Carmelo de, 1916, p. 12.

[21] MOLL, Francesc de Borja, 1957, p. 4.

páginas introductorias, el de Josep Pijoan en su reseña a una obra del polígrafo para *La Veu de Catalunya*:

> "¡Foraster eu Menéndez Pelayo! L´home que té més dret a ser anomenat catala que tots nosaltres! Ell va ser el qui va reabilitar el nom de Llull, quan corría com un propagandista d´un cap al altre de la Peninsula, predicant la ciencia espanyola! Ell és l´hereu den Milá, que guarda´ls seus llibres, ab las notas que´l mestre va posar al marge! Ell no ha deixat de demostrar el seu amor a Catalunya, fins avuy que estudia las sevas novelas"[22].

Basta echar un vistazo a los artículos de sus condiscípulos catalanes para valorar el prestigio que Menéndez Pelayo, considerado por Josep Pla la mayor figura de la intelectualidad española contemporánea junto con Giner de los Ríos[23], alcanzó en el estudio de la literatura catalana, aspecto que iba unido a la fama del polígrafo en otras regiones españolas; por ejemplo, en Asturias, donde podía leerse al año siguiente que en Barcelona se había puesto "en poco tiempo al corriente de la rica antigua literatura catalana, sin desdeñar por eso la contemporánea"[24]. La casa natal de los Menéndez Pintado en Castropol tiene una placa que dice: "Esta es la casa de Menéndez Pintado. Solar espiritual de don Marcelino Menéndez Pelayo. Castropol le dio padre y tutor, Santander cuna, *Barcelona senda*". El lector podrá hartarse de leer testimonios elogiosos a Menéndez Pelayo procedentes de Cataluña, donde residió dos años y cuya estancia fue incluso llevada a novela por Joan Perucho[25]. Alberto Manent ha afirmado con claridad que "desde Marce-

---

[22] PIJOAN, J., "Els llibres de cavallerìa catalans. Un estudi den Menéndez Pelayo", *La Veu de Catalunya*, 18 abril 1905.

[23] PLA, José, 1961, p. 451.

[24] "Menéndez Pelayo", *El Correo de Asturias* (Oviedo), 22 julio 1898.

[25] *Pamela*, Barcelona, Planeta, 1983. En esta novela Menéndez Pelayo y un sobrino de Milá y Fontanals, Ignacio de Siurana, hallan en casa de la marquesa de Valldaura el epistolario entre Pamela Andrews y lord Holland, enmarcado a principios del siglo XIX. Vale la pena reproducir aquí la respuesta de Perucho a Francesc Arroyo en *El País*, 11 marzo 1983, al respecto de su consideración sobre Menéndez Pelayo: "Aquí he adoptado actitudes claramente románticas. El hombre frente a la adversidad, el punto heroico de la vida de aventuras, contrastado con la sabiduría, la sensatez de Menéndez Pelayo. Y con su liberalismo. Porque hay una imagen de Menéndez Pelayo, al que ahora se empieza a rescatar, pero que durante años lo ha hecho parecer como una bestia negra. Leyéndolo se da uno cuenta de que no es verdad. Es posible que los partidos políticos lo hubieran aprovechado de una forma abusiva, dando una imagen falsa de él. Naturalmente era un hombre católico a machamartillo, pero de un gran fondo liberal y cada vez profundizó más en el liberalismo. Yo me agarré a él como a un clavo ardiente cuando me di cuenta de la inmensa envidia de los españoles. Menéndez fue llevado a la Academia con la garantía de que iba a salir, y además tenía todos los pronunciamientos porque no había entonces nadie en Europa con su talla intelectual, en su campo, y todos estaban dispuestos a votarlo y además se lo había dicho. Y llega la votación y sacó tres votos y todos los demás votaron en contra".

lino Menéndez y Pelayo, que estudió en la Universidad de Barcelona y fue discípulo directo de Manuel Milà y Fontanals, Cataluña no había podido contar con un catalanófilo tan completo, que abarcara igualmente la política y la cultura"[26].

La biblioteca del polígrafo en su Santander natal es testimonio vivo de estas relaciones afectuosas e intensas con Cataluña. Menéndez Pelayo no había sido, como otros autores "castellanos", un escritor ajeno a la realidad catalana: allí había vivido, allí había aprendido su lengua, allí había adquirido sus primeros descubrimientos de bibliófilo, allí había entablado amistades entrañables, allí había aprendido directamente de profesores adscritos a la denominada "escuela catalana" de filosofía. De todo ello da testimonio su biblioteca, nutrida de numerosos autores catalanes, a muchos de los cuales conoció y trató. Sólo en el catálogo de temas regionales, escritos en su mayor parte por historiadores, se cuentan 142 referencias sobre Cataluña, algunas de ellas dedicadas personalmente por Antonio María Alcover y Sureda, Luis de Arco y Muñoz, Víctor Balaguer y Cirera, Andrés Balaguer y Merino, José Balari y Jovany, Mariano Baselga y Ramírez, Francisco de Bofarull y Sans, Eudald Canibell y Masbernat, Francisco Codera y Zaidín, Luis Comenge y Ferrer, Cayetano Cornet y Mas, José Coroleu e Inglada, Antonio Elías de Molins, Miguel Farreras Munner, José Fiter e Inglés, Pedro García Faria, Miguel González Sugrañes, Jaime Massó Torrents, Mariano Maspons y Labrós, Emilio Morera y Llauradó, J. Luis Pons, Rafael Patxot y Jubert, José Pella y Forgas, Joseph de Peray, J. Pin y Soler, Celestino Pujol y Camps, Luis Roca y Florejachs, Elías Rogent, Juan Sábat Anguera, José Serra y Campdelacreu, Cayetano Soler y Cayetano Vidal de Valenciano. A ellos cabe unir las 73 referencias sobre Baleares, en la que aparecen autores que escriben en su lengua vernácula, como Antonio María Alcover y Sureda, Miguel de los Santos Oliver, Pedro de Alcántara Peña y José Taronjí y Cortés, y las 57 sobre la Comunidad Valenciana, con autores en valenciano como Constantino Llombart y Francisco Martí Grajales[27].

¿Qué sucedió pasado el fatídico 19 de mayo de 1912? Trazaremos brevemente algunos hitos en las relaciones de Menéndez Pelayo y Cataluña, aun a riesgo de ser demasiado sintético a veces, presuponiendo temas muy manidos, y prolijo en otras, anunciando páginas posteriores. El fallecimiento del escritor causó honda conmoción en Cataluña.

---

[26] MANENT, Albert, en CACHO VIU, Vicente, 1998, p. 17.

[27] FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, 2010, pp. 109-129 y 205-260. A ello puede añadirse el rico fondo catalán de publicaciones periódicas, que puede consultarse en FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, 2008.

Al fallecer Menéndez Pelayo, escribió Rubió a Estelrich un sentido recuerdo de su amigo:

> "Todo cuanto digo del vacío que me ha dejado la muerte de Marcelino es poco. Después de la de mis padres no he sufrido otro golpe más doloroso. Tú que eras de los íntimos suyos, y tan querido de él, la sabrás apreciar tanto como yo, esa medida de mi dolor. Los dos estamos de pésame. Desde el 20 de Mayo no hago otra cosa que revolver papeles de Marcelino, libros de Marcelino, papeles, diarios y libros que me hablen de él, y quisiera dedicarle un año entero a volverle a leer por *entero*, porque a pesar de mi diligencia en seguir su producción, antes tenía el tiempo de escribirla que yo de leerla. Ahora me parece que no comprendía todo su gran valer. La muerte transfigura los seres queridos y gloriosos, y les da una aureola de luz más brillante, que no acertábamos a ver durante su vida. Cuando murió mi madre hubiera deseado que Dios la devolviera la vida, y a mí me hiciera nacer de nuevo, para volver a ser hijo de veras. Así me pasa con la amistad de Marcelino. ¡Qué daría yo ahora, para ser digno de ella! ¡Qué poco le comprendimos en nuestras aturdidas mocedades! ¿No es verdad, querido amigo? ¡Qué bueno era, que nos aguantaba, a los que no le comprendíamos, y aun nos hacía sus amigos predilectos! Pero yo creo que a fondo nadie conocía su tesoro, sino él mismo. Para apreciar bien su saber, era necesario saber tanto como él. R.I.P."[28].

En *La Vanguardia* del 21 de mayo de 1912 podía leerse:

> "El fallecimiento del ilustre polígrafo santanderino ha causado en Barcelona una viva emoción. Menéndez y Pelayo tenía aquí algo más hondo que la celebridad de oídas, la que se contenta con citar los nombres o reproducir las estampas en los periódicos ilustrados. Menéndez contaba en Cataluña con un público de lectores más intenso y entusiasta que en parte alguna. Su obra no es aquí una cosa hermética y respetada como si estuviese escondida bajo siete llaves.
>
> Y este público no sólo admiró la sabiduría del ilustre maestro, sino también sus extraordinarias facultades de artista y de escritor, que tan alto ponen su nombre en la literatura contemporánea.

---

[28] *Epistolari*…, 1985, nº 138, p. 424-425, carta de Antonio Rubió a J.L. Estelrich, Barcelona, 23-VII-1912.

> En todos los círculos intelectuales, en todos los centros docentes y donde quiera que se reuniesen dos personas con alguna ilustración, no se hablaba más que del triste acontecimiento, demostrándose en todas partes la más aflicción por esta gran pérdida nacional"[29].

Enviaron su testimonio de pésame a Santander representantes del Ateneo Barcelonés, el Institut d´Estudis Catalans, la Real Academia de Buenas Letras, el Colegio de Abogados, el Comité de Defensa Social, la Juventud Conservadora, la Acción Social Popular, la Cámara de Comercio, la Real Sociedad Económica Gerundense de Amigos del País… También, obviamente, el equipo rectoral de la Universidad de Barcelona; acaso no se sepa que en su testamento dejaba señalado que, en caso de que el Ayuntamiento de Santander no cumpliera con su legado, su biblioteca pudiera ir a la facultad de Filosofía y Letras de esa universidad[30]. La reacción procedió de muy diversas agrupaciones, a pesar de que se llegara a publicar que Menéndez Pelayo "es de los católicos y nadie más…de ninguna suerte pueden considerarlo suyo más que los católicos"[31], vinculación verdaderamente trascendente en la suerte de Menéndez Pelayo que no podemos tratar a fondo en estas páginas. El telegrama de la Comisión del homenaje a Milá y Fontanals afirmaba que "Milá y Menéndez son los dos grandes maestros generación actual catalana, ante la cual sus nombres estaban siempre tan unidos como desde hoy deberán estarlo eternamente sus almas".

El doctor W. Coroleu pronunció una conferencia en el Centre Autonomista de Dependents del Comers y de l´Industria de Barcelona, sobre el tema "Marcelino Menéndez Pelayo y la cultura catalana". En *La Vanguardia* del día siguiente se leía la nota del acto:

> "Empezó el conferenciante recordando los años de estudiante del ilustre finado en la Universidad de Barcelona y las primeras muestras de su talento. Habló de sus amigos más íntimos y actualmente literatos catalanes, como también de sus costumbres e ideas en aquella época. Con algunas anécdotas y abundantes detalles estudió su carácter e inteligencia, explicando cómo y por qué se había hecho crítico e historiador.

---

[29] *La Vanguardia*, 21 mayo 1912, p. 11.

[30] Cláusula V de su testamento, otorgado el 7 de abril de 1912. Este importante documento permanecía inédito hasta que fue publicado por Pablo Beltrán de Heredia (sobrino de Enrique Sánchez Reyes, segundo bibliotecario de la Menéndez Pelayo) en Santander, 2000.

[31] *Correo Catalán*, 21 mayo 1912, en CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., 1994, p. 664, n. 14.

> Tras breves consideraciones sobre la vida social de Menéndez y pelayo, explicó su aislamiento, que había consagrado a la ciencia y estudió su prodigiosa tarea como autor, académico y profesor, poniendo de relieve su imparcialidad y su serenidad de juicio. Detúvose el conferenciante particularmente en los estudios sobre literatura catalana, hechos por el gran crítico, sosteniendo que eran hijos de una firme convicción y no de una preferencia de sentimiento, haciendo notar el gran valor que tiene su testimonio para nuestras letras, al que nuestros detractores no pueden oponer otro semejante.
>
> Afirmó que en la literatura moderna catalana, el gusto de Menéndez y Pelayo era igualmente sincero y refirió a dicho propósito sus juicios sobre los más ilustres autores catalanes. Citó las palabras de Menéndez y Pelayo en los Juegos Florales de 1888, diciendo que el más ferviente patriota catalán no las habría dicho más enérgicas, y se dolió de que un ejemplo tan ilustre hubiese quedado tan solo en la corte.
>
> Puso de relieve el señor Coroleu la elevada misión que realizaba Menéndez y Pelayo y el sacrificio que representaba las palabras que pronunció con ocasión del homenaje a Milà y Fontanals de 1908, en que, hablando de Barcelona deseaba que fuese la capital de la España regenerada, y enalteció, por último, la memoria del ilustre finado presentándolo como a uno de los mejores amigos y defensores que ha tenido Cataluña.
>
> El conferenciante oyó, al terminar su trabajo, largos y nutridos aplausos”[32].

El Centro Monárquico Conservador presidido por Gustavo Peyra organizó en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona un homenaje a Menéndez Pelayo al poco de fallecer y en el que participaron Rubió y Cosme Parpal, entre otros[33]. En una de las conferencias próximas que impartió, en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona que presidía José Pella y Forgas, Rubió afirmó que “este hombre superior fue hijo de las entrañas espirituales de Cataluña, a la que debió una triple paternidad en su orientación filosófica, literaria y poética, por medio de Llorens, Milá y Cabanyes”[34].

El rector de la Universidad de Barcelona, Joaquín Bonet, autorizó pronto la publicación de “los primeros frutos de su portentosa inteligencia y de la sólida enseñanza que estaba

---

[32] *La Vanguardia*, 30 mayo 1912, p. 4.

[33] *Ibíd.*, 1 julio 1912, p. 12.

[34] *Ibíd.*, 11 enero 1913, p. 3.

recibiendo cuando alumno era de esta facultad de Filosofía y Letras"[35]; el resultado fue el libro *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo y su primer discurso* (Barcelona, Gustavo Gili, 1913)[36]. El compilador de la obra, Manuel Rubió Borrás, consideraba la trascendencia de la presencia en Barcelona del polígrafo santanderino:

> "Si la Universidad Literaria de Barcelona no hubiera venido precedido de singular renombre por los profesores y alumnos que han visitado sus aulas, bastara sólo aquel hecho, para ocupar el primer lugar entre los establecimientos docentes de España, pudiendo hoy enorgullecerse de guardar en su Archivo las primicias literarias del que más tarde es la más grande personalidad de la literatura patria"[37].

La bibliografía sobre Menéndez Pelayo, siguiendo la estela que había iniciado su primer biógrafo, Miguel García Romero (1879)[38], dedicaba varias páginas a su estancia en Barcelona[39]. En el diario *Las Noticias*, en la misma nota en que se anunciaba que la calle madrileña de Peligros se habría de llamar Menéndez Pelayo, Rafael Gil López destacaba:

> "Cada día que pasa se agiganta más y más la figura de aquel hombre extraordinario. Su recuerdo en la memoria de todos será inmortal, porque inmortales son los monumentos de gloria que el gran polígrafo montañés supo levantar a las Letras"[40].

El estudio de Menéndez Pelayo reposaba esencialmente en su discípulo y albacea Adolfo Bonilla, así como en un íntimo de este, Pedro Sainz Rodríguez, mientras en Santander, en 1915, se nombraba a Miguel Artigas primer director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

---

[35] RUBIÓ BORRÁS, Manuel, 1913, pp. 9-10, carta fechada el 31 de mayo de 1912.

[36] Mucho más tarde se publicó *Facsímiles de trabajos escolares de Menéndez Pelayo, con un estudio crítico del Dr. Gregorio Marañón*, Santander, edición patrocinada por el Ministerio de Educación Nacional y costeada por el Banco de Santander en su y Centenario, 1959; en las pp. 59-97 aparecen los trabajos de la Universidad de Barcelona.

[37] RUBIÓ BORRÁS, Manuel, 1913, pp. 13-14.

[38] GARCÍA ROMERO, Miguel, 1879, pp. 8-11.

[39] Así, entre otras, la obra de OLMET, Antón del, y GARCÍA CARRAFFA, Arturo, 1913, pp. 23-28.

[40] *Las Noticias*, 2 septiembre 1915.

En 1922 Luis García Rives y José María Gil Robles publicaban en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* un artículo titulado "La patria y la región, según Menéndez y Pelayo" en el que se ahondaba en conceptos que Menéndez Pelayo parecía que no había llegado a resumir, pero sí había avanzado, en cierta manera:

> "El respeto a la personalidad regional exige y supone el respeto al dialecto o lengua que se habla en las regiones, y cuyo mantenimiento, difusión y arraigo están generalmente en proporción del grado de diferenciación étnica y del anhelo de propia autonomía, siendo la lengua casi siempre la medida del regionalismo.
>
> De esto se deduce que las hablas regionales no sólo deben ser vehículo de conversación y relaciones extrajurídicas, sino incluso lenguaje oficial para todo lo que signifique interés general de la Región y no afecte a las necesarias relaciones con el resto de la Nación"[41].

Ese mismo año 1923 apareció en Sucesores de Rivadeneyra el *Catálogo de las obras en lengua catalana impresas desde 1474 hasta 1860*; Menéndez Pelayo había animado a su publicación a su autor, Mariano Aguiló, pero éste falleció en 1897 y no pudo ver terminada la obra, que había sido premiada por la Biblioteca Nacional en 1860. En el prólogo, el hijo del lingüista, Ángel Aguiló, indicaba:

> "La muerte de don Marcelino, poco tiempo antes de poder terminar su impresión, condenó nuevamente este catálogo a la primitiva orfandad en que le había dejado mi difunto padre, y esta introducción, que es ahora leve muestra de respeto filial, no podrá constituir un título de gloria para el autor de esta obra, como lo hubiera resultado escrito por el llorado maestro"[42].

Un hecho notable sucedió poco después, ya durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. En marzo de 1924 se firmó el "Mensaje de elogio y defensa de la lengua catalana que los escritores castellanos de Madrid han dirigido al Presidente del Gobierno Militar de España"[43], en el que la huella de Menéndez Pelayo resulta evidente:

---

[41] GARCÍA RIVES, Luis, y GIL ROBLES, José María, 1922, pp. 468-469.

[42] En SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 367-368.

[43] Reproducido en SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, 1978, pp. 345-346 y recordado por ANSÓN, Luis María, "Un vaso de agua turbia", *ABC*, 10 febrero 1998, p. 3.

> "El simple hecho biológico de la existencia de una lengua, obra admirable de la naturaleza y la cultura humana, es algo siempre acreedor al respeto y a la simpatía de todos los espíritus cultivados.
>
> Debemos además pensar que las glorias de Cataluña son glorias españolas y el título histórico más alto que España puede presentar para ser considerada como potencia mediterránea se debe en gran parte al pueblo catalán, que hizo de la Barcelona medieval un emporio de riqueza, capaz de competir con las repúblicas italianas; que creó una cultura admirable; que lanzó sus leyes de mar y cuya lengua inmortal resonó entre el fragor de las batallas ante los muros sagrados del Partenón, y que sirvió para que con ella hablara por primera vez la filosofía nacional por boca de Raimundo Lulio, y fuese cantada la efusión humana en los versos imperecederos de Ausias March.
>
> El renacimiento de las literaturas regionales como una consecuencia de la ideología romántica hizo de la lengua de Cataluña una literatura a la que pertenecen autores como Verdaguer y Maragall, que cuentan entre las primeras figuras de la literatura española del siglo XIX.
>
> Nosotros no podemos tampoco olvidar que de Cataluña hemos recibido altísimas pruebas de comprensión y cariño, hasta el punto de que un insigne patriota catalán, amante fervoroso de las glorias españolas, Milá y Fontanals, abrió con llave de oro el oscuro arcano de las manifestaciones artísticas más genuinas y más características del pueblo castellano"[44].

Entre los firmantes estaban Azorín, Federico García Lorca, Gregorio Marañón, José Gutiérrez Solana, Manuel Azaña, Gabriel Maura, Luis Jiménez de Asúa, Ángel Ossorio y Gallardo, Ramón Gómez de la Serna, Luis Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Menéndez Pidal, Fernando de los Ríos y Luis Araquistain. También Adolfo Bonilla San Martín y Pedro Sainz Rodríguez[45]. Este último, que reconoció su participación directa en la redacción del Manifiesto[46], había realizado una importante labor difu-

---

[44] En "ABC, en defensa de la lengua catalana", *ABC*, 22 julio 1994, p. 19, donde precisamente se reproduce también un fragmento de *La ciencia española* de Menéndez Pelayo.

[45] Vid. SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, 1978, pp. 163-164.

[46] SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, "Mi recuerdo personal de Ortega y Gasset", *ABC*, 7 mayo 1983, p. 51: "Una de las manifestaciones de actividad contra la gestión de la Dictadura, fue la defensa de la lengua catalana. Hubo una reunión en el Ateneo, a la que asistió Ortega; se hizo manifiesto, redactado por mí con correcciones de los asistentes y, cuando se habló sobre el modo de lanzarlo y distribuirlo, Ortega propuso que lo firmase quien lo había redactado y después añadiesen su firma todos los intelectuales y escritores que desearan suscribirlo". Vid. también LÓPEZ BAUSELA, José Ramón, 2011, pp. 42-43.

sora de la obra de Menéndez Pelayo y fue uno de los máximos propagandistas de Menéndez Pelayo tras la guerra civil y quien, en calidad de ministro de Educación Nacional, articuló parte de su obra acorde con los propósitos del Movimiento[47]. En 1930, año en que apareció en Barcelona la primera antología ideológica de Menéndez Pelayo[48], había publicado Sainz Rodríguez que el polígrafo "amaba y defendía el idioma catalán, pero, a pesar de esto, siempre aconsejó a Cataluña que no olvidase la lengua sagrada de la hermana mayor por la que somos todavía en el mundo raza de primer orden, en la que podemos fundar esperanzas legítimas de resurgimiento"[49].

A finales de 1927 se celebró en la Biblioteca Nacional de Madrid una Exposición del Libro Catalán, organizada por *La Gaceta Literaria*. Se expusieron un total de seis mil títulos publicados desde 1900. En nombre de los "intelectuales castellanos" intervino el académico y periodista madrileño Eduardo Gómez de Baquero, quien subrayó, en relación con el supuesto apartamiento entre Castilla y Cataluña, que "los dos hombres que más se destacaron en la cultura española del siglo XIX, don Francisco Giner de los Ríos y don Marcelino Menéndez Pelayo, viniendo de campos tan opuestos, coincidieron en el interés y en el amor a Cataluña". Como representante de los catalanes intervino Juan Luis Estelrich: "Saber es algo, pero comprender es todo. Si no nos comprendiéramos ya, deberíamos hacer examen de conciencia buscando el punto de coincidencia que tiene que existir"[50]. Al poco tiempo, en 1928, se colocó el busto de Menéndez Pelayo en la Universidad Central[51].

---

[47] Vid. LÓPEZ BAUSELA, José Ramón, 2011, pp. 26-28. Sobre Sainz Rodríguez, el comentario de ABELLA BERMEJO, Rafael, 1976, p. 278: "El heredero espiritual de Menéndez y Pelayo, enfundado en su inmenso uniforme de falangista, hacía gala de una agudeza y de una agilidad mental que contrastaba con sus *carnes en latifundio*, como él mismo se definía. Yo, cada vez que lo veía, ya fuera en persona o en imagen, no podía evitar el acordarme de aquel dicterio que le dedicó Fernández Flórez, y en el que había tanta gracia como injusticia al decirle: "¡Lástima que el señor Sainz Rodríguez no digiera las ideas como digiere el salmón!". La postura de Sainz Rodríguez le haría no tener vida muy larga en aquel ministerio, primero en la historia de la España nacional. Y como en el futuro mantuviera genio y figura al servicio de una fidelidad dinástica, años después hubo de abandonar rápidamente su piso de la madrileña calle de Monte Esquinza para irse a un largo exilio".

[48] *Menéndez Pelayo y sus ideas*, recopilación e introducción de Edmundo González Blanco, Barcelona, Jasón (Hombres e Ideas), 1930.

[49] SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, 1930, p. 7.

[50] *La Vanguardia*, 6 diciembre 1927, p. 28. VENTALLO, Joaquín, "La trobada d´intel·lectuals a Sitges", *La Vanguardia*, 11 diciembre 1981, p. 43, lo recogía así: "Los dos hombres que más han Influido en la cultura moderna de España, don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Francisco Giner de los Ríos, sintieron atracción y simpatía hacia la cultura catalana, y hasta creyeron o se preguntaron si Cataluña estaría llamada a ser el fermento de España. Aquellos dos hombres, de campos opuestos, representante el uno de la restauración tradicional, el otro de la renovación siguiendo el camino del mundo, venían a coincidir en este punto, sencillamente porque desde las cumbres de la inteligencia todo se ve más claro".

En marzo de 1930 se celebró en Barcelona y Sitges un encuentro de escritores castellanos y catalanes contrarios a la prohibición del catalán por Miguel Primo de Rivera[52], en un acto que hay que relacionar obviamente con el ya recordado manifiesto de marzo de 1924. Así se anunciaba en la prensa:

> "Un grupo de catalanes, pertenecientes a los más diversos matices y tendencias, invitan a ustedes, en su calidad de hombres representantivos de la intelectualidad y del espíritu castellanos, para que vengan a Barcelona y asistan al banquete de homenaje con que el día 23 del corriente mes de marzo deseamos demostrar nuestra gratitud a una representación de aquellos que en los días de persecución y negación, patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu. Nuestro acto quiere ser sencillamente cordial, de inteligencia, de comprensión, sin objetivos extraespirituales. Esperemos que ahora, sin mayores obstáculos, nos será posible exteriorizar nuestro sentimiento, y esperamos vernos honrados con la presencia de usted entre nosotros en Barcelona".

Entre los firmantes, Gabriel Alomar, Pere Corominas, Joan Estelrich, Pompeu Fabra, Carles Riba, Antoni Rovira y Virgili, Ferrán Valls y Taberner y Amadeu Vives. En Barcelona hablaron a numeroso público Gregorio Marañón, Pedro Sainz Rodríguez y Ángel Ossorio, que siendo gobernador civil de Barcelona había asistido años antes a la primera piedra del monumento a Milá en Vilafranca, con Menéndez Pelayo[53]. En la recepción en el Ayuntamiento, Américo Castro dijo: "Nos encontramos aquí para iniciar el diálogo de las letras cuando ha terminado el monólogo de las armas". Por la noche se celebró un banquete en el salón de fiestas del hotel Ritz cuya nómina resulta verdaderamente impresionante: entre los "castellanos", Luis Araquistáin, Manuel Azaña, José Bergamín, Tomás Borrás, Luis Bagaría, Luis Bello, Juan Chabás, José Castillejo, Américo Castro, Enrique Díez Canedo, Ernesto Giménez Caballero, Ramón Gómez de la Serna, Luis Jiménez de Asúa, Ramiro Ledesma Ramos, Gregorio Marañón, Gregorio Martínez Sierra, Ramón Menéndez Pidal, Ángel Ossorio, Ramón Pérez de Ayala, Pedro Salinas y Claudio Sánchez Albornoz; se adhirieron, entre otros, Santiago Alba, Azorín, José Ma-

---

[51] *La Vanguardia*, 20 mayo 1928, p. 26.

[52] Este acto sería emulado años más tarde, en Sitges, los días 20 a 22 de diciembre de 1981. Vid. VENTALLO, Joaquín, "La trobada d´intelectuals a Sitges", La Vanguardia, 11 diciembre 1981, p. 43. En BARRERA, Heribert, 1982, p. 14: "Cin dies després d´haver constituït el Directori Militar, Primo de Rivera va decretar la prohibició de la bandera catalana y de l´ús de la llengua catalana en els organismes oficials".

[53] JARDÍ, Enric, 1980, pp. 108-110. En la Biblioteca de Menéndez Pelayo se conserva de Ángel Ossorio y Gallardo Barcelona, julio de 1909. (Declaración de un testigo), Madrid, Ricardo Rojas, 1909.

ría de Cossío, Concha Espina, Melchor Fernández Almagro, Salvador de Madariaga y Gabriel Miró. Entre los "catalanes", Josep Almirall, Pedro Bosch Gimpera, Lluis Companys, Pere Corominas, Gustau Gili, Josep Pla… Enviaron mensajes de adhesión, entre otros, Francesc Cambó, que ese año 1930 publicaría *Per la concòrdia*[54]. Al día siguiente los escritores visitaron Sitges. Y el 25 era recibido como nuevo académico de la RAE Antonio Rubió y Lluch, a quien *El Sol* llamaba con razón "émulo de Menéndez y Pelayo". Su discurso se tituló "Del nombre y de la unidad literaria de la lengua catalana", y le contestó Francisco Rodríguez Marín. El banquete del día 27 en Madrid fue la respuesta cordial de los castellanos en unos días festivos que, obviamente, tuvieron también sus detractores; algunos críticos veían en estos actos un ataque visceral al régimen político, una deriva peligrosa hacia el federalismo, uno de los grandes terrores para los políticos "de Madrid".

Precisamente *El Sol*, que dirigía Manuel Aznar, años más tarde director de *La Vanguardia*, acogió en sus páginas la firma de un joven periodista, Víctor de la Serna. Su primer artículo, el 22 de mayo de 1931, fue "Acta Hispánica. Ceremonia de la Lengua catalana", en la que denunciaba:

> "Aún quedan pocos, pero tercos ejemplares del hombre hispánico rupestre, a quienes el hecho de que Cataluña hable y exalte su glorioso romance provoca un gruñido. Eso ocurre en los yacimientos inferiores de un corte que pudiera darse en el terreno intelectual de España"[55].

En marzo de 1935 el Ateneo de Barcelona organizó un homenaje a Narcís Oller. Alfonso Maseras recordó en su intervención la excelente consideración crítica que tuvo Menéndez Pelayo de la novela *Vilaniu*, que consideraba próxima a Flaubert y Balzac[56].

El 30 de diciembre de 1935, Francesc Cambó, secretario general de la Lliga Catalana, impartió una conferencia en el Palau de la Música Catalana ante numeroso público. Llevaba por título "La Lliga en el moment polític actual" y aludía no sólo a la actitud del presidente de la CEDA, José María Gil Robles, y sus discursos del día anterior en los teatros barceloneses de Olympia, Gran Price y Bosque, sino al riesgo de la disolución de las Cortes y la previsión de que las siguientes radicalizaran las posturas políticas. Re-

---

[54] Obra en la que, según FUSTER, Joan, 1975, p. 105, Cambó "replanteó en términos pragmáticos la imposibilidad de un separatismo catalán viable, el fracaso del asimilismo español, la solución autonómica, el iberismo, cuestiones y respuestas que ya se hallan en germen de La nacionalitat catalana".

[55] Citado por SERNA, Alfonso de la, "Ceremonia a Cataluña (Respuesta a Manuel Aznar)", *La Vanguardia*, 16 junio 1960, p. 7.

[56] *La Vanguardia*, 29 marzo 1935, p. 5.

cordaba Cambó, como había hecho décadas antes el semanario *Cu-cut!*, la actitud conciliadora de Menéndez Pelayo:

> "El señor Gil Robles habla de una espiritualidad catalana –ignoro a qué debe referirse—[57], y dice que es desconocida en el resto de España y que la culpa de ello la tenemos nosotros, los representantes catalanes, por habernos ocupado tan sólo del arancel. Hablemos de esto. ¿Desconocida la espiritualidad de Cataluña? Podrá ser desconocida por algunos amigos del señor Gil Robles. Yo tengo que decir que las primeras personalidades de la España castellana no sólo han reconocido, sino que han exaltado con admiración y entusiasmo la personalidad catalana. Menéndez y Pelayo, Pereda y Bonilla, entre los fallecidos, han sido los grandes defensores de Cataluña, y entre los contemporáneos es excepción rarísima la de que un intelectual castellano no sea entusiasta y amigo de la intelectualidad catalana. Así como los artistas castellanos son estimados y admirados en Cataluña fervorosamente. Desconocen, quizá, la espiritualidad catalana aquellos que desconocen su propia personalidad"[58].

Más adelante se hizo más claro que para Cambó resultaba un tema básico, en palabras de Borja de Riquer, "la recuperación del pensamiento tradicional español representado por Marcelino Menéndez Pelayo" [59]. En mayo de 1937 escribía a Joan Estelrich a la Oficina de Prensa y Propaganda de París:

> "Conviene no cesar en la campaña pro-Menéndez Pelayo. Usted debería hacer, o encargar a Solé de Sojo, un articulito explicando lo que caracteriza a Menéndez Pelayo que, comprendiendo como nadie las culturas extranjeras, no se dejó influir por ellas, sino que consagró la vida a restaurar una cultura genuinamente española"[60].

---

[57] En *ibíd.*, 31 diciembre 1935, p. 9, las palabras de Gil Robles en el teatro Olympia: "Yo tengo una satisfacción inmensa en venir siempre a Cataluña, porque cuando vengo aquí veo que sois un pueblo de rancia y profunda raigambre espiritual. Por eso, porque sois un pueblo espiritual, debéis ir a la vanguardia de esta cruzada que ha de ser de espiritualidad. Y asi, cuando yo vaya a otras provincias españolas, puedo oír unos vivas fervorosos a Cataluña que encuentren eco en los vivas enardecidos a España que deis aquí".

[58] *Ibíd.*, 31 diciembre 1935, pp. 10-11.

[59] Sobre Cambó, además de la biografía de Pabón, y entre otras referencias, GARCÍA VENERO, Maximiano, 1952; MADARIAGA, Salvador de, 1976, 192-206; y AGUILERA DE PRAT, Cesáreo R., 1993, pp. 41-67.

[60] RIQUER, Borja de, 1997, p. 91, carta del 10 de mayo de 1937: "*Xonvé no cessar en la campanya pro-Menéndez Pelayo. Vostè hauria de fer, o encarregar a Solé de Sojo, un articlet explicant como el que*

En una carta a quien habría de ser su biógrafo, Jesús Pabón, indicaba Cambó:

> "Para forjar la España de mañana, es preciso que las nuevas generaciones conozcan todas las glorias de la tradición española que nadie ha conocido y sentido y expuesto tan perfectamente como Menéndez Pelayo"[61].

Cambó, iberista en el fondo[62], estaba incluso dispuesto a financiar una edición popular de la *Historia de España* de Menéndez Pelayo.

El 21 de noviembre de 1936 la aviación franquista bombardeó Madrid y dañó la Biblioteca Nacional, lo que dio pie a Fabián Vidal a establecer una evidente relación con su antiguo director, Menéndez Pelayo, en momentos de radicalidades irreconciliables:

> "¿Quién le hubiera dicho a don Marcelino Menéndez Pelayo que sus correligionarios, sus afines, aquellos que dicen defender las ideas que profesara tan ahincada y exaltadamente, iban a bombardear e incendiar la Biblioteca Nacional de España, cometiendo un crimen de lesa cultura, de lesa civilización, que les hace pariguales de Omar, el que destruyera la Biblioteca de Alejandría!... Probablemente su despacho, que heredó Artigas, su discípulo, ha desaparecido en la catástrofe. Y el retrato que ocupaba en él puesto de honor, es un montón de ceniza"[63].

En su discurso de agradecimiento por el XIII Premio Internacional Menéndez Pelayo, Mario Vargas Llosa recordaba aquel constructo del polígrafo por medio de

> "estereotipos y prejuicios que, en los años cuarenta y cincuenta sobre todo, llevaron a convertirlo en el príncipe intelectual de la España tradicionalista, conservadora y clerical, un ortodoxo intransigente en materia religiosa, un clasicista reñido con la modernidad a la que las vanguardias y los experimentos literarios escaldaban, un reaccionario intolerante en política enemistado con la democracia y desdeñoso de la libertad"[64].

---

caracteritza a Menéndez Pelayo que, comprenent como ningú les cultures estrangeres, no s´havia deixat mai influir per elles, sinó que havia consagrat la vida a restaurar una cultura genuïnament espanyola".

[61] *Ibíd*., 1997, p. 91, carta del 2 de julio de 1937.

[62] En PABÓN, Jesús, 1999, p. 368: "El día en que todos los españoles ilustrados conocieran, además del castellano, el catalán y el portugués, los españoles podrían abrigar la esperanza de un porvenir más próspero".

[63] VIDAL, Fabián, "El incendio de la Biblioteca Nacional", *La Vanguardia*, 23 noviembre 1936, p. 5.

[64] VARGAS LLOSA, Mario, 1999, p. 37.

El Decreto de 19 de mayo de 1938, promulgado en significativa fecha, marcaba el ideario educativo de la España sublevada bajo el título de "Menéndez Pelayo y la educación nacional"[65]. En el artículo "Tres símbolos" de Eugenio Montes, publicado en *La Vanguardia* el 31 de mayo de 1939, se aprecia con toda claridad la vinculación del trabajo historiográfico de Menéndez Pelayo con el renacimiento imperial forjado tras la Guerra Civil por Franco y la Falange. La nostalgia que destilaban las páginas del polígrafo montañés encontraban merecido gozo en la nueva situación de España:

> "Va apareciendo la obra de Marcelino Menéndez y Pelayo en aquella triste España canovina y sagastina en que nos quedamos sin quehacer en el mundo cuando, entre tresillo, diván de Fornos, autonomismos y elecciones perdemos los últimos restos del Imperio: Cuba, Puerto Rico, Filipinas. Así, los libros del historiador montañés son inevitablemente archivos de melancolías, porque nada autoriza a esperar una grandeza española renaciente"[66].

En el artículo "La falsa ruta", de febrero de 1939, Fernando Valls Taberner denunciaba el extravío en el que se había sumido Cataluña por culpa del nacionalismo catalanista y pedía "una nueva orientación de la vida de Cataluña, reincorporada a España definitivamente" por medio de la fidelidad a su Movimiento Nacional[67]. Como resumía en 1944 Eduardo Pérez Agudo, vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, "Menéndez Pelayo concibió y confió, y Franco puso por obra aquel pensamiento de moldear la nueva España en la más vieja y pura tradición"; Menéndez Pelayo se llenaba de unos atributos que venían muy bien a la construcción ideológica de la dictadura, dando a España un vencedor genuino frente a las perversiones extranjeras[68]. Como sustento necesario, además, la restauración religiosa liderada por el polígrafo, como había destacado Díez Pardo: "Cuando se escriba la historia de la restauración teológica de España, que hoy cobra nuevos alientos bajo la égida gloriosa del

---

[65] CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., 1994, p. 659.

[66] *La Vanguardia*, 31 mayo 1939, p. 3.

[67] VALLS TABERNER, Fernando, "La falsa ruta", *La Vanguardia Española*, 15 febrero 1939, p. 3. COLOMER, Josep M., 1986, pp. 43-46, interpreta en este texto la reivindicación de la figura de Menéndez Pelayo.

[68] PÉREZ AGUDO, Eduardo, "Dos figuras excelsas", *La Vanguardia*, 7 septiembre 1944, p. 1: "España se vio precipitada en espantosa decadencia que la condujo al borde de su aniquilamiento. Una figura egregia, don Marcelino Menéndez Pelayo, cantor excelso de la Hispanidad, restaurador gigante de nuestra cultura, reivindicador de nuestras glorias y de nuestra ciencia, fustigador de extranjerizantes y ateos y la pluma más acerada contra la leyenda negra en defensa de España y de la religión Católica, quiso desviarnos del camino peligroso y suicida de la desnacionalización que amenazaba consumarse, pero los españoles de entonces no le oyeron, fascinados por corrientes de intelectualidad extranjera".

caudillaje de Franco, habrá que reservar un puesto de honor al gran español, sincerísimo católico y polígrafo inmortal"[69]. El ideal franquista, cimentado en la obra de Menéndez Pelayo que muy pocos de los dirigentes habían leído ni siquiera en fragmentos, encontraría otra realización concreta, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo[70].

Sin embargo esta visión "oficial" del polígrafo santanderino convivía con otra mucho más ajustada a la historia de las últimas décadas. Lluis Durán, en su libro *La esencia de los nacionalismos. Sus virtudes y sus peligros* (1939), interpretaba que, para Menéndez Pelayo, "la lengua y cultura catalana, como las demás existentes en España, son tan españolas como la castellana, y la nacionalidad española está integrada por un conjunto de variados elementos que le proporcionan un patrimonio más rico aún"[71].

Francesc Cambó escribía sus *Meditacions* con la perspectiva del exilio y la libertad de la experiencia en mil lides políticas. En Montreux, un 24 de noviembre de 1939, recordó un artículo de juventud de Menéndez Pelayo, del que apreciaba su entusiasmo y fuerza, frente al escepticismo de sus últimos años. Su lectura le resultaba en aquellas circunstancias históricas bien distinta a la de otras épocas en que no le llamaba la atención la crítica del polígrafo. En aquel artículo Menéndez Pelayo afirmaba que "tan española es la lengua *catalana*, como la *castellana* o la *portuguesa*", en claro y flagrante contraste "con la doctrina oficial que en materia idiomática, impera en la España nacional…en la cual a cada momento se trae el nombre y la memoria de Menéndez Pelayo, como faro conductor del pensamiento y de la orientación cultural de la nueva España". Cambó, que había tratado a Menéndez Pelayo, que le había leído, que le había escrito una emocionante carta cuando el asunto Verdaguer, y que consideraba al polígrafo, en evidente ironía, "algo más culto que el Caudillo y toda la Falange", identificaba al comienzo del franquismo estas fisuras, documentadas y reales, entre las palabras de Menéndez Pelayo y su imagen como símbolo de un régimen político dictatorial. Su texto termina con dos párrafos verdaderamente esclarecedores de esa "otra España" que en realidad se ajustaba más a la obra del polígrafo:

> "Hoy en la España se habla mucho de Imperio, en cambio, reina una mentalidad modestamente provinciana. Menéndez Pelayo, el mayor paladín de la cultura española, de toda la cultura española, no hablaba de Imperio, pero a la lengua y a la cultura española les daba categoría imperial… que el Impe-

---

[69] DÍEZ PARDO, Filiberto, 1941, pp. 28-29.

[70] MONTAGUT, José, "Franco, realizador del ideal de Menéndez Pelayo", *La Vanguardia*, 12 septiembre 1944, p. 2.

[71] En COLOMER, Josep M., 1986, p. 87.

> rio no es más que una unidad superior por encima de diversidades bien fuertes y acusadas.
>
> Con Menéndez Pelayo o con la aplicación de su doctrina, sería bien fácil resolver el problema catalán. Con los hombres pequeños, incultos, ruines, de la España nacional el problema catalán volverá a ser un trágico problema"[72].

Cabe indicar, no obstante, y seguramente esto debería ser motivo para otra investigación, que no todas las voces que tenían acceso a la prensa del Movimiento estaban completamente acríticas ante la tergiversación de Menéndez Pelayo. Joaquín de Entrambasaguas, bajo el título *Menéndez Pelayismo y otros excesos*, desarrollaba una certera crítica recogida en *La Vanguardia* (mayo de 1945), sobre que el viejo *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* hubiera desaparecido y cambiado por otra cabecera de título tan sintomático como *Menendezpelayismo*: "Ya es hora de decir que la ciencia española no necesita de menéndez-pelayismo, sino de Menéndez y Pelayo"[73]. En 1952 apareció la primera edición de un libro clave entres las biografías españolas, *Cambó*, de Jesús Pabón, del que Eugenio Trías ha escrito que le "iluminaba a la vez sobre el entorno catalán y su trama histórica reciente, y sobre el marco español en que Cataluña vive"[74]. Resulta reveladora la "Confesión al lector" en la que Pabón se sentía de alguna manera partícipe del legado universitario de Menéndez Pelayo:

> "Mis maestros en la Universidad fueron los discípulos de Menéndez y Pelayo. Heredé o recibí, de ellos, más que un conocimiento, una disposición del ánimo hacia todo lo catalán. En los comienzos, era sentirse, de estudiante, como bisnieto de Rubió y de Milá, nombres pronunciados siempre en la Cátedra con veneración. Así, resultaba maravilloso el descubrimiento de la lengua catalana en Sevilla y en una poesía de Maragall –"Sol solet"—; y era apasionante la tragedia de Verdaguer en una primera versión procedente de la tertulia sevillana del duque de T´Serclaes, donde la había contado, años atrás, don Marcelino; y producía asombro entusiasmado la palabra de Cambó, orador en el Ateneo"[75].

---

[72] CAMBÓ, Francesc, 1982, pp. 670-671. Debo la traducción al castellano a Helena Cambó, que considera que este texo "no tiene desperdicio". Figura en la selección final de textos.

[73] *La Vanguardia*, 18 mayo 1945, p. 8.

[74] TRÍAS, Eugenio, "Libros como espejos", *ABC*, 20 noviembre 2010, p. 3.

[75] PABÓN, Jesús, 1999, p. XLI. Sobre Joan Maragall, la edición de su *Poesia completa*, edició de Glòria Casals y Lluis Quintana, Bracelona, La Butxaca, 2010.

En los años cuarenta y cincuenta se cimentaron como una pétrea estatua las Obras Completas del CSIC, que se vendían en la feria del libro del paseo de Gracia como obra que también era de Franco, que encauzaba la vivificación del "nuevo Cid de nuestra cultura, gana batallas después de muerto y cada día se abren a su culto nuevos templos y arde la llama de súbitas ofrendas en su honor"[76]. Un editorial del diario santanderino *Alerta* lo decía bien claro: "Toda la filosofía del Movimiento Nacional está contenida en esos libros"[77]. Además se hicieron recopilaciones y antologías de sus textos en las que, como ya hemos señalado, en contadas ocasiones se reproducían los trabajos de "tema catalán"[78]. Casi cuatro décadas después de alentar esta edición nacional, Pedro Sainz Rodríguez publicó un interesante texto sobre aquella labor:

> "Esta edición produjo como resultado inmediato una enorme difusión de la obra de Menéndez Pelayo y suscitó una serie de estudios y apologías. Esas apologías hechas por un Estado político determinado, provocaron inmediatamente una reacción contraria, y don Marcelino volvió a sufrir el sino de su juventud: el hecho de que yo, con la mejor buena fe, le lanzase al mundo del nacionalismo español reimpreso provocó por la sola causa de haberlo hecho el Gobierno, de haber sido hecho por el Estado, la reacción de los que no estaban conformes con el Gobierno y el Estado"[79].

El recuerdo de Menéndez Pelayo (cuyo único orgullo, al parecer, había sido entonces "el de ser español"[80]), llenó la prensa de semblanzas biográficas[81], de datos repetidos y el sabor añejo de un personaje inmortal llevado a símbolo presentista de una España concreta. Un símbolo del que, por cierto, frente a las visiones de pensadores como Gre-

---

[76] SANTOS, Casimiro, "Emoción y espíritu de la letra impresa", *La Vanguardia*, 13 junio 1946, p. 3.

[77] "Menéndez Pelayo y los santanderinos", *Alerta*, 18 enero 1956.

[78] Así, "Quadrado y sus obras" y "El doctor D. Manuel Milá y Fontanals", en la recopilación de José Vila Selma, *Estudios sobre la prosa del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1956, pp. 1-43 y 45-97.

[79] SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, 1975, p. 10.

[80] SANTOS, Casimiro, "Gloria y orgullo de España", *La Vanguardia*, 19 mayo 1945, p. 7.

[81] FONTES DE ALBORNOZ, Luis, "Fervores catalanes del insigne polígrafo", *La Vanguardia*, 19 mayo 1945, p. 7, sobre los amores, no sólo literarios, del polígrafo en Barcelona, donde escribió a Isabel Martínez ("Belisa"), dato descubierto por Artigas y desvelado por sor María Jesús, hermana de Menéndez Pelayo (véase el resumen de la conferencia de Ricardo Sánchez de Movellán, *La Vanguardia*, 9 junio 1956, p. 22). El texto de Luis Fontes de Albornoz figura en la selección final. Asimismo, sobre este tema, la conferencia de Agustín González de Amezúa en el Ateneo de Barcelona, a finales de mayo de 1956, reseñada en "Conferencia del señor González de Amezúa en el Ateneo", *La Vanguardia*, 29 mayo 1956, p. 7. También, años más tarde, FRANCÉS, José, "Tres apuntes a don Marcelino", *La Vanguardia*, 7 marzo 1954, p. 7; o INSÚA, Alberto, "Don Marcelino o la pasión por el libro", *La Vanguardia*, 11 junio 1957, p. 13.

gorio Marañón, se negaba que hubiera tenido ninguna evolución de pensamiento[82]. Con el ascenso al poder del Opus Dei, en palabras de Jordi Gracia, fue "intenso el esfuerzo difusor y cuidadosamente antologizador de las obras de Menéndez Pelayo, Donoso Cortés, Balmes, Antonio Aparisi, Vázquez de Mella o Ramiro de Maeztu"[83].

En 1956 se celebraron numerosos fastos en homenaje a Menéndez Pelayo en el centenario de su nacimiento. El análisis de la prensa española sobre Cataluña, resumido por Rafael Recolons, detectaba "el entramado de tópicos, de estereotipos, de prejuicios, de prevenciones y de miedos seculares con que la perspectiva española se acerca a la realidad de Cataluña", achacándose esta situación al empeño "por despersonalizar a los pueblos históricos de España" sobre todo durante el franquismo[84].

Ese año era también el centenario de Antonio Rubió, el "centenario de ambos, conjuntos, por voluntad providencial de Dios, no sólo en la simultaneidad de nacimiento y actuación, sino en fe y esperanza, en amor, inclinaciones, en compenetración", en palabras de Pedro Font Puig[85]. La cátedra "Ciudad de Barcelona" de la Universidad organizó un ciclo de conferencias[86], así como el Ateneo Barcelonés[87]. En las sesiones del Instituto Filosófico Balmesiano, presididas por el cardenal Arriba y Castro, arzobispo de Tarragona, intervino Octavio Saltor, que "se refirió concretamente al magisterio espiritual de Llorens Barba, Rubió y Ors y sobre todo Milá y Fontanals, sobre el polígrafo santanderino; y a sus amistades con los catalanes Rubió y Lluch y mosén Jacinto Verdaguer; con los mallorquines Alcover y Costa, y con los valencianos Querol y Llorente, entre otros"[88]. Guillermo Díaz-Plaja recordó el discurso de acción de gracias en los Jocs de

---

[82] Vid. por ejemplo VIGÓN, Jorge, "El tono y el timbre de don Marcelino", *La Vanguardia*, 12 julio 1956, p. 5.

[83] GRACIA, Jordi, 2006, p. 162.

[84] RECOLONS, Rafael, "Una historia para ser contada", en CLUB ARNAU DE VILANOVA, 1983, pp. 15-16.

[85] FONT PUIG, Pedro, "El centenario de Menéndez Pelayo y Rubió y Lluch", *Diario de Barcelona*, 28 enreo 1956, p. 5; también en este periódico, de este mismo profesor, "Misión y obra de Menéndez Pelayo", 24 febrero 1956, p. 5.

[86] *La Vanguardia*, 15 abril 1956, p. 19, con participación de Pedro Font y Puig, José María Millás Vallicrosa, José María Valverde, Jorge Rubió y Balaguer, Joaquín Carreras y Artau, Vicens y Alberto del Castillo Yurrita. Se publicaron en dos tomos las *Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo*, Barcelona, Universidad de Barcelona / Facultad de Filosofía y Letras / Cátedra Ciudad de Barcelona, patrocinada por el Excmo. Ayto. de la ciudad, 1956.

[87] *La Vanguardia*, 9 junio 1956.

[88] *Ibíd.*, 24 enero 1957, p. 15.

1888[89], hito muy recordado en las relaciones de Menéndez Pelayo con Cataluña; Francesc de B. Moll publicó en 1957 la conferencia que, sobre Menéndez Pelayo y el catalán, había impartido en mayo del año anterior: "Menéndez Pelayo ha sido uno de los pocos castellanos que han estudiado a fondo y han conocido suficientemente el catalán para poder palar de ello con autoridad"[90].

No faltó el homenaje que organizó el Círculo Catalán de Madrid. Estuvo presidido por el barón de Griñó, Manuel de Bofarull y Antonio Adserá, vocal de cultura del Círculo. Hubo el 4 de diciembre tres ponencias. La de Eugenio de Bustos Tovar señaló la importancia de Cataluña en la formación universitaria de Menéndez Pelayo, quien dijo que para él España era "un conjunto de regiones". Intervino después Jorge Vigón sobre "El patriotismo en Menéndez y Pelayo" y "estudió el concepto de patria, que para Barrés es presente y pasado; para Ortega, futuro, y para Menéndez y Pelayo es las tres cosas: pasado, presente y futuro". Finalizó el cardenal arzobispo de Tarragona, el gallego Benjamín de Arriba y Castro, quien, según la reseña de *ABC*, "expuso tres ideas fundamentales en torno del tema: la primera, los sentimientos religiosos de Menéndez y Pelayo, destacando su profunda formación en este aspecyto; la segunda, la importancia que Menéndez y Pelayo concede al cristianismo, como clave de la Unidad de España, y la tercera, lo mucho que Menéndez y Pelayo debe a Cataluña"[91]. En la idea de la función nacional de las diferentes regiones españolas, Rafael Calvo Serer resaltaba la importancia del regionalismo de Menéndez Pelayo, superando "la estrechez de un planteamiento agresivo entre los abusos del centralismo y las torpes reacciones separatistas"[92]. En la conexión entre la "patria chica" y la unidad nacional franquista merece una mención el integrista Marcelino Brunsó y Martirian, para quien Menéndez Pelayo encajaba perfectamente en un tradicionalismo respetuoso con las autonomías, sin llegar al separatismo[93]. Pero, como insistiría en 1973 Modesto Sanemeterio Cobo, "Menéndez Pelayo nos ha transmitido el testamento de una Tarea Nacional, no el programa de un movimiento político, y menos aún una tozuda confesionalidad facciosa"[94].

---

[89] DÍAZ-PLAJA, G., "Hacia un Menéndez Pelayo total", *Revista de Actualidades. Artes y Letras* (Barcelona), año V, nº 226, 9-15 agosto 1956, p. 8.

[90] MOLL, Francesc de B., 1957, p. 3: "Menéndez Pelayo ha estat un dels pocs castellans que han estudiat a fons y han conegut prou el català per a poder palar-ne amb autoritat".

[91] ABC, 5 diciembre 1956, pp. 40-41. Vid. también La Vanguardia, 4 diciembre 1956, p. 7.

[92] CALVO SERER, Rafael, 1952, pp. 151-154.

[93] BRUNSÓ Y MARTIRIAN, Marcelino, España en el diálogo o el anti-integrismo, crimen de lesa patria, signo y azote de nuestro tiempo, Barcelona, Colección España en el Diálogo, 1966, en CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., 1994, p. 671.

[94] SANEMTERIO COBO, Modesto, 1973, p. 87.

Incluso cuando en el franquismo se produjeron restauraciones de los Juegos Florales (por ejemplo los del "Orfeó Gracienç" en 1958) se recordaría el ejemplo de tolerancia dado por Menéndez Pelayo[95]. Precisamente el XXIV aniversario de la "Liberación" de Barcelona (1963) fue la excusa para que Agustín Pedro y Pons, recordando el discurso en catalán de Menéndez Pelayo en los Jocs de 1888, pidiera la recuperación de los Juegos Florales, símbolo de la riqueza lingüística de España[96]. A Menéndez Pelayo se le recordó expresamente en los Juegos Florales de la plaza de la Lana, en 1967, en el discurso del mantenedor, el ministro Manuel Fraga:

> "Si me permitís la inmodestia de ampararme en tan ilustre precedente, os diré que el sentimiento de fraternal amor a Cataluña que inspira mis palabras es el mismo que ciertamente embargaba a un Menéndez y Pelayo cuando vino a otros Juegos Florales barceloneses, hace casi ochenta años, para «escoltar amorosament els accents d'aquesta llengua no forastera ni exótica, sino espanyola y neta de tota taca de bastardía».

He tomado estas palabras de don Marcelino por dos motivos: uno, el de que reflejan una voluntad de entendimiento que también aparece en los pensadores y en los políticos de nuestro Movimiento Nacional, desde José Antonio Primo de Rivera hasta Francisco Franco; y el otro, el de que aquellas palabras de 1888 resuenan de un modo natural contra el perfil de la Barcelona decimonónica que estas paredes nos ofrecen, la Barcelona que murmuraba contra el Ensanche, la que a veces se acercaba al todavía lejano paseo de Gracia para bailar rigodones y lanceros en el Euterpe, en el Prado o en el Tívoli. Aquella modesta Barcelona era ya «cap y casal» de una región ufana y próspera, cuyo progreso industrial causaba asombro y excitaba en el resto de España unos nobles deseos de emulación que todavía se quedaban en el limbo de los buenos propósitos porque aquel era un tiempo más generoso en palabras que en realidades. Pero ya entonces, esta plaza de la Lana presagiaba el próspero desarrollo de la gran ciudad que hoy nos enorgullece a todos los españoles. Donde estas piedras se alzan, poco más o menos, habían estado las sucesivas Barcelona: la «Laie Barcino» romana; la de Wifredo el Velloso; la de Ramón Berenguer IV, que conquistó Lérida y Tortosa y que unió Aragón con Cataluña; la del rey Pedro, que invocó su condición de católico para buscar la muerte en Muret; la de Jaime y y la de Pedro el Grande; la de las dos Sicilias y Cerdeña, y *la* de Atenas y Neopatria. También la Barcelona de aquel Juan II de Aragón, a quien podríamos tener por inventor iluminado de la Patria común cuando luchó tenazmente para que

---

[95] *La Vanguardia*, 26 septiembre 1958, p. 4.

[96] *Ibíd.*, 27 enero 1963, p. 18.

su hijo Fernando lograra matrimonio con la heredera del reino de Castilla y León, una moza rubia que se llamaba nada menos que Isabel, «la de los grandes destinos»...[97]

Por otro lado, Radio Barcelona retransmitió en diferentes ocasiones la versión de *Otello* o *Macbeth* de Shakespeare que había traducido Menéndez Pelayo[98], textos que además disfrutaron de varias ediciones realizadas en la capital catalana.

Aprovechando la respuesta a un artículo de Manuel Aznar, Alfonso de la Serna escribió en *ABC* y *La Vanguardia* un emocionado recuerdo de su padre, Víctor de la Serna, ya mencionado aquí. El texto defendía el papel histórico de Cataluña en la historia de España y la necesidad de que Cataluña y Castilla se comprendieran y remaran en la misma dirección. Volvía a relucir, obviamente, Menéndez Pelayo:

> "No sé si es porque en mi tierra castellana y montañesa hay una tradición de amor y respeto a Cataluña. No necesito recordarle que el viejo hidalgo don José María de Pereda, de quien se podría pensar que era incapaz de amar nada más allá de su Polanco natal, admiraba rendidamente la lengua catalana. Y por supuesto que usted recuerda aquellas palabras enfáticas, de majestuoso corte horaciano, que el gran don Marcelino Menéndez Pelayo pronunció ante la Reina de España, en los Juegos Florales de Barcelona de 1888; hablando en perfecto catalán, cuando exaltaba la lengua arrogante que un día oyó *la gentil sirena del Pausilipo*"[99].

En los Jocs Florals de 1988, que celebraban el centenario de aquellos en los que Menéndez Pelayo había leído su discurso en catalán, el novelista Joan Perucho le consideró "gran amigo de Cataluña y de los catalanes"[100] y Joan Solía escribió que fue "probablemente el intelectua de aquel tiempo que mejor conocía la cultura catalana de todas las épocas, desde Ramón Llull hasta Verdaguer, que más la amaba y que más generosamente la juzgaba"[101].

---

[97] *La Vanguardia*, 23 mayo 1967, pp. 27-28.

[98] Así, *ibíd.*, 22 enero 1958, p. 26, *Otello* en versión de Ventura Porta Roses; 19 marzo 1961, p. 31, *Otello*, con Carlos Lemos; 1 noviembre 1970, p. 58, *Macbeth*, adaptada por Ventura Porta Rosés e interpretada por la compañía de Radio Barcelona dirigida por Armando Blanch

[99] SERNA, Alfonso de la, "Ceremonia a Cataluña (Respuesta a Manuel Aznar)", *La Vanguardia*, 16 junio 1960, p. 7.

[100] PERUCHO, J., 1988, p. 27: "*Gran amic de Catalunya y dels catalans*".

[101] SOLÍA, J., 1988, p. 61: "Probablement l´intel·lectual d´aquel temps que més bé coneixia la cultura catalana de totes les èpoques, des de Ramón Llull fins a Verdaguer, que més l´estimava y que més generosamente la judicava".

Claro está que, junto a este reconocimiento a Menéndez Pelayo, se apreciaba en la prensa del momento una identificación presentista, y a mi juicio intolerable, del polígrafo con quien presidía la Comunidad Autónoma de Cantabria. Baltasar Porcel se descolgó en su artículo "Santander" con la afirmación de que Juan Hormaechea, entonces presidente, "encarna el espíritu de don Marcelino, de Pereda", en una alusión que tal vez tuviera algo de irónico, pero en todo caso suena a la misma superficialidad con que despacha a Menéndez Pelayo llamándole "envidiable monstruo de erudición al que gustaba además achisparse con unos vasos de vino"[102]. Tiempo más tarde, Carlos Sentís, desde la misma tribuna, señalaba sin embargo que "los catalanes podemos ver en Juan Hormaechea la antítesis de don Marcelino Menéndez y Pelayo, un santanderino de pro"[103].

No pasó mucho tiempo hasta que la prensa actualizara el nombre de Menéndez Pelayo. El jueves 1 de abril de 1993 Ernest Lluch, exministro de Sanidad y rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, publicaba un artículo en las páginas de opinión de *La Vanguardia*. Se enmarcaba en la polémica de la eliminación del nombre del polígrafo santanderino del callejero barcelonés. Su calle del barrio de Gràcia fue sustituida por la calle del Torrent de l´Olla, denominación histórica de la vía. A Lluch le habían preguntado sobre el asunto por un semanario cántabro, *El Norte*, pero consideró correcto responder antes en Barcelona, consciente de la necesaria repercusión de su palabra[104]. En su breve artículo, Lluch, descendiente, por cierto, de uno de los más dilectos condiscípulos de Menéndez Pelayo, Antonio Rubió, hacía un prudente ejercicio de desagravio del escritor montañés, matizando el extremismo en el que muchos le tenían y recordando su vinculación con la cultura catalana a través de sus estudios en la Universidad de Barcelona o su intervención en los Juegos Florales de 1888. Es decir, frente a la imagen que proyectaba Menéndez Pelayo quedaba la evidencia histórica de su proximidad a lo catalán. Transcribo un fragmento de su párrafo final:

> "La importancia de Menéndez y Pelayo como intelectual en cualquiera de sus dimensiones es indiscutible. Puedo dar testimonio puesto que en mis es-

---

[102] PORCEL, Baltasar, "Santander", La Vanguardia, 30 noviembre 1988, p. 6. Las características de la crítica periodística, entre otras consideraciones sin duda apreciables (lo sé también por modesta experiencia personal, cuando uno publica atendiendo a la prisa del momento y por tanto generaliza o tiende a estereotipar), provoca la publicación de alusiones personales en las que personajes históricos quedan bastante perjudicados. Vid., entre otros ejemplos, este párrafo de MORÁN, Gregorio, "La sensibilidad del pulpo", La Vanguardia, 20 septiembre 1997, p. 17: "Para los conservadores, que aún leían menos que los progresistas, la literatura se llamaba Pereda, el de la fábrica de jabones, y Menéndez Pelayo, el borrachín putañero. Don Pedro Sainz Rodríguez, otro que tal, solía escandalizar a mosenes y beatas contando los particulares gustos del loado Don Marcelino con el anís y las suripandas (expresiva palabra de la época)".

[103] SENTÍS, Carlos, "Rugidos en Cantabria", La Vanguardia, 17 noviembre 1990, p. 19.

[104] LLUCH, Ernest, "Menéndez y Pelayo", *El Norte*, 3/9 abril 1993.

> tudios sobre heterodoxos he tenido que utilizar sistemáticamente su historia donde él quería excomunicarles, pero es imprescindible también para los que queremos integrarlos. Desde el punto de vista de Cataluña es indiscutible que ha sido uno de los intelectuales de lengua castellana que más se han acercado a nuestra cultura"[105].

La Vanguardia acogió en sus páginas las protestas de los lectores por el cambio en la nomenclatura del callejero[106]. La carta de Ramón Roig García decía lo siguiente:

> "¿Era fascista don Marcelino Menéndez y Pelayo? ¿Acaso estuvo en la División Azul? Viene esto a cuento, pues las placas que daban su nombre a una importante arteria graciense han sido "democráticamente" sustituidas por otras que dicen Torrent de l´Olla. ¿Tan importante son un torrente y una olla ante la egregia figura universal del ilustre polígrafo santanderino orgullo de las letras, de todas las letras españolas?
>
> Cada día estamos más democráticos y, por lo visto, hay quienes ya han "ganado" las elecciones municipales anticipadas y se dedican a cambiar los nombres de las calles, no respetando ni tan siquiera a los no políticos"[107].

La calle de marras sigue llamándose "Torrent de l´Olla" y el nombre de Menéndez Pelayo, que pervive en un instituto de Educación Secundaria cuyo nombre anterior fue, curiosamente, Salmerón, se ha puesto a una travesía de la zona universitaria de Diagonal[108]. El debate ha durado hasta hace pocos años, en el contexto en que se enmarca el artículo citado de Lluch, y, con él, las protestas de algunos lectores en la prensa[109]. El caso puede resultar anecdótico, pero no deja de ser significativo. Recuerda, por cierto, otra polémica más reciente en la que Rosa Regás, en sus tiempos de directora de la Biblioteca Nacional, propuso retirar la estatua de Menéndez Pelayo que preside el vestíbu-

---

[105] LLUCH, Ernest, "Menéndez y Pelayo", *La Vanguardia*, 1 abril 1993, p. 22.

[106] J.F. y A.S., "La calle Menéndez Pelayo", 22 septiembre 1979, p. 5; SOBREQUES ARIBAU, Mercedes, "¿Quién cambia los nombres de las calles?", 25 julio 1980, p. 6.

[107] ROIG GARCÍA, Ramón, "¿Era fascista Menéndez y Pelayo?", *La Vanguardia*, 9 marzo 1979, p. 5. Reproduzco un fragmento.

[108] Vid. *La Vanguardia*, 6 julio 1993, p. 32, con el anuncio de la calle; inmediatamente, el artículo de SAIZ, José Ramón, "Menéndez Pelayo y Barcelona", *Alerta*, 11 julio 1993, que antes había publicado "Carta cántabra al Sr. alcalde de Barcelona", *El Diario Montañés*, 20 diciembre 1990.

[109] SOLER SÁENZ, Mª Carmen, *La Vanguardia*, 23 agosto 1996, p. 10: "¿Por qué han suprimido su nombre del callejero de Barcelona? ¿Por qué los políticos olvidan a quienes han difundido la cultura catalana y son tan poco agradecidos?".

lo de la entidad madrileña y su traslado al jardín interior, enriqueciendo su intención con anacrónicas acusaciones contra la figura del humanista.

Da la sensación de que, en contraste con la consideración positiva que se tenía en la época de Menéndez Pelayo, una consideración que era casi siempre respetuosa incluso por parte de sus "enemigos" ideológicos, el tiempo ha ido poniendo a Menéndez Pelayo en una estatua en la que, a pesar de su peso pétreo, resulta perfectamente zarandeable bajo justificaciones de escaso valor histórico. Consideremos, en general, que "el catalanismo" siempre ha valorado la labor de Menéndez Pelayo como un "castellano" que se salía de la norma de otros intelectuales y no era prejuicioso con lo catalán, sino que estudiaba las manifestaciones literarias de Cataluña como puntales de su ideario iberista, considerando, pues, que la lengua y la literatura catalanas eran manifestaciones fundamentales de España. Ahora bien, esta convicción del polígrafo rechazaba el catalanismo político, situándole en un estadio intermedio y de difícil caracterización. Lo que no cabe duda es de que Menéndez Pelayo se hizo catalán en su formación, que afianzó a lo largo de su vida más amistades catalanas que ningún otro español no catalán y que su obra está sembrada de acertados juicios sobre una literatura que hasta entonces apenas había tenido quien la defendiera en el contexto amplio del conocimiento historiográfico.

APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA

La vida de Menéndez Pelayo está llena de anécdotas que nos hablan de una personalidad muy especial. Con apenas dos años repetía de memoria a su tía los pasajes de los novelones que ella leía en voz alta; con nueve se sabía la mayor parte del *Quijote*; con doce formó su primera biblioteca; con veinticuatro era catedrático y académico… Debía de leer prácticamente tres libros cada día (haciendo un cálculo muy peregrino, teniendo en cuenta los libros de su Biblioteca), aparte de sus obligaciones docentes como profesor de la Universidad Central o, más tarde, como director de la Biblioteca Nacional. Su capacidad de escritura diaria únicamente puede compararse con la leyenda que rodea a Lope de Vega. Tradicionalmente se le ha asociado a una serie de caracteres, alguno de los cuales, por más que caigan en lo tópico, creo que responden a lo que fue: un prodigio de estudio, de incansable pasión literaria y de amor por la verdad.

Resulta llamativo, aun con toda la revisión que en las últimas tres décadas se esté dando sobre la figura de Menéndez Pelayo, que carezcamos de actualizaciones biográficas[110]. En los últimos años se han acabado de publicar la veintena de volúmenes de su epistolario, en el que unas quince mil cartas aguardan al investigador. Ahí están muchas de sus cartas y las que recibió: Menéndez Pelayo tuvo la bendita manía de conservar todo papel que caía en sus manos y nos ha dejado un legado documental ingente y precioso, que además los directores y técnicos de su biblioteca han puesto casi en bandeja de plata. Faltan muchas cartas, es evidente, pero en este caso no podemos quejarnos: de ningún otro escritor se conservan tantas. Y, sin embargo, cuando queremos conocer datos concretos sobre su vida, hemos de recurrir a viejas biografías, algunas verdaderamente dignas y útiles, y todas hijas de su tiempo, pero cuyo planteamiento, en general, está ya desfasado o al menos no cumple con la expectativa del lector de hoy, que quiere saber cosas que van más allá de los hechos milagrosos que determinaron una suerte de hagiografía. El epistolario con Valera o *Clarín*, por ejemplo, aporta una información que nos libra de los numerosos prejuicios que se ciñen sobre Menéndez Pelayo. Tampoco se ha prestado atención, creo, o no al menos en su debida dimensión, a los testimonios que dejaron por escrito algunos de quienes conocieron bien al personaje: Adolfo Bonilla, Gonzalo Cedrún, Carmelo de Echegaray, Arturo Farinelli, José Ramón Lomba, Ramón Menéndez Pidal, Blanca de los Ríos y Antonio Rubió, entre otros, escribieron sobre su amigo, y sus recuerdos y consideraciones forman parte de un patrimonio que debe ser tenido muy en cuenta.

---

[110] Vid., en este sentido, SERRANO VÉLEZ, Manuel, *Menéndez Pelayo, un hombre contra su tiempo*, Jaén, Almuzara, 2012 y CRESPO LÓPEZ, Mario, *Biografía de Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, UIMP (en prensa).

Marcelino Menéndez Pelayo nació en Santander el 3 de noviembre de 1856. La fecha resulta importante en la historia local: un 3 de noviembre (de 1833) se produjo la recordada batalla de Vargas dentro de la primera guerra carlista y un 3 de noviembre (de 1893) un carguero lleno de dinamita explotó en el puerto de Santander, con la consecuencia de medio millar de fallecidos. Para los creyentes en una suerte de "determinismo vital", entre los que se encuentran algunos biógrafos del escritor, esta coincidencia cronológica deja de ser una simple coincidencia y sitúa al recién nacido, desde el mismo día de su venida, en los anales locales.

Su padre, procedente de una familia asturiana liberal, fue Marcelino Menéndez Pintado, catedrático de Matemáticas en el Instituto de Santander; llegaría a ser alcalde de la ciudad en 1885. Su madre, María Jesús Pelayo España, oriunda del valle montañés de Carriedo, pertenecía a una familia de tendencia conservadora. El matrimonio tuvo otros tres hijos, aparte de Marcelino, que era el mayor: Enrique, que fue médico y escritor modernista; María Jesús, que vivió la mayor parte de su vida como religiosa de clausura en el Convento de la Enseñanza, en su ciudad natal; y Agustín (llamado "el niño chiquitín" en algunas cartas familiares), del que apenas se sabe más que tenía discapacidad mental y que murió con unos veinte años.

Se ha hablado algo de la seriedad del padre, de su carácter áspero y poco amigable, desde luego alejado de toda confianza con sus alumnos y aun con sus hijos; y sin embargo, las cartas de la época universitaria en Barcelona de "Marcelinito" (como le llamaban sus padres) reflejan el mutuo afecto hacia el hijo estudiante y la dureza que suponía la obligada distancia entre ellos:

> "Por mucho que tú nos eches de menos estos días, no será tanto como nosotros a ti, pues cada vez se nos hace más sensible tu separación; pero convencidos de que tu porvenir exige este sacrificio, lo aceptamos con resignación"[111].

Desde sus estudios primarios mostró Marcelino una prodigiosa capacidad intelectual, muy por encima de su edad. No es que despreciara los juegos de sus compañeros, pero sentía mucha mayor inclinación por la lectura. Comenzó sus estudios en la escuela de Víctor Setién, maestro que llegaría a sentir tal admiración por su discípulo, que varias veces contribuiría a sufragar sus estudios universitarios. Se cuenta que, en sus años infantiles, durante unas ferias, puso en aprietos a la atracción de la cabeza parlante de Don Álvaro de Luna, con sus eruditas preguntas a las que el escondido feriante no fue capaz

[111] *Epistolario general* [en adelante, EG], I, 13, Santander, 27 diciembre 1871.

de responder. La primera carta que mandó, en 1868, con doce años, siendo alumno del Instituto de Santander, fue a un periódico local, *La Abeja Montañesa*, que había convocado un premio para quien averiguara qué suceso ocurrió en la segunda hora de la segunda mitad del segundo día del segundo mes del segundo año de la segunda mitad del siglo. Marcelino obtuvo así su primer éxito público, al desvelar que el suceso era ni más ni menos que la tentativa de regicidio del cura Merino contra la reina Isabel II[112]. La burguesía local alentaba estas iniciativas que permitían despertar el ingenio y descubrir a jovencitos picados por la curiosidad histórica. Y de esta manera, con la leyenda de sus pequeños pero firmes triunfos escolares, la familia, los amigos de la familia y los amigos de los amigos de la familia fueron prestando cada vez más atención en aquel niño guapete, discreto y estudioso. Se fue fraguando así una imagen prodigiosa que contribuiría a construir, para bien o para mal, un personaje.

"Marcelinito" había hecho acopio de su primera biblioteca: en el primer listado este armario guardaba veinte obras en 35 volúmenes. En realidad no las guardaba: las disponía, ordenadamente, eso sí, para la voracidad lectora de su propietario, que se había hecho con ella gracias a regalos de los admirados amigos y familiares. La afición bibliófila se manifestó muy pronto. Este fenómeno no es extraño en las personalidades geniales. La afición, claro, va unida a la necesidad: un libro llama a otro, una curiosidad a otra consulta, y así se va componiendo una biblioteca que, en el caso de Menéndez Pelayo, habría de llegar a la nada desdeñable cantidad de cuarenta y dos mil registros al final de su vida, dispuestos en diversos armarios instalados en un pabellón cercano a la casa familiar. El proceso de formación de esta otra obra de Menéndez Pelayo (la única de la que, según dijo, se sentía auténticamente satisfecho) es complejo y, claro está, acumulativo: regalos, compras, adquisiciones, donaciones… En 1872, estudiando ya en Barcelona, su padre le escribió anunciándole una buena nueva:

> "Me están haciendo una librería, que ocupará todo el lienzo del escritorio donde está el armario, y en la cual calculo que podrán colocarse de 1800 a 2000 volúmenes: está dividida en tres cuerpos iguales, y de ellos dos están destinados para tus libros, que encontrarás colocados cuando vengas"[113].

Es curioso cómo la casa familiar de la calle Gravina, en el barrio de La Florida, se fue adaptando a las necesidades de espacio del hijo mayor: piénsese que en 1885 reunía ya en Santander ocho mil volúmenes, unidos a los que apilaba en su pensión de la madrileña calle Arenal. Hacia 1893 fue necesario construir un pabellón anejo a la casa para

---

[112] EG I, 1, Santander, 23 junio 1868.

[113] EG I, 23, Santander, 3 abril 1872.

albergar los libros. Las noticias que en su epistolario han dejado sus indagaciones bibliográficas son incontables y forman parte de la vida latente de cientos de metros de libros que ahora reposan sobre las hermosas vitrinas de roble de la Biblioteca, siempre limpia y que parece que va a fijar y dar esplendor a quien la frecuente. En 1916-1918, cuando Marcelino ya había fallecido, fue su hermano Enrique quien colaboró en la gestión de su precioso legado al Ayuntamiento de Santander. El arquitecto Leonardo Rucabado dirigió el proyecto de construcción de la nueva biblioteca, que se inauguraría en agosto de 1923. Sobre la historia de la Biblioteca ha escrito uno de sus últimos directores, Manuel Revuelta Sañudo, una pequeña monografía publicada en 1982, que remata una historia que, pese a su rotundidad, parece que cada día han de reivindicar los investigadores.

Menéndez Pelayo cursó la carrera de Filosofía y Letras en dos universidades, la de Barcelona (1871-1873) y la Central de Madrid (1873-1874), aunque se licenció por la de Valladolid. Durante esos años convulsos ocurrió la tercera guerra carlista (1872-1876), suceso que afectó la relación epistolar entre el joven y su familia[114]. Hay que tener en cuenta que en esos años la vía epistolar era crucial, dado que la comunicación se hacía únicamente por ese conducto, y no sólo para el envío y la recepción de noticias, sino de dinero. Por entonces su tío, el médico Juan Pelayo, escribió unas muy interesantes letras a su sobrino, que se había visto obligado a pasar en Barcelona las vacaciones navideñas:

> "Ya sé yo desde muy antiguo que España es el país de las vacaciones; pero lo cierto es que cuando uno es estudiante, y hasta cuando uno es catedrático, no le disgustan esos paréntesis que interrumpen el curso monótono de las obligaciones diarias. A fin de que aproveches ese que se te (*sic*) presenta en la actualidad ora yendo alguna vez al Teatro, ora comprando algún libro que te agrade recibirás, o tal vez habrás recibido, para cuando leas esta, por conducto de tu papá la cantidad de cinco duros"[115].

Que la familia se volcara en la educación del primogénito, que había mostrado en Santander unos mimbres tan brillantes, no es asunto baladí, si bien no siempre se ha resaltado: ¿las posibilidades académicas de Menéndez Pelayo hubieran sido las mismas de haber nacido en el seno de una humilde familia sin estudios, en vez de en un hogar de cierta posición, cuyo padre era ilustre catedrático del único instituto de la ciudad? Para mí, es evidente que no, y por más que se haya querido en ocasiones destacar en don

---

[114] En EG I, 31 Barcelona, 22 junio 1872, Menéndez Pelayo manifestaba su temor a que se hubieran extraviado las cartas que había y le habían enviado, por culpa de las "facciones" militares.

[115] EG I, 14, Santander, 3 enero 1872.

Marcelino Menéndez Pintado la distancia con el hijo, las relativamente abundantes cartas entre ellos revelan una preocupación constante por el devenir de "Marcelinito" que ya hubieran querido otros, con independencia de la excelencia que había mostrado el joven. Menéndez Pelayo aprovechó muy bien las bazas que le pusieron en bandeja sus padres; estudió, como se diría, "con aprovechamiento", consciente, además, del esfuerzo material que estaban haciendo por él y del que otros compañeros no habían disfrutado.

El hecho de estudiar la carrera en dos centros universitarios, Barcelona y Madrid, se debió a que, en realidad, seguía los pasos de quien fuera su tutor lejos del hogar en esa época, el catedrático José Ramón de Luanco, buen amigo de su padre. No parece que hubiera ningún otro motivo de peso en ese cambio; es más, seguramente se lamentara de no haberse licenciado en Barcelona, ciudad en la que se encontraba más cómodo entonces el joven Marcelino, con amigos como Antonio Rubió y sin la directa "amenaza" del krausismo que encandilaba a diversos sectores de la universidad española y le habría de fastidiar especialmente en Madrid. Si a lo largo de su etapa académica Menéndez Pelayo habría de reconocer la influencia positiva de algunos profesores, con uno de ellos entabló entrañable relación en Barcelona: Manuel Milá y Fontanals, catedrático de Estética, quien le inició en la crítica estética, tamizada por el subjetivismo kantiano y el idealismo hegeliano y atemperada por influencias romáticas y positivistas. Con sus lecciones le introdujo decisivamente en autores como Horacio, Fray Luis y la poesía popular, descubrimientos que resultarían claves en su trabajo crítico. Buena parte de las consideraciones estéticas de Menéndez Pelayo se debieron a las explicaciones de su sabio profesor y a las lecturas que hizo de las obras de Milá, de cuya edición casi completa se encargaría muchos años más tarde. Se ha hablado mucho (sobre todo en y por el franquismo) de la "españolidad" de Menéndez Pelayo, de forma sesgada y pretendiendo una "unidad de destino" que nunca defendió como tal (o, desde luego, en los términos del franquismo), y resulta que en pocos investigadores "castellanos" se habrá dado una mejor y más honda comprensión de otras literaturas españolas, como la catalana, cuyos idioma y autores (desde Llull o March hasta Verdaguer o Maragall) conocía muy bien.

La actividad investigadora de Menéndez Pelayo en estos años de estudiante resultaba ya notable. Protagonizó en el Ateneo de Barcelona su primera velada pública, dedicada a "Cervantes considerado como poeta", cuyo texto apareció en dos números de la *Miscelánea Científica y Literaria* en la primavera de 1873. La intervención de Marcelino tuvo eco en su Santander natal, donde no sólo la familia, sino los asiduos de las tertulias intelectuales seguían con interés la trayectoria de aquel hijo pródigo en proyectos, pasmo de erudición y amor por las literaturas españolas. El tema de Cervantes como poeta no deja de resultar paradigmático, puesto que se trata de una reivindicación pública de una de

las facetas menos conocidas y valoradas de la literatura del autor del *Quijote*. Era una apuesta atractiva (Cervantes seguía de moda, si bien desde diferentes acercamientos no siempre acertados) pero arriesgada, en la medida en que parecía ser un autor demasiado conocido. Claro que para Menéndez Pelayo Cervantes era ya un personaje protagonista de sus propias indagaciones juveniles: con tan sólo catorce años había redactado el trabajo "Catálogo de las tragedias españolas, desde los orígenes del teatro hasta nuestros días", en el que dejaba ya muy agudas páginas sobre *La Numancia* y añadía una esmerada biografía de Cervantes[116]. En la crítica cervantina se encuentran significativas páginas que son como una rectificación del "esoterismo" de parte de la crítica decimonónica en el que Cervantes parecía envolverse. Y las primeras intervenciones públicas del joven en escenario barcelonés, precisamente sobre un autor en apariencia tan conocido, eran toda una declaración de intenciones.

No se sabe con exactitud cuándo comenzó Menéndez Pelayo su prolija *Biblioteca de Traductores Españoles*, que da la medida de la dimensión y capacidad de su esfuerzo intelectual. Algunas notas de esta magna obra de pura erudición fueron redactadas, al parecer, siendo todavía un adolescente. En realidad, se trataba de apuntes para uso personal, necesarios como apoyo para el trabajo de redacción: listados de autores, referencias bibliográficas, cruces de información que hasta entonces nadie había compendiado y que él por supuesto conservó y utilizó. Esta "Biblioteca" era complementaria de la *Bibliografía hispano-latina clásica* que habría de aparecer de manera dispersa y parcial en algunos números de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* y que mucho más tarde recopilaría Pedro Sainz Rodríguez. De hecho, uno de los mayores aciertos de la *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo* fue la inclusión de un total de quince volúmenes de ambas obras, que antes de ello estaban dispersas y aun manuscritas[117], y que fueron consecuencia del trabajo más ímprobo y desagradecido del autor. En ellas se aprecia el inmenso torrente de lecturas que iba acumulando el joven, su capacidad de observación y de relación, su caudal de cultura sobre la bibliografía hispánica y su amor a los clásicos, que compaginaba con lo que consideraba mejor de la tradición cristiana. Algunos recuerdos de sus compañeros universitarios, como *Clarín*, con quien coincidió en el doctorado en Madrid, informan de la peculiaridad de Marcelino y su aprecio de la literatura:

---

[116] Vid. CRESPO LÓPEZ, Mario, 2005.

[117] Edición Nacional de las Obras Completas [en adelante, ENOC], XLIV-LIII (1950-1953), Bibliografía hispano-latina clásica, vols. I-X; ENOC, LIV-LVII (1952-1953), Biblioteca de traductores españoles, vols. I-V.

> "Para entretener las horas de descanso en la Universidad, el entusiasta alumno solía recitarnos versos de Fray Luis de León (que prefiere a todos los poetas de aquel tiempo) y otras veces de Manzzoni, o de algún poeta inglés, o portugués, o catalán… lo que se pedía. ¡Qué memoria! Y no quiero decir sólo, ¡cuánta memoria!, sino ¡qué buena, qué selecta!"[118].

Los caminos académicos de Menéndez Pelayo desembocaban en la Universidad Central de Madrid, adonde se dirigió para completar la carrera. En la capital conoció a personalidades fundamentales, Juan Valera, Leopoldo Augusto de Cueto y Alejandro Pidal y Mon, que por distintos motivos tendrán una importancia notable en su obra. Pero también conoció a Castelar y Salmerón, por ejemplo, con quienes no llegó a congeniar en absoluto. Naturalmente existía entre ellos una predisposición de carácter ideológico que seguramente marcaba diferencias. Contado de manera somera, a la Universidad Central había llevado Julián Sanz del Río, procedente de la de Heidelberg, la filosofía krausista, que tendría su influencia en la pedagogía española especialmente entre 1868 y 1936. La laicidad y el adogmatismo, el racionalismo armónico (o "panenteísmo") contrastaba, por ejemplo, con el catolicismo doctrinario en el que se desenvolvía el pensamiento del joven Marcelino. El "socratismo" y el sentido común de Barcelona contrastaban con los prejuicios ideológicos que Menéndez Pelayo advertía en otros profesores de Madrid. La experiencia del joven con Salmerón, catedrático de Metafísica, fue lamentable y dejó su poso para lo que vino después. Quien había sido uno de los cuatro presidentes de la Primera República llegó a decir a sus alumnos en clase:

> "Como amigo, debo advertirles a Vds. que es inútil que se presenten a examen, porque estoy determinado a no aprobar a nadie que haya cursado conmigo menos de dos años. No basta un curso, ni tampoco veinte para aprender Metafísica"[119].

Esto según palabras de Menéndez Pelayo. Naturalmente, tal posición docente perjudicaba los planes de quien pensara licenciarse en Madrid ese año 1874. Además alimentó en él una prevención casi enfermiza contra los krausistas, a los que consideraba (bajo la sombra de su consideración sobre don Nicolás) personas oscuras y de peligrosas prácticas endogámicas. Así lo explicaba a su padre:

---

[118] Solos de Clarín, 1891, en Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario, ob.cit., p. 216.

[119] EG I, Madrid, 30 mayo 1874, carta de Menéndez Pelayo a Antonio Rubió.

> "Tú no comprenderás algunas de estas cosas, porque no conoces a Salmerón ni sabes que el krausismo es una especie de masonería en la que los unos se protegen a los otros, y el que una vez entra, tarde o nunca sale. No creas que esto son tonterías ni extravagancias; esto es cosa sabida por todo el mundo"[120].

En Madrid coincidió por primera vez con otro krausista, el albaceteño Francisco Fernández y González, catedrático de Estética, discípulo de Sanz del Río y yerno de Amador de los Ríos. Para Menéndez Pelayo, Fernández, con el que coincidiría en varios momentos de su vida, era "hombre docto al modo de su suegro, pero todavía más pedante y destartalado que él"[121]. Fernández y González fue académico de Bellas Artes de San Fernando, de la Historia y de la Lengua y, como Menéndez Pelayo, fue senador, consejero de Instrucción Pública y colaborador del *Diccionario enciclopédico hispanoamericano* de Montaner y Simón. Menéndez Pelayo le tendría como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, continuando las desavenencias entre ellos[122].

El prejuicio antikrausista estaba radicado en su pensamiento y, alentado después por la postura de Gumersindo Laverde (1835-1890), forma parte sustancial de toda la producción de Menéndez Pelayo y seguramente un acicate para su defensa del cristianismo como vertebrador de la historia de España. Se trata seguramente de la más clara postura ideológica que adoptaría el escritor a lo largo de toda su extensa obra.

Menéndez Pelayo se licenció finalmente en Valladolid en septiembre de 1874, con premio extraordinario, después de examinarse de la Metafísica que no había podido aprobar con Salmerón y "deseando no tropezar con la falange krausista que tantos malos ratos me hizo pasar". Al año siguiente obtuvo el doctorado con la tesis *La novela entre*

---

[120] EG I, Madrid, 30 mayo 1874.

[121] *EG* IX, 555, Madrid, 6 marzo 1889, carta a José María de Pereda.

[122] Así se observa en la carta a Julio Cejador Frauca, en *EG* XVIII, 367 (Santander, 6 agosto 1905): "No sabía lo que Vd. me cuenta del Sr. Fernández y González, pero no me sorprende en lo más mínimo. Le trata a Vd. como nos ha tratado a todos los trabajadores de buena conciencia que hemos pasado por la Facultad de Letras. Pero no hay que desalentarse por eso: más o menos pronto, el mérito, cuando es tan sólido como el de Vd., se abre camino y triunfa de todas las asechanzas de la envidia, de la pedantería y de la malevolencia". En 1894 Menéndez Pelayo publicó un extenso comentario al discurso de ingreso en la RAE de Fernández y González, que llevaba por título *Influencia de las lenguas y letras orientales en la cultura de los pueblos de la Península Ibérica* y al que respondió Francisco A. Commelerán. *EG* XII, 650 (Madrid, 21 febrero 1894), carta de Menéndez Pelayo a Juan Valera: "En el número próximo hablaré del discurso de nuestro amado hijo político, procurando entresacar de aquel pedantesco fárrago las cosas verdaderamente útiles que contiene y ponerlas en forma llana e inteligible". "Nuestro amado hijo político" eran palabras de José Amador de los Ríos para referirse a su yerno. En varias cartas Menéndez Pelayo llama a Fernández y González "D. Hermógenes".

los latinos, que también obtuvo el máximo reconocimiento académico. Al premio también había optado otro alumno excelente llamado Joaquín Costa[123]: a pesar de sus diferencias, la relación entre ambos fue un nuevo ejemplo de la tolerancia ideológica fortalecida por la amistad. En Valladolid conoció a Gumersindo Laverde, que entonces era el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y con quien mantendría una intensa relación epistolar a partir de 1874[124]. Aunque nunca le dio clase, Laverde instigó en la sombra la participación de su discípulo en ciertos debates científicos de la época que le obligarían a tomar partido. Uno de los primeros artículos de Menéndez Pelayo, de hecho, publicado ese año en la *Miscelánea Científica y Artística*, fue de rotundo cariz antikrausista, dirigido contra el escritor Manuel de la Revilla. Así lo contaba Menéndez Pelayo a su compañero Rubió:

> "Habrás visto, en el último de los artículos publicados en la *Miscelánea*, una invectiva feroz contra cierto D. Manuel de la Revilla, muy conocido entre los Krausistas de Madrid. Tal vez te habrá sorprendido lo áspero y duro de la forma, pero me limitaré a decirte que dicho artículo está escrito en aquellos días de infausta recordación en que, como tú puedes comprender, estaba irritado y lleno de furor contra todo lo que oliese a Krause y su escuela"[125].

Al catedrático de Valladolid dedicaría algunos trabajos, como el titulado "De re bibliographica", publicado en la *Revista Europea* en 1876. Laverde, por su parte, animó la redacción de las dos obras más importantes y ambiciosas de esos primeros años, *La ciencia española* y la *Historia de los heterodoxos españoles*. Mientras trabajaba en la *Biblioteca de Traductores Españoles* y completaba su tesis doctoral sobre *La novela entre los latinos*, en el año 1875, Menéndez Pelayo redactó un "pequeño" trabajo ("pequeño", naturalmente, en comparación con sus obras mayores), titulado "Noticias para la historia de nuestra métrica", que debió de escribir entre abril y julio de 1875. A Gumersindo Laverde no le importó preocupar a Menéndez Pelayo con una nueva tarea investigadora, en medio de numerosos y serios quehaceres, con un trabajo que le iba a venir muy bien para ver ensalzada su creación poética, que probablemente se cuente entre lo más prescindible de toda la lírica decimonónica. Y sin embargo, tampoco puede olvidarse que tanto la *Biblioteca de Traductores Españoles* como *La novela entre los*

---

[123] Sobre esta cuestión, vid. DÍAZ DE CERIO, Franco, 1965, pp. 325-338; CAMPOMAR, Marta, *ob.cit.*, 1984, pp. 86 y ss.; y CHEYNE, J.G., "Menéndez Pelayo, Costa y el Premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras", en A. Gil Novales (ed. e introd.), *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, Huesca, Fundación Joaquín Costa, 1991, pp. 15-27.

[124] Sobre Gumersindo Laverde, vid. BUENO SÁNCHEZ, Gustavo, 1990, pp. 49-85; y EGOZCUE ALONSO, Joaquín, 2003.

[125] EG I, Madrid, 5 octubre 1874.

latinos y al fin y al cabo este trabajo menor, formaban parte de la indagación en la prosodia clásica, cuyos detalles conocía muy bien Menéndez Pelayo, hasta el punto de permitir subrayar su pervivencia hasta el siglo XIX. No olvidemos su fundamental *Horacio en España*, cuyo repertorio poético llegaba hasta prácticamente el año de su publicación.

En Madrid entró Menéndez Pelayo en relación con Antonio Cánovas del Castillo, Alejandro Pidal y Mon y Juan Valera, que fue quien le abrió las puertas de la aristocracia capitalina. Quizá no se ha valorado en toda su dimensión la importancia que en su vida tuvo el escritor y diplomático andaluz, a quien glosaría sus *Canciones, romances y poemas* (1886). Valera había escrito a Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, interesado en la proyección del estudiante santanderino, que no por su dedicación intelectual "deja[ba] de ser joven, deja[ba] de ser artista y poeta y deja[ba] de amar la hermosura de este mundo visible". En estos círculos sociales y visibles vivió también Menéndez Pelayo algunos flirteos amorosos. Aunque permaneció soltero durante toda la vida, tuvo varios amores, Isabel Martínez (llamada "Belisa" en algunos poemas de juventud) y su prima Conchita Pintado, gaditana, a la que dedicó sus *Estudios poéticos*; en esta historia se inspiró Concha Espina para escribir *Una novela de amor*, ya bien entrado en siglo XX. Además, la sevillana Isabelita Parladé, hija de los condes de Aguiar, recibió, sin éxito, las pretensiones de un Menéndez Pelayo ya maduro.

En 1876, contando con la ayuda económica del Ayuntamiento de Santander, fue publicando en varios números de la *Revista Europea* las cartas de *La ciencia española (Polémicas, proyectos y bibliografía)*; el libro llevaría un prólogo de Laverde a partir de la edición de 1877, a la que seguirían, sucesivamente ampliadas, otras en 1880 y 1887-1888. Esta obra, escrita parcialmente en Italia, se enmarca dentro de la llamada "polémica sobre la ciencia española"[126]. Algunos análisis sobre la España del momento, singularmente los artículos publicados por Gumersindo de Azcárate en 1876, sobre la tradicional intolerancia española, se habían entendido por algunos sectores católicos como un ataque antirreligioso. Laverde instó por carta a Menéndez Pelayo a que respondiese con una concienzuda investigación al ataque. Intentaba *La ciencia española*, pues, hacer ver que ni la Iglesia ni el Santo Oficio habían sido tan malos para el progreso científico, y que si éste no había sido espectacular, se debía tanto a la voluntad divina como a la ineptitud de los habitantes. Aquí anunciaba Menéndez Pelayo algunas de sus intuiciones sobre literatura, ampliando novedosamente su estudio: "Hasta hoy no se ha entendido bien la historia de nuestra literatura por no haberse estudiado a nuestros teólogos y filó-

[126] Vid. SANTOVEÑA, Antonio, 1992, y 1994a, pp. 119-180.

sofos"[127]. En la teología y la filosofía se hallaban claves que otros intentaban buscar en las ciencias, la economía o la política. Luis Navarro Calvo había sido el coeditor de la *Revista Europea*, en la que, entre 1874 y 1880, Menéndez Pelayo publicó varios artículos, entre otros los que acabó reuniendo en su libro *La Ciencia Española*. Dirigió una de las empresas editoriales más interesantes de la época, la "Biblioteca Clásica" que comprendería "las obras más notables de autores célebres griegos latinos y de las lenguas vivas", según sus propias palabras[128].

Entre 1876 y 1878 recorrió en diferentes etapas algunos países europeos: prácticamente, con Francia, los restos del viejo Imperio español, convertidos ahora en eco bibliográfico para un joven amante del pasado que miraba a una regeneración cultural de su país[129]. Menéndez Pelayo pudo afianzar entonces su conocimiento de las bibliotecas europeas que atesoraban obras interesantes para la historia literaria española y cuyas noticias apenas eran conocidas[130]. Además, conoció en persona a escritores y bibliófilos. Es curioso que, según una carta que citaré más adelante, su compañero de Barcelona Antonio Rubió desconociera los viajes que acababa de hacer Menéndez Pelayo. En cualquier caso, algunos investigadores, como Pérez Gutiérrez, han señalado la "tentación" que supusieron desde el punto de vista intelectual estas salidas al extranjero, porque en ellas pudo conocer mucho mejor el mundo clásico, con el que podía haberse conformado su producción crítica, aligerada un tanto del preso del catolicismo y los condicionantes ideológicos orientados por Laverde.

En 1877 apareció *Horacio en España (Traductores y comentadores. La poesía horaciana). Solaces bibliográficos* (Madrid, Casa Editorial de Medina), "pasatiempo" dedicado al orientalista Leopoldo Eguílaz. Se trataba de un recorrido por la historia de la lírica española, con la presencia de Horacio en traductores castellanos, catalanes y gallegos como columna vertebral.

En 1878, año en que editó sus *Estudios poéticos*, obtuvo por oposición la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española, que había vacado por fallecimiento de José Amador de los Ríos. El profesor albaceteño Fernández y González formaba parte del tribunal, siendo con diferencia el menos proclive a su candidatura, pero esta fue la triun-

---

[127] Citado en HURTADO, J. et alii, 1932, pp. 977-980. Vid. también BASDEKIS, Demetrios, 1966, pp. 4-5, sobre la identificación de la filosofía española con la literatura.

[128] *EG* II, 219, Madrid, 12 agosto 1877.

[129] LAÍN ENTRALGO, Pedro, 1956, p. 235.

[130] Amador de los Ríos y Valera le proporcionaron varias cartas de presentación; por su parte, Milá le dio una de recomendación para conocer a Alfred Morel-Fatio, director de la sección de manuscritos hispánicos de la Bibliothèque Nationale.

fante. El acontecimiento supondría la gran demostración de su principal inquietud académica e intelectual, a veces sólo latente, otras clara y bien definida, distanciada de sus polémicas sobre la ciencia española y sobre los heterodoxos. En la oposición Menéndez Pelayo tuvo que superar dos ejercicios. El primero consistía en la exposición de diez temas que, sacados al azar, exigían al opositor, como era propio, un amplio y completo conocimiento de la historia literaria hispánica: "San Leandro de Sevilla, considerado como orador"; "San Eugenio de Toledo considerado como poeta"; "De las causas de la decadencia de nuestra poesía lírica en el siglo XVII"; "Examen crítico de la *Celestina*"; "Influencias árabes y rabínicas en la literatura del siglo XIV"; "Calderón y su teatro"; "La poesía éico-histórica a principios del siglo XVII"; "Partes en que se divide la literatura española"; "Góngora y su escuela"; y "Los primeros historiadores de Indias". El segundo ejercicio fue la exposición del tema "Humanistas españoles del siglo XVI": como había ocurrido en la fase anterior, Menéndez Pelayo se habría defendido con creces con otro tema, pero es cierto que el que le tocó en suerte le venía al pelo, porque nunca ocultó su pasión, precisamente, por los humanistas españoles del XVI, como por ejemplo Luis Vives, que personificaba la conservación de la tradición clásica cultural y literaria unida al cristianismo. En efecto, en su discurso unió sus dos grandes devociones históricas: la Antigüedad clásica y la civilización cristiana, en una época (el siglo XVI) y un fenómeno cultural (el Humanismo) que para él resultarían capitales para comprender el origen de las literaturas de las lenguas románicas y lo más perdurable de la cultura patria.

Estos detalles sobre la oposición de Menéndez Pelayo los conocemos gracias a Miguel García Romero, que publicó un libro titulado *Apuntes para la biografía de Don Marcelino Menéndez Pelayo* (Madrid, Imp. de la Viuda e Hijo de Aguado, 1879). No sé si se ha insistido demasiado (o ni siquiera si se ha insistido algo) en la importancia de este hecho editorial[131], que creo que determina cierta pauta en la consideración de la figura del profesor en su época. ¿Quién era Miguel García Romero, que tanto interés tuvo en escribir la temprana primera biografía de Menéndez Pelayo? Había sido compañero universitario de Menéndez Pelayo y pertenecía a la Juventud Católica. Hemos de imaginar una coincidencia ideológica en ellos, dentro de los comunes avatares vividos en torno al krausismo. De tendencia conservadora, se inmiscuyó algo más tarde, en 1882, en varias disputas en defensa de Pereda frente a Clarín o Galdós. Dirigió un tiempo *La Revista de Madrid*, en cuyo consejo de redacción figuraban Alejandro Pidal y el propio Menéndez Pelayo. Era catedrático de la Escuela de Diplomática en 1894, año en que

[131] Como dato que quizá resulte sintomático, en los *Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria*, II (*ENOC*, VII (1941), pp. 3-23), en el apartado II, "Humanistas, lírica, teatro anterior a Lope", se recogía el texto de "Humanistas españoles del siglo XVI", pero obviando la edición de García Romero.

publicó *Irlanda y las reformas de Gladstone*. Llegó a ser diputado a Cortes y senador por la provincia de Cáceres (1903-1904).

El ejemplar de los *Apuntes* que se guarda en la Biblioteca de Menéndez Pelayo lleva la dedicatoria "Al Sr. D. M. Menéndez Pelayo / su apasionado admirador"; tal reconocimiento manuscrito resultaba redundante. Como es obvio a la vista de este su primer libro, García Romero, persona de incipiente significación política, sentía una profunda admiración intelectual por el santanderino, cuya oposición había sido sonada, por la brillantez de su ejecución y la corta edad del aspirante, apenas 22 años. García Romero recabó información para su obra del propio Menéndez Pelayo, a quien a menudo veía en Madrid: le pidió datos sobre su biografía y la copia de algunos textos, como *La novela entre los latinos* y el discurso que había leído en Valladolid en el acto de presentación al premio extraordinario de licenciatura[132]. El libro, impreso seguramente en febrero de 1879, fue enviado a varios amigos de Menéndez Pelayo, entre ellos a Laverde, que también había enviado algunas consideraciones por carta al biógrafo. Otro, su querido compañero de Barcelona, Antonio Rubió, cuyo juicio sobre su amigo "elevado a los altares bibliográficos", por el conocimiento íntimo que tenía del flamante catedrático, resulta especialmente valioso:

> "He leído el trabajo de nuestro amigo Romero, cronista de tu vida y milagros. Me ha gustado en su conjunto, y sólo he hallado algo seria tu efigie y un poco incompletos la reseña de tus estudios en Barcelona y el juicio de tus obras. La parte más curiosa para mí, pues la desconocía por completo, ha sido la que trata de tus viajes"[133].

Un breve comentario merecen estas palabras de Rubió. Por un lado, la salerosa expresión "vida y milagros", tan común a los títulos de las hagiografías, parece unir al escritor con la narración de los prodigios divinos que merecen ser conocidos por lectores y devotos. Ignoro si Rubió escribió con ironía; quizá no del todo, quizá únicamente con cierta gracia y confiada cercanía, puesto que admiraba con sinceridad al santanderino. Pero sitúa tanto la obra de García Romero como al propio personaje en un pedestal en el que ambos, obra y personaje, dialogan permanentemente. García Romero había escrito la primera biografía de Menéndez Pelayo porque el personaje lo merecía y esa permanencia casi incuestionable era de la que gozaría a lo largo del resto de su vida, con con-

---

[132] El discurso, fechado en Valladolid el 29 de septiembre de 1874, llevaba por título *Conceptismo, culteranismo y gongorismo. Sus precedentes. Sus causas y efectos en la Literatura española*. Fue publicado en *Expediente Académico de Don Marcelino Menéndez y Pelayo*, Valladolid, Universidad Literaria de Valladolid, Tip. y Casa editorial Cuesta [1912], pp. 19-36.

[133] *EG* III, 254, Barcelona, 7 marzo 1879.

tadas excepciones. Fue uno de los hitos del encumbramiento intelectual de Menéndez Pelayo: ya lo tenía académico, pero ahora la bibliografía contemporánea a su existencia le cedía su atenta consideración, le cedía un puesto entre los personajes cuyos hechos merecían ser contados. Y Menéndez Pelayo, al menos desde el punto de vista de la historia crítica de la cultura, daría mucho que hablar a partir de entonces, manipulada su figura por unos y por otros en las más variadas cabeceras de prensa.

Seguimos en 1878. Menéndez Pelayo presentó en uno de sus ejercicios de oposición un "Programa de Historia de la Literatura Española", que no se publicó hasta muchos años más tarde, cuando ya había fallecido y fue hallado el manuscrito original por Miguel Artigas en el Archivo del Ministerio de Instrucción Pública. Nunca, ni siquiera cuando dejó la docencia activa, lo publicó ni lo distribuyó sencillamente porque temía ser plagiado[134]. El "Programa" tiene un enorme interés porque resume las principales ideas del profesor sobre lo que debía ser ese campo de la historia literaria, ideas que hoy en día siguen en buena parte vigentes y muestran un pensamiento bastante más transigente que el de muchos que se consideran martillos de la intransigencia. El primer aspecto clave es que la historia literaria no se ciñe a un "estado político" ni a una "nacionalidad"; es más, para Menéndez Pelayo existe una *nacionalidad literaria* cuyos lindes, ramas y términos no siempre son los establecidos por los tratados diplomáticos ("pobre literatura si a tales altos y bajos estuviese sujeta", escribió). Esta perspectiva enriquece decisivamente el acercamiento a nuestra historia literaria; de hecho, en ella se incluyen tanto el castellano, como el catalán y el galaico-portugués (de manera que se estudia el *Tirant lo Blanch*, lo mismo que Jorge de Montemayor o Gil Vicente), pero también la literatura hispano-romana, gentil o cristiana (Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano…), la literatura latino-eclesiástica y los escritores *españoles* que escribieron en latín durante el Renacimiento y Barroco (Juan de Mariana, Luis Vives, Benito Arias Montano, etc.). Insiste Menéndez Pelayo, además, en las relaciones entre la filosofía y la literatura; no incluye, sin embargo, la historia de las ciencias ni a los escritores judíos y musulmanes, a pesar de su indudable influencia, por sus diferencias "de religión, de raza y de lengua", si bien estudia los géneros literarios cultivados por ellos que pudieron ser imitados por los escritores cristianos: "en tres lecciones, y con el título de *Influencias semíticas*, hago breve reseña de los principales géneros literarios cultivados por árabes y hebreos, y me fijo sobre todo en los que fueron o pudieron ser imitados por los cristianos" [135]. Esta idea, al igual que otras líneas fundamentales de su "Programa", ha tenido honda influencia en

[134] Vid. ARTIGAS, Miguel, 1924, y MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Introducción y Programa de Literatura Española*, publicado por M. Artigas, Madrid, Cruz y Raya, 1934.

[135] En ARTIGAS, Miguel, 1924, p. 12.

estudios posteriores, y aún hoy puede leerse en algunos manuales llevados al canon de la ortodoxia docente.

Pese a proyectos frustrados y disputas académicas, el prestigio intelectual de Menéndez Pelayo se consolidó con suma rapidez, convirtiéndose, con apenas 25 años, en un crítico de juicio respetado, arropado por sus convicciones religiosas y por la orientación clasicista de su formación. No puede descuidarse aquí, aparte de su entusiasmo investigador, el acomodo que halló en determinados círculos universitarios proclives a sus ideas y la defensa que hizo de él parte de los sectores conservadores. En 1881 se afilió sin entusiasmos a la Unión Católica. Dentro del llamado "turnismo" político que se dio en la Restauración, conservadores y liberales se alternaban en el poder, siendo los dos únicos partidos que podían obtenerlo para mantener un sistema censitario y privilegiado. Y puede parecer, en efecto, que si debía vincularse Menéndez Pelayo a algún bando, ése debía ser el de los conservadores. Y sin embargo, *Clarín*, que mantuvo un epistolario ciertamente valioso con el catedrático santanderino, complica aún más la habitual querencia a los tópicos:

> "Si hemos de insistir en dividirnos en liberales y tradicionalistas, en progresistas y retrógrados y conservadores, a Menéndez y Pelayo no le podremos medir ni le podremos clasificar; es de otro mundo, que será el que prevalezca si han de ir bien los destinos humanos"[136].

Con *Clarín*, liberal, coincidía Menéndez Pelayo en temas que superaban las discrepancias entre partidos y mostraban un interés por los problemas más acuciantes del país que iban más allá de las parcialidades ideológicas. Nótese la consideración de un Menéndez Pelayo "liberal" en sentido pleno de quien tiene una gran amplitud de criterio ajena a partidismos, rica vía interpretativa abierta por Gregorio Marañón[137]. Así, en esta carta sobre la expansión de la escuela laica:

> "Yo he sido siempre muy poco liberal, en el sentido de que la libertad nunca he podido entenderla como "fin", sino como "condición" y "medio" de realizar el ideal de vida humana y acercarnos en lo posible al ideal de vida di-

---

[136] "Otro académico", *Ensayos y revistas*, 1888-1892, en *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 207. Obsérvese este otro fragmento de *Clarín*, en *La Publicidad*, Barcelona, 19 febrero 1894, en *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 222: "Bien sabe Dios que no soy yo fanático del liberalismo ni de cosa alguna que divida a los hombres en sectas o partidos; que cada vez creo menos en las diferencias que no están determinadas por la verdad, el bien o la belleza".

[137] Vid. GARCÍA ESCUDERO, José Luis, 1988, pp. 6 y ss.

> vina. Por eso los liberales vulgares (especialmente los "economistas" o individualistas tontos, que tanto abundan en España) me revientan y me parecen egoístas e inmorales; pero se me ensancha el alma cuando veo a un liberal como usted coincidir conmigo en lo esencial del terrible problema de la enseñanza, que nadie, ni liberal ni conservador, se atreve a plantear aquí en sus verdaderos términos, es decir, la absoluta necesidad de la educación religiosa, no ya sólo para que la vida colectiva no acabe de disolverse, sino, lo que importa más, para la salvación del alma propia, como quiera que esto se entienda"[138].

Menéndez Pelayo se afilió a la Unión Católica de Alejandro Pidal y Mon desde el mismo momento de su fundación, en 1881. Salió elegido diputado por Mallorca (1884-1886) y por Zaragoza (1891-1893) y más tarde senador en varias legislaturas, por la Universidad de Oviedo (1893 y 1896) y la Real Academia Española (1901, 1903, 1905, 1907 y 1910). Formaba parte, como le escribió *Clarín*, de "una de tantas ocupaciones a que puede atender su prodigiosa actividad"[139]. Y sin embargo no podemos calificar a Menéndez Pelayo como un político "al uso", entre otras cosas porque ni se dedicaba a ello de manera "profesional" ni valoraba especialmente tal ejercicio, "cosa harto fácil en España, contando con el Gobierno, cualquiera que él sea"[140]. En palabras de Miguel Artigas, "los amores, la política y la sociedad fueron en su espíritu episodios fugaces, lo constante, lo permanente, lo decidido y lo que sigue dominándole en esta época central de su vida, son los estudios, su pasión científica"[141]. Su participación política, especialmente a partir de 1893, puede afirmarse que fue sólo testimonial[142]: Menéndez Pelayo apenas atendía a sus obligaciones como senador y ello ponía en un compromiso a uno de sus mayores defensores en Oviedo, su amigo Clarín, que había apoyado su candidatura frente a los liberales. Curiosamente, en 1893 apoyaron a Menéndez Pelayo los krausistas republicanos, aunque en la elección de 1896 lo tuvo mucho más difícil por "la sigilosa conjuración que contra mí armaron los krausistas de esa Universidad, instigados, según creo, por Salmerón, Giner y la Institución Libre"[143]. Cuando en 1898 la elec-

---

[138] En *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 36 (Oviedo, 12 marzo 1885), pp. 56-67 (Madrid, 26 octubre 1891).

[139] En *ibíd.*, p. 36 (Oviedo, 12 marzo 1885).

[140] En *ibíd.*, pp. 99-101 (Santander, 9 julio 1896).

[141] ARTIGAS, Miguel, 1939, pág. 109.

[142] Vid. LAÍN ENTRALGO, Pedro, 1956, p. 237; y SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio, 1994, pp. 190-200.

[143] En *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, pp. 99-101 (Santander, 9 julio 1896).

ción de Menéndez Pelayo se complicó, las cartas con *Clarín* reflejaban el problema de fondo que había motivado su presencia política, la barrera a los krausistas:

> "Mantengo mi candidatura, porque no creo digno ni decoroso retirarme delante de Uña, cuyos méritos científicos y universitarios son para mí absolutamente desconocidos, y que en esta ocasión sólo representa el cerrado espíritu de un grupo de fanáticos, a quienes nunca pude aguantar, como usted sabe muy bien, y a quienes creo el mayor obstáculo para el progreso intelectual de España. Parece imposible que hombres de verdadero mérito se hayan resignado a la pedantesca tutela de Giner, que será todo lo buen hombre que se quiera, pero que no pasa de ser un maestro de escuela, afectado y fastidioso"[144].

Su propia idea del catalanismo también se vio condicionada por el obstáculo al "progreso intelectual": valía la reivindicación cultural, literaria y lingüística de lo catalán, pero no los excesos de la reivindicación política, a la contra de la monarquía y de la configuración estatal de la Restauración.

En 1880 y 1881 publicó los tres tomos de la *Historia de los heterodoxos españoles* (Librería Católica de San José, Madrid), obra polémica por el tema y la ambición del autor, que había empezado a redactar con tan sólo diecinueve años y que habría de ser corregida y matizada de forma notable en la segunda edición de 1910, publicada por Victoriano Suárez. Puede decirse que al final de su vida aquella apasionada intolerancia inicial, sin duda radicada en el antikrausismo inspirado por Laverde Ruiz, fue atemperándose: por ejemplo, si en un principio había minusvalorado las culturas de raíz no latina, con el tiempo fue transigiendo y acabó admirando sinceramente la cultura germánica. La *Historia de los heterodoxos*, que abarca desde la propagación del cristianismo en España hasta el krausismo del XIX, no era, para Arturo Farinelli, "más que la historia de las verdaderas y presuntas aberraciones de la única fe en las almas más apasionadas y en los intelectos más fogosos de la gran patria española, una historia de los triunfos mismos de esta fe"[145]. No le cegó, sin embargo, el extremismo tanto como se ha llegado a afirmar; tal vez sea oportuna esta cita de un comentario de Clarín, uno de los escritores que mejor le conoció:

> "Marcelino no se parece a ningún joven de su generación; no se parece a los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se

---

[144] En *ibíd*., p. 109 (Murcia, 8 abril 1898).

[145] FARINELLI, Arturo, 1956, pp. 29-30.

> parece a los que siguen el lábaro católico, porque es superior a todos ellos con mucho, y es católico de otra manera y por otras causas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato con este sabio, cuyo corazón nada ha perdido la frescura entre el polvo de las bibliotecas"[146].

En la primavera de 1880 Valera prácticamente había asegurado a Menéndez Pelayo la entrada en la Real Academia Española. Con todo previsto, sólo faltaba que ocurriera la vacante… Y ello sucedió el 2 de agosto, cuando falleció Juan Eugenio Hartzenbusch. Por supuesto, Menéndez Pelayo mantenía a Laverde al tanto de las gestiones académicas. Le pidió consejo sobre varios posibles temas para el discurso de ingreso, pero, aunque mantuvo cierto debate con sus amigos sobre cuál sería el más adecuado, finalmente se decidió por el de la poesía mística. Valera y Menéndez Pelayo, de hecho, habían comenzado a escribir sus discursos antes de que se hiciera oficial la elección:

> "Como la candidatura de Vd. en la Academia es casi seguro que saldrá triunfante me alegraré de que Vd. vaya, desde luego componiendo su discurso. Yo haré la contestación en menos que se persigna un cura loco, y así daremos un pasmoso ejemplo de actividad a los demás académicos electos y a todo el mundo"[147].

El 3 de diciembre de ese año se verificó la elección; era, con diferencia, el académico más joven de todos. En medio de una notable expectación, el 6 de marzo de 1881 leyó su discurso tan reproducido con posterioridad[148]. El objetivo principal de Menéndez Pelayo era reivindicar toda una tradición literaria de carácter místico cristiano en un contexto que aquí resulta fundamental: el predominio literario del realismo y el naturalismo, que corría el riesgo de pervertir, según él, las bases ideológicas y formales de las letras españolas y europeas[149]. Conviene recordar aquí que la exposición del texto era

---

[146] "Menéndez y Pelayo", en el folleto *Un viaje a Madrid*, 1886, incluido en *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, pp. 118-119.

[147] *EG* IV, 272, carta de Juan Valera, Doña Mencía, 14 octubre 1880.

[148] Se recogió en las ENOC, VII (1941), dentro de los *Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria* (vol. II, pp. 69-110); en *La mística española*, edición y estudio preliminar de Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Afrodisio Aguado, col. Clásicos y Maestros, 1956, pp. 137-201; en *Menéndez Pelayo. Discursos*, prólogo, edición y notas de José María de Cossío (Madrid, Espasa-Calpe, S.A., Clásicos Castellanos, 140, 1956, pp. 3-68); en Pedro Sainz Rodríguez, *Evolución de las ideas sobre la decadencia española y otros estudios de crítica literaria*, Madrid, Rialp, Biblioteca del Pensamiento Actual, 114, 1962, pp. 430-536; y en Mario Crespo López, *Antología de estudios y discursos literarios*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 165-203.

[149] Resulta interesante el juicio de Menéndez Pelayo a la primera parte de *La Regenta* de su buen amigo Clarín, en *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 36 (Oviedo, 12 marzo 1885), pág. 35 (carta escrita en Madrid, 23 febrero 1885).

cronológica, desde la Antigüedad hasta la contemporaneidad de 1881, en la que se situaba la recuperación mística que percibía Menéndez Pelayo en el poeta catalán Jacinto Verdaguer. Aún así, Laverde puso objeciones al discurso porque no había entrado en algunos temas como "el espiritismo, la masonería, la exégesis bíblica racionalista y estado actual de la Reforma"[150]. Por su parte, Antonio Rubió, al que Menéndez Pelayo había pedido expresamente su opinión, valoró especialmente los juicios sobre los poetas catalanes, como Ramón Lull y Ausiàs March[151]. Estos autores eran de lo poco que Menéndez Pelayo salvaba (aquí) de los siglos medievales. De hecho, en este discurso escribió aquella declaración sobre el Renacimiento que luego ha sido arrojada contra él mismo:

> "Ensalcen otros la Edad Media: cada cual tiene sus devociones. Para España, la edad dichosa y el siglo feliz fue aquél en que el entusiasmo religioso y la inspiración casi divina de los cantores se aunó con la exquisita pureza de la forma, traída en sus alas por los vientos de Italia y de Grecia".

Para Menéndez Pelayo lo rescatable de la Edad Media venía dado por las tenues huellas del clasicismo y el mantenimiento, aunque fuera a espadazos, del cristianismo y de los objetos taumatúrgicos del relicario tradicional frente a los enemigos de la fe, cuya existencia se prolongó, con distintos nombres y circunstancias, hasta sus días contemporáneos. Valera y él compartieron el proyecto de editar ambos discursos académicos con nuevas notas, en atención a la novedad y amenidad que apreciaban en sus intervenciones. La idea se había originado incluso antes de la recepción académica y fue alentada por el hecho de que rápidamente se agotara la primera edición de los textos. Sin embargo, el proyecto se fue demorando, debido a otros quehaceres literarios en ambos autores. La historia completa de la literatura también se escribe con las obras que nunca vieron la luz.

En el mismo año de su ingreso en la Academia, Menéndez Pelayo pronunció el célebre "Brindis del Retiro", al cumplirse el segundo centenario de la muerte de Calderón. En ocho folletos publicó las conferencias que sobre *Calderón y su teatro* pronunció en el Círculo de la Unión Católica, y que con el tiempo le habrían de resultar incómodas, conforme fue matizando su fervor juvenil con nuevas lecturas, consideraciones y perspectivas. La bibliografía sobre esta cuestión forma ya un capítulo aparte de los libros escritos sobre su vasta obra, determinada, en buena medida, por sus consideraciones vertidas en el excitado Brindis, en defensa de la tradición y el catolicismo, nada nuevo bajo el sol

---

[150] *EG* IV, 409, Santiago, 31 marzo 1881.

[151] *EG* IV, 407, Barcelona, 30 marzo 1881.

de los pensadores católicos[152], aunque en la exposición de un pensamiento monárquico pero crítico con los Borbones, unitario en la fe pero respetuoso con diferentes tradiciones culturales. Quizá en este pequeño conjunto de obras calderonianas es en donde mejor se ve la intención ideológica de su autor, en combate con las "hordas krausistas", hijas del enciclopedismo racionalista y de una lectura superficial del liberalismo europeo.

Y sin embargo, Clarín dijo de él que "es un escritor católico, como tantos otros que andan por esos mundos que no tienen nada de reaccionarios ni de oscurantistas"[153]. Conviene poner una pequeña y modesta pica en esta idea manida de que Menéndez Pelayo pensaba siempre lo mismo y por tanto venía siempre a escribir lo mismo, en esa intransigencia de facciones políticas en las que siempre parece que se le ha considerado. Muchos años más tarde, en 1910, es decir, dos años antes de morir, incluyó un prólogo en el libro de Blanca de los Ríos de Lampérez (1862-1956), sobrina de José Amador de los Ríos y esposa del profesor Vicente Lampérez, cuyo título era *Del siglo de Oro*, que constituía el tomo III de las *Obras completas* de esta autora. Menéndez Pelayo lo debió de escribir bastante rápido[154]. Destaca Menéndez Pelayo en su prólogo, entre otros aspectos, la asimilación de los tres autores en la crítica europea, las variaciones en la "tabla o canon en nuestra antigua dramaturgia", el puesto preeminente de Lope de Vega o la universalidad del personaje de "Don Juan" de Tirso. Sin embargo, para lo que aquí nos ocupa, lo realmente importante de este prólogo es la autocrítica que él mismo hace con respecto a sus conferencias juveniles sobre *Calderón y su teatro* (1881):

> "Pagué demasiado tributo a la opinión común otorgándole, si bien con reparos y cortapisas, el cetro del Teatro español, que en aquel tiempo casi nadie le negaba. Pero ya entonces, y coincidiendo con Grillparzer antes de haberle leído, mi íntima predilección se inclinaba hacia Lope".

El mejor conocimiento de Grillparzer, por cierto, se lo había facilitado un extranjero, Arturo Farinelli, uno de los múltiples ejemplos de la conexión de Menéndez Pelayo con estudiosos extranjeros. Ha señalado Dámaso Alonso, entre otros críticos, que este texto de Menéndez Pelayo, escrito en plena madurez, es una prueba de la rectificación con

---

[152] Vid., entre otros, CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., 1984, pp. 146 y ss.; JULIÁ, Santos, 2005 (3ª ed.), pp. 53-57; y MANRIQUE-GÓMEZ, M., y PÉREZ-MAGALLÓN, Jesús, 2006, pp. 429-451.

[153] Artículo en *La Publicidad*, Barcelona, 19 febrero 1894, en *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, pág. 222.

[154] Según *EG* XXI, 360, ¿abril? 1910, doña Blanca se lo pidió a principios de 1910 y en abril de ese mismo año conocían su existencia Adolfo Bonilla y Luis Palomo.

respecto a su juicio sobre el dramaturgo y, en general, una atenuación de sus juicios juveniles:

> "Allí el autor vuelve a hacer un repaso de sus ideas sobre el teatro de los siglos XVI y XVII. Allí se arrepiente de haber maltratado a Calderón. Esta rectificación, aunque no significa cambio de punto de vista crítico (en todo caso un poco de mayor aprecio del gran poeta de los Autos), sí lo es de crecimiento y de comprensión humana. Y escrito casi en vísperas de su muerte nos muestra qué veinte o treinta años de espléndida mirada de águila, de serena majestad y de humanística comprensión nos fueron arrebatados el 19 de mayo de 1912" [155].

Un conocimiento más completo de lo que Menéndez Pelayo opinaba sobre Calderón no puede basarse en sus comentarios juveniles (aún así, lúcidos y llenos de claves para los estudiosos del tema) sino en su propia y prudente palinodia, sincero canto al saber que no se clausura. Pozuelo Yvancos ha remarcado la "autoconciencia de movilidad histórica de los cánones", al revisar su primera opinión sobre Calderón de 1881, en la que, por cierto, autores como *Azorín* se habían basado para fundar precisamente sus ataques al autor de *La vida es sueño*[156].

El lector disculpará que vaya dejando de lado en estas páginas numerosas referencias bibliográficas, pero quiero advertir que está leyendo una somera reconstrucción de una existencia en la que genialidad y contexto se unen de manera inaudita. Porque la actividad de Menéndez Pelayo fue casi incansable: pasaba las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio, al decir cervantino, entre lecturas y apuntes y notas y referencias y cartas. Unas ingeniosas palabras de Clarín resultan en este sentido reveladoras:

> "Y a este hombre le queda tiempo para comer todos los días fuera de casa. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cuándo lee tanto Marcelino? Que estudia mientras come, ya lo sabemos; pero esto no basta. El problema no tiene solución si no admitimos también que lee mientras duerme. Sí, lee mientras duerme, así como tantos y tantos lectores, y algunos críticos, duermen mientras leen"[157].

---

[155] ALONSO, Dámaso, 1956a, p. 61.

[156] Para POZUELO YVANCOS, José María, 2000, pp. 235 y ss.; AZORÍN, 1959, vol. 2, pp. 1100-1101.

[157] "Menéndez y Pelayo", en el folleto Un viaje a Madrid, 18865, en Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario, 1943, p. 121.

Su cuarto en la fonda Cuatro Naciones de la calle Arenal[158] y su despacho en la Central eran un homenaje al caos. Incluso su departamento en la casa familiar de Santander representaba la tragedia física de la acumulación del saber: miles de libros apilados, apenas dispuestos en una ordenación que casi puede decirse que sólo Marcelino podía desvelar sin riesgo de pérdida[159]. En 1881 tradujo para la Biblioteca "Artes y Letras" de Barcelona los dramas de Shakespeare *El mercader de Venecia*, *Macbeth*, *Romeo y Julieta* y *Otelo*[160]. En 1883 dio a la imprenta las *Odas, epístolas y tragedias* (la segunda edición es de 1906) que reunía buena parte de sus composiciones poéticas, incluyendo traducciones y paráfrasis, la mayoría de autores clásicos. El 13 de mayo de ese año ingresó en la Real Academia de la Historia con el discurso *De la Historia considerada como arte bella*, que fue contestado por Aureliano Fernández-Guerra.

Los cinco volúmenes de la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891), animados por Laverde desde 1875, están influidos por las enseñanzas de Milá y Fontanals. Además de una historia de la estética, puede considerarse también "una colección de materiales para escribir la historia de la ciencia de la belleza en general y más especialmente de la belleza artística". Quien a ella se acerque hallará también una introducción a la historia de la literatura entendida de manera muy actual, atendiendo a la concepción estética que está detrás del hecho creativo. "Pocos libros conozco de nuestra moderna producción que enseñen más que éste", afirmó Antonio Rubió[161]. *Clarín* le escribió a su autor diciéndole que "es un libro, aparte sus méritos literarios, de grandísima utilidad para los que no sabemos ni podemos ser ya eruditos, pero queremos enterarnos de algo de lo que Vds. estudian profundamente"[162].

Sin embargo esta obra resultó ya en su época densa y embrollada; Adolfo Bonilla, discípulo del autor, calculó que hacía falta tener catorce volúmenes de la "Colección de escritores castellanos" para completarla, teniendo en cuenta que las segundas ediciones no suplían por completo las primeras y que el último tomo de la segunda edición se de-

---

[158] Antonio Rubió y Lluch, "Menéndez Pelayo", El Tiempo, México, 15 diciembre 1891, en Homenaje a Menéndez Pelayo, 2006, pp. 27-35.

[159] Ver la importancia de su hermano en el cuidado de la biblioteca, en CRESPO LÓPEZ, Mario, "Enrique Menéndez Pelayo y la biblioteca de su hermano", Monteagudo, 3ª época, nº 17 (2012), pp. 29-46.

[160] Algunas de estas versiones, por cierto, se divulgaron mucho más tarde a través del grupo de teatro de Radio Barcelona.

[161] RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, 1912, p. 24.

[162] *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 32 (Oviedo, 12 diciembre 1884).

moró hasta 1904[163]. Pero la *Historia*, en su compleja elaboración-reelaboración, era "la que más identificada está con la vocación y las aptitudes de Menéndez Pelayo", al decir de Cossío, quien pensaba que cabía considerarla como la "clave del gran arco de toda su obra literaria"[164]. Sorprende, de nuevo, la densidad de la palabra del estudioso y la vastedad de su propósito investigador. En opinión de Ramón Menéndez Pidal

> "realiza en ella el más poderoso esfuerzo para dar valor histórico a corrientes del pensamiento español, desatendidas hasta entonces como insignificantes, inconexas o amorfas, y a las cuales él confiere significación y sentido en relación con el pensamiento de los demás pueblos. Europeizaba así la cultura española, eficaz y sólidamente, muchos años antes que ese verbo neológico fuese inventado, y por cierto usado contra él, muy sin razón, por alguno de sus censores"[165].

Sus amigos más próximos, como Valera, Laverde, Rubió, Amós de Escalante, Emilia Pardo Bazán o Leopoldo Eguílaz, le insistieron durante años en que redactara una Historia de la Literatura Española que comenzase, precisamente, en la época de los Reyes Católicos, donde se había quedado la de su maestro Amador de los Ríos. Varios argumentos apoyaban el proyecto: las historias anteriores, de Ticknor y del mismo Amador, resultaban en muchos puntos insuficientes, y más aún los manuales de uso más cotidiano; Menéndez Pelayo, por otro lado, era ya un reconocido experto en las teorías sobre la literatura, además de haber escrito ya una historia de la estética y de la ciencia. Pero, lo que son las cosas, ni un manual ni una historia de la literatura acabaría redactando: tales proyectos forman parte del listado de los libros que nunca se escribieron, que también son relativamente numerosos en Menéndez Pelayo, quizá tanto como la cantidad de los que dio a la imprenta. Durante años consideró que aquello que publicaba no era sino un preparativo para esa empresa, completamente necesaria, que hasta entonces sólo se podía conocer en obras parciales: tuvo en sus manos cantidad de materiales sobre el tema, y publicó estudios sobre Calderón, ensayos sobre traductores de Horacio, reseñas filológicas, además de sus obras "mayores", que parecían anunciar esa otra gran obra, puntal definitivo de su producción. Pero nunca vio la luz ese proyecto que sin duda habría extendido su número de lectores.

Los editores catalanes Montaner y Simón habían contratado a Menéndez Pelayo para que revisara y anotara la traducción de la Historia Universal de Otto von Leixner, que

---

[163] BONILLA, Adolfo, 1912, pp. 35-36.

[164] COSSÍO, José María de, 1956, pág. 83.

[165] MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 1956, pp. 58-59.

había conocido cierto éxito en Alemania, El resultado fue el libro titulado *Nuestro siglo. Reseña histórica de los más importantes acontecimientos sociales, artísticos, científicos e industriales de nuestra época* (1883). La historia interna de su publicación en España viene a revelar las difíciles relaciones que a veces se daban entre editor y escritor, incluso con una persona tan trabajadora como Menéndez Pelayo, que incluso tuvo que buscarse un "negro" para hacer parte del trabajo de adición a la traducción alemana, hecho inaudito en su biografía. Los editores llegaron a pedirle que, con el fin de dirigir de manera más eficaz la obra, se trasladara a Barcelona, petición en todo punto inaceptable para el catedrático de la Universidad Central de Madrid, no sólo por sus obligaciones docentes, sino porque entonces estaba ultimando el tercer tomo de la *Historia de los heterodoxos*. Aunque se comprometió a corregir en breve plazo todas las pruebas que le fueran enviando, la necesidad editorial era muy superior al ritmo de trabajo de Menéndez Pelayo. La tensión entre ellos fue en aumento, y explotó cuando en un determinado momento se extraviaron varias cuartillas corregidas. Menéndez Pelayo acabó enviándoles la siguiente carta:

> "Muy ss. míos: Extraño y deploro el tono de sus últimas cartas. Creo haber enviado todo el original, que era posible revisar en un plazo tan breve. Hoy mismo acabo de remitir más de 100 cuartillas. Yo no puedo acelerar más este trabajo, sin faltar a otros deberes apremiantes, y sobre todo a mi conciencia literaria, que estimo en más que cuantas utilidades puedan Vds. proporcionarme. Soy literato, y creí que en tal concepto se habían acordado Vds. de mí. Ahora veo que me consideraban como una máquina.
>
> En tal situación, y como yo no acostumbro a recibir lecciones ni advertencias de nadie, quedan Vds. autorizados para borrar mi nombre de las cubiertas de la obra, encargando su terminación a quien lo haga con mayor presteza, y asimismo con mayor provecho de esa casa editorial.
>
> Otro día devolveré a Vds. por el correo la letra que me remitieron, y de que no he hecho uso alguno hasta ahora.
>
> De Vds. afmo. S.s.q.s.m.b."[166].

Obviamente, estas letras de Menéndez Pelayo resultan de especial interés si tenemos en cuenta que en ellas resaltaba su propia "conciencia literaria" que le hacía valorar con sumo cuidado su trabajo de creación e investigación, por encima de cualquier otra utilización o provecho mercantil de su labor.

Como ya se ha indicado, Valera fue la persona que seguramente más hizo por introducir a Menéndez Pelayo en los círculos selectos de la aristocracia y la alta burguesía madrileñas. Buena parte de las vivencias más frívolas de don Marcelino las vivió acompañado del diplomático andaluz; también, claro, alguna experiencia "seria", como la entrada en la RAE. Pero la influencia a su vez de Menéndez Pelayo en su propia obra resulta también notable. Valera sobre todo era conocido como novelista y hasta 1885 había publicado sólo dos libros de poesía, muy distanciados en el tiempo: *Ensayos poéticos* (1844) y *Poesías* (1858). En 1885 salió en la Colección de Escritores Castellanos del editor Mariano Catalina el libro *Obras de D. Juan Valera. Canciones, Romances y Poemas*, en el que se incluían notas hechas expresamente por Menéndez Pelayo. Aunque *Clarín* escribió elogiosamente sobre el libro, su recepción no fue especialmente cálida. La historia literaria está plagada de desavenencias y fracasos, de amistades y rupturas, de una "intrahistoria" que podemos conocer, si acaso, gracias a las cartas conservadas entre sus actores. Valera se sentía decepcionado con el editor y, en cualquier caso, las palabras de Menéndez Pelayo sobre ello no tienen desperdicio:

> "No crea Vd. que es indicio de desdén hacia sus excelentes versos el silencio guardado hasta ahora por los periódicos. Para desdeñarlos sería preciso que los leyesen, y créame Vd., no leen ni eso ni otra cosa alguna. Nuestra literatura está cada vez más remotamente perdida. Ya no se distingue de colores. ¿Cómo quiere Vd. que gusten de sus versos ni de ningunos versos que sean buenos los que se extasían como bobos delante de toda simpleza que cae de los labios de Campoamor?"[167].

Fue a raíz de una indicación de Juan Valera el que Menéndez Pelayo pensara reunir en un tomo alguno de sus estudios de crítica literaria[168]. En 1883 la idea, materializada a lo largo de varios años, ya estaba cuajando y encontraría en la célebre Colección de Escritores Castellanos de Mariano Catalina el marco adecuado para la prolija serie de los *Estudios de crítica literaria*. Mariano Catalina Cobo (1842-1913) era sobrino del escritor y político Severo Catalina del Amo y académico de la RAE (1878), y fue, además de propietario de la célebre colección citada, poeta y dramaturgo. Las cinco series de artículos y discursos de Menéndez Pelayo aparecieron muy distanciadas (1884, 1895, 1900, 1907 y 1908), sin más ordenación prefijada que el criterio de su autor para reunir

---

[166] *EG* VI, 240, ¿Santander?, finales 1883.

[167] *EG* VII, 26, Santander, 29 julio 1886.

[168] *EG* V, 310, Cintra, 22 junio 1882: "Como en Vd. es extraordinaria la facilidad en el trabajo, estos artículos sobre literatura contemporánea bien podrían luego publicarse en tomos; le quitarían poco tiempo para escribir obras más serias y extensas, v.gr., la historia de nuestra literatura".

los que consideraba más interesantes, hasta un total de 23, sobre muy diversos aspectos literarios. En 1885 salió la segunda edición de *Horacio en España* (también en la Colección de Escritores Castellanos, tomos XXVII y XXXIII, Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull). Según narró Agustín González de Amezúa y Mayo, Catalina y Menéndez Pelayo habían suscrito "cierto convenio obligándose a permitir la publicación de todas sus obras, conforme fueran apareciendo, en la "Colección de Escritores Castellanos" que editaba aquél", pero Menéndez Pelayo, tal y como le había confesado a su amigo y discípulo, había perdido el contrato, circunstancia que le llegó a preocupar hondamente[169]. Catalina quiso publicar una segunda edición refundida de la *Historia de los heterodoxos españoles*, que acabaría publicando Suárez.

Entre 1890 y 1908 publicó otra de sus grandes obras, *Antología de poetas líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días*, en trece volúmenes. Constaba de tres partes: la historia de la poesía española en la Edad Media, el *Tratado de los romances viejos* (con unos suplementos a la obra *Primavera y flor de romances*, de Wolf y Hoffmann) y Juan Boscán. Al morir dejó sólo proyectado el volumen sobre Garcilaso de la Vega. Llevaba varios años Menéndez Pelayo siendo una autoridad en los estudios literarios, y, de hecho, los prólogos de esta *Antología*, que él mismo tenía en la cumbre de su producción, fueron entendidos como un "despertar" de su Historia de la Literatura Española. Su autor dio privadamente testimonio del valor que concedía a esta obra:

> "Lo que más me contenta o menos me descontenta, de lo mucho que he escrito, son los prólogos de la *Antología de líricos castellanos*, especialmente la parte que se refiere al siglo XV, y con particularidad los dos tomos que tratan de la época de los Reyes Católicos […] Tampoco me desagradan algunos discursos académicos y universitarios, entre los cuales recuerdo uno de ingreso en la Academia de la Historia sobre el concepto artístico de la narración histórica" [170].

En aquel 1890 también comenzó a publicar las *Obras de Lope de Vega*, en trece volúmenes (el último es de 1902); reconociéndose "apologista" del Fénix, ofrecía en ellas extensos y profundos comentarios sobre más de dos centenares de sus piezas dramáticas. Consideraba este proyecto una obra necesaria para España y estuvo dispuesto a regalar su trabajo a aquel editor que se comprometiera a publicarlo; finalmente, fue la propia Real Academia Española la que se encargó. Asimismo, se encargaría de anotar los tres tomos de las *Obras completas de D. Francisco de Quevedo y Villegas* (1897,

---

[169] GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín, 1918, pp. 8 y ss.

[170] Vid. GARCÍA BLANCO, Manuel, 1964, pp. 199-203, carta fechada en Santander, 16 diciembre 1902.

1903 y 1907), otro de sus autores predilectos del Siglo de Oro. En 1896-1903 impartió varios cursos en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, dedicados a los "grandes polígrafos españoles", como San Isidoro, Lulio, Vives y Feijoo[171]. La *Antología de poetas líricos castellanos* y las ediciones de Lope se solaparon en el tiempo con la no menos valiosa *Antología de poetas hispano-americanos*, en 4 volúmenes (1893-1895); para Menéndez Pidal "los principales autores de la América hispánica figuran allí, precedidos de magníficos estudios sobre la poesía de cada una de aquellas repúblicas, estudios que tardarán mucho en ser superados"[172].

En 1887 Menéndez Pelayo publicó en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes* de Montaner y Simón, las voces "Alcalde de Zalamea", "Amadís de Gaula", "Autos Sacramentales" y "La Celestina"[173]. Los editores barceloneses aprovecharon el envío a Menéndez Pelayo del cuarto tomo de *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, para ofrecerse de nuevo para editar alguno de sus originales. Al poco tiempo contaron con él para este Diccionario, obra que, desde luego, no le entusiasmaba[174]. Los 25 volúmenes del *Diccionario* se publicaron entre 1887 y 1899. Sus artículos aparecían sin firma, pero en sus páginas colaboraron personalidades como Francisco Asenjo Barbieri (en la sección de "Instrumentos de música populares en España"), Gumersindo de Azcárate (Sociología, Política), Manuel Bartolomé Cossío (Artes industriales españolas), Francisco Giner de los Ríos (Estética), Francisco Pí y Margall (Filosofía del Derecho) y Juan Vilanova y Piera (Prehistoria), aparte de Menéndez Pelayo, unido, así, de nuevo, a lo más granado de la intelectualidad universitaria española.

Menéndez Pelayo también preparó las *Obras completas* de su maestro Manuel Milá y Fontanals, que aparecieron en ocho tomos, entre 1888 y 1896 (Barcelona, Librería de

---

[171] Publicadas a partir de apuntes en "Escritos inéditos", *Menéndez-pelayismo*, 1, *Marcelino Menéndez Pelayo. Los grandes polígrafos españoles*, Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 16 de mayo de 1944, pp. 3-192.

[172] MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 1956, pp. 62-63.

[173] Vid. *Menéndez Pelayo y Juan Valera en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, estudio preliminar de Bénédicte Vauthier, Santander, PubliCan (Cantabria 4 Estaciones, 43), 2009.

[174] *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, 1946, p. 401, carta 288 (Santander, 2 septiembre 1887): "El Diccionario enciclopédico de los Montaner y Simón […] es trabajo bastante de pacotilla, como todas las enciclopedias españolas que yo he visto hasta ahora. Mucha parte debe de estar traducida del francés y del alemán […] Yo les he hecho hasta ahora dos artículos: *Amadís de Gaula* y *Alcalde de Zalamea*, y por cada uno me han dado diez duros. Creo que a nadie pagan más, y yo me doy por bien pagado, aunque no estoy descontento de mis artículos. El libro, a juzgar por el giro que lleva, va a ser más voluminoso que el *Larousse*". La carta de Valera en la que le pregunta por este *Diccionario*, en *ibíd.*, p. 399, carta 53 (Spa, 18 agosto 1887).

Álvaro Verdaguer). Milà le había donado por disposición testamentaria su colección de manuscritos[175]. El repaso de las obras de su profesor catalán seguramente le acercó aún más al estudio de la historia literaria, en particular a la época medieval. Pero eso no quiere decir que se olvidara de lo filosófico. El 15 de mayo de 1891 leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema *De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant*, contestado por Alejandro Pidal y Mon[176]. El texto se incluyó en el tomo de *Ensayos de crítica filosófica* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892) y resulta especialmente interesante por ser un indicador más de la evolución de su pensamiento y la búsqueda de la verdad que alimentaba al nuevo académico. Pero, a estas alturas, está sucediendo algo que creo que tendría consecuencias en el cierto desengaño que vivirá Menéndez Pelayo, y es que sus obras ya no es que no se leyeran, sino que ni siquiera recibían atención en medios intelectuales. Así, escribió a Clarín:

> "Las palabras de Vd. oídas siempre con respeto y atención en España tienen para mí doble valor por ser casi las únicas que sobre mis libros se escriben. Aquello del eterno monólogo de que con tan poca razón se quejaba Larra que aun en su tiempo fue muy leído, puedo yo decirlo con más razón que él, y conmigo todos los que en España hacen algo que no sea novelas o coplas. Hasta doña Emilia Pardo Bazán suele relegarme a la sección de los libros recibidos. De ahí que yo estime y agradezca más que ningún otro cualquiera muestra de atención y simpatía que me indique que alguien lee lo que yo escribo y aprecia el trabajo que pongo en ello"[177].

La relación de Menéndez Pelayo con el editor Eugenio Krapf, asentado en Vigo, parece que comenzó en agosto de 1898, cuando Krapf le pidió permiso para publicar su texto de la segunda serie de los *Estudios de Crítica Literaria* en la nueva edición de la *Celestina*[178]. Por entonces Krapf publicaba una colección de clásicos literarios, en la que ya

---

[175] Los trabajos de Milá se agruparon bajo los títulos *Tratados doctrinales de Literatura* (tomo I, 1888), *De los Trovadores en España* (II, 1889), *Estudios sobre historia, lengua y literatura de Cataluña* (III, 1890), *Opúsculos literarios* (IV-VI, 1892, 1893 y 1895), *De la poesía heroico-popular castellana* (VII, 1896) y *Romancerillo catalán* (VIII, 1896).

[176] Vid. SANEMETERIO COBO, Modesto, 1994, pp. 61-108.

[177] En *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 36 (Oviedo, 12 marzo 1885), p. 52 (Santander, 16 septiembre 1891).

[178] *EG* XIV, 731, Vigo, 18 agosto 1898. El título completo de la nueva obra es *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea por Fernando de Rojas conforme a la edición de Valencia, de 1514, reproducción de la de Salamanca, de 1500, cotejada con el ejemplar de la "Biblioteca Nacional" en Madrid. Con el estudio crítico de La Celestina nuevamente corrEGido y aumentado del Excmo. Señor D. Marcelino Menéndez y Pelayo de la Real Academia Española y director de la Biblioteca Nacional*.

había aparecido *El conde Lucanor*. Se cruzaron varias cartas en las que trataron algunas cuestiones de la edición, como las pruebas del libro, al que Menéndez Pelayo añadió la obra titulada *Pamphilus sive de amore*. por sus estrechas relaciones con el *Libro de buen amor* y *La Celestina*. El pensamiento de Menéndez Pelayo no estaba ni mucho menos estancado, sino que recibía y discutía las nuevas aportaciones bibliográficas sobre los temas que le interesaban, variando incluso algunos de sus juicios ya publicados. En *Orígenes de la novela* dio cuenta después y más por extenso del libro de Rojas y allí se refería en nota al estudio crítico de la edición de Vigo. Quien desee conocer lo más completo de Menéndez Pelayo sobre *La Celestina*, debe acudir a los *Orígenes de la novela*, donde aparece no sólo el análisis pormenorizado de la tragicomedia, sino otras referencias contextuales y críticas sobre la obra[179].

El libro de Krapf debió de aparecer a mediados de septiembre de 1900. El editor tenía cierta prisa por sacarlo, como continuación de la cuidada edición inglesa preparada por Fitzmaurice-Kelly[180]. Foulché-Delbosc, pretendía editar otra *Celestina* ese mismo año y, por otro lado, ya se había producido una demora en el cotejo de los textos y en la redacción de las notas. Esta labor había sido encomendada por el propio Menéndez Pelayo a Ramón Menéndez Pidal. Sin embargo, sucesivas retrasos por parte de Pidal (primero su boda, luego su oposición a la cátedra universitaria) retrasaron la edición, que al final contó con la colaboración de Manuel Serrano Sanz.

La relación de Menéndez Pelayo con Krapf prosiguió durante un tiempo, sinceramente admirado como estaba el santanderino de las ediciones del librero suizo. Krapf proyectó una revista literaria, para la que iba a contar con Menéndez Pelayo. Y éste planeaba la continuación de las obras completas de Quevedo en su editorial. Sin embargo, el editor falleció inesperadamente a finales de abril de 1903, privándose así la literatura española de uno de sus impulsores más destacados.

Fue el Embajador de España en Berlín, Luis Araquistain, en una conferencia impartida en la Universidad de la capital alemana en 1933, quien primero destacó la honda com-

---

[179] Según BAQUERO GOYANES, Manuel, 1956, p. 16, "las páginas dedicadas por Menéndez Pelayo a ella y a sus continuaciones tienen aún rango de clásicas por el enorme acopio de noticias, datos, fuentes y por lo inteligente de los juicios". Para RÍOS LAMPÉREZ, Blanca de los, 1928, p. 13, "el comentario de Menéndez y Pelayo a la *Celestina* es tan clásico y vividero como la *Celestina* misma". También *ibíd.*, *ob. cit.*, 1915, pp. 22-23. El comentario más reciente a esta parte de los *Orígenes de la novela* es el de SERÉS, Guillermo, 2007, pp. 381-405.

[180] *Celestina or the Tragicke-comedy of Calisto and Melibea englished from the Spanish of Fernando de Rojas by James Mabbe anno 1631 with an introduction by James Fitzmaurice-Kelly*, London, Published by David Nutt in the Strand, 1894. Hay ejemplar en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, con la signatura [3154].

prensión que Menéndez Pelayo tuvo de la cultura alemana[181], comprensión que da la medida de la búsqueda de la verdad de Menéndez Pelayo y su discreta pero firme separación de algunos prejuicios que había abanderado en su juventud. Hay que tener en cuenta que tuvo un amplio conocimiento de la lengua alemana, que llegó a leer con facilidad[182]. Autores y críticos alemanes ocuparon e iluminaron gran parte de su obra: su texto sobre el poeta Enrique Heine se publicó en la 2ª Serie de sus *Estudios de crítica literaria* (1895); puso notas a la *Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, de Ferdinand Joseph Worf (1796-1866), traducida por Unamuno[183]; escribió el prólogo a la edición de Dresde de *Tres comedias de Alonso de la Vega*[184]… Y, por supuesto, mantuvo correspondencia con hispanistas alemanes.

Los últimos años del siglo coincidieron con el final de su cátedra, que ocuparía (compaginándola con el decanato desde 1895) hasta que en 1898 fuera nombrado director de la Biblioteca Nacional de Madrid y jefe del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Con motivo del vigésimo aniversario de su profesorado, se publicaron dos tomos misceláneos en su homenaje, en el que participaron muchos de sus colegas, encabezados por Valera: Julián Apraiz, Emilio Cotarelo y Mori, Benedetto Croce, Arturo Farinelli, Jaime Fitzmaurice-Kelly, Ramón Menéndez Pidal, Ernesto Mérimée, Alfred Morel-Fatio, Felipe Pedrell, José María de Pereda, Francisco Rodríguez Marín, Antonio Rubió y Lluch, etc.[185]. Los testimonios de los amigos y conocidos que coincidieron con Menéndez Pelayo en estos últimos años siguen hablándonos de un hombre cordial y trabajador, infatigable lector, ensimismado en sus pensamientos, como ausente del mundo más vanal, pero amante de la buena y culta conversación. Y, sin embargo, un poso como de melancolía y cansancio de aprecia en sus últimos retratos; un rastro de soledad y hasta de cierta tristeza. Menéndez Pelayo había acumulado tantas páginas,

---

[181] ARAQUISTÁIN, Luis, 1933, pp. 189-209. Hay una edición alemana de esta conferencia (Weinar, G. Uschmann, 1932).

[182] Artículo en *La Publicidad*, Barcelona, 19 febrero 1894, en *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, 1943, p. 224; para *Clarín*, "ya no desprecia la influencia alemana, sino que recomienda como necesario para toda disciplina moderna, el estudio de la lengua y de las ciencias y letras alemanas".

[183] Apareció en varios números de *La España Moderna. Revista de España*, a partir de octubre de 1894. La segunda edición, con el título de *Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, en Madrid, La España Moderna (Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia), s.a., 2 vols.

[184] *Tres comedias de Alonso de la VEGa con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo de la Academia Española*, Dresden, (Gedruckt für die Gesellschaft für romanische Literatur, 6), 1905, XXX + 105 pp. (su prólogo, pp. V-XXX).

[185] *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado*, prólogo de Juan Valera, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1899.

había volcado en ellas tantos conocimientos, que aún le parecía que aquello había sido poco: el deseo de no morir para seguir leyendo reflejaba una personalidad completamente absorbida por el trabajo agotador de una figura intelectual que estaba en una posición incómoda, en medio de los oportunismos políticos, entre la secularización de algunos progresistas y el fanatismo ultracatólico que malentendía la tradición.

El 31 de mayo de 1901, ya afectado por dolencias reumáticas que no le abandonarían, leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, *La estética de la pintura y la crítica pictórica en los tratadistas del Renacimiento*. Aunque siguió con un intenso ritmo de trabajo, en sus últimos años intentó un progresivo retiro de la bulliciosa vida madrileña. El cargo en la Biblioteca Nacional coincidió, a la vez que con el desastre colonial, que le desanimó en su proyecto de regeneración cultural en un país con un sistema decadente. Coincidió con su mayor retraimiento personal, su desencanto, su sensación de estar escribiendo un "eterno monólogo" y sus deseos de retirarse de la vida pública, animados por sus discrepancias con las autoridades políticas[186]. No cabe duda de que a ese desencanto contribuyó decisivamente el fallecimiento de algunos de sus amigos, como Amós de Escalante (1902), Juan Valera (1905) y José María de Pereda (1906). A finales de 1906 una polémica elección le hizo perder la presidencia de la Real Academia Española a favor de Alejandro Pidal, circunstancia que provocó numerosas cartas de adhesión al polígrafo y hasta un homenaje de desagravio por parte del Ayuntamiento de Santander[187]. Es verdaderamente llamativo el contraste entre su situación personal y el relativo éxito y prestigio que alcanzaba su figura en el ámbito público (con excepción hecha de algunos sectores krausistas y, curiosamente, carlistas): fue propuesto para el Premio Nobel de Literatura en dos ocasiones, en enero de 1905 y en febrero de 1912, en candidatura que fue considerada rival de la de su amigo Pérez Galdós[188]. Desde 1910 hasta su muerte fue director de la Real Academia de la Historia, en cuya sede de la calle León residía desde hacía años, en calidad de bibliotecario de la institución.

En 1905 Menéndez Pelayo formaba parte de la Junta del III Centenario del Quijote y tuvo que ocuparse de la exposición cervantina de la Biblioteca Nacional. En ello estaba cuando el Rector de la Universidad Central, Rafael Conde Luque, le comunicó el acuerdo de que fuera él quien pronunciara el discurso en la sesión a claustro pleno para con-

---

[186] Vid. SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio, 1994, pp. 216-221.

[187] Sobre las cartas de adhesión, RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja, "Una súbita rebelión epistolar en la República de las Letras", *Monteagudo*, 3ª época, nº 17 (2012), pp. 97-108.

[188] También puede hacerse una historia de los "Premios Nobel fallidos" españoles: de aquellos que, por diversas maniobras bien alejadas de los méritos que acaparaban, no obtuvieron tal galardón.

memorar el tricentenario. Menéndez Pelayo escribió el discurso durante una estancia breve en Santander, entre marzo y abril de 1905. Lo leyó, en medio de gran expectación, el 8 de mayo. Llevaba por título "Cultura literaria de Miguel de Cervantes", y lo publicaría la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*[189]. El académico se puso como objetivo "fijar el puesto de Cervantes en la historia de la novela y caracterizar brevemente su obra bajo el puro concepto literario en que fue engendrada". Menéndez Pelayo reconoció la formación intelectual de Cervantes, retomando una idea de Valera. Contribuyó a la matización de la expresión de "ingenio lego" aplicada al autor del *Quijote*¸ que Menéndez Pelayo había leído más de quince veces, según su propia declaración. Supo intuir la genialidad y la filiación erasmista del pensamiento cervantino, si bien no desarrolló en profundidad esta vía, que habrían de transitar con mayor detenimiento Américo Castro y Marcel Bataillon. Por otro lado, Menéndez Pelayo valoró una perspectiva estética del acercamiento literario, menos sujeta al corsé histórico; de ahí que se alejara del cervantismo tradicional y que, en su discurso de recepción académica a su admirado Francisco Rodríguez Marín, en 1907, estableciera la capitalidad de los estudios sobre el *Quijote*, que habían de detenerse en esclarecer arcanos gramaticales, alusiones literarias y rasgos de costumbres. A Menéndez Pelayo debemos páginas muy hermosas, que estudiaban la historia de la recepción del texto, las relaciones con los libros de caballerías o las fuentes literarias; la consideración de Cervantes como un más que aceptable poeta y el más importante dramaturgo anterior a Lope de Vega (*La Numancia*); un atinado juicio del *Quijote* apócrifo de Alonso Fernández de Avellaneda que reconocía aciertos literarios en esta obra; una pasión bibliófila que le hizo ser experto desenmascarador de embustes y un atinado crítico de las elucubraciones menos serias del cervantismo. La lectura del discurso que Valera pronunció en 1864 en la RAE le debió de influir especialmente. Valera había criticado ese cervantismo "esotérico", recóndito, simbólico, oscuro, sectario y excluyente, que estaba convirtiendo al *Quijote* en un fetiche; un "cervantismo" en buena medida relacionado con el krausismo incipiente. Lo que Valera criticaba estaba representado en la obra de Nicolás Díaz de Benjumea *La Estafeta de Urganda*, de 1861. En su intervención académica, hacía el autor de *Pepita Jiménez* un llamamiento a la valoración estética de la obra (ligada, sin esoterismos, al autor), y para la perspectiva paródica de los libros de caballerías. No existían, pues, significados ocultos en el *Quijote*; y a Cervantes no se le podía convertir en médico, jurista, teólogo, geógrafo, filósofo o economista, como también denunciaría José María de

[189] XII, Mayo 1905, número extraordinario en conmemoración del centenario del *Quijote*, pp. 309-339. El texto ha sido muchas veces publicado desde entonces, en antologías como *Discursos*, con prólogo, edición y notas de Cossío (Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 140, 1956, pp. 109-164); *Cervantes. Cultura literaria* (Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997); y *Antología comentada* (Santander, Librería Estvdio, 2002, pp. 371-401); parcialmente, aparece en algunas antologías, como la de Arturo M. Cayuela (1939, pp. 73-74), o en la edición escolar del *Quijote* de la editorial Edelvives.

Pereda, otro buen amigo de Menéndez Pelayo, en su miscelánea de *Esbozos y rasguños*, en 1881. Poco dado al aplauso fácil, reconoció privadamente el éxito de su intervención: Antonio Rubió, Juan Luis Estelrich, Eugenio Mele, Manuel Manrique de Lara o su hermano Enrique le escribieron entusiasmados. La crítica posterior ha valorado también esta obra, hasta el punto de que algunos cervantistas lo han ponderado como una de las piezas clave para entender el *Quijote*[190].

Entre sus escritos de estos años finales, pueden destacarse discursos como la *Semblanza de Milá* (Comissió del Homenatge a Milà, Barcelona, Gustavo Gili, 1908) y los *Orígenes de la novela* (Madrid, Bailly Bailliere, 1905-1915, 4 tomos), así como la revisión de sus obras completas para el editor Suárez. Volver sobre sus libros de hacía años tenía que haber servido para rectificar alguno de sus juicios juveniles, probablemente desmedidos, atemperándolos con el peso de la experiencia. Una carta escrita a finales de 1910 a Farinelli demuestra su voluntad de llevar a cabo la revisión de sus propios textos:

> "Ha de saber Vd. que estoy empeñado en la grande empresa de hacer una edición correcta y uniforme de mis obras, revisadas y puestas al corriente en lo que yo alcanzo, y desde luego, más limpias de yerros que en las impresiones fragmentarias y desaliñadas que hoy corren"[191].

En 1910 preparó unas "Advertencias preliminares" a la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos españoles*[192]. A menudo se han citado, creo que con acierto, como prueba de la evolución o, al menos, matización de su pensamiento más radical. Vista con los años, los *Heterodoxos* era una obra radical y juvenil: "Yo en mi juventud pequé bastante por el lado del apasionamiento, pero el tiempo y la experiencia me han convencido de que la razón tiene tanta más fuerza cuanto con mayor moderación se expone"[193]. Si no la más estimada por el autor de entre las suyas, guardaba para él indudables méritos que superaban las lecturas tendenciosas. Pero la autoexigencia del paso de los años le hizo acumular materiales y lecturas que en conciencia le obligaban a modificar algunos planteamientos de la primera edición. Creo que resulta pertinente reproducir sus propias palabras:

---

[190] SÁNCHEZ, Alberto, 1955-1956, pp. 272-273. Vid. también, SÁNCHEZ, Alberto, 1956, pp. 9-18.

[191] *EG* XXI, 327, Santander, 19 diciembre 1910. Ya en una carta a Laverde (*EG* VI, 154, Santander, 26 julio 1883) había reconocido, además, que las erratas eran "pensión común de todos los libros míos".

[192] Sobre este importante texto, entre otros, vid. CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., 1984, pp. 255-274; y GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín, 1994, pp. 197-214. En mi opinión, el deseo de Menéndez Pelayo de revisar sus propias obras debería alimentar las ediciones críticas que se hagan en la actualidad.

[193] Fragmento de una carta al P. Getino, reproducida en CAMPOMAR FORNIELES, Marta. M., 1984, pp. 271-272.

> "Han sido frecuentes las instancias que de palabra y por escrito se me han hecho para que consintiese en la reproducción de esta obra, que era de todas las mías la más solicitada, aunque no sea ciertamente la que estimo más. Si solo a mi interés pecuniario hubiese atendido, hace mucho que estarían reimpresos los *Heterodoxos*; pero no pude determinarme a ello sin someterlos a escrupulosa revisión, que iba haciéndose más difícil conforme pasaban los años y se acumulaban diariamente en mi biblioteca nuevos documentos de todo género, que hacían precisa la refundición de capítulos enteros"[194].

Parece que lo último en lo que estuvo trabajando Menéndez Pelayo fue la corrección del segundo tomo de la *Historia de la poesía hispano-americana*. Otro regreso a sí mismo, un ejemplo de reflexión personal sobre su propia obra, que tuvo que acabarse en Santander, rodeado de sus libros, el domingo 19 de mayo de 1912. Según el diagnóstico de los médicos que le atendieron en los últimos meses de su enfermedad, doctores Quintana y Rodríguez Cabello, Menéndez Pelayo padecía una cirrosis atrófica de Laennec, con abundante ascitis. Contaba 55 años y dejaba detrás una obra ingente. La muerte hizo que sólo llegara a revisar el primer volumen de la *Historia de los heterodoxos*, donde dejó una pieza introductoria brillante y palinódica, muchas veces citada. En la casa de Suárez aparecieron la *Historia de los heterodoxos españoles* (1911-1918, 7 vols.), la *Historia de la poesía hispano-americana* (1911-1913, 2 vols.), la *Historia de la poesía castellana en la Edad Media* (1911-1916, 3 vols.), el *Ensayo de crítica filosófica* (1918, un vol.), los *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* (1919-1925, 6 vols.) y *La ciencia española* (1932, 2 vols.). Se trató del gran proyecto global de la obra de Menéndez Pelayo, hasta la publicación de su obra completa por el CSIC a mediados del siglo pasado.

---

[194] "Advertencias preliminares" (a la 2ª ed., 1910), *Historia de los Heterodoxos españoles*, vol. I, *OC*, XXXV (1946), pág. 1.

MENÉNDEZ PELAYO Y CATALUÑA

En las siguientes páginas se tratan expresamente las relaciones de Menéndez Pelayo y Cataluña. Corresponden a la biografía y a la obra del polígrafo y, en todos sus aspectos, merecen un tratamiento más amplio que el aquí expuesto. No obstante, importa al menos señalar las claves de estas relaciones a través del propio devenir vital de Menéndez Pelayo en tres épocas, los años universitarios (1871-1878), la cátedra en la Universidad Central de Madrid (1878-1898) y la dirección de la Biblioteca Nacional (1898-1912).

1. Los años universitarios (1871-1878). Profesores y condiscípulos

Los años entre 1871 y 1878 marcaron en la vida de Menéndez Pelayo desde sus comienzos universitarios en Barcelona hasta la obtención de la cátedra de Literatura en la Universidad Central. Indudablemente, se trata de una etapa que dejó profunda huella en el escritor y en los que se hicieron más evidente los lazos de amistad y aprendizaje, empezando por su tutor, el "catalanista" asturiano José Ramón Fernández de Luanco. En la Universidad de Barcelona, donde cursó los primeros cursos de la carrera antes de trasladarse a Madrid, coincidió con profesores que le marcaron hondamente, incluso, por poco tiempo, con Llorens, uno de los puntales de la "escuela catalana" de filosofía. Menéndez Pelayo obtuvo en la asignatura de Milá la calificación de sobresaliente, al igual que en Literatura Latina (impartida por Jacinto Díaz), Geografía (Cayetano Vidal) y Lengua Griega (Antonio Bergnes de las Casas). En el curso siguiente superó Literatura Griega (Díaz), Historia Universal (Joaquín Rubió y Ors) y Lengua Hebrea (Mariano Viscasillas) y obtuvo en todas ellas el aprobado que venía obligado por un decreto de Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, que había implicado la supresión de las calificaciones. Menéndez Pelayo siempre mantuvo contacto afectuoso con sus profesores de Barcelona, no sólo con Milá: su epistolario con el traductor Vidal, que tuvo entre sus intereses las literaturas catalana y portuguesa, fue amplio y generoso[195]. La implicación bio-

195 Sobre la consideración en que Vidal tenía a Menéndez Pelayo, EG III, 285, Barcelona, 2 mayo 1879: "Al Fénix de los ingenios llamábale Cervantes *Monstruo de la naturaleza:* ¿qué nombre te daremos a ti los que te hemos criado a nuestros pechos? Yo no sé cómo lo haces: tú lo sabes todo; tú lo has visto todo y tengo para mi que adivinas lo que hay en los libros y la manera como lo dicen los que los han escrito; pues en mi concepto es imposible que á tus años, aun cuando hubieses leído día y noche desde aquel en que viniste al mundo, hayas tenido tiempo suficiente para leer todo aquello de que tienes puntual y detalladísima noticia. Para algunos serás un enigma indescifrable; para mí eres un milagro viviente. Memoria sin igual, juicio profundo, imaginación privilegiada, erudición asombrosa, completo dominio de la lengua, estro poético, posesión completa de las lenguas clásicas, de las que del latín se han formado y de algunas que no son griegas ni latinas y todo esto á 23 años! Di, ¿no es esto un milagro perenne? ¡Cuán agradecidos han de estarle tus padres a Dios que tal hijo les ha concedido; cuán satisfechos de sí mismos que por tan buenos caminos te han guiado, y cuánto lo has de estar tú por haber docilmente segundado sus propó-

gráfica con estos profesores continuó con el tiempo. En 1878, a propuesta de Milá, Vidal y Luanco, Menéndez Pelayo fue admitido como correspondiente de la Real Academia de Bellas Letras de Barcelona[196]. Tres años más tarde Menéndez Pelayo le encargaría a Vidal la bibliografía para las *Obras Completas* de Milá. Además de todo ello, el fondo de Milà en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, también rica en fondos como los de Jacinto Verdaguer, ha dado lugar a numerosos trabajos de investigación sobre literatura catalana y la propia biografía del profesor[197]. La primera noticia que tenemos sobre el estudio del epistolario entre Milá y Menéndez Pelayo la dio Miguel Artigas, primer bibliotecario de la Menéndez Pelayo: el 19 de mayo de 1916 leyó dos cartas cruzadas entre ambos en la velada en homenaje al polígrafo celebrada en el Ateneo de Santander, para documentar su relación[198].

Aquellos años universitarios fueron también los del nacimiento de firmes amistades entre condiscípulos. Entre ellos destacan dos nombres, Antonio Rubió y Lluch y Juan Luis Estelrich. En la medida de esta amistad, trazada para los historiadores por medio de abundantes y prolijas cartas, puede valorarse no sólo el enriquecimiento bibliográfico e investigador de sus protagonistas, sino la mayor o menor extensión del "catalanismo", aquel que, en su faceta literaria inicial, para Víctor Balaguer era "todavía un misterio" a la altura de 1878. Sin embargo Menéndez Pelayo lo había aprendido de maestros de las primeras generaciones del renacimiento catalán, lo había compartido con los Rubió y Ors y Milá y Fontanals, lo había cimentado en Manuel Cabanyes, poeta al que reivindicará, y lo había personalizado, entre otros, en su contemporáneo Verdaguer, poeta español que escribía en catalán. Uno de los hechos más destadcados en la valoración que Menéndez Pelayo, contrario al centralismo universitario, tuvo del resurgimiento catalán fue su programa de Literatura Española, en el que rompía con la identificación romántica entre nacionalidad política y nacionalidad literaria e incluyó como literaturas españolas la castellana, la catalana y la galaico-portuguesa.

José Ramón Fernández de Luanco

Menéndez Pelayo escribió sobre Luanco en 1906:

---

sitos viendo que niño aun o poco menos eres la admiración de propios y extraños! Dichoso tú y felices ellos y bendito Aquel que tales obras produce!".

[196] EG III, 12, Barcelona, 10 enero 1878.

[197] Así, entre otros, RUBIÓ U BALAGUER, J., 1967 y 1970; JORBA, M., 1984; y PALOMA, J.A., 1984.

[198] *El Cantábrico*, 20 mayo 1916.

> "Entre las principales fortunas de mi vida cuento el haber pasado algunos años de mi primera juventud al lado de don José Ramón de Luanco, paisano y fraternal amigo de mi padre. En aquel varón excelente no vi más que sanos ejemplos, y aunque he cultivado muy distintos estudios que él, bien puedo llamarme discípulo suyo, puesto que su vasta y sólida cultura se extendía a varios ramos del saber, y muy particularmente a las letras humanas, en que no sólo podía calificarse de aficionado, sino de conocedor muy experto. Él me comunicó su afición a los libros raros, y me hizo penetrar en el campo poco explorado de nuestra bibliografía científica. Sus trabajos eruditos, interesantes y hasta la fecha únicos, sobre *La alquimia en España*, prueban lo que valía como investigador al mismo tiempo que como hombre de ciencia. En ese libro, al cual deben juntarse otras monografías que antes y después publicó el doctor Luanco sobre alquimistas y metalurgistas españoles de los pasados siglos, hay no sólo un caudal de noticias peregrinas aun para los más doctos, sino un profundo conocimiento de las doctrinas abstrusas y fórmulas enmarañadas de los antiguos adeptos del arte trasmutatoria, que Luanco expone con singular precisión y claridad.
>
> Fue don José Ramón uno de los hombres que más dignamente pudieron llevar la representación de nuestro profesorado universitario ante España y ante Europa. Su muerte fue una gran pérdida para las ciencias físicas y para la erudición española, pero lo fue mayor todavía para el corazón de sus amigos, que hoy, en el primer aniversario de su fallecimiento, no podemos menos de renovar con lágrimas su dulce y venerable memoria"[199].

Resulta curioso comprobar cómo en las biografías que existen sobre Menéndez Pelayo el nombre de José Ramón Fernández Luanco (1825-1905) aparece de manera tangencial, aunque se reconozca su importancia en su primera formación y sobre todo en su período barcelonés. Para José Franquesa, condiscípulo de Marcelino, Luanco era "una de las glorias actuales de nuestra Facultad de Ciencias y persona de carácter atractivo y afable que se había acostumbrado a mirar a Marcelino como a un hijo, recibiendo como propias las satisfacciones del mismo, aconsejándolo siempre sabiamente y hasta reprimiendo algunas de sus fogosidades de muchacho"[200]. Tal vez en ningún otro tutor hu-

---

[199] *ENOC,* Varia, II, pp. 312-313. Apareció en *Castropol* (número extraordinario dedicado a Luanco), 10 de abril de 1906 y en GARCÍA TEIJEIRO, Miguel, 1926, pp. 48-49.

[200] FRANQUESA Y GOMIS, José, 1888, p. 206: "Una de las glorias actuals de nostra Facultat de Ciencias y persona de carácter atractiu y afable que s´havia avesar á mirar En Marcelí com a fill, rebent com á propias las satisfaccions d´aquest, aconsellantlo sempre sabiament y fins reprimint devegadas sas fogositats de noy".

biera podido confiar el padre de Menéndez Pelayo cuando Luanco se trasladó a la Universidad de Barcelona. Ambos habían nacido en Castropol y eran íntimos amigos. Luanco llevaba en Barcelona desde 1870[201], y con él vivió el joven en la calle Fuente de San Miguel, número 2, piso 3º, puerta 2ª, esquina con la calle de los Gigantes, en un piso que daba al palacio del conde de las Centellas[202]. Muchos años después José del Río Sainz, *Pick*, recordaba en un artículo la peculiar tutoría ejercida por Luanco:

> "Su mentor era lo que hoy diríamos «un bon vivant», solterón empedernido; que vivía a lo estudiantil, en una modesta pensión, regida por una pupilera de alma maternal que sus huéspedes llamaban «doña Francisqueta». Allí encontró Menéndez Pelayo otro muchacho de su edad, sobrino de Luanco, que estudiaba Ciencias, y se apellidaba Vijande. Miguel Artigas, en el estudio consagrado a su maestro, nos dice que llegó a conocer a este Vijande personalmente, y que oyó de sus labios detalles curiosos de su vida en aquella pensión. Luanco era de un carácter casi infantil y regocijado, y más que tutor de los jóvenes, parecía un compañero suyo, divirtiéndoles con continuas bromas y chanzas"[203].

Barcelona era entonces, en palabras de Miguel García Romero, primer biógrafo de Menéndez Pelayo, la ciudad "más culta de España; sábense allí con más anticipación que en Madrid inclusive, las noticias literarias, y ya no eran un misterio para la gente docta las relevantes condiciones de Menéndez Pelayo"[204]. En aquella época, desde la revolución de 1868, estaba ya más que latente el movimiento federalista; en 1869 Francisco Romaní Puigdengolas había publicado *El federalismo en España* y se mostraba ya activa la Jove Catalunya[205]. Las clases universitarias se impartían en el convento del Carmen, hasta que en diciembre de 1871 se trasladaron al nuevo edificio, que sería inaugurado oficialmente en octubre de 1872[206]. Luanco no sólo cuidó de Menéndez Pelayo, sino que influyó decisivamente en su concepción de Cataluña. De hecho, y a pesar de

---

[201] De hecho, de este año 1870 es el tratado Ramón Lull (Raimundo Lulio) considerado como alquimista. Discurso leído por D. José Ramón de Luanco el día de su recepción en la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona, Barcelona, Est. Tip. de Jaime Jesús Roviralta, 1870, dedicado "a su querido amigo y paisano D. Marcelino Menéndez [Pintado]".

[202] CASTILLO YURRITA, Alberto del, 1956, pp. 13-14.

[203] RÍO SAINZ, José del, "Menéndez y Pelayo, estudiante", La Vanguardia, 20 marzo 1956, p. 5. El texto está en la antología final.

[204] GARCÍA ROMERO, Miguel, 1879, pp. 8-9.

[205] Vid. ANGUERA, Pere, 2006, pp. 22-27.

[206] RUBIÓ BORRÁS, Manuel, 1913, p. 13.

pertenecer a generaciones diferentes, es perceptible entre ellos un similar acercamiento a la cultura catalana, a su idioma y a su historia. Una compresiva curiosidad por su cultura para una participación más provechosa en su propio devenir de progreso. A los pocos días de llegar a Barcelona, tal vez asistieran ambos al homenaje dado en el Ayuntamiento al militar y político barcelonés Antonio de Campmany (1742-1813)[207]. Para Miguel García Romero, Menéndez Pelayo se puso pronto "al corriente de la rica antigua literatura catalana, con más facilidad aún de la expresiva habla en que está escrita, sin desdeñar por eso la contemporánea que posee a maravilla"[208]. También Francesc de B. Moll recordó que "desde el primer momento, Menéndez Pelayo ya no mira en catalán como un simpre dialecto (que sería y todavía es la reacción normal de un castellano transplantado en Cataluña) sino como un hecho lingüístico independiente y tan respetable como pudiera serlo el castellano o el francés"[209].

Miembro de la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona, asiduo del Ateneo, donde Menéndez Pelayo leyó su trabajo sobre "Cervantes considerado como poeta" que tendría su repercusión en prensa[210], y casi tan bibliófilo entonces como su discípulo, a quien llamada "adorado tormento"[211], el químico Luanco también era, a su modo, historiador, especialista en personalidades como Ramón Llull, Bernardo Estruch y Arnaldo de Vilanova; años más tarde dedicó el primer tomo de su tratado *La alquimia en España*, aparecido en Barcelona[212], a Menéndez Pelayo, que le había pedido que reuniera en un volumen los artículos que había publicado en la revista *Crónica científica*.

La identificación de Luanco en Cataluña, donde residió nada menos que tres décadas, hasta 1900, se verifica perfectamente en los testimonios de sus contemporáneos; para Francisco de Bofarull, "mereció ser considerado hijo adoptivo de Barcelona, y su cariño y consideración a los catalanes no menguaron jamás, tomando siempre parte activa en nuestros estudios y trabajos"[213]. Deben de estar en la biblioteca de Menéndez Pelayo

---

[207] Es lo que se plantea CASTILLO YURRITA, Alberto del, 19456, p. 17.

[208] GARCÍA ROMERO, Miguel, 1879, p. 11.

[209] MOLL, Francesc de B., 1957, p. 6: "*Des del primer moment, Menéndez Pelayo ja no mira en català com un simpre dialecto (que seria y encara és la reacció normal d´un castellà transplantat a Catalunya) sinó com un fet lingüístic independent y tan respectable com pogués errer-ho el castellà o el francès*".

[210] Por ejemplo se publicaron reseñas del acto en *El Aviso* y en *La Voz del Magisterio*.

[211] Esta expresión, "adorado tormento", se repite en las dedicatorias manuscritas de Luanco a Menéndez Pelayo en los libros y opúsculos que conserva en su biblioteca, como se verá en una nota posterior.

[212] *La alquimia en España. Escritos inéditos, noticias y apuntamientos que pueden servir para la historia de los adeptos españoles*, Barcelona, Imp. de Redondo y Xumetra, dos tomos, 1889 y 1897.

[213] Citado en GARCÍA TEIJEIRO, M., 1926, p. 17.

todos ellos[214]. De hecho, Luanco dominaba con soltura el catalán, que debió de aprender casi a la vez que el propio Menéndez Pelayo en sus primeros tiempos de estancia en Barcelona. En *La Ilustración Catalana* puede leerse que "admiraba el gran conocimiento que tenía de nuestra lengua y la facilidad con que traducía los documentos catalanes de la Edad Media. Y al darlos a la versión castellana, no resplandecían menos su competencia y su buen gusto"[215]. Algunos catalanes promovieron incluso su candidatura al senado por la Universidad de Barcelona, aunque no podía serlo por ocupar sólo una cátedra "de ascenso", no "de término"[216].

Javier Llorens y Barba

En su *Semblanza literaria* de Manuel Milá y Fontanals, leída en Barcelona en mayo de 1908, Menéndez Pelayo reconocía su filiación a la "antigua escuela de Barcelona" y particularmente a dos de sus profesores, Francisco Javier Llorens y el citado Milá:

> "Mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona y creo que substancialmente no se ha modificado nunca. A esta escuela debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos verbalismos, menos distantes de lo que parece, se dividían el campo filosófico, y convertían en gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a los que creían encontrar en una habilidosa

---

[214] Aparte de las obras ya mencionadas en nota, están en la BMP: *Consideraciones acerca de las circunstancias en que debe fermentar el zumo de manzana en la preparación de la sidra*, Oviedo, Imp. y Lit. de Brid, Regadera y comp., 1853; *Oración inaugural del año académico de 1879 a 1880 leída en la Universidad de Barcelona*, Barcelona, Imp. de Jaime Jepús, 1876, "a su adorado tormento, el incomparable D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que santa gracia haya, su tutor pacientísimo y sacrificado"; *Compendio de las lecciones de Química General explicadas en la Universidad de Barcelona*, Barcelona, Imp. de Jaime Jepús, 1878, con el apunte "a su adorado tormento, Marcelino Menéndez Pelayo, dedica este ejemplar, recomendándole el cotidiano ejercicio de leer en él sesenta páginas para ganar la Gloria, su apasionado extutor y víctima"; Un *libro más para el catálogo de los escritores catalanes*, Barcelona, Imp. de Jaime Jepús, 1880, con la anotación manuscrita "a su adorable tormento, el insigne montañés, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, entre los árcades P.F.B., envía este bostezo literario su martirizado y betífico tutor"; *Otro libro catalán desconocido. Memoria leída en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, en la sesión del 9 de junio de 1884*, Barcelona, Imp. de Jaime Jepús, 1884, dedicado "a su adorado tormento"; *Los metalúrgicos españoles en el Nuevo Mundo*, Barcelona, Imp. de Redondo y Xumetra, 1888; *Sesión inaugural 1889 a 1890. Discurso del señor presidente D. José Ramón de Luanco*, Barcelona, Est. Tip. de la Casa P. de Caridad, 1890; *Biografía del Dr. D. Manuel Saenz Díez y Pinillos*, Barcelona, Est. Tip. de Redondo y Xumetra, 1894; *D. Juan Agell y sus trabajos científicos. Resumen biográfico leído en la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, en la sesión inaugural del curso de 1896 a 1897, celebrada el día 29 de octubre de 1896*, Barcelona, A. López Robert, 1897.

[215] Citado en GARCÍA TEIJEIRO, M., 1926, pp. 16-17.

[216] GARCÍA TEIJEIRO, M., 1926, p. 19.

> construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar, histórico, relativo y condicionado, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino a la prudente cautela del *ars nesciendi*. Allí la visión de lo concreto, manifestada en las formas tradicionales del arte y de la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpretes que a cualquiera escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: don Francisco Javier Llorens y don Manuel Milá y Fontanals"[217].

El "renacimiento" de la escuela filosófica catalana había comenzado en la Universidad de Cervera, a través de Martí de Eixalà (1808-1857), profesor de Filosofía en la Academia de Ciencias (1834-1845) y de Derecho y Filosofía en la Universidad de Barcelona[218]. Llorens llamaba a Eixalà "el malogrado" y reconocía en él "el haber mostrado los caminos de la firmeza intelectual y de la sobriedad en las indagaciones"[219]. Eixalà, seguidor del empirismo inglés (David Hume) y escocés (Thomas Reid y su discípulo Dugald Stewart), tradujo el *Manual de la historia de la Filosofía* de Jean François Amice (Barcelona, 1842), que completó con bibliografía y un anexo "De la filosofía en España"[220], convertido en hito clásico del tema. José Leopoldo Feu resumió así la filosofía de Martí de Eixalà:

> "Se resolvía en un métido positivo destinado a arrinconar la filosofía de mera especulación, el cual tomaba su punto de arranque en la conciencia y, por vía de un análisis de los hechos psíquicos, aspiraba a fundamentar las ver-

---

[217] El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, pp. 135-136.

[218] Sobre el origen de la escuela catalana en Martín de Eixalà, FEU, José Leopoldo, "Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana", Memorias de la Real Academia de Buenas Letras, II, 1868, en CARRERAS Y ARTAU, Joaquín, 1956, pp. 55-57.

[219] BARALLAT Y FALGUERA, Celestino, 1880, p. 7.

[220] MESTRE y CAMPI, Jesús, "Martí y d´Eixalà, Ramón", en *Diccionari d´història de Catalunya*, 1993, pp. 660-661. Sobre la escuela escocesa en Cataluña una obra clásica es la de MIRABENT VILAPLANA, Francesc, *L'Escola escocesa y la seva influència en els filòsofs catalans del segle XIX*, 1922.

> dades supremas del orden metafísico y moral, de suerte que su psicologismo inicial desembocaba en un claro espiritualismo"[221].

Por poco pudo conocer Menéndez Pelayo a uno de los discípulos de Eixalà, Javier Llorens y Barba: si el joven estudiante llegó a Barcelona en septiembre de 1871, el filósofo falleció el 23 de abril del año siguiente. Apenas pudo acudir sino a alguna de sus clases de Metafísica[222]. No obstante, Menéndez Pelayo reconoció la influencia de Llorens, a quien denominó "psicólogo a la escocesa y kantiano a medias"[223]; para él, Llorens personificaba, después de Martí de Eixalà , un segundo momento de la escuela escocesa en Cataluña, marcada por "la evolución de la filosofía del sentido común, modificada ya por la crítica de Kant; la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia; los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y como alma de todo esto una velada y modesta aspiración metafísica, que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fue por lo mismo eficacísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación, en espíritus muy diversos"[224]. Menéndez Pelayo consideró que

> "nadie influyó tanto como él en la educación filosófica de Cataluña, y cuantos penetraron en su intimidad le aclaman maestro del recto pensar y del recto vivir, porque fue filósofo práctico en quien guardaron perfecta consonancia las obras y la doctrina. Y no filosofó por alzar figura, ni por seducir con vana palabrería a los incautos, sino con austera y viril consagración al espíritu de verdad y de vida que emancipa a los hombres de la tiranía del error, de la pasión y de la falacia"[225].

Aunque Joan Maragall afirmara que "Llorens se nos figuró siempre un Sócrates catalán a quien faltara su Platón", la huella filosófica fue ya identificada por uno de los maestros de Menéndez Pelayo, Jacinto Díaz: "Él ha creado ya casi una escuela filosófica, pues varios jóvenes, arrebatados con la claridad y profundidad de su enseñanza, la han seguido paso a paso durante varios cursos y están animados del deseo de propagarla"

---

[221] En CARRERAS Y ARTAU, Joaquín, 1956, p. 57.

[222] CARRERAS Y ARTAU, Joaquín, 1956, p. 52.

[223] EG, XII, 414, Madrid, 27 septiembre 1893, nota autobiográfica enviada a petición de Clarín para que éste la publique en *La Publicidad*, donde aparecerá el 19 de febrero de 1894.

[224] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 136.

[225] El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, p. 135.

[226]. Entre sus alumnos estaba Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), estudiante de Filosofía en Barcelona. No deja de ser curioso que Llorens tuviera una actitud muy cautelosa ante el krausismo[227], y que apareciera en *La Regenta* de Clarín, íntimo, por cierto, de Menéndez Pelayo, otro de sus discípulos, Francesc d´Assís Masferrer y Arquimbau (1847-1901), profesor de Psicología y Ética de la Universidad de Oviedo[228].

En 1888 Franquesa y Gomis consideraba a Llorens "el insigne metafísico, el cabecilla de la escuela filosófica que podría llamarse catalana"[229]. De todo ello escribió Menéndez Pelayo cuando en septiembre de 1891 contestó al hispanista francés Pierre Henry Cazac y le abrevió las corrientes filosóficas de la época, entre ellas la escuela escocesa y sus principales nombres:

"La escuela escocesa y especialmente la de W. Hamilton; ha sido centro de esta escuela la Universidad de Barcelona, donde la enseñaron primero Dn. Ramón Marti de Eixalà , de quien hay un *Curso de filosofía elemental*, y luego Dn. Francisco Javier Llorens, que apenas dejó escrito nada, pero que fué un gran maestro y un profundo observador psicológico. Se enlazan con este grupo otros muchos pensadores espiritualistas, como Santponts, impugnador del utilitarismo, el estético Milá y Fontanals, los jurisconsultos Reynals y Durán y Bas, el médico Letamendi. Otro día daré a Vd. mas detalles sobre este grupo del cual yo mismo procedo. También en América tuvo la filosofía escocesa algunos prosélitos notables como Dn. Andrés Bello, rector de la Universidad de Chile"[230].

Poco más tarde, volvía a citar a Llorens en otra carta, esta vez a Cayetano Fernández Cabello, en respuesta a la crítica que este le había hecho a su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales, *De los orígenes del criticismo y del escepticismo*:

> "Yo no soy ni he sido nunca escolástico en cuanto al método: me eduqué en una escuela muy distinta; recibí, siendo niño todavía, la influencia de la filosofía escocesa, y por ella e indirectamente algo de Kantismo, no en cuanto a

---

[226] En ANGLÈS CERVELLÓ, M., 1998, p. 35.

[227] BARALLAT Y FQALGUERA, Celestino, 1880, pp. 10-11.

[228] En ANGLÈS CERVELLÓ, M., 1998, pp. 35-36, n. 59: "Doña Anuncia no cocinaba, pero iba a la compra con la criada y traía lo mejor de lo más barato. Ayudábala a comprar bien un antiguo catedrático de psicología, lógica y ética, gran partidario de la escuela escocesa y de los embutidos caseros. No se fiaba mucho ni del testimonio de sus sentidos ni de las longanizas de la plaza. Era muy amigo de doña Anuncia y la ayudaba a regatear".

[229] FRANQUESA Y GOMIS, José, 1888, p. 186: "L´insigne metafísich, lo capitost de la escola filosófica que podría anomenarse catalana".

[230] EG XI, 317, Santander, 24 septiembre 1891.

> las soluciones, pero sí en cuanto al procedimiento analítico. A mi maestro Llorens (sobre quien habrá V. visto una nota al fin de mi discurso) le debí no una doctrina, sino una dirección *crítica*, dentro de la cual he vivido siempre, sin menoscabo de la fe religiosa, puesto que se trata de cuestiones lícitas y opinables"[231].

Pero, ¿cómo puede delimitarse la influencia de Llorens en Menéndez Pelayo[232]? Antonio Rubió, compañero y amigo de Menéndez Pelayo, indica que éste recibió de Llorens en el curso 1871/1872, "en muy contados días, un misterioso, inexplicable y profundo influjo"[233]. Ese misterio estaba más allá de la mera doctrina y, por supuesto, de la volubilidad de las opiniones; se trataba, ante todo y seguramente, de una actitud ante el conocimiento, como resumió Celestino Barallat:

> "Quería que sus discípulos en los puntos fundamentales del saber humano dejaran a un lado toda opinión voluble, y adquiriesen convicciones serias: por esto les llamaba a que penetraran por sí mismos en el campo científico, no ciertamente para darles orgullo ni jactancia, sino para basar los actos de su vida entera sobre cimientos sólidos"[234].

Alcanzar estos cimientos era cuestión del *seny*[235]. Para Celestino Barallat, y sus palabras aquí resultan reveladoras, Llorens "no compuso libros, porque estaba ocupado en desarrollar inteligencias y en formar caracteres"[236]. En otro texto, sobre el menorquín José María Quadrado, profesor equiparable a Llorens en muchos sentidos, Menéndez Pelayo consideraba a Llorens "nuestro primer psicólogo de este siglo y uno de los más eminentes educadores que hemos tenido"[237]. José María de Cossío definió al profesor catalán como "un resuelto partidario de la escuela escocesa, ecléctica o de término medio, que pudiera llamarse y creo que se ha llamado alguna vez, filosofía del buen sentido o del sentido común, adjetivo que nada tiene de peyorativo. Eran socráticos los métodos de su cátedra; en diálogo con los alumnos valorizaba los datos de la conciencia y el análisis subjetivo". El apunte sobre el "socratismo" de Llorens se puede entender

---

[231] EG XI, 517, Madrid, 23 febrero 1892.

[232] Sobre ello, ANGLÈS CERVELLÓ, M., 1998, pp. 42-44.

[233] RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, 1912b, p. 27; sobre la influencia de Llorens, pp. 30-41. También RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, 1912a, p. 3.

[234] BARALLAT Y FALGUERA, Celestino, 1880, p. 4.

[235] CASTELLET, José María, 1988, p. 15.

[236] BARALLAT Y FALGUERA, Celestino, 1880, p. 3.

[237] "Quadrado y sus obras", *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 219.

también desde el hecho de que Llorens apenas dejó nada publicado. Nada…salvo una *Oración inaugural* del curso 1854-1855 de la Universidad de Barcelona que sin duda Menéndez Pelayo leyó y estudió[238]. Para Carreras y Artau esta obrita cimenta el renacimiento cultural catalán y "extiende el método positivo a la exploración de la conciencia colectiva, enlazando el psicologismo a la manera escocesa con la doctrina herderiana del *Volksgeist*, divulgada por los literatos del Romanticismo"[239]. El texto de Llorens, naturalmente, está en la biblioteca personal de Menéndez Pelayo y las reflexiones de Llorens sobre la "historia interna de los pueblos" iluminó su pensamiento y, de hecho, su noción de la "bibliografía" como "historia del movimiento intelectual de los pueblos"[240], según el principio de elaboración espiritual colectiva[241]. A la vez, la definición herderiana del espíritu nacional proporcionada por Llorens, "recogida más tarde por Menéndez y Pelayo, sería la base del nacionalismo conservador español", según Antoni Jutglar[242]. Atiéndase, por ejemplo, al siguiente fragmento de esta pequeña pero fundamental obra:

> "Si atraídos por la variedad que en su fisonomía cada uno de estos pueblos presenta, ahondamos en su vida íntima , examinando el genio de su lengua, familiarizándonos con sus costumbres, inquiriendo sus opiniones, descifrando el sentido de su religión e investigando la naturaleza de sus instituciones políticas y civiles; si estudiamos sus monumentos literarios, y ponemos los ojos en sus creaciones artísticas, ¿cómo negarnos a reconocer un fondo de ideas elaboradas paulatinamente por la nación entera, hijas de un espíritu común que estampa su sello en todas sus producciones? ¿Cómo no admitir la existencia de un espíritu nacional, debido a las condiciones históricas de cada pueblo, que viviendo al través de los tiempos y recogiendo la flor de la actividad de cada una de las generaciones, apartados los efímeros productos

---

[238] Sobre la bibliografía de Llorens hay que matizar que sólo publicó en vida esa *Oración inaugural*. Sin embargo, en FERRATER MORA, José, 2002, p. 1992, la bibliografía posterior de escritos reunidos de Llorens, como "De la unidad de la filosofía", *Anuari de la Societat Catalana de Filosofía* (1923) o *Lecciones de filosofía* (Universidad de Barcelona, 1920, 3 vols.), a partir de apuntes de José Balarí Jovany. Un ejemplar de la *Oración* está en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

[239] CARRERAS Y ARTAU, Joaquín, 1956, pp. 59-60.

[240] PUNZANO MARTÍNEZ, Victoriano, 1991, p. 164.

[241] VALLEJO DEL CAMPO, José Alberto, 1998, p. 72. Pero con prevenciones hacia conceptos como el de "raza", por ejemplo.

[242] JUTGLAR, Antoni, 1984, p. 238.

> de pasiones pasajeras, concentra las ideas, cobija los grandes sentimientos nacionales, y determina y mantiene los rasgos de su fisonomía moral?"[243].

Llorens había sido también mantenedor de los Jocs Florals de 1871, aunque no había podido asistir por la muerte de su madre[244]. Al poco tiempo falleció él. Un discípulo de Martí de Eixalà, el catedrático Manuel Durán y Bas, presidiría el acto del Ateneo Barcelonés en el que Menéndez Pelayo protagonizó su primera intervención pública, el 23 de abril de 1873[245]. Y el Ateneo habría de ser precisamente escenario de un homenaje póstumo a Llorens, el 24 de enero de 1880, con intervención de Celestino Barallat[246]. La relación con los estudiantes de Derecho no es en modo alguno desdeñable, puesto que entre ellos debía de encontrarse el tarraconense José Yxart y Moragas, crítico después en varios periódicos, que ganó los Juegos Florales de 1879 con el ensayo *Lo teatre català*. En su época como rector de la Universidad de Barcelona Manuel Durán alentó la creación de una cátedra de Historia de la Literatura Provenzal y Catalana, dirigida por Antonio Rubió.

Manuel Milá y Fontanals

Horts Hina ha resumido la influencia del catedrático Manuel Milá y Fontanals en Menéndez Pelayo:

> "Se convirtió en su *padre* espiritual, con el cual el santanderino debía sentir cierta afinidad electiva, sobre todo en lo científico: ambos eran de carácter científico, amantes de la bibliografía y del tranquilo trabajo en bibliotecas; ambos apreciaban una sólida erudición. Ambos se sentían atraídos por el acontecer literario contemporáneo, sobre todo como críticos, pero también como hombres que no rehusaban ellos mismos de vez en cuando escribir versos. Los paralelismos se podrían prolongar hasta el campo político: ambos eran conservadores, Menéndez Pelayo ciertamente mucho más que Milà y Fontanals, sobre todo en su juventud, pero también en él se puede apreciar cierta moderación en la segunda mitad de su vida"[247].

---

[243] LLORENS Y BARBA, J., 1854, pp. 5-6. Sobre este discurso, también IRIARTE, J., 1947, pp. 67-69.

[244] ANGLÈS CERVELLÓ, M., 1998, p. 26.

[245] CARRERAS Y ARTAU, Joaquín, 1956, p. 61; CASTILLO YURRITA, Alberto del, 1956, p. 44..

[246] BARALLAT Y FALGUERA, Celestino, *Recuerdo biográfico de don Francisco Javier Llorens leído en la sesión solemne del Ateneo Barcelonés*, celebrada en la noche del 24 de enero de 1880, Barcelona, Imp. Barcelonesa, 1880.

[247] HINA, Horts, 1986, p. 214.

Cabrero Fernández, por su parte, atiende a los aspectos estéticos de esta influencia de Milá: el juicio favorable sobre las estéticas kantiana y hegeliana; el desarrollo de "lo sublime"; la analogía entre la actividad crítica y la artística; la importancia del pensamiento estético en las obras de arte; y la definición de belleza como "armonía viviente"[248]. Se trata, al fin, de pistas sólidas para la relación entre maestro y discípulo.

Aunque se había graduado en Jurisprudencia en 1841[249], la formación de Manuel Milá y Fontanals, hermano de pintor, Pau Milá, fue neoclásica, si bien los valores románticos le hicieron reaccionar a mediados de los años treinta, y le derivaron hacia otros intereses[250]. Entre sus influencias directas cabe mencionar sin duda a Ramón Martí d´Eixalà y Xavier Llorens y Barba. En 1845 era ya profesor en la Universidad de Barcelona y, dos años más tarde, su primer catedrático de Literatura General y Española[251]. Milá, que había sido aprobado como catedrático por José Amador de los Ríos en Madrid[252], era un especialista en la literatura provenzal y estaba en contacto, por ejemplo, con Fernando Wolf, autor de *Primavera y flor de romances*, que años más tarde anotaría Menéndez Pelayo. En una carta a Josep Lluis Pons indicaba: "Mis ideas [estéticas] las he formado principalmente por [Nicholas Patrick] Wiseman [(1802-1865)] y el primer tomo de las lecciones de Max Muller [(1823-1900)]. En cuanto a la Poética, creo que basta y sobra la de Hegel (que no creo bueno poner en manos de los discípulos)"[253].

Para Melchor Fernández Almagro, Milá "en 1854 se resistió a creer en el porvenir literario del catalán" pero cinco años más tarde "hace prevalecer su criterio de que sea la maltrecha *habla lemosina* lengua exclusiva de los resucitados Juegos Florales"[254]. En

---

[248] CABRERO FERNÁNDEZ, Fernando, 1988, pp. 24-27.

[249] JORBA, Manuel, 1989, p. 495.

[250] Sobre la formación de Milá y su interés por la literatura provenzal, JORBA, Manuel, 1989, pp. 495 y ss. FRADERA, Josep Maria, 2003, p. 84, sobre un artículo decisivo en la variación de intereses de Milá, "Moral literaria. Escuela escéptica", *Álbum Pintoresco Universal*, 1841 (redactado en 1839 según Menéndez Pelayo).

[251] Vid., entre oitras referencias, GRAU y FERNÁNDEZ, Ramón, "Milà y Fontanals, Manuel", en *Diccionari d´història de Catalunya*, 1993, p. 687.

[252] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, I, p. 19, carta 7, a Pau Milà, Madrid, 22 diciembre 1846: "Ayer vi a Amador de los Ríos, sujeto muy importante como censor empleado en Instrucción Pública y secretario de nuestro Tribunal, el cual me dijo que tenían en el Ministerio muchos y muy buenos informes de mí, y que no pude dudar se habían ocupado de mí". En el tribunal estaba Hartzenbusch, cuya vacante en la RAE ocupará precisamente Menéndez Pelayo. Son varias las cartas conservadas entre Milà y Amador de los Ríos. Menéndez Pelayo sucederá a Amador en la cátedra de Literatura de la Universidad Central de Madrid, siendo Milà precisamente vocal del tribunal.

[253] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, I, pp. 105-106, carta 71, Barcelona, 11 diciembre 1868.

[254] FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, 1932, p. 15.

1867 se le inquirió sobre que escribiera una gramática catalana[255], si bien su principal quehacer fueron los estudios literarios. En este sentido, la posición de Milá y Fontanals es clave en la historia de la estética española (que contaba ya con nombres como Antonio Gil de Zárate o Federico Gómez Arias) como lo sería posteriormente el propio Menéndez Pelayo. Para Pedro Aullón de Haro,

> "Milá, asumida sólidamente una postura cristiana y formado en el psicologismo escocés y el romanticismo shlegeliano, que tamizarán la exposición de su doctrina, con ordenado rigor construye un edificio estético eligiendo los elementos que considera pertinentes dentro de los lugares decisivos del pensamiento estético universal, esencialmente el platonismo, el tomismo, Kant y Hegel"[256].

Su libro *De la poesía heroico-popular castellana* (1874), en parte continuador de la *Historia crítica de la literatura española* de Amador de los Ríos[257], aunque, según Dámaso Alonso, "tenía un dificilísimo sistema de citas y abreviaturas", era un libro europeo, en el que "se utiliza toda la bibliografía internacional sobre el tema y los temas relacionados, está basado en precisiones y pormenores de rigurosa exactitud, aplica una escrupulosa técnica moderna"[258]. Como afirmó en una conferencia de 1934 el periodista Aurelio Joaniquet, miembro de Renovación Española, "Milá, a pesar de haber sido el propulsor del renacimiento literario e histórico de Cataluña, no desdeñó el aportar su talento colosal para el estudio de la poesía heroico-popular de Castilla"[259]. Por lo demás, ha demostrado su validez la tesis sobre el origen de la epopeya en la poesía heroica militar, así como la independencia de la épica española con respecto a la francesa[260]. Cuan-

---

[255] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, I, p. 94, carta 60, anónima, Barcelona, 26 agosto 1867: "Varios aymadors de la llengua catalana li dimanan que, si no és molestarlo, publiqui ab´l temps una gramàtica de dija llengua, per aprènderla com cal. Com ningú ho pot fero de la manera que vostè ho faria, li tornan a demanar eixos segurs servidors, q.b.s.m.".

[256] AULLÓN DE HARO, Pedro, 2002, p. XXXI.

[257] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, I, pp. 261-262, carta 193, de José Amador de los Ríos, Madrid, 9 noviembre 1874: "Veo que, en efecto, difiere V. de algunas de las opiniones expuestas por mí en determinados puntos. Y me alegro: así es como se trabaja la historia. Yo nunca he dudado de la cortesía literaria de V., ni creo haberle dado motivo para otra cosa. Las veces que en la *Historia crítica* cito sus opiniones, trato, no con cortesía, sino hasta con veneración, su persona; y esto no sólo por justicia, sino por egoísmo. Lo cortés no ha estorbado nunca a lo valiente".

[258] ALONSO, Dámaso, 1969, p. 10.

[259] *La Vanguardia*, 18 diciembre 1934, p. 11.

[260] ALVAR, Manuel, 1956, pp. 55 y ss.

do Milá publicó esta obra, Menéndez Pelayo ya se encontraba en Madrid; le dio Rubió noticia de la publicación:

> "Ya que estamos hablando de libros, justo es que te de noticia de una curiosa obra, que acaba de publicar nuestro catedrático, D. Manuel Milá y Fontanals. Titúlase esta, *De la poesía heroico-popular castellana*, estudio precedido de una oración acerca de la literatura española. Después de un discurso preliminar, sobre nuestra literatura, pasa a hablar de la poesía heroico popular presenta una literatura completa de este género, y a este fin analiza someramente la mayor parte sino todas las obras españolas, francesas, inglesas y alemanas que tratan esencial o accidentalmente sobre tan peliaguda materia. Trata luego del rey Rodrigo, y de todas las tradiciones orientales y españolas que acerca este rey existen; *incontinenti* pasa a hacer una enumeración igual de las pertenencientes a Bernaldo del Carpio, Fernan Gonzalez, sucesores de este e infantes de Lara. Habla luego del Cid, en el que se entretiene bastante, por ser santo de su devoción. El N.º VIII (al que otro que no fuera Milá, llamaría capítulo) trata de varios romances históricos, el IX del Ciclo Carolingio, el X del Breton y el XI de algunos romances novelescos y caballerescos. Da fin a la obra una Conclusión, que trata de los Cantares de gesta etc. y de otras cuestiones relativas a esta materia, favorita del Sr. Milá. Tras de esta conclusión, viene su correspondiente lluvia de ilustraciones y adiciones y un *Nuevo ensayo* de la clasificación de los romances que cierra la obra. Dispensa este pesado análisis"[261].

Inmediatamente Menéndez Pelayo le respondió preguntándole por el precio de la obra: 48 reales, incluyendo papel sellado, certificación y franqueo[262]. Sobre lo que opinaba de este libro Menéndez Pelayo baste recordar las palabras elogiosas que le dedicó en su contestación al ingreso de Menéndez Pidal en la RAE:

> "La unidad de nuestra poesía heroica, el verdadero sentido en que ha de tomarse el ambiguo nombre de popular que lleva, la genealogía de los romances y su derivación mediata o inmediata de los cantares de gesta, las relaciones entre la poesía y la historia, el valor de las crónicas como depósito de la tradición épica y medio de reconstituir los poemas perdidos, el influjo de la epopeya francesa en la castellana, la teoría métrica del primitivo verso narrativo y de sus evoluciones, fueron puntos magistralmente dilucidados por

[261] EG I, 119, Antonio Rubió, Barcelona, 3 agosto 1874.

[262] EG I, 123, Antonio Rubió, Barcelona, 5 septiembre 1874.

> Milá; y si es verdad que en casi todos había tenido precursores, como él leal y modestamente reconoce, también lo es que por él quedaron definitivamente conquistados para la ciencia, y que él fue quien los redujo a cuerpo de doctrina, corroborándolos con el estudio paciente y minucioso de cada ciclo, en que su sagacidad logró verdaderos triunfos, especialmente en la leyenda de Bernardo y en la del Cid. Quien tenga que discurrir en adelante sobre estas materias habrá de tomar por guía el libro de Milá, so pena de confundirse y extraviarse. Leído a tiempo y bien entendido puede encaminar la educación literaria de muchos, como encaminó la del señor Menéndez Pidal, y pudiera decirse que la mía, si no pareciera demasiada ambición de mi parte, pues aunque recibí directamente la enseñanza de Milá, y le debí muy particular estimación y cariño, apenas me atrevo a decir de él lo que Estacio de Virgilio: *«Longe sequor et vestigia semper adoro*"[263].

En lo que respecta al contacto directo con Menéndez Pelayo en la Universidad, Manuel Milá y Fontanals fue su profesor de Literatura General y Estética en el curso 1871-1872[264]. Acaso cuando Milá le dijo a Menéndez Pelayo "a su trabajo no le pongo nota porque es usted ya digno de ocupar mi lugar"[265], ya pensaba lo que años más tarde escribió al conde de Puymagre: que Menéndez era un "joven de una precocidad maravillosa y que hace honor a nuestra patria por su incomparable erudición, a la que une una gran solidez de ideas, tino crítico y excelente estilo"[266]. Unas palabras de Carmelo de Echegaray en el homenaje que organizó el Ateneo de Santander en mayo de 1916, destacaba la relación de Menéndez Pelayo con Milá, en uno de tantos textos que podemos citar sobre el tema:

> "Dice que don Marcelino guardó siempre un cariño muy hondo para la Universidad de Barcelona, en cuyo claustro se fue formando su inteligensia *(sic)* con las sabias enseñanzas de Milá y Fontanals.
>
> Tiempo después, cuando Menéndez Pelayo escribió el primer tomo de *Las ideas estéticas*, creyó llegado el momento de demostrar a Milá su reconoci-

---

[263] ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, I, p. 150.

[264] Sobre su relación, JORBA, Manuel, 1984, pp.- 233-242; SABATÉ MILL, A., 1987. Una valiosa serie de artículos sobre la juventud universitaria de Menéndez Pelayo, escritos por uno de sus amigos y compañeros, y la visión que se tenía de Milá, FRANQUESA Y GOMIS, José, 1888.

[265] La anécdota se ha publicado en diferentes lugares, entre otros en el Boletín de la Unión Musical de Barcelona, 15 mayo 1904, p. 2.

[266] Epistolari d´En Milà y Fontanals…, 1922, II, p. 136, carta 302, Barcelona, octubre 1877.

> miento y respeto, dedicándole la obra, ofrenda que le anunció en una bellísima carta, henchida de sencilla modestia, que lee el conferenciante.
>
> En esta carta, Menéndez y Pelayo pide perdón a su maestro por el atrevimiento de dedicarle una obra sin contar previamente con su consentimiento; pero que no se había atrevido a decírselo, por el temor de que la rechazara y además porque quería darle una sorpresa. Toda la carta respira una gran veneración por Milá y una gratitud fervorosa"[267].

Para Menéndez, de Milá "cada palabra era una semilla y cada pensamiento una revelación"[268]. Dámaso Alonso reconoce que Menéndez Pelayo "aprendió mucho de su maestro; pero no aprendió de él esa técnica cerradamente científica minuciosa y voluntariamente rigurosa. Menéndez Pelayo, gran erudito, manejó un gigantesco arsenal de datos, pero su labor no fue exactamente inductiva, no consistió en relacionar esos datos por medio de una trabazón o vinculación estrictamente científica. No: la labor genial de Menéndez Pelayo consistió en, sobre el gran acervo de datos, aplicar su poderosísima capacidad de intuición. La intuición ni se aprende ni se hereda; se tiene o no se tiene"[269].

Como ha recordado el profesor Manuel Jorba, ya en 1844 Milá consideraba que "la poesía popular de los portugueses y catalanes forma dos ramificaciones particulares de la española"[270]. Algo que no se ha estudiado lo suficiente es que quizá Milá le transmitiera seguramente el interés por la literatura gallega, que sin duda seguía figurando entre los intereses del catedrático cuando ambos se conocieron[271]; cuando Menéndez hizo su viaje fuera de España, tuvo muy clara la importancia de sus estudios sobre bibliotecas y

---

[267] *El Cantábrico*, 20 mayo 1916. El periódico publicó la conferencia completa los días 21 a 24 de mayo. Hay una edición aparte de ese mismo año: *Elogio de Menéndez Pelayo. Discurso leído en el Ateneo de Santander el día 19 de mayo de 1916*, Santander, 1916.

[268] Del prólogo a *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, de Rubió y Lluch, citado en SÁNCHEZ REYES, Enrique, 1956, p. 69.

[269] ALONSO, Dámaso, 1969, p. 11. Nótese que Leopoldo Augusto de Cueto escribe a Milá, sobre Menéndez (*Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 144-145, carta 309, Madrid, 31 diciembre 1877) que tiene "una cualidad que jamás en nadie se improvisa: la madurez de juicio, el certero discernimiento, que sólo se adquiere con los años, con la observación y con el estudio". Aquí coincide Dámaso Alonso con BONILLA, Adolfo, 1912, pp. 12 y ss., que destaca la "facultad de visión interna" de Menéndez Pelayo.

[270] JORBA, Manuel, 1989, p. 502.

[271] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, I, pp. 160-161, carta 110, de Juan Antonio Saco Arce, profesor del Instituto Provincial de Orense, 22 abril 1872, a requerimiento de Milá sobre la literatura popular gallega: Manuel Murguía, autor de *Historia de Galicia*, y Rosalía de Castro, *Cantares gallegos*, "son de bastante mérito y reflejan muy fielmente el espíritu de nuestra Poesía popular".

autores portugueses, y así se lo participó a Milá[272], que le escribió: "Mucho hay que esperar de sus viajes literarios, y es de suponer que los señores portugueses quedarán tan prendados del joven bibliógrafo como los catalanes y madrileños"[273].

Para Jorba, Menéndez fue discípulo de Milá "básicamente en el campo de la historia de las ideas estéticas y en el de la historia de la literatura"[274]. El mismo Menéndez Pelayo escribió en 1901 que Milá "orientó nuestra crítica en las tinieblas de la Edad media, y nos enseñó a todos el recto camino y la severa disciplina del método"[275]. Para Ramón D. Perés, "el estético Milán ha renacido en el estético Marcelino Menéndez Pelayo, otro eruditíssimo desdeñador de los momentos modernos, pero que, sin embargo, los estudia y conoce a fondo"[276]. De la huella de Milá en la profundización estética de Menéndez Pelayo deriva también el hecho, identificado por su contemporáneo Rubió, de que en los años barceloneses concibiera el plan para la *Historia de las ideas estéticas en España*[277], cuyo primer tomo le dedicó[278], y de que en Barcelona mismo, en 1872, escribiera "Cervantes considerado como poeta", que leería en el Ateneo el 23 de abril de 1873[279].

Cuando abandonó la Universidad de Barcelona Menéndez Pelayo no perdió el contacto con Milá, aunque se redujera a la vía epistolar. Menéndez Pelayo siempre valoró lo aprendido con él, máxime cuando lo comparaba con sus profesores de Madrid:

> "¡Qué diferencia (dicho sea entre paréntesis) entre la *Estética* de V., de que fui indigno discípulo, y la que (por mis pecados) me tocó después oír en otras aulas! Así en el fondo como en la forma, se diferencian la una de la otra como la luz de las tinieblas"[280].

---

[272] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, p. 98-99, carta 270, Santander, 23 septiembre 1876.

[273] *Ibíd.*, pp. 99-100, carta 271, Barcelona, 3 octubre 1876.

[274] JORBA, Manuel, 1989, p. 511.

[275] En el "Prólogo" a FITZMAURICE-KELLY, James, 1901, p. XXIX.

[276] PERÉS, Ramón D., L´Avens, III (1884), pp. 354-356, en JORBA, Manuel, 1984, p. 351: "*L´estètich Milà ha renascut en l´estètich Marcelí Menéndez Pelayo, altre eruditíssim desdenyador dels moiments moderns, però que, no obstant, los estudia y coneix a fons*".

[277] RUBIÓ Y LLUCH, A., 1912b, p. 24, "la obra europea de Menéndez y Pelayo, aquella por la que España hace más lucida figura en la historia de la moderna civilización"; en todo caso, el plan es anterior a 1876.

[278] JORBA, Manuel, 1984, pp. 237-238.

[279] *Ibíd.*, p. 235.

[280] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 98-99, carta 270, Santander, 23 septiembre 1876.

Menéndez Pelayo le envió su tesis doctoral y su estudio sobre Trueba y Cossío, que Milá reseñó en *Polybiblion*. Además le pidió noticias de traductores catalanes para sus trabajos[281]. Hacia 1875 se encontraba trabajando en un proyecto concreto para el que necesitaba, de hecho, esta información:

> ”Estoy adelantando considerablemente la *Biblioteca de traductores.* Si pudiera terminar la parte *castellana* en este invierno, la emprendería en seguida con la *portuguesa* y *catalana* (aunque de la segunda tengo ya muchos datos), pero para esto necesito estar en Madrid y consultar a Barbosa e Inocencio de Silva. La parte más difícil del trabajo está ya vencida por fortuna”[282].

Milá formó parte del tribunal de sus oposiciones a la cátedra de Literatura de la Universidad Central de Madrid, en 1878, convocadas a la muerte de José Amador de los Ríos. Y no es un dato baladí que le aconsejase que se presentara “un poco menos clásico y […] un poco menos español”:

> “Creía yo que tenía V. la cátedra como *pan comido;* pero lo que me dice V., y luego algún periódico de Madrid en que se habla de *renuncias* no sé si *supuestas* o *reales*, pero a lo menos *deseadas* me hacen ver la cosa de otra manera, y deseo formar parte del tribunal, no para que haya *favor*, sino *justicia*.
>
> Como todavía no soy juez, puedo todavía darle algún consejo. Supongo que estará V. estudiando, no los puntos favoritos, sino los en que es V. menos fuerte, pues no es posible que lo sea igualmente en todos. Además creo que convendría que se presentase V. un poco menos clásico y *tal vez* (no lo tome V. a herejía) un poco menos español. Digo *tal vez* pues no todos pensarán como yo”[283].

Precisamente ese año 1878 escribió Milá una carta sobre el catalanismo, que saldría publicada años más tarde en *La Veu del Montserrat*. Sobre ello escribiría Menéndez Pelayo en su *Semblanza* de 1908, pero no está de más citar un par de párrafos represen-

---

[281] Vid. *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 57-58, carta 236; pp. 75-76, carta 251; pp. 98-99, carta 270.

[282] EG I, 264, Santander, 12 noviembre 1875.

[283] EG, III, 116, Vilafranca del Penedés, 19 julio 1978: “*La poesie dels poetes se inspira de la poesía del poble. No n´hi ha prou de fabricar hermoses tasses d´argent ó de cristall, si no´s poden omplir d´aquelles aygues que´s depuren y s´enforteixen gotejant per les escletjes de les roques*”.

tativos de la opinión de Milá sobre un catalanismo del que había sido en buena parte protagonista. Para Milá, este fenómeno literario y cultural estaba inspirado en el pueblo:

> "La poesía de los poetas se inspira en la poesía del pueblo. No basta fabricar hermosas tazas de plata o de cristal, si no se pueden llenar de aquellas aguas que se depuran y se fortalecen goteando por las grietas de las rocas"[284].

Junto a ello, era preciso recuperar las tradiciones no sólo en los libros, sino de una manera auténtica y viva:

> "Mucho se ha hecho y aún muy bueno. Un afecto que no se atrevía a salir de los labios, se ha proclamado con altas voces y ha conseguido que lo envolviesen y casi lo respetasen los que antes lo menospreciaban. La lengua que se cultivaba poco y muy a menudo para materias indignas, tiene ahora obras de gran valor. Se han estudiado y cada vez se estudian más cada día la historia, las letras y las artes catalanas y hasta los monumentos de grandeza o de hermosura hechos por las manos de la naturaleza que abundan en nuestra patria. La poesía y la pintura han retratado nuestras costumbres tradicionales, muchas veces (no siempre) con veneración y verdadero afecto. Y además (lo que en verdad nos complace) los mármoles o las baldosas de las esquinas están llenas de nombres de grandes hombres, hijos de Cataluña, como si fueran el índice de un tratado de historia.
>
> Entonces ¿qué más quiero?, dirán amigos y adversarios. Querría algo de menos ruido y lentejuela; querría ver más afán por la duración y guarda de las costumbres catalanas; que hubiera catalanismo en la realidad y no sólo en los libros"[285].

---

[284] "Catalanisme", *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any VII, nº 30, dissapte, 26 de juliol de 1884, p. 235. Carta firmada en Barcelona el 6 de junio de 1878.

[285] "Catalanisme", La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya, any VII, nº 30, dissapte, 26 de juliol de 1884, p. 233. Carta firmada en Barcelona el 6 de junio de 1878: "Molt s´ha fet y aduch molt de bo. Un afecte que no gosava eixir dels llavis, s´ha proclamat ab altes veus y ha conseguit que l´envoltessen y quasi´l respectessen los qui abans lo menyspreavan. La llengua que se conreava poch y molt sovint per indignes materies, te ara obres de gran preu. Se han estudiat y ab mes dalé s´estudian cada dia, la historia, les lletres y les arts catalanes y fins los monuments de grandor o de boniquesa fets per les mans de la natura que´s trovan abundó en nostra patria. La poesía y la pintura han retratat nostres costums tradicionals, moltes voltes (no sempre) ab veneració y ver afecte. Y ademés (cosa qu´en veritat no´ns ompla massa) los marbres ó les rajoles de les cantonades están plenes de noms de grans homes, fills de Catalunya, com si fossen l´index d´un tractat d´historia. Donchs ¿qué voleu mes? dirán amichs y adversaris. Voldriam una cosa de menos soroll y lluentó; voldriam veure mes afany per la duració y guarda de les costums catalanes; que hi hagués catalanisme en la realitat y no sols en los llibres".

El contacto de Menéndez Pelayo con Llorens y Milá sirvió sobre todo para alentar otros intereses[286]; la influencia fue más allá y sirvió para otros estímulos e identificaciones. Cuenta Rubió y Lluch que Menéndez Pelayo "cada día aspiraba más a la sobriedad y a la perfección y en los últimos años de su vida luchaba tenazmente contra sus propensiones nativas de ingénita espontaneidad, para sujetarse dócil al imperio de la disciplina científica. *Ojalá pudiera convertirme en Milá en sustancia propia*, solía decirme en el seno de la intimidad, cuando nadie ni nada le obligaba a aquella confesión tan sincera como modesta"[287].

Como en el caso de Llorens, en Milá también se apreciaba una cierta diversidad entre seguidores y discípulos. Josep Plá identificaba entre ellos una doble influencia, bien distinta, en Menéndez Pelayo y en Giner de los Ríos:

> "Milá es célebre, no solamente por su aportación al renacimiento catalán, sino porque pasaron por su cátedra de Barcelona las dos mayores figuras de la historia y de la intelectualidad española contemporánea: don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Francisco Giner de los Ríos, representante el primero de la mentalidad conservadora y católica, y el segundo, de la mentalidad liberal. Ambos tuvieron a su maestro en gran estima, como lo demuestran sus escritos y la vivacidad de un recuerdo gratísimo, inolvidable. El hecho de que en la cátedra de Milá pudieran incubarse estas dos grandes figuras, que siguieron caminos tan dispares, demuestra la calidad del profesor intelectual. Milá les enseñó, ante todo, el mantenimiento de una fidelidad a la cultura occidental, fidelidad que con el paso de los años rompieron los discípulos de ambos personajes entrando unos, con la Institución Libre, en el magma del germanismo más confuso (lo que aumentó sobremanera el espontáneo confusionismo peninsular), y entrando otros por derroteros de fanatismo y de intolerancia de la más absoluta esterilidad. Esto ha creado lo que podríamos llamar el drama del candoroso y nobilísimo Milá –drama de

[286] BONILLA, Adolfo, 1912, p. 18: "Si, en lo literario, experimentó la influencia de Milá y Fontanals, y en lo filosófico, la de Llorens, estos gloriosos maestros no sirvieron sino para alentar las tendencias de su espíritu, que, por lo demás, no se afilió nunca a las escuelas que ellos representaban, ni a ninguna otra". Sobre la conexión entre Milá y Bonilla, JORBA, Manuel, 1984, pp. 244-245.

[287] RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, *Discurso en elogio del Dr. Don Marcelino Menéndez Pelayo*, Barcelona, 1913, pp. 21-22, en JORBA, Manuel, 1984, p. 235.

la picaresca intelectual si lo hay—: el del tronco intelectual, el del profesor desvirtuado por ambos lados"[288].

Antonio Rubió y Lluch

En cierta ocasión Antonio Rubió y Lluch, hijo del profesor y poeta Joaquín Rubió y Ors, reconoció a Juan Rosselló: "He tenido cuatro educadores: mi padre, que era un santo; Milá; Menéndez y Pelayo y Miquel [Costa]"[289]. Cuando impartía sus clases universitarias Rubió "dedicaba sus primeras lecciones a las figuras de su maestro don Manuel Milá y Fontanals y de su condiscípulo Menéndez y Pelayo"[290]. Y sobre este, Rubió reconoció a otro amigo, Estelrich: "Soy rata de erudición; es lo único que me ha podido pegar Menéndez Pelayo"[291].

Los testimonios que Rubió dejó sobre Menéndez Pelayo son numerosos y siempre generosos en la emoción de la amistad. Rubió publicó varios artículos sobre él, en todos los cuales mostraba su admiración por su amigo[292]. Se conocieron ambos en las fiestas de la Merced del primer año que el santanderino estuvo en a Barcelona, esto es, en septiembre de 1871[293]. En su comentario al libro de versos de Gómez Restrepo, en 1892, Rubió recordaba que Menéndez Pelayo, Miquel Costa y Estelrich

---

[288] PLÁ, José, 1961, pp. 451 y 453. El profesor Antonio Sánchez Moguel, en su intervención en las Cortes a la muerte de su amigo Menéndez Pelayo, cita a Costa, en REDONET, Luis, 1956, pp. 14-15: "Menéndez y Pelayo y Costa, en el campo opuesto, fallecido también hace poco tiempo, sobre los libros, son las grandes lumbreras, los mayores apóstoles en la ciencia y en el patriotismo de la regeneración de España, que ha presentado el país; el uno, encariñado con lo antiguo; el otro, con lo moderno; el uno, enamorado de las Tradiciones; el otro, de la europeización de España, y los dos de buena fe, los dos con un celo y entusiasmo verdaderamente admirables".

[289] TORRES COST, B., 1971, p. 571.

[290] FONT Y PUIG, Pedro, 1956, p. 11.

[291] *Epistolari*…, 1985, nº 37, p. 305, carta de Antonio Rubió a J.L. Estelrich, Barcelona, 2-XII-1889.

[292] *En Menéndez Pelayo y la cultura catalana*, Anuari de l´Institut de Estudis Catalans, Barcelona, 1912; "Algunas indicaciones sobre los educadores intelectuales y las ideas filosóficas de Menéndez y Pelayo", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año XVI, nº 7-8 (julio-agosto 1912), pp. 22-59.

[293] Así lo afirmó en en su discurso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el 7 de enero de 1913.

> "en los años de 1871 a 1875 constituyeron mi cenáculo literario y el medio ambiente en que se formó mi vocación definitiva, ya preparada por mi querido padre"[294].

También Manuel Rubió Borrás escribió un 1913 un recuerdo de aquellas amistades universitarias:

> "Desde los comienzos del curso fue el predilecto, siendo siempre escuchado con verdadero respeto; sus íntimos eran Rubió y Lluch, Franquesa y Gomis, Bertrán y Bros, Gres, Federico Schwartz y Herminio Fornés; a la salida de las aulas era rodeado de sus condiscípulos que le acompañaban hasta su domicilio, dando también frecuentes paseos por la carretera de Sarriá o la muralla del mar, sitio este último predilecto de Menéndez y Pelayo"[295].

Prácticamente todos los días se veían, incluso los domingos, porque Menéndez Pelayo solía comer en casa de los Rubió[296]. El recuerdo de Menéndez Pelayo permaneció siempre en Antonio; de sus labios pudieron recogerse las palabras "¡pobre Marcelino, qué bueno era y cuánto quería a Barcelona!"[297].

Durante su estancia posterior en Madrid, Menéndez Pelayo añoraba las amistades nacidas en Barcelona: "Me encuentro muy bien en Madrid, que me gusta mucho. Solo echo de menos las tardes deliciosas que pasaba en tu casa, los domingos. Continuamente me estoy acordando de ti y de todos los amigos"[298]. Y algo más adelante:

> "Estáte persuadido de que a pesar del tiempo y la distancia, jamás se entibiará ni menoscabará en lo más mínimo la cordial amistad que nos ha unido estos dos años. Sabes que te quiero como hermano. Lo único que echo de menos en esta población, donde por lo demás me encuentro muy bien, son

---

[294] *Epistolari*…, 1985, p. 121. Continuaba: "Hoy Menéndez, Costa y Estelrich consideran también al joven colombiano, como uno de los suyos, y el lazo de las letras, y de la comunidad de los sentimientos, nos une a todos en el dulce gremio de esa amistad desinteresada y verdadera que sólo se brinda en la morada del Arte y de las Musas".

[295] RUBIÓ BORRÁS, Manuel, 1913, pp. 26-27.

[296] SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 340.

[297] Palabras de Rubió recogidas por RUBIÓ BORRÁS, Manuel, 1913, p. 26.

[298] EG, I, 72, Madrid, 7 noviembre 1873.

> los ratos que pasaba en tu casa. Eternamente viviré agradecido a ti, a tus padres y a tus hermanos; jamás podré pagaros lo mucho que os debo"[299].

Sobre la pereza epistolar de Menéndez Pelayo, este le aclaraba:

> "Ruégote que nunca dudes de mi amistad, pues tu sabes muy bien cuanto te quiero. Por más que alguna vez tardes en recibir mis cartas, piensa siempre que esto no reconoce otra causa que el mal estado de las comunicaciones o bien (en algunos casos) mi genial pereza y conocida flojedad y poca diligencia. En alguna ocasión depende también de lo muy ocupado que me encuentro en estos últimos meses a consecuencia de los estudios preparatorios para exámenes y grado. Tales son las causas de no escribirte con tanta frecuencia como debiera"[300].

Por otro lado, la relación entre ambos permitía a Menéndez Pelayo estar informado de las novedades bibliográficas en Cataluña:

> "Me pides que te diga algo sobre el movimiento literario de esta ciudad; en lo que pueda voy a enterarte de él. Forma parte aunque pequeña del mismo, la publicacion de una memoria sobre la Vida y escritos de Roca y Cornet, escrita por mi padre, que supongo habrás recibido á estas horas. Pero la publicación más importante y de la que sin duda debes tener noticia, es la de la *Historia crítica civil y eclesiástica de Cataluña* por D. Antonio de Bofarull, obra esperada desde hace muchos años y que al fin una casa editorial aquí muy conocida está dando a luz, en una edicion de gran tamaño y gran lujo con muy buenas láminas y superior papel. Van ya publicadas más de 14 entregas y gran parte del prólogo, y creo que el coste total de la susodicha historia subirá a unos 20 duros. Algo es. Según me dijo ayer el pobre D. Cayetano Vidal, cuenta esta publicacion con unos 1.800 suscritores en Barcelona solo. Como papá es uno de ellos, me proporciona esto el poder leer la obra, sobre la cual con lo poco que he leído, puedo darte mi pobre parecer que creo no disiente del de los demás suscritores. El Sr. Bofarull hará un gran servicio a la historia catalana, dilucidando con su profunda erudicion sobre esta materia, muchos puntos difíciles y oscuros; de manera que la obra aunque creo no estará exenta de parcialidad pues es su autor un catalanista furibundo, será preciosa y de gran valor como obra de consulta. Y digo bien de consulta: está tan pesimamente escrita y en un estilo tan pesado, que solo

[299] EG I, 79, 8 enero 1874.

> para consultarla puede abrirla el lector, y el que la lea de cabo a rabo ha de ser un héroe superior al héroe que devore el Héroe de Gracián. Bajo este punto de vista decíame el Sr. Vidal que la obra de Bofarull le va a desprestigiar completamente: y eso que como escritor catalan vale: dígalo si no la Orfaneta"[301].

Otro tema era la definición de "catalanismo" de uno y de otro. En diferentes cartas del epistolario entre ambos podemos advertir los "excesos del catalanismo" de que también escribe Menéndez a Estelrich[302]. A finales de 1881 Rubió, presidente de los Juegos Florales Católicos organizados por la Juventud Católica, quería que Menéndez Pelayo fuera jurado calificador en ellos, junto con José María Quadrado y Jaime Collell:

> "Los Jochs Florals de la Lonja, están dados al diablo, y en completa decadencia. Conviene que la bandera del catalanismo no caiga en tan malas manos"[303].

Poco más tarde, en 1882, escribía:

> "El catalanismo está decadente en literatura y *candente* en política. A pesar de mis aficiones *restauradoras y patrióticas*, permanezco bastante alejado de él"[304].

Naturalmente, el catalanismo al que se referían reivindicaba y utilizaba el catalán. Cuando Rubió le presentó a Jacinto Jaumar y Domenech, escribió a Menéndez:

> "De los pocos que en esta tierra clásica del catalanismo, y de emancipación literaria, cultiva la lengua y literatura castellana, con la asiduidad y perfección, de que son muestra patente sus profundos estudios y no interrumpidas lecturas, al par que sus inspiradas composiciones"[305].

Años más tarde le escribió:

---

[300] EG I, 101, Madrid, 30 mayo 1874.

[301] EG II, 5. [14] abril 1876.

[302] EG, VII, 529, Madrid, 28 mayo 1886.

[303] EG, V, 216, Barcelona, 27 noviembre 1881. Los Juegos se celebraron en abril de 1882 pero Menéndez Pelayo no pudo acudir.

[304] EG, V, 308, Barcelona, 19 junio 1882.

[305] EG, 107, Barcelona, 24 mayo 1883.

> "No temas por mi esclusivismo *(sic)*. Tengo una pasión que llega a ser viciosa por Cataluña y su lengua; soy mucho más catalanista que mi padre; y con todo deploro como el que más, la política y literatura y ciencia de campanario del grupo catalanista más *enragé*, que no respira más atmósfera intelectual que la de Barcelona"[306].

Juan Luis Estelrich

Juan Luis Estelrich (Artá, Mallorca, 1856 – Palma de Mallorca, 1923) fue compañero de Menéndez Pelayo en la Universidad de Barcelona en el curso de 1872/1873. Así recordó él mismo el inicio de su amistad:

> "Fui a Barcelona para examinarme en aquella flamante Universidad y por allí pululaba un joven de casacón demasiado largo para chaqueta y sobrado corto para pardesú, quien ¡oh barbaridad! estudiaba el griego con tozudez, sabía el latín y compraba rancios libracos en los puestos de viejo de la plaza de los Encantes. A un mozo que supiera el latín, como no fuera un tránsfuga de seminario, no le comprendía la garullada de compañeros que en aquella época creía que estudiar una carrera era emanciparse de la familia, ir al café y a las tertulias y cuando no, asomarse a las barricadas que *cochi hervite* se levantaban en las calles de la urbe en plena revolución"[307].

Las cartas conservadas entre ambos transcurren entre el 19 de febrero de 1879 y el 27 de marzo de 1912. Una gran mayoría de ellas contienen datos bibliográficos para la redacción de *Antología de poetas líricos italianos traducidos al castellano (1200-1889), ordenada, anotada y en parte traducida por Juan Luis Estelrich* (Palma de Mallorca, 1889, 2 vols.) y la traducción de las *Poesías líricas* de Friedrich Schiller, prologadas por Juan Fastenrath. La deuda del profesor mallorquín con Menéndez Pelayo en sus trabajos de investigación y traducción poética es más que evidente, como prueba el conjunto epistolar[308].

---

[306] EG, X, 119, San Boy del Llobregat, 10 agosto 1889.

[307] De *La última hora*, en SUAU ALABERN, J., 1956b, pp. 1-2.

[308] JURETSCHKE, Hans, 1953, pp. 181-182: "En las cartas al mallorquín prevalece el cariño y un amor alentador, y es sabido –el propio Estelrich lo dijo humilde y noblemente— que sin la ayuda de don Marcelino nunca hubiera salido la *Antología de poetas líricos italianos*". Vid. también MUÑIZ MUÑIZ, Mª Nieves, 1996.

Menéndez Pelayo, que en diferentes ocasiones pidió a su amigo que sentara plaza en el instituto de Santander, elogió el poema de Estelrich *Al estío* y lo difundió entre varios críticos madrileños. Además, en sus cartas trataron asuntos como la recomendación de su tío Lorenzo Perelló para que se quedara en la aduana de Palma (finalmente fue destinado a Port-Bou) o el conocimiento de Gabriel Maura a partir del verano de 1900[309]. A lo largo de estas páginas se sucederán diferentes fragmentos de cartas de Estelrich, o a él dirigidas. Como prueba de amistad, el escritor mallorquín dedicó una de sus traducciones a Rubió y Menéndez, "los dos amigos":

> "El autor de la *Antología de Poetas Líricos italianos*, traducidos en verso castellano, don Juan Luis Estelrich, acaba de publicar una traducción en verso de la balada de Schiller *Die Bürgschaft* (Los dos amigos).
>
> La dedicatoria "a los amigos queridísimos Marcelino Menéndez y Pelayo y Antonio Rubió y Lluch" guarda íntima conexión con el asunto de la balada, la cual resulta así una consagración discreta y delicadísima de la amistad que se profesan los tres escritores desde que asistían a las aulas de nuestra Universidad.
>
> Del mérito de la traducción no hay que hablar siquiera; el señor Estelrich desde la publicación de la *Antología* goza fama de excelente traductor en toda España"[310].

Otros condiscípulos

Con cierto detalle aparecen mencionados a lo largo de estas páginas dos condiscípulos de Menéndez Pelayo, Antonio Rubió y Lluch y Juan Luis Estelrich, lo que con más intensidad dejaron testimonio epistolar. No obstante, importa reseñar a continuación a otros compañeros del polígrafo que tendrían, además, una significación especial en el catalanismo. José Franquesa y Gomis (1855-1930) conoció a Menéndez Pelayo en la Universidad. Participó en el homenaje a Milá en los Jocs de 1885 y fue vicepresidente de la Unión Catalanista (1898). Publicó *Los conflictos d´Espanya y lo catalanisme* (1898) y *Principios generales de literatura* (1899).

Para Franquesa, Pablo Bertrán y Brós (1853-1891) era "un modelo de amigos, un poeta sincero y notable aunque no brillante, tal vez por su misma sinceridad o por el género

---

[309] EG, XV, 759 y 776…

[310] *La Vanguardia*, 26 septiembre 1894, p. 5.

modesto que cultivó, y sobre todo, el mas entusiasta y devoto admirador de la poesia popular con que contaba Cataluña"[311]. Helenista y poeta, Bertrán fue premiado en los Jocs Florals de 1885, año en que publicó *Cansons y follies populars*. Cuando murió, en 1891, Menéndez Pelayo animó a que se publicaran sus manuscritos inéditos.

Otro condiscípulo fue Josep Maria Valls y Vicens (1854-1907), que presidió la Lliga de Catalunya y publicó *Articles crítichs sobre algunas costums catalanas* (1883), *Lleuger estudi ó Petites observacions sobre la educació dels fills* (1898) y las obras teatrales *María de Montpellier* (1893) y *La vida moderna* (1894).

La amistad de Menéndez Pelayo con Jaime Gres comenzó en el curso 1871-1872. Hebraísta, llegó a ser profesor auxiliar de la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona. Las cartas de Gres están llenas de admiración hacia Menéndez Pelayo:

> "Aquellos que no te conocen, se sorprende, como observa *un Montañés* en el magnífico y delicado artículo que publicó *El Imparcial*, y como he oído por mí mismo millones de veces, se sorprenden, digo, al considerar que el autor de *Horacio en España*, de la *Historia de los heterodoxos españoles*, etc., etc., el nuevo miembro de la Academia española, en una palabra, sea un joven de veinte y dos años. Pero yo les digo que es por que no te han conocido hasta hoy, y se trueca su sorpresa en estupefacción cuando añado y aseguro que Menendez era ya lo que es ahora a los diez y seis años. ¡Qué gusto tengo entonces, amigo mío, en referir los tiempos aquellos en que juntos asistíamos al aula y pasábamos leyendo uno al lado del otro largas horas en la Biblioteca de San Juan! Sí: aunque una gran distancia nos separe, nunca se aparta de mi memoria tu recuerdo, y raro es el día que no hable de ti. Busco siempre con avidez en las revistas los artículos que llevan tu firma, leo tus obras apenas se publican, y asisto en espíritu y con vivísima satisfaccion a todas las solemnidades en que nuevos lauros coronan tu fama. Continúo leyendo el segundo tomo de la *Historia de los heterodoxos* y tan pronto como se recibió aquí *La Ilustración*, leí una y otra vez tu incomparable discurso de recepción en la Academia española"[312].

Murió Gres en 1885; y en tal ocasión señalada Antonio Rubió escribió a Menéndez:

> "Presumo que habrá ya llegado a tu noticia la muerte del pobre Gres. Este sí que ha muerto víctima de su amor al trabajo y de los sacrificios que le im-

[311] EG XI, 42, Barcelona, 8 febrero 1891.

[312] EG IV, 384, Barcelona, 15 marzo 1881.

> ponia su modestísima posición. Explotaban sus talentos y su escasez de recursos, una cáfila de truhanes que dirigen por ahí un periodicucho, a quien todas las personas honradas denominan con razon el *eco de las cloacas.* En el *Diluvio*, pues, que así es su verdadero nombre, es donde unicamente puede leerse todo cuanto publicó el malogrado Gres. Además deja inédita, según dicen, una traducción completa de la Biblia, hecha directamente del texto hebreo, y en el verano pasado por encargo de papá [Rubió y Ors], y aprovechando materiales reunidos, se entretuvo en vertir literalmente el *Cantar de los Cantares.* R.I.P."[313].

Manuel de Cabanyes

A la altura de 1878, Víctor Balaguer (1824-1901), autor de la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860-1863) y *Las guerras de Granada* (1898), además de obras poéticas como *Lo trovador de Montserrat* (1861), definía el movimiento literario catalán como "todavía un misterio"[314]. Pero, en todo caso, del conocimiento de la literatura catalana de su época que tenía Menéndez Pelayo da cuenta este fragmento epistolar a Laverde:

> "Hace tres años, murió, estando yo en Barcelona, Roca y Cornet, que además de muchas traducciones de obras religiosas, publicó en sus mocedades una del *Templo de Gnido* de Montesquieu. Y ya que de literatos catalanes hablamos, no dejaré de recordar que el insigne crítico Piferrer hizo algunas versiones muy bellas de poetas modernos, entre ellas la del poema de Walter-Scott «Canto del último ministral» que forma un tomo. De Rubió y Ors, aparte de infinitas traducciones de obras piadosas francesas e italianas, hay algunas excelentes versiones catalanas de poesías de Víctor Hugo y Lamartine, incluidas en su *Gaytér del Llobregat.* Tampoco han dejado de verter modernamente al lemosin algunas piezas de autores clásicos; en un *Almanaque* publicado en Barcelona el año 74 hay un fragmento de traduccion de la Iliada, y otro de la Eneida, ambos en verso suelto. De algunas odas de Horacio existen igualmente versiones contemporáneas. Por lo demás, de los buenos tiempos de su lengua queda un caudal de traducciones no despreciable. Todas las que yo conozco del siglo XV están en prosa, lo mismo que las nuestras. *Las Metamórfosis* de Francesch Alegre son de lo mejor, aunque no muy sobradas de colorido poético. De historiadores, filósofos morales &.

[313] EG VII, 361, Barcelona, 14 noviembre 1885.

[314] BALAGUER, Víctor, 1899 (pero 1878), p. 15.

> son más numerosas las traducciones. Ya Amador de los Rios dá cuenta de muchas de ellas, tomando gran parte de las noticias de un discurso de Bofarull «*sobre la lengua catalana históricamente considerada*». La versión del Dante, hecha en tercetos por Mosén Andreu Febrer a fines del mismo siglo XV, es a mi entender una de las mejores que de idiomas modernos poseen los romances peninsulares, y *positivamente* superior a cuantas conozco de la *Divina Comedia* en castellano, portugués y francés. ¡Lástima que permanezca inédita!"[315].

Menéndez Pelayo guardaba contacto no sólo epistolar, sino directo, con personalidades catalanas que le mantenían al día de la información bibliográfica que le interesaba:

> "Rubió y Ors, que está aquí de juez de un tribunal de oposiciones, me ha dado noticia de algunos traductores catalanes, entre otros de Miguel Martí, que en el primer tercio de este siglo vertió en rima lemosina los *Animales Parlantes* de Casti, y varios fragmentos del Tasso, en especial el episodio de Olindo y Sofronia. Tambien es autor de notables poesías originales, una de las cuales *La nineta del Port* incluye Rubió en una de las notas a su *Gayter del Llobregat*"[316].

Entre todos los autores catalanes, Antonio Rubió destacó en diferentes ocasiones la influencia de Manuel de Cabanyes (1808-1833) en la orientación poética de Menéndez Pelayo[317]. El 4 de febrero de 1875 este había firmado en Santander su "Oda a la memoria del eminente poeta catalán don Manuel Cabanyes muerto en la flor de su edad el año 1833"[318]. La composición fue recibida con entusiasmo por Rubió:

> "A cuantos he leído esta composición, les ha gustado sobremanera, y les ha admirado la valentía y sonoridad de sus versos. Celebro mucho que la publiques entre tus poesías, pues será un medio poderoso para dar a conocer entre tus paisanos al inmortal Cabanyes. Cuanto te dijera por la amabilidad

---

[315] EG I, 236, Marcelino Menéndez Pelayo, Santander, 14 septiembre 1875.

[316] EG I, 255, Madrid, 12 octubre 1875.

[317] Así, en su discurso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el 7 de enero de 1913, reseñado en *Diario de Barcelona*, 11 enero 1913. Sobre Cabanyes, SEBOLD, R.P., 2001, pp. 169 y ss.

[318] *ENOC, Varia*, pp. 218-223. Se incluyó en *Odas, epístolas y tragedias*. Así lo recordó Eduard Llanas, amigo de Víctor Balaguer, en sus artículos sobre esta relación literaria, "Menéndez Pelayo y el poeta Cabanyes", *Diario de Villanueva y Geltrú* (Vilanova y Geltrú), 1 y 29 abril 1883 (fechas conservadas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, según el material enviado por Oriol Pi de Cabanyes en agosto de 2002).

> que has tenido al remitirme la indicada poesía, tomándote el trabajo de copiarla para mandármela, es poco; solo te diré que agradezco lo mucho qué vale esta fina distinción de la amistad con que me honras"[319].

Milà le agradeció por carta su interés por Cabanyes: "Mucho, muchísimo, me alegré de que haya habido, al fin, quien, fuera de nuestro país, haga justicia a Cabanyes"[320]. En la *Semblanza literaria* de 1908 Menéndez destacaría precisamente la reivindicación que Milá había hecho años antes de Cabanyes, "cuyos *Preludios* vindicó del olvido […], dando a su autor el puesto singular que en nuestra literatura le corresponde como innovador de las formas clásicas con espíritu y aliento románticos"[321].

En palabras de Rubió, "la admiración por Cabanyes inspira a Menéndez un hermoso juicio crítico en su *Horacio en España*"[322]. Pero es que la propia afición de Rubió por Cabanyes, autor de culto para su generación anterior, procedía de Menéndez Pelayo:

> "Ahora que hablo de poesías, y cito cosas que no lo son aunque pretendan serlo, no quiero pasar por alto las de Cabanyes. Años atrás había leído algunas de las que publicó bajo el título de *preludios de mi lira,* pero después sea que se extraviasen o que no las cogí mucho gusto la primera vez que las leí, es lo cierto que no las volví a ver más. Tu entusiasmo por este poeta, y el oírte recitar una de sus producciones que me gustó mucho, encendió en mí el deseo de conocerlas, y como al volver a Barcelona, no encontrara los sudodichos *preludios,* papá [Joaquín Rubió y Ors] adquirió una nueva edicion de sus poesías, que se hizo el año 1858, que es más completa que la anterior pues contiene además de algunas poesías inéditas del mismo Cabanyes, la biografía del mismo, las cartas que escribió a Roca y Cornet, algún trabajito en prosa suyo inédito, como la *historia de la Filosofia,* ensayo que no pudo siquiera concluir, y un par de juicios críticos de sus poesías y otros

---

[319] EG II, 5. [14] abril 1876-Viernes Santo. EG I, 195, Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, 15 abril 1875: En seguida escribió a Laverde sobre Cabanyes: "Ocúpome, sin levantar mano, en copiar el discurso de doctorado, y escribir el artículo sobre el *laverdaico.* Tengo sospechas de que alguna vez usó los versos eneasílabos, combinados con los adónicos, el poeta catalán Cabanyes, muy aficionado a metros nuevos y combinaciones raras. Para aclarar este punto, he encargado a Barcelona sus obras, y por carta de Luanco, sé que están compradas, y prontas a ponerse en camino. Espérolas con ansia, para ver si es cierta (lo que Dios no quiera) mi sospecha. Con esto le tendré a la mano, para escribir su artículo como traductor de Alfieri, y de una comedia de Maquiavelo".

[320] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 177-178, carta 340, Avinyonet, 14 agosto 1878.

[321] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* V, pp. 146-147.

[322] RUBIÓ, A., 1881, p. 4760.

> pormenores de su vida literaria, escritos por Roca y Cornet y Milá y Fontanals, entusiastas admiradores de este poeta. Me gustaría que me dijeras, si la edición que tienes tú, es la primera a la publicada en el año 1858. Por lo demás, es inútil que te diga que las poesías de Cabanyes, me han gustado muchísimo, principalmente las tituladas, La independencia de la poesía, a Colón, al oro, la misa nueva y alguna otra que en este momento no recuerdo"[323].

La consideración de Menéndez Pelayo como "redescubridor" de Cabanyes llegó a su manifestación mayor cuando el senador y poeta Víctor Balaguer le invitó a participar en el homenaje al escritor romántico:

> "Mi ilustre y querido amigo: ya que no puede V. honrarnos a todos asistiendo a la instalación de la estatua de Cabanyes el domingo 24, cosa que sería de gran satisfacción para el país, ¿tendría V. inconveniente en escribir dos líneas, una sencilla carta, si no cree V. mejor otra cosa, que pudiera yo leer en la ceremonia? Se lo agradecería en el alma y conmigo todos los que aman la patria y todos los que a V. aplauden y admiran, como este s.a. que le abraza"[324].

Programa de literatura española y descentralización universitaria

Según Albert Manent, Menéndez Pelayo "tenía una idea global de la literatura que se producía en la Península"[325]; para Carlos Sentís, "ha quedado como uno de los primeros y escasos hombres de letras castellanas entusiasmado con el idioma y la literatura catalana"[326]. El análisis de la huella histórica y real de esta consideración excede con mucho de estas páginas, pero acaso los sucesores en el estudio filológico de Menéndez Pelayo (se ha establecido una sucesión necesaria entre Milá, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal que puede aceptarse con algunos matices)[327] consideraran la literatura catalana no

---

[323] EG I, 297, Antonio Rubió, Barcelona, 5 febrero 1876.

[324] EG X, 595. 19 octubre 1890.

[325] MANENT, Albert, "Catalanófilos en Madrid", *La Vanguardia*, 10 julio 1995, p. 23.

[326] SENTÍS, Carlos, "La jabalina de Alejo", *La Vanguardia*, 10 agosto 1996, p. 15.

[327] DIEGO, Gerardo, 1956, p. 188, plantea ya la influencia de Milá en Menéndez Pidal. En el "Prólogo" a FITZMAURICE-KELLY, James, 1901, p. XXIX, escribe Menéndez Pelayo que el espíritu de Milá y Fontanals "vemos resurgir ahora en los trabajos del joven D. Ramón Menéndez Pidal, digno continuador de los esfuerzos de aquel maestro ejemplar". También en su contestación al discurso de ingreso de Mneéndez Pidal en la RAE, en *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, I, p. 150: "El puesto de Milá y Fontanals en nuestra literatura ha estado vacante muchos años. Hoy le ocupa dignamente

como una parte sustancial de lo hispánico, sino como una creación episódica y sólo complementaria del panorama literario castellano. El detalle no es baladí y refrendaría la importancia de Menéndez Pelayo como "valorizador" de la literatura catalana, con su riqueza e independencia históricas. En este sentido, un largo fragmento de Juan Oleza resume la ruptura propuesta por Menéndez Pelayo con respecto al planteamiento romántico dominante hasta entonces:

> "La firme oposición de Menéndez Pelayo a identificar nacionalidad política y nacionalidad literaria y por tanto literatura castellana con literatura española; su exigencia llevada a la práctica de confeccionar un programa que incorpore la literatura en las diferentes lenguas como componentes de una literatura española plirilingüe; su recelo, o sus críticas nada veladas, a conceptos como el de "genio nacional", "espíritu nacional", "índole de la raza", etc. de uso ostentoso desde Agustín Durán a Giner de los Ríos, y su adhesión a un concepto de literatura que nace de los despojos y reliquias de la historia más que del genio de la raza, o a una visión de las nacionalidades no como ideas utópicas sino "como las han hecho los siglos, con unidad en algunas cosas y *variedad* en muchas más, y sobre todo en la lengua y en la literatura"; o su adscripción metodológica a una historia que sea por un lado específicamente estética pero por el otro capaz de relacionar la literatura con las demás actividades humanas, y también con las otras literaturas, escapando a los límites reductivos de una sola nación…todos estos principios, en suma, configuran una apuesta teórica en abierta ruptura con el discurso romántico-nacionalista que dominaba hasta el momento la época"[328].

En un artículo de 1876 de la *Revista Europea*, incluido más tarde en *La ciencia española*, Menéndez Pelayo exponía la necesidad de que la historia de la literatura española, "de suyo tan extensa", se vertebrara en la hispano-latina, las literaturas hispano-semíticas, la catalana y la galaico-portuguesa. Esta idea la desarrolló con amplitud dos años más tarde en el "Programa de literatura española" presentado en las oposiciones a la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española[329]. Para Menéndez Pelayo la literatura "española" no era la literatura "castellana". Distinguía, en este sentido, la nacionalidad política de la nacionalidad literaria: "a nadie se ocultará que el espíritu y el genio nacional en literatura deben de ser algo distinto del Estado político", en el que ade-

---

don Ramón Menéndez Pidal, único que con justicia puede llamarse discípulo suyo, aunque lo sea de sus libros y no de su palabra".

[328] OLEZA, Juan, 2001, p. 67. Vid. También HINA, Horts, 1986, pp. 220-221.

[329] La introducción íntegra de este Programa está incluida en la parte de textos.

más, por otro lado, obviamente cabían naciones distintas. El predominio del castellano sobre las demás lenguas españolas procede de su predominio como lengua literaria por excelencia desde el siglo XVI, pero la historia literaria peninsular no puede establecerse desde el punto de vista castellano. Ponía Menéndez Pelayo varios ejemplos de la interconexión lingüística, como durante la Edad Media:

> "Los trovadores provenzales recorrían de igual suerte las cortes castellanas que las aragonesas: los cantos de Marcabrú y de Gavaudan anunciaron los triunfos de Almería y el sol de las Navas: otro provenzal, Rambaldo de Vaqueiras es autor de los versos más antiguos que quizá poseemos en castellano. Cuando las letras catalanas adquieren independencia y vida propias, Ramón Lull en el *Blanquerna, y* en el *Libro del orden de la caballería,* sirve de inspirador y modelo al hijo del infante D. Manuel cuando traza el *Libro de los Estados y* el del *Caballero y del Escudero*"[330].

En su artículo de *La ciencia española* especificaba, además, una distribución geográfica de las enseñanzas universitarias de las literaturas hispano-latina, semítica, catalana y galaico-portuguesa: "La primera debiera establecerse ven la Universidad de Salamanca, emporio un día de los estudios clásicos; la segunda en la de Sevilla o Granada; la tercera en la de Barcelona, y en la de Santiago la cuarta, pues no parece justo que Madrid disfrute de todo género de ventajas y preeminencias, antes conviene vigorizar el espíritu provincial en donde quiera"[331]. En otros textos se aprecia la crítica de Menéndez Pelayo al plan centralista de 1845: el ideal de la cultura patria "no puede ser nunca una estéril y yerta centralización"[332]. Aquí radica uno de los hitos históricos en la reivindicación de la descentralización universitaria, por más que el propio Miguel de los Santos Oliver, a quien, por otro lado, se deben páginas muy atinadas sobre Menéndez Pelayo, citara comop pioneros en este tema a Giner de los Ríos y el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* de 1886[333]. La interesante distribución geográfica de las enseñanzas universitarias en su artículo de 1876 no suponía ninguna amenaza para la vertebración educativa del ámbito estatal, puesto que cada región debía "especializarse" en unas enseñanzas, complementándose sin excluirse. Por otro lado, sobre los contenidos, la reivindica-

---

[330] ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, I, p. 6.

[331] ENOC, La ciencia española, I, p. 173; citado, entre otros, por JORBA, Manuel, 2003, p. 573. Vid. también MARTÍNEZ-Gil, Víctor, 2000, p. 153.

[332] En El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, pp. 133 y 155; este plan de 1845 "acabó con los restos de la autonomía universitaria, que ahora tímidamente intenta renacer".

[333] SANTOS OLIVER, Miguel de los, "Las regiones", 1899, p. 252.

ción de Menéndez Pelayo no era novedosa, puesto que se enmarcaba en las peticiones que, por diversos motivos, pedían diferentes profesores de incorporar la literatura catalana a los planes de estudio oficiales de "literatura española", en el último cuarto del siglo XIX[334]. Es evidente, además, la filiación de Menéndez Pelayo con los *Principios de literatura general y española* expuestos años atrás por Milá[335]. El artículo de Menéndez Pelayo, en este punto, recabó el aplauso de catalanes como Pere Joan Bernadas en las páginas de *La Renaixensa* (1876):

> "Entonces, qué: ¿lo nacido en España, si no lo ha sido dentro de Madrid, ya no es de la patria? ¿La honra de los hijos no es la honra de la madre? Hasta ahora todo ha sido castellano. La bandera, de Castilla, en lo escrito, las armas sólo de Castilla, en las cátedras de historia de la literatura española, sólo la literatura castellana, y en todo siempre una sola provincia imponiéndose a las demás. Por eso no podemos menos de aplaudir de todo corazón al Sr. Menéndez Pelayo y deseamos de todas veras que los representantes de la nación, que tanto deben interesarse por el movimiento científico y literario de su país, sin descuidar los intereses materiales, procuren que, bajo el epígrafe de literatura Española, que hasta hoy día los catedráticos la hacen sinónima de castellana, de aquí en adelante comprendan el estudio de todas las literaturas que, aunque hijas de España, se manifiestan en diferentes lenguas. Como españoles, podemos pasar en que se nos obligue a aprender de corazón las obras de Cervantes, gloria con justicia del mundo literario: como catalanes no podemos pasar en que ni siquiera se dé en los castellanos idea de la existencia Ausias March, émulo de Petrarca.
>
> Pedimos justicia, y ya que con el nombre de España se comprenden las cuarenta y nueve provincias que constituyen el reino, también dentro del nombre literatura española deben comprenderse las literaturas del reino que no hablan en castellano" [336].

---

[334] JORBA, Manuel, 2004, 573.

[335] Vid. sobre ello JORBA, Manuel, 2003.

[336] BERNDAS, P.J., "Quatre mots sobre la literatura catalana", La Renaixensa, VI, t. II, 910 (1876), pp. 330-331, citado en JORBA, M., 2003, pp. 574-575: "Doncs, què: lo nascut a Espanya, si no ho ha sigut dintre de Madrid, ja no és de la pàtria? L´honra dels fills no és l´honra de la mare? Fins ara tot ha sigut castellà. La bandera, de Castilla, en lo escrit, les armes sols de Castella, en les càtedres d´història de la literatura Espanyola, sols la literatura castellana, y en tot sempre una sola província imposant-se a les demés. Per això no podem menos d´aplaudir de tot cor al Sr. Menéndez Pelayo y desitgem de totes veres que los representants de la nació, que tant deuen interessar-se per lo moviment científic y literari de son país, sens descuidar los interessos materials, procurin que, baix lo epígrafe de literatura Espanyola, que

Conocimiento de Verdaguer

Menéndez Pelayo sintió verdadera admiración por la poesía de Jacinto Verdaguer y Santaló[337]. Al final de su vida había reunido 61 de sus obras, contando entre ellas, naturalmente, distintas ediciones de un mismo título y varias póstumas. ¿Existe en España una biblioteca privada con una colección semejante? Dudo mucho que incluso en Cataluña un particular atesorara estos fondos, admirables tanto por su calidad como por su cantidad. La mayoría de las obras publicadas en vida de Verdaguer llevan su dedicatoria autógrafa, lo que añade un valor a estas referencias y permite documentar, junto con las cartas entre ambos[338], una relación amistosa que había nacido en octubre de 1877; Verdaguer escribió, por ejemplo, "al profundo sabio e inolvidable amigo" (1880), "al eminente escritor y queridísimo amigo" (1881), "al sabio y al poeta" (1885), "al sabi critich y estimat amich […] en recort d´esta terra, ahont tant se l´estima" (1888), al "bon amich" (1891), "al meu benevol y eminent critich" (1893), "al maestro" (1896), "al eminente crítico y querido amigo" (1901)… Entre todas estas obras hay que contar además las que llevaban la dedicatoria impresa (por ejemplo, la edición de bibliófilo de *L´Atlántida*, Barcelona, Joseph Cunill, 1905) o las que le fueron dedicadas por los traductores del poeta catalán, como Albert Savine y Justin Pépratx[339].

En octubre de 1877, durante su estancia de dos semanas en Barcelona, previa a su viaje a París, Menéndez Pelayo escribió a Gumersindo Laverde:

---

fins avui dia los catedràtics la fan sinònima de castellana, d´aquí endavant hi comprenguen lo estudi de totes les literatures que, encara que filles d´Espanya, s´hi manifesten en diferentes llengues. Com a espanyols, podem passar en que se´ns obligue a apendre de cor les obres de Cervantes, glòria ab justícia del món literari: com a catalans no podem passar en que ni sisquera se dongui a n´els castellans idea de l´existència d´Ausias March, èmul de Petrarca. Demanem justícia, y ja que amb lo nom d´Espanya se comprenen les quaranta-nou províncies que constitueixen lo regne, també dins del nom literatura espanyola deuen compendre´s les literatures del regne que no parlen en castellà".

[337] Sobre Verdaguer, CASTELLAR-GASSOL, Joan, 2002; y VV.AA., Verdaguer…, 2002, catálogo de la exposición celebrada en la Biblioteca de Catalunya. Resulta curioso el escaso interés que ha despertado la intensa relación de amistad entre Menéndez Pelayo y Verdaguer, fuera de la cita de algunos fragmentos críticos del polígrafo.

[338] No faltan en el epistolario peticiones personales, como en VII, 221, Barcelona, 3 junio 1885, cuando Verdaguer solicita a Menéndez Pelayo que ayude a su primo, Magín Verdaguer, catedrático del instituto de Mahón, a alcanzar la plaza de director de dicho instituto.

[339] Sobre la traducción de Pépratx, EG, XII, 141, Madrid, 6 diciembre 1892, carta de Enrique Gaspar, que le envía la traducción francesa de La Atlántida de Verdaguer, hecha por Mr. Justin Pépratx de Perpignan, que no obtuvo, injustamente, el premio de la Academia francesa hace dos años; ruega un juicio escrito sobre ella, que ayudaría a obtener el premio de este año, al que ha vuelto a presentarla. Rubió le puso en contacto con Savine, autor "de algunos estudios sobre literatura catalana", en EG IV, 210. S. Baudilio de Llobregat, 3 agosto 1880.

> "Ha hecho gran ruido el poema *L'Atlántida* del joven presbítero Verdaguer, que es vate de grandes alientos, potentísimo en las descripciones, y tal que entre los modernos tiene pocos rivales. He leído su obra, con admiración en muchos trozos"[340].

Esta nueva visita a Barcelona produjo, por cierto, muy buena impresión a Menéndez Pelayo, que, a juzgar por las cartas escritas desde París a Gumersindo Laverde[341] y a José María de Pereda[342], además de obtener noticias bibliográficas, pudo reencontrarse con

---

[340] *EG* II, 242, Barcelona, 4 octubre 1877. En EG II, 248, carta a José María de Pereda, París, 20 octubre 1877: "Todos aquellos literatos, Milá, Rubió, Aguiló, los Bofarull, Verdaguer (el autor de *La Atlántida*) Maspons, Miquel, &. se esmeraron en obsequiarme por todas maneras. Esto me quitó algún tanto el negro humor que saqué de ésa, donde hasta el sentido común me niegan, no faltando quien me tenga por *fango digno de ser pisado* como dijo el inolvidable Gavica. En Barcelona, por el contrario, todos fueron a mimarme y a agasajarme y (aunque me esté mal el decirlo) hasta pedirme consejo. Pero *nemo propheta in patria sua*".

[341] *EG* II, 246, París (Hotel du Parlement-Place de la Madeleine), 19 octubre 1877: "Mucho me costaba salir de Barcelona donde tantos y tan buenos amigos dejo, y donde todos se esmeraron en obsequiarme, pero al fin fue preciso encaminarme a París, no sin traer abundante cosecha bibliográfica. En el Archivo de la Corona de Aragon hallé tres tratados inéditos de Arnaldo de Vilanova: el *Razonamiento* que hizo en Aviñon ante el Papa y los Cardenales: la interpretación de los sueños del Rey D. Jaime 2.º y de D. Fadrique de Sicilia: y una larga carta al mismo propósito; el primero y tercero de estos documentos en catalán, el segundo en latín. No paran aquí los hallazgos *arnaldescos*. Tengo copias de dos cartas de D. Fadrique relativas a la herejía del médico vilanovano y al razonamiento antedicho, de otra epístola de un Fr. Romeu Ortiz que desde Aviñón da cuenta a D. Jaime de las opiniones de Arnaldo: de tres curiosas donaciones a favor de Arnaldo, y de una carta del Rey de Aragon mandando al inquisidor Eymerich levantar las censuras que había impuesto á un tal *Guillém de Cauco Libero* (Colliure) por leer los libros teológicos de Arnaldo.

Bofarull (D. Manuel) que es quien me dio noticia de todos estos papeles ha llevado su bizarría hasta el extremo de sacar y regalarme copias de todo, después de haberlas cotejado él y yo con los originales.

Todos estos ignorados documentos y algunos más irán (si Dios quiere) con otros de no menor interés en los apéndices del 2.º tomo de heterodoxos. También pienso poner el *Quodlibeto* de Pedro de Osma que copié en el Vaticano, y quizá el Gundisalvo *de processione mundi*

Tambien me obsequió Bofarull con varios tomos de la *Colección de documentos inéditos* que publica el Archivo. Hay en ellos traducciones catalanas de S. Bernardo, Boecio &. y noticias de heterodoxos, poetas latino-hispanos &.

Milá me dijo que preparaba una 2.ª edición muy aumentada de su *Romancero Catalán*, y un estudio sobre orígenes del teatro lemosín. Le he decidido a hacer una colección de sus poesóas y artículos críticos, cuya serie empieza en 1836.

Rubió se ocupa en refutar el *Dráper*.

Los trabajos inéditos de Aguiló asombran. Tiene 14 abultados tomos de Poesía Popular, y una Bibliografía catalana que (a juzgar por lo que de ella he visto) es un modelo en su línea y está llena de peregrinos datos".

[342] *EG* II, 248, París, 20 octubre 1877: "Charissime: Ya sabrá Vd. por mi padre que estuve quince días en Barcelona, con objeto de ver a aquellos amigos y hacer algunas investigaciones bibliográficas. El resulta-

varios amigos de la Universidad. Precisamente en Barcelona conoció Menéndez Pelayo a Verdaguer, que le fue a visitar y le regaló un ejemplar de su libro[343]. En Laverde, que lo poco que sabía de literatura catalana contemporánea procedía de lo que le informaba su discípulo, nació además el interés por Verdaguer[344]. Pocos días más tarde le pedía el argumento de la *Atlántida*[345], y Menéndez Pelayo lo resumía con estas palabras:

> "El argumento de *L'Atlántida* tiene sencillez y grandeza. Verdaguer ha tenido la feliz idea de enlazarle con un grande acontecimiento nacional. La introducción empieza con el combate de dos galeras, una veneciana y otra genovesa: ésta última se va a pique, salvándose solo un jóven piloto que asido de una tabla llega a cierta isla del grupo de las Canárias. Allí encuentra a un viejo ermitaño que le refiere las tradiciones de la *Atlántida* y su hundimiento. Esta narración llena diez cantos, donde en robustos alejandrinos se describen los portentos del jardín de las Hespérides, las proezas de Hércules, el vencimiento de Gerión, y finalmente la catástrofe *I'enfonzament*: todo esto mezclado con algunos trozos líricos de gran precio, entre ellos dos baladas, en distinto metro. El joven genovés, (que no era otro que Colón) al oir tales relatos, se inflama

---

do excedió a mis esperanzas, puesto que en el Archivo de la Corona de Aragón hallé tres tratados inéditos del famoso médico y hereje catalán Arnaldo de Vilanova, y ocho o diez documentos relativos a su persona, de todo lo cual me regaló esmeradas copias con generosidad inaudita el archivero don Manuel de Bofarull. Otros hallazgos hice de menor cuantía.

Todos aquellos literatos, Milá, Rubió, Aguiló, los Bofarull, Verdaguer (el autor de *La Atlántida*) Maspons, Miquel, &. se esmeraron en obsequiarme por todas maneras. Esto me quitó algún tanto el negro humor que saqué de ésa, donde hasta el sentido común me niegan, no faltando quien me tenga por *fango digno de ser pisado* como dijo el inolvidable Gavica.

En Barcelona, por el contrario, todos fueron a mimarme y a agasajarme y (aunque me esté mal el decirlo) hasta pedirme consejo. Pero *nemo propheta in patria sua*".

[343] *EG*, II, 246, París, 19 octubre 1877: "Verdaguer estuvo á verme y me regaló su *Atlántida*. Piensa hacer una 2.ª ed. aumentada con dos cantos. Es, a no dudarlo, uno de los poetas de más brío que han aparecido en España en lo que va de siglo".

[344] *EG*, II, 245, Santiago, 10 octubre 1877: "Me pica el deseo de conocer *La Atlantida* de Verdaguer; pero, como ignoro el catalan, no podré satisfacerle si tu no la traduces, que, por lo visto, bien lo merece". El interés se prolongará con los años. En EG VI, 145, Santiago, 1 julio 1883, escribe: "Voy leyendo la excelente traduccion de la *Atlántida* por Carmona. Es portentosa la fantasía de Verdaguer".

[345] *EG* II, 250, Santiago, 25 octubre 1877: "Opimos frutos te han dado las que practicaste en Barcelona, donde tan escasa cosecha te prometías. Preciosos sobre todo encarecimiento son los escritos relativos a Arnaldo de Vilanova, de que me das noticia. Tambien me complacen mucho las que me comunicas sobre los trabajos y proyectos literarios de los escritores barcelones. ¡Cuánto te envidio la dicha de cultivar su amistad! Grande auge va a recibir la literatura catalana con la aparicion del valentísimo poeta Verdaguer. Dime algo del argumento de su *Atlántida*. De desear será que consagre su vigoroso numen épico a cantar alguno de los heroicos episodios de la historia patria".

> en deseos de volver a unir los dos continentes, que un día enlazaba la Atlántida, y en la conclusión que es bellísima y está adornada con una linda poesía lírica *Lo Somni d'Isabel*, marcha *a borrar los límites del mundo* como dijo Campoamor. El poema, aunque más descriptivo que narrativo, es realmente espléndido. Su autor es un modesto presbítero de Vich, que anduvo algún tiempo de capellán en uno de los vapores de Antonio López. Mistral, el famoso autor de *Mireya*, ha llegado a compararle con Milton"[346].

A finales de 1878, Verdaguer, por indicación de Antonio Rubió[347], le envió la antología titulada *Llibre d'or de la moderna poesía catalana*, que Menéndez Pelayo se apresuró de nuevo a glosar para Laverde:

> "Con el título de *Llibre d'or de la moderna poesía catalana* acaba de publicarse una antología, donde figuran nada menos que 67 poetas entre catalanes, valencianos y mallorquines […] Tengo la 2.ª ed. de *la Atlántida* costeada por nuestro paisano Antonio López. En ella añade Verdaguer un nuevo canto, quizá el más bello del poema: *Coro de las islas griegas*"[348].

Al poco tiempo Verdaguer le escribió para felicitarle por el éxito de sus oposiciones a la cátedra de la Universidad de Madrid y agradecerle el envío, por mediación de Rubió, de sus *Estudios poéticos*[349]. A petición de Verdaguer[350], Menéndez Pelayo le mandó una cantiga de Alfonso X sobre Montserrat[351].

---

[346] EG II, 251, París, 29 octubre 1877.

[347] EG III, 203, Barcelona, 7 diciembre 1878: "He dado orden a Verdaguer, para que te remita cuanto antes Lo llibre de or. A este seguirán los *Anacreontes* de *Coll y de Renyé*".

[348] EG III, 204, Madrid, 13 diciembre 1878.

[349] EG III, 240, Barcelona, 25 enero 1879.

[350] EG III, 246, Barcelona, 14 febrero 1879: "Teniendo noticia de sus buenas relaciones con D. Leopoldo de Cueto me dirijo a V. para alcanzar, si no ha de serle molesto, la copia de unos cuantos versos de las Cántigas de Alfonso el Sabio, sobre una antigua tradición de Montserrat que cuenta Valera en sus Disertaciones P. 376 en estos términos: «Un rico hombre impone tributo a los monjes por el agua que bebian; la Virgen hace brotar una fuente mejor y mas abundante en el monasterio». Sobre esta hermosa tradicion compuse hace algunos años una pobre balada y ahora antes de incluirla en el tomo que estoy ya imprimiendo de mis poesias místicas, se me ocurre leer tan antiguo como inesperado original, si me lo permite el señor Marqués de Valmar y a V. no ha de serle molesto enviármelo. Perdone V. mi excesiva franqueza en gracia de que no tengo otro camino para conocer dicho precioso documento".

[351] EG III, 250, Barcelona, 22 febrero 1879: "Muy Sr. mío y querido amigo: he recibido, adjunta a su muy grata del 19 del corriente, la preciosa Cántiga de Montserrat, y le doy por una y otra un millón de gracias. Solo el deseo de ilustrar mi librito con un documento de tanta valía me ha obligado a abusar de la bondad

2. En la cátedra de Madrid (1878-1898). El auge catalanista

Precedido por una fama notable como sabio y portento de la ciencia, determinado por sus profesores (primero Milá, luego aún más radicalmente Laverde), Menéndez Pelayo pasó a ser un personaje de trascendencia pública, cuyas manifestaciones encontraban eco en la prensa de la época, incluida la catalana, enfrentada como se enfrentaban liberales y conservadores y otros grupos de diversa tendencia política. El Brindis del Retiro (1881), situó a Menéndez Pelayo como adalid de la defensa del tradicionalismo y la Iglesia Católica y supondría un capítulo de su vida determinante para su imagen pública también en Cataluña. La *Revista Católica de* Barcelona se adhirió a las palabras de Menéndez Pelayo bajo el lema "una página de gloria"[352]. El *Siglo Futuro* publicó una carta de la Junta Católica de Lérida, felicitándole por el discurso[353]. Ese mismo día, *La Vetllada* de Gerona defendía a Menéndez Pelayo frente a la prensa liberal:

> "No se puede contar la multitud de fástichs, mofas y dicterios que la prensa masónica dirige al Sr. Menéndez sobre el delito de haber defendido a la España antigua y a sus grandes monarcas de los insultos de los extranjeros y de algunos malos españoles, que poco se miran en renegar de las glorias de la patria.
>
> Pero a las mofas de la prensa liberal, que son verdaderamente una honra para el joven catedrático de la Universidad Central, han seguido las entusiastas felicitaciones de la prensa católica, de las más respetables Corporaciones, de las Academias de la Juventud católica de Madrid y de Barcelona, Ilmo. Sr. Obispo de Santander y últimamente la del sabio Sr. Vicens Vazquez Queipo"[354].

---

de V. sabiendo que está ocupadísimo en tantos y tan importantes trabajos. El de Arnaldo de Vilanova es muy deseado en Barcelona.

Le repito las gracias por su nuevo favor, que esperaba de su buena amistad. Por mi parte solo deseo corresponderle y recibir sus órdenes para cumplirlas como buen amigo y atento s.s."

[352] "Una página de gloria en la vida de don Marcelino Menéndez Pelayo", *Revista Católica de Barcelona*, año I, nº 3, 1 de julio de 1881, pp. 69-71.

[353] *El Siglo Futuro*, 11 junio 1881.

[354] *La Vetllada*, 11 junio 1881: "*No´s pót contar la multitut de fástichs, mofas y dicteris que la prempsa masónica dirigeix al Sr. Mendez èl delicte d´haver defensat a la Espanya antigüa y a sos grans monárcas dels insults dels estranjers y d´alguns mals espanyols, que poch se miran a renegar de las glorias de la patria. Pero a las mofas de la prempsa lliberal, que son verdaderament una honra pèl jove catedrátich de la Universitat central, han seguit las entussiastas felicitacions de la prempsa católica, de Corporacions*

Los alumnos de la Facultad de Derecho de Barcelona suscribieron una efusiva felicitación "viendo en V. el nuevo Pelayo que la inagotable misericordia de Dios nos ha deparado en estos calamitosos tiempos para tremolar valientemente la gloriosa bandera de la ciencia española, que un dia paseará V. triunfante por los dominios del mundo científico español, traidoramente usurpados por la pseudo ciencia racionalista"[355]. Uno de los que le escribió con motivo del famoso "brindis del Retiro" fue el poeta Verdaguer:

> "Queridísimo amigo y mi respetable señor: Creería faltar a un deber de conciencia si no uniera mi humilde y desautorizada voz al coro de calurosas enhorabuenas que lloverán estos días sobre Vd. con motivo de su valiente cristiano y patriótico *brindis.* Más que *brindis es* un reto a la impiedad que solo el autor de los *Heterodoxos Españoles* podía echar en cara a los herejes de nuestros desgraciados tiempos.
>
> Todos los buenos están con Vd. en las cuestiones principales de su peroración que tanta polvareda ha levantado en el campo de los enemigos de nuestra Santa Religión y a muchos he visto verdaderamente entusiasmados no sólo de sus ideas capitales sino de los más pequeños detalles.
>
> Dios le conceda largos años de vida para decir las verdades a nuestro siglo olvidado de odios y para consuelo de los que seguimos sus banderas. Así se lo pide en sus pobres oraciones este su amigo que de corazón lo quiere"[356].

La vinculación de Menéndez Pelayo con Cataluña tuvo en este período un momento culminante en su participación en los Jocs Florals de 1888, cuando leyó en catalán su reivindicación de la lengua y la literatura catalanas, ante la Reina Regente María Cristina. Su ideal iberista, compartido por varios intelectuales catalanes, admitía la creación literaria en catalán en toda su extensión. Menéndez Pelayo se convirtió en el más importante publicista de su literatura fuera de Cataluña: su participación en la polémica entre Oller y Pérez Galdós sobre el uso literario del catalán demuestra su peculiaridad en el contexto intelectual español de final de siglo. Entre 1884 y 1886 fue diputado por Mallorca, lo que le acercó aún más a la realidad insular y justificó en él todavía con mayor fuerza su aprecio por figuras tan distintas como Llull, Quadrado y Miquel Costa. Menéndez Pelayo, excelente conocedor de las novedades bibliográficas catalanas, fue ade-

---

las mès respectables, de las Académias de la Joventut católica de Madrid y de Barcelona, Ilm. Sr. Bispe de Santander y últimament la del sábi Sr. Vicens Vazquez Queipo".

[355] EG V, 65. Tarrasa, 5 junio 1881. En EG X, 42, Barcelona, 19 mayo 1889, no sin ironía, Rubió le considerará "el hombre de la Inquisición y de la tradición".

[356] EG V, 66, Barcelona, 5 junio 1881.

más testigo más o menos activo de la aparición de diferentes obras señeras del catalanismo, como *Lo catalanisme* de Almirall, *El regionalismo* de Mañé y *La tradición catalana* de Torres y Bages. Su visión del catalanismo, inspirada en José María Quadrado y Manuel Milá, no aceptaba su dimensión política: su censura del *Missatge a Creta* (1897) fue buena prueba de ello.

Entrada en la RAE

Con motivo del ingreso de Menéndez Pelayo en la Real Academia Española, en marzo de 1881, varios amigos catalanes le escribieron expresamente para felicitarle, entre ellos su maestro Milá y Fontanals[357].

Antonio Rubió publicó en *El Diario de Barcelona* una serie titulada significativamente "Menéndez Pelayo como catalanista" en la que no sólo resumía las aportaciones de su amigo en el estudio de la lengua y la literatura catalanas, sino que reivindicaba para Cataluña a quien había definido los valores de la cultura española:

> "Tales elogios a nuestras letras dictados por el más acendrado entusiasmo, su amor y veneración hacia ellas, el profundo conocimiento de la lengua catalana, que adquiere en sus labios desusada sonoridad y dulzura, el afecto que ha conservado siempre a Barcelona, su permanencia en esta ciudad por dos años consecutivos, el haber cursado en nuestras aulas y mantenido después fuera de ellas sus enseñanzas, su propaganda activa a favor de nuestra antigua y moderna literatura, ¿no nos dan derecho completo a reivindicar también para Cataluña esta gloria nacional, y a regocijarnos de su entrada en la Academia que por escelencia lleva el nombre de española, en edad que hasta ahora nadie lo había verificado en los ciento sesenta y ocho años transcurridos desde su fundación, no sólo como españoles, los que con Menéndez somos entusiastas admiradores de la *Ciencia española* y de las glorias nacionales, contra las bastardas tentativas extranjeras, y como católicos, los que con él preferimos también la ilustrada intolerancia del siglo de Felipe II, al salvajismo civilizado del siglo XIX, sino a la vez como catalanistas, los que alentamos aun risueñas esperanzas y sentimos palpitar nuestros co-

[357] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, p. 248, carta 400, Santander, 22 diciembre 1880.

> razones a los acentos de las estrofas de Ausias-March y de Corella, y al recuerdo de las gloriosas hazañas de nuestros antepasados?"[358].

Menéndez Pelayo era un castellano que sabía catalán y estudiaba y ponía en valor la literatura catalana de todos los tiempos, cosa que resultaba más notable en el caso de la literatura contemporánea, tan prejuiciada por otros. La etiqueta de "catalanista" era arriesgada por sus connotaciones y la extremosidad desde la que podía ser vista por algunos. Rubió siempre creyó en el prestigio de Menéndez Pelayo al respecto del estudio de la literatura catalana, como apuntó en otras ocasiones, por ejemplo en las conferencias que sobre el tema explicó en la Universidad de Barcelona el verano de 1897[359] o en su discurso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, a principios de 1913[360]. Después de publicar el primero de sus tres artículos, escribió a Menéndez Pelayo:

> "Mi muy querido Marcelino; por el mismo correo en que recibirás la presente, llegará a tus manos un número del *Diario de Barcelona* donde leerás un articulejo mío sobre tu persona considerada nada menos que como catalanista (!). A este seguirán, si mis cálculos son exactos otros dos, destinados a probar con tus obras y tus hechos el aprecio en que tienes y has tenido a Cataluña que te albergó tanto tiempo en tu seno. No sé si estarás conforme con todas mis apreciaciones. Algunas de ellas a haberlas leído segunda vez, no hubieran pasado a la prensa, por lo(s) acres y nada benévolas, como la que se refiere a esa Universidad Complutense. Lunares de mayor calibre que este, encontrarás en mi trabajo (que es de relumbrón en alguna parte), pero creo sabrás perdonármelos, teniendo solo en cuenta mi intención, que ha sido la de pagarte una deuda de gratitud y afecto que hace tiempo tenía contigo contraída"[361].

---

[358] RUBIÓ, A., 1881, p. 4761. Texto firmado en Barcelona el 20 de marzo de 1881. Sobre ello escribía también Rubió a Estelrich, en *Epistolari*…, 1985, nº 5, p. 242-243, carta de Antonio Rubió a J.L. Estelrich, Barcelona, 30-III-1881: "En el *Diario de Barcelona*, si es que le lees en la redacción del *Fénix*, verás unos artículos míos sobre Menéndez considerado como *catalanista*, es decir, interpretado *esotéricamente*".

[359] RUBIÓ, A., "Conferencia sobre literatura catalana dada en la Universidad de Barcelona", *La Última Hora* (Palma de Mallorca), 20 y 21 agosto 1897.

[360] Rseñado en *Diario de Barcelona*, 11 enero 1913.

[361] EG IV, 407. Barcelona, 30 marzo 1881. EG IV 420. Santander, 7 abril 1881: "Sé que te han enviado *La Independencia belga* que hablaba de ti, y supongo que habrás leído en el *Diario de Barcelona* un articulo de Rubió (hijo) en que te ensalza como *catalanista*".

Con la lectura del primero de estos artículos, Milá se molestó por una alusión hecha por Rubió. Al término de la publicación de la breve serie escribió Rubió a Menéndez Pelayo:

"Carísimo Marcelino; por fin después de mucho hacerse aguardar salió el último de mis artículos sobre tu persona o individualidad, como dirían otros, considerada como catalanista. No creo que produzca este ninguna tempestad, y hasta supongo que ha tenido más afortunado éxito que los anteriores. Ahí te lo mando como he hecho con los otros, inmediatamente después de su publicacion. Ahora que están todos en tu poder, aguardo con verdadera impaciencia tu parecer, que estoy más que seguro me hará olvidar los malos ratos que me han hecho pasar Milá con su remitido, los nocedalistas de esa con su oposición, y los enemigos tuyos y míos o por mejor decir de nuestras ideas, con algún indecente anónimo"[362].

Y Menéndez Pelayo, honrado por la distinción como "catalanista", le respondió agradecido, aunque dolido por el enfado causado en Milá:

> "Estoy contigo en deuda hace una porción de días, y no es contigo solo, pues en dos semanas no he escrito una sola carta. Recibí y leí con fruición y con agradecimiento profundo los tres sabrosos artículos con que tuviste a bien honrarme a título de *catalanista*, y vi en ellos una prueba más de tu buena y leal amistad y del entrañable cariño que siempre me has tenido, igual al que yo tengo por ti. Los artículos me han parecido muy bien, aparte de algunas extremosidades e hipérboles en lo relativo a mi y en lo relativo a Cataluña. Pero aun en estas exageraciones has pagado tributo a dos nobilísimos sentimientos y nada tengo que decirte por ello.
>
> Mucho sentí lo de Milá. Si yo hubiera estado cerca de tí cuando escribiste el primer artículo, te hubiera aconsejado que quitaras aquella frase, aunque bien sé que no fue tu ánimo ofenderle ni faltarle al respeto en lo más mínimo, Siento mucho más este lance, por haber recaído en persona a quien tanto admiro y quiero, y de la cual ahora y siempre debo recibir lecciones"[363].

---

[362] EG IV, 438, Barcelona, 23 abril 1881.

[363] EG XXII, 1067, Madrid, 2 mayo 1881.

Oller y el problema literario entre el castellano y el catalán

El novelista cántabro José María de Pereda (1833-1906), uno de los grandes amigos de Menéndez Pelayo, tenía en Cataluña relaciones muy interesantes, como Cayetano Vidal, profesor de Menéndez Pelayo[364] quien, por otro lado, era uno de los que le mantenía al tanto de las novedades bibliográficas en Cataluña. Milá envió a Pereda algunas obras, como *La cansó de pros Bernat*, que mereció un modesto comentario epistolar del autor de *Peñas arriba*:

> "Aunque poco familiarizado con la hermosa lengua catalana, creo haber leído el poema con acierto bastante para saborear sus principales bellezas, dejándome llevar de su fluidez, que me recuerda la de nuestros viejos y castizos romances castellanos. Dobla mi satisfacción de conocer tan acabada obra el deber el ejemplar de ella a su insigne autor. Nuestro común amigo Menéndez me la había citado algunas veces como cosa digna de conocerse"[365].

En 1883 Pereda fue invitado a participar en los Juegos Florales. En una carta de Pau Bertrán y Bros, que había sido compañero de Menéndez Pelayo, se lee:

> "Aunque me consta que se le ha remitido ya invitación para que con su asistencia honre este año nuestros Juegos Florales, le incluyo otra por si no hubiese recibido la primera, uniendo a la misma mi ruego de entusiasta amigo […] Véngase, pues, que honrando mucho con su asistencia a la literatura catalana, dará una gran alegría a tantos amigos y admiradores como tiene entre la gente catalanista"[366].

En noviembre de 1884, en el año en que Félix Sardá y Salvany había publicado *El liberalismo es pecado*, donde se identificaba la fe católica con el "carácter nacional"[367], le escribía Pereda a Menéndez Pelayo anunciándole que un muy interesante novelista catalán, Narcís Oller, le habría de mandar sus obras[368]. Pocas semanas después recibió Menéndez Pelayo carta de Oller[369]. Y pronto informó del descubrimiento a Laverde:

---

[364] EG IV, 146, Barcelona, 10 abril 1880.

[365] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 185-186, carta 349, Santander, 11 febrero 1879.

[366] EG VI, 89. Barcelona, 27 abril 1883.

[367] BOTTI, Alfonso, 1992, p. 39.

[368] EG VI, 460. Santander, 3 noviembre 1884: "Probablemente te enviará, por consejo mío, todas sus obras el catalanista Oller, que pondría sobre su cabeza un juicio tuyo sobre aquéllas. Supongo yo que en

> "Ha aparecido en Cataluña un novelista llamado Oller, que, a mi juicio, vale muchísimo. Su último libro, *Vilaniu*, es una joya de primor de estilo y delicadeza de observación. Sigue en algo las huellas de la escuela naturalista, pero con aliento propio y con cierto buen gusto ingénito. Le ha de agradar a Vd."[370].

Sin embargo un debate de mayor calado que la apreciación estética plantearía la calidad novelística de Oller: la escritura literaria en catalán o en castellano. Tras la publicación de *La papallona* en francés, con prólogo de Emile Zola, abundaron las reseñas en castellano sobre la obra literaria de Oller. En *La Prensa* de Buenos Aires publicó Pérez Galdós un artículo en el que afirmaba, entre otras lindezas, "que Oller, uno de los más insignes catalanes y uno de los primeros novelistas españoles, escriba sus admirables obras en catalán es una verdadera desdicha". Pérez Galdós le escribió a Oller, el 8 de diciembre de 1884, a propósito de *La Papallona*:

> "Es un verdadero crimen que V. no haya escrito este libro en castellano, o traducídolo, después de haber rendido al exclusivismo local el tributo de la prioridad [...] Lo que sí le diré es que es tontísimo que V. escriba en Catalán. Ya se irán Vds curando de la manía del catalanismo y de la *renaixensa.* Y si es preciso, por motivos que no alcanzo, que el catalán viva como lengua literaria, deje V. a los poetas que se encarguen de esto. La novela debe escribirse en el lenguaje que pueda ser entendido por mayor número de gente. Los poetas que escriben para sí mismos, déjelos V. con su manía, y véngase con nosotros. Le recibiremos a V., en el recinto de nuestro Diccionario, con los brazos abiertos"[371].

Oller escribió a Joan Mañé y Flaquer, que le había defendido en *El Diario de Barcelona*:

---

el libro que escribas sobre Milá hablarás algo de la influencia ejercida por su enseñanza en aquella juventud que le rodeaba por las noches en el café de Pelayo, y cuyas obras va publicando *La Renaixensa.* Buena ocasión para decir algo del novelista Oller, por cuyas obras tengo verdadera pasión, y cuya persona vale todavía más que sus obras". En OLLER, Narcís, 1962, pp. 71-72, carta de Emilia Pardo Bazán a Oller, en julio de 1884: "No conozco en efecto a Pereda sino por sus cariñosas y frecuentes cartas; pero me lo he figurado como usted lo pinta, un poco refractario a la fácil vida actual, chapado a la antigua y cortado por el patrón nato de los españoles de antaño. Eso en él resulta agradable, porque el talento lo hermosea todo".

[369] EG VI, 484, Barcelona, 24 noviembre 1884.

[370] EG, VII, 439, Madrid, 6 febrero 1886.

[371] En LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, p. 85.

> "Tan obcecados viven en este punto hasta los ingenios más preclaros de allende el Ebro –excepción hecha de muy pocos, entre los cuales descuella Menéndez y Pelayo quien me ha excitado precisamente a no abandonar el camino emprendido— tan obcecados están, repito, que se resistirán más a creer en la existencia de esa ley sobrehumana que impone fatalmente al escritor catalán, como el de cada país, distinto lenguaje y diverso estilo, que en lo de la absurda confabulación"[372].

Más adelante, Galdós lamentaría tener que leer otra obra de Oller, *Vilaniú*, en catalán[373]. La opinión de Galdós podía ser matizada por críticos como Luis Alfonso, que en *La Época* de Madrid (1 de febrero de 1886), hizo una defensa del catalán literario en su reseña a la obra de Yxart *El año pasado*, siguiendo la idea del escritor catalán, compartida por buena parte de la intelectualidad catalana[374]. Juan Valera escribía, en este sentido:

> "A mi ver, pues, y considerando este asunto por todos sus lados, si bien celebramos que Oller escriba en catalán sus novelas y que Verdaguer escriba en catalán *La Atlántida*, tal vez ganaríamos más, ellos y nosotros, si todo esto estuviera desde luego escrito en la lengua castellana, que ya debe llamarse y se llama *española.* Pero aun suponiendo que es más primor, más riqueza, más variedad el tener y el seguir teniendo literatura catalana, esta literatura no es contraposición, como pretende el señor Yxart, sino dependencia o ramo de toda la de España"[375].

Menéndez Pelayo se había manifestado, sin embargo, a favor de que Oller empleara el catalán, a tenor de una respuesta epistolar del propio Oller, que valoraba la comprensión de Menéndez Pelayo que les faltaba a otros "castellanos":

> "Celebro de veras, y hablando con franqueza no me explico lo contrario en personas de talento, que opine Vd. porque siga escribiendo en catalán, única lengua que conozco *algo* a fondo y que manejo con alguna soltura. Como buen catalán amo

---

[372] En OLLER, Narcís, 1962, pp. 63-64.

[373] En LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, p. 82.

[374] Vid. *ibíd.*, pp. 87 y ss. En EG XXI, 591, 29 abril 1911, carta de Francisco José Montanyá y Santamaría a Menéndez Pelayo, acompañando el envío de su Topografía médica de Pons y sa comarca: "Como me manifestaba mi docto amigo el Dr. Alcover, de Mallorca, la literatura catalana está evidentemente falta toda de obras científicas. Escasísimo valor tiene la mía, pero con ella me he propuesto estimular la afición de los hombres de ciencia de nuestro país a escribir en catalán".

[375] En LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, p. 88.

> muchísimo mi tierra, pero no soy tan implacable catalanista que supiese sacrificar mi fama en aras de la lengua que aprendí de muchacho por más que la quiera y descubra en ella porción de condiciones que han de escaparse a los que no la han tratado con tanta intimidad. Ante todo soy artista y como tal ¿a qué ocultarlo? siento anhelos de gloria y me gusta el estruendo del aplauso. Si yo escribiese en castellano no daría más que obras anodinas, sucumbiría a la falta de fraseología y locución, no lo dude Vd. No hay pues obstinación, ni temeridad, por mi parte, sino imposibilidad absoluta que debieran comprender y respetar como Vd. lo hace. No lo hace asi mi amigo Alfonso desde *La Época* como Vd. habrá visto, y como es posible que sus teorias susciten disensión aquí, donde muchos piensan de aquel modo, me atrevo a rogar a Vd., por si acaso, que me permita publicar su carta. La opinión de Vd. es de gran peso y de seguro llevaría la persuasión a muchos. No haré uso de ella más que en caso necesario, si Vd. me lo permite. Para ello me bastará una tarjeta postal, y si Vd. calla entenderé que no quiere. Dispense Vd. la impertinencia y no dude le quiere y admira siempre su amigo y lector"[376].

Gaspar Núñez de Arce, por su parte, condenó en el Ateneo de Madrid el 8 de noviembre de 1886 el fanatismo frente al "habla oficial de la nación a que se pertenece"[377] y recibió la réplica nada menos que del federalista Almirall desde la misma tribuna[378]. Sería bastante negativa la recepción de *La Montálvez* (1888) de Pereda por catalanes como Francisco Miquel y Badía, que a su vez, por su crítica, recibirían la censura de Oller y José Yxart[379]. Un momento interesante en la relación de Pereda con la crítica catalana fue la publicación de *Nubes de estío* (1891); en uno de sus cuadros el novelista criticaba el desconocimiento que la prensa madrileña tenía de la literatura catalana, lo que fue aprovechado por Yxart para defender el regionalismo literario[380]. Al año siguiente Pereda fue invitado como mantenedor en los Jocs Florals. La idea de Pereda del catalanismo no se alejaba del pensamiento de Milá o de Menéndez Pelayo y ponía la nota sustantiva en lo literario y cultural. Sobre su discurso pudo leerse en *La Vanguardia*:

---

[376] EG VII, 436, Barcelona, 4 febrero 1886. Ignoro esta carta de Menéndez Pelayo, pero el contenido filocatalanista se intuye en la respuesta de Oller, que pensaba incluso publicarla en su defensa.

[377] *Discurso leído por el Excmo. Señor D. Gaspar Núñez de Arce el día 8 de noviembre de 1886 en el Ateneo científico y literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras*, Madrid, Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1886, extractado en LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, pp. 96-98.

[378] Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce en el Ateneo de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras en el año corriente por Valentín Almirall, presidente del Centre Catalá, Madrid, Librería de Antonio Sanmartín, Barcelona, Librería de Inocente López, 1886, extractado en LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, pp. 99 y ss-.

[379] Vid. GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, 1983, pp. 298 y ss.

> "Es un regionalismo el suyo que tiene más de literario que de político: un regionalismo que tiende más bien a conservar los usos y costumbres y la fisonomía propia de cada comarca, que a restaurar anacrónicas instituciones políticas y sociales, ya fenecidas y que en cierto modo pugnan con la realidad viviente"[381].

Años más tarde, en junio de 1893, Oller, invitado por Pereda, visitó Cantabria; mientras Oller era agasajado allí, en Barcelona lo era José de Echegaray[382]. En Santander coincidió Oller con los intelectuales del regionalismo montañés, entre ellos el hermano de Marcelino Menéndez Pelayo, Enrique, y Alfonso Ortiz de la Torre, "*altre santanderí molt expressiu, amable, aficionat a les lletres y ferventíssim amic d´En Pereda, a qui aquest ens presentè per escrit*", según el propio novelista[383]. Ortiz de la Torre dejó escrita su sensación del viaje y el conocimiento fraternal de los autores catalanes y montañeses:

> "Causaba gran placer ver cómo estaban de poseídos todos ellos, de las obras más primordiales de nuestro renacimiento literario, en el que quería descubrir yo los trabajos de propaganda entusiasta que, entre ellos, habían hecho los eminentísimos maestros Pereda y Marcelino Menéndez y Pelayo, la especial devoción con que hablaban de Mariano Aguiló, de mosén Cinto, de mosén Collell, de Picó, de Matheu, de Maestre y de Sardà, y de cómo se sentían de contrariados que no me hubiera acompañado allí mi queridísimo primo Yxart (que ellos tanto admiraban) y como deploraban la causa, es decir, la intensa afonía que de algún tiempo a esta parte sufría, y que a mí ya me empezaba a angustiar"[384].

---

[380] *La Vanguardia*, 19 y 26 febrero, 5 marzo 1891.

[381] ROCA Y ROCA, J., *La Vanguardia*, 16 mayo 1892, p. 2.

[382] *La Vanguardia*, 4 julio 1893, pp. 4-5.

[383] OLLER, Narcís, 1962, p. 174.

[384] *Ibíd.*, p. 179: "*Causava gran plaer veure com estaven de posseïts tots ells, de les obres més cabdals de la nostra renaixença literària, en la qual volia descubrir jo, els treballs de propaganda entusiasta que, entre ells, havien fet els eminetníssims mestres Pereda y Marcellí Menéndez y Pelayo, l´especial devoción amb què parlaven d´En Marian Aguiló, de mossén Cinto, de mossèn Collell, d´En Picó, d´En Matheu, d´En Mestres y d´En Sardà, y de com se sentien de contrariats que no m´hagués acompanyat alló mon estimadíssim cosí Yxart (que ells tant admiraven) y com en deploraven la causa, és a dir, la intensa afonia que d´algun temps encá patia, y que a mi ja em començava a anguniejar*". Sobre Yxart, en OLLER, Narcís, 1962, p. 189, nota 3, Pereda había escrito a Oller el 28 de abril de 1893: "¿No podría arrastrar consigo a mi tocayo Yxart? ¡Con qué gusto le veríamos aquí! Anímele y júzguele, a ver si logramos ponerle siquiera en situación de vacilar. De esto a caer, no quedaba más que un esfuerzo, que haría yo con alma y vida".

Uno de los actos preparados para Oller fue una comida en el paraje montañés de La Fuente del Francés. Tras ella, Pereda dirigió el brindis en tono amistoso y conciliador:

> "No quiero declinar en nadie el honor de hacer la presentación oficial de don Narciso Oller: expuso los méritos que le adornan; la importancia de sus libros admirados; la representación que por derecho propio le corresponde en las letras catalanas, y la satisfacción con que se le ve en la Montaña, donde era hace tiempo conocido y esperado. Pido, pues, un brindis para el señor Oller, cuya fama y renombre son grandes en toda España; otro brindis para la literatura catalana, la más esplendorosa de las literaturas regionales, y puesto ya a pedir, pido otro brindis para nuestro amigo, señor Galdós"[385].

La prensa catalana (*La Veu de Catalunya*, *La Vanguardia*…) se hizo eco del viaje de Oller, destacando su importancia en el reconocimiento de la Renaixença:

> "Por nuestra parte solo podemos manifestar, repitiendo lo dicho en anteriores números, que, agradeciendo tales manifestaciones de cariño, sentimos una verdadera satisfacción viendo estrecharse con esta y otras ocasiones los lazos de fraternidad entre los escritores de todas las regiones de España que tienen literatura propia. Por el arte y la literatura, realizan ellos lo que quisiéramos ver conseguido en otras esferas: la conciliación y concordia de un principio común a todos, con el respeto y consideración a los derechos particulares de cada uno"[386].

Después de la visita de Oller, José María Quintanilla, *Pedro Sánchez*, publicó en *El Atlántico* de Santander un interesante artículo en el que valoraba la variedad literaria española:

> "Santo y muy bueno que en asuntos políticos y económicos se esgrima la pluma con entusiasmo y valentía en defensa de la sagrada unidad de la patria y en comprobación de la comunidad de ideas e intereses de todas las provincias que constituyen la tierra común; pero no debe en esto inspirarse la crítica al juzgar y estudiar escritores españoles que dan vida a sus pensamientos en lengua que no es la castellana"[387].

---

[385] OLLER, Narcís, 1962, pp. 205-206, nota 14, según información del *Boletín de Comercio*.

[386] *La Vanguardia*, 15 julio 1893, en OLLER, Narcís, 1962, p. 226.

[387] OLLER, Narcís, 1962, p. 194, nota 9. Publicado en *El Atlántico* el 19 de julio de 1886.

Mientras tanto, *Sotileza* (1895) de Pereda había merecido una importante crítica de Joan Sardá en *La Ilustració Catalana*:

> "Pereda es de los pocos escritores castellanos que nos atienden y consideran, de los poquísimos que nos leen y nos estimulan [...] Es, además, Pereda, o ha sido hasta hace poco, una de las víctimas del olímpico desdén con que la gacetilla cortesana vierte sobre todo lo que viene de provincias"[388].

De la Atlántida al ostracismo de Verdaguer

La *Atlántida* de Verdaguer había aparecido en Barcelona en 1878. Rubió, que había prestado a Menéndez Pelayo un ejemplar, reconoció que al día siguiente le "recitó de memoria su introducción paseando por la Rambla de las Flores"[389]. Pocos meses más tarde de la aparición del libro, en marzo de 1879, Menéndez publicaba en *El Fénix*, periódico carlista moderado[390], una elogiosa reseña sobre quien estaba, según él, "al frente de todos los poetas descriptivos peninsulares"[391]. El artículo, por cierto, habría de coincidir con el juicio positivo que publicaría poco después Manuel de la Revilla, uno de los "enemigos" krausistas de Menéndez Pelayo:

> "Ante un poeta como el Sr. Verdaguer, la crítica de pormenor enmudece. Sólo nos queda aliento para leer y admirar, y bendecir a Dios, que ha consentido que tal maravilla se escribiese en una lengua *española* y por un sacerdote católico, modesto y piadosísimo como pocos. Gracias al autor de l´*Atlántida*, nada tiene que envidiar España a los Tennyson, Longtellow, Carduccis, Mistral y demás grandes poetas de otras tierras.

---

[388] En GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, 1983, p. 231: "*En Pereda es dels pochs escriptors castellans que´ns atenen y consideran, dels poquissims que´ns llegeixen y ´ns estimulan* […] *Es, además, En Pereda, o ha sigut fins fa poch, una de las victimas del olimpich desdeny ab que la gasetilla cortesana sol sobre tot lo que ve de provincias*".

[389] TORRES GOST, Bartomeu, 1979, p. 16.

[390] GALLEGO, José Andrés, 1982, p. 141.

[391] ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 189; en este sentido, en *ibíd*., p. 191, destaca Menéndez Pelayo que Verdaguer era "superior en condiciones descriptivas a todos los poetas catalanes, castellanos y portugueses que yo conozco". El texto está íntegro en la antología final.

> La traducción del Sr. Palau está hecha en puro y elegante castellano, aunque a veces por las condiciones del original resulta oscura o de sabor extraño"[392].

La obra de Verdaguer, a quien Menéndez Pelayo consideraba "grande y soberano poeta y […] excelente amigo", representaba la cumbre del florecimiento lírico español:

> "Esa rica y gloriosa literatura catalana que, renaciendo en pleno siglo XIX a la luz de Aribau, el inmortal cantor de la Patria, ha venido a reanudar las gloriosas tradiciones de los Muntaners, Lulls, Marchs y Roigs, hasta alcanzar en lo lírico un florecimiento del cual pocas naciones modernas pueden ufanarse, acaba de coronar sus timbres con un esfuerzo gigantesco, un poema épico-descriptivo, que parece inverosímil en estos tiempos, rico, vigoroso y espléndido, portento de audacia y armonía"[393].

El poema era también una reivindicación de la lengua catalana: "No hay lengua moderna que iguale en poder y flexibilidad a la lengua catalana, tal como Verdaguer la maneja"; manejo que no es el "degenerado y neológico catalán que ahora se habla en las plazas de Barcelona y de Valencia" sino un complicado intento de "restituir la lengua clásica a su pureza"[394]. A este artículo respondió Verdaguer con la siguiente carta, cuyo texto original está en catalán:

> "Estimadísimo amigo y señor mío:
>
> Atendiendo a lo difícil que me es escribir en castellano, el gran manejo que tiene Vd. de la lengua de mis padres, me atrevo a escribirle en ella, suplicándole me lo dispense.
>
> He leído su artículo sobre la *Atlántida* y no sé de qué manera darle las gracias, seguro de que, por bien que lo hiciera, no sabría dárselas como Vd. se lo merece. Muchos otros se habían publicado en España, muchas correspondencias y cartas la habían alabado fuera, pero ningún documento la había

---

[392] *El Fénix*, Madrid, 17 marzo 1879; *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 192. La bibliografía sobre el elogio de Menéndez Pelayo es extensa, vid. por ejemplo MOLL, Francesc de B., 1957, p. 8; TORRES COST, Bartomeu, 1979, p. 17; ARNAU, Carme, "Jacint Verdaguer", en VERDAGUER, Jacint, 1980, p. 9; BASTONS, Carles, "Difusió y recepció de Jacinto Verdaguer en el món hispànic", en VV.AA., *Verdaguer*…, 2002, pp. 143-151.

[393] El Fénix, Madrid, 17 marzo 1879; ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, p. 189.

[394] ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, p. 191.

levantado tan alto ni crítica alguna suya había rodado como la de Vd. haciendo rodar con ella mi poema, como si fuera una naranja del país de las Hespérides, ese pobre fruto cogido antes de tiempo y menudo como el árbol que le ha dado la vida.

Ahora ¿qué haré yo por Vd.? ¿Cómo le mostraré mi infinito agradecimiento? Como aquel que ha de pagar una gran deuda y sólo es rico en buena voluntad, sólo puedo decirle ¡Dios se lo pague! Dios conserve su preciosa vida, que de árbol que dé tan buena sombra, bien tenemos razón de esperar grandes frutos.

Le doy las gracias de todo mi corazón, rogándole se sirva mandarme y disponer de mí, seguro de que el día en que pueda servirle será otro día de alegría para su servidor y amigo capellán"[395].

Poco después, Menéndez Pelayo recibió otra obra de Verdaguer, *Idilis* y *Cants mistichs*[396], obra que mencionaría con elogio nada menos que en su discurso de ingreso en la Real Academia Española con toda la carga sustantiva que ello suponía:

"Por razones fáciles de comprender no he hablado de los escasos poetas místicos del siglo presente. Séame lícito, no obstante, hacer, aunque en for-

---

[395] En CAMBÓ, Helena, 2002, pp. 155-156. Agradezco a Helena Cambó que me enviara el 25 de junio de 2011 no sólo un ejemplar de su artículo sobre Verdaguer y Cambó, sino la traducción al castellano de esta carta. El original, también en EG III, 263, Barcelona, 24 marzo 1879: "Estimadíssim amich y senyor meu: atés lo dificil que m'es lo escriure en castellá y lo gran maneig que te V. de la llengua de mos pares, m'atreverch á escriureli en ella, suplicantli m' ho dispense.

He llegit lo seu article sobre la Atlántida y no se de quina manera dárlin les gracies, segur de que per be que ho fes no sabría dárleshi com V. ho mereix. Mols altres s'en havian publicat en Espanya, moltes correspondencies y cartes l' havian alabada fora, mes cap document la havia aixacada tan amunt, ni cap crítica seva havia rodolat com la de V., fent rodolar ab ella mon poema, com si fos una taronja del pardi de les Hespérides eix pobre fruyt cullit avans d'hora y migrat com l'arbre que li ha donat la vida.

Ara ¿que faré yo per V.? com li mostraré lo meu infinit agrahiment? Com aquell que ha de pagar un gran deute y sols es rich en bona voluntat, sols pup [sic] dirli Deu li pach. Si, Deu conserve sa preciosa vida, que d'arbre que dona tan bona ombra be tenim rabó d'esperarne grans fruyts.

Li dono les gracies de tot mon cor, demanantli se servesca manarrne y disposar de mi, segur de que lo dia en que puga servirlo sera un altre dia d'alegria per son servidor y amich capellá q.s.m.b.".

[396] EG III, 317, Barcelona, 15 junio 1879, de Antonio Rubió: "Supongo que habras recibido y leído ya el precioso tomo de Idilis y Cants mistichs de Mossen Jacinto Verdaguer. Por lo menos me dijo este el otro día que te los había remitido. Me manifestó sin embargo, que temía que no te gustasen, por que no hay en ellos nada horaciano. Jo só, añadio, mes virgilió que horació".

> ma de nota, una excepción, no de amistad, sino de justicia, a favor de la preciosa colección de *Idilios y Cantos Místicos* de Mosén Jacinto Verdaguer, alta gloria de la literatura catalana, y superior, en mi concepto, a su tan celebrado poema de *La Atlántida*. Sin hipérbole puedo decir que no se desdeñaría cualquiera de nuestros poetas del gran siglo de firmar algunas de las composiciones de ese volumen: tal es el fervor cristiano y la delicadeza de forma y de conceptos que en ellas resplandecen"[397].

Verdaguer le escribió agradeciéndole su atención:

> "Querido amigo y venerado señor: Acabo de leer su Discurso de entrada en la Real Academia, y de seguir su vuelo de águila a traves de los mundos místicos de Lull y San Juan de la Cruz, y no acierto a darme cuenta de las impresiones gratísimas que una tras otra he recibido.
>
> Solo mi humilde nombre, que debería quedar sepultado en el polvo del olvido, está como avergonzado al lado de tantos nombres santos e ilustres.
>
> No sé si debo darle las gracias por ello, o si debo pedirle que no de nuevos motivos de orgullo a quien, por su poco valer e insuficiencia, debería buscarlos solo de verdadera humillación.
>
> De todas maneras agradeciendo la honrosa nota que consagra a mis *Idilios*, tributo de su amistad, que es mi mayor gloria, quedo rogando a Dios que siga derramando los rayos de su divina luz en su entendimiento, y los torrentes de su gracia en su corazón.
>
> Si en mi pequeñez pudiera yo servirle de algo, le suplico que me de este gusto, que será el mayor de su vida para s.s. y a. q.s.m.b."[398].

Justo por entonces, un artículo de Rubió en *La Veu de Catalunya* ensalzaba la labor de propaganda que estaba haciendo Menéndez Pelayo de autores catalanes como el mismo Verdaguer:

> "El amor a las cosas de Cataluña ha formado parte de la misma naturaleza de Menéndez Pelayo, y en este sentido bien podemos asegurar que, con su

---

[397] ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, II, p. 110, nota 1. En este discurso pronunció además un encendido elogio de Ramón Llull y Ausías March.

[398] EG IV, 381, Barcelona, 13 marzo 1881.

> talento y decisiva influencia en la literatura contemporánea, ha sido y está destinado a ser uno de los más fervorosos propagandistas de las letras catalanas, las cuales, tal vez en tiempo no lejano, deban a sus esfuerzos lugar más honroso y digno del que ahora ocupan entre los pueblos de la gran familia ibérica. En el libro, en la cátedra, en las conversaciones, ¡cuántas veces durante nuestras cortas estancias en la Corte han herido agradablemente nuestros oídos poesías catalanas en labios madrileños, y alabanzas de nuestros poetas modernos en boca de quienes hacían antes de ellos escaso aprecio! Y todo esto se debía a la influencia de Menéndez" [399].

Verdaguer, capellán de los marqueses de Comillas, y Menéndez Pelayo volvieron a encontrarse, esta vez en Santander, al final del verano de 1881. Menéndez Pelayo debió de hablarle entonces de uno de sus proyectos inmediatos, el tomo tercero de los *Heterodoxos*[400]. El poeta catalán, que había felicitado a Menéndez Pelayo por su Brindis del Retiro, entregó al polígrafo en Santander ejemplares de una oda impresa en la imprenta local de Martínez. Menéndez envió uno de ellos a Laverde[401]. No tardó Verdaguer en hacerle llegar el tomo de los Juegos Florales de 1881, en el que se incluían varias traducciones de Horacio[402]. Tampoco tardó demasiado la carta en la que Verdaguer le felicitaba por el último tomo de los *Heterodoxos*[403]. En esta misma carta le reconocía sus dificultades para terminar *Canigó*:

> "El que Vd. escriba los libros por docenas, me consuela a mí de no poder adelantar el único mío, si libro se puede llamar mi leyenda *Canigó.*
>
> No tengo en todo el año más que un par de meses libres y hace dos años tengo que consumir uno y medio tan lejos de allí, que no sé si mis pobres

---

[399] En SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 353.

[400] Puede inferirse de una carta de Joaquín Rubió, EG V, 188, Barcelona, 20 octubre 1881: "Por nuestro amigo el simpático y dulce Mossen Verdaguer he sabido que estaba V. rematando el tomo tercero de sus *Heterodoxos*. Espero que se publique y que llegue á mis manos para gozar en su lectura lo que he gozado con la de los tomos primero y segundo".

[401] Se trata de *La Venedicio de la capella del Cor de Jesús*, Santander, José María Martínez, 1881. EG V, 163, Santander, 15 septiembre 1881: "Estos días hemos tenido en la Montaña al egregio Verdaguer, que ha venido como capellán de Antonio López. Te remito una magnífica oda que Verdaguer ha escrito e impreso aquí". Dos ejemplares se conservan en la BMP. Laverde contesta en EG V, 171, Santiago, 25 septiembre 1881: "Muy buena me parece la oda catalana de Verdaguer. No creo que haya al presente ningun poeta castellano que le iguale".

[402] EG XXII, 1069, carta a Antonio Rubió, 22 octubre 1881.

[403] EG V, 376

> sueños acabarán por volar y evaporarse con mi pobre inspiración. Todo sea por Dios".

Cuando finalmente Menéndez Pelayo leyó este poema, *Canigó*, no pudo disimular su entusiasmo, y así se lee en la carta que dirigió a su autor:

> "La atenta lectura de *Canigó* me ha confirmado en la idea que hace tiempo formé conceptuándole a usted (y perdóneme su modestia) como al poeta de mayores dotes nativos de cuantos hoy viven en tierra de España. En grandeza de imágenes, en viveza y esplendor, en derroche, digámoslo así, de pompas fantásticas y colores, en cierta manera grande y amplia de concebir y de expresar, trozos hay en *Canigó* que igualan o superan a los más celebrados de Victor Hugo, con quien tiene usted un remoto aire de familia, en aquello, se entiende, en que Víctor Hugo es digno de alabanza.
>
> *Canigó* me parece un poema más *humano*, y por lo mismo más interesante que la *Atlántida*, aunque siempre en las obras largas de usted la parte descriptiva y la parte lírica, vencen con mucho a la parte dramática o novelesca. Sin embargo, repito que *Canigó*, aun bajo este aspecto, interesa y señala una nueva y fecunda dirección en el talento de usted. Los dos cantos en estilo de *canción de gesta* son de una rapidez y un ímpetu guerrero que verdaderamente entusiasma y arrebatada. La idea de presentar la civilización cristiana coronando con la cruz los Pirineos y disipando las supersticiones gentílicas que poblaban aquellos valles, me parece feliz y poética, y ha sido buen acuerdo enlazar con ella el nombre del obispo Oliva"[404].

Menéndez transmitió su entusiasmo por Verdaguer y su *Canigó* a sus amigos, entre ellos a Juan Valera:

> "Donde hay mucha actividad literaria es en Cataluña. Verdaguer (que, a mi entender, es el mayor poeta de mayores dotes que al presente tenemos en España, aunque un tanto contagiado de *víctor huguismo* pomposo) acaba de

---

[404] EG, VII, 422, Madrid, 25 enero 1886. La carta figura en la selección documental. Se publicó en *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any IX, nº 12, dissapte, 20 de mars de 1886, pp. 93-94, con la siguiente introducción: "Creyem un dever dar al publich la següent literaria epístola del insigne escriptor católich, honra y delectació de las lletras espanyolas dels nostres temps. Y la publicam, no sols per los altíssims conceptes en ella escampats á profusió, y per l´honor de nostre poeta, sinó també per la gran honra que´n resulta per la pátria catalana. De tot lo que la crítica ha dit sobre l´última obra de Mossen Verdaguer, res tant sustanciós y entussiasta com la carta del sabi catedrátich de la Universitat Central".

> publicar un largo poema, *Canigó,* donde hay trozos tan brillantes y espléndidos como los mejores de la *Leyenda de los Siglos*"[405].

Un nuevo encuentro entre Menéndez Pelayo y Verdaguer se produciría en mayo de 1888, en Barcelona, con motivo de los Juegos Florales. Ya en noviembre del año anterior Verdaguer le había animado a aceptar el nombramiento de mantenedor:

> "Espero que no reusará V. (lo sentiría en el alma) el nombramiento de mantenedor de nuestros Juegos Florales. Los adjuntos todos nos honraremos con su nombre si no pudiera ser con su presencia, y contribuiría a quitar a nuestra fiesta de Mayo el caracter de exclusivismo que infundadamente se le atribuye. Por otra parte nos ha animado a nombrarle el coincidir los Juegos con la apertura de nuestra Exposición [Universal]"[406].

Verdaguer pasó después una época muy amarga, habiendo sido acusado de varios delitos. Vivió dos años recluido por orden del obispo de Vic, pero a mediados de 1895 regresó, sin permiso, a Barcelona, donde publicó una serie de artículos *En defensa propia*[407]. El 17 de junio comunicaba al director de *El Noticiero Universal* que volvía "para arreglar mis asuntos y abrir una salida en mi situación desesperada, y dos veces he visto la fuerza publica en mi misma puerta para detenerme como un delincuente"[408]. Estos artículos no podían pasar desapercibidos para quienes habían sido admiradores de Verdaguer y debían remover la conciencia de quienes lo habían elogiado. Francesc Cambó, aún estudiante universitario, pero lector muy bien informado, escribió a Menéndez Pelayo desde Besalú, en octubre de 1895, sin duda apreciando la contribución de Menén-

---

[405] EG, VII, 439, Madrid, 6 febrero 1886. En un tono similar, la carta EG, VII, 470, Madrid, 30 marzo 1886: "Supongo que a estas horas habrá visto Vd. ya el *Buch der Lieder* de E. Heine, traducido por Pérez Bonalde fidelísimamente, según yo alcanzo, y a veces con primor de versificación y de estilo. Le he felicitado en una carta, que él pone entre los preliminares, al lado de un prólogo del amigo Fastenrath. El poeta valenciano Teodoro Llorente acaba de publicar otra versión del mismo *Cancionero,* que también me parece apreciable, aunque no iguala, ni con mucho, a la de Bonalde. Tal es, a lo menos, mi primera impresión. De todas maneras Heine va teniendo fortuna entre nosotros. Buena falta nos hace que se traduzcan fiel y directamente los poetas extranjeros, en medio de la penuria de buenos líricos originales que comienza a sentirse en España. Figúrese Vd. que este año (fuera del poema catalán de Verdaguer) no hemos visto otra cosa que las sandias y disparatadas aleluyas de Campoamor y una leyenda infantil de Núñez de Arce, que está mejor escrita, pero que, así y todo, vale harto poco".

[406] EG IX, 22, 19 noviembre 1887.

[407] Sobre ello, GAROLERA, Narcís, "Un escriptor a la defensiva", en VV.AA., *Verdaguer*…, 2002, pp. 79-85.

[408] En VV.AA., Verdaguer…, 2002, p. 325: "Per arreglar mos assumptos y obrir una sortida en ma situació desesperada, y dues vegades he vist la força publica en ma mateixa posada per agafar-me com un delinqüent".

dez Pelayo a la valoración de la lengua catalana[409], el recuerdo de sus palabras en los Jocs Florals de 1888 y su consideración sobre Verdaguer, que acababa de publicar *Sant Francesc*:

> "Me dirijo a V. para pedirle haga una obra, que redundaría en beneficio de las letras y contribuiría a desvanecer del todo una calumnia. Mossen Jacinto Verdaguer, cuyas poesías místicas fueron tan favorablemente juzgadas por V. en su discurso de entrada en la Academia, ha publicado, hace más de quince días, su poema *Sant Francesh* escrito en el periodo, tan triste para él, en que con más saña se le trató de loco, y la prensa no se ha ocupado de ello: la política y de noticias porque tiene otros asuntos con que llamar la atención y la literaria porque no existe. De este modo se va formando alrededor de los hombres que valen y trabajan, aquel vacío, de que V. tantas veces se ha lamentado, y que mata todas las iniciativas y apaga todos los entusiasmos.
>
> En el caso concreto a que me refiero podría V. hacer muchísimo para evitar esta indiferencia, de que se quejan cuantos se interesan por las letras patrias. Tengo la seguridad de que si V. publicara el juicio que le merece el tomo de poesías místicas a que me refiero, la prensa se haría eco de ella y la atención de los que aun conservan alguna aficion a todo lo bello, se fijaría en este ramillete de poesías, muchas de las cuales igualan, cuando menos, a las que forman aquel libro incomparable de los *Idilis y Cants Mistichs*.
>
> La admiración que siento por Mossen Verdaguer me ha inducido a escribirle estas líneas que no tienen mas valor que, el que les da el buen deseo que las inspira"[410].

Menéndez Pelayo debió de salir en apoyo de Verdaguer[411]. Ambos se vieron en Madrid a fines de 1897, en el contexto del apoyo de diversas personalidades "madrileñas" al

---

[409] CAMBÓ, Francesc, 1982, pp. 670-671, sobre un texto de juventud del polígrafo, escribe el 24 de noviembre de 1939: "En aquest article Menéndez Pelayo, com en tantes ocasions, parla de la llengua y la cultura catalanes y ho fa, com sempre, amb amor y competència".

410 EG, XIII, 490, Fransec Cambó, Besalú, 20 octubre 1895. También en GARCÍA VENERO, Maximiano, 1952, pp. 87-88 y CAMBÓ, Helena, 2002, pp. 153-154: "Reconec que dins la biografia del meu pare, aquest fet sempre m´ha semblat remarcable, tant per la fermesa de la seva admiració pel poeta com per la decisió que demostra al dirigir-se a un interlocutor de tal renom. El jove Cambó coneixia l´alt concepte que Menéndez y Pelayo tenia de Jacint Verdaguer. És ben il·lustratiu reelegir l´article que escrigué aquell, que era aleshores novell llicenciat en Lletres de la Universitat de Valladolid (deu anys més jove que el poeta), el 1877 en el moment de l´aparició de l´*Atlàntida*".

poeta catalán[412]. Pero lo cierto es que no he encontrado en el Epistolario General ninguna alusión concreta y documentada a este apoyo de Menéndez Pelayo, que debió de ser prudente, quizá por su propia relación con el círculo próximo a los marqueses de Comillas. Es cierto, no obstante, que Antón Busquets y Punset le anunció la aparición de una revista catalana con el título de *L'Atlantida*, y le rogaba que hiciera en beneficio de la fama del poeta[413], y que la Comisión de Homenaje a Verdaguer le pidió que firmara una súplica para abrir una suscripción y publicar una corona poética en su beneficio[414]. En 1900, el secretario de la Agrupació Escolar Catalanista "Ramon Llull", Jaume Algarra y Postius, le invitaba a participar en el homenaje a Llull en el que también estaba Verdaguer[415]. Como se ha comentado al comienzo de este epígrafe, las dedicatorias amistosas de Verdaguer a Menéndez Pelayo prosiguieron hasta 1902. A principios de este año Verdaguer leyó el discurso necrológico en honor de Joaquín Rubió y Ors[416]; no sé si fue enviado por Antonio Rubió o el mismo Verdaguer, pero un ejemplar de este discurso está en la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Cuando murió el autor de *Canigó*, Estelrich se refirió a él como "el pobre Verdaguer"[417].

Miquel Costa y Llobera

Menéndez Pelayo fue "el primer admirador de Costa, si no en cronología estricta, en autoridad crítica y en estímulo creador clasicista", según Octavi Saltor[418]. En junio de 1880 visitó a Menéndez Pelayo en Madrid. Casi al tiempo, el también poeta mallorquín

---

[411] PABÓN, J., 2002, pp. 43-45 y 52. Incluida en el EG, XIII, 539, Madrid, 10 diciembre 1895, hay una carta de Menéndez Pelayo a Adolfo de Sandoval sobre su proyecto de traducción al castellano de *Idilis e Cants mistichs* "del glorioso poeta catalán, mi entrañable y venerado amigo Mosén Jacinto Verdaguer". Pero la opinión generalizada es que esta carta es una burda invención de Sandoval; puede verse en el estilo y en los "forzados" elogios al propio corresponsal.

[412] ANÓNIMO, *Verdaguer vindicado*…, 1903, p. 83.

[413] EG XIII, 651, Barcelona, 26 marzo 1896.

[414] EG XIII, 720, Barcelona, 11 mayo 1886.

[415] EG XV, 883, Barcelona, 18 decembre 1900.

[416] EG XVI, 344, Barcelona, 8 enero 1902, de Antonio Rubió: "La Real Academia de Buenas Letras dedicará el próximo domingo, 12, una sesión necrológica a mi padre (q.e.p.d.), único homenaje que se le ha tributado después de su muerte. Leerá el discurso acerca de él, Mossen Verdaguer, a quien he entregado mi prólogo y mis apuntes para que redactara atropelladamente un trabajo que requería mayor preparación y estudio. Ya te lo remitirá el poeta, y si así no fuera, lo haria yo inmediatamente".

[417] EG XVI, 602 Soria, 17 octubre 1902.

[418] SALTOR, Octavi, "La lírica patricia de Mn. Costa Llobera. En el quincuagésimo aniversario de la muerte de un gran poeta mallorquín", *La Vanguardia*, 15 octubre 1972. Sobre el poeta, aparte de la bibliografía específica señalada en otras notas, FUSTER, Joan, 1975, pp. 54-58.

Ramón Picó y Campanar había advertido a Costa de la rigidez con que Menéndez juzgaba a los románticos alemanes:

> "Menéndez, que por lo que ha hecho ahora parece más erudito que poeta, vuelve a la carga contra la gente del Norte como si de allí no tuviera que venir más que mal. Creo que esto es una exageración"[419].

Pero Costa llevaba consigo la palabra del común amigo Rubió, garantía para encontrarse francamente con Menéndez Pelayo:

> "Me atreví a presentarme a él sin otra recomendación que tu nombre. No puedo encarecerte la grata sorpresa que me causó la franca y afectuosa acogida de tu doctísimo amigo, y más aún ver que no sólo se acordaba de mi nombre, sino que hasta citaba composiciones mías, con elogios en que no pude menos de reconocer la influencia de tu parcialidad para conmigo. Dos veces tuve el placer de hablar con Menéndez"[420].

Costa escribió a Rubió, que a su vez ensalzó la figura del poeta mallorquín:

> "Por otro amigo mío, Miguel Costa, he sabido noticias tuyas, y entre ellas la de que tuvo el gusto de conocerte. Hacía mucho tiempo que deseaba esta ocasión, así es que aprovechó de muy buen grado la que le di, al encargarle una visita para ti de mi parte. Supongo que hablaríais tendido de asuntos literarios y que a pesar de su modestia, conocerías lo mucho que vale el que ya podemos llamar común amigo nuestro, poeta eximio (como tú dices), de lo mejor que ha producido el moderno Renacimiento en las Baleares"[421].

Después de su encuentro Menéndez informó a Rubió:

> "A Costa le vi sólo de paso, y en días para mí de marcha, y en que yo andaba muy distraído y ocupado. Aunque hablamos poco, confirmé el buen juicio que había formado de él por sus magníficos versos"[422].

Por su parte, escribió Costa a Picó, en septiembre de 1880:

---

[419] *Epistolario de Miquel Costa y Llobera*…, 1975, p. 113-114, 26 junio 1879: "*En Menéndez, que per lo qu´ha fet ara sembla mes erudit que poeta, torna a la carga contra la gent del Nort com si d´allá no´n hagués de venir mes que mal. Crech que aixó es una exageració*".

[420] En TORRES GOST, B., 1971, pp. 77-78, n. 39.

[421] EG IV, 210. S. Baudilio de Llobregat, 3 agosto 1880.

> "Con Menéndez […] quedaremos amigos: y me resultó dura la sorpresa con que le oí citar algunas de mis pobres poesías catalanas, de las que nunca habría creído que él se acordaría. Es un prodigio de memoria"[423].

Menéndez conocía bien la obra literaria de Costa, inspirada en parte por un poeta dilecto, Cabanyes. Llegó a aprender de memoria sus sonetos castellanos "Nocturno" y "Miguel Ángel"[424]. Pero Menéndez Pelayo sentía predilección por otro poema de Costa, la "Oda a Horacio", escrita en 1879. Sin embargo, con el tiempo, su autor había visto en ella "un homenaje de culto idolátrico a un poeta tan epicúreo y gentil"[425] y había pedido a sus amigos que destruyeran la composición y que en todo caso no se la tuvieran en cuenta. En contraste, Menéndez Pelayo la había recibido por mediación de Rubió y la pensaba publicar como precioso colofón de su *Horacio en España*. Fueron vanos los intentos de Costa: Menéndez tomó una decisión de compromiso, publicó la obra, acompañada de un encendido elogio, pero sin citar al autor[426]. El elogio sería recogido por José María Quadrado en una reseña de *La Veu del Montserrat*[427]. En mayo de 1935 el filólogo Carles Riba, profesor de griego en la Universidad Autónoma de Barcelona, impartió en la Sala Borromini de Roma, invitado por el Instituto de Estudios Romanos, una conferencia sobre la influencia de Horacio en las letras catalanas y lógicamente partió de aquel trascendental *Horacio en España* de Menéndez Pelayo que había salvado del olvido a tantos poetas. En la nota de prensa de este acto puede leerse:

> "El renacimiento catalán no olvidó las exigencias de sobriedad, de mesura y de buen gusto que siempre hubo de distinguir el arte y el pensamiento de Cataluña, y en la poesía de entonces luego se echó de ver este sello horaciano (más que por la materialidad estilística, por la posición ante el mundo ambiente). En su agudo examen encuentra Carles Riba sus trazas en el malogrado Manuel de Cabanyes, en Aribau y, sobre todo, en mosén Costa y Llobera, cuya "Oda a Horaci" publicó don Marcelino en la segunda edición

---

[422] EG XXII, 1059, Santander, 27 agosto 1880.

[423] *Epistolario de Miquel Costa y Llobera*…, 1975, p. 144, Pollensa, 24 septiembre 1880: "*Ab En Menéndez* […] *quedarem amics; y encara´m dura la sorpresa ab que li vaig sentir citar algunes de mes pobres poesies catalanes, de les quals may hauria cregut qu´ell se recordás. Alló es un prodigi de memoria*".

[424] TORRES GOST, B., 1971, p. 82, n. 47, son poemas de 1881

[425] Carta enviada a Menéndez Pelayo, Pollensa, 22 mayo 1885.

[426] Vid. TORRES GOST, Bartomeu, 1971, pp. 93-97; *Epistolario de Miquel Costa y Llobera*…, 1975, p. 104; TORRES GOST, Bartomeu, 1979, pp. 54-65.

[427] QUADRADO, Joseph Maria, "Caritat, esperansa y fe. Tres bonas obras del any 1885", *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any IX, nº 16, dissapte, 10 de abril de 1886, pp. 116-118: "En Menendez Pelayo calificá d´inspiració la mes alta d´horacionisme en la literatura catalana".

> del *Horacio en España*. Y la herencia recogida por Cataluña ha pasado e influye, aunque indirectamente, en el resto de la península, cuyas tres lenguas románicas ofrecen hoy ejemplo concorde de exaltación lírica"[428].

En 1884, al salir elegido Menéndez Pelayo diputado por Mallorca, parecía fortalecerse la amistad entre ambos. Por otro lado, Costa le envió alguna de sus obras, como *Del agre de la tierra* (1897)[429] y el epistolario del polígrafo es rico en referencias personales. Las *Poesías Líricas castellanas* (1898) motivaron un interesante cruce de cartas sobre el empleo poético del castellano o el catalán. Aún antes, Costa escribía a Estelrich: "Mucho me alegro de la buena impresión que mis versos han producido a Menéndez, ya que su juicio es para mí realmente inapelable"[430]. Rubió había recibido los dos tomos del Homenaje a Menéndez Pelayo[431], que defendía el empleo del castellano en esta carta a Costa:

> "No puedo menos de manifestar a Vd. la admiración que me han causado algunas de las poesías del nuevo libro, y el deleite con que he vuelto a saborear otras que ya conocía por conducto de los amigos Rubió y Estelrich. El libro de Vd. bastaría para probar que todavía quedan poesía y poetas en España, a pesar de la tristísima decadencia que se siente en esto. Pero lo que es verdad respecto de la masa de los que escriben, no lo es respecto de ingenios tan excelsos como el de Vd. que pasaran por grandes líricos en cualquier país y en las mejores épocas literarias. Claro es que esta excelencia se aumenta todavía más en los versos que Vd. ha compuesto en su lengua nativa que en los castellanos, pero hace Vd. bien en cultivar simultáneamente una y otra poesía. Si en los versos catalanes ha puesto Vd. lo más hondo de su sentimiento y lo más grandioso de su inspiración descriptiva, la lengua castellana, como más trabajada, culta y literaria, parece que se presta mejor a la expresión de los altos conceptos de la poesía sabia a la vez que inspirada, que resplandece en algunas piezas de este volumen especialmente en la oda insuperable *A las Catacumbas,* en el *Moisés de Miguel Angel,* y en los versos sueltos *A un poeta ignorado.* Pero son tantas y tan bellas las joyas reuni-

---

[428] "Voces de Cataluña en la Sala Borromini", *La Vanguardia*, 15 mayo 1935, p. 28.

[429] TORRES GOST, Bartomeu, 1979, pp. 68-69.

[430] *Epistolari*…, 1985, nº 71, p. 134-135, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Palma, 10-III-1899.

[431] *Ibíd*., nº 105, p. 389-390, carta de Antonio Rubió a J.L. Estelrich, Barcelona, 30-XI-1899.

> das en este tomo que, con dar preferencia a unas, no quisiera perjudicar a otras"[432].

Costa aceptaba las indicaciones de Menéndez Pelayo, y a su comentario acompañaban palabras muy cordiales:

> "Mi admirado maestro y estimado amigo: agradezco en el alma su felicitación de Vd. por mis *Líricas*.
>
> De su juicio altamente favorable y de la *atmósfera* que hizo Vd. en Madrid a mis versos estaba yo enterado por cartas de nuestro común amigo Luis Estelrich […] Creo que es Vd. el primero que señala con exactitud las ventajas que hay para mí en mi lengua nativa o en la castellana con relación a los diversos géneros de poesía. A pesar de que escribiendo en catalán me siento más dueño de mi pluma y más libre y fuerte, reconozco que para ciertas composiciones de poesía erudita o *sabia*, como V. dice, me conviene más el castellano por las razones que Vd. da.—En conjunto creo que debo dar la preferencia a mi lenguaje nativo.
>
> Ahora tengo entre manos una colección de baladas sobre asuntos, más o menos fantásticos, tradicionales en Mallorca. Rubió ha visto ya alguna muestra"[433].

Diputado por Mallorca (1884-1886)

Menéndez Pelayo fue diputado por Mallorca entre el 20 de marzo de 1884 y el 8 de marzo de 1886. Para Miguel Siguán,

> "D. Marcelino, lleno de generosos propósitos y creyendo el momento propicio para una regeneración española que fuese a la vez muy antigua y muy moderna, algo parecido a lo que había visto propugnar en Cataluña a sus maestros universitarios, abrazó la oportunidad y sin ligarse en forma estre-

[432] EG XV, 426, Santander, 15 agosto 1899. Sobre esta carta, la de Costa a Estelrich en *Epistolari*…, 1985, nº 76, p. 142, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Pollensa, 22-IX-1899: "De Menéndez recibí carta muy laudatoria de mis *líricas*, con la noticia de la muerte de su padre".

[433] EG, XV, 434, Pollensa, 22 agosto 1899.

> cha al partido conservador permitió que se le presentase diputado –y salió elegido— por Palma de Mallorca”[434].

Para Hans Juretschke, Menéndez Pelayo elevó el “clima cultural de la región”, donde Quadrado ya no actuaba y Miguel de los Santos Oliver aún no había llegado a ejercer su magisterio[435]. Menéndez Pelayo, que había estudiado a numerosos poetas insulares en *Horacio en España*, llegó a Mallorca el 20 de abril de 1884 y regresó a la península el 4 de mayo. Es lo que Estelrich llamaría “aquella excursión cursi-política de 1884”[436]. En el Instituto Balear leyó su discurso sobre Ramón Llull, cuyo sepulcro visitó, y la traducción judaica “Himno a la Creación para la mañana del día del Gran Ayuno”. Conoció la colección de códices lulianos de Jerónimo Roselló y visitó a José María Quadrado y Juan Luis Estelrich. Conoció a Antoni María Alcover, Joan Bennàser, Tomás Forteza, Gabriel Llabrés, Mateu Obrador o Josep Lluis Pons. Suau Alabern recordaría que “en Lluchmayor se expresó en mallorquín y aunque los periódicos dijeron que en perfecto mallorquín, bien sabemos—anotaba Estelrich— que nunca tuvo facilidad para pronunciar idiomas extraños”[437]. Aquel discurso de 1884, apelación a Llull y al “hegelianismo cristiano”[438], contenía también un elogio del catalán,

> “la primera entre todas las lenguas vulgares que sirvió para la especulación filosófica, heredando en esta parte al latín de las escuelas mucho antes que el italiano, muchos años que el castellano y muchísimo antes que el francés. Tenemos en España esta doble gloria que ningún otro de los romances neolatinos puede disputarnos. En castellano hablaron, por primera vez, las matemáticas y la astronomía, por boca de Alfonso el Sabio. En catalán habló, por primera vez, la filosofía, por boca de Ramón Llull”[439].

La Veu del Montserrat reseñó aquella intervención de Menéndez Pelayo sobre la restauración filosófica española:

---

[434] SIGUAN, M., 1949, p. 250.

[435] JURETSCHKE, Hans, 1953, p. 182.

[436] EG, XVII, 19, Juan Luis Estelrich, Cádiz, 17 junio 1903.

[437] SUAU ALABERN, J., 1956b, p. 5; TORRES GOST, Bartomeu, pp. 51-53, quien recoge además esta conversación con Morel-Fatio:

> “—¡Hombre” Es Vd. Diputado a Cortes.
>
> — En efecto, soy Diputado a Cortes, aunque muchas veces se me olvida. Pero siempre diré con el poeta: *Mihi dulces ante omnia Musea*. Todo lo demás es accidental y episódico”.

[438] LAÍN ENTRALGO, Pedro, 1991, pp. 98 y 100.

[439] En CANTAVELLA, Juan, 1991, pp. 14-15.

> "Invitado por sus electores de Palma, fue a visitar su distrito electoral no por darse aires de triunfador, ni para prometer el oro y el moro, sino simplemente para tener contacto con quienes deberá representar en el Congreso. Le fue pedido, cosa natural, que hiciera un discurso, y como no tenía que hacer ningún *acto* político, como se dice ahora, ni formular programas de derecha ni de izquierda, con pocas horas de preparación, dirigió a los palmesanos un discurso que, según carta que tenemos a la vista, fue algo verdaderamente extraordinario. Durá mas de una hora y media, y en este espacio de tiempo se deslizó rápidamente para los oyentes fascinados por el raudal de altísimos conceptos y de hermosas imágenes que brotaban sin esfuerzo de su boca.
>
> En Mallorca Menendez Pelayo no podía hablar sino de Ramon Lull, ya pesar de que en varias de sus obras ha estudiado y dibujado con amor aquexa grande y simpática figura catalana de la Edad Media, en su discurso de Palma ha tenido rasgos inspiradísimos y conceptos llenos de verdadera sabiduría"[440].

De Llull escribió varias veces Menéndez Pelayo: así, en la carta a Laverde incluida en *La ciencia española*, en el volumen y de la *Historia de los heterodoxos españoles*, el discurso de ingreso en la RAE, el tomo y de la *Historia de las ideas estéticas en España*, la citada conferencia de Palma o el curso sobre polígrafos en el Ateneo de Madrid[441]. Una carta de Miquel Costa a Rubió revela cómo se recibió la elección de diputado en Mallorca:

> "Es Marcelino un representante que honra a cualquier provincia, y Mallorca puede envanecerse de haberle ofrecido sus sufragios; pero quien sale perdiendo en este lance es el sabio que necesita su tiempo, el pensador que debiera ser independiente, el hombre excepcional que parece rebajarse al for-

---

[440] "Un concepte de Menéndez Pelayo sobre la restauració filosófica en Espanya", *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any VII, nº 20, dissapte, 17 de maig de 1884, pp. 155-156: "*Convidat per sos electors de Palma, aná a visitar son districte electoral no per darshi ayres de triunfador, ni per prometre l´oro y el moro, sino simplement per fer conexensa ab los a qui deurá representar en lo Congrés. Fou pregat, cosa natural, de fer un discurs; y com que no havia de fer cap acte polñitich, com se diu ara, ni de formular programas de dreta ni d´esquerra, ab pocas horas de preparació, dirigí als palmesans un discurs que, segons carta que tenim a la vista, fou cosa verament extraordinaria. Durá mes d´una hora y mitja, y aquest espay de temps s´esmunyí rápidament pe´ls oyents fascinats per lo raudal de altíssims conceptes y de hermosas imatges que brotavan sens esfors de sa boca. A Mallorca en Menendez Pelayo no podia parlar sino de Ramon Lull; y a pesar de que ehn varias de sas obras ha estudiat y dibuxat ab amor aquexa gran y simnpática figura catalana de la Edad Mitja, en son discurs de Palma ha tingut rasgos inspiradíssims y conceptes reblerts de vera sabiesa*".

[441] Vid. RUBIÓ Y BALAGUER, Jorge, 1956.

> mar en las tornadizas falanges de nuestros políticos en el campo de todas las miserias. A pesar de esta opinión mía, me alegro de la influencia de Menéndez que ha de ser muy útil en más de un asunto"[442].

En este tiempo Menéndez Pelayo protagonizó tres intervenciones en el Congreso: la reforma de la Ley de Instrucción Pública, los sucesos escolares del día de Santa Isabel de 1885 en Madrid y la adquisición por el Estado de la Biblioteca de Osuna[443]. Le anunciaba Costa que pretendía iniciar las gestiones para conseguir la cesión del culto del templo de Monte-Sión, en Pollensa[444]. Un recorte de periódico, sin fecha, reconocía que Menéndez Pelayo había sido "el único Diputado que se ha acordado del más desgraciado de los pueblos que representa en las Cortes, por cuyo acto humanitario le quedará Sóller eternamente agradecido"[445].

Ante el iberismo

Para considerar la noción que Menéndez Pelayo tenía de España y sus distintas nacionalidades hay que tener en cuenta varios aspectos clave que, en su desarrollo completo, exceden con mucho el propósito de este libro. En una de sus necrológicas, Antonio Rubió resumía la concepción que Menéndez Pelayo tuvo de una España descentralizada, con variedad de lenguas y costumbres, unida por la monarquía y el catolicismo, el casticismo y el pueblo[446]:

> "La España que amaba preferentemente en Menéndez y Pelayo era la España de los Austrias, que cantó Acuña en un majestuoso soneto, la encarnación del genio ibérico; una España polícroma y descentralizada, con tres

---

[442] TORRES COST, B., 1971, p. 96, n. 13, carta a Rubió, 8 mayo 1884.

[443] PÉREZ EMBID, F., 1956, pp. 388-392; TORRES GOST, Bartomeu, 1979, pp. 51-53. La bibliografía sobre este tema es relativamente amplia y en ella cabe destacar a J. Suau Alabern, con artículos publicados en *Baleares* (Palma de Mallorca) como "Menéndez Pelayo fue diputado por Mallorca", 7 marzo 1956, y "La palabra de Menéndez y Pelayo en Palma", 3 julio 1956, y sobre todo la monografía *Menéndez Pelayo y Mallorca*, Palma de Mallorca, Mossén Alcover, 1956. Véase también, entre otros, Gaspar Sabater, "Menéndez y Pelayo ante la obra del maestro Quadrado", *Diario de Mallorca*, 19 abril 1956.

[444] En TORRES GOST, Bartomeu, 1971, p. 96, n. 13, carta a Menéndez Pelayo, Pollensa, 22 mayo 1885; en TORRES GOST, Bartomeu, 1979, p. 62, carta de 30 de julio de 1885 en que agradece la gestión para conseguir una subvención para la escuela católica de Pollensa.

[445] BMP, recorte sin fecha ni cabecera.

[446] SANEMETERIO COBO, Modesto, 1973, p. 83: "Menéndez Pelayo ni es monárquico ni es democrático, sino popular, castizo en el mejor sentido de la palabra. Y este Pueblo así entendido era radicalmente católico".

> lenguas y tres literaturas distintas; con una inmensa variedad de costumbres y de libertades locales; pero iluminada por una sola fe, la fe cristiana; inspirada por un solo monarca y una sola espada. Pero este espíritu españolista, y hasta, si se quiere, castellanista en el fondo, le permitió ver y sentir con clarividencia y con imparcialidad y generosa simpatía las manifestaciones de la cultura de las tierras que no tienen el alma castellana"[447].

Las palabras de Rubió remiten evidentemente al iberismo, una de las doctrinas políticas de la época que, con diferentes fórmulas, proponía la unión de España y Portugal y a la que numerosos catalanes, también desde opciones diferentes, se adhirieron. El planteamiento político de la Restauración impedía en la práctica cualquier tipo de proyecto que fuese más allá de lo cultural, pero este iberismo basado en una "nación ibérica" que compartía sus diferentes culturas iba a calar en numerosos intelectuales a los que, por cierto, la historiografía ha enfrentado a veces por otras cuestiones: Juan Valera, Ángel Ganivet, Menéndez Pelayo, Clarín, Oliveira Martins, José Yxart o Unamuno defenderían, con diferentes matices ya en buena parte estudiados[448], la unión cultural de ambos países, siendo probablemente *La Ilustración Ibérica* (1883-1898) su órgano de comunicación más notable.

La idea de una unión ibérica se había difundido relativamente, entre otras vías, a través del diplomático catalán Sinibaldo de Mas en el libro *La Iberia. Memoria sobre la conveniencia de la unión pacífica y legal de Portugal y España* (Lisboa, 1851), que tenía un prólogo de Víctor Balaguer[449]. En 1880 se celebró el tercer centenario de la muerte de Luis de Camões, figura que había sido reivindicada décadas antes por Almeida Garrett (1799-1854) con los "excesos" ideológicos del Romanticismo: dicho rudamente, de poeta de la conquista indiana Camões pasó a ser considerado un símbolo nacional portugués[450]. El aniversario tuvo su repercusión también en Cataluña, partícipe activo del

---

[447] RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, 1912a, p. 5: "*L´Espanya que estimava preferentment en Menéndez y Pelayo era l´Espanya dels Austries, que va cantar l´Acuña en un majestuós sonet; l´encarnació del geni ibèrich; una Espanya policroma y descentralisada, ab tres llengües y tres literatures distintes; ab una immensa varietat de costums y de llibertats locals; pero illuminada per una sola fè, la fè cristiana; inspirada per un sol monarca y una sola espasa. Però aquest esperit espanyolista, y fins, si s vol, castellanista en el fons, li permeté veure y sentir ab clarividencia y ab imparcialitat y generosa simpatia les manifestacions de la cultura de les terres que no tenen l´ànima castellana*".

[448] Vid. MARTÍNEZ-Gil, Víctor, 2000 y 2002.

[449] BALAGUER, Víctor, 1899, p. 18.

[450] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 139: "Fueron Milá y el gran poeta portugués Almeida Garrett los primeros que en la Península publicaron colecciones de romances directamente recogidos de la tradición oral, comple-

ideal iberista. Autores como Ernesto Pires, Angelina Vidal o Francisco José Teixeira Bastos fueron publicados en Cataluña o allí participaron en diversas actividades de reivindicación cultural; y *L´Atlántida* de Verdaguer sería una de las obras traducidas al portugués[451].

El mismo año 1880, entre el 9 de octubre y el 4 de noviembre, se celebró el Primer Congreso Catalanista organizado por Valentí Almirall[452]. En este tipo de reivindicaciones radica la desafección de Menéndez Pelayo hacia el catalanismo, sentida seguramente ya en su época de estudiante pero confirmada ahora: la deriva de lo literario y cultural hacia lo político por la vía del federalismo[453]. Hay un dato además que ha pasado desapercibido, y es que José Ramón Fernández de Luanco, tutor de Marcelino, había leído años antes *Os Lusiadas*, obra que sin duda había trabajado ya Menéndez Pelayo, es decir, había sido ya deglutida por él pero desde un punto de vista literario, en modo alguno como una reivindicación que viniera a reforzar tendencias autonomistas[454]. Menéndez conocía incluso a los comentadores de Camoens, entre ellos al aristotélico Manuel de Faria y Sousa[455]. Cuando en octubre de 1876 estuvo en Portugal (denominada por él "región de la Península") se pudo hacer idea concreta de la situación de las letras del

---

tando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan conocidas y celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza".

[451] En la BMP está la traducción de José M. Gómez Ribeiro publicada en Lisboa en 1909.

[452] MARTÍNEZ-GIL, Víctor, 2009, pp. 9-11, relaciona las celebraciones en torno al tercer centenario de Camões con el Primer Congreso Catalanista. Este profesor es autor, entre otras obras de indudable interés, de *El naixement de l´iberisme catalanista*, Barcelona, Curial, 1997.

[453] Recuérdese, aunque sea posterior, el fragmento de la carta a Juan Valera, en EG, VIII, 469, Santander, 7 agosto 1887: "El *catalanismo,* aunque es una aberración puramente retórica, contra la cual está el buen sentido y el interés de todos los catalanes que trabajan, debe ser perseguido sin descanso, porque puede ser peligroso si se apoderan de él los federales como Almirall, que ya han comenzado a torcerle y a desvirtuar el carácter literario que al principio tuvo. El tal Almirall es un fanático todavía de peor casta que Pi y Margall, a quien siguió en un tiempo, pero cuyo catalanismo ya no le satisface o le sabe a poco. Está haciendo una propaganda antinacional de mil diablos. Y asómbrese Vd.: le apoya el mismísimo Mañé y Flaquer desde las columnas del archiconservador *Diario de Barcelona.* El misterio de todos estos *autonomismos* está en que a esos señores no se les ha hecho ni se les hace en Madrid todo el caso que ellos se figuran merecer".

[454] EG I, 231, Castropol, 7 septiembre 1875, carta de Luanco: "Estos dias entretengo mis pesares leyendo *Los Lusiadas* de Camoens, traducción de D. Lamberto Gil; Madrid, por Miguel de Burgos, 1818 - 2 tomos 8.º menor. Hay un tercer tomo de poesías del mismo Camoens". Más adelante, **en EG II, 122,** Barcelona, 21 diciembre 1876: "Seguro estoy de que en los convites del embajador de España en Portugal no te acordaste de la pobreza en que murió el gran poeta lusitano Luis Camoens. ¡Y luego dicen que en estos tiempos no prosperan los literatos!".

[455] EG II, 45, Santander, 9 julio 1876, carta a Gumersindo Laverde.

país[456], que pudo completar en 1883, junto con Valera, entonces embajador en Lisboa[457]. Valera le había mantenido informado de las cosas de Portugal y, por supuesto, de la evolución del iberismo[458]. Precisamente uno de los autores que dio a conocer a

---

[456] EG II, 97, Lisboa, 29 octubre 1876, carta a Gumersindo Laverde: "El estado actual de las letras portuguesas no es muy halagüeño, excepcion hecha de contados individuos. Tienen algunos poetas líricos, pero ninguno como Campoamor ó Nuñez de Arce. El teatro nacional no existe, porque Almeida Garrett no tuvo discípulos, y hoy por hoy la escena se alimenta de traducciones confesadas ó de plagios inconfesos: solo de tarde en tarde aparece alguna produccion de cierta originalidad y de mediano mérito. Fuera de Castello-Branco, no tienen novelistas y aun ese está muy lejos de ser *el primero entre los de la península ibérica*, como quiso persuadirnos Romero Ortiz que en esto como en otras cosas se mostró bien ayuno de sentido crítico. Herculano cuyo valer (grande sin duda) se ha exagerado notablemente, murió hace tiempo para las letras y los estudios de investigación histórica. La erudición literaria está representada especialmente por el infatigable Teófilo Braga. Tengo los 14 volúmenes publicados de su *historia de la literatura portuguesa*, eruditísima y en muchas cosas excelente, pero llena de errores graves e inspirada por un espíritu anti-católico y revolucionario de mil demonios. De todas suertes, es por la extensión y el esmero uno de los grandes trabajos de historia literaria hechos en este siglo en España.

De filosofía no se hable. La gente levantisca y joven considera, como la última palabra de la ciencia, las brutales doctrinas de Compte y Littré, Moleschott y Büchner. En cambio los sistemas alemanes apenas han penetrado. No se enseña la filosofía más que en los *liceos* o institutos de 2.ª enseñanza; no hay una cátedra de Metafísica en regla, y apenas ha llegado aquí el *renacimiento escolástico*; por lo menos no he visto libro alguno en tal sentido. Hombres en lo demás doctos y juiciosos están llenas de preocupaciones respecto a la antigua filosofía, y solo así se explica el que tengan olvidados por completo a los comentadores de la *escuela conimbricense* y para nada tomen en cuenta el desarrollo del *suarismo* en Portugal, que fue tan notable. Los libros más recientes vienen llenos de declamaciones contra la filosofía de los jesuitas, como si estuviésemos aún a la altura del siglo XVIII.

Todas estas cosas se entienden con sus naturales excepciones. El aislamiento en que Portugal quiere vivir le perjudica notablemente bajo el aspecto científico como bajo el literario. Sus esfuerzos para apartarse de la corriente española, sólo sirven para esterilizar sus actividad propia, en otros tiempos tan grande y gloriosa".

[457] EG VI, 70, Madrid, 2 abril 1883, a Gumersindo Laverde: "Te escribo esta en el momento de volver de Lisboa, donde he pasado 12 días deliciosos, agasajado espléndidamente por nuestro Valera y por los literatos y demás amigos de allí. También he hecho no escasa provisión de libros raros, así castellanos como portugueses. Casi he completado las obras de D. Francisco Manuel de Melo, que son muy raras aun en Portugal, y también las de Faria y Sousa, que a título de comentador de Camoens merece lugar no secundario en la historia de nuestra Estética. De libros portugueses modernos he hecho grande acopio, y además he dejado buenos corresponsales para que nada de lo importante que en aquella región de la Península se publique, deje de venir a mis manos".

[458] EG IV, 423, Lisboa, 8 abril 1881, carta de Valera: "El iberismo progresa aquí, sobre todo entre republicanos. El odio a Inglaterra le da muchas alas". En EG V 5, 139, Lisboa, 19 julio 1881: "Cada día estoy más desencantado del iberismo y, sobre todo, de los portugueses. Me parece profundo este dicho de Tamayo: «No quiero a Portugal si no me le dan despoblado». Soy, con todo, de opinión que Portugal puede sernos útil, pero no sabemos gozar de esta utilidad. Para España debía ser Portugal como para los mozos de Esparta aquel ilota borracho con el aspecto de cuya degradación y extravagancia se retraían ellos de incurrir en la borrachera.

Aquí hay una borrachera, una pesada y vergonzosa indigestión de cultura moderna mal asimilada. Aquí, los pocos que piensan y la echan de sabios no son *neos*, ni siquiera espiritualistas como Castelar y Mo-

Menéndez Pelayo fue Oliveira Martins[459]. De hecho, por mediación de Valera recibió su *Historia da Civilizaçâo Ibérica*, de la que Menéndez escribió rápidamente, y con elogio, a Laverde:

> "He recibido una *Historia de Portugal* en dos volúmenes, escrita por un positivista portugués llamado Oliveira Martins, que me la ha enviado con lisonjera dedicatoria. Me parece un prosista de primer orden, animado y brillantísimo, digno de competir con Henri Taine y con los mejores de su escuela en Francia. Cuando aplica, como es debido, el método experimental, y no se ciega por preocupaciones de escuela, dice cosas admirables y de gran profundidad histórica. Así, v.g. afirma y defiende por todo el proceso de su libro la unidad de la civilización ibérica, y viene á probar que todos los males de Portugal han dependido de su ficticio aislamiento. Es libro escrito con mucho color de fráse, y con extraordinaria audacia dialéctica. El autor promete una *Historia de la cultura peninsular*"[460].

Valera no escatimaba elogios a Oliveira y, de hecho, pidió que le eligieran correspondiente de la RAE[461]. Años más tarde Valera estaba escribiendo artículos sobre esta obra, reeditada[462], reconociéndose él mismo más racionalista y menos católico que Menéndez Pelayo:

> "Estoy escribiendo sobre la *Historia de la civilización ibérica*, de Oliveira Martins. Bien mirado, vale poco el libro; pero conviene alabar el espíritu ibérico, o dígase español, con que está escrito y que tan buena contraposi-

---

reno Nieto, ni siquiera idealistas como Azcárate y Salmeron; todos son positivistas y ateos más o menos declarados.

A nosotros nos miran con desdén, como a pueblo atrasadísimo y bárbaro, donde hay aún quien hable de Dios y de Religión y quien castigue y reprima con mano firme cuando manda. Aquí nace la desmedida libertad, no del brío de los ciudadanos para conservarla, sino de la muelle indolencia de la autoridad para limitarla o destruirla.

Verdad es también que esta muelle indolencia está en el pueblo y, ¿cómo negarlo?, hace que aquí se conserve más el orden o, al menos, el reposo".

[459] EG, V, 310, Cintra, 22 junio 1882.

[460] EG V, 339, Santander 4 agosto 1882.

[461] EG V, 420, Lisboa, 22 noviembre 1882: "Oliveira Martins es un hombre notabilísimo por su fecundidad, por su talento de escritor didáctico y por sus variados conocimientos. Merece por todos estilos que le elijan Vdes. pronto *correspondiente*".

[462] EG VIII, 26, Santander, 29 julio 1886, carta de menéndez Pelayo anunciándole la reedición y la dedicatoria de Oliveira a Valera. Respuesta en EG VIII, 31, Ostende, 2 agosto 1886 y EG VIII, 42, Ostende, 20 agosto 1886.

> ción hace con el absurdo *catalanismo* que nos ha salido ahora, para que nada nos falte. Yo, además, creo deber a Oliveira Martins un elogio grande en pago de su dedicatoria"[463].

La respuesta de Menéndez Pelayo fue lo siguiente:

> "Pienso como Vd. respecto del libro de Oliveira Martins. No es profundo ni a veces muy exacto, pero está escrito de un modo generoso y simpático. La segunda parte, o sea la *Historia de Portugal*, vale más que la *Historia de la civilización ibérica.* A nosotros nos está bien y nos conviene ensalzar ambas obras, porque en todo lo que va de siglo no ha habido portugués tan español como él. Además, es un escritor ameno y brillantísimo, y se deja leer con gusto hasta cuando se equivoca. Tiene buen entendimiento y vasta cultura, pero suele trabajar de segunda mano y fiarse de cualquiera en asuntos de erudición y de historia. Bajo este aspecto, la *Historia de la civilización ibérica* es muy floja, y recuerda, aunque en sentido inverso, el famoso capítulo de Buckle, que tampoco pecaba de muy escrupuloso en la elección de sus citas y testimonios. De todos modos, creo que encontrará Vd. bastante que elogiar en el libro de nuestro amigo Oliveira, a pesar de lo ligero y superficial que muchas veces es con apariencias científicas"[464].

Poco después le escribió a Valera sobre su artículo:

> "He leído con singular fruición el primer artículo de Vd. sobre la *Civilización Ibérica* de Oliveira Martins. Todo me place en este artículo: el fondo y la forma; la protesta contra el absurdo regionalismo catalán (yo no creo que sea verdadero *separatismo* en la mente de muchos de los que le han engendrado y le van dando calor), y la concepción total y armónica de la vida peninsular o española. Hay mucho ingenio, mucha sagacidad y muy profundo sentimiento y penetración del espíritu de la raza"[465].

---

[463] EG, VIII, 467, carta de Juan Valera, Spa, 3 agosto 1887; EG VIII, 512, Spa, 16 septiembre 1887.

[464] EG VIII, 469, Santander, 7 agosto 1887.

[465] EG VIII, 543, Madrid, 17 octubre 1887. En 1890 Oliveira está en Madrid con Menéndez Pelayo; EG X, 402, Santander, 14 abril 1890, carta de Pereda: "He visto anoche en los periódicos que se halla ahí, y contigo, o poco menos, el señor Oliveira Martins. Deseo que le saludes de mi parte y le digas cuánto siento no hallarme en Madrid a la hora presente para contribuir a hacerle los debidos honores. Ya sabes la estimación, y hasta la admiración que me merece". Respuesta en EG X, 411, Madrid, 23 abril 1890: "Hice presentes al amigo Oliveira Martins los recuerdos de Vd. y los agradeció muchísimo. El tal Oliveira va satisfecho y archisatisfecho de Madrid. Todos hemos sido unos en obsequiarle. Verdad es que él se lo

En 1883 Menéndez Pelayo criticó la obra sobre Camões de J.M. Latino Coelho, a quien había conocido en 1876[466], en su *Galeria de varoes illustres de Portugal* (Lisboa, 1880), acusando en ella "una repetición elegante y agradable de lugares comunes, patrióticos y literarios"[467]. Menéndez Pelayo estudió las colecciones de cancioneros y romanceros galaico-portugueses, autores como Gil Vicente, Amadís de Gaula, Berardim Ribeiro, Jorge de Montemayor, Juan de Timoneda, Gonzalo Fernandes Trancoso y Camões, identificó la *Euphrosina* de Jorge Ferreira de Vasconcellos en los orígenes de *La Celestina*[468]… Más adelante envió a Domingo García Peres, médico portugués, lo que Salas Barbadillo había escrito sobre Camões, elogiando entre los "ingenios españoles" a "Garcilasso Castellano" y a "Camoes Portugués" [469]. La correspondencia de Me-

---

merece todo por su inmenso talento, por su natural sencillo y bondadoso y por el gran cariño que nos tiene a todos los hijos de la gran patria peninsular o española. Viene muy preocupado con las cuestiones sociales de Alemania, y muy encantado con la carta del Papa sobre estas cuestiones y con la actitud de los obispos germánicos". En realidad, en EG XII, 560, Madrid, 21 febrero 1894, el interés por Oliveira iba más por el estilo que por el fondo: "Oliveira Martins me mandó su *Vida del Condestable,* que encuentro preciosa. Me alegro que se haya dejado de sociologías, positivismos y otras garambainas y escriba en este modo poético y ameno los episodios más interesantes de la historia de la Península. Creo que en este género y modo de escribir la Historia hay muy pocos hoy en España que puedan ponerle el pie delante".

[466] EG II, 93, Lisboa, 16 octubre 1876, carta a José María de Pereda: "He visitado al iberista Latino Coelho, hombre de vasta instrucción y mucho entendimiento, docto en estudios helénicos. Habla bien el castellano, y cree en la futura unión peninsular".

[467] EG VI, 75, Madrid, 8 abril 1883, carta a Valera: "Acabo de leer el libro de nuestro Latino sobre Camoens, y (acá para entre nosotros) diré á Vd. que no me satisface ni trae, a mi entender, novedad alguna en datos ni en juicios, reduciéndose sólo á una repeticion elegante y agradable de lugares comunes, patrióticos y literarios. Nuestro amigo es un gran retórico, y en éstas amplificaciones y exornaciones triunfa. Lo que llevo leído del libro de Vasco de Gama y sus precursores me contenta más, quizá porque me coge más de nuevas el asunto". Por otro lado, el asunto Camões no para ahí porque años más tarde Valera le escribió sobre la búsqueda de orígenes españoles en *Os Lusiadas*: "Me habló [Antonio] Sánchez Moguel de no sé cuántos descubrimientos estupendos que había logrado hacer en Portugal, sobre todo respecto a Camoens, cuyas *Lusiadas*, según él, tienen su precedente en España, o sea, si yo no entendí mal aquellos enredos, que dicho poema es más de inspiración castellana que portuguesa. Confieso que tuve la tontería de no decir a aquel pozo de ciencia que tenía razón en todo, porque él quiere traer la convicción a mi alma, y me ha pedido cita, que no he podido menos de dar; de modo que mañana vendrá a convencerme y a convertirme de las tres de la tarde en adelante. En suma, el tal Sánchez Moguel es uno de los personajes más grotescos que pueden concebirse" (EG XIII, 432, Madrid, 9 agosto 1895).

[468] En un encuentro de profesores hispanoportugueses en Santiago de Compostela se concluyó que "en la obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y en la más reciente de don Miguel de Unamuno, las páginas dedicadas al pemsamiento portugués son entrañables y justas"; en "Solidaridad cultural hispanolusa", *La Vanguardia*, 29 abril 1944, p. 7.

[469] EG VII, 282, Santander, 18 julio 1885, en *Coronas del Parnaso, y Platos de las Musas*, Madrid, 1635: "Entraron los divinos ingenios españoles, primeros padres de su poesía que sacándola de paños rusticos la vistieron en traje honesto y luzido, Garcilasso Castellano y Camoes Portugués. Alegróse Apollo de vellos, y despues de aver escusado el darles la mano, les echó los braços y los mandó cubrir... ".

néndez Pelayo con García Peres o Fidelino de Figueiredo[470] abunda en datos bibliográficos portugueses.

¿En qué se basa el iberismo de Menéndez Pelayo? Se mostró contrario al centralismo español copiado de Francia y propiciado por los Borbones, corruptores del alma del pueblo[471]. De hecho, en el ámbito de la polémica con Gumersindo de Azcárate sobre las causas de la decadencia española (en las páginas de *Revista de España*, 1876), Menéndez Pelayo miraba no a la Edad Media, representación idealizada de un teocentrismo afecto a ultracatólicos de su tiempo, sino a Luis Vives y el espíritu inicial de la Contrarreforma[472]. Nótese que en el "Brindis del Retiro" de 1881 Menéndez Pelayo ensalzaba "la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la casa de Borbón y luego por los Gobiernos revolucionarios de este siglo". Esto llevó también, paradójicamente, a una crítica "catalana" al brindis, publicada en *Diari Català* el 2 de junio de 1881[473].

Por otro lado, la visión de Menéndez Pelayo de las regiones españolas estaba determinada por la cultura, como valor fundamental por encima de la política[474]. Así lo expresa con toda claridad en sus cuartillas para el programa de oposiciones a la cátedra de literatura, cuando definía la patria como "la representación de la unidad espiritual de todas las regiones españolas, unidad más fuerte y más fecunda que las divisiones políticas, siempre circunstanciales y efímeras, por estar sujetas al curso de la historia externa"[475]. Joan Solía ha indicado al respecto que Menéndez Pelayo "situaba sus ideales literarios

---

[470] VIQUEIRA, José Mª., 1956, pp. 526 y ss.

[471] SANEMETERIO COBO, Modesto, 1973, p. 84.

[472] BOTTI, A., 1992, pp. 35-36.

[473] Crónica de "X.de X.", fechada el 31 de mayo de 1881, en MARTÍNEZ-GIL, Víctor, 2009, nota 21: "*Sense consideració als alemanys y portuguesos que l´escoltaban, cego de fanatisme, brindá per la inquisició que feu triumfar al catolicisme de la barbarie germánica; per en Calderón com á poeta católich, apostólich, romá, y absolutisra y per Espanya que´s tota la península, no reconeixent l´iberisme ni res que no siga la Espanya tal com la volian Carlos primer y Feliph segon. Es inútil dirlos que ab lo tal brindis se promogué un gran esbalot; pero la vritar és que no sé perqué s´assombraren aquells políticks, perque en lo fondo no desitxan altra cosa tots los unitaris*". Junto a ello, otro tipo de crítica al brindia, en EG V, 69, Salamanca, 6 junio 1881, del Padre Manovel: "Después del momento en que saludé a V. el 24 del pasado en la Real Academia de la Historia y me llamó la atencion el rasguñazo que V. tenia, y *causa de él* en fiero y desigual *combate*, ... no pude volver a saludarle, ni aun el día 1.º, cuando con tanta oportunidad como gozo de mi alma, brindó V. por quien debia hacerlo, y criticó de pasada al paganismo y al iberismo de los seudo calderones, que allí almorzaron con V., y con mi Persona".

[474] Vid., entre otros, HINA, Horts, 1986, pp. 216-217.

[475] En BARREDA, Fernando., 1924, p. 33.

más allá de las realidades socioeconómicas y políticas"[476]. Esto abre la vía a la crítica sobre todo hacia lo escaso de su "proyecto". El portugués Eduardo Mayone ha criticado en el iberismo de Menéndez Pelayo que "su perspectiva es débil, no sólo por ciertas contradicciones intrínsecas sino sobre todo por su incapacidad de definir el concepto de carácter nacional"[477]. Para Víctor Martínez Gil, autores como Valera, Menéndez Pelayo o Clarín "están en el centro de una posición ambigua que admite la pluralidad cultural española o peninsular pero, a la vez, se enfrenta a planteamientos federalistas y políticos, lo cual a la práctica reduce lo no-castellano a un aspecto, si no regional, sí limitado, un planteamiento que sería suficiente en otras partes pero que en la España de finales del XIX y del XX explota por todas partes"[478].

Piedra angular del proyecto iberista era la consideración de España como término englobador de Castilla, Cataluña y Portugal. En la advertencia a *Horacio en España* escribía: "España y Portugal es tan absurdo como si dijéramos España y Cataluña. A tal extremo nos han traído los que llaman *lengua española* al *castellano* e incurren en otras aberraciones semejantes"[479]. Su *Historia de los heterodoxos españoles* "abraza toda España, es decir, toda la península malamente llamada ibérica, puesto que la unidad de la historia, y de ésta más que de ninguna, impide atender a artificiales divisiones políticas". Y aun en el citadísimo "Brindis del Retiro" afirmaba Menéndez Pelayo que los portugueses "hablan una lengua española y pertenecen a la raza española, que españoles llamó siempre a los portugueses Camoens, y aun en nuestros días, Almeida Garret, en las notas de su poema "Camoens", afirmó que españoles somos, y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península Ibérica"[480]. En efecto, Almeida Garrett, en una nota a Camoens, había escrito: "Ni una sola vez hallará en nuestros escritores la palabra español designando exclusivamente al habitante de la Península no portugués…pero españoles somos, de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península Ibérica"[481]. Como recordó mucho más tarde Gerardo Diego, "poe-

---

[476] SOLÍA, Joan, 1988, p. 69: "*Situava els seus ideals literaris més envía de les realitats socioeconòmiques y polítiques*".

[477] MAYONE DIAS, Eduardo, 1972, p. 14: "*A sua perspectiva é débil, nâo só por certas contradiçôes intrínsecas como sobretudo pela sua incapacidade de definir o conceito de carácter nacional*".

[478] Comunicación personal del Prof. Víctor Martínez Gil (20 de junio de 2011).

[479] Vid. entre otros MARTÍNEZ-Gil, Víctor, 2002, p. 39. HINA, Horts, 1986, pp. 220-221: "Menéndez Pelayo, a diferencia de Valera, a diferencia de más tarde Unamuno, está convencido de que no se debe identificar el castellano con el español. El castellano sería una de las lenguas españolas, no la lengua española. Lo *español* sería una característica histórica y del ser, no una denominación de lengua".

[480] BARREDA, Fernando, 1924, p. 34, ya recoge algunos fragmentos significativos de esta identificación Portugal-España.

[481] En VIQUEIRA, José Mª., 1956, p. 526.

sía española es para él poesía de españoles. Y tan españoles son Lucano y Marcial, como Jehuda Halevi y Ben Gabirol; y Pero Meogo y Raimundo Lulio, como Ausias March y Garcilaso y aun Camoens"[482].

En este mismo sentido, cabe recordar que Miguel de los Santos Oliver dedicó un ejemplar de su ensayo *La literatura en Mallorca* (1903), el que se guarda en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, "al gran *ibero* Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo". El adjetivo *ibero*, obviamente, no era un artificio retórico. Años más tarde el periodista mallorquín ensalzaría en *La Vanguardia* la labor fundamental "de *integración* y restitución" del polígrafo, que siempre había tenido presente la perspectiva de la "civilización ibérica":

> "Cierto es que antes de Menéndez hubo, en el propio siglo pasado, españoles y extranjeros que se preocuparon aisladamente de muchas cosas, de la significación de Cataluña en el mundo, de algún aspecto parcial de su antigua cultura. Pero Menéndez y Pelayo ha hecho de una vez, en una obra sostenida y constante, en la magna revisión a que ha sometido la ejecutoria de todos los pueblos peninsulares y su puesto en el concierto de la civilización; ha hecho de una vez, repito, lo que intentaron todos sus predecesores juntos […] Tal resulta la obra del polígrafo de Santander: una obra harmónica, ponderada, de *integración* y restitución; una *Hispania major*, de la cual nada queda fuera, excluido, expulsado ni separado, en aquella orfandad del alma que tantas veces han tenido ocasión de sentir, en las aulas universitarias y en los salones académicos, los hijos de las tierras durmientes hasta hace poco, obligados a escuchar lecciones a lo Sánchez Moguel, por ejemplo, que antes que materia intelectual parecían diatriba salvaje y espuma de hidrófobo […] Desde el opúsculo primerizo sobre Arnaldo de Vilanova hasta el reciente libro sobre Juan Boscán, el ilustre autor de los *Heterodoxos* se ha mantenido absolutamente fiel a su concepto de civilización ibérica, desarrollándolo y ensanchándolo con una amplitud de espíritu de que se dan muy pocos ejemplos"[483].

Jocs Florals de 1888

Los Jocs Florals de 1888 fueron quizá el acontecimiento que determinó la mayor vinculación pública de Menéndez Pelayo con la cultura catalana, en términos equiparables

---

[482] DIEGO, Gerardo, 1956, p. 187.

[483] SANTOS OLIVER, Miguel de los, "Un tributo a Menéndez y Pelayo", *La Vanguardia*, 19 y 26 mayo 1909, contestación a una carta de José Roig en *La Veu de Catalunya*.

con los Juegos celebrados justo veinte años más tarde[484]. Su figura se situaba en el eje cardinal del "renacimiento" cultural catalán manifestado en los Juegos, escenario para lo mejor y lo peor de las manifestaciones líricas del catalán. Verdadero escaparate de la renaciente literatura catalana y plataforma para la significación urbana de Barcelona[485], los Jocs habían sido instituidos en 1859 por Milá y Fontanals, Antoni de Bofarull, Joaquín Rubió y Ors, Miguel Victorià Amer, Pons y Gallarza y Víctor Balaguer[486]. Sin embargo, Antonio Rubió en varias cartas los enjuició como "decadentes"[487] y esta opinión debía ser generalizada en ciertos ámbitos.

Ramón Domingo Perés (1863-1956), crítico al que Laureano Bonet contribuyó a rescatar del olvido[488], había incluido el 24 de abril de aquel año a Menéndez Pelayo en su serie "Escritores castellanos" de *La Vanguardia*; en su artículo, pródigo en elogios, no hablaba de la época barcelonesa del profesor, sino que daba abundantes impresiones sobre su vida cotidiana en Madrid y se hacía eco de las críticas que recibía por parte de opositores condicionados por perjuicios ideológicos[489]. Aparte de su opinión sobre el catalanismo, Perés distinguía, en general, una evolución en el pensamiento del escritor, desde lo que llamaba "temperamento de revolucionario" inicial hasta la "tranquilidad" de sus últimos años. El crítico, director de *L´Avenç* (1883-1884), que en la Universidad de Barcelona seguramente habría comprobado la fama de Menéndez Pelayo, reunió estas mismas impresiones sobre Menéndez en su miscelánea *A dos vientos. Críticas y semblanzas. Literatura castellana. Literatura catalana* (Barcelona, Tip. y Librería "L´Avenç", 1892), obra capital en la crítica literaria de su tiempo y en la recepción de

---

[484] Vid. SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio, 1994b, pp. 102-103, con bibliografía específica.

[485] DOMINGO, Josep M., 2009.

[486] Vid. ANGUERA, Pere, 2006, p. 29. BALCELLS, Albert, 1983, p. 44: "Como ha puesto de relieve Joaquim Molas, los Juegos Florales relacionaron al escritor con la sociedad y dieron audiencia pública a la renaciente literatura catalana. Las figuras escogidas como presidentes en el mundo universitario, político, financiero y eclesiástico, tuvieron que ajustar su pensamiento al movimiento y contribuyeron a definirlo. Fueron invitadas figuras de la literatura castellana, como Zorrilla, y de la literatura occitana, como Mistral, e incluso eruditos españoles, como Menéndez Pelayo. Se desencadenó un auténtico proceso de difusión popular de la cultura por toda la geografía catalana y aparecieron las primeras revistas literarias, como el *Calendari Català* (1865-1882) y *Lo Gay Saber*, y también el primer anuario de los Juegos Florales, alrededor del círculo originado por sus certámenes. Ante todo esto, poco importa que la producción poética fuese mediocre hasta finales de 1877, que fue el año en que se otorgó el premio extraordinario a l´*Atlántida* de Jacint Verdaguer".

[487] EG II, 5, Barcelona, 14 abril 1876; EG IV, 36, 8 septiembre 1879; EG V, 216, Barcelona, 27 noviembre 1881: "Los Jochs Florals de la Lonja están dados al diablo, y en completa decadencia. Conviene que la bandera del catalanismo no caiga en tan malas manos".

[488] Vid. BONET, L., 1983.

[489] Este texto está incluido en el apéndice documental.

Naturalismo y Modernismo. Perés fue, además de poeta, traductor al castellano de Kipling y Stevenson, así como uno de los más conspicuos lectores de su tiempo: en marzo de 1892 publicó su reseña al quinto volumen de la *Historia de las ideas estéticas en España*, aprovechando para señalar la indolencia y la pasividad del país: "Menéndez Pelayo ostenta sus fuerzas en medio de la general debilidad y su severa ciencia en medio del charlatanismo que convierte en teoría la ignorancia, y le halla esquisita *(sic)* gracia y la da como la mejor prueba de rebosante ingenio"[490].

Antonio Rubió escribió a Menéndez Pelayo en abril de 1888 invitándole, en nombre de varios escritores y organizadores de los Jocs (entre ellos Aguiló, Guimerá y Verdaguer), para que visitara Barcelona y participara en ellos:

> "Aguiló, Cabot, Verdaguer y otros *Mantenedores de los Jochs Florals* me ruegan que te pida en su nombre, que te dignes escribir el discurso de gracias en *catalán* o castellano; en caso de que fuera en castellano se encargan de traducirtelo Todos deseamos encarecidamente verte en esta ciudad a fines de Mayo. No hagas caso de las ridiculeces de Almirall y de la *gent del Centre*"[491].

Resulta especialmente interesante, por un lado, los deseos de que Menéndez Pelayo participara en los Jocs; y, por otro, la mención a Almirall y "la gent del Centre" como posibles obstáculos para que Menéndez hiciera su visita. Valentí Almirall, con otros catalanistas señalados dentro del federalismo y republicanismo, había rechazado la presencia de la Reina Regente y se habían separado tanto de los festejos poéticos como de la exposición universal de aquel año[492]. El mismo Ángel Guimerà, miembro del comité de los Jocs, que se había felicitado por la presencia de Menéndez Pelayo[493], había escrito en catalán un mensaje a la Reina, firmado además por numerosos catalanistas, en el que se refería a Cataluña como "nación" y defendía, entre otras cosas, la autonomía política

---

[490] "Un libro nuevo", *La Vanguardia*, 9 marzo 1892. Entre los peros que ponía a la obra, el poco equitativo juicio de Menéndez Pelayo ante los poetas parnasistas.

[491] EG IX, 203. Barcelona, 14 abril 1888. A los pocos días le escribe el Consistori dels Jochs Florals (EG IX, 207, Barcelona, 16 abril 1888) un oficio en catalán comunicándole el acuerdo tomado por los mantenedores residentes en Barcelona de designarle para que escriba el discurso final, o de gracias, que se leerá en el acto de la fiesta después del reparto de premios. Firman Mariano Aguiló, Jacinto Verdaguer, Angel Guimerá, Pau Sanz y Gurtort y el Secretario, Joaquim Cabot y Rovira.

[492] HINA, Horts, 1986, p. 217; SOLÍA, J., 1988, p. 60.

[493] EG IX, 199, barcelona, 12 abril 1888: "Suposo que vindrá per las festas dels Jochs Florals a desempenyar lo carrech de Mantenedor: los companys de jurat tením molt interés en que sia V. qui fassi´l discurs de gracias y desitjan ab tota l´anima que se´n encarregui. Ja rebrá la comunicació manifestantho".

y la oficialidad idiomática. En la política catalana del momento los Jocs Florals de 1888 acabarían favoreciendo el prestigio de la Lliga de Catalunya frente al Centre Català, que había organizado sin éxito unos juegos alternativos[494]; para *La Dinastía*, periódico monárquico, el acto había servido para estrechar "más firmemente aun de lo que estaban, los lazos que unen a la Reina Regente de España con el pueblo catalán"[495]. Todo este proceso venía justificado por la penosa situación política que vivía España, favorecedora de las disgregaciones periféricas. Así le escribía Yxart a Menéndez Pelayo:

> "Poco diré a Vd. acerca de la obra de Almirall, porque a poco que soltara la pluma se alargaría indefinidamente la carta y no quiero dar a Vd. esta molestia. Estoy conforme de todo punto en cuanto Vd. me dice sobre las enojosísimas y mezquinas divisiones que fomenta un concepto erróneo de la España actual existente debajo de la España oficial y política. Pero si yo juzgué la obra de Almirall con sincera admiracion, fue atendiendo a su segunda y tercera parte más que a la primera, esto es, fijándome en la teoría del particularismo prescindiendo de tiempos y lugares. Hay que advertir además dos cosas. Que Almirall no incurre sino en apariencia en el error vulgarísimo de considerar a España entera dividida en dos únicas porciones: Castilla y Cataluña. Explícitamente protesta de esta idea. La división que establece es más vasta, más comprensiva de las infinitas variedades que constituyen nuestra nacion: Sólo después, y a sabiendas, elige por tipos de aquellas variedades la región central y nuestro país. Que existen divergencias y aun oposición entre el carácter de una y otra no creo que me lo niegue Vd., quien, siendo del Norte, habrá Vd. notado por experiencia propia cuánto difiere su país, del Mediodía, y cuán funesto puede ser aplicar una misma ley a pueblos tan distintos. Otra observación. Cuanto dice Almirall, limitándolo al organismo Político, y teniendo el acuerdo, la justicia y hasta la buena educación de no confundir en anatemas generales a todo un pueblo, cuanto dice, digo, no deja de ser muy cierto por desgracia, con las indicadas salvedades. El espectáculo que estamos dando todos, como nación, es tristísimo. Dios me libre de pretender que el catalanismo sea como el Apostolado el llamado a regenerarnos, pero que la nación oficial no puede estar más baja

---

[494] GRAU, J., 2006, p. 26.

[495] Este periódico monárquico describió el entusiamo de los catalanes por la visita de la Regente: "No es posible pintar el entusiasmo que se apoderó de los miles y miles de personas allí presentes al verificarse el acto referido. Acaso no ha recibido S.M. doña María Cristina ovación más calurosa y completa desde que se halla en Barcelona. Era un delirio; las señoras de pie agitaban los pañuelos, los hombres gritaban sin cesar. Cataluña entera parecía como que con sus aclamaciones hacía dos veces Reina, como lo era en efecto, la Reina de los Juegos Florales".

> es cierto. En fin, este asunto nos llevaría muy lejos, y quiero hacer punto. Conste solo que si mis escritos tuvieran la influencia que Vd. les concede benévolamente, nada para mí tan grato como abogar por un criterio más amplio generoso y varonil en que cupiéramos todos, trabajando todos a la par por nuestra patria común"[496].

El discurso de acción de gracias de Menéndez Pelayo, leído en catalán ante la reina regente María Cristina, debe calificarse de "revolucionario", según Horts Hina[497], y un referente para numerosos catalanes en su reivindicación cultural. Josep Torrás y Bages recordaba en 1912, en el marco de un homenaje a Milá:

> "Los nombres de Milá y de Menéndez estarán siempre para nosotros íntimamente ligados: no sólo por el espíritu cristiano íntimo y sincero que a los dos animaba, y por sus afinidades en la universal república de las letras, sino también por el amor a las manifestaciones estéticas inspiradas por el *genius loci*, que responden a las satisfacciones predilectas del corazón humano. Uno y otro están ligados con la institución de los Juegos Florales de Barcelona: y Menéndez, castellano tan insigne, rey de la literatura castellana contemporánea, haga su discurso en la fiesta mayor de las letras catalanas en nuestra lengua"[498].

Para Francisco Amigó, aquella lectura en catalán fue uno de los actos que contribuirían a que los Jocs tuvieran la importancia debida, "verdadera expresión de los sentimientos que conservan en el corazón todos los catalanes a la antigua"[499]. Los Jocs se celebraron el 27 de mayo en el palacio de Bellas Artes[500]. Presididos por el poeta mallorquín y bi-

---

[496] EG VIII, 314. Barcelona, 30 marzo 1887.

[497] HINA, Horts, 1986, p. 125. Sobre los Jocs, incluyendo el texto leído por Menéndez Pelayo, SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 357-362.

[498] "Discurs del Ilm. Dr. Don Joseph Torras y Bages en la sessió literaria commemorativa de la dedicació del monument a Milá", en VV.AA., Milà y Fontanals…, 1912, pp. 35-36: "*Els noms d´En Milà y d´En Menéndez estaràn sempre per nosaltres íntimament lligats: no sols per l´esperit cristià íntim y sincer que als dos animava, y per les seves afinitatas en la universal república de les lletres, sinó que també per l´amor a les manifestacions estètiques inspirades pel genius loci, que responen a les satisfaccions predilectes del cor humà. Un y altre estàn lligats ab la institució del Jochs Florals de Barcelona; y En Menéndez, castellà tan insigne, rey de la literatura castellana contemporania, feu son discurs en la festa major de les lletres catalanes en la nostra llengua*".

[499] EG, IX, 264, Barcelona, 20 juny 1888: "*Vera espressió dels sentiments que servem al cor tots los catalans a la antiga*".

[500] Se habían aplazado hasta ese día, y el plazo de admisión de poemas hasta el 23 de abril, en EG IX, 187, Barcelona, 1 abril 1888.

bliotecario de la Biblioteca Provincial de Barcelona, Mariano Aguiló y Fuster, extraordinariamente significativa fue la presencia de la Reina Regente y del presidente del Consejo de Ministros, el liberal Práxedes Mateo Sagasta. Los Jocs contaron además con la presencia de Joan Coll y Pujol, catedrático de Derecho Penal y presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Cataluña; Manuel Durán y Bas, senador y catedrático de Derecho Mercantil; los poetas Ángel Guimerá y Jacint Verdaguer; Francisco de Paula Rius y Taulet, alcalde de Barcelona; y los escritores Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, el periodista Ferreras, el catalán Justí Pepratx, el mallorquín Bartomeu Ferrá, el valenciano Teodoro Llorente y el francés Frédéric Donnadieu. Uno de los premiados fue Pablo Bertrán y Bros, condiscípulo de Menéndez Pelayo. El ganador fue el presbítero Jaume Collell, cuyo poema ensalzaba la alta significación de Cataluña. La prensa no se olvidó de los aplausos y gritos del público tras la lectura de cada una de las estrofas, especialmente de la última:

> "No captáis el derecho de vivir,
> derecho que no se compra ni se vende.
> Pueblo que merece ser libre,
> si no se lo dan, lo toma.
> ¡Hermanos! Nuestro grito retumbó
> bien alto, y en la luz del sol:
> ¡viva libre Cataluña
> dentro del reino español!"[501].

Según recoge Octavi Saltor, "terminado el reparto de premios se levanta el Mantenedor del Consistorio D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Un fuerte y unánime aplauso saluda al joven y sabio catedrático de la Universidad Central a su aparición, que fue reproduciéndose hasta acabar la lectura del discurso de gracias. Coronamiento dignísimo de la poética fiesta"[502]. L. Mercader, en *La Ilustració Catalana*, informaba de que, terminada la lectura de las obras ganadoras, "leyó el acostumbrado discurso de gracias en nombre

[501] PABÓN, Jesús, pp. 104-105: "No capteu el dret de viure, / dret que no es compra ni es ven. / Poble que mereix ser lliure, / si no l´hi donen, s´ho pren. / Germans! Nostre crit retrunya / ben alt, y a la llum del sol: / visca lliure Catalunya / dintre el reialme espanyol!".

[502] SALTOR, Octavi, 1956, p. 41: "Acabada la repartició de premis s´aixecá lo Mantenedor del Consistori D. Marcelí Menéndez y Pelayo. Un fort y unánim aplaudiment saludá al jove y sabi catedrátich de la Universitat Central a sa aparició, que aná reproduhintse fins acabar la lectura del discurs de gracies. Coronament digníssim de la poètica festa".

del Consistorio eel ilustrado profesor de literatura de la Universidad Central señor Menéndez Pelayo, provocando en cada frase una tormenta de palmas"[503].

El "Discurs de gràcies" de Menéndez Pelayotuvo una trascendencia excepcional en la consideración de las relaciones entre su autor y Cataluña[504]. Y hay que decir que prácticamente lo que dijo ante la Reina Regente no varió a lo largo de su vida y que muy probablemente, en mayo de 1908, de no haber podido preparar la noche anterior a su lectura su intervención en el homenaje a Milá y Fontanals, hubiese leído prácticamente lo mismo que en 1888 y sus palabras hubieran tenido la misma vigencia y habrían sido suscritas con el mismo vigor. Es más: lo que pensaba sobre el catalán hundía su origen en su período formativo en la Universidad de Barcelona y la reivindicación lingüística ya había aparecido en el Programa de Historia de la Literatura Española, su artículo sobre *L´Atlántida* de Verdaguer o en el prólogo a *Blanquerna* de Llull, cuando pedía sobre el catalán que "ya es hora que se llame así, y no mallorquín, provenzal ni lemosino, como sigue diciéndose a despecho de la historia"[505].

En su intervención de 1888, Menéndez Pelayo reconoció su vinculación personal y formativa con lo catalán:

> "Siendo el castellano mi lengua nativa, debí a Cataluña una parte muy considerable de mi educación literaria, y catalán fue el más sabio y el mejor de mis maestros, y todo eso me liga estrechamente a Cataluña, teniendo algo de piedad filial este mi afecto"[506].

---

[503] "Jochs Florals", La Ilustració Catalana, nº 190, 15 junio 1888, p. 178: "Llegí l´acostumat discurs de gracies en nom del Consistori ´l il·lustrat professor de literatura de l´Universitat Central senyor Menéndez Pelayo, provocant a cada frase una tempestat de picaments de mans".

[504] Se publicó en Jochs Florals de Barcelona. Any XXX de llur restauració, Barcelona, La Renaixença, 1888. Sigo la traducción en castellano de Sebastián Sánchez Juan en Homenaje de la Asociación de Bibliófilos de Barcelona a Marcelino Menéndez Pelayo en el centenario de su nacimiento, Barcelona, 1956, pp. 27-31. COLÓN DOMÉNECH, Germà, en RUBIÓ, Antonio, 2004, p. 85, documenta otra traducción realizada por el propio Antonio Rubió, que escribió sobre ella en EG IX, 347, Barcelona, 16 octubre 1888.

[505] "Raimundo Lulio", prólogo a la edición del *Blanquerna* de Lulio, Madrid, Biblioteca de la "Revista de Madrid", 1883. *ENOC, Ensayos de crítica filosófica*, V, pp. 274-275.

[506] "Essent lo castellá ma llengua nadiva, deguí a Catalunya una part molt considerable de ma educació literaria, y catalá fou lo mes savi y 'l millor de mos mestres, y tot això 'm lliga estretament a Catalunya, tenint alguna cosa de pietat filial aquest meu afecte". Discurs de gràcies a S.M. la Reina", Jochs Florals de Barcelona. Any XXX de llur restauració, Barcelona, La Renaixensa, 1888. ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, pp. 111-114.

Defendió la categoría histórica del catalán cuando se dirigió con estas palabras a la Reina Regente:

"Habéis venido a escuchar amorosamente los acentos de esta lengua no forastera ni exótica, sino española y limpia de toda mancha de bastardía"[507].

Del mismo modo, reconocía que el catalán había permanecido postergado, más que por el uso del pueblo, por el olvido de los estudiosos hacia él:

> "Esa lengua, retoño generoso del tronco latino, yacía, no hace medio siglo, en triste y vergonzosa postración. Hasta su nombre propio y genuino se le negaba, ni ¿quién lo había de conocer bajo el disfraz de aquellas peregrinas denominaciones de *lemosina* y *provenzal* con que solían designarla los pocos eruditos que se dignaban acordarse de ella, aunque fuese para darla por muerta y relegarla desdeñosamente a algún museo de antiguallas? Es cierto que en los labios del pueblo la lengua continuaba viviendo, pero ¡qué diferente de aquel *bell catalanesc* que Muntaner hablaba!"[508].

Un guiño muy interesante fue el que hizo Menéndez Pelayo al entendimiento no superficial, sino profundo (*amarse* y *comprenderse*) entre Cataluña y Castilla:

> "Quiera Dios, Señora, que si alguna niebla, resabio de pasados errores y tempestades, se interpone todavía entre el alma de Cataluña y el alma de Castilla, tan hechas para amarse y para comprenderse, caiga deshecha delante de Vos, que sois el amor de ambos pueblos juntados en uno"[509].

¿Qué lecturas pueden hacerse de este discurso que, según Mercader, provocó a cada frase "una tormenta de palmas"? En una crítica de *La Ilustración Catalana* muy próxi-

---

[507] "Sou vinguda a escoltar amorosament los accents d'aquesta llengua no forastera, ni exótica, sino espanyola y neta de tota taca de bastardía".

[508] "Eixa llengua, rebrot generós del tronch llatí, jeya, no fa mitj segle, en trista y vergonyosa postració. Fins son nom propi y genuí se li negava, ni ¿qui li havía de coneixer sots la disfressa d'aquelles peregrines denominacions de llemosina y provensal ab que solian designarla 'ls pochs erudits que's dignavan recordarse d'ella, encara que fos per donarla per morta y rellegarla desdenyosament á algun museu d'antigalles? Es cert que en los llavis del poble la llengua continuava vivint, mes ¡que diferenta d'aquell bell calalanesch que En Muntaner parlava!".

[509] "Vulla Deu, Senyora, si alguna boyra, deixa de passats erros y tempestats, s´interposa encara entre l'ánima de Catalunya y l'ánima de Castella, tan fetes per estimarse y per compendres, que cayga desfeta davant de Vos, que sou l'amor d'abdós pobles juntats en un".

ma a los Jocs, Mercader destacaba la satisfacción de los "catalanistas" tras su celebración:

> "La nostra literatura regional ha estat enguany festejada con may´s havía vist, y´ls catalanistes no podem donar per satisfets del resultat dels darrers Jochs Forals (sic). Si ells no´ns haguessen dut mès que´l discurs francament catalanista del senyor Menéndez Pelayo, ja no hauríam perdut lo temps organisant aqueixa festa, en la que´l mateix President del Consell de ministres no´s desdenyá de parlar la nostra llengua, ab lo qual lo gobern de Madrid ha vingut á reconéixer d´una manera o altre que´l catalá mereix alguna major consideració que la que fins ara li otorgavan los fanátichs centralistes enemichs de tota manifestació de la vida regional"[510].

De Miguel Siguán, autor de uno de los más completos trabajos sobre Menéndez Pelayo y Barcelona, son estas palabras:

> "En este momento aún cree en la posibilidad de que España sacuda rápidamente el marasmo político, y en la empresa de esta renovación el ejemplo de Cataluña, floreciendo a la vez industrial y artísticamente, le parece un factor esencial, en el que se conjugan dos de sus ideas más caras, el profundizar en la tradición para renovarse y el odio a la uniformidad y el centralismo, en beneficio de una España viva y orgánica, en la que cada elemento con su propia actividad colabore a la vida del conjunto. Con el correr de los años estas perspectivas se harán cada vez más lejanas, y Menéndez Pelayo irá desesperando de contemplar tal renovación, mientras el catalanismo irá trazándose unos derroteros, con los que ya no podía estar de acuerdo"[511].

El periódico *La Dinastía* recogía la impresión que había causado su discurso:

> "El escrito del famoso y juvenil sabio es de todo punto admirable.
>
> Por la forma, galana y elegante, y por el fondo, hábil y oportuno más de cuanto pudiéramos encarecer, quedará cual documento de imperecedero valor.
>
> Bien lo comprendió así el público que prorrumpía en aplausos a cada instante, especialmente cuanto *(sic)* afirmó el orador que el catalán es lengua es-

[510] MERCADER, L., 1888, p. 178.
[511] SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 362.

> pañola, que el idioma no puede imponerse ni vedarse, porque pertenece a los fueros del alma, y que el renacimiento de las letras catalanas quedaba este día solemnemente sancionado con haber presidido los Juegos la Reina Regente"[512].

La Dinastía publicó dos días más tarde el texto en catalán, precisamente porque sólo así era "posible admirar en todo su valor lo gráfico de la frase y la corrección de los períodos". El elogio se extendía al hecho de que su autor no fuera catalán:

> "El docto catedrático ha prestado con su discurso un gran servicio a las letras catalanas, servicio que éstas habrán de agradecerle eternamente, con mayor motivo debiéndolo a persona de tan alta significación por sus méritos literarios, en labios de la cual alcanzan doble autoridad las palabras pronunciadas en defensa del idioma catalán, por no ser su autor hijo de Cataluña"[513].

En el banquete posterior de los poetas, celebrado en el restaurante Miramar, y donde Menéndez Pelayo volvió a leer su discurso de acción de gracias, "brindó en favor de las literaturas regionales, saludando cariñosamente a los literatos de Cataluña, Valencia, Mallorca, Rosellón…"[514]. Al día siguiente Menéndez Pelayo participó en una sesión literaria del Ateneo a la que también se invitó a Emilia Pardo Bazán:

> "Ocupó la tribuna Menéndez Pelayo y después de algunas sentidas frases de agradecimiento por la honra que le dispensaba el Ateneo dedicándole una velada, y de recordar que hace catorce años, en aquel mismo sitio, habia leído su primera composición: «Un juicio literario de Cervantes», intentó leer una poesía suya, escrita, según anunció, apropósito del acto que se estaba celebrando, no pudiendo realizarlo, con gran sentimiento de los concurrientes, por el más vulgar de los percances. Se la había dejado en casa.
>
> En su defecto nos hizo saborear una vez más su epístola a Horacio, publicada hace ya bastantes años"[515].

La influencia de los Jocs de 1888 sería muy notable en los años posteriores. Incluso cuando en el franquismo se produjeran restauraciones de los Juegos Florales (por ejem-

---

[512] *La Dinastía*, 28 mayo 1888.

[513] *Ibíd.*, 29 mayo 1888.

[514] *La Vanguardia*, 29 mayo 1888, p. 2.

[515] *Ibíd.*, 30 mayo 1888, p. 2.

plo los del "Orfeó Gracienç" en 1958) se recordaría el ejemplo de tolerancia dado por Menéndez Pelayo[516]. Precisamente el XXIV aniversario de la "Liberación" de Barcelona (1963) fue la excusa para que Agustín Pedro y Pons, recordando el discurso en catalán de Menéndez Pelayo, pidiera la recuperación de los Juegos Florales, símbolo de la riqueza lingüística de España[517]. Este texto justificaría la carta escrita por el rector de la Universidad de Salamanca, Alfonso Balcells, pidiendo que en Cataluña se estudiara la lengua catalana en los niveles educativos de Primaria y Secundaria[518]. Era el año 1967: Manuel Fraga Iribarne había sido el mantenedor de los Juegos Florales de la Plaza de la Lana y en el comentario de Luis Valeri para *La Vanguardia* puede leerse:

> "El sentimiento de fraternal amor a Cataluña que inspiró las palabras de Fraga Iribarne era el mismo que ciertamente embargaba a Menéndez y Pelayo. Estoy seguro que por el actual ministro de Información y Turismo se reanudaría la clásica tradición de los auténticos Juegos Florales de Barcelona"[519].

Juan Mañé y Flaquer y El Regionalismo

Juan Mañé y Flaquer escribió en cabeceras como la revista *La Discusión* de Pau Piferrer[520], pero su actividad periodística más importante se desarrolló en *Diario de Barcelona*, que dirigió de 1865 a 1901. En el *Diario*, de tendencia conservadora, defendió en cierto momento a Almirall, lo que causó estupor en Menéndez Pelayo[521]. En la primavera de 1888 no pudieron verse en Barcelona con motivo de los Juegos Florales; Mañé le expresó vía epistolar su elogio por "su talento, su saber y la independencia de su carácter", y le envió su último "librejo"[522]. Esta obra era *El Regionalismo*. Menéndez Pelayo

---

[516] *Ibíd.*, 26 septiembre 1958, p. 4.

[517] *Ibíd.*, 27 enero 1963, p. 18.

[518] *Ibíd.*, 12 enero 1967, p. 10, recogiendo la carta publicada en *ABC*.

[519] VALERI, Luis, "Glosa a un discurso", *La Vanguardia*, mayo 1967, p. 13.

[520] EG VIII, 113, Villafranca del Penedés, 28 octubre 1886, carta de Mª del Remedio Sallent de Carbó.

[521] EG VIII, 469, Santander, 7 agosto 1887, carta a Juan Valera: "El *catalanismo*, aunque es una aberración puramente retórica, contra la cual está el buen sentido y el interés de todos los catalanes que trabajan, debe ser perseguido sin descanso, porque puede ser peligroso si se apoderan de él los federales como Almirall, que ya han comenzado a torcerle y a desvirtuar el carácter literario que al principio tuvo. El tal Almirall es un fanático todavía de peor casta que Pi y Margall, a quien siguió en un tiempo, pero cuyo catalanismo ya no le satisface o le sabe a poco. Está haciendo una propaganda antinacional de mil diablos. Y asómbrese Vd.: le apoya el mismísimo Mañé y Flaquer desde las columnas del archiconservador *Diario de Barcelona*".

[522] EG IX, 281, Barcelona, 1 julio 1888.

le respondió una carta en agosto de 1888 que seguramente no se ha conservado y que hubiera sido muy útil para pulsar el parecer de Menéndez Pelayo sobre este tema. Afortunadamente, se conserva la respuesta de Mañé, escrita a mediados de ese mes de agosto de 1888. En ella defendía su postura regionalista:

> "La consideración que he logrado merecer de V. creo que me obliga a darle algunas explicaciones respecto al último capítulo de mi folleto *El Regionalismo.*
>
> Creo sinceramente que en el desenvolvimiento histórico del regionalismo no hay peligro para la integridad de la patria; pero creo también que en el trabajo de gestación de este mismo regionalismo se podría presentar un momento, ex-abrupto, que produjera el fraccionamiento temporal de la unidad nacional. La miseria general de Cataluña a que caminamos, exacerbada por medidas de rigor o de agravio por parte de los gobiernos; el clamor, justo o injusto, del resto de España contra Cataluña, aprovechado por los federales, podría precipitarnos irreflexivamente a un acto de independencia. Duraría poco la separación, como hija de la pasión del momento, pero sería fatal para Cataluña y para los sanos principios.
>
> Temo a los federales, confieso a V. mi flaqueza, porque, aunque pocos, tienen inteligencia, actividad y mala intención para aprovechar las circunstancias y crear un conflicto. Creyendo yo que la ocasión de este conflicto no puede venir sino de fuera, me sentí obligado a dar la voz de alerta, y lo hice escribiendo para el libro lo que no creí prudente decir en el *Diario*, pues supuse que el libro sería más leído fuera de Cataluña que aquí, y no me equivoqué.
>
> En general, tratándose de la separación de Cataluña, no se ven sino los males que para Cataluña y para España traería este rompimiento; pero yo, como le sucederá a V., le temo también, y principalmente, por contrario a mis principios históricos, de modo que si fuera ruso en vez de ser español y catalán, lo reprobaría de la misma manera"[523].

Después de los apoyos catalanistas a la rebelión de Creta, que se verá más adelante, Mañé mantuvo una posición más moderada que fue ponderada por Rubió en una carta escrita en febrero de 1888:

---

[523] EG IX, 307, Olot, 16 agosto 1888.

> "Mis simpatías por la marcha actual del catalanismo son meramente platónicas: no estoy afiliado a ninguna Sociedad militante precisamente por lo que tú dices, porque soy un funcionario del Estado. Si hubieras leído la carta que Mañé y Flaquer escribió a la juventud catalanista después de la famosa asonada, conocerías perfectamente en dónde estoy y a lo que aspiro, porque allí está completamente mi credo en tales materias: así se lo manifesté al mismo Mañé y Flaquer al felicitarle por aquel hermoso documento. Los periódicos de Madrid, que tan intemperantes estuvieron y que tan ignorantes son de nuestras cosas, no le dedicaron ni siquiera una desdeñosa alusión"[524].

Hay otras noticias epistolares sobre Mañé, que recomendó a Menéndez Pelayo para el proyecto *Los doce meses* de la editorial barcelonesa de Luis Alfonso, sucesores de Ramírez[525], y participó en el homenaje póstumo del periódico local *La Opinión* a José Yxart, para el que también se pidió la colaboración a Menéndez Pelayo[526].

Las Obras completas de Milá

Sobre el fallecimiento de Milá y Fontanals en 1884 el epistolario de Menéndez Pelayo ofrece testimonios preciosos, como la carta de Magín Verdaguer: "Ya habrá V. visto que los catalanistas hemos perdido a nuestro patriarca el Sr. Milá (q.e.p.d.) una de las glorias del profesorado español[527]. También Estelrich le escribió cuando falleció el profesor:

> "Supongo habrás sabido la muerte de nuestro estimado profesor D. Manuel Milá (q.e.p.d.), y la habrás sentido tanto o más que yo. Tal vez nuestro amigo Rubió (quien de seguro también la habrá sentido) aproveche la vacante, pues los días que el año pasado estuvo aquí me habló algo que no recuerdo bien referente a sus planes. Me alegraría le sucediera en la clase, si es que su nueva posición no le ha de *victimar* en el santo e indisoluble lazo, etc., etc."[528].

De Milá escribía Menéndez Pelayo a Clarín que fue "eminente y profundísimo conocedor de las literaturas de la Edad Media, a quien debo mi orientación en este punto; here-

---

[524] EG XIV, 452, Barcelona, 6 febrero 1898.

[525] EG IX, 636, de Luis Alfonso, Barcelona, 25 abril 1889.

[526] EG XIII, 711, Tarragona, 1 mayo 1896, de M. de Peñarrubia.

[527] EG VI, 409. Vich, 12 agosto 1884.

[528] EG, VI, 406, Juan Luis Estelrich, Palma de Mallorca, 7 agosto 1884.

dé sus papeles y estoy haciendo la edición de sus obras"[529]. En la "Advertencia preliminar" al primer volumen de las Obras de Milá, publicado en 1888[530], Menéndez Pelayo reconocía la "tarea gratísima" que suponía para él "reunir y coordinar todos los escritos impresos e inéditos del que fue su docto y cariñosísimo maestro"[531]. Josep Torres y Bages, en su necrológica de Milá, ya destacaba que "aquel joven de saber incomprensible a su edad, don Marcelino Menéndez y Pelayo, gloria de la literatura católica, habla del difunto doctor de nuestra Universidad con el amor del más agradecido discípulo"[532].

Documentación específica sobre este proyecto de publicación por la Librería de Álvaro Verdaguer aparece en *Epistolario de Menéndez y Pelayo en torno a la publicación de las Obras Completas de Milá* (prólogo de Manuel Benach Torrents, Vilafranca del Panadés, col. Cosas que fueron, 1950). Las cartas sobre el asunto comenzaron a finales de 1886 y se prolongaron durante más de una década. En ellas intervinieron, entre otros, además de Menéndez Pelayo, el alcalde de Vilafranca, Ramón Freixas y Miret, María de los Remedios Sallent (cuñada de Milá y viuda del poeta Juan Francisco Carbó) y Álvaro Verdaguer (librero de la Rambla del Centro). Menéndez Pelayo participó en la configuración de los ocho volúmenes y cuidó de la corrección de las pruebas. Además, intercedió para que el ministerio de Fomento y la RAE adquirieran ejemplares[533]. Uno de los

---

[529] EG, XII, 414, Madrid, 27 septiembre 1893, nota autobiográfica enviada a petición de Clarín para que éste la publique en *La Publicidad*, donde aparecerá el 19 de febrero de 1894. Precisamente el P. Francisco Blanco García, publicó en *La Vanguardia* varios artículos sobre "La literatura catalana en el siglo XIX" (14 a 20 de febrero de 1893); tres años más tarde "M.O." publicaba una reseña a su libro La literatura española en el siglo XIX (Madrid, 1896) en el que advertía que "sacrificando a menudo la originalidad personal de sus apreciaciones, las calca o reproduce sobre las de otros críticos indígenas tan concienzudos y bien informados como Milá, Yxart, Sardá, Rubió y Lluch, Torras y Bages, Miguel S. Oliver,.etc.".

[530] *Obras completas del doctor D. Manuel Milá y Fontanals*, Barcelona, Librería de Álvaro Verdaguer, 1888-1896, 8 vols.

[531] "Advertencia preliminar" a las *Obras completas* de Manuel Milá y Fontanals, Barcelona, 1888, vol. I. ENOC, Varia, II, PRÓLOGOS Y ADVERTENCIAS, p. 21. El texto está incluido en la antología final.

[532] TORRES Y BAGES, Joseph, "Don Manuel Milá y Fontanals", *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any VII, nº 31, dissapte, 2 de agost de 1884, pp. 241-243: "*Aquell jove de saber incomprensible á sa dat, don Marcelí Menéndez y Pelayo, gloria de la literatura católica, parla del difunt doctor de nostra Universitat ab lo amor del mes agrahit deixeble*". ORTEGA MUNILLA, José, "D. Manuel Milá y Fontanals", *La Vanguardia*, 21 enero 1922, p. 12: "Menéndez Pelayo ha trazado maravillosamente la vida espiritual de Milá".

[533] Por ejemplo, en EG, XI, 522, Madrid, 12 febrero 1889: "Estos meses el Ministerio de Fomento suspendió toda adquisición de libros, indudablemente por tener agotada la consignación destinada a este objeto. Es de esperar que tal estado de cosas no dure más que hasta el fin del actual Presupuesto, porque no es cosa de que paguen justos por pecadores, y de que por haberse gastado el dinero en pagar libros fútiles y de poco momento, falte luego para los verdaderamente importantes. Quizá la influencia del Sr. Balaguer, puede remover el obstáculo, y conseguir que se haga una excepción en favor de las Obras de D. Manuel".

aspectos fundamentales del proyecto, la biografía de Milá, se demoró durante varios años, y motivó la redacción de varias cartas por parte de Menéndez Pelayo. En este sentido, escribía en agosto de 1890 a María de los Remedios Sallent de Carbó:

> "No dude Vd. que cuando yo escriba la biografía de mi inolvidable maestro, procuraré hacer resaltar las nobles y delicadas condiciones de su carácter, no menos excelentes y dignas de admiración que las de su grande entendimiento. Podrán faltarme arte y habilidad, pero no el buen deseo y el amor entrañable a la memoria de nuestro D. Manuel (q.e.p.d.)"[534].

Pero en 1895 hubo otra carta sobre el tema: "Mi pensamiento es escribir cuanto antes (quisiera emprenderla este año mismo, a pesar de los múltiples trabajos que pesan sobre mí) la biografía de mi maestro"[535]. En julio de 1897 aún debía excusarse por ello:

> "Tiene Vd. mucha razón en quejarse amistosamente de mi tardanza en escribir la biografía de mi inolvidable maestro y hermano político de Vd. D. Manuel Milá (q.e.p.d.). No ha sido mía la culpa, sino de tareas apremiantes, pero estoy resuelto a emprender muy pronto esta labor, y a que se publique en el próximo año, empezándose la impresión en Enero, si es posible. Con este objeto, estoy reuniendo los datos y papeles necesarios para el caso: los llevaré conmigo a Madrid en Otoño, y empezaré la redacción de la necrología, sin levantar mano de ella hasta acabarla. Es un tributo de afecto y admiración, que rindo muy gustoso a la memoria del profesor sabio y querido"[536].

En realidad, el proyecto de edición de obras de Milá ya se había impelido en vida del catedrático catalán; de hecho, Menéndez Pelayo había pedido a su profesor en diferentes ocasiones que se preocupara de la difusión de su obra, emprendiendo diversas ediciones o reediciones[537]. Cuando murió Milá, escribió Menéndez Pelayo a Valera:

> "Milá había sido el más docto y cariñoso de los maestros que en mi carrera tuve, y por decirlo así, mi padre intelectual. Vd. que hacía de él toda la esti-

---

[534] EG, X, 549, Santander, 25 agosto 1890.

[535] EG, XIII, 334, Madrid, 14 mayo 1895.

[536] EG, XIV, 303, Santander, 6 julio 1897.

[537] *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 103-104, carta 275, Santander, 28 noviembre 1876: "Debía V. reimprimir el Romancerillo catalán, que se ha hecho raro y es muy apetecido"; en *Epistolari d´En Milà y Fontanals*…, 1922, II, pp. 116-117, carta 284, Santander, 4 enero 1877: "Debe V. coleccionar sus poesías catalanas y castellanas".

> mación debida, como él de Vd lo sentirá también mucho, de seguro, porque no sólo hemos perdido en él un excelente y honradísimo amigo, sino la gloria más alta del Profesorado español y el único representante y cultivador que entre nosotros tenían los estudios de filología romance y de literaturas de la Edad Media, en que él era tan sabio. De fijo que en Alemania y en Francia le echarán más de menos que en España, porque realmente debió bien poco a sus compatriotas.

Para honrar su memoria del único modo que yo puedo, he determinado escribir extensamente su vida literaria, leérsela a los compañeros de la Academia Española (puesto que fue correspondiente nuestro de los más beneméritos), y luego, si la Academia no la imprime, imprimirla yo en un tomo, para completar el cual me sobran materiales, con escritos suyos que tengo inéditos o no coleccionados, y con algunas poesías exquisitas que compuso, imitando los antiguos *cantares de gesta*, con una, inspiración épica y una ingenuidad primitiva verdaderamente admirables y raras. Después de Durán, no ha habido hombre más solícito de la poesía popular, y a mi entender, la sentía mejor que el mismo Durán, y acertaba a distinguir con mucho más esmero lo verdaderamente primitivo de los remedos y falsificaciones de otras épocas. La historia literaria de Milá, si yo acierto a escribirla como la tengo en el pensamiento, abarcará toda la historia de la cultura catalana de este siglo, en las tendencias de la cual ha influído él más que ningún otro"[538].

En cuanto a la recepción de las obras completas, ésta fue entusiasta en quienes habían aprovechado el magisterio de Milá. Antonio Rubió escribió a su viuda, Josefa Sallent:

> "He saludado en mi cátedra como un verdadero acontecimiento literario la publicación, tan anhelada por todos los que nos interesamos por las glorias de Cataluña, y por el progreso de la ciencia literaria, de las obras completas de su esposo, y he recomendado encarecidamente a mis alumnos la moderna magnífica edición de ellas, avalorada por la dirección sabia y entusiasta de mi antiguo condiscípulo Menéndez y Pelayo"[539].

Joan Pijoan y Soteras, en su reseña a una obra de Menéndez Pelayo para *La Veu de Catalunya*, recordaba la vinculación del polígrafo con Milá:

---

[538] EG, VI, 413, Santander, 27 agosto 1884.

[539] *Epistolario de Menéndez y Pelayo en torno a la publicación*…, 1950, apéndice.

> "¡Forastero Menéndez Pelayo! ¡El hombre que tiene más derecho a ser llamado catalán que todos nosotros! ¡Él fue quien rehabilitó el nombre de Llull, cuando corría como un propagandista de uno hacia el otro de la Península, predicando la ciencia española! ¡Él es el heredero de Milá, que guarda sus libros, con las notas que el maestro puso al margen! Él no ha dejado de demostrar su amor a Cataluña, hasta hoy que estudia sus novelas"[540].

Otros periodistas lamentaban, sin embargo, que las obras no tuvieran el eco esperado en la prensa:

> "Ya nadie se acuerda de Milá y Fontanals. No se cumplieron siete años de su muerte; hoy se publican sus obras completas; estamos ya en el tercer volumen, y no he visto en parte alguna un artículo, un suelto, una palabra, acerca de la definitiva edición. Si sus amigos íntimos recuerdan alguna vez sus melancólicas confidencias, mezcla de fundados temores y candorosas esperanzas; si las comparan con el alto silencio y olvido de hoy, no hay duda de que han de sentirse amargados; es más, se sentirán intranquilos por su propia suerte, --los que otras merezcan—, si es que no les ha curado de sustos la ardua tarea de vivir"[541].

Miguel Mir en la RAE

El P. Miguel Mir, jesuita mallorquín, ingresó en la RAE el 9 de mayo de 1886, con el discurso titulado *El estado o punto de perfección a que lograron levantar la lengua española los autores de los dos últimos tercios del siglo XVI y primero del XVII*. Contestó Menéndez Pelayo, felicitándose por el primer ingreso en la RAE de un jesuita y de un balear y elogiando el estilo literario de Mir: "Entre los muchos autores de raza y del dialecto catalán que han escrito en castellano, no recuerdo uno solo que puede compararse con el P. Mir, ni en la abundancia ni en la fluidez, ni en el número ni en la libertad

---

[540] PIJOAN, J., "Els llibres de cavallerìa catalans. Un estudi den Menéndez Pelayo", La Veu de Catalunya, 18 abril 1905: "¡Foraster eu Menéndez Pelayo! L´home que té més dret a ser anomenat catala que tots nosaltres! Ell va ser el qui va reabilitar el nom de Llull, quan corría com un propagandista d´un cap al altre de la Peninsula, predicant la ciencia espanyola! Ell és l´hereu den Milá, que guarda´ls seus llibres, ab las notas que´l mestre va posar al marge! Ell no ha deixat de demostrar el seu amor a Catalunya, fins avuy que estudia las sevas novelas".

[541] YXART, J., "Milá y Fontanals", La Vanguardia, 2 abril 1891.

y señorío con que dispone del habla ajena como de cosa propia y nativa"[542]. En esta misma obra recordaba Menéndez Pelayo a "un insigne pensador catalán, Comellas y Cluet, dechado de modestia y de honradez científica, que acaba de descender al sepulcro, enteramente ignorado de sus compatriotas, pero dejando, a modo de testamento filosófico, dos libros que ponen su nombre muy cerca del de Balmes"[543]. La lectura del discurso, que tuvo su eco en cabeceras como *La Veu del Montserrat*[544], mereció el elogio de Cayetano Vidal, profesor de Menéndez Pelayo:

> "Ante todo mi felicitación mas entusiasta por tu magnífico discurso de contestacion al del P. Mir, que recibí ayer, y robando horas al sueño, leí con verdadera fruicion y entusiasmo. Ya sabes que cuanto sale de tu pluma me encanta y enamora; mas si he de hablarte verdad, el discurso á que me refiero produjo en mi alma un placer, que no me habían hasta ahora proporcionado tus demás trabajos literarios. Pareciame leyendolo que no veía ya al joven extraordinario que sabe todo cuanto se ha leido, y ha leido todo cuanto se ha escrito; sino al hombre maduro, reposado, que con la autoridad que dan los años y el saber, llevaba la voz de la Academia y por manera inimitable, con frase culta, elegante y severa al propio tiempo, daba la bienvenida al maestro en bien decir, y enseñaba á los de fuera de que modo ha de usarse la lengua castellana para que no se manche su pureza arrastrándola por el fango de la ruindad que nace de las malas pasiones"[545].

En *La Veu del Montserrat* felicitaban no sólo al P. Mir, sino al propio Menéndez Pelayo:

> "Felicitando de corazón al novel académico que honra la sotana que viste, no podemos dejar de hacer grandes mercedes al Sr. Menendez Pelayo porque, puesto a las alturas de la verdadera ciencia, no hace como la mayoría de

---

[542] *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 20. Menéndez Pelayo contestó otros seis discursos de ingreso en la RAE: Francisco Asenjo Barbieri, *La música de la lengua castellana* (13 de marzo de 1892); Luis Pidal, *El drama histórico* (3 de marzo de 1895); Benito Pérez Galdós, *La sociedad presente como materia novelable* (7 de febrero de 1897); Ramón Menéndez Pidal, *"El condenado por desconfiado", de Tirso de Molina* (19 de octubre de 1902); José María Asensio y Toledo, *Interpretaciones del "Quijote"* (29 de mayo de 1904); y Francisco Rodríguez Marín, *Vida de Mateo Alemán* (27 de octubre de 1907). Sobre esta cuestión, ÁLVAREZ DE MIRANDA, P., 2011.

[543] *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 22.

[544] "Sort n´hi há", *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any IX, nº 29, dissapte, 17 de juliol de 1886, pp. 225-226.

[545] EG VII, 516, 20 mayo 1886.

> los escritores de Castilla que, o no hablan de Cataluña porque no saben nada, o si hablan es para juzgarnos, más o menos del mismo modo que los viajeros gavachos suelen hablar de España"[546].

Menéndez Pelayo, crítico de la literatura catalana

Para valorar la importancia de Menéndez Pelayo como crítico de la literatura catalana conviene recordar el escaso aprecio con que las publicaciones "castellanas" trataban las manifestaciones literarias realizadas en lengua catalana. En *La Veu del Montserrat* se publicó en 1884 una queja sobre lo injusto del trato de la prensa madrileña:

> "Raras son las revistas literarias castellanas que dan cuenta de lo que se hace en Cataluña, si alguna obra brota, no suelen hablar cuando ven que las francesas y las alemanas las celebran; y en lugar de fomentar el espíritu de hermandad y de recíproca comunicación que debería haber entre hijos de una misma patria, dan fácilmente a entender, con estudiado desdén, que no les place la actividad literaria que, en cosa de una veintena de años, ha dado por resultado un *florecimiento* —como ha dicho Menendez Pelayo, que mira las cosas desde más altura que los demás— de que pocas naciones puedan gloriarse"[547].

La valoración crítica de Menéndez Pelayo, en este sentido, no podía pasar desapercibida. Hacia 1886 los amigos Estelrich y Menéndez percibían, por otro lado, los "excesos del catalanismo":

> "Acordes en cuanto a los *excesos* del catalanismo. No he visto ese *Ferrán V,* pero por las noticias que tengo de él, sospecho que ha de ser alguna grandí-

---

[546] "En l´Academia Espanyola", La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya, any IX, nº 21, dissapte, 22 de maig de 1886, p. 163: "Tot felicitant de cor al novell académich que fa honra a la sotana que vesteix, no podem dexar de fer grans mercés al Sr. Menendez Pelayo perque posat a las alturas de la vera ciencia, no fa com la majoría dels lletrats de Castella que, o no parlan de Catalunya perque no´n saben res, o si´n parlan es per jutjarnos, si fa o no fa del mateix modo que´ls viatjadors gabaigs solen parlar d´Espanya".

[547] C., "Una observació", La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya, any VI, nº 48, dissapte, 1 de desembre de 1883, p. 377: "Raras son las revistas literarias castellanas que donan compte de lo que´s fa á Catalunya; si alguna obra de cap de brot ix, ne solen parlar quan veuen que las francesas y las alemanyas las celebran; y en lloch de fomentar l´esperit de germandat y de recíproca comunicació que deuria haverhi entre fills d´una matexa pátria, donan fácilment á entendre, ab estudiat desdeny, que no´ls plau gayre l´activitat literaria que, en cosa d´una vintena d´anys, ha dat per resultat un florexement, —com ha dit en Menendez Pelayo qui mira las cosas de mes alt que´ls demés— de que pocas nacions poden gloriarse".

> sima atrocidad, inspirada, no obstante, mas bien por un espíritu regional estrecho, por un verdadero patriotismo de campanario, que por una tendencia separatista y antinacional.
>
> D. José Luis Pons ha tenido la bondad de venir a verme, y me ha leído varias poesías catalanas y castellanas de que piensa formar un tomo.
>
> Mis cariñosísimos recuerdos a todos los amigos de la isla, con especialidad a Quadrado, a Forteza, a D. Jerónimo Roselló, a Nicolás Cotoner, etc. etc."[548].

En ese año Verdaguer había editado *Canigó*, Soler *Las alas negras*, Oller *Vilaniu* e Yxart comenzaba su colección de artículos *El siglo pasado*. Precisamente esa colección, publicada durante varias temporadas, era una de las guías críticas, sobre todo teatrales, de Menéndez Pelayo, que la recibía puntualmente. En ella pulsaba su propio conocimiento crítico en las novedades editoriales que Yxart desentrañaba, poniendo en evidencia problemas como el uso del catalán o del castellano[549]. A principios de 1887 Menéndez Pelayo había leído el opúsculo de Joaquín Rubió y Ors sobre Milá:

> "He leído con muchísimo gusto los pliegos que Vd. me ha remitido del estudio sobre Milá, lleno de pormenores curiosísimos en lo tocante a la época romántica en Barcelona, y escrito en esto y en todo con gran fluidez y elocuencia. En la parte relativa al catalanismo hay cosas que no a todos sonarán bien pero a mí me parecen la verdad pura, y Vd. por sus años y por su autoridad tiene el derecho y aun el deber de decirlo"[550].

En 1887 confesaba Menéndez Pelayo al hispanista francés Morel-Fatio: "Aunque no soy filólogo ni catalanista de profesión, me interesa todo lo que tiene relación con la literatura patria"[551]. Poco después, en agosto, escribió a Juan Valera una carta que ha sido muy citada en la historiografía sobre el catalanismo, sobre todo el fragmento siguiente:

---

[548] EG, VII, 529, Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, 28 mayo 1886.

[549] EG VII, 441, Barcelona, 6 febrero 1886: "Mis compañeros catalanistas me dicen que concedo demasiado al uso del castellano; los contrarios se empeñan en probarme que el catalán se va. En el fondo de estas cuestiones palpitan otras más delicadas que dan lugar a la pasión y para mí enojosísimas, porque por temperamento, por educacion, por hábitos de toda mi vida, me han repugnado siempre las divisiones de los hombres en castas".

[550] EG, XXII, 1105, Madrid, 3 abril 1887.

[551] EG VIII, 401. Madrid, 1 junio 1887.

> "El *catalanismo*, aunque es una aberración puramente retórica, contra la cual está el buen sentido y el interés de todos los catalanes que trabajan, debe ser perseguido sin descanso, porque puede ser peligroso si se apoderan de él los federales como Almirall, que ya han comenzado a torcerle y a desvirtuar el carácter literario que al principio tuvo. El tal Almirall es un fanático todavía de peor casta que Pi y Margall, a quien siguió en un tiempo, pero cuyo catalanismo ya no le satisface o le sabe a poco. Está haciendo una propaganda antinacional de mil diablos. Y asómbrese Vd.: le apoya el mismísimo Mañé y Flaquer desde las columnas del archiconservador *Diario de Barcelona*. El misterio de todos estos *autonomismos* está en que a esos señores no se les ha hecho ni se les hace en Madrid todo el caso que ellos sé figuran merecer"[552].

En 1888 destacaba Menéndez Pelayo el juicio sobre Guimerá, que le parecía "un gran poeta"[553]. Con respecto al quinto volumen, correspondiente a 1889, cuestiona el juicio de Yxart sobre Verdaguer[554] y la evolución de los Juegos Florales en el movimiento literario catalán:

> "Todo lo que Vd. dice de los *Juegos Florales* y del estado actual de la poesía catalana está pensado con muchísima sensatez y muy buen gusto. No a todos les gustará por de pronto, pero la lección quedará y no ha de faltar quien la aproveche. Por lo mismo que el movimiento literario catalán es cosa muy seria, hay que impedir a todo trance que degenere en romanticismo trasañejo, en patriotería, o en cierta ordinariez realista de mala ley que a algunos les parece legítima poesía rústica. Los *pagesos* empiezan a encocorarme tanto como el *gay saber* y los *trovadores*"[555].

---

[552] EG, VIII, 469, Santander, 7 agosto 1887. Esta carta ha sido citada en bastantes ocasiones, por ejemplo en HINA, Horts, 1986, p. 215. Naturalmente, citar de Menéndez Pelayo que el *catalanismo* "es una aberración puramente retórica" da una idea tal vez desenfocada de las relaciones del polígrafo con Cataluña y conviene situar en su contexto el fragmento, como intento con .

[553] EG, IX, 126, Madrid, 19 febrero 1888.

[554] EG X, 520, Santander, 25 julio 1890: "Siento que no haya hecho Vd. justicia completa al libro de Verdaguer: algo tiene del amaneramiento que Vd. dice o indica, pero el candor del poeta es natural y no afectado y en lo que yo recuerdo nunca ha sido sentida ni expresada con tanta delicadeza la poesía que encierran algunas leyendas de las contenidas en los evangelios apócrifos de los primeros siglos. Claro que esta poesía tiene algo de infantil, sobre todo si se la compara con el retrato admirable de Cristo que a creyentes y a incrédulos ofrecen los evangelios canónicos. Pero repito que hay poesía y gracia en algunas de esas leyendas, y que Verdaguer ha sacado de ellas un partido admirable".

[555] EG X, 520, Santander, 25 julio 1890.

En marzo de 1888 escribió a Guimerá[556] "después de una lectura muy detenida de su magnífico tomo de *Poesías*, y deslumbrado aun por la impresión de tantas bellezas como en sus páginas se suceden" y asegurándole que "hacía años que ningún libro de poesías modernas españolas me producía un efecto semejante". La carta es un largo elogio a la poesía de Guimerá, asombrosa en "la dicción poética […] la maravillosa fuerza plástica con que sabe dar bulto, realce y color a todo lo que describe, ora pertenezca al mundo de la realidad sensible, ora al de los caprichos fantásticos"; sin embargo, le censuró "el catalanismo un tanto feroz y militante de algunas rarísimas composiciones"[557]. Un mes más tarde respondía agradecido Guimerá:

> "Muy señor mío y de todo mi aprecio: No encuentro palabras lo suficientemente expresivas pera manifestarle cuánto agradablemente me ha emocionado su carta respecto de mis poesías. La opinión de V. hacía mucho tiempo que la deseaba pero la temía, sabiendo que, según lo que V. me hubiera dicho, me hubiera desanimado para escribir de aquí en adelante. Gracias por su carta que guardaré siempre pera leérmela yo en aquellas horas de desánimo que tenemos en la vida, con la seguridad de que su lectura más de una vez me hará retomar la obra abandonada"[558].

Por su parte, el periodista mallorquín Luis Alfonso Casanovas escribía en *La Época*:

> "Menéndez y Pelayo y Emilia Pardo Bazán en sus libros de crítica, orlando en sus revistas literarias, Ortega Munilla hoy mismo en *Los Lunes de El Imparcial*, declaran que hay no sólo poetas, sino prosistas catalanes que pueden competir con los castellanos, y aun vercerlos"[559].

A finales de 1891, Antonio Rubió publicó en *El Tiempo* de México un valioso artículo sobre la vida cotidiana de Menéndez Pelayo en Madrid, lleno de detalles sobre el modo de vida del profesor santanderino. En uno de los momentos intentaba recordar algunos

---

[556] La carta ya se la había anunciado a Yxart, en EG IX, 126, Madrid, 19 febrero 1888.

[557] EG IX, 171, Madrid, 16 marzo 1888.

[558] EG IX, 199, Barcelona, 12 abril 1888: "*Molt senyor meu y de tot mon apreci: No trobo paraulas prou espresivas pera manifestarli quan agradablement m'ha emocionat la seva carta respecte de las mevas poesias. La opinió de V. feya molt temps que la desitjava pero la temia, sabent que segons lo que V. m'hagués dit m'haguera desanimat para d'aqui en avant escriure. Gracias per la seva carta que guardaré sempre pera llegírmela jo en aquellas horas de desanimació que tenim en la vida, ab la seguretat de que la seva lectura mes d'um cop me fará rependre l'obra abandonada*".

[559] En OLLER, Narcís, 1962, p. 59.

títulos significativos que había visto en estanterías, sobre la mesa, en baúles o desparramados o apilados por casi cualquier sitio:

> "Dejemos a un lado la literatura catalana, que fue la primera que llamó mi atención y que es la última que interesa a aquellos para quienes estas líneas se escriben. Allí había la última obra de Oller *Fefre d´or* que tanto ha gustado en Barcelona y que a la sazón devoraba Menéndez; el ensayo histórico de Monen *(sic)* Cayetano Soler sobre Baladona *(sic)*; una nueva edición y traducción castellana del *Somni de Sant Joan* de Verdaguer, hecha en Sevilla este año; *La Ven (sic) de Catalunya*, revista catalana, y otros libros y papeles para mí muy familiares"[560].

Reconociéndose "el menos apto de sus alumnos"[561], en 1889 publicó Antonio Elías de Molins su *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores catalanes del siglo XIX* (Barcelona, Imp. de Fidel Giró, 1889, 2 vols.). Menéndez Pelayo había visto la necesidad de una obra similar, como se aprecia en la carta que mandó a Rubió:

> "Un libro que condense todos los datos bibliográficos de literatura catalana (entendiendo por tal, para el objeto presente, la escrita en catalán) esparcidos hasta ahora en libros tan diferentes, hará un servicio muy señalado y servirá de punto de partida para toda investigación ulterior. Cuando llegue el caso, tendré gusto en comunicarte los pocos datos que poseo, y que no tengas"[562].

Pero tampoco eran todas buenas opiniones sobre Menéndez Pelayo. Lluis Carreras Lastortras (1840-1888), crítico adscrito al republicanismo federalista, escribió en *El Diluvio* una crítica sobre la semblanza de Milá realizada por Rubió y Ors:

> "Sus críticas son la medianía personificada; el autor, no bien ha comenzado, queda sin recursos; échase entonces sobre la digresión; apela a las citas; abrevia, y termina aprisa. Tampoco sabe hacer una sonata: escribe bien, tiene buen gusto, le ayuda una gran memoria, le sostiene una extensa lectura,

---

[560] A. Rubió, "Menéndez Pelayo", *El Tiempo* (México), 15 diciembre 1891.

[561] EG X, 265, 17 diciembre 1889.

[562] EG, XXII, 1111, Santander, 21 diciembre 1888.

> conoce los métodos modernos: sólo le falta el *quid divinum*, la savia creadora, sin la cual no se es crítico"[563].

Del Gayter al Missatge a Creta

Joaquín Rubió y Ors, "patriarca de las letras catalanas"[564], publicó en primavera de 1889 *Lo Gayter del Llobregat*, "la más antigua colección de poesías serias catalanas publicadas en nuestro siglo"[565]. Menéndez Pelayo puso el prólogo[566]: el texto es extraordinariamente importante en su valoración del catalanismo. Entiéndase, del único catalanismo que para el polígrafo era objeto de estudio y justificado interés, el "literario". Menéndez Pelayo enmarcaba su estudio "en la historia del novísimo y triunfante renacimiento de las letras catalanas"[567]. Para él este fenómeno era vigoroso y fuertemente cimentado:

> "La poesía del renacimiento catalán, con raras aunque notables excepciones, es poesía enteramente moderna, y a esto debe su vitalidad y su fuerza, y el que merezca ser considerada como una de las manifestaciones más ricas y vigorosas del arte español contemporáneo, y no como producto caprichoso de un cenáculo de soñadores y de eruditos divorciados de la vida contemporánea, y empeñados en la estéril labor de admirar mutuamente sus solitarias creaciones"[568].

Menéndez Pelayo no escatimaba "la verdadera importancia y la robusta salud del renacimiento catalán, que hoy en la mayor parte de sus poetas y novelistas ostenta un carácter modernísimo"[569]. El lejano origen de este proceso lo identificaba con la independencia de la literatura catalana al respecto de la provenzal, a partir de finales del siglo XIII:

---

563 CARRERAS LASTORTRAS, Lluis, "Manuel Milá. *Noticia* por don Joaquín Rubió y Ors", *El Diluvio*, 27 abril 1887, en JORBA, Manuel, 1984, pp. 368-369.

564 *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 125.

565 ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 116.

566 Prólogo a Lo Gayter del Llobregat. Poesías de don Joaquín Rubió y Ors, vol. II, Barcelona, Imp. Jepús y Roviralta, 1889. ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, pp. 115-126. Se incluye en la antología final de textos de Menéndez Pelayo.

567 ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 115.

568 Ibíd., p. 120.

569 Ibíd., p. 123.

> "Por crónicas como la de Muntaner y Desclot, por un libro de filosofía como el *Arbre de scientia*, por una novela utópica como el *Blanquerna*, por un libro de caballerías como *Tirant lo Blanch*, por un monumento legislativo como el *Llibre del Consolat*, por una enciclopedia como la de Eximenis, se pueden dar sin cargo de conciencia todos los cancioneros y todas las cortes de amor de la Edad Media. La literatura catalana no fue grande, original y fecunda sino cuando dejó de ser literatura provenzal"[570].

Esta historia había sido estudiada, entre otros, por Tubino en su *Historia del Renacimiento literario en Cataluña, Mallorca y Valencia* (1880-1881); para Menéndez Pelayo, esta era "obra más digna de aprecio por sus noticias que por sus juicios"[571]. La opinión de Tubino advertía ya de la extensión del catalanismo hacia lo político:

> "Cuando los españoles se penetren de que catalanismo y odio a todo lo que no es catalán parecen sinónimos para muchos; cuando se reconozca que los fomentadores de la lengua y de la literatura catalanas, se nutren en máximas dirigidas a torcer el rumbo de la historia nacional, sembrando gérmenes de discordia entre los miembros de una misma familia, bajo el supuesto de soñados agravios y de aspiraciones insensatas, entonces uno será el juicio de todas las provincias y una también la actitud severa e imponente en que según las circunstancias habrán de colocarse"[572].

En la historia de este renacimiento catalán habían destacado autores como Miguel Antonio Martí y Víctor Balaguer, a quienes había que relacionar con el llamado "romanticismo histórico": "Coincidió el despertar de la musa regional con el apogeo de la poesía histórica y legendaria, y con las primicias del estudio de la poesía popular, presentida o adivinada más bien que conocida por los primeros poetas románticos"[573]. El 10 de octubre de 1875 Víctor Balaguer leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, titulado *De la literatura catalana*. Le respondió José Amador de los Ríos con palabras como estas:

---

[570] *Ibíd.*, p. 122.

[571] *Ibíd.*, p. 115. En EG IV, 210. S. Baudilio de Llobregat, 3 agosto 1880, carta de Rubió sobre Tubino. "Si realmente conoces este trabajo concebido de un modo sistemático, y escrito con abundancia de datos, dime lo que de él juzgas. Yo creo que es un reclamo para hacer abrir los ojos al Gobierno, acerca de lo que pasa en Cataluña".

[572] En LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, p. 82.

[573] ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 118.

> "Nada hay, pues, substancialmente contrario y antagónico a las leyes fundamentales del genio y de la cultura españolas, en esa más o menos esplendorosa y vividora reaparición de la lengua catalana como lengua literaria; nada que pueda ahora infundir temores ni despertar antipatías"[574].

Balaguer también accedió a la Real Academia Española, dos años más tarde que Menéndez Pelayo; leyó su discurso el 25 de febrero de 1883, sobre *Significado e importancia de las literaturas regionales* y le contestó Emilio Castelar. Menéndez Pelayo tenía en su biblioteca varias de sus obras, entre ellas la segunda edición de su *Historia de Cataluña* en once volúmenes[575]. Sobre Buenaventura Carlos Aribau, autor de la célebre "Oda a la patria" (1833), escribía:

> "Aribau, muy estimable poeta castellano de segundo o de tercer orden (aunque inferior, dentro de su propio país, a Cabanyes, a Piferrer y a algún otro), fue gran poeta catalán *una sola vez* en su vida, por ocasión fortuita, sin plan ni propósito de restauración sistemática, aunque en las estrofas de su oda estuviesen contenidos todos los gérmenes del catalanismo"[576].

Volviendo a sus páginas sobre *Lo Gayter*, Antonio Rubió escribió a su amigo:

> "Te agradezco tanto como mi padre el prólogo del *Gayter*, que no resulta obra de encargo, ni de compromiso, como suele serlo este género, sino un juicio el más concienzudo e interesante que se ha hecho de nuestra restauración literaria. El segundo tomo, gracias a él principalmente, va a resultar muy curioso y ameno. En el campo catalanista causará gran impresión, y está destinado a fijar ideas, que serán tan claras como tu quieras, y repetidas muchas veces, (como la de la distinción de *tres lenguas* orientales y la confusión con el *lemosín*), pero que aclaradas por un juez imparcial en la contienda y de tanta autoridad, como lo eres tú, adquirirán forma científica y definitiva. Lucho muchas veces con estos inconvenientes en mi cátedra, mas a pesar de mi propaganda y de mi buena voluntad, nada puedo conseguir. Este año entre mis alumnos de Filosofía y Letras, hay tres valencianos, un menorquin y un mallorquín. ¿Pues creerás que oyen hablar con horror de lengua y literatura catalanas, y en cambio sostienen con un aplomo que me

---

[574] En LLANAS, Manuel, y PINYOL, Ramón, p. 81.

[575] Vid. FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, 2010, pp. 206-208. Esta *Historia de Cataluña* lleva la dedicatoria de Balaguer como "testimonio de la alta consideración en que tiene a tan ilustre publicista su servidor y amigo".

[576] ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 117.

deja parado, la existencia de una lengua valenciana, y de otra menorquina, y que ni el menorquín quiere ser menos, y habla con énfasis, cuando le pregunto, de su lengua propia? Entre tanta lengua flamante, ya puedes presumir que el único dialecto es el catalán. Tu golpe de maza llamando *majaderos* a semejantes gentes, va a ser contundente, y espero que ha de hacerles entrar en la verdad, siquiera por respetos humanos[577]. Los catalanes hemos de estarte agradecidísimos, y entre ellos yo en primer lugar, que he hecho de la lengua y de la literatura catalanas, mi campo de operaciones y el amor de mi vida entera. Yo no reconozco más que la existencia de tres patrimonios y de tres literaturas peninsulares; tres dominios filológicos, tres historias y tres parnasos. Lo demás son dialectos de transición (histórica o geográfica), dejando a un lado el vasco, que no entra en esta cuenta sino en otra muy diferente"[578].

Poco después escribía Menéndez Pelayo a Rubió sobre uno de sus más importantes discursos y Rubió se lo agradecía:

"Te agradezco con toda mi alma el benévolo juicio que has formado de mi *Renacimiento clásico en la literatura catalana.* Casi me da vergüenza después de leído tu ditirambo haber escrito lo que he escrito. Tú mereces mucho más y yo mucho menos; pero en fin me lisonjea lo que me dices, y más si en el fondo de mi trabajo has hallado algo nuevo. El que a ti te enseñe cualquier cosa por insignificante que sea, puede darse por muy satisfecho.

Me engolfo, es cierto, un tanto en el catalanismo, al ver que en mi tierra todo está por hacer y que el grupo de la *Romania,* sin contar con otros, nos lo da todo hecho. Pagés prepara un monumental estudio sobre A. March; Guarda otro sobre Bernat Metge; Morel Fatio está escribiendo sobre una crónica catalana del siglo XV y sobre la historia del catalanismo en los escritores de la Edad-Media... Los de la *Revue de Langues romanes* tampoco descansan. Y ¿nosotros qué hacemos? Da grima pensar que desde Milá á mi último estudio, no se ha hecho ningún trabajo histórico general acerca nues-

[577] Se refiere Rubió a este fragmento de ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, pp. 122-123: "¡Y qué completa debía ser la ilusión cuando el trovador cantaba *trovas lemosinas*, como todavía llaman algunos majaderos de Castilla y de fuera de ella a los versos compuestos en lengua catalana!".

[578] EG X, 42, Barcelona, 19 mayo 1889. En EG XIII, 191, Valencia, 10 enero 1895, Juan Berdunaus le preguntaba a Menéndez Pelayo por la independencia idiomática entre el catalán, el valenciano y el mallorquín. La carta se incluye en la antología epistolar final.

> tras letras. Bibliografia catalana, diccionario, gramática, historia literaria, todo está por hacer ó por... publicar, después de medio siglo de Renacimiento. Recojo muchos materiales, pero mi vida es tan ocupada, que temo me faltará siempre tiempo para ordenarlos. Por lo demás no temas por mi exclusivismo. Tengo una pasión que llega a ser viciosa por Cataluña y su lengua; soy mucho más catalanista que mi padre; y con todo deploro como el que más, la política y literatura y ciencia de campanario del grupo catalanista más *enragé,* que no respira más atmósfera intelectual que la de Barcelona. Cabalmente si en mi hallo algun defecto es el de aficionarme a demasiadas cosas a la vez: soy filheleno, catalanista, americanista, escritor político (a mi manera), católico, noticiero, ¿qué más quieres? Ahora por ejemplo, leo y estudio mucho de literatura americana y me voy enterando al dedillo, principalmente, de los escritores colombianos. En la *España Moderna* verás una mala muestra de mis estudios"[579].

En 1897 varios intelectuales catalanes, en torno a la Unió Catalanista, entregaron al cónsul griego un mensaje dirigido al rey de Grecia en el que le felicitaban por el envío de fuerzas griegas en apoyo de la insurrección contra la dominación turca, en el contexto de la guerra por la soberanía de Creta. Se pretendía establecer así un paralelismo entre Creta-Turquía y Cataluña-Castilla. Por parte de las autoridades españolas este acto fue visto como una reivindicación separatista, máxime en medio de la pérdida colonial que estaba sufriendo España. Entre los intelectuales del manifiesto figuraba Rubió, que fue severamente reprendido por Menéndez Pelayo:

> "Debo decirte además que te escribí una carta muy larga (la cual, por parecerme demasiado cruda, rompí en el acto sin enviártela) cuando salisteis con aquella pampirolada del *missatge* al Rey de Grecia (como si a vosotros os importase nada de lo que por allá pasa) e hicisteis y dijisteis tales tonterías, que por sí solas hubieran bastado para desacreditar el catalanismo político y militante, que en circunstancias tan tristes como las actuales ha llegado a ser un crimen de lesa nación, y que además acabará por matar el catalanismo literario, haciéndole insufrible y antipático al resto de los españoles. En esa carta te aconsejaba como amigo franco y leal que te apartases cuanto pudieras de esa pandilla de locos, que son además unos solemnísimos ignorantes; y que te concretases a trabajar con entero desinterés científico, sin pensar para nada en las miserias actuales, sobre la antigua historia y literatura de Cataluña, de que ellos nada saben y de que tú puedes decir tantas cosas nue-

[579] EG X, 119, S. Boy del Llobregat, 10 agosto 1889.

> vas y excelentes. Mírate en el espejo de Milá y de Aguiló, y sé cauto y *guarda la capa*. Al cabo, tú eres un funcionario del Estado, y tienes ciertos respetos que guardar, que no tienen, por ejemplo, el disparatado de Guimerá o el mamarracho de Massó y Torrents.
>
> Ya sabes que no gusto de dar consejos a nadie, sobre todo cuando no me los piden, ni tengo la manía de la predicación. De todos modos, lo escrito está, y si te sirve de algo para en adelante, me holgaré infinito. Y si no te parece bien, haz lo que quieras, y no te volveré a escribir ni una palabra sobre esto"[580].

Pocas semanas más tarde de lo que llamaría "filípica anti-catalanista", Rubió le respondía:

> "Mis simpatías por la marcha actual del catalanismo son meramente platónicas: no estoy afiliado a ninguna Sociedad militante precisamente por lo que tú dices, porque soy un funcionario del Estado. Si hubieras leido la carta que Mañé y Flaquer escribió a la juventud catalanista después de la famosa asonada, conocerías perfectamente en dónde estoy y a lo que aspiro, porque allí está completamente mi credo en tales materias: así se lo manifesté al mismo Mañé y Flaquer al felicitarle por aquel hermoso documento. Los periódicos de Madrid, que tan intemperantes estuvieron y que tan ignorantes son de nuestras cosas, no le dedicaron ni siquiera una desdeñosa alusión. Respecto de las intemperancias de los de acá, nada he de decirte; me conoces bastante para que llegues nunca a sospechar que simpatice con los desdenes estúpidos de cierta gente"[581].

En carta posterior, en pleno desastre del 98, Rubió defendía su "españolismo" frente al "castellanismo oficial":

> "Cada vez eres más caro de correspondencia con tus amigos. Desde tu última filípica anti-catalanista no he recibido ninguna carta tuya. Supongo que no será porque te enojara mi respuesta. Si hubieras presenciado las amarguras morales por que he pasado con motivo de la última desdichada guerra hispano-yanqui, de seguro que te reconciliabas con mi españolismo, que es cosa muy distinta del castellanismo oficial que a todo pasto se nos impone.

---

[580] EG XXII, 1135, Santander, 8 diciembre 1897.

[581] EG XIV, 452, Barcelona, 6 febrero 1898.

> Todavía la noche pasada me ha causado largos insomnios el brutal tratado de paz a que nos sujeta el triunfo del número, del dolar y de la mecánica... ¡Qué horrible injusticia histórica la de que sea despojada de sus últimos restos de poderío en América, la nación que la ha descubierto y civilizado!"[582].

Josep Torres y Bages y *La tradició catalana*

Josep Torras y Bages presidiría el funeral de Milá y Fontanals en Villafranca del Penedés[583]. Formuló un catalanismo conservador en *La tradició catalana. Estudi del valor étich y tracional del regionalisme catalá* (Barcelona, Estampa "La Ilustración", 1892)[584], libro que Menéndez Pelayo conoció. Se trataba de un estudio de los grandes pensadores de "nostra raça" para el "restaurament" de Cataluña. Narcis Verdaguer le escribió entusiasmado sobre el libro:

> "Sé que V. posee y ha leído el libro *La Tradició Catalana* que acaba de publicar el ejemplar sacerdote y sabio escritor Dr. D. José Torras. Pues bien, porque me doy cuenta del valor de esta obra y de su importancia, tengo el propósito de que el periódico *La Veu de Catalunya*, que a mis escasas fuerzas está confiado, salude de una manera digna la aparición del libro de mas jugo que ha producido el modernísimo renacimiento en Cataluña.
>
> A este fin me es indispensable la cooperación de los que tienen voto excepcional en la materia. A V., como el principe entre ellos, me atrevo a dirigirme, pidiéndole bondadoso auxilio. Ya supongo que estará V. agobiado de trabajo ¡pero tengo por seguro que habrá V. escrito, o escribirá alguna carta en que hablará de *La Tradició Catalana. Yo* me atrevo a suplicarle que, a lo menos, me indique a quien puedo dirigirme para que *La Veu* tenga el honor de publicar esta carta. Ya ve V. como no pretendo más de lo que V. puede dar a quien ningun título posee para pedir"[585]

En su biblioteca Menéndez Pelayo tenía otras obras de Torras y Bages, como *Los excesos del estado* (Vich, Imp. y Lib. De Anglada, 1906) y *El hombre mutilado por la es-*

---

[582] EG XIV, 728, San Boy del Llobregat, 15 agosto 1898.

[583] EG VIII, 345, Villafranca del Penedés, 23 abril 1887, carta de Ramón Freixas. No hay más que una carta de Torras y Bages a Menéndez Pelayo, en la que le pedía información sobre Fray Juan Tomás de Roberti, arzobispo de Valencia (EG XIV, 432, Barcelona, 5 enero 1898), aunque el obispo de Vic le recomendó a Salvador Bové que le escribiera (EG XIII, 565, Barcelona, 4 enero 1896).

[584] BARRERA, Heribert, 1982, p. 13.

[585] EG XII, 173, ¿1892?

cuela neutra (íd, 1910). Para el valenciano Pascual Boronat, Torras y Bages, "piadoso sacerdote en Cataluña", ha fijado "la historia del pensamiento filosófico en mi patria"[586].

José María Quadrado

En 1893 apareció la "Introducción" de Menéndez Pelayo a los *Ensayos Religiosos, Políticos y Literarios* de José María Quadrado. Aún vivía el historiador balear, pero en un estado lamentado por Estelrich: "La esposa de Quadrado pierde la cabeza, y él hace tiempo la ha perdido..."[587]. Fue precisamente a Estelrich, contacto con la familia del profesor[588], a quien Menéndez Pelayo confesó de manera más clara su admiración por el historiador:

---

[586] EG XXII, 301, s.f. Otro valenciano, Juan Berdunaus le escribió EG XIII, 191, Valencia, 10 enero 1895: "Desde el renacimiento regionalista se ha venido diciendo por historiadores y poetas de por acá que el catalán, valenciano y mallorquín eran tres ramas del *vell tronch llemosi;* este concepto se ha repetido hasta la saciedad, pero algunos catalanistas entre los que se cuenta mi particular amigo Rubió y Ors y el maestro querido de V. Mila y Fontanals comenzaron su tarea exclusivista recabando para Cataluña la maternidad de *idioma* y tradiciones; esta opinion encontro eco en el ilustrado catalanista V. Balaguer y aunque desde su Discurso en la R. Academia de la Historia hasta hoy, han venido protestando algunos mallorquines y los valencianistas del *Rat-Penat* tales como Ferrer y Bigué, Labaila y Pizcueta, la cuestion continua sin resolver y algunos catalanistas como Torra y Bages estudian a S. Vicente Ferrer y Ausias March como *hijos* de Cataluña y merece los placemes de mi amigo Rubió y Lluch y otros del catalanismo llamado ortodoxo".

[587] EG, XI, 553, Juan Luis Estelrich, Palma de Mallorca, 29 marzo 1892.

[588] En este sentido, debe citarse la carta EG, XIV, 88, Juan Luis Estelrich, Palma de Mallorca, 20 octubre 1896: "En cuanto recibí tu última visité a la señora viuda de Quadrado y le hablé del testamento de su esposo por lo que a ti interesaba. Doña Rosa me contestó que te había trasmitido copia de la cláusula del legado. Con muchos rodeos y atascos de conciencia y qué sé yo cuantas cosas más, me indicó D.ª Rosa el deseo de quedarse con el ejemplar de las obras de su esposo que éste guardaba para sí, a lo que le contesté que eras tú sobradamente considerado e inteligente para no apreciar el valor no *fungible de estos objetos,* que por otra parte te resultarían duplicados.En cuanto al legado de todos los libros y papeles que Quadrado te hace, tendrás que apreciar mucho el buen afecto de dicho señor y su consideración para contigo; pero estoy casi seguro que la cosa no vale la pena. Quadrado no creo que deje inédito más que sus tres dramas: Leovigildo, Martín Venegas y Cristina de Suecia, y nueve u once días del Mes del Corazón de Jesús, que preparaba para completar la trilogía pía de los meses de *María* y de *San Jose* . No conozco nada más. De libros, no hablemos; todos los que le conozco caben en un puño... Desde allá, del año 40 no tuvo su librería más ingresos que los regalos, y excusado es decirte que lo que se regalaba a Quadrado se te ha regalado a ti. Lo que debe de ser muy curioso es el epistolario, puesto que Quadrado guardaba todas las cartas que se le dirigían, es decir, todas las que pueden interesarte, y ya sabes tú cuándo y con quienes sostuvo relaciones.

Yo he estado un mes fuera de Mallorca (en Zaragoza, en Tarragona, cuyos monumentos no conocía; en Barcelona, donde he pasado unos días con el heroico Rubió, después de su segundo viaje a Grecia, etc.) y por esto no había contestado a tu carta, sabiendo ya, como sabía, que se te había comunicado la cláusula

> "La pérdida de Quadrado es de tal naturaleza, que no sé yo cuál otra podría ser hoy más deplorable para la cultura patria, que no cesó de enriquecer hasta el último momento con sus admirables trabajos históricos, arqueológicos, críticos y de todo género. Es uno de los escritores españoles *más completos* que ha tenido nuestro siglo, y será de seguro uno de los que la posteridad pondrá en lugar más eminente, porque lo reunió todo, ciencia profunda, gran virilidad de pensamiento, y admirable estilo. Dios le habrá concedido el premio de sus cristianas virtudes y nosotros debemos esforzarnos por imitarle y por conservar piadosamente su memoria. Supongo que la colección de sus obras no habrá de quedarse incompleta, y no necesito decirte que si de algo puede valer mi concurso para terminarla, podéis contar conmigo. Ese será su más duradero monumento"[589].

Resulta curioso que en Quadrado viera Menéndez Pelayo una evidencia que en parte a él también le sucedería, como víctima de "ciertos piratas literarios"[590]:

> "Si no es de los escritores más citados, es en cambio de los más saqueados, lo cual prueba que no ha sido de los menos leídos. Sería curioso hacer el catálogo de las historias de provincias y ciudades, de los artículos y monografías arqueológicas que se han compaginado a expensas de Quadrado. Pero aun en esto le ha perseguido la mala fortuna. Unos no le citan, y otros suelen hacerlo de esta peregrina manera: «como dice *Parcerisa*», «según la respetable opinión de *Parcerisa*». Parcerisa fue un excelente dibujante, que *no di-*

---

testamentaria de Quadrado, que era *le clou* de tu misiva. Al regresar a Mallorca he vuelto a ver a D.ª Rosa, viuda de Quadrado, y la buena señora, con muchas timideces y reparos me dijo que yo, con timideces y reparos mayores para no ofenderte, te dijera que extraña no haber recibido contestación a su carta, ni saber por consiguiente cómo quieres que se te dirijan los papeles de su esposo, ni si accederás a sus súplicas. He visto también a Estanislao Aguiló, que (¿lo creerás? es tan bueno este muchacho que por sólo el recuerdo de la amistad de Quadrado con su padre y el afecto que profesaba a Quadrado, iba Aguiló todas las noches a jugar horas y horas con Quadrado partidas de tute o brisca para entretenerle en sus últimos meses... y Quadrado le babeaba los naipes, se dormía, y... figúrate lo que haría el pobre) está enterado de las cosas de Quadrado, y Aguiló me ha confirmado mis presunciones respecto a los libros y papeles inéditos de Quadrado. Yo decía a Aguiló que lo más conveniente sería (salvo tu parecer) formar una nota de todo lo que puede pertenecerte de la herencia de Quadrado, y enviártela para que tú te hicieras cargo de lo que hay, y si no te sirven los duplicados ponerlos aquí en venta y si se vendieran remitirte el importe; pero para esto tendrías que entenderte con Estanislao o conmigo, mediante poderes para con la viuda, puesto que la buena señora está un poco trastornada, y no acaba de estarlo del todo para que deje de hacérsela caso. Te digo y repito que puedes contar conmigo para todo lo que me necesites, y vergüenza me da hacerte ofrecimientos que harto sabido te tienes".

[589] EG, XIV, 4, Marcelino Menéndez Pelayo, Santander, 8 julio 1896.

[590] "Quadrado y sus obras", *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 206.

> *jo nada* en letras de molde: suya fue la idea de los *Recuerdos y Bellezas de España*, y suya la brillante ejecución artística; pero en la parte literaria no tuvo ni pudo tener parte alguna"[591].

Una de las obras principales de Quadrado había sido *Recuerdos y bellezas de España*, iniciada por el dibujante Francisco Javier Parcerisa y, a indicación de Milá, el poeta Pablo Piferrer. Allí Quadrado demostraba su "triple concepto de topografía, de historia y de arqueología"[592]. También destacaba Menéndez su *Historia del reino de Mallorca* y el trabajo en el archivo insular:

> "El Archivo de Mallorca y la persona del señor Quadrado han llegado a compenetrarse y a ser una cosa misma, como lo fueron el Archivo de la Corona de Aragón y la persona de don Próspero Bofaroll. ¡Memorables ejemplos de lo que puede y alcanza el entusiasmo regional cuando cae en varón erudito y juicioso, y de lo que medran y adelantan, aun con exiguos recursos oficiales, las instituciones confiadas a su cuidado, y no a los de un personal abigarrado y transeúnte, que suele mirar los archivos como lugares de destierro y penitencia!"[593].

En cuanto al papel de Quadrado en el ámbito del catalanismo, escribió Menéndez Pelayo:

> "Ha tenido valor para resistir al torrente catalanista y mantener vivo en su alma el culto de la patria común, que no menoscaba, sino que engrandece y realza el amor a la patria pequeña"[594].

La participación de Quadrado, no obstante, en el catalanismo fue crucial, incluso en detalles como los que cifraba Menéndez en una de sus notas al estudio:

> "Hasta en materias que *Quadrado* ha tratado sólo por incidencia, ha tenido la fortuna de hacer verdaderos descubrimientos. Él publicó el primer romance catalán (D. Juan y *D. Ramón)*, siendo en esto precursor de Milá y Fontanals y de don Mariano Aguiló. Él tuvo la suerte de encontrar el primer fragmento conocido del teatro catalán, un largo trozo de *representación* del

---

[591] *Ibíd.*, p. 197.

[592] *Ibíd.*, p. 203.

[593] *Ibíd.*, p. 207.

[594] *Ibíd.*, p. 208.

> siglo XIV, que dio a conocer en *La Unidad Católica* de Palma (1871), y versa sobre la leyenda del parricidio de Judas Iscariote, y muy semejante a la de Edipo"[595].

Además, Quadrado fue el autor del "profundísimo análisis psicológico del genio de Ausías March, que en 1841, y en la *Revista de Madrid*, abrió nuevo camino a la interpretación y crítica de los misterios de intimidad afectiva que se esconden bajo la dura corteza de los versos de aquel poeta valenciano, el más genuinamente lírico de nuestra Edad Media"[596].

3. Director de la Biblioteca Nacional (1898-1912)

España perdía prácticamente sus últimas colonias, el catalanismo político llevaba años consolidándose y Barcelona sufría, en aquel 1898, graves inundaciones[597]. La vida de Menéndez Pelayo tuvo además en 1898 un cambio fundamental, el vigésimo aniversario de su cátedra y su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional. Sus amigos editaron dos tomos de homenaje por sus dos décadas como profesor, reuniendo en ellos diversos estudios eruditos encabezados por un prólogo de Juan Valera; publicaron José Ramón de Luanco, Juan Luis Estelrich y Antonio Rubió y Lluch[598], cuyo trabajo estaba encabezado por un extracto del discurso de Menéndez Pelayo en los Jocs de 1888. Veinte años más tarde, en 1908, Menéndez Pelayo volvió a intervenir en los Jocs; en un contexto bien diferente, de afirmación catalanista, el polígrafo volvió a ensalzar la grandeza

---

[595] *Ibíd.*, p. 225, nota.

[596] *Ibíd.*, p. 227.

[597] EG XIV, 487, 10 marzo 1898, carta de Víctor Balaguer: de parte de la Junta de Senadores y Diputados ruega un pensamiento, un texto suyo, para un álbum que se venderá en favor de las víctimas de las inundaciones de Barcelona de enero último; "su sola firma de V. al pie de dos líneas, será bastante para que aumente el album en honor y gloria"

[598] LUANCO, José Ramón de, "Clavis sapientiae Alphonsi, regis Castellae", t. I, pp. 63-67; ESTELRICH, Juan Luis, "Poesías líricas de Schiller, traducidas", t. I, pp. 195-204; y RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, "La lengua y la cultura catalanas en Grecia en el suglo XIV", t. II, pp. 95-120. Rubén Darío, en su reseña a este libro en homenaje a Menéndez Pelayo (DARÍO, R., 1945, p. 315), comparaba a Rubió con el polígrafo santanderino: "Llaman "el Menéndez y Pelayo de Cataluña" a don Antonio Rubió y Lluch, eminente amigo mío, de quien hace algunos años hablé en *La Nación*, con motivo de sus traducciones de novelas griegas contemporáneas. Hay, en efecto, entre ambos muchos puntos de semejanza. Los dos, compañeros en los primeros estudios, han tenido igual tesón en sus preferidas tareas; los dos han seguido idénticos rumbos; los dos son ortodoxos y conservadores; los dos, profesores de Universidad, y los dos poseen dotes cordiales y de carácter que les hacen ser queridos por compañeros, discípulos y amigos". Esta reseña fue incluida por Darío en su miscelánea *España contemporánea*, París, Garnier hermanos, 1901, pp. 296-310. Sobre la relación de Rubén Darío y el mundo literario catalán, ALÓS, Concha, "Rubén Darío en Barcelona y mallorca", *La Vanguardia*, 19 enero 1967, p. 48.

cultural, literaria y lingüística de Cataluña. Menéndez Pelayo se había convertido en un símbolo para muchos catalanes, que personificaban en él el ejemplo de quien, de una manera comprensiva, podía ser cauce para el entendimiento entre Cataluña y Castilla. Otros escritores, como Unamuno, lo estaban entendiendo de diferente manera. La *Semblanza* de Milá y Fontanals, leída en 1908, cerraba de alguna manera el círculo de influencias más entrañables para Menéndez Pelayo, certificadas en su intervención en el Congreso sobre Balmes de 1910.

La cátedra de literatura catalana

Terenci Thos y Codina, diputado provincial por Mataró, había elevado en 1880 una propuesta para que la nueva ley de instrucción pública contemplara la creación en la Universidad de Barcelona de una cátedra de "Historia de la lengua y de la literatura catalana y de la antiga provenzal literaria"[599]. La idea, en realidad, procedía de Milá y de Menéndez Pelayo. En enero de 1897, Antonio Rubió y Lluch ocupó la primera cátedra de estos estudios, aunque, según se dijo, por problemas de salud, la ejerció durante unas pocas semanas[600]. Rubió había aceptado y divulgado el criterio de incluir las tres literaturas románicas peninsulares bajo el nombre de "literatura española", como se aprecia en su *Sumario de la historia de la literatura española*, de 1901[601] y los apuntes recogidos por su alumno Cosme Parpal y Marqués. En la Navidad de 1896 escribía Rubió a Menéndez Pelayo:

> "Vuelvo a desempeñar mi cátedra, y desde principios de año, *pro amore Dei y pro patria,* daré un curso de dos lecciones semanales de Literatura catalana, confiando en que si algún día llegas a las alturas de la Dirección de Fomento, o cosa mayor, la incluirás en el plan de estudios de nuestra Universidad y en los presupuestos"[602].

---

[599] THOS y CODINA, T., Proposiciones presentadas a la Excma. Diputación Provincial de Barcelona por el diputado provincial por el distrito de Mataró, Barcelona, Imprenta "La Renaixensa", 1880, p. 16, en JORBA, M., 2003, p. 575.

[600] Según JORBA, Manuel, 2003, "les lliçons s´interromperen al cap de sis setmanes, per motius de salut del professor segons la justificació oficial, però el fet que no es reprenguessin el curs següent, en contra del que s´havia anunciat, indica que no hi hagué el necessari reconeixement de les instàncies governamentals y administratives pertinents".

[601] FUSTER, Joan, 1975, pp. 121-122.

[602] EG XIV, 139, Barcelona, Navidad 1896.

De las clases de Rubió se hizo eco su común amigo Estelrich, advirtiendo la distancia de Rubió con otros catalanistas:

> "Me he alegrado en el alma del éxito que ha obtenido nuestro buenísimo amigo Antonio Rubió con su clase de literatura catalana. Aunque catalán hasta los huesos, no creo que caiga en las barrabasadas de los de la *llur restauració*"[603].

De los afanes de Rubió por este proyecto queda nutrida constancia epistolar:

> "Hace un par de meses que estoy ocupadísimo en redactar un Sumario o Programa de Literatura Española. Si te tuviera a mi lado la tarea sería muy fácil. Hay muchas materias que están desarrolladas después de un estudio directo y personal. La parte referente a Literatura catalana es toda debida a mi propia investigación. Para redactarla he tenido en cuenta la bibliografia de mi Diccionario de escritores en lengua Catalana, en el cual están refundidas y ampliadas todas las bibliografías regionales que conozco, desde Torres Amat hasta Serrano y Morales. Se me ha encargado de la inaugural del curso próximo. Había pensado tratar un punto de literatura catalana, pero en vista de la algarada catalanista del 1.º de este mes, cuya apertura fue coreada con el canto de *Els Segadors*, he desistido por razones de prudencia del tema que me había propuesto. En su lugar he decidido estudiar las relaciones entre las literaturas peninsulares. Creo que el asunto es original y de algun lucimiento, y tiene para mí la ventaja de que me es conocida la mitad de él. En cuanto a las relaciones entre la literatura portuguesa y la castellana, sólo tengo ideas generales aprendidas en tus libros. Espero pues que si existe alguna monografia o estudio especial tendrás la bondad de indicármelo y que en todo caso me mostrarás las fuentes de consulta"[604].

Poco más tarde le volvía a escribir sobre el programa de literatura catalana:

> "Mi principal objeto ha sido asilar dentro de él, pues he temido que el catalanismo de mis compatriotas no me pagaría el esfuerzo, una especie de plan o ensayo de historia de la literatura catalana, para que mis discípulos tengan siquiera una idea de ella, ya que no me es posible explicarla en cátedra por la extensión de la materia. Esta parte es la más personal y original del traba-

---

[603] EG XIV, 160, Palma, 19 enero 1897.

[604] EG XV, 838, Barcelona, 17 octubre 1900.

> jo que te remito, y sobre el cual aguardo tu parecer. Es el resultado de quince años de investigaciones y de estudios. Faltan todavía en ella algunos estudios, como v. gr. el de la poesía popular, el de la influencia provenzal, el de la prosa científica de la decadencia etc. pero todo ello lo añadiré y publicaré en una nueva edición, si la primera tiene salida. Entonces redactaré quizás el período de la *Renaxensa,* y daré más interés y carácter práctico al trabajo con la bibliografia tan completa como me sea posible de cuanto se ha escrito sobre literatura catalana"[605].

La propuesta de cátedra llevaba en realidad un nombre consigo: el de Milá y Fontanals, justificado en 1910 por el propio Menéndez Pelayo. A finales de octubre de ese año en el Congreso se presentaba una enmienda en este sentido:

> "Suscripta por varios diputados gallegos y catalanes, ha sido presentada al Congreso una enmienda solicitando la creación de dos cátedras de literatura provenzal-catalana y galaico-portuguesa en las Universidades de Madrid y Barcelona. El estudio de estas literaturas, comprendidas ya en los planes de enseñanza de varias Universidades extranjeras, es hoy en España una necesidad cultural, unánimemente sentida, y es de creer que el ministro de Instrucción aceptó esta idea, hace años amparada por la alta autoridad del Sr. Menéndez y Pelayo"[606].

Jaume Barrera la recogió además en su discurso inaugural del curso 1924-1925 en el Seminari Conciliar de Barcelona[607]. Un artículo de Arturo Masriera sobre el bibliófilo Isidro Bonsoms y el cervantista Juan Givanel y Mas, discípulo de Milá y Fontanals, seguía la enseñanza de Menéndez Pelayo:

> "Todo español que tenga hoy el uso de razón algo expedito, sabe perfectamente que existen en España, desde antes de la Edad Media, tres idiomas con tres literaturas tan originales y genuinas, y de producción tan diversa, como enlazadas entre sí por vínculos estrechos de una común nacionalidad y una historia independiente. Las lenguas y literaturas galaica, castellana y catalana, con sus respectivas derivaciones y ramificaciones, han de ser apreciadas y estudiadas con igual interés y amor por todo aquel que sienta arder

---

[605] EG XVI, 6, Barcelona, 2 marzo 1901.

[606] *ABC*, 30 octubre 1910, p. 10.

[607] BARRERA, J., *De literatura comparada. Oración inaugural del curso académico 1925-1926 leída en el Seminario Conciliar de Barcelona*, Barcelona, Eugenio Subirana, 1925, p. 10, en JORBA, M., 2003, p. 575, n. 4.

> en su corazón la llama de un patriotismo nada exclusivista. Y así lo comprendió aquel gran polígrafo y nunca bien llorado patricio Marcelino Menéndez y Pelayo, que, después de Agustín Durán, Luanco y Cuadrado, fue el primero en dar a conocer a los españoles no catalanes el valor de nuestros críticos, poetas, filósofos y eruditos. Milá y Fontanals y su escuela fue conocido en España toda, merced a la apología que Menéndez y Pelayo hizo de sus doctrinas. Nuestros poetas Piferrer, Cabanyes y Costa y Llovera, tuvieron existencia real en la historia de la literatura española, porque el autor de *Los Hetetodoxos españoles*, se la otorgó con su amplísimo espíritu de justicia. Los autores catalanes que forman la lucida falange de intérpretes, comentadores, imitadores y traductores de Horacio, no quedó desconocida en España y América, gracias a los dos volúmenes del *Horacio en España*, del grande amigo de Cataluña"[608].

Menéndez Pelayo en la visión catalana de la política "madrileña"

En mayo de 1900 la visita de Eduardo Dato a Barcelona fue recibida con tal desafección que había acabado provocando, vuelto el presidente a Madrid, el estado de guerra en Barcelona y la suspensión de *La Veu de Catalunya*[609].

El 2 de febrero de 1901 el periódico carlista *El Siglo Futuro* publicaba una durísima crítica, llena de maldad personal e injusta apelación, a Menéndez Pelayo. ¿El motivo? Su cercanía amistosa al progresista Pérez Galdós:

> "Marcelino fue por vino, perdió el jarro en el camino, pobre jarro, pobre vino, pobre cuerpo de Marcelino. Donde dice vino, pongan ustedes vanaglorias y provecho corriente y añadan el alma al cuerpo del último verso –aunque resulte más largo que las narices de Sánchez Toca—, y tienen uste-

---

[608] MASRIERA, A., "Cervantes, Bonsoms, Givanel", *La Vanguardia*, 25 octubre 1925, pp. 7-8.

[609] GRAU, J., 2006, p. 68: "*El dia de la seva arribada, els comerciants de Barcelona el reberem amb una vaga general, mentre els catalanistes li dedicaren una gran xiulada quan desfilava per la Ramble. L´endemà fou novament xiulat, en aquest cas per l´alta burgesia barcelonina, mentre assistia a una representació al Liceu. Les xiulades es repetiren en les visites a Manresa y a Terrassa; en aquest ciutat, a més, es penjaren banderes catalanes als balcons y s´organitzaren cantades d´Els Segadors. Finalment el ministre optà per suprimir la visita prevista a Sabadell y tornà a Madrid abans d´hora. En el trajecte de tornada, quan el tren s´aturà a l´estació de Reus, Dato encara hagué de soportar una altra xiulada general*".

> des la historia del *gran* Marcelino, del *insigne* Marcelino, reducido hoy a la mínima expresión…*pobre hombre*"[610].

El Siglo Futuro, que había sido fundado por Cándido Nocedal y había sido el portavoz del Partido Integrista, ya había acogido en su día las críticas del P. Fonseca a Menéndez Pelayo durante su debate sobre la ciencia española. Casi a la vez, Antoni M. Alcover Sureda viajó a Madrid y se entrevistó con Menéndez Pelayo sobre su proyecto lexicográfico de *Diccionari català-valencià-balear*. El presbítero manacorí quedó profundamente impresionado por la receptividad de Menéndez Pelayo y el 14 de mayo de 1901 apuntó en su diario:

> "No es de aquellos castellanos quienes hacen gala de no entender nuestra lengua, llamándola dialecto por desprecio, y que s'avanen de no saber nada de nuestra rica literatura antigua y moderna. No es de esos Menéndez Pelayo: conoce profundamente el idioma catalán y la literatura catalana, y puede dar lecciones a muchísimos. Le fui a exponer el proyecto de Diccionario que tengo entre manos, y fue de su aprobación, y se ofreció a aydarnos en lo que pudiera. Ya lo creo que aprovecharemos su imponderable concurso para recibir desde ahora luz y dirección"[611].

El dibujante y tipógrafo Eudald Canibell y Masbernat (1858-1928), redactor de *L´Avenç* y director de *La Revista Gráfica*, le envió *Las arts del llibre catalans* con la dedicatoria: "A Don Marcelí Menéndez Pelayo, *que tanta justicia ha fet á la llengua y literatura catalanas*"[612].

El 21 de noviembre de 1902 Romanones publicó el decreto que prohibía el uso de lenguas que no fueran el castellano en las escuelas de Primaria. Tres días después, el Congreso acogió la protesta de los diputados catalanes, encabezados por el conservador Joan Ferrer y Vidal y el liberal Joan Cañellas. Este llegó a recordarle a Romanones que Menéndez Pelayo había considerado el catalán no como un mero dialecto, sino como

---

[610] El Siglo Futuro, 2 febrero 1901, en SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 364, nota 1. La cursiva es del original.

[611] ALCOVER, Antoni M., 2001, pp. 234-235: "No es d´aquells castellans qui fan gala de no entendre la nostra llengua, anomenantla dialecte per despreci, y que s´avanen de no sebre res de la nostra opulent literatura antiga y moderna. No es d´aquests En Menéndez Pelayo: coneix profundament l´idioma catalá y la literatura catalana, y en pot donar llisons a moltíssims. Li vaig esposar el projecte de Diccionari que duym entre mans, y fou de la seva aprovació, y s´oferí a aydarnos en lo que pogués. Ja ho crech qu´aprofitarem el seu imponderable concurs per rebre´n desy-ara llum y direcció". El texto completo está en la antología final.

[612] FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, 2010, p. 212.

una auténtica lengua[613]. El 9 de diciembre de 1902 varios presidentes de entidades sociales de Barcelona entregaron a Alfonso XIII una queja por la disposición ministerial. Seis días más tarde, Ramón Menéndez Pidal publicaba en *El Imparcial* el artículo "Cataluña bilingüe"; su autor, defensor del bilingüismo como la realidad más coherente con el proceso histórico regional, defendía razonadamente que el catalán no tenía ninguna primacía sobre el castellano. El texto motivó una serie de réplicas y contrarréplicas relativamente intensa en la que intervinieron Ángel Aguiló, Raimundo Carbonel, Artur Masriera, Massó y Torrents, Pere Muntanyola y Alfredo Opisso[614]. En noviembre de 1903 Juan Luis Estelrich informaba a Menéndez Pelayo sobre el auge del catalanismo en Mallorca y el acicate que había supuesto precisamente el artículo de Menéndez Pidal:

> "Te participo que allí el movimiento catalanista va en auge, por desgracia, pues si bien da lugar a una actividad plausible, no es tan plausible la tendencia que tal movimiento revela. Costa va ya con él, Juan Alcover[615] se ha decidido abiertamente por tal movimiento, y sólo yo puedo decir, como Fóscolo, *sono tutt' ora lo stesso uomo*. El artículo de Menéndez Pidal, aparte de las contestaciones de los catalanistas de Cataluña, ha encontrado ahora un nuevo impugnador (?) en nuestro ingenuo y extravagante Vicario general Antonio María Alcover. La tal impugnación, como él cree, no es sino una obra expositiva de cuanto se sabe de catalanismo con unas frescuras y *pata la llana* de estilo que me hacen mucha gracia a fuerza de ser chocarrerías a todo trapo. Es todo un tomo, que supongo habrás recibido"[616].

Más tarde, en abril de 1906, Romanones, ministro de Gobernación, visitó Cataluña para conocer *in situ* la situación tras los sucesos de noviembre de 1905 y la formación de Solidaritat Catalana. Recibido con hostilidad, el ministro se mostró receptivo ante las peticiones que le hicieron para el uso del catalán en la enseñanza, si bien días más tarde el presidente Segismundo Moret declaró que la lengua "española" era la única que debía seguir como oficial en los actos públicos[617]. Esta situación de razonados reparos ante la política de Madrid, así como el recuerdo conciliador y sabio que se tenía de Menéndez Pelayo, justificaron que en el semanario satírico *Cu-Cut!*, que había sido asaltado en

---

[613] MIRALLES, Enrique, 2000, pp. 185-186; GRAU, J., 2006, pp. 130-137.

[614] Vid. MIRALLES, Enrique, pp. 183-194; sobre Alcover, PEREA, M. Pilar, 2005, pp. 263 y ss.

[615] En EG XX, 457, Santander 15 octubre 1909, le escribe Menéndze Pelayo a Alcover: "Que no sea perpetua la infidelidad a las musas castellanas. Vd. que es catalanista sin exclusivismo, puede continuar siendo poeta bilingüe como hasta ahora lo ha sido, puesto que le sobra alientos para ello".

[616] EG XVII, 192. Cádiz, 3 noviembre 1903.

[617] GRAU, J., 2006, pp. 170-172.

1905, el escritor Eduard Coca y Vallmajor (con su seudónimo *K.O.K.*) publicara un extenso poema "A D. Marcelí Menéndez y Pelayo" en el que venía a compararle con Romanones y Dato. Menéndez Pelayo aparecía como el único "madrileño" capaz de explicar a los dirigentes políticos con qué predisposición constructiva cabía visitar Cataluña[618]:

> Hombre, don Marcelino,
> usted que vive en Madrid
> y que se conoce que tiene tratos
> con toda la gente de allí;
> usted que es hombre de ciencia
> profundamente erudito,
> independiente de carácter,
> que nunca se deja influir [...]
> Haga, si se servido, el obsequio
> de explicar a la gente de allí
> cómo se trata en Cataluña
> a los que vienen de Madrid
> como usted ha venido ahora:
> con nobleza y con buenos fines […]

Por otro lado, al respecto del proyecto de Administración Local, Miguel de los Santos Oliver se preguntaba, en octubre de 1907, sobre la pertinencia para Cataluña de las aportaciones de varios "regeneracionistas":

> "¿Quién duda que una España histórica y cultural como la integrada por Menéndez y Pelayo en la generosa amplitud de sus admirables panoramas retrospectivos; que una España rediviva como la de Macías Picavea en *El problema nacional*, o como la de Joaquín Costa en sus utopías y predicaciones sublimes de 1898, hubieran de arrastrar consigo, de buen grado, todas las aspiraciones vitales de Cataluña y aun hacer que se pusiera a la vanguardia del movimiento?"[619].

---

618 "A D. Marcelí Menéndez y Pelayo", Cu-Cut!, 21 mayo (sin indicación de año, pero 1908), pp. 323-324: "Home, senyor Marcelino, / vostè que viu a Madrid / y que´s coneix que té tractes / ab tota la gent d´allí; / vostè que es home de ciencia / profondament erudit, / independent de caràcter, / que may se deixa influir […] / Fássim, si es servit, l´obsequi / d´explicá a la gent d´assí / com se tracta a Catalunya / als que venen de Madrid / com vostè hi ha vingut ara: / ab noblesa y ab bons fins […]". El poema completo se encuentra en la antología final.

619 "Sobre administración local", ABC, 19 octubre 1907, p. 1.

Miquel Costa, académico "extranjero"

El 27 de marzo de 1902 Costa fue nombrado, a iniciativa de Juan Valera, correspondiente de la Academia Española. Costa, modestamente, prefería que fuera otro el candidato, su amigo Joan Alcover, también poeta mallorquín. Pero finalmente fue él el elegido. Valera consideraba a Costa como el más elegante e inspirado poeta que escribía por entonces en castellano, junto con el valenciano Teodoro Llorente[620]. No debe olvidarse este juicio del novelista egabrense, porque quizá tuviera mucho que ver con el aprecio que Menéndez Pelayo sentía por el presbítero de Pollensa y que otro mallorquín, Miguel de los Santos Oliver, se había hecho eco en su ensayo *La literatura en Mallorca*[621]. Sin embargo el proceso para su nombramiento tuvo su polémica. A Costa se le nombró en principio correspondiente de la Real Academia Española "en la clase de extranjeros". Más tarde, ante la queja de Costa, se subsanó el error y se le adscribió a "correspondiente nacional". Costa escribió entonces a Estelrich: "He debido de pasar por grosero y desagradecido ante esos señores, que se quivocan impunemente, porque es impecable su finura. Supongo que el Sr. [Manuel] Catalina no habrá dejado de comunicar mi contestación a su oficio enmendado y corregido. Todo esto deseo que lo sepa Menéndez; es necesario que lo sepa"[622].

En 1906 apareció en *La Ilustració Catalana* un libro importante, *Horacianes* de Costa. Como recordaría mucho más tarde la novelista Concha Alós, Mallorca había encontrado "su propio y particular camino literario. Un plantel de mallorquines admirables ejercen su influjo en la isla: Gabriel Alomar, Miguel de los Santos Oliver, Costa y Llobera… Juan Alcover ha abandonado el castellano como medio de expresión y está en su mejor momento poético"[623]. Menéndez Pelayo no dudó en manifestar su elogio tanto por carta personal a Costa[624] como por declaraciones a la revista *España Nueva*:

> "Ahora queda un mallorquín que ya apenas escribe más que en catalán y que es, muerto Verdaguer, y en mi opinión, el más alto poeta de España… Me refiero al autor de *Horacianas*, el presbítero Costa y Llobera. En su libro llega a veces a

---

[620] Así lo expresaba Valera en su carta a Rubió de 19 de septiembre de 1902, citada en TORRES GOST, B., 1971, pp. 252-253.

[621] SANTOS OLIVER, Miguel de los, 1903, p. 202.

[622] *Epistolari*…, 1985, nº 86, p. 157-158, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Pollensa, 1-VII-1902.

[623] ALÓS, Concha, "Rubén Darío en Barcelona y mallorca", *La Vanguardia*, 19 enero 1967, p. 48.

[624] Carta de Menéndez Pelayo, Santander, 4 agosto 1906.

> aquellos sitios puros donde encontró Carducci, en otros tiempos, la caudal novedad y frescura de sus mejores ritmos. *Horacianas* es un libro perfecto"[625].

Pero hubo más manifestaciones elogiosas de Menéndez Pelayo. Estelrich confirmaba que el santanderino hablaba de Costa en las tertulias de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia Española: "El nombre de Costa se hizo familiar entre los buenos y mejores. Hasta a las tertulias de señoras transcendió su glorioso nombre"[626]. Testimonios escritos entre ellos abundan en los epistolarios publicados[627].

Tras varios años sin verse, Costa y Menéndez Pelayo se reencontraron en los Juegos Florales de 1908 que celebraban su cincuentenario y la inauguración del monumento a Milá. Entre otros documentos sobre el evento, Costa lo contó en una carta a su hermana Catalina:

> "Anoche fui a saludar a Menéndez Pelayo, quien al verme me abrazó efusivamente ante una porción de personalidades en el Hotel Colón. Allí nos reunimos los del Consistorio con los representantes de diversas naciones, a quienes Barcelona costea espléndido alojamiento"[628].

Cuando Menéndez Pelayo falleció, el cabildo mallorquín pareció olvidarse de la amistad que tuvo con él Costa, puesto que este no fue el encargado de presidir las exequias; el 23 de mayo anotó en su diario: "*Circulus. Acordam funeral per Menendez. Humiliatus ob ignotam amicitiam. Taceo*".

---

[625] España nueva, 18 noviembre 1906, en TORRES GOST, B., 1971, p. 355.

[626] En TORRES GOST, B., 1971, p. 458, n. 48.

[627] En *Epistolari*…, 1985, nº 90, p. 164-165, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Pollensa, 25-IV-1903, Costa recibió el último tomo de Menéndez Pelayo sobre los romances: "Menéndez es siempre el mismo genial soberano de la erudición y la alta crítica: *non plus ultra!*". Por *Epistolari*…, 1985, nº 101, p. 182, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Pollensa, 11-VIII-1906 Costa recibió el elogio de Menéndez Pelayo por su libro, que es la palabra que más le satisface: "Y esto, no solo por la competencia suma del autor de Horacio en España, sino también por ver que el doctísimo amigo ha depuesto toda prevención y todo resentimiento de que le creía poseído por el asunto que tú sabes. Ni siquiera se muestra escandalizado por concepto alguno del fondo regionalista. Lo celebro. Será cosa de participarla a Rubió". Más adelante, en *Epistolari*…, 1985, nº 105, p. 185-186, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Pollensa, 30-IX-1907, Costa lamentaba la enfermedad de Menéndez Pelayo: "Qué lástima que se nos ponga achacoso ese admirable Menéndez cuya laboriosidad e ingenio reclamarían una salud y vida excepcionales".

[628] Carta a Catalina Costa, Barcelona, 3 mayo 1908, en TORRES GOST, B., 1971, p. 390, n. 62. También en su diario personal: "*Tram hotel Colom!!! Menéndez m´abraça*". Asimismo, TORRES GOST, Bartomeu, 1979, pp. 79-81.

Verdaguer, póstumo

En abril de 1903 la Real Academia de Buenas Letras acogió la sesión necrológica de Verdaguer, para la que Rubió invitó expresamente a Menéndez Pelayo:

> "Tengo encargo de D. Manuel Durán y Bas de invitarte a tomar parte en la sesión que la Real Academia de Buenas Letras va a dedicar a la memoria de Verdaguer. La Academia quisiera que tú contribuyeras a su lucimiento con una simple impresión crítica, no con un trabajo extenso, pues no está en su ánimo el imponerte ningún sacrificio conociendo tus muchas ocupaciones. Yo creo que podrás aprovechar mucho de lo que escribiste en los periódicos cuando la aparición de la *Atlántida* y de los *Idilis* si mal no recuerdo, o en otros trabajos tuyos. *Tu videbis*. Si no te viene bien hacer lo que te pedimos, me lo dices con toda confianza, y yo te excusaré como mejor sepa y pueda. No tengo que manifestarte que consideraríamos tu cooperación en la sesión necrológica, como una honra muy grande para la Academia, y como el tributo de más precio a la memoria del gran poeta. Contesta pronto si aceptas o no el encargo para disponer y anunciar de antemano la sesión. Tomarán parte en ella con dos poesías Miguel Costa y Llorente"[629].

Ignoro el tenor de la carta de respuesta, pero Menéndez Pelayo rehusó la invitación con "poderosos motivos", ante la contrariedad de Durán y Bas[630]. Aún su compañero de curso en Barcelona, P. Palau González de Quijano, remitió a Menéndez Pelayo una obra póstuma de Verdaguer, *Eucaristiques*[631]. Pocos días más tarde, el mismo Rubió le informaba sobre la situación de las obras póstumas del clérigo y el interés por editarlas:

> "Te voy a dar una noticia casi confidencial, y que por ahora no se ha hecho del dominio público. Los editores del *Avenc,* han adquirido la propiedad de todos los manuscritos de Mosen Verdaguer, y según me han dicho, lo inédito es todavía muy considerable. Si algun día la Academia Española se resuelve a publicar, como me aseguró Valera, *todas las obras* del gran poeta, con la versión castellana, en una edición monumental, será preciso tener en cuenta este material inédito,

---

[629] EG XVI, 799, Barcelona, 16 abril 1903.

[630] EG XVII, 71, Barcelona, 24 julio 1903,. De Antonio Rubió: "La Academia de Buenas Letras á la que dí cuenta de tu determinación, ha sentido mucho verse privada de tu concurso en la solemne sesión necrológica que consagrará, al inaugurar sus tareas el próximo curso, al gran Verdaguer.—Duran y Bas me encargó muy particularmente, que te manifestara su contrariedad, pero respetando los poderosos motivos que alegas".

[631] EG XVII, 471, Barcelona, 30 mayo 1904.

> muy curioso y que ha de dar más de una sorpresa. Para entonces te suplico que te acuerdes de mí y de mi hijo Jorge. Entre los dos podríamos acometer alguna versión, para la cual será indispensable un profundo conocimiento de la lengua catalana, y algo mayor del que tienen de la castellana, mis amigos catalanistas"[632].

Sobre esta pista también andaba José Pijoan, que le escribió:

> "Sé que la Academia anda en tratos para la adquisición de las obras de Mosen Cinto. No me atrevo a pedirle que procure V. intervenir para que dicha adquisición se realice. No parece sino que las obras de Verdaguer están condenadas a sufrir las mismas calamidades que él sufrió en vida. Antes de marchar a Italia por mi carácter inofensivo y contemporizador, yo había sido propuesto por los albaceas testamentarios, para ordenar los manuscritos póstumos"[633].

Parece poder excluirse a Menéndez Pelayo de la pasividad castellana que Pallás Montseny denunciaba ante Verdaguer, "el más grande poeta épico del siglo XIX"[634]. La última noticia que aparece en el epistolario sobre Verdaguer es la invitación a una fiesta de familia a la memoria de "*nostre poeta nacional mossen Jacinto Verdaguer*" que le cursaron a Menéndez Pelayo en mayo de 1910[635].

El Congreso Internacional de la Lengua Catalana (1906)

En septiembre de 1906 se reunieron en el Ateneo Barcelonés las comisiones organizadoras del Congreso Internacional de la Lengua Catalana[636] para promover "una grandiosa manifestación de la Lengua Catalana escrita, comprensiva de todo lo publicado en catalán desde el renacimiento para acá". La actividad principal consistiría en una exposición con "todo, absolutamente todo lo editado en catalán desde principios del siglo XIX en los diversos países de lengua catalana". Rubió invitó expresamente a Menéndez Pelayo a participar:

> "Tratamos de hacer obra de cultura y de concordia y, por lo tanto, sean cualesquiera tus opiniones respecto al movimiento de restauración integral que

[632] EG XVII, 487, Barcelona, 5 junio 1904.

[633] EG, XVIII, 628, Ronda St. Pedro, marzo 1905.

[634] PALLÁS MONTSENY, Alberto, "Cataluña y la enseñanza", *ABC*, 21 junio 1908, p. 12.

[635] EG XXI, 15, Barcelona, 10 mayo 1910, carta de Pere Gurgué.

[636] Vid. sobre el Congreso PEREA, María Pilar, 2007.

> hoy agita nuestra tierra, no puedes dejar de ser invitado por nosotros. Aquí se te aprecia y se te admira, y se reconoce con gratitud, que has sido el español, que con voz más autorizada e independiente, has proclamado el valor científico y literario de nuestra lengua. Lo que has escrito acerca de ella y de su literatura, son para nosotros páginas de inestimable precio, que grabaríamos a ser posible, en letras de oro”[637].

En la junta del Congreso figuraban los bibliógrafos Eudaldo Canibell y Ramón Miquel y Planas, así como el profesor del “Orfeó Cátala”, Luis Pujol. Se anunciaba la adhesión de Menéndez Pelayo, con la previsión de que incluso asistiera, y la participación de los catedráticos de la Universidad Central Bonilla San Martín y Menéndez Pidal[638]. Éste, que había protagonizado un debate sobre la lengua catalana pocos años antes con varios catalanistas, le escribió a Menéndez Pelayo, temeroso de que fuese un acto político:

> “Se acerca el plazo del Congreso de la Lengua Catalana; les ofrecí ir a Rubió Pijoan y Massó, pero no he decidido todavía la ida. Creo que sería autorizar en cierto modo un golpe del catalanismo. Rubió me aseguró que ellos tomaban como cosa propia, no sólo mi dignidad, sino hasta mi amor propio, susceptibilidad etc... pero esto es lo de menos. Como no he visto el Boletín de Alcover, no estoy enterado de los rumbos del Congreso durante mi ausencia de aquí, pero es evidente que no se limitará a ser un Congreso científico.

Mucho quisiera hablar con V. Aconséjeme al menos en un par de líneas. V. creo piensa enviar algún trabajo; y esto sería acaso lo mejor, sin asistir”[639].

En la Biblioteca de Menéndez Pelayo hay un ejemplar del *Primer Congrés Internacional de la Llengua catalana* (Barcelona, Estampa d´En Joaquim Horta, 1908). Fue Bonilla quien leyó una carta escrita expresamente para el evento por Menéndez Pelayo, que finalmente no asistió:

> “Dice ésta que lo avanzado de la estación y el estado de salud no le permiten asistir al Congreso ni presentar ninguna comunicación, pero que está con él en espíritu, y hace constar que se ratifica en todo lo que ha escrito en sus libros a favor de la lengua y la literatura catalanas, y que lo sostiene en toda

---

[637] EG XVIII, 915, Berga, 27 agosto 1906.

[638] *La Vanguardia*, 19 septiembre 1906, p. 2. La noticia completa está incluida en la selección documental.

[639] EG, XVIII, 932, Madrid, 20 septiembre 1906.

> su integridad y repite que tendría muchísimo placer en venir más adelante a Barcelona, de la que conserva tan buenos recuerdos de estudiante. Estas manifestaciones hacen estallar una gran ovación"[640].

José Pijoan había redactado con Rubió el programa-circular del Congreso[641]. Y también le había pedido a Menéndez que no sólo enviara una comunicación, sino que acudiera en persona, como "lazo de unión de los dos pueblos y las dos literaturas"[642]. Quien sí acudió a Barcelona fue, en octubre de 1906, Unamuno; el día 15 intervino en el Congreso Internacional de la Lengua Catalana, donde pronunció la conferencia "Solidaridad Española" (título de clara alusión crítica al fenómeno político de "Solidaritat Catalana"). Pijoan le indicaba a Menéndez Pelayo su controversia con Miguel de Unamuno por la recepción crítica de *La vida de Don Quijote y Sancho*:

> "Yo he sostenido un conato de polémica estos días con el Sr. Unamuno. No pude sufrir el tono de su libro sobre el *Quijote*, predicando enfáticamente todos nuestros vicios y errores. Qué tristeza verle hacer la apología del subjetivismo idealista, contrario a la vida, y en tono nacional, proponer todo lo antieuropeo y extramoderno como criterio de vida práctica. Me sentí catalán, sensato y prudente y arremetí. Él contestó y venga la disputa..."[643].

Para Carme Riera, los artículos de *La Publicidad* ponían de manifiesto la pugna entre el idealismo de Castilla, que Unamuno veía simbolizado en el *Quijote*, y la practicidad de Cataluña, identificada por Pijoan[644]. En Barcelona, Unamuno fue entrevistado por F. Michel de Champourcín[645]. Preguntado por los catalanes, denunció su cada vez más evidente obsesión política:

> "He notado que su única preocupación es la idea política. En ello hacen como un amigo de Bilbao. Si alguien le pregunta –¿Qué piensa usted del eclipse de la luna? — No sé, no sé: habrá que estudiarlo—les contesta. Pero esta respuesta no la hace con el objeto que anuncia: sino para tomarse el

---

[640] *Actes del Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana*, Barcelona, 1908, p. 672, en SIGUÁN, Miguel, 1956, pp. 370-372.

[641] EG, XVIII, 933, San Boy de Llobregat, 20 septiembre 1906, carta de Antonio Rubió.

[642] EG, XVIII, 968, octubre 1906. Esta carta se incluye en la antología epistolar.

[643] EG, XVIII, 364, Sanillers, 5 agosto 1905.

[644] RIERA, Carme, 2005, pp. 169-175.

[645] La entrevista apareció en Liberal de Murcia, 18 octunbre 1906, pero seguramente también días antes en Barcelona. Vid. DENDLE, Brian J., 1989.

> tiempo de ver si el eclipse tendrá alguna relación con su idea fija: el ensanche de Bilbao… Igual hacen los catalanes".

Y continuaba:

> "¡Qué lástima! Ahora cuando más deberíamos todos unirnos y sacrificar algo de cada uno para hacer triunfar lo fundamental! Aquí en Cataluña cada vez el tono es más violento y agresivo. Vamos muy bien o vamos muy mal. Esto es el heroismo colectivo o el *delirium tremens* de la excitación. Uno no sabe lo que pensar y tiene siempre miedo de quedar ridículo y ñoño queriendo ser prudente"[646].

Sobre la literatura catalana, contestó con toda claridad:

> "No existe. Hasta hoy no he hallado un solo escritor que piense y escriba en catalán, y nada más que en catalán. Todos ellos, desde Verdaguer hasta Alcover –para no citar más que los poetas—, escriba en catalán, sí pero sus obras encajan perfectamente dentro de los moldes de Castilla. No hay ni uno solo de los literatos catalanes, que lo sea genuinamente, y sin parecerse a nadie. Por poco que uno los estudie, nota que se filiación es castellana, francesa, o italiana…e incluso noruega"[647].

En la entrevista mencionó Unamuno a Pijoan:

> "¿Conocen ustedes al Sr. Pijoan? Cataluña entera le conoce. Pero yo no le conocía; él tampoco a mí: "nos ignorábamos". Lo cual, era deplorable. Porque, a los veintisiete años, el Sr. Pijoan es un joven macilento que "sin reírse" cita a Chrysipo de Tarso, discute a Platón y comulga con Séneca".

Derrota en la elección de director de la RAE

La derrota de Menéndez Pelayo frente a Alejandro Pidal y Mon en la elección de director de la Real Academia Española provocó diversas reacciones; no fueron pocas las que lamentaron la elección de Pidal y sus justificaciones políticas, en detrimento de quien estaba llamado por su propia trayectoria investigadora y docente a dirigir la Academia.

---

[646] EG, XVIII, 364, Sanillers, 5 agosto 1905.

[647] Compárese este juicio con el de YXART y MORAGAS, José, "El regionalismo literario en Castilla", *La Vanguardia*, 5 marzo 1891, p. 5, que consideraba la literatura catalana "una literatura distinta que brota y florece en su suelo propio, ignorante de categorías".

La revista *Ateneo*, de Madrid, rindió a Menéndez Pelayo su homenaje, reuniendo diversos textos, entre ellos los de sus amigos Juan Luis Estelrich ("Menéndez y Pelayo y la erudición") y Antonio Rubió ("Menéndez y Pelayo romántico"). Además, un grupo de escritores barceloneses**,** encabezados por Rubió, Miguel de los Santos Oliver y Joan Maragall, publicaba en la misma revista una significativa carta de reconocimiento:

> "Vuestro ingenio preclaro; vuestra portentosa amplitud de espíritu, que tiene puestas hondas raíces en cada uno de nuestros pueblos y que por ellas absorbe todos los jugos y substancias que constituyen su patrimonio, han permitido hacer de vuestra obra la más grande integración hasta hoy conocida de la armonía que preside a tanta variedad de matices, aptitudes y genios. Nadie como vos ha conseguido mostrarse consubstancial con todos ellos, ni magnificar y ensanchar de tal modo en España el sentido de la historia. Y así habéis llegado a constituiros en su vínculo, casi solitario, pero firme y poderoso, de unidad espiritual"[648].

No puede pasar desapercibida la nómina firmante de la carta. Joaquim Casas Carbó (1858-1943), militante de la Lliga Regionalista y del Centre Nacionalista Republicá, había animado numerosas campañas a favor del catalán y publicó *Catalunya trilingue. Estudi de biologia lingüística* (1896).

De Santiago Rusiñol (1861-1931) no se conservan cartas en el epistolario de Menéndez Pelayo, aunque sin duda ambos se conocían. Menéndez Pelayo le denominaba "catalanista y modernista" en una carta a su hermano Enrique[649]. En su biblioteca hay un precioso ejemplar de su libro de prosa poética *Oracions* (Barcelona, Tip. L´Avenç, 1897) dedicado "*a l´eminent literat Marcelino Menéndez Pelayo*". Una faceta muy notable del extraordinario y reconocido pintor fue la literatura. Publicó varias obras, algunas pictóricas, como *Jardins d´Espanya* (1903), con versos de Miguel de los Santos Oliver, Joan Alcover, Miquel Costa y Gabriel Alomar. También autobiografía (*Anant pel món*, 1896), novela (*Poble gris*, 1902), teatro (*L´alegria que pasa*, 1901; *Llibertat!*, 1901; *L´heroe*, 1903; *La nit de l´amor*, 1905). Uno de sus colaboradores fue el diseñador Miguel Utrillo Morlius (1863-1934), también firmante de la carta a Menéndez Pelayo.

El editor Jaume Massó y Torrents (1863-1943) fue uno de los fundadores de *L´Avenç* (1881) y del Institut d´Estudis Catalans. Presidente del Centre Excursionista de Cata-

---

[648] Traducción al castellano de un fragmento de la carta EG, XVIII, 1007, publicada como "Un mensaje de Cataluña", *Ateneo*, año I, nº XI, Madrid, noviembre 1906, p. 463. El texto completo en catalán está incluido en la antología epistolar final.

[649] EG, XVI, 371, 5 febrero 1902.

lunya y del Ateneo Barcelonés, dirigió la Biblioteca Hispánica y fue uno de los organizadores del Congreso de la Lengua Catalana de 1906. Biógrafo del poeta Mariano Aguiló y Fuster (1898) había publicado *Llibre del cor* (1888), *Manuscritos catalans de la Biblioteca Nacional de Madrid* (1896), *Croquis pirenencs* (1896), *Natura. La montanya. La vida. Varia* (1898), *Cataleg dels manuscrits. Biblioteca del Ateneo Barcelonés* (1902), *Obres poetiques de Jordi de Sant Jordi* (1902), *Desil·lusió* (1904) y *Historiographica de Catalunya en catalá* (1906). Menéndez Pelayo le llamó "mamarracho" en la carta a Rubió censuradora del *missatge* a Creta, en 1897[650]. Después de la visita a los Juegos de 1908, Massó escribió una carta a Menéndez en la que le decía:

> "Ya V. puede graduar cuan grato recuerdo ha dejado entre sus admiradores durante su último viaje y estancia en Barcelona. Algunos amigos de los que más hondamente sienten su obra, me encargan le transmita sus afectuosos saludos"[651].

Menéndez Pelayo le llegó a tener cierta consideración, si atendemos a lo que escribió a Rafael Altamira en ese mismo año, sobre todo mientras se mantuviera alejado del "mal espíritu catalanista":

> "En lo que tengo más fe es en el porvenir de los estudios de erudición, no tanto por lo que se ha hecho hasta ahora como por lo que empezarán á hacer algunos jóvenes, desgraciadamente inficionados del mal espíritu catalanista, pero que suelen prescindir de él cuando trabajan como hombres de ciencia. Massó y Torrents por ejemplo"[652].

Massó publicó con Foulché-Delbosc *Cançoner sagrat de vides de sants* (1912) y, con otros autores, *Obra del cançoner popular de Catalunya* (3 vols., 1926-1928), que figuran entre sus obras aparecidas después de la muerte de Menéndez Pelayo.

Luis Segalá y Estalella le presentó a Menéndez Pelayo por carta, ya a finales de 1910, a Juan Givanel y Mas (1868-1946), que por entonces estudiaba el *Tirant lo Blanch*[653]. Givanel publicó *Devocionario poético* (1909), *Comentarios al cap. LXI de la Segunda* parte del "Don Quijote" (1911), Catàleg de la Col·lecció cervàntica formada per Isiodro Bonsoms y Sicart cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya (1916), La obra literaria de

---

[650] EG XXII, 1135, Santander, 8 diciembre 1897.

[651] EG, XIX, 648, 3 junio 1908. La carta trataba de un pedido de libros.

[652] EG, XIX, 726, Santander, 23 julio 1908.

[653] EG, XXI, 301, Barcelona, 3 diciembre 1910.

Cervantes (1917) y Lo cervantisme en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (1925). Segalá era profesor de la Universidad de Barcelona y, con Cosme Parpal, tradujo varias obras clásicas para la "Biblioteca de autores griegos y latinos" que editaba precisamente Massó y Torrents. La primera obra que le envió a Menéndez Pelayo fue la Ilíada, que recibió como respuesta una animosa carta del polígrafo. El epistolario entre ellos llega hasta el 18 de mayo de 1911. Segalá pronunció el discurso inaugural de la Universidad de Barcelona, El renacimiento helénico en Cataluña (1916), y se encargó de la edición de las Obras completas de Homero (1927).

Joan Torrendell y Escalas (1869-1937), periodista y crítico literario mallorquín, amigo de Cambó, fue redactor de *La Veu de Catalunya* y director de *La Cataluña*, para cuya cabecera le pediría a Menéndez Pelayo insertar su discurso en los Juegos Florales de 1908[654].

La primera noticia que debió de tener Menéndez Pelayo de Gabriel Alomar Villalonga (1873-1941), de tendencia republicana y anticlerical, fue por mediación de Juan Luis Estelrich, que le había escrito en febrero de 1898:

> "Siento, o file, no saber más griego para escribirte en Homero, porque entre helenistas anda el juego; es decir, entre tú y mi recomendado, el dador D. Gabriel Alomar, más que catalanista apasionado, anticastellanista rabioso, y que gusta explicar las cosas por la filosofía, cosas ambas en que yo no creo; y esto no obstante, es Alomar excelente y buen amigo mío, y aun más ha de serlo tuyo, que sabrás apreciar mucho mejor que yo todo el vastísimo caudal de su erudición y nutridos estudios. Como no es recomendación pedida, sino ofrecida por mí mismo a Alomar la que te hago, comprenderás que te pido te fijes en él, de quien, guiado por le hilo de tu provechoso consejo, espero algo y aun algos. En fin, trataos y allá vosotros"[655].

En el epistolario se conserva una carta de Alomar cuando estaba de profesor auxiliar en el instituto de Palma de Mallorca (1901-1909):

> "Ilustre señor y maestro: dispense V. el atrevimiento. Pero he creído que todo traductor de Horacio, por ínfimo que sea, tiene el deber de presentar a V., como ofrenda, una muestra de sus ensayos.

[654] EG, XIX, 598, 5 mayo 1908.

[655] EG, XIV, 477, Palma de Mallorca, febrero 1898.

> Y como yo estoy en este caso, sirvan estas líneas como preámbulo a la traducción catalana del *Carmen saeculare* y dos odas más, hecha por mí como iniciación de una completa traducción de las Odas[656].
>
> Y sirvan también como presentación de mi humilde persona, seguramente desconocida para V., pero llena de entusiasmo por el maestro a quien en este momento se dirige, y a quien algún día tendrá ocasión de ofrecer sus respetos en Madrid"[657].

Entre sus obras destacan las conferencias *El futurisme* (1905) y *De poetisació* (1908) y *La columna de foc*, prologada por Santiago Rusiñol (1904). Alomar obtuvo la cátedra en el instituto de Gijón (1911) y publicó *Verba*, con prólogo de Azorín (1917).

El ya mencionado José Pijoan (1880-1963) era arquitecto, de educación institucionista. A Menéndez Pelayo le había escrito Manuel Multedo desde la embajada de España en la Santa Sede en 1903 que "ha llegado aquí en el pasado mes un joven arquitecto de Barcelona José Pijoan, que se dedica a estudios filológicos gran admirador de Lulio"[658]. Una carta sin fecha de Rubió le anunciaba a Menéndez Pelayo la visita de Pijoan a Madrid:

> "Muy querido amigo; te visitará en mi nombre el joven D. José Pijoan, que no necesita ser presentado. Antes que yo te han puesto en comunicación con él, sus obras y sus cartas, y te han descubierto ya lo mucho que vale. Es uno de los jóvenes de mayor cultura de la actual generación, y a su extraordinaria variedad de conocimientos, añade una imaginación brillante, y condiciones de estilista muy personales y simpáticas. Lo será tambien para tí su ma-

---

656 En las *ENOC* se inserta aquí la siguiente nota: "Esta traducción del «Carmen saeculare» y de las dos odas («A un jove esclau», Od. I, 38, y «A Venus», Od. I, 30) están publicadas en la *Bibliografía Hispano-latina clásica* de la referencia, p. 440-442. En el «Carmen saeculare» («Cántic secular») se han omitido allí ocho estrofas, que corresponden exactamente a una hoja completa de la carta original, antes de la que empieza «Y tú, Diana, qui en el cim imperes...». Pero tanto esta omisión como otras dos poesías catalanas que también le envía en esta carta, una «Horaciana» «como modesta imitación mía» —dice—y que empieza «Sota la parra, en la tardor serena...», y «este aguinaldo que le anticipo gustoso» y que empieza «Sia per vos aquest Nadal, caríssim...», están publicadas en la obra de Gabriel Alomar, *La Columna de Foc*, próleg de Santiago Rusiñol, Barcelona, Antonio López [s. a.], por lo que creemos innecesario reproducirlas aquí".

657 EG, XVIII, 1006, Palma de Mallorca, 28 noviembre 1906.

658 EG, XVII, 266, Roma, 27 diciembre 1903. Otra carta de Multedo sobre Pijoan, XVII, 553, Roma, 20 julio 1904.

> nera de pensar y de sentir, amplia y discreta. Te le recomiendo como uno de mis mejores amigos, al que es uno de tus más entusiastas admiradores"[659].

La entrevista entre ambos debió de producirse antes de mediados de 1905, año en que Pijoan publicó en Vilanova y Geltrú *Lo cançoner*. Con anterioridad había escrito a Menéndez Pelayo sobre la edición póstuma de las obras completas de Verdaguer[660]. En una carta posterior Pijoan agradecía la recepción de un libro de Menéndez Pelayo sobre el *Quijote* y opinaba que "obras como las de V. abren las fronteras espirituales hacen entrar aire en la nación y si muchas hubieran, nos quitarían esta tristeza del aislamiento sentimental, que pronto se llamará *el mal de España,* como caso de hipocondria colectiva"[661]. Siendo secretario del Institut d´Estudis Catalans, escribió a Menéndez Pelayo pidiéndole una colaboración en su revista:

> "En sesión del día 16 del actual, el «Institut d' Estudis Catalans» recordando con gratitud lo mucho que le debe la cultura literaria de Cataluña, y su alta representación en el actual movimiento intelectual de España, acordó dirigirse a V. pidiéndole un estudio relacionado con la historia literaria de esta tierra, para el próximo Anuario de 1908. El Instituto se honraría mucho publicando las primicias del estudio sobre Boscán que tiene V. en preparación"[662].

Menéndez Pelayo, receptivo, contestó a Rubió a comienzos de 1908:

> "Tengo escritas las dos terceras partes del libro sobre Boscán, que se va alargando más de lo que yo pensaba. Dudo poder concluirle ahora, pero de fijo quedará corriente a principios del verano. Están redactados enteramente los dos primeros capítulos (Biografía y bibliografía de Boscán — Estudio de sus innovaciones métricas). Falta acabar el examen analítico de sus poesías, y la historia póstuma de Boscán, es decir su influencia literaria y las vicisitudes de la crítica respecto de él. Si algo de esto puede conveniros para el Anuario del «Institut d'estudis catalans» de que habla la muy honrosa comu-

---

[659] EG, XXII, 1165.

[660] EG, XVIII, 628, Ronda St. Pedro, marzo 1905: "Sé que la Academia anda en tratos para la adquisición de las obras de Mosen Cinto. No me atrevo a pedirle que procure V. intervenir pata que dicha adquisición se realice. No parece sino que las obras de Verdaguer estan condenadas a sufrir las mismas calamidades que él sufrio en vida. Antes de marchar a Italia por mi carácter inofensivo y contemporizador, yo había sido propuesto por los albaceas testamentarios, para ordenar los manuscritos postumos".

[661] EG, XVIII, 364, Sanillers, 5 agosto 1905.

[662] EG XIX, 405, Barcelona, 17 diciembre 1907.

> nicación que he recibido firmada por ti y por el amigo Pijoan, os iré mandando los pliegos de pruebas, para que dispongáis de ellos a vuestro talante"[663].

José Pijoan fue el autor de la célebre *Summa Artis. Historia general del arte*, publicada por Espasa Calpe, y de una *Historia del mundo* en cinco tomos (1926).

Aparte de la carta de los intelectuales, otras reacciones al desaire de la elección de la RAE se leyeron en la prensa de Barcelona[664]. Miguel de los Santos Oliver publicaba un artículo en *La Vanguardia* en el que lamentaba que tan alto puesto de la Academia estuviera a merced de los intereses políticos y que no se hubieran valorado los evidentes méritos de quien parecía estar hecho para la dirección académica. Uno de los párrafos de este texto da la verdadera medida del mérito de Menéndez Pelayo y tiene que ver con su concepción iberista de la cultura y su aprecio por autores hasta entonces muy poco valorados:

> "En el gran espíritu de Menéndez Pelayo vive la unitad *(sic)* interior de los pueblos peninsulares. Fuera uniformista absoluto, centralista a todo trance, enemigo de todo sistema de variedad y expansión política, y aun así resultaría digna del mayor respeto su concepción de la cultura ibérica. Porque él, cuando habla de cultura nacional, no comete una antonomasia, ni mutila la historia, ni arranca los anales de las regiones no castellanas anteriores al reinado de los Reyes Católicos, ni lo refunde e involucra todo en un españolismo monótono y de una sola cuerda. No es un castellanista fervoroso y excitado como Núñez de Arce; es un *iberista.* Su amor a la unidad peninsular no es la abstracción o la ficción que equivale a tomar una parte por el todo, excluyendo a lo restante como si no hubiera existido o deprimiéndolo con innobles diatribas. Y esos tienen derecho a ser unitarios: los que como Menéndez y Pelayo ven en la unidad, no la imposición de lo uno a lo vario, sino la integración de lo vario en una superior harmonía y en una acordada y generosa confluencia. Su alma abierta a todos los vientos y su talento vasto y comprensivo tienen espacio para albergar aquellas concepciones integrales que el rutinarismo y la estrechez de caletre repudian. Sabe remontarse a los orígenes y a las primeras apariencias vindicar de la misma suerte a Fox Morcillo y Gómez Pereira que a Ramón Llull, Luis Vives o Arnaldo de Vi-

[663] EG, XXII, 1153, Santander, 20 enero 1908.

[664] Vid., entre otros, TORRES GOST, Bartomeu, 1979, pp. 74-75.

> lanova (Arnaldo de *Vilhneuf* pronunciaba en el Ateneo de Madrid el señor Moret, por no haberlo visto sin duda citado más que en obras francesas)"[665].

En otro artículo algo posterior, Oliver defendía la capacidad integradora y respetuosa de Menéndez Pelayo para la restauración cultural de toda España:

> "Españoles: comparad la gran España de Menéndez y Pelayo, tal como la abarca amorosamente su inspiración de artista y su conciencia de sabio, desde Creus a Finisterre, desde Fuenterrabía a Gibraltar, con todo el acervo de sus herencias hispano-romanas, visigóticas e hispano-árabes; con toda la aportación de los reinos y condados independientes de la Reconquista; con todo el tejido de lenguas, dialectos, literaturas y espíritus que la informan, de un lado en Castilla, del otro en la confederación aragonesa; comparad esta concepción integral, acordada, confluente, que lo mismo reivindica a Ramón Lull y Eximenis, que a Fox Morcillo y Gómez Pereira, recogiendo en río majestuoso todo el caudal que baja de la cumbre de los siglos por todo linaje de vertientes; comparadla, repito, con esa otra concepción estrecha, desmedrada y, sobre todo, anticientífica, que ha estado algún día a punto de prevalecer, que prevalece de vez en cuando en las historias oficiales y en la pedagogía de nuestro país"[666].

Desde el punto de vista más personal, Menéndez Pelayo recibió el apoyo de otros amigos de Barcelona, como Ramón D. Perés[667] y Antoni Rubió:

> "Te felicito por la grandiosa manifestación que te hizo el pueblo de Santander, y por el hermoso discurso que con tal motivo pronunciaste. Nuestro

---

[665] OLIVER y TOLRÁ, Miguel de los Santos, "La Academia y Menéndez Pelayo", *La Vanguardia*, 24 noviembre 1906, p. 6. Por otro lado, compárese este fragmento final con esa otra concepción que se ha tenido en España de Menéndez Pelayo: "¿Qué importa que la Academia Española haya negado ahora sus sufragios al eminente crítico? Su personalidad no necesita de glorificaciones externas. Cada día será más grande, porque la magnitud de sus empresas literarias es de aquellas que reclaman las dilatadas perspectivas de la historia para destacar en sus justas proporciones. Mas esto no obsta para que cuantos sientan la nobleza del talento y cuantos amen el progreso intelectual de su patria; cuantos tengan un sentido legítimo y elevado de la democracia; cuantos, en fin, consideren que la profesión literaria o científica es algo serio, algo de que depende el patrimonio moral de los pueblos, y no un campo abierto a las intrigas del favoritismo y a la acepción de rangos y jerarquías; no obsta, repito, para que todos a una se sientan deprimidos y vejados en esa desconsideración al insigne humanista, tratándose de un puesto que nadie podrá, apoyado en títulos literarios, disputarle seriamente en España". El texto completo está en el apéndice documental.

[666] OLIVER y TOLRÁ, Miguel de los Santos, "La integración", *ABC*, 23 febrero 1907, p. 1.

[667] EG XIX, 65, Barcelona, 9 febrero 1907. Carta incluida en la antología final.

homenaje de simpatía hubiera salido con muchas más firmas sin las precipitaciones con que se llevó a cabo. Aquí tienes muchos admiradores, hasta el punto que el Ateneo desearía que vinieses a darnos una conferencia sobre Milá y Fontanals; para que te conociera la nueva generación de Barcelona. Estoy autorizado para tratar contigo confidencialmente de este asunto y explorar tu voluntad, para que obres con más independencia. Lo que sí puedo asegurarte es que se te obsequiará con la discrecion más exquisita y se te recibiria en palmas. Supongo que Bonilla quedó convencido de que los barceloneses no hacemos nunca quedar mal a Cervantes. Tratándose de ti, mi creencia tendría una espléndida confirmación. Cuando sepa que el pensamiento no te desagrada, te escribiré con más amplitud sobre el asunto. Oliver me dijo que ya te había remitido el Mensaje que te dirigimos publicado en casi todos los periódicos de Barcelona, junto con tu cariñosa contestación. Entre todos los que de veras te admiramos, hemos procurado indemnizarte de la injusticia que cometió contigo la Academia, de la cual eres la primera figura literaria"[668].

Jocs Florals de 1908

En 1907, el mismo año en que concurrió a las elecciones legislativas Solidaritat Catalana, Prat de la Riba, presidente de la Diputación de Barcelona, había creado el Institut d´Estudis Catalans[669]. En noviembre "los representantes de las principales corporaciones literarias de Barcelona" se reunieron en el Ateneo barcelonés para configurar el homenaje a Milá. Se establecía la erección de un monumento en Vilafranca, obra del arquitecto Josep Pijoan y el escultor Ismael Smith[670], y la publicación de los textos del profesor en catalán, así como la celebración de un ciclo de conferencias. *La Vanguardia* anunciaba que "la conferencia inicial, que revestirá el carácter de gran solemnidad, irá a cargo del discípulo de Milá, don Marcelino Menéndez y Pelayo"[671]. Al año siguiente se celebraba además el cincuentenario de los Juegos Florales y la comisión formada al efecto, presidida por Ángel Guimerá, invitó a Menéndez Pelayo expresamente a la efeméride del 3 de mayo siguiente "junto con otras personalidades de Europa y América

[668] EG, XIX, 68, 15 febrero 1907.

[669] CACHO VIU, Vicente, 1980, p. 10.

[670] JARDÍ, Enric, 1980, pp. 108-110.

[671] *La Vanguardia*, 7 noviembre 1907, p. 3.

que, por lazos de lengua, raza u otros, se han interesado por el renacimiento literario catalán[672].

Cuando *La Vanguardia* informaba de la llegada de Menéndez Pelayo resumía su vinculación biográfica con Cataluña y su fidelidad a la obra de Milá:

> "Desde ayer es huésped de Barcelona el ilustre, el inmenso escritor –¡aquí sí que no hay adjetivo que parezca bastante!— Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Hace veinte años justos, casi día por día, que el autor de los *Orígenes de la novela española*, no había vuelto a esta su antigua ciudad estudiantil y universitaria, a la cual había acudido de joven para emprender sus estudios de Filosofía y Letras, atraído por el prestigio, tan intenso como divulgado, de Milá y Fontanals.
>
> En Barcelona transcurrió la primera juventud del gran polígrafo de Santander, de quien cuidaba paternalmente el que fue catedrático de Química de esta Universidad, y bibliófilo, ateneísta y "sabichego" impenitente, don José Ramón de Luanco. Nutrióse en las aulas y bibliotecas de Barcelona aquel mancebo prodigioso, a quien se veía andar por librerías y puestos de los Encantes al ojeo de la rareza y de la preciosidad, poniendo los cimientos de la que ha venido a ser su magnífica colección.
>
> Volvió después, como Mantenedor de los Juegos Florales de 1888, durante la Exposición Universal, cuando ya se había desplegado su talento en infinidad de obras y cuando en la cátedra, en las academias, en las revistas y desde el libro ejercía aquel alto magisterio que no ha perdido un instante, reverdeciendo y modernizando las glorias de los antiguos humanistas.
>
> Desde entonces no había vuelto a poner el pie en Barcelona. Ahora se ha decidido a visitarnos otra vez. Y coincidiendo el quincuagésimo aniversario de los Juegos Florales con el homenaje a Milá y Fontanals, docto y venerado maestro, viene a revivir los lejanos días de su vida estudiantil, en la plena madurez de su talento y de su gloria.
>
> Hay algo de conmovedor y profundamente generoso en esa fidelidad constante de Menéndez a la memoria del investigador de Vilafranca, austero renovador de los altos estudios literarios, a quien dedica en vida su *Historia de las Ideas estéticas* con la famosa salutación de Dante a Virgilio y a quien

[672] EG XIX, 542, de Jochs Florals de Barcelona, 25 marzo 1908.

> después de muerto saluda también tiernamente, con el verso de Silio Itálico al mismo vate mantuano: *Longe sequar et vestigia semper adoro.*
>
> Menéndez y Pelayo trae en su maleta un grueso montón de cuartillas. Es la *semblanza literaria de Milá y Fontanals*, es decir, el monumento intelectual definitivo, proporcionado a los méritos tan sólidos y efectivos como modestamente disimulados cuando vivió, de nuestro eminente profesor de Literatura"[673].

Resultado de la participación de Menéndez Pelayo en los Jocs de 1908 fue la publicación por la Comisió del Homenatge a Milá de la *Semblanza literaria* del profesor catalán[674]. Menéndez Pelayo, en realidad, consideraba el texto como una avanzadilla de un proyecto biográfico de mayor envergadura que sin embargo, como tantos otros, habría de quedarse en el tintero[675]. Al parecer, Menéndez Pelayo había escrito el discurso de un tirón, la noche anterior, en su habitación del hotel[676]. Testigos de la elocución de Menéndez Pelayo fueron Lorenzo Riber[677] y Pedro Font y Puig[678], que escribirían sobre ello años más tarde. Así la recordó Font:

> "La figura de Menéndez y Pelayo se me mostró fornida, llena de vitalidad; su actitud, su mirada y los matices de su robusta voz llevaban impreso el ejercicio continuado y apasionado de la inteligencia y la avidez infatigable de proseguirlo; no era el tipo de erudito frío ni del intelectual ascético; era el tipo de una amplia inteligencia que tenía por soporte una constitución física que predisponía acetuadamente a la pasión para hacer arder a la inteligencia misma y al hombre todo; su

---

[673] C.C., "Cotidianas", *La Vanguardia*, 3 mayo 1908, p. 6.

[674] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria)*, mayo de 1908, publicada por la Comisió del Homenatge a Milá y en varias revistas. *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, pp. 133-175. Incluida en la antología final de textos de Menéndez Pelayo.

[675] En *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 137: "Hoy ni la angustia del plazo impuesto por la solemne conmemoración que su Patria le tributa, ni el agobio de otras atenciones que sobre mí pesan y coartan mi libre actividad, me permiten ofreceros otra cosa que un modesto preámbulo a la biografía proyectada, un esbozo ligerísimo de la gran figura que contemplé con veneración desde mis primeros años, y que ahora, a través del sepulcro, sigue conversando conmigo y alumbrando mi vida con la suave y benéfica claridad de su enseñanza".

[676] SIGUÁN, Miguel, 1956, pp. 372-373.

[677] RIBER, Lorenzo, "Menéndez y Pelayo en Barcelona", *ABC*, 26 agosto 1956, p. 52.

[678] FONT Y PUIG, Pedro, 1956, pp. 11-13, cuenta cómo pudo entrar en el Ateneo Barcelonés gracias a la intervención de Miguel de los Santos Oliver.

mirada, la expresión de su semblante, las inflexiones de su voz, con que acompañaba duras palabras de impugnación, revelaban el hombre de combate"[679].

Hubo otro testigo que dejó constancia personal del discurso de Menéndez Pelayo sobre Milá, Carles Soldevila, que entonces tenía dieciséis años:

"En la sesión de homenaje que en su cincuentenario dedicó la Universidad de Barcelona a Milá y Fontanals, patriarca de los eruditos españoles, tuve la fortuna de escuchar a don Marcelino Menéndez Pelayo. Fortuna por el solo hecho de obtener una impresión directa del formidable maestro, fortuna por poder comprobar su persistente cariño a Barcelona y a su escuela filosófico-literaria.

Su elogio de Milá era vehemente y sin restricciones; cierto que confirmaba la idea que me había dado mi padre: sus discursos docentes eran emitidos con cierta frialdad y pesadez, pero nutridos de doctrina sana y en buena parte original; don Marcelino añadía que el acento de Milá, fruto de un esfuerzo victorioso, aunque muy visible, había borrado todo dejo vernáculo, era de una corrección absoluta"[680].

Obviamente, el catalanismo de 1908 no era el que Menéndez Pelayo había podido conocer durante sus estudios universitarios en Barcelona, en 1871-1873. En 1909 escribía que "por influjo de varias causas, no todas literarias, levantó la cabeza el Renacimiento catalán, que de tradicional y romántico que fue en sus principios, ha llegado a convertirse en problema social y político de los más arduos"[681]. El catalanismo se había convertido en un problema político espinoso, lleno de aristas tanto en Cataluña como en el resto de España. De ahí que, en palabras de Miguel Siguán, Menéndez Pelayo "prefirió, en circunstancias en que los ánimos estaban excitados y cualquier intervención era mal interpretada, repetir en Barcelona su fe en la grandeza de Cataluña y en los destinos de España. Estas consideraciones son necesarias para comprender el entusiasmo que produjo el discurso y el crédito ilimitado de gratitud que Cataluña abrió desde entonces a Menéndez Pela-

[679] FONT Y PUIG, Pedro, 1956, p. 13.

[680] SOLDEVILA, Carlos, "Don Marcelino y Milá y Fonatanls", *La Vanguardia*, 4 agosto 1963, p. 11.

[681] "Don Teodoro Llorente", preámbulo a Teodor Llorente, *Nou Llibret de Versos*, Valencia, Imp. Domenech, 1909 (2ª edición). *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 232. El texto completo está en el apartado final.

yo"[682]. Para Jaime Collell, Menéndez Pelayo había ido a Barcelona en 1908 a "enaltecer la memoria y poner de relieve los méritos de los próceres de nuestra literatura y padres del Renacimiento catalán demasiado olvidados por una generacion turbulenta y distraída" [683]. Entre la evocación del discípulo agradecido y la disquisición del crítico experimentado, Menéndez situó a Milá dentro de la escuela catalana que tanto le había enseñado. De hecho, reconocía que seguía entablando diálogos fructíferos con los textos de quien consideraba "descubridor" de la epopeya castellana y "sin disputa el primer crítico español de su tiempo"[684]:

"Él introdujo en España estudios enteramente nuevos de literatura comparada; que fue el primero en someter a regla y método la vasta y flotante materia de la poesía popular, y que como expositor de las leyes de lo Bello, como filólogo, como crítico y hasta como poeta, fue uno de los hombres más beneméritos de la centuria pasada"[685].

Una obra de Milá que Menéndez Pelayo consideraba especialmente valiosa era el *Romancerillo catalán*:

"Los preliminares del *Romancerillo*, publicado en 1853, contienen las más profundas consideraciones sobre la poesía popular que hasta entonces hubieran salido de pluma española: páginas que nadie, salvo su propio autor, ha superado después. Allí está en germen la obra capital de Milá; allí, en forma más popular y asequible que la rígidamente científica que adoptó luego, están concentradas las más ricas intuiciones de su mente, y aun pudiéramos decir de su corazón, que no tomaba poca parte en estos trabajos, aunque procurase tenerle a raya"[686].

Sólo una cosa reprochaba Menéndez Pelayo a su maestro, aunque este no tuviera culpa de ello: haber coleccionado en su *Romancerillo catalán* "La guerra de los segadores",

---

[682] SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 372.

[683] EG XIX, 784, Vich, 13 septiembre 1908.

[684] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 145; en *ibíd*., p. 173, leemos que su imagen "lejos de haberse debilitado con el transcurso de los años y con las sombras de la muerte, ha ido engrandeciéndose a mis ojos, al paso que han caído de sus pedestales tantos falsos ídolos levantados por la pasión de un día".

[685] *Ibíd.*, p. 174.

[686] *Ibíd.*, pp. 139-140.

luego reinterpretado como "Els segadors" para himno catalán, letra inspirada un hecho violento y parcial:

> "De su publicación data el empleo deliberado de las formas de la canción tradicional por los poetas cultos; la imitación muchas veces feliz, otras infantil y amanerada de su letra; el sentido alto y simbólico con que algunos grandes ingenios, especialmente Verdaguer, la interpretaron, haciéndola dócil a las más puras efusiones del sentimiento místico; el prestigio que bien pudiéramos decir taumatúrgico de algunos bellísimos temas como el del *Compte Arnau*, y hasta la triste popularidad que han logrado (aunque Milá sea enteramente irresponsable de ello) ciertas canciones históricas del siglo XVII, de dudoso valor estético, preñadas de odios y rencores que a todo trance conviene olvidar, porque jamás se ha edificado cosa buena sobre los cimientos de la ira y del odio. Pero por nada del mundo quiero apartarme del terreno literario, único que conviene a mis estudios y a la noble y severa representación del hombre justo e irreprensible a quien conmemoramos"[687].

En todo caso, el *Romancerillo*, que era la obra más popular de Milá[688], se contextualizaba dentro del descubrimiento de la tradición oral por parte de catalanes (Milá) y portugueses (Almeida Garrett), enriqueciendo las colecciones castellanas ya existentes. El redescubrimiento medieval no había sido sólo fruto de la mera erudición positiva, sino de admiración estética por Walter Scott, autor que para Menéndez Pelayo había tenido una importancia capital en la conformación del primer catalanismo:

> "El pensamiento poético de Walter Scott penetró más que ningún otro en el alma de los artistas y de los críticos y aun en la afición común de los lectores; y a cada paso se encuentra su huella: en la prosa pintoresca y exuberante de los viajes artísticos de Piferrer, en las baladas tan apacibles y simpáticas de Carbó, deudo de Milá por afinidad, en los rasgos incorrectos y geniales de las poesías líricas de Semís, y en otros ingenios menos conocidos, segados casi todos antes de tiempo por la hoz de la Parca. Es más, el primitivo catalanismo se nutrió de la savia de esta escuela, que para los catalanes no fue meramente de emancipación literaria, sino de regreso a los temas tradicionales, de amor a las memorias y usanzas viejas, y (como dice admira-

---

[687] *Ibíd.*, p. 170. Es evidente que Menéndez Pelayo se refiere a "Els segadors", que aparece como poema nº 81 en las pp. 73-74 de la edición de 1882 de *Romancerillo catalán* (Barcelona, Librería de Álvaro Verdaguer). Apartado II, "Canciones históriccas varias y de bandidos".

[688] En EG XX, 290, Barcelona, 3 junio 1909, Rosendo Serra y Pagés escribía a Menéndez Pelayo interesado en los manuscritos del *Romancerillo catalán* de Milá. La carta figura en la antología final.

> blemente Milá) «a las rústicas costumbres populares en que parece residir todavía, bien que envejecido y destronado, el genio poético de las edades antiguas». Hubo, sin duda, mucho de arqueológico, pero hubo todavía más de franco y sincero entusiasmo juvenil, en esta vuelta a lo pasado, que quizá era sólo aparente, porque en lo pasado estaba el germen y la razón de lo por venir, como todos lo vieron claro cuando llegó la plenitud de los tiempos"[689].

Menéndez Pelayo valoraba, además, entre otros aciertos de Milá, su poesía clásica y romántica, su devoción por Horacio, su capacidad para la crítica literaria, la implantación de modernos métodos críticos especialmente en *De la poesía heroico-popular castellana* (1874), los conocimientos de la lírica provenzal, su reivindicación de Manuel de Cabanyes y su culto por Manzoni y otros autores italianos. Pero además añadió al final de su *Semblanza* "dos palabras sobre el catalanismo de Milá". Esta parte resulta muy reveladora, ya que es obvio que Menéndez Pelayo se identificaba con su maestro también en este tema:

> "Milá, por su educación, por sus continuas lecturas, y hasta por la profesión que tan dignamente desempeñaba, era y tenía que ser un gran literato español más bien que peculiarmente catalán, y dentro de Cataluña un castellanista fervoroso y convencido"[690].

Se hacía eco él mismo del precepto de Capmany que Milá repetía: "No puede amar a su nación quien no ama a su provincia", aclarando Menéndez Pelayo que se toma la palabra provincia "no en su acepción administrativa, sino en la étnica y tradicional"[691]. En este sentido, casi al final de su discurso recordaba:

> "Lo que pensaba de las relaciones entre Cataluña y Castilla lo repitió por última vez, con severas y enérgicas frases, en un discurso que puede considerarse como su testamento literario, leído en la Universidad de Barcelona en mayo de 1881 con motivo del centenario de Calderón: «La lengua castellana ha sido para nosotros la de un hermano que se ha sentado en nuestro hogar y con cuyos ensueños hemos mezclado los nuestros. Es verdad que uno de los hermanos no ha hecho siempre oficios de padre y que otro no se precia de

---

[689] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 149.

[690] *Ibíd.*, p. 161.

[691] *Ibíd.*, p. 162.

> muy sufrido, pero el vínculo existe y es indisoluble». Existe, y no sólo en literatura, sino en todos los ordenes de la vida, sin mengua de la personalidad de cada uno; porque no en vano hemos atravesado juntos cuatro siglos de glorias y reveses, de triunfos y desventuras, y hasta de mutuos agravios y de mutuos desaciertos; y no en vano nos puso Dios sobre las mismas rocas y nos dio a partir los mismos ríos[692]".

El polígrafo desgranaba los principales autores e hitos bibliográficos para el conocimiento del pasado catalán. Así, destacaba tres obras irregulares pero de singular importancia: las *Memorias sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, de Capmany; el *Diccionario de los escritores catalanes* de Torres Amat; y *Los Condes de Barcelona vindicados*, de Próspero Bofarull. Entre los autores catalanes que escribieron en castellano o que nunca negaron su españolismo, no faltaron en su discurso Aribau (no sólo como autor de la "Oda a la patria", sino como fundador de la "Biblioteca de Autores Españoles"), Piferrer (autor, en castellano, de *Clásicos Españoles)* o Coll y Vehí (a quien sólo Andrés Bello "ha igualado en el análisis prosódico de la versificación castellana")[693]. Según Menéndez, "no fue Milá catedrático de Madrid porque no quiso serlo, pero cumplió en Barcelona una grande obra de educación y de españolismo, y por ella fue celebrado dondequiera, traducido al alemán nada menos que por Fernando Wolf desde 1855, y conocido hasta en Rusia, donde por primera vez oyó su nombre don Juan Valera"[694]. Conste que Milá apoyaba una literatura científica en castellano, como recordaba y apoyaba el mismo Menéndez Pelayo:

> "Sostuvo siempre que los tratados científicos debían escribirse en el idioma oficial del reino, con lo cual se lograría su mayor difusión; y él así lo practicó constantemente, excepto en los raros casos en que tuvo que colaborar en algún periódico o revista que no admitía artículos castellanos. Ya sé que hoy corren vientos nada favorables a esta opinión, pero por mi parte creo, como creía Milá, que es de gran importancia para Cataluña el conservarse bilingüe en la esfera de la prosa, para que su pensamiento, hoy tan lozano y pujante, se extienda y propague en las regiones hermanas y evite a muchos el blasfemar de lo que no conocen"[695].

---

[692] *Ibíd.*, p. 174.

[693] *Ibíd.*, p. 162.

[694] *Ibíd.*, p. 155.

[695] *Ibíd.*, p. 169. Sobre esta cuestión, en EG XIX, 726, Santander, 23 julio 1908, a Rafael Altamira: "El uso del catalán a destajo, y sobre todo en la literatura científica, es una verdadera aberración contra la cual Milá protestó siempre y con él todos los catalanes sensatos de su generación". RUBERT DE VENTÓS,

A lo largo del siglo XIX fructificó la poesía en catalán, en la que puede hablarse, más que de varios nombres, de un impulso que había crecido colectivamente:

> "A nadie en particular compete el laurel de la victoria: hay que repartirle entre muchos. El impulso inicial vino de Aribau precedido, si se quiere, por Puigblanch, que tenía más de gramático maldiciente que de poeta; la propaganda activa y constante se debió a don Joaquín Rubió y Ors, que por muchos años estuvo solo en el palenque; la disciplina de la lengua templada en las fuentes más recónditas y castizas, el hondo sentido de las cosas y de las palabras catalanas, fue inoculado en las venas de la poesía nueva por don Mariano Aguiló; el triunfo definitivo fue de Verdaguer, consagrado ya por la inmortalidad, y de otros grandes poetas que afortunadamente viven y quizá me escuchan"[696].

La participación de Milá en el "renacimiento" catalán había sido muy destacada, empezando por sus trabajos de erudición sobre la poesía popular y su respecto hacia los usos y costumbres tradicionales que, sin embargo, habían ido desapareciendo en parte a la altura de 1908[697]. De su participación fundamental en los Jocs Florals de 1859 ofreció extenso recuerdo Menéndez Pelayo, que resumió los logros del "renacimiento" catalán en un fragmento que acaso haya sido tendenciosamente olvidado:

> "Una poesía lírica superior en cantidad y calidad a todo lo que el resto de la Península había producido después del romanticismo: grandiosas tentativas épicas que empiezan a tomar puesto en la literatura universal: un teatro verdaderamente popular en sus fundadores, y luego modernísimo en sus ideas y procedimientos, que por él principalmente han penetrado en España: un desarrollo de la novela de costumbres que compite dignamente con el de otras regiones afortunadas en este punto: una alborada de estudios lingüísti-

---

Xavier, "El español, ¡qué gran Lengua!", *El País*, 23 septiembre 2008: "Para rezar o chismorrear bueno era el catalán, pero para la microbiología o para la filosofía, seamos serios, para eso era necesario el castellano. (Hoy este argumento serviría para quienes proponen hacerlo todo *directamente* en inglés). En algún lugar, irónicamente, yo argumenté exactamente lo contrario: que se debía rezar y chismorrear en castellano, pero que para la ciencia o la teoría deberíamos usar el catalán. Era el año 1969, de modo que decidí publicar en catalán una tesis doctoral que, ¿cómo no?, tuve que redactar en castellano para poder presentarla". Según AULLÓN DE HARO, Pedro, 2002, pp. XXI-XXII, n. 16, Rubert de Ventós, junto con Francesc Mirabent Vilaplana, Eugenio d´Ors o Eugenio Trías, sería uno de los miembros de la "escuela catalana".

[696] *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 164.

[697] *Ibíd.*, p. 168.

> cos que cuando lleguen a conquistar la disciplina del método levantarán sin duda el edificio gramatical y lexicográfico que todavía falta, y añadirán un capítulo nuevo a la filología románica; un movimiento fecundísimo de investigaciones históricas, desorientadas al principio por la pasión, pero encerradas después (y ojalá cada día lo estén más) en el cauce de la ciencia impersonal e incorruptible: una nueva eflorescencia artística, pródiga en frutos, prematuros a veces, pero de raro y penetrante sabor: un ideal estético que empieza a transformar la vida urbana, que aprovecha del renacimiento arqueológico los motivos tradicionales y los combina en nuevas e ingeniosas formas, acompañando con soberbias construcciones la pujante expansión con que, roto su viejo cinto de murallas, se dilata la gran metrópoli mediterránea, señora en otro tiempo del mar latino, *dives opum, studiisque asperrima belli* , y destinada acaso en los designios de Dios a ser la cabeza y el corazón de la España regenerada"[698].

Por su parte, *La Vanguardia* narró así la inauguración del monumento a Milá en Vilafranca, días más tarde:

> "La fiesta celebrada hoy, con motivo de la inauguración del monumento erigido en honor de uno de los más preclaros hijos de Vilafranca, don Manuel Milá y Fontanals, revistió verdadera solemnidad.
>
> A las once de la mañana llegaron de Barcelona los representantes de las entidades adheridas a la fiesta y muchas personalidades, deseosas de tributar un homenaje al insigne maestro, asociándose al acto de inauguración del monumento.
>
> Entre los viajeros figuraban don Marcelino Menéndez Pelayo, representando al ministro de Instrucción Pública; el gobernador civil, señor Osorio; el presidente de Sala de la Audiencia territorial, señor Martín Cereceda; el decano de la Facultad de Filosofía y Letras doctor Daurella, en representación del rector de la Universidad; los catedráticos señores Jordán de Urríes, Banqué y Parpal; la comisión de la Diputación provincial, compuesta de los señores Ráfols, Coderch y Sostres; la del Ayuntamiento, formada por el teniente alcalde señor Puig y Alfonso y los concejales señores Payá y Roca; los diputados a Cortes señores Zulueta y Rahola; el presidente y secretario de la comisión del homenaje, señores Bertrán de Amat y Fortuny (don Carlos); el vicepresidente de la Cámara de Comercio, señor Perpiñá; el secretario del

[698] *Ibíd.*, pp. 167-168.

Fomento del Trabajo Nacional, señor Graell; los señores Maluquer y Viladot, Torrents y Massó, Via; García Rubio, relator de la Audiencia y pariente de la familia de Milá; Pijoan, arquitecto, autor del proyecto de monumento, y una numerosa comisión de estudiantes de la Facultad de Letras (clase de Literatura), que desempeñó durante tanto tiempo el eximio literato.

También llegaron doña Carmen Karr, doña Narcisa Freixas y doña Inés Armengol de Badía, de la redacción de la revista *Feminal*, y representantes de la mayoría de los periódicos barceloneses.

En la estación esperaban a los expedicionarios el alcalde señor Amiguet; el juez de primera instancia señor Martí Llubert; el juez municipal don Santiago Abella; el fiscal don Ramón de Saavedra; el Ayuntamiento en corporación; el deán del Panadés, doctor don Juan Badía; el coronel del regimiento de Treviño don Victoriano Gallego; don Salvador Mata, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro; don Cayetano Fontrodona, presidente de la Cámara Oficial Agrícola; don Gustavo Lleó, presidente del Centro Agrícola; el capellán castrense don Agustín Coy; el presidente de la Cruz Roja don Fortián Rivera; el ingeniero de la Estación Enotécnica señor Campllonch, y los señores Remond y Grases, de la familia Milá y Fontanals, y otras personalidades de la población.

Los expedicionarios se dirigieron a las Casas Consistoriales, donde se les unieron el cardenal doctor Casañas y los obispos de Vich y auxiliar de Barcelona, dirigiéndose a la Rambla de San Francisco, en cuyo extremo, frente al cuartel de caballería, ha de emplazarse el monumento. En dicho, punto habíase levantado una tribuna, con asientos destinados a las autoridades y una mesa para la firma del acta, ocupando la presidencia el cardenal Cabañás, los obispos de Vich, y auxiliar de Barcelona, y los señores Menéndez y Pelayo, Ossorio, Bertrán de Ainat y Amiguet. El cardenal doctor Gasañas bendijo la primera piedra, en la que había de depositarse el acta, y una vez terminada la ceremonia, los coros «El Panadea» y «Obreros del Panadés» ejecutaron, acompañados por la orquesta «La Catalana», el «Himno & Milá,» letra de don Claudio Mas y música de don Juan Vinyals. Seguidamente, don Felipe Bertrán de Amat, presidente de la Academia de Bellas Artes y de la comisión del Homenaje, dio cuenta de los trabajos realizados por ésta para la erección de un monumento que perpetúe el recuerdo de uno de los más preciaros hijos de Cataluña. El obispo de Vich, doctor Torras y Bages, manifestó que, invitado a hablar como hijo de Vilafranca, se limitaba a decir

> que la bendición de la primera piedra del monumento significaba que la Iglesia se asociaba al homenaje, y que nadie más merecedor de ella que Milá, pues fue una bendición de Dios para su patria y para la literatura.
>
> El alcaide, señor Amiguet, dijo que nunca se había sentido tan honrado como en la presente ocasión al ostentar la represantación del ayuntamiento de Vilafranca, que cifra uno de sus mayores timbres de gloria en contar entre sus hijos al gran maestro de la literatura patria. Terminó dando las gracias a las autoridades, corporaciones y entidades rapresentada en la fiesta y al público que se asociaba a ella. El señor Esclasans leyó el acta que había de depositarse dentro de la primera piedra y que fue firmada, con una pluma de oro, por el cardenal-obispo doctor Casañas, el obispo de Vich doctor Torras y Bages, el obispo auxiliar doctor Cortés, don Marcelino Menéndez y Pelayo, que llevaba la representación del ministro de Instrucción Pública, el gobernador civil señor Ossorio, el señor Bertrán de Amat, el alcalde señor Amiguet, el magistrado señor, Martín, el diputado señor Zulueta, los señores Morató y Ferrer, en representación de la prensa, la señora doña Carinen Karr, por la comisión de damas catalanas, el señor Daurella, por los profesores, el señor Gallego, coronel del regimiento de Treviño, el señor Puig y Alfonso, en representación del Ayuntamiento de Barcelona, el señor Ráfols, en representación de la Diputación provincial, el juez señor Martillos señores Franquesa y Gomis, Carlos de Fortuny, Badía, Grases, Roig y Esclasans"[699].

Uno de los que escribió a Menéndez Pelayo por el texto leído en Barcelona fue Juan Luis Estelrich, también discípulo de Milá:

> "Muchas gracias por el ejemplar *El Dr. D. Manuel Milá,* que devoré de una sentada. Si este es el *avant-propos* ¿qué será el estudio completo? No te he de decir lo que he gozado viendo surgir de nuevo su figura, con toques y apreciaciones que sí, son muy obvias, y muy todo lo que quieras, pero que a no tamizarlas tu chirumen no las vería. Claro está que el Milá de aquellos bancos donde me senté dos años después de ti, no era más que *la ballena estética* para los más de sus discípulos (yo uno de ellos) y un sabio, según decían, Luego vi algo de lo suyo y me fui apasionando por él, y póstumamente a su paternidad docente, llegué a estimar de veras su persona por tantos títulos respetable. Pero como catedrático, por lo que a mí se refiere, algunos cigarrillos fumados en su clase y remuchísimas faltas. Amarle ahora es justi-

[699] *La Vanguardia*, 12 mayo 1908, p. 4.

> cia debida y descargo de conciencia... En fin, que Milá fue un barbián que todo se lo merece, y tú otro barbián que has sabido sorberle los alientos, y tal para cual y viva la Pepa! […] Costa me escribió a su llegada a Mallorca muy entusiasmado de ti, de Barcelona, de los Juegos Florales y de *tuttiquanti*"[700].

Otro de los lectores de la *Semblanza de Milá* fue Arturo Farinelli:

> "Este ensayo suyo sobre Milá y Fontanals con que Vd. me obsequia, es fino, delicado y profundo como su hermosa alma. ¡El discípulo grandísimo inclinado ante la figura del gran maestro a la que vivifica con su poderosa palabra! Que luz demasiado brillante caiga alguna vez no altera en lo más mínimo la verdad histórica. Sobre el erudito aletea el artista. ¡Oh, cuánto desearía estrecharte contra mí, querido gran hombre que siempre me atrae, que siempre me fascina, que renueva mi *añoranza* por la lejana España, país de mis sueños, patria de mi juventud, ahora perdida en el horizonte!
>
> ¡Y qué delicadamente y sin embargo con gran cordura y gran maestría, trata del catalanismo, por el que hasta los hombres más valiosos de Barcelona deliran a veces!"[701].

Bastante más tarde, Cornelius A. Wilkens le escribió:

> "En su relato se siente la alegría de Milá por el renacimiento del catalanismo que, aunque no lo esperaba, pudo ver. Se comprende su dolor por el menoscabo de las tradiciones, de las costumbres, de la historia del pueblo a fuerza de un aluvión de igualaciones, lo que es un atentado contra la historia. Si él pudiera haber oído sus palabras de eterna gratitud le habría dado llorando un apretón de manos. El que le oiga y lea a Vd. acabará deseando que le salga tan bien la biografía como este discurso"[702].

---

[700] EG, XIX, 632, Juan Luis Estelrich, Cádiz, 25 mayo 1908.

[701] EG, XIX, 683, Gmunden, 23 enero 1908. Es traducción del italiano.

[702] EG, XX, 169, Cornelius A. Wilkens, Kalksburg, 16 marzo 1909. Continúa: "Después de la vida de Milá tiene que escribir su autobiografía. Hay que amontonar el material diariamente; hay que poner las papeletas una encima de otra. Solamente Vd. puede describir su vida completamente y eso lo debe a España".

Rafael Altamira también le felicitó por su discurso. En su carta de respuesta, en julio de 1908, Menéndez Pelayo escribía su consideración sobre el catalanismo de aquella época:

> "Mucho me agradó y aun puedo decir que me lisonjeó lo que Vd, me dijo de mi necrología de Milá, por lo mismo que conozco la independencia y la sinceridad de su juicio. Pienso exactamente lo mismo que Vd. sobre el estado actual del catalanismo. Hay mucha mala literatura y mucha bambolla efectista, prescindiendo de otras cosas más graves. El uso del catalán a destajo, y sobre todo en la literatura científica, es una verdadera aberración contra la cual Milá protestó siempre y con él todos los catalanes sensatos de su generación. Pero supongo que esto pasará por que nadie escribe para ser leído únicamente en su parroquia, y de este movimiento quedará lo que debe quedar: algunos poetas líricos de indisputable mérito, uno o dos novelistas y un teatro popular, que me parece mejor en Valencia que en Cataluña. Las tentativas de más ambiciosa dramaturgia, ibseniana o lo que fuere, creo que se hundirán por sí mismas. En lo que tengo más fe es en el porvenir de los estudios de erudición, no tanto por lo que se ha hecho hasta ahora como por lo que empezarán a hacer algunos jóvenes, desgraciadamente inficionados del mal espíritu catalanista, pero que suelen prescindir de él cuando trabajan como hombres de ciencia. Massó y Torrents por ejemplo.
>
> Lo que encuentro peor en la vida intelectual de Barcelona es el pandillaje sectario, que niega el agua y el fuego a todos los que se niegan a entrar en la cofradía. Nuestro amigo Perés ha sido víctima de esto, y tambien Pella, Elias de Molins y otros"[703].

En esos días Jaume Barrera y Josep Roig Roqué le regalaron un ejemplar de las *Obres catalanes* de Milá y Fontanals (Barcelona, Gustavo Gili, 1908), "*en agrhaiment a la valiosa cooperació qu´ha `res en els actes de dit Homenatge*"[704]. Tras varios años sin verse, Costa y Menéndez Pelayo se reencontraron en los Juegos Florales. Tras diez días de celebración por los cincuenta años de Juegos y homenajes a Milá y Verdaguer, Costa había escrito a Estelrich:

> "En tales fiestas he tenido el gusto de hallarme en compañía de Menéndez Pelayo, quien ha sido, juntamente con el Dr. Vogel, el héroe de las mismas,

[703] EG XIX, 726, Santander, 23 julio 1908.

[704] FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, 2010, p. 227.

> Menéndez ha sido extraordinariamente ovacionado. Bien lo merecía su semblanza literaria de D.M. Milá y Fontanals, trabajo en que nuestro sabio amigo ha puesto toda su fuerza y opulencia mental con todo su filial afecto al gran mentor de su juventud. Ya procuraré mandarte un ejemplar de tan maravilloso estudio, editado por la Comisión del homenaje a Milá.
>
> Nada te digo de las suntuosísimas fiestas, pues por la prensa puedes haberte enterado, ni de los literatos extranjeros que las honraron.
>
> Menéndez estuvo amabilísimo con Rubió y conmigo tratándonos con aquel simpático abandono de estudiante, sin ningún énfasis de grande hombre"[705].

Costa contó también el reencuentro en una carta a su hermana Catalina: "Anoche fui a saludar a Menéndez Pelayo, quien al verme me abrazó efusivamente ante una porción de personalidades en el Hotel Colón. Allí nos reunimos los del Consistorio con los representantes de diversas naciones, a quienes Barcelona costea espléndido alojamiento"[706]. El 4 de mayo anotó Costa en su diario: "*Clou discurs de Menéndez sobre Milà president Jochs Fl. 1 ers!!! Ovació*"[707]. M. Montolíu, en la revista *La Cataluña*, afirmó que "Menéndez Pelayo debía venir con más frecuencia, y no sólo por simpatía, sino por razones de más alta conveniencia"[708]. Jaime Collell, que precisamente había vencido en los Jocs de 1888, le escribió poco tiempo después de celebrados los de 1908, agradeciéndole su participación:

> "Próximo a terminar nuestro mandato consistorial del Cincuentenario, quiero significarle a V. otra vez mi particular agradecimiento por haber querido honrar nuestra fiesta de los Juegos Florales, y contribuir con la ofrenda de los frutos de su preclaro talento a enaltecer la memoria y poner de relieve los méritos de los próceres de nuestra literatura y padres del Renacimiento catalán demasiado olvidados por una generacion turbulenta y distraída. Su presencia de V. en los principales actos del Cincuentenario fue para mí la

---

[705] *Epistolari*…, 1985, nº 107, p. 188-189, carta de Miguel Costa a J.L. Estelrich, Palma, 13-V-1908.

[706] Carta a Catalina Costa, Barcelona, 3 mayo 1908, en TORRES COST, B., 1971, p. 390, n. 62. También en su diario personal: "Tram hotel Colom!!! Menéndez m´abraça". Vid asimismo TORRES GOST, B., 1979, pp. 79-81.

[707] En TORRES COST, B., 1971, p. 390, n. 63.

[708] MONTOLÍU, M., *La Cataluña*, 16 mayo 1908, en SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 372, nota 1.

> nota más alhagüeña y de efecto más positivo. Gracias, repito; y quiera Dios concederle larga vida y salud para repetirlo"[709].

La presencia de Menéndez Pelayo en 1908 alentó la idea de auspiciar la publicación en Barcelona de sus obras completas. J. Roig resumía su importancia en la historia reciente de Cataluña y se hacía eco de la idea de que Cataluña patrocinase sus obras completas:

> "Menéndez Pelayo, en momentos trascendentales y de perdurable recordación ante los más altos poderes del Estado y los representantes de las naciones civilizadas, hizo la más ditirámbica apología de la lengua y literatura catalanas, fulminó sus anatemas contra esa unidad de muerte, de la que los catalanes unánimemente protestamos, y evocó su magna visión de una nueva Hispania, cimentada sobre las firmísimas bases de la diversidad fecunda y la suprema unidad de lo orgánico y vivo, objeto constante de nuestros sueños y anhelos, de nuestros ideales y aspiraciones. Y más recientemente, en el fragor de nuestras luchas con los enemigos interiores y exteriores de Cataluña, cuando nuestros más caros afectos y sentimientos patrióticos eran difamados y maldecidas nuestras nobles ansias de reconstrucción y renovación, mientras se atizaban odios y rencores y se predicaba el incendio y la devastación de nuestra querida ciudad, él, desde el salón de actos del mismo Ateneo Barcelonés, donde hace treinta y seis años [1873] por primera vez se diera a conocer al público una noche memorable, con palabra solemne proclamaba ante la faz del mundo la plena justificación y hacía caluroso elogio del integral renacimiento catalán, anunciando su presentimiento de estar nuestra amada Barcelona destinada a ser *cabeza y corazón de la España regenerada*, de aquella nueva España evocada en su aludido discurso de los Juegos Florales de 1888 hecha realidad por la difusión peninsular del espíritu de nuestro renacimiento"[710].

Así lo sugería también Miguel de los Santos Oliver:

> "Cataluña, que tiene motivos especiales de gratitud para con el noble montañés, tomaría a su cargo el satisfacerla en parte, pero de manera que el beneficio alcanzara también a todos los españoles, pues por toda España ha-

---

[709] EG XIX, 784. Vich, 13 septiembre 1908. El Consejo Directivo de los Jochs, por acuerdo de la Comisión del Cincuentenario, le envió una Medalla de plata, conmemorativa de las fiestas, en las que "están unidas vuestro nombre y el de vuestra tierra" (EG XX, 57. Barcelona, 2 janer 1909).

[710] *La Cataluña* [¿1909?] en SIGUÁN, Miguel, 1956, pp. 375-376. La cursiva es del original.

> bían de difundirse esos 32 ó 34 volúmenes económicos cuyos textos actuales andan hoy en pocas manos y están algunos agotados completamente"[711].

La idea de las obras completas y de un nuevo reconocimiento a Menéndez Pelayo, "amic de Catalunya"[712], en realidad fracasaría por la coincidencia con el homenaje a Guimerá en mayo de 1909, con motivo de sus 70 años, en una ¿inexplicable? contraposición de personalidades que se habían admirado y que en modo alguno eran tan dispares[713].

Su paisano Alfonso Ortiz de la Torre, que debió de asistir a estos actos, entre ellos a la lectura en el Ateneo el día 8 de la semblanza de Milá[714], escribió que "de las mejores páginas de este trabajo dio anoche lectura Menéndez y Pelayo en el Ateneo ante un concurso selecto y numeroso que con frecuencia interrumpió con bravos y aplausos, tributándole al final una ovación cariñosa y entusiasta"; naturalmente, a Ortiz de la Torre,

---

[711] SANTOS OLIVER, Miguel de los, "Un tributo a Menéndez y Pelayo", *La Vanguardia*, 19 y 26 mayo 1909, contestación a una carta de José Roig en *La Veu de Catalunya*.

[712] Así figura en la dedicatoria manuscrita de Rafael Patxot y Jubert en su *Meteorología catalana*, Barcelona, L´Avenç, 1908.

[713] EG XX, 174, Madrid, 22 marzo 1909, carta de Marcelino Menéndez Pelayo a su hermano Enrique: "No sé a punto fijo qué es eso que se prepara en Barcelona, porque no tengo más noticias que algunos telegramas de los periódicos. Debe de ser en el fondo algo parecido a la idea que ya me insinuaron el año pasado de hacer una edición completa de las obras dándome una fuerte cantidad por el derecho de hacerla, sin perjuicio de lo que se estipule por cada tomo. Creo que por ahora esté en suspenso el proyecto, para que no coincida con el homenaje que van a hacer al poeta Guimerá, y no pueda creerse que mis amigos tratan de oponerse a él. Sin duda por eso no han querido darme noticias directas hasta que lo tengan todo arreglado". Pocas semanas después recibió un anónimo de "un admirador", en EG XX, 246, Barcelona, 5 mayo 1909: "Muy Señor mio. He leido en el diario «La Veu» de hoy, edicion de la noche, el suelto que le remito adjunto para que se sirva enterarse de su contenido. Muy acertada es la idea de rendirle un homenage, pero permitame le haga presente que los iniciadores no lo hacen con el noble fin de rendirle a V. un tributo de admiración, sino que encierra la baja idea de quitar importancia a la glorificación que Cataluña entera, Cataluña de verdad, quiere tributar a su amigo y gran poeta, nuestro Guimerá. Hace cosa de un mes que diariamente la mayoría de los diarios y periódicos traen artículos firmados por literatos y artistas, todos encaminados a caldear a la opinión a fin de que resulte un acto popular de todo un pueblo, digno de la gran figura de Guimerá. Ya ve V. que de hacerse su homenaje, resultaría una gran contrariedad para Guimerá y para la parte sana del pueblo que le obsequiaría con gusto en otra ocasion y sin intención de ofender a un segundo. Entérese V. de lo que le digo y sabrá la verdad, después obre según su previligiado talento". Sobre el homenaje, también la carta de Juan Luis Estelrich, EG, XX, 440, Cádiz, 29 septiembre 1909: "Cuando marché de Cádiz en junio pasé por Barcelona, y allí supe lo que se tramaba en favor tuyo; quise escribírtelo en seguida, pero me dijeron que convenía tenerlo en suspenso. Pocos días después Miguel Santos Oliver publicó en La *Vanguardia* su primer artículo, que me dijo te remitiría con más detalles. Ya puedes suponer que cuanto se refiere a tu persona me interesa, y que me alegraré se realicen todos los propósitos de esos entusiastas. Antonio Rubió no había regresado entonces de Grecia".

[714] Reseñada, entre otros periódicos, en *El Universo*, 23 mayo 1908.

miembro de una familia burguesa santanderina con notables inquietudes culturales, le recordaba el "patriotismo verdadero, grande, armónico" y el "regionalismo sano, puro y patriótico" que Pereda y el mismo Ortiz de la Torre habían defendido hacía años[715]. *ABC* indicaba que se comentaba con fruición por algunos el párrafo en que Menéndez Pelayo, al hablar del regionalismo, recordó que había nacido en la montaña cántabra, "donde nace el Ebro, río que por Reinosa atraviesa tierra castellana y por Zaragoza tierra aragonesa, para ir a morir al mar latino, después de bañar tierras de Cataluña, significando con esto que la nación española, aunque varia y común, tiende a la unidad"[716]. Para Torras y Bages, Menéndez Pelayo fue "regionalista de todas las regiones españolas" y Carmelo de Echegaray ensalzó que "el amplio españolismo de Menéndez Pelayo mereció más de una vez los aplausos calurosos de catalanes, mallorquines, aragoneses, valencianos, andaluces, castellanos, extremeños, gallegos, asturianos y leoneses, vascos y navarros"[717]. Eugenio d´Ors lo apreció al caracterizar a Menéndez Pelayo como

> "nunca superficial, nunca pintoresco, nunca casticista ni anacrónico; atento a los valores universales de España, no a sus singularidades de carácter; buscando heroicamente aquello que exalta en nosotros la unidad y la intervención en la tarea ecuménica de la Cultura, en la aristocracia de la europeidad; no lo que puede estigmatizarnos con una condena a la dispersión, a la excepción, a la extravagancia, a sumergirnos en la africanidad, bienquista de los Kayserling o de los Unamuno"[718].

Poco después, el presbítero Alberto Pallás Montseny defendía a Cataluña de las acusaciones que había vertido Royo Villanova en una conferencia en el Ateneo de Madrid. Mencionaba entonces, en un artículo en *ABC*, a Menéndez Pelayo entre los castellanos, cosa rara para el propósito contrastante entre regiones: "El pueblo de Cervantes y Menéndez Pelayo no es inferior al de Balmes y Verdaguer ni a ninguno de la tierra en fuer-

---

[715] ORTIZ DE LA TORRE, A., "Menéndez y Pelayo en Barcelona", sin indicación de cabecera, 9 mayo 1908. YXART y MORAGAS, José, "El regionalismo literario en Castilla", *La Vanguardia*, 19 febrero 1891, p. 5, al reseñar el álbum misceláneo De Cantabria, recogía estas palabras de José María Quintanilla ("Pedro Sánchez"): "Por culpa de esa centralización absorbente que subyuga a las provincias españolas, a causa de ese desprecio inexplicable que sentían los gacetilleros madrileños por los literatos provincianos nuestras letras eran desconocidas fuera de las lindes montañesas".

[716] *ABC*, 10 mayo 1908, p. 10.

[717] ECHEGARAY, Carmelo de, 1916, p. 15.

[718] D´ORS, Eugenio, 1956, p. 105-106. Para CASTELLET, José María, 1988, pp. 12-13, d´Ors es "quien tiene una idea más amplia de lo que tendría que ser una política cultural catalana. En aquella personalidad compleja que predica el clasicismo y la racionalidad hay un arrebato que se encarna en el sueño de una patria ideal, clásica y contemporánea, y también ejemplar, cuyo paradigma sería la cultura".

za intelectual; pero sí en voluntad, o, si se quiere, en tenacidad[719]. De manera gratuita e interesada, sobre la imagen de Menéndez Pelayo ya parece que no había matices, algunos se habían olvidado de toda la grandeza de sus intervenciones en pro de la cultura catalana y su generación iberista tendía a subsumirse en un todo castellanista y castizo.

El Congreso sobre Balmes

Afirmar que la obra del filósofo catalán Jaime Balmes y Urpià (1810-1848) está muy viva en Menéndez Pelayo, que ya en su primera biblioteca adolescente tenía un ejemplar de *El criterio*, puede resultar una evidencia ya muy manida. Su fraternal amigo Antonio Rubió afirmó que "se consagró con entusiasmo a la lectura de las obras de Balmes, afiliándose así, casi desde su niñez, a a escuela catalana"[720]. Y sin embargo, para lo que nos proponemos, conviene detallar algunos aspectos que quizá puedan pasar desapercibidos. Sin duda, fue en la Universidad de Barcelona donde Menéndez Pelayo oyó el nombre de Balmes con mayor frecuencia y respeto. Miguel Siguán cifra las causas de la admiración de Menéndez Pelayo por Balmes en su catolicismo y tradición, sin el envoltorio de un escolasticismo cerrado, así como el conocimiento de la filosofía europea y la influencia que aprovechó de Luis Vives, humanista preferido por Menéndez Pelayo; conceptos como el del "sentido común", identificado con una racionalidad instintiva, fueron preciosos para Menéndez Pelayo, quien, en sus *Heterodoxos*, afirmó que "recorrió Balmes con admirable seguridad de criterio todos los problemas de Derecho público, llamó a examen todos los sistemas de la organización social, y nos dejó un cuerpo de política española y católica"[721]. En el homenaje a Balmes en el aniversario de su muerte, en el Círculo Literario de Vic, se hacía referencia a los *Heterodoxos*:

> "Un discurso, poco menos que improvisado, del joven D. Narcís Verdaguer mereció unánime aplauso, y después de haberse dado lectura de los brillantes párrafos que Menéndez Pelayo dedica en su obra *Los Heterodoxos españoles* ha señalado los méritos de nuestro gran apologista"[722].

---

[719] PALLÁS MONTSENY, Alberto, "Cataluña y la enseñanza", *ABC*, 21 junio 1908, p. 12.

[720] RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, 1912a, p. 3: "Consagrà ab entussiasme a la lectura de les obres den Balmes, afillantse així, quasi desde sa infantesa, a l´escola catalana".

[721] MENÉNDEZ PELAYO, M., HHE, ENOC, VI, 1948, p. 406. Vid. FERNÁNDEZ DE LA MORA, G., 1976.

[722] La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya, any VII, nº 28, dissapte, 12 de juliol de 1884, p. 223: "Un discurs, poch menos que improvisat, del jove D. Narcís Verdaguer meresqué unánim aplauso, y després de haverse dat lectura dels brillants párrafos que en Menendez Pelayo dedica en sa obra Los Heterodoxos españoles a senyalat los mérits de nostre gran apologista".

En su discurso de 1910 "Dos palabras sobre el Centenario de Balmes", para la clausura del Congreso Internacional de Apologética[723], destacó el "europeísmo" de Balmes, comparable con el de Sanz del Río:

> "¡Qué distinta hubiera sido nuestra suerte si el primer explorador intelectual de Alemania, el primer viajero filósofo que nos trajo noticias directas de las Universidades del Rhin, hubiese sido don Jaime Balmes y no don Julián Sanz del Río! Con el primero hubiéramos tenido una moderna escuela de filosofía española, en la que el genio nacional, enriquecido con todo lo bueno y sano de otras partes, y trabajando con originalidad sobre su propio fondo, se hubiese incorporado en la corriente europea para volver a elaborar como en mejores días, algo sustantivo y humano. Con el segundo caímos bajo el yugo de una secta lóbrega y estéril, servilmente adicta a la palabra de un sólo maestro, tan famoso entre nosotros como olvidado en su patria"[724].

Pero, además, en Balmes, a quien Menéndez Pelayo distinguía de Donoso Cortés[725], "florecían las características de su raza española y catalana con signos que enlazaban con una gran tradición"[726]. Balmes, para Menéndez Pelayo,

> "fue filósofo ecléctico, fue espiritualista cristiano independiente, con un género de eclecticismo que está en las tradiciones de la ciencia nacional, que brilló en nuestros grandes pensadores del Renacimiento, y que volvió a levantar la cabeza, no sin gloria, en el siglo XVIII"[727].

Se encontraba, además, próximo a otros estudiosos catalanes:

> "Sus tendencias coincidían con las de la escuela histórica, que ya empezaba a tener secuaces entre los moderados, y que era especialmente profesada por

---

[723] ENOC, Ensayos de crítica filosófica, pp. 351-364.

[724] *Ibíd.*, pp. 355-356.

[725] *Ibíd.*, p. 358: "Balmes parece un pobre escritor comparado con el regio estilo de Donoso, pero ha envejecido mucho menos que él, aun en la parte política. Sus obras enseñan y persuaden, las de Donoso recrean y a veces asombran, pero nada edifican, y a él se debieron principalmente los rumbos peligrosos que siguió el tradicionalismo español durante mucho tiempo".

[726] SIGUAN, M., 1949, p. 251.

[727] "Quadrado y sus obras", *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 216.

> un grupo de juriconsultos catalanes, con quienes él, sin embargo, no parece haber estado en relación"[728].

La *Filosofía fundamental* de Balmes había sido

> "el único libro filosófico español de la primera mitad de nuestro siglo en que se ve un esfuerzo propio e independiente para llegar a la verdad metafísica, el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos o con los que entonces se escribían en otras partes de Europa"[729].

Ello se aprecia también en uno de los discípulos de Balmes, José María Quadrado, a cuyos cuatro volúmenes de *Ensayos religiosos, políticos y literarios* (1893-1896) puso un estudio preliminar Menéndez Pelayo. En ellos se percibe una voluntad de consenso: no olvidemos la participación de Balmes, a través de *El Pensamiento de la Nación*, y de Quadrado a través de la cabecera significativamente llamada *El Conciliador*, en el movimiento que derribó a Espartero y su búsqueda de alianzas concretas entre liberales y carlistas a través del matrimonio de la reina Isabel II con Carlos Luis de Borbón, conde de Montemolín[730]. Para Menéndez Pelayo,

> "la generosa fórmula que en ambos se defendía no era otra que la reconciliación sincera de todos los españoles católicos y monárquicos, y como medio de lograrla y principio de una política nacional, la fusión dinástica que ahuyentara para siempre el espectro de la guerra civil, haciendo entrar en la legalidad constitucional al partido carlista"[731].

Más tarde, en 1924, Antonio Cursach afirmaba que Quadrado "encontró en Menéndez Pelayo un verdadero adalid, que elevó al eminente historiador balear al rango que le correspondía en el concierto de la civilización humana, ya que la excesiva modestia de Quadrado restábale nombradía"[732]. Pero también había una identificación de Menéndez Pelayo con Quadrado que iba seguramente más allá de la mera sintonía intelectual; como recuerda Juan Cantavella, hacia 1842, en la época de su colaboración con Balmes,

---

[728] *Ibíd.*, p. 223.

[729] *Ibíd.*, p. 215.

[730] RÚJULA, P., 2004, pp. 85-86. ACEDO CASTILLA, José F., 1957, pp. 30-31: su discurso en Zaragoza, el 23 de enero de 1891, como candidato a diputado, fue un trasunto del que el conde de Montemolín leyó en 1845, redactado por Balmes: una declaración de fidelidad a la tradición y la Iglesia

[731] "Quadrado y sus obras", *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, p. 220.

[732] CURSACH, A., 1924, p. 45.

Quadrado "ya se hallaba desengañado de las vanidades políticas y sociales que podía deperarle la Corte y optó por volver a su querida Mallorca, en cuyo retiro seguiría laborando por los ideales que siempre le movieron, al tiempo que le proporcionaría la suficiente tranquilidad para abordar trabajos históricos y literarios que se demostraron de envergadura"[733].

Menéndez Pelayo intervino en el Congreso Apologético de Vic de 1910 con un discurso sobre Balmes del que se hicieron eco varias cabeceras de la época[734]. Prácticamente se había gestado a raíz del homenaje a Milá en los Jocs Florals de 1908. Jaime Collell, canónigo de Vic y presidente de la comisión del cincuentenario de los Jocs, había escrito a Menéndez Pelayo poco tiempo después de celebrados, en septiembre de 1908:

> "Buena ocasión será la del Centenario del nacimiento para el cual nos estamos ya preparando aquí en Vich, porque, si bien la fecha parece todavía lejana (28 Agosto 1910) mucho tiempo se necesita para organizar una manifestación que sea digna del sujeto que se quiere honrar. Quizás habrá visto V. en los periódicos que se trata de celebrar un Congreso filosófico. Nada hay decidido sobre el particular, y yo creo que no conviene un Congreso filosófico, y sería mas propio un Congreso de Apologética. *¿Quid tibi videtur?* Mucho le agradecería a V. una carta dándome su opinión con toda franqueza"[735].

Su discurso sobre Balmes mereció el elogio de los significados en la cuestión: "Los congresistas, entusiasmados con su admirable discurso, le envían ardoroso aplauso. Canónigo Collell", decía el telegrama enviado a Menéndez Pelayo[736].

---

[733] CANTAVELLA, Juan, 1991, p. 9.

[734] Publicado, por ejemplo, en *El Universo*, 27 septiembre 1910.

[735] EG XIX, 784. Vich, 13 septiembre 1908. El Consejo Directivo de los Jochs, por acuerdo de la Comisión del Cincuentenario, le envió una Medalla de plata, conmemorativa de las fiestas, en las que "están unidas vuestro nombre y el de vuestra tierra" (EG XX, 57. Barcelona, 2 janer 1909).

[736] *El Diario Montañés*, 13 septiembre 1910.

CONCLUSIONES

Marcelino Menéndez Pelayo resulta una figura incómoda tanto para los "catalanistas" como para los "españolistas", aunque esto pueda parecer contradictorio[737]. Incómoda para los "catalanistas", y no precisamente, en general, para los de su época, no hay más que leer las críticas de la prensa a sus intervenciones sobre "lo catalán"; también para los "españolistas", algunos de los cuales, al fin y al cabo, echaron sobre él la pez del odio fascista/fascistoide. Su acercamiento a Cataluña fue cultural (literario, lingüístico), no político, nacido de Llorens, Luanco, Milá... Fue coherente con su renuncia al "liberalismo español" al asimilar una vía del iberismo y regionalismo, pero no las derivas nacionalistas y federalistas que entendía habían nacido de ciertas tendencias liberales y burguesas que malentendían la historia de España. Entre otras razones, su progresivo alejamiento de la política (nunca, de hecho, fue un político "al uso", a pesar de haber sido por ejemplo diputado por Mallorca) alimentó sin duda su desdén por el catalanismo político. El análisis de las fuentes sobre su vida y su obra, particularmente sus propios escritos y el nutrido epistolario de que ahora disponemos en internet, así como las fuentes hemerográficas, informan de una personalidad alejada de los prejuicios que han afectado a su imagen a lo largo del tiempo, alguien que con toda claridad valoró y cuestionó los presupuestos y la propia evolución del catalanismo.

Cataluña tuvo una importancia capital en su biografía. De hecho, Menéndez Pelayo fue contemporáneo del auge del catalanismo literario y de su extensión, para su lamento, a la esfera política. Si el catalanismo literario era hacia 1878 "todavía un misterio", en opinión de uno de sus grandes nombres, Víctor Balaguer, el Congreso Internacional de la Lengua Catalana de 1906, al que Menéndez Pelayo se adhirió, manifestaba un grado de compromiso con una causa que iba a enfrentar a personalidades como José Pijoan y Miguel de Unamuno, casi en representación de Cataluña y Castilla, respectivamente. Pero, mientras Benito Pérez Galdós pedía a Narcís Oller que escribiera en castellano y Ramón Menéndez Pidal hacía causa por el bilingüismo[738], Marcelino Menéndez Pelayo leía perfectamente en aquel catalán que había aprendido no como un estímulo cultista, sino como una experiencia viva de conocimiento y relación con el asturiano Fernández de Luanco, y había leído en su propia lengua a poetas como Cabanyes, Maragall y Verdaguer ("el poeta de mayores dotes nativos de cuantos hoy viven en tierra de España"). Además, la motivación de sus lecturas no era meramente estética, con ser esta importan-

[737] Parte de estas conclusiones fueron presentadas como comunicación, con el título "Menéndez Pelayo y Cataluña", al congreso *Menéndez Pelayo, cien años después*, en la UIMP, el 4 de septiembre de 2012.

[738] En EG XX, 457, Santander 15 octubre 1909, le escribe Menéndez Pelayo a Alcover: "Que no sea perpetua la infidelidad a las musas castellanas. Vd. que es catalanista sin exclusivismo, puede continuar siendo poeta bilingüe como hasta ahora lo ha sido, puesto que le sobra alientos para ello".

te: es decir, Cabanyes no sólo le interesaba como un autor a reivindicar, sino como uno de los autores horacianos que habían escrito el devenir más poderoso y oculto de las letras españolas. El programa de historia de la literatura española, presentado a la oposición a la cátedra de la Universidad Central de Madrid en 1878, reservaba un espacio notable a las literaturas catalana y galaico-portuguesa, denominadas "españolas". Rompía así la tradicional identificación romántica entre nacionalidad política y nacionalidad literaria. Pero, además, Menéndez Pelayo rompía con el centralismo universitario consolidado con la ley de 1845 bajo la idea general de que la cultura patria "no puede ser nunca una estéril y yerta centralización"[739]. En España cabían diferentes culturas, justificándose así un iberismo de dimensión cultural en que muchos habían creído.

En la Universidad de Barcelona entró en contacto con algunos de los nombres propios de aquel catalanismo inicial de raigambre romántica, aquel que, antes que una dimensión política, reivindicaba el idioma y otros rasgos culturales hasta entonces poco valorados o simplemente despreciados. De Javier Llorens tomó cierta actitud de curiosidad y permanente crítica ante el conocimiento; acaso su breve *Oración inaugural* (1854-1855), uno de los cimientos del "renacimiento" cultural catalán, fuera un texto especialmente vivificado por el joven Menéndez Pelayo en aspectos como la exploración de la conciencia colectiva. Milá y Fontanals, por su parte, fue su gran maestro de cuestiones estéticas y a su sombra Menéndez Pelayo concibió una de sus grandes obras, la *Historia de las ideas estéticas*. Heredero de su archivo y coordinador de los ocho volúmenes de sus *Obras Completas*, en un esfuerzo colosal que no ha vuelto a repetirse en torno a la figura del profesor de Vilafranca del Penedés[740], proyectó una biografía de su maestro que se quedó sólo en *Semblanza* leída en los Jocs Florals de 1908. Pero, llevada la admiración al final de su propia vida, Menéndez Pelayo reivindicó a Milá incluso en aquel contexto crepuscular en que el catalanismo se desenvolvía ya en el terreno de las disputas políticas y ya no era tanto una mera reivindicación cultural. Para aquella "generación turbulenta y distraída", en palabras de Jaume Collell[741], Menéndez Pelayo recordó a los padres del catalanismo literario en el contexto español. Por eso Francisco Amigó y Mariano Aguiló empleaban expresiones como "los catalans a la antiga"o "olor de la vieja Cataluña", distinguiendo una evolución a la que Menéndez Pelayo no era afecto.

---

[739] El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, p. 155.

[740] José Álvarez Junco, en su prólogo a FRADERA, Josep Maria, 2003, p. 15, indicaba: "que Milá y Fontanals fuera el maestro de Menéndez Pelayo es algo más que un dato anecdótico; convendría reflexionar más sobre ello"

En la Universidad de Barcelona conoció a algunos de sus grandes amigos de por vida: Antonio Rubió y Lluch, hijo de Joaquín Rubió y Ors, y el mallorquín Juan Luis Estelrich. Resulta de gran interés el epistolario entre ellos para valorar lo que Menéndez Pelayo consideraba "excesos del catalanismo": entre ellos, sin duda, la simpatía hacia el federalismo de Almirall y actos como el *Missatge a Creta* (1897) en el que algunos identificaban la sumisión de Creta a Turquía con la de Cataluña a Castilla; de esta grave crítica de Menéndez Pelayo surgió llamarle "mamarracho" a Massó y "disparatado" a Guimerá, así como otros fragmentos epistolares y privados que acaso puedan parecer excesivos. Abominaba Menéndez Pelayo del "catalanismo político y militante" que traicionaba el destino común de España en unas circunstancias tan delicadas como el desastre del 98 y que había llegado a ser "un crimen de lesa nación" que acabaría por "matar el catalanismo literario, haciéndole insufrible y antipático al resto de los españoles"[742].

Eran los años en que, además, la gran actividad literaria de Cataluña no se correspondía, para Menéndez Pelayo, con la calidad de sus obras, con las honrosas excepciones de poetas como Miquel Costa o Jacinto Verdaguer. De su conocimiento de la literatura catalana y de su realidad intelectual derivaba, además, un hecho notable. Cuando Menéndez Pelayo ingresó en la Real Academia Española, en 1881, y en su discurso sobre la poesía mística en España habló de Ramón Llull, Ausías March y Jacinto Verdaguer, Rubió publicó varios artículos en los que calificaba a su amigo de "catalanista", etiqueta que al menos por entonces no molestaba Menéndez Pelayo, en tanto se consideraba estudioso de lo catalán.

Los catalanes que le apoyaron tras la injusta derrota con Alejandro Pidal en la elección como director de la RAE pertenecían a diferentes familias del catalanismo, desde anticlericales y federalistas a conservadores monárquicos. El catalanismo podía ser delirante, según Arturo Farinelli, o excesivo, según Menéndez Pelayo. Algo ya se estaba tergiversando, no obstante, cuando la idea de organizar un homenaje a Menéndez Pelayo se paralizaba para no mezclarlo con el de Ángel Guimerá, y algunos periodistas y críticos le incluían ya en un bando castellano frente al catalán.

Pero lo cierto es que Menéndez Pelayo había sido el "castellano" que primero estudió con detalle y bien atinado criterio la literatura catalana, ponderándola hasta el punto de ponérsela delante de los ojos a los propios catalanes, desconocedores algunos de autores

---

[741]Para Jaime Collell, EG XIX, 784, Vich, 13 septiembre 1908, Menéndez Pelayo había ido a Barcelona en 1908 a "enaltecer la memoria y poner de relieve los méritos de los próceres de nuestra literatura y padres del Renacimiento catalán demasiado olvidados por una generación turbulenta y distraída".

[742] EG XXII, 1135, Santander, 8 diciembre 1897, carta a Antonio Rubió. ¿Quién ha dicho que Menéndez Pelayo no era consciente de los acontecimientos trágicos de España?

capitales de su idioma. Obras de Jacint Verdaguer, Narcís Oller o Miquel Costa merecieron los elogios de Menéndez Pelayo, conocedor hasta el tuétano de los vericuetos de la historia literaria expresada en catalán. Antonio Rubió le reconoció por carta: "Has sido el español, que con voz más autorizada e independiente, has proclamado el valor científico y literario de nuestra lengua. Lo que has escrito acerca de ella y de su literatura, son para nosotros páginas de inestimable precio, que grabaríamos a ser posible, en letras de oro"[743]. En 1884, durante su estancia por Mallorca como candidato a diputado de aquella circunscripción, llamó al catalán "la primera entre todas las lenguas vulgares que sirvió para la especulación filosófica, heredando en esta parte al latín de las escuelas mucho antes que el italiano, muchos años que el castellano y muchísimo antes que el francés. Tenemos en España esta doble gloria que ningún otro de los romances neolatinos puede disputarnos. En castellano hablaron, por primera vez, las matemáticas y la astronomía, por boca de Alfonso el Sabio. En catalán habló, por primera vez, la filosofía, por boca de Ramón Llull". La única repulsa hacia el catalán venía por su extensión en obras científicas, que por su naturaleza entendía que debían ser escritas en una lengua más amplia. Además, en el recuerdo de muchos catalanes habría de quedar durante generaciones la participación de Menéndez Pelayo como mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona en mayo de 1888, presididos por la reina regente María Cristina: "Aquí la teniu, Senyora, -la llengua catalana- brollant dels seus llavis el doll de la paraula harmoniosa y eterna…". Las palabras aún parecen resonar en tantos comentarios que merecieron entonces y durante décadas, hasta que el franquismo vino a brindarnos una imagen distorsionada y anacrónica del polígrafo santanderino y escondió los importantes matices cultos de su visión de España. En efecto, la vinculación de Menéndez Pelayo con Cataluña había tenido un momento culminante en su participación en los Jocs Florals de 1888, cuando leyó en catalán su reivindicación de la lengua y la literatura catalanas. El recuerdo de la intervención en catalán de Menéndez Pelayo en los Juegos Florales de 1888 ha sido constante a lo largo de las décadas[744] y fue tratado en la exposición que celebró el centenario de aquella efeméride[745]. Su ideal iberista y su "concepción total y armónica de la vida peninsular o española", compartido por varios intelectuales catalanes, admitía la creación literaria en catalán en toda su extensión. Menéndez Pela-

---

[743] EG XVIII, 915, Berga, 27 agosto 1906.

[744] BASSEGODA, Buenaventura, "En la vieja Cantabria", *La Vanguardia*, 17 septiembre 1924, p. 5; DÍAZ-PLAJA, G., "Hacia un Menéndez Pelayo total", *Revista de Actualidades. Artes y Letras* (Barcelona), año V, nº 226, 9-15 agosto 1956, p. 8; PEDRO Y PONS,. Agustín, "Los premios literarios. Evocación de los Juegos Florales de Barcelona", *La Vanguardia*, 27 enero 1963, p. 18; Xavier de Echarri, mantenedor de los Juegos de 1968, lo citó, según *La Vanguardia*, 2 mayo 1968, p. 23; J.A.M.M., "La enseñanza del catalán", *La Vanguardia*, 4 abril 1975, p. 22; PUJAL CARRERA, Luis, "Menéndez y Pelayo y la lengua catalana", *La Vanguardia*, 25 agosto 1981, p. 5

[745] VV.AA., *L´exposició del 88 y el nacionalisme català*, Barcelona, Fundació Jaume I, 1988.

yo, de hecho, se convirtió en el más importante publicista de su literatura fuera de Cataluña: su participación en la polémica entre Oller y Pérez Galdós sobre el uso literario del catalán demuestra la peculiaridad de Menéndez Pelayo en el contexto intelectual español de final de siglo, en el que autores tan significativos como Unamuno negaban la existencia de una literatura catalana realmente peculiar con respecto a la castellana. Entre 1884 y 1886 fue diputado por Mallorca, lo que le acercó aún más a la realidad insular y justificó en él todavía con más fuerza su aprecio por figuras tan distintas como Llull, Quadrado y Miquel Costa. Menéndez Pelayo, excelente conocedor de las novedades bibliográficas catalanas[746], fue además testigo más o menos activo de la aparición de diferentes obras señeras del catalanismo, como *Lo catalanisme* de Almirall, *El regionalismo* de Mañé y *La tradición catalana* de Torres y Bages. El catalanismo tenía un origen literario, sus señas eran lingüísticas e históricas, valoradas primero por los pensadores del Romanticismo. Para Menéndez Pelayo, su politización y por supuesto su radicalización lo desfiguraba. Personalidades como Valentí Almirall representaban para Menéndez Pelayo la apropiación política, con fines antiestatales (al menos, contrarios a la configuración del estado concebida en la Restauración), de un movimiento cultural que en su conciencia no podía exceder de la reivindicación humanística. Como ha indicado, creo que acertadamente, Horts Hina, "Menéndez nunca se expresó en público contra Cataluña, incluso tampoco contra el catalanismo político. Seguramente sabía que Almirall representaba solamente un sector del movimiento catalán y que ni mucho menos todos los catalanes pensaban como él. En caso necesario podía considerar el catalanismo político como fenómeno de actualidad; por el contrario, la existencia de la literatura catalana era un fenómeno perdurable"[747]. Menéndez Pelayo vio los riesgos del federalismo y el republicanismo, abominó de ellos, pero tampoco pudo limitar la extensión del catalanismo y sus diferentes manifestaciones en las que se mezclaban muy distintos intereses. Su devenir biográfico transcurrió activamente por una época crucial del catalanismo (desde 1871, su llegada a Barcelona, hasta 1908, el homenaje a Milà y Fontanals) pero su papel, bien asumido por él pero acaso poco comprendido por otros, no era el de político, sino el de historiador (con evidentes atenciones a la literatura). Ahora bien, la reivindicación historiográfica de la cultura catalana encajaba, paradójicamente, con el proyecto, al menos en su esencia, de catalanistas tan en apariencia alejados de él

---

[746] Así, por ejemplo, en 1894 publicó una breve reseña sobre *Bastero, provenzalista catalán*, de Rubió y Ors. Tanto la monografía del decano de las letras catalanas como la reseña de Menéndez Pelayo contribuyeron a rescatar la obra del canónigo del siglo XVIII Antoni de Bastero y Lledó, aunque el gran provenzalista sería para Menéndez su maestro Milá y Fontanals. En "Rubió y Ors y el provenzalismo", Revista Crítica publicada en *La España Moderna*, Julio de 1894, pág. 118, apartado IV. ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, pp. 127-132.

[747] HINA, Horts, 1986, p. 217.

como Prat de la Riba, quien defendía la idea de una Cataluña "entroncada con los momentos más gloriosos de la tradición catalana del renacimiento del siglo XV"[748].

Es cierto que Menéndez Pelayo odiaba la deriva política radical del nacionalismo y que su valoración era sobre todo, claro está, cultural e histórica[749]. Pero en el odio de Menéndez Pelayo hacia el catalanismo político hay que tener en cuenta su raigambre federalista y liberal radical; cuando escribió a Valera en 1887 sobre la "aberración" catalanista no se refería al catalanismo conservador que triunfó en el primer tercio del siglo XX y que, en lo que respecta a la cronología biográfica de Menéndez Pelayo, ya no le interesaba de ningún modo, como no le interesaba la política. Miguel Siguán ya observó que "con el correr de los años estas perspectivas se harán cada vez más lejanas, y Menéndez Pelayo irá desesperando de contemplar tal renovación, mientras el catalanismo irá trazándose unos derroteros, con los que ya no podía estar de acuerdo"[750]. Y sin embargo, en el Congreso de la Lengua Catalana de 1906 dice estar "con él en espíritu, y hace constar que se ratifica en todo lo que ha escrito en sus libros a favor de la lengua y la literatura catalanas, y que lo sostiene en toda su integridad y repite que tendría muchísimo placer en venir más adelante a Barcelona, de la que conserva tan buenos recuerdos de estudiant"[751]. La gente, los catalanes, aplaudieron al sabio. Menéndez Pelayo se había convertido en un símbolo para muchos catalanes, que personificaban en él el ejemplo de quien, de una manera comprensiva, podía ser cauce para el entendimiento entre Cataluña y Castilla. En 1908 el escritor Eduard Coca y Vallmajor publicaba en la revista "*Cu-Cut!*" un extenso poema "A D. Marcelí Menéndez y Pelayo" en el que venía a compararle con los ministros Romanones y Dato: Menéndez Pelayo era el único "madrileño" capaz de explicar a los dirigentes políticos con qué predisposición y respeto había que visitar Cataluña. Además consideraba a Barcelona "gran metrópoli mediterránea, señora en otro tiempo del mar latino, *dives opum, sudiisque asperrima belli*, y destinada acaso en los designios de Dios a ser la cabeza y el corazón de la España regenerada"[752]. Su importante discurso de 1908 enlazaba con la tradición de la unidad de origen histórico y de destino de España: "Hemos atravesado juntos cuatro siglos de glorias y reveses, de triunfos y desventuras, y hasta de mutuos agravios y de mutuos desacier-

---

[748] CASTELLET, José María, 1988, p. 11.

[749] Sobre la primacía cultural en menéndez Pelayo, D´ORS, Eugenio, 1956, pp. 108-109. Esta idea es seguida por autores como HINA, Horts, 1986, p. 215.

[750] SIGUÁN, Miguel, 1956, p. 362.

[751] *Actes del Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana*, Barcelona, 1908, p. 672, en SIGUÁN, Miguel, 1956, pp. 370-372.

[752] El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria), ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, p. 168.

tos; y no en vano nos puso Dios sobre las mismas rocas y nos dio a partir los mismos ríos"[753]. Con la participación de Menéndez Pelayo en el homenaje a Jaime Balmes por su centenario, unido al que se había realizado a Milá, se cerraba el círculo de su desventurada comprensión histórica de Cataluña. Con todo el bagaje manipular de que sería víctima Menéndez Pelayo, Francesc Cambó escribió en 1939 unas palabras capitales hoy por muchos olvidadas: "Con Menéndez Pelayo o con la aplicación de su doctrina, sería bien fácil resolver el problema catalán. Con los hombres pequeños, incultos, ruines, de la España nacional el problema catalán volverá a ser un trágico problema"[754].

[753] Ibíd., p. 174.

[754] Nótese el comentario de MADARIAGA, Salvador de, 1976, p. 193, precisamente evocando a Cambó: "Quizá la propensión natural del ánimo se ladee a considerar este problema como especial de los catalanes; pero me parece evidente que el problema catalán es ante todo un problema español, so pena de que el que lo niegue se eche al cuello la medalla separatista".

TEXTOS

EPISTOLARIO

1

S. Baudilio de Llobregat, 3 agosto 1880.
EG IV, 210. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo.
Sobre Savine, Miquel Costa y Tubino.

Mi muy querido Marcelino: voy a contestar tu microscópica carta del 17 de Junio, con alguna extensión, aprovechando la circunstancia de hallarme completamente desembarazado de todos mis quehaceres. Ante todo, muchas gracias por el despacho de mis encarguitos. Esta carta va a marchar libre de ellos pues el único que tengo que darte consiste en *hacer memoria*, y esto es cosa de poca monta para ti.

Un literato francés Mr. Savine, muy aficionado a las cosas de nuestra literatura, y con el cual estoy en correspondencia hace más de un año, me ha encargado le recomendara eficazmente a ti, aun cuando según me dice lo está ya por persona de más valimiento, por tu amigo Valera. Casi es extemporáneo que te hable de él, pues por la carta que te escribió hará cosa de dos meses o quizás más, habrás sabido antes que yo te le dijera, el motivo que le impulsaba a entrar en relaciones literarias contigo. Savine es autor de un trabajo, sobre el *Sentimiento de la naturaleza en los poetas hispanoamericanos*, inédito si no me equivoco, y de algunos estudios sobre literatura catalana, que en este momento no recuerdo, pero entre los cuales se cuenta alguna traducción de poesías de papá.

Por otro amigo mío, Miguel Costa, he sabido noticias tuyas, y entre ellas la de que tuvo el gusto de conocerte. Hacia mucho tiempo que deseaba esta ocasión, así es que aprovechó de muy buen grado la que le di, al encargarle una visita para ti de mi parte. Supongo que hablariais tendido de asuntos literarios y que a pesar de su modestia, conocerias lo mucho que vale el que ya podemos llamar comun amigo nuestro, poeta eximio (como tu dices), de lo mejor que ha producido el moderno Renacimiento en las Baleares.

A propósito de Renacimiento, te creo a estas horas enterado de la famosa obra de Tubino, cuya primera voluminosa parte ha visto ya la luz. No te he visto en la lista de suscriptores, lo cual he atribuido a gran fortuna. Con todo no te habrá faltado ocasión para enterarte de lo que dice de los Catalanes y entre ellos de papá, a quien considera fautor del planteamiento de una tesis constituyente en el catalanismo. Adivínelo Vargas. Si realmente conoces este trabajo concebido de un modo sistemático, y escrito con abun-

dancia de datos, dime lo que de él juzgas. Yo creo que es un reclamo para hacer abrir los ojos al Gobierno, acerca de lo que pasa en Cataluña.

No he visto aun la oda a *Lidia*. Si publicas algo más y tienes para ello facilidad, comunícamelo.

Anteayer he concluido mi traducción de la obra del griego Stamatiados, sobre la *Expedición Catalana a Levante*. En cuanto estén listas las oposiciones en que voy a tomar parte, comenzaré la traducción de Pachymeres en lo que se refiere a nuestra historia. Después seguirá Gregoras y mas tarde todos los A. A. griegos que accidentalmente se hayan ocupado de nosotros. El plan de esta obra, si puedo llevarla a cabo, es vastísimo y original; la *Expedición de los Catalanes juzgada por los Griegos*. Como preliminar a ella tengo redactado un extenso estudio bibliográfico de las fuentes que deben consultarse para historiar completamente este episodio, con el correspondiente juicio crítico de los autores que en él se han ocupado. Para salir airoso de mi empeño necesitaré mas tarde el concurso de algunos sabios extrangeros, y de aquí para entonces, reclamo ya los servicios de tu amistad. Si mal no recuerdo estás en relación con algun sabio inglés dedicado a estudios históricos. El dia que te venga bien, puedes pedirle noticias acerca del movimiento histórico en Inglaterra en lo que se refiere a la Dominación latina en Oriente.

Tu historia de los *Heterodoxos* entretiene agradablemente mis momentos de ocio. Hay en ella mucho que aprender, y con ocuparse de heregías, produce el bien inestimable de afirmar en la ortodoxia.

No me es tan fácil como tú supones, salir del cascarón, lo cual quiere decir que no me aguardes en Madrid el otoño próximo. Como no sea para unas nuevas oposiciones tardaré en ir por allá.

¿Es cierto lo que por aquí se dice de que a Revilla se le ha vuelto la cabeza? Dime lo que sepas, pues es asunto que me interesa.

Comunícame noticias literarias interesantes, como en otro tiempo hacias, sobre todo ahora en vacaciones en que las ocupaciones son menos perentorias. ¿Cómo tienes tu segundo tomo de los *Heterodoxos* y en que estado están tus restantes trabajos literarios? ¿Qué planes tienes para el curso próximo?

Nada más se me ocurre por hoy. Si deseas alguna noticia de estos paises no tienes mas que pedir. Me tienes a tus órdenes veraneando *vora 'l riu de las aiguas roijas*, cantado hace ya mas de cuarenta años por la gaita de mi padre.

Saluda afectuosamente de mi parte a tu familia y recibe los recuerdos de la mia que mucho te aprecia, lo mismo que tu amigo de corazón,

Antonio

P.D. Hasta últimos de Setiembre pues [sic] dirigir las cartas a esta población con la siguiente dirección. Sr. D. etc.

Provincia de Barcelona.

San Boy del Llobregat.

(Nota: Baudilio en catalán es Boy.)

2

Barcelona, 8 febrero 1891
EG XI, 42. De José Franquesa y Gomis a Marcelino Menéndez Pelayo
Le comunica el fallecimiento de Pablo Bertrán y Bros

Mi más distinguido amigo; Le escribo vivamente impresionado para noticiarle la muerte de nuestro antiguo compañero Pablo Bertrán y Bros (Q.E.P.D.) ocurrida ayer a las ocho de la mañana en su *Castell del Mas.* Aunque hace tiempo le amenazaba la muerte, aniquilado su cuerpo por una anemia pertinaz, la noticia no ha dejado de afectarme menos.

Nosotros aquí hemos perdido además de un modelo de amigos, un poeta sincero y notable aunque no brillante, tal vez por su misma sinceridad o por el género modesto que cultivó, y sobre todo, el más entusiasta y devoto admirador de la poesía popular con que contaba Cataluña.

Como mil veces en nuestras conversaciones íntimas habíamos hablado de Vd. y yo soy testigo del cariño a la vez que veneración que por V. sentía, me creo en el caso de comunicarle tan triste noticia, por si no la tuviera ya por otro conducto, seguro de que ha de sentirla mucho.

No me ocurre más sino felicitarle por su nombramiento de Diputado para las futuras Cortes, manifestarle el interés con que espero la conclusión de sus *Ideas* estéticas (el ultimo tomo publicado es admirabilísimo) y ofrecerle mi habitación (Rambla de Santa Mónica, n. os 8 y 10, piso 4.º, p.ª 1.ª) desde donde puede Vd. disponer en absoluto de su antiguo y afmo. amigo y admirador constante

José Franquesa y Gomis

3

Barcelona, 30 marzo 1881.
EG IV, 407. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo.
Sobre su discurso de ingreso en la RAE y el artículo de Rubió en el *Diario de Barcelona*.

Mi muy querido Marcelino; por el mismo correo en que recibirás la presente, llegara a tus manos un número del *Diario de Barcelona* donde leerás un articulejo mio sobre tu persona considerada nada menos que como catalanista (!). A este seguirán, si mis cálculos son exactos, otros dos, destinados a probar con tus obras y tus hechos el aprecio en que tienes y has tenido a Cataluña que te albergó tanto tiempo en tu seno. No sé si estarás conforme con todas mis apreciaciones. Algunas de ellas a haberlas leido segunda vez, no hubieran pasado a la prensa, por lo(s) acres y nada benévolas, como la que se refiere a esa Universidad Complutense. Lunares de mayor calibre que este, encontrarás en mi trabajo (que es de relumbrón en alguna parte), pero creo sabrás perdonármelos, teniendo solo en cuenta mi intención, que ha sido la de pagarte una deuda de gratitud y afecto que hace tiempo tenia contigo contraída.

Con el juicio que allí formo de tí, que es por otra parte el que formé desde que te conocí a fondo, sin que en él hayan influido tanto como en otros, elogios extraños, comprenderás el valor e importancia que doy a tu discurso de entrada en la Academia. Lo leí con tal fruición, y me causó tal impresión lo que en él dices de nuestros poetas catalanes, que no paré hasta dar expansión a mis sentimientos por medio de la pluma, para que participaran de ellos, los que no habían podido saborear tu trabajo. El discurso de Valera me ha gustado mucho en lo que dice relación a nuestros místicos, pero no así en su parte preliminar (exceptuando los merecidos elogios que te tributa) que me ha parecido algo desaliñada y poco pensada. Espero con ansiedad volver a leer ambos trabajos en la monografia sobre el misticismo, que según dices vendrá a formar su segunda edición mejorada y aumentada.

Te agradezco lo que me dices respecto al *honor* en el teatro de Calderón, y me parece muy bien tu plan. El poco espacio de tiempo de que podré disponer no me permitirá darle tanta estension. Ahí va otro encargo sobre el mismo asunto. Sé que Ayala tiene publicado un estudio sobre la lealtad en los dramas calderonianos. ¿Te sería fácil proporcionármelo? Espero una pronta contestacion, aunque sea por tarjeta postal, pues el tiempo urge. En caso afirmativo remítemelo por el correo, y después me dices lo que cuesta su importe.

Cuando se hayan publicado mis artículos sobre tu catalanismo, en cuya operación se invertirán unas tres semanas, dada la detención con que el *Diario* procede en todas sus cosas, dime tu parecer en alguna epístola que sea dictada con más calma que las que hasta ahora me has escrito.

Algún periódico afiliado a la secta, de los que por aquí se publican, se ha permitido lanzarte algunos groseros insultos. Supongo que también me alcanzarán ahora a mí. En cambio toda la prensa sensata te ha hecho justicia. Te felicito por este nuevo triunfo, y por los artículos que se te han dedicado y especialmente por el del *Imparcial*.

Tuyo amigo de corazón,

Antonio

4

Barcelona, 7 abril 1881
EG IV, 421. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo
Sobre la crítica de Milá a uin juicio de Rubió en sus artículos sobre Menéndez Pelayo.

Carísimo Marcelino; hasta ayer no se ha publicado mi segundo artículo respecto tu catalanismo. Ahí te lo mando, como hice con el precedente. Júzgalo con benevolencia y dime luego con franqueza tu parecer. Dentro de pocos días se publicará el tercero y último de la serie, que te será remitido también con toda puntualidad. Para entonces aguardo larga epístola tuya, en la cual desearía ver reflejada tu opinión y las de las personas amigas y conocidas que se han tomado la molestia de pasar sus ojos sobre mis borrones literarios.

No te escribiera hoy, pues mis ocupaciones no permiten a mi pluma tantas espansiones, si no me la pusiera en la mano un motivo sumamente desagradable y que me ha ocasionado un serio disgusto. Es el caso que Milá y Fontanals se ha considerado altamente herido en su amor propio, por unas frases tal vez desgraciadas, pero que sin el menor ánimo de causar ofensa alguna, se me escaparon en el primer artículo. Ignoraba de todo punto esto, cuando un remitido feroz publicado en el *Diario de Barcelona* me dió a conocer mi involuntaria falta. La forma es destemplada y seca, impropia de la respetabilidad de Milá, e incomprensible dada la cordial amistad que le ha unido siempre con mi padre, y la benevolencia con que me ha distinguido. En él declara que nunca discutiste con él ni le aclaraste dudas, lo cual no se opone a sus palabras reproducidas en los *Apuntes biográficos* de Garcia Romero: «escrito en el cual se elogia debidamente al

biografiado sin sacrificar a ningun profesor mas o menos *respetable* (sic)». Ignoro si has leído por entero esta tremenda diatriba, corta, pero sustanciosa. En caso negativo te la remitiré tambien.

Ya puedes imaginar, dado lo mucho que aprecio y venero a Milá, el disgusto que causarían en mí tales frases, que han sido pábulo de chismes y murmuraciones entre literatos y gente iliterata de esta capital. Inmediatamente fui a darle satisfacción privada, para manifestarle que nunca habia entrado en mi ánimo el ensalzarte a ti para rebajarle a él, ni mucho menos el ofenderle. He determinado no contestar a su remitido para no dar lugar a mayor escándalo, y me contentaré por toda defensa propia, con la publicación de mi tercer artículo, en el cual hago de Milá y Fontanals todos los elogios que se merece. A este efecto y a fin de que el público malicioso, no considere tales alabanzas escritas *a posteriori*, he mandado insertar la fecha en los dos artículos que siguen al primero.

Los neos *enragés* de la Juventud católica también me han dado algun disgusto, con ocasión del ya famoso panegírico tuyo. Les ha disgustado al parecer las frases relativas a la Inquisición que en él estampo, por poco acentuadas, y sobre todo el haber publicado mi trabajo en un periódico liberal (!).

Por los periódicos he visto que estás dando unas notables conferencias sobre Calderon. Te felicito, y siento únicamente no poderme aprovechar de ellas. En la *Revista de Madrid* tengo el gusto de leer a menudo escritos tuyos.

Sin nada más por hoy, se despide hasta nueva ocasión, tu affmo. amigo,

Antonio

P.D. Vuélvote a recordar los encargos de Murillo el librero y de Ayala, sobre los cuales nada me has dicho.

5

Tarrasa, 5 junio 1881.
EG V, 65. De Domingo Ventalló y estudiantes de Derecho de Barcelona a Marcelino Menéndez Pelayo.
Le felicitan por el brindis del Retiro y su homenaje a la fe católica y la ciencia española.

Muy Sr. mío, de mi mayor consideración y aprecio: en cumplimiento de la comisión honrosa que me han conferido los demás firmantes de la felicitación que adjunta tengo el honor de remitirle, dirijo a V. las presentes líneas dedicada a explicarle el modo cómo aquella se ha llevado a cabo.

El día de su santo se recibieron en Barcelona, donde a la sazón me hallaba, los periódicos de esa Corte que traian el brindis elocuentísimo pronunciado por V. en el banquete de los catedráticos, y hondamente conmovido por el hermoso acto de V. que con tanta valentía y tan noble acento confesó a Jesucristo a la faz de Europa, creí de mi deber, conocidas las vivas simpatías que por V. sienten muchos de mis condiscípulos, proponerles la idea de felicitar a V. con el expresado motivo, y era tal la impresión que en ellos había también causado su acción nobilísima, que en seguida de manifestado el proyecto fue acogido con entusiasmo y se acordó dirigirle una felicitacion, redactada en términos que sirviesen a la vez que para expresarle nuestro cariño y admiración, para protestar enérgicamente contra el espíritu racionalista y revolucionario que ha invadido nuestras Universidades.

Precipitadamente y con el papel que tuvimos a mano redactamos la felicitación a V. Es incorrecta en la forma, pero expresa genuinamente nuestras ideas y sentimientos, así es que no hemos querido alterarla en lo más mínimo cuando lo hemos advertido, después que estaba cubierta de firmas escritas sobre las paredes del Claustro de Derecho y sobre las rodillas de los firmantes. Y sucedió a causa de la precipitación con que se iban poniendo aquellas, que con los alumnos de Derecho, pertenecientes en su mayoría al último curso, firmaron también algunos alumnos de otras facultades que a la sazón se hallaban en nuestro Claustro, lo que advierto a V. a ruego de los mismos.

Debiendo partir de Barcelona aquel mismo día, encargué a mi querido amigo (entusiasta admirador de V.) D. Joaquín Borrás de March, que acabase de recoger las firmas que faltaban de varios otros estudiantes que habían solicitado firmar la felicitación y no habían podido hacerlo aún, y que asimismo se la remitiera luego a V. Más por un exceso de atención me la ha devuelto por el correo de V. con las susodichas firmas, para que yo mismo, como iniciador del acto la enviase a V. y le suplicase al propio tiempo en nombre de todos, como lo hago muy de veras, nos dispense la mala calidad del papel en que está escrita y la forma incorrecta de su redacción, en gracia al buen deseo que nos ha impulsado.

He creído conveniente exponerle ingenuamente lo que antecede para cumplir el honroso cometido de mis condiscípulos, despues de lo cual solo me resta ofrecerme de V. con la mayor consideración atento y seguro servidor Q.S.M.B.

Domingo Ventalló y Homs.

Anexo a carta de 5 de junio de 1881
Barcelona, dia de su santo [2 junio] 1881

Muy Sr. nuestro, de nuestra más distinguida consideración: Los infrascritos alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad literaria de esta Ciudad, habiendo leido el discurso elocuentísimo que V. pronunció en el banquete de los Catedráticos al brindar ardorosamente por la santa fé católica y las gloriosas instituciones cristianas de nuestra antigua España, le felicitan con toda la efusión de su alma por el acto nobilísimo que envuelve, y llenos del afecto más sincero hácia V., con el mayor entusiasmo le saludan, viendo en V. el nuevo Pelayo que la inagotable misericordia de Dios nos ha deparado en estos calamitosos tiempos para tremolar valientemente la gloriosa bandera de la ciencia española, que un dia paseará V. triunfante por los dominios del mundo científico español, traidoramente usurpados por la pseudo ciencia racionalista.

Reciba V. pues la expresión de nuestro más profundo respeto y cuente entre el número de los que le rinden sincero tributo de admiración a sus atentos y seguros servidores Q.S.M.B.

Domingo Ventalló y Homs. — José Miguel. — José Borjau. — Raymundo de Abadas. — Antonio Moles. —Ramon Morelló. — José Camp Bernils. — Ignacio Barangé. — Juan Cerando. — Vicente Morelló y Peruch. — Franc.º Matheu y Mora. — Miguel Castañeda. — Miguel Catalina. — Francisco Bausili y Llobet. — Blas Morera. — Juan Guitart. — Florencio Vives. — Juan Puget. — Joaquin Borrás de March. —Lorenzo Masquet. — Mariano de Montoliu. — José Coderat. — José Lacot. — José Pibernat y Ciuró. — Francisco Denar. — Juan de Burgo. — Luis de Dalmaus. — José M.ª de Sarriera. — Antonio Grand. —Juan Clavell y Planas. — Fernando Fentenach. —Manuel Raventós. — Ignacio Plana Cambó. — Romualdo Mullol. — Antonio Vila y Nadal. — Antonio de R. Soler y Sallarés. —Manuel Jover y Paiyau. — Juan Miguel Pelfort. — Gabriel Vilalta. — A. Puig. — A. Dallerés. — Mauricio Vidal Quer. — Adolfo Rodriguez Carballo. — Jose M.ª de Deles. — José M.ª Sinisterra. — Enrique Malar y Vidal. — Hoaquin Fiter de Spegot. — Segismundo Verdaguer. — José Domingo y Guasch. — Antonio Forn y Milá. — Emilio de Puig. — Franc.º Carreras Candí. — Juan Desocells .— Leoncio Soler—March. — Joaquin Guisiñer y Morell. —Jaime Santomá. — Juan Garriga. — José Rius. — José Fernandez de Córdoba. — Victoriano Taffé. — José Roig Ruiperez.

6

Madrid, 25 enero 1886.
EG VII, 422. Carta de Marcelino Menéndez Pelayo a Jacinto Verdaguer.
Crítica de su libro *Canigó*[755].

Mi muy querido amigo: He recibido, y acabo de leer *Canigó,* y estoy todavía bajo una impresión de asombro. Aquella «Maladetta» es un trozo de poesía ciclópica, tallada en roca y verdaderamente colosal. Pero todo el poema abunda en rasgos de la misma pujanza gigantesca. El Pirineo adquiere formas humanas y titánicas bajo el cincel asombroso de V. Como en la *Atlántida* sintió usted la poesía de los mares y de los continentes sumergidos y de las grandes catástrofes geológicas así en este nuevo poema siente usted y expresa con vigor y una precisión gráfica que, a mi entender, no tiene igual en lengua alguna, todos los accidentes del paisaje de montaña, y todas las impresiones, ya solemnes y severas, ya risueñas, ya melancólicas, ya grandiosas, que suscita la contemplación de la cordillera vista con ojos de amor y con aquella divina intuición poética que sabe discernir y leer el sentido oculto bajo los caracteres de la naturaleza.

La atenta lectura de *Canigó* me ha confirmado en la idea que hace tiempo formé conceptuándole a usted (y perdóneme su modestia) como al poeta de mayores dotes nativos de cuantos hoy viven en tierra de España. En grandeza de imágenes, en viveza y esplendor, en derroche, digámoslo así, de pompas fantásticas y colores, en cierta manera grande y amplia de concebir y de expresar, trozos hay en *Canigó* que igualan o superan a los más celebrados de Victor Hugo, con quien tiene usted un remoto aire de familia, en aquello, se entiende, en que Víctor Hugo es digno de alabanza.

Canigó me parece un poema más *humano,* y por lo mismo más interesante que la *Atlántida,* aunque siempre en las obras largas de usted la parte descriptiva y la parte lírica, vencen con mucho a la parte dramática o novelesca. Sin embargo, repito que *Canigó,* aun bajo este aspecto, interesa y señala una nueva y fecunda dirección en el talento de usted. Los dos cantos en estilo de *canción de gesta* son de una rapidez y un ímpetu guerrero que verdaderamente entusiasma y arrebatada. La idea de presentar la civilización cristiana coronando con la cruz los Pirineos y disipando las supersticiones gentílicas que

[755] Se publicó en *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any IX, nº 12, dissapte, 20 de mars de 1886, pp. 93-94, con la siguiente introducción: "Creyem un dever dar al publich la següent literaria epístola del insigne escriptor católich, honra y delectació de las lletras espanyolas dels nostres temps. Y la publicam, no sols per los altíssims conceptes en ella escampats á profusió, y per l´honor de nostre poeta, sinó també per la gran honra que´n resulta per la pátria catalana. De tot lo que la crítica ha dit sobre l´última obra de Mossen Verdaguer, res tant sustanciós y entussiasta com la carta del sabi catedrátich de la Universitat Central".

poblaban aquellos valles, me parece feliz y poética, y ha sido buen acuerdo enlazar con ella el nombre del obispo Oliva.

Todavía algunos personajes aparecen envueltos demasiadamente en el velo de niebla que tejen las hadas del Rosellón; pero yo creo y espero que en sucesivos poemas este velo se irá rasgando cada vez más para abrir paso al elemento *humano* que, de todas las obras de Dios, es la más digna de ocupar al arte, y la que comunica más segura inmortalidad a sus obras.

Su poema de usted, parto de una inspiración que conserva toda su frescura virginal y campestre, y va adquiriendo cada día más remontado vuelo, es el mejor argumento que podemos oponer a los escépticos que sueñan con la muerte de la poesía, o a lo menos con la de la poesía de grandes alientos. Yo creo que en el arte nada muere, y que la misma poesía épica es hoy posible y legítima con formas nuevas y adecuadas al nuevo espíritu científico y a los nuevos dogmas estéticos: tales son, por ejemplo, las formas de *Canigó* y de la *Atlántida.* Felicita a usted de todo corazón por su bella, atrevida y grandiosa obra, y felicita también a Cataluña y a la literatura española este su amigo y admirador que de corazón le estima y quiere

M. Menéndez Pelayo

7

Villafranca del Panadés, 3 diciembre 1886
EG VIII, 157. De Mª del Remedio Sallent de Carbó a Marcelino Menéndez Pelayo
Remite trece cartas de Milá y pide a Menéndez Pelayo haga el texto del panteón de Milá.

Muy Sr. mío y de todo mi aprecio: Al paso que contesto su grata del 16 del mes próximo pasado, cumplo la promesa que hice a V. remitiéndole copia de las 13 cartas que nuestro D. Manuel (Q.E.P.D.) escribió durante su permanencia en esa corte con motivo de las oposiciones a la cátedra de Literatura. Celebraré que encuentre V. en ellas algo aprovechable para la Biografia que está V. trabajando.

No hace muchos días que por un amigo mío y admirador de V. me enteré con fruición de un párrafo de un folleto publicado en esa capital titulado «Lijeras reflexiones al discurso del Sr. Nuñez de Arce leído en el Ateneo de Madrid el 8 de noviembre de 1886». En dicho párrafo se hace mención de V. diciendo «persona de valer tan acrisolada como el Sr. Menendez Pelayo que siempre que en sus obras se ha ocupado de nuestros poetas y literatos o de nuestros críticos y de los vestigios de nuestras antiguas artes lo ha hecho

con profundo conocimiento y gran justicia». Como supongo que en la Biografia de Milá habrá V. de tocar la cuestión palpitante del Catalanismo de buena ley, recuerdo a V. que Manuel Milá condenó sus ideas sobre el particular en una carta que publicó «La Veu del Monserrat» en el número 30 del año 1884[756].

Doy a V. las gracias y me place que haya acogido con entusiasmo la idea de hacer una edición completa de las obras de M. Milá.

Está terminándose un panteón que hemos erigido en el cementerio de esta Villa y proximamente se verificará la traslación al mismo de los restos mortales de D. Manuel. Falta esculpir la lápida que ha de colocarse en uno de los marcos de dicho panteón. ¿Acepta V. el encargo que le hacemos de redactar el epitafio de D. Manuel Milá en la severa y concisa prosa castellana de V.?

Mi estimada hermana continúa relativamente bien.

Aprovecha esta ocasión para repetirse de V. att.ª amiga y aff.ª S.S q.s.m.b.

M.ª del Rd.º Sallent de Carbó

8

Barcelona, 30 marzo 1887.
EG VIII, 314. De José Yxart a Marcelino Menéndez Pelayo.
Sobre *Lo catalanisme* de Valentí Almirall.

Mi distinguido amigo: Ya puede Vd. figurarse cuánto me ha complacido su muy estimada. En vista del silencio de Vd. temí que se había extraviado el ejemplar, y como nada me pesa tanto como quedar en descubierto con los que estimo y admiro de veras, fue más grata mi sorpresa al ver que me había engañado.

Siento en cambio discordar con Vd. en el juicio de las obras de los Sres. Vidal y Pi. Reconozco todas sus cualidades, pero me disgusta en extremo su estilo, que juzgo enojoso. La del Sr. Pi especialmente, aunque escrita por un hombre de indisputable talento (y entre paréntesis, bellísimo sujeto) me parece en el fondo, una cavilación que no corresponde a ninguna realidad, sin el atractivo delicioso de la concepción artística, ni el encanto de toda idea científica de aplicación inmediata. Pero no era este el blanco de mis tiros. Aunque dudo de la eficacia de la crítica (sobre todo, de la mía, hablo sinceramen-

[756] "Catalanisme", *La Veu del Montserrat. Setmanari popular de Catalunya*, any VII, dissapte, 26 de juliol de 1884, pp. 233-235. Carta firmada en Barcelona el 6 de junio de 1878.

te) hay que decir siempre lo que se piensa por lo que pudiese valer. Y lo que yo pienso es, como dije, que libros de aquella índole nos resultan a los españoles muy pesados pudiendo ser muy amenos. Me temo que cuanto más desarrollara la idea más inadmisible había de parecer a Vd., hasta el punto de tacharme de extranjerizado, superficial y enemigo de la verdadera ciencia literaria, más aficionado, en una palabra, a los platos apetitosos que a los nutritivos. Sentiría de veras discordar con Vd. hasta este punto, y mucho más que formara Vd. de mí tal concepto. No hay tal. Mi amor a la concesión se detiene en la raya de la aridez y la sequedad. Mi deseo de que todo aparezca vivo, brillante, animado por la imaginación y el sentimiento, incluso en las disquisiciones eruditas, no me ciega hasta el punto de admitir los perifollos femeniles y el oropel con que los revisteros franceses particularmente suelen adornar en ocasiones asuntos que deben tratarse en serio. No es eso. Pero entre uno y otro procedimiento hay un término medio, que consistirá, sin duda, en que el fin que se proponga el autor, y sus conceptos sean por sí tan grandes y bellos, y tan espontáneo su amor a la literatura, que comuniquen por sí solos hechizo especial a las materias más áridas. Con esto y una distribución clara, bien cimentada, y sacada de las mismas entrañas del asunto, hay bastante. Yo no veo nada de esto en la obra del Sr. Pi. Pero, repito, que no me dirigía exclusivamente a ella. Cabalmente porque vale y tiene importancia, me pareció propia para tomarla por punto de apoyo de mis ligeras indicaciones. Quise que sonara el martillazo y debí elejir no un yunque de madera, sino de acero.

Poco diré a Vd. acerca de la obra de Almirall, porque a poco que soltara la pluma se alargaría indefinidamente la carta y no quiero dar a Vd. esta molestia. Estoy conforme de todo punto en cuanto Vd. me dice sobre las enojosísimas y mezquinas divisiones que fomenta un concepto erróneo de la España actual existente debajo de la España oficial y política. Pero si yo juzgué la obra de Almirall con sincera admiracion, fue atendiendo a su segunda y tercera parte más que a la primera, esto es, fijándome en la teoría del particularismo prescindiendo de tiempos y lugares. Hay que advertir además dos cosas. Que Almirall no incurre sino en apariencia en el error vulgarísimo de considerar a España entera dividida en dos únicas porciones: Castilla y Cataluña. Explícitamente protesta de esta idea. La división que establece es más vasta, más comprensiva de las infinitas variedades que constituyen nuestra nacion: Sólo después, y a sabiendas, elige por tipos de aquellas variedades la región central y nuestro país. Que existen divergencias y aun oposición entre el carácter de una y otra no creo que me lo niegue Vd., quien, siendo del Norte, habrá Vd. notado por experiencia propia cuánto difiere su país, del Mediodía, y cuán funesto puede ser aplicar una misma ley a pueblos tan distintos. Otra observación. Cuanto dice Almirall, limitándolo al organismo Político, y teniendo el acuerdo, la justicia y hasta la buena educación de no confundir en anatemas generales a todo un pueblo, cuanto dice, digo, no deja de ser muy cierto por desgracia, con las indicadas salvedades.

El espectáculo que estamos dando todos, como nación, es tristísimo. Dios me libre de pretender que el catalanismo sea como el Apostolado el llamado a regenerarnos, pero que la nación oficial no puede estar más baja es cierto. En fin, este asunto nos llevaría muy lejos, y quiero hacer punto. Conste solo que si mis escritos tuvieran la influencia que Vd. les concede benévolamente, nada para mí tan grato como abogar por un criterio más amplio generoso y varonil en que cupiéramos todos, trabajando todos a la par por nuestra patria común.

De Vd. siempre admirador y afmo. amigo

J. Ixart

9

Santander, 7 agosto 1887.
EG VIII, 469. De Marcelino Menéndez Pelayo a Juan Valera
Sobre el catalanismo de Almirall.

Mi muy querido amigo D. Juan: Sabe Dios que no tengo mayor gusto que conversar con Vd. por escrito, ya que no puedo de palabra. Pero las cosas se me arreglan siempre mal y salgo de un trabajo para entrar en otro que me absorbe las fuerzas y el tiempo. Ahora me he empeñado en acabar la *Historia de la Estética* y a esto dedico la mayor parte de las horas del día con verdadero encarnizamiento. En Madrid es difícil hacer ningún trabajo largo y seguido; aquí tengo comodidad para ello y procuro no desaprovecharla, porque en mucho tiempo no he de volver a encontrar otra temporada como ésta.

Espero y deseo que habrá Vd. mejorado de salud, aunque en la última nada me dice, y que, dando de mano a la tristeza y a la murria que le había invadido, volverá pronto y con mayor actividad que nunca a las comenzadas tareas literarias, sobre todo a esas cartas sobre el *Budismo esotérico*, que no acaban de salir, aunque muchos las deseamos. Debe Vd. tener más constancia en sus propósitos y no desalentarse en seguida, como tantas veces lo ha hecho, dejando incompletos escritos preciosísimos, v. gr., aquellos diálogos filosóficos que empezó a publicar la *Revista de España*, los artículos de la *Metafísica a la ligera* y tantas y tantas otras cosas.

Si su hijo de Vd. Luis está matriculado en enseñanza libre, creo que hasta octubre no tiene necesidad de ir a Madrid. De todos modos, dígame Vd. qué especie de matrícula es la suya para que pueda yo contestar con toda seguridad. Grande será mi satisfacción de ver a Vd. por Madrid este otoño. Yo también iré en los últimos días de septiembre.

Pienso como Vd. respecto del libro de Oliveira Martins. No es profundo ni a veces muy exacto, pero está escrito de un modo generoso y simpático. La segunda parte, o sea la *Historia de Portugal,* vale más que la *Historia de la civilización ibérica.* A nosotros nos está bien y nos conviene ensalzar ambas obras, porque en todo lo que va de siglo no ha habido portugués tan español como él. Además, es un escritor ameno y brillantísimo, y se deja leer con gusto hasta cuando se equivoca. Tiene buen entendimiento y vasta cultura, pero suele trabajar de segunda mano y fiarse de cualquiera en asuntos de erudición y de historia. Bajo este aspecto, la *Historia de la civilización ibérica* es muy floja, y recuerda, aunque en sentido inverso, el famoso capítulo de Buckle, que tampoco pecaba de muy escrupuloso en la elección de sus citas y testimonios. De todos modos, creo que encontrará Vd. bastante que elogiar en el libro de nuestro amigo Oliveira, a pesar de lo ligero y superficial que muchas veces es con apariencias científicas.

El *catalanismo,* aunque es una aberración puramente retórica, contra la cual está el buen sentido y el interés de todos los catalanes que trabajan, debe ser perseguido sin descanso, porque puede ser peligroso si se apoderan de él los federales como Almirall, que ya han comenzado a torcerle y a desvirtuar el carácter literario que al principio tuvo. El tal Almirall es un fanático todavía de peor casta que Pi y Margall, a quien siguió en un tiempo, pero cuyo catalanismo ya no le satisface o le sabe a poco. Está haciendo una propaganda antinacional de mil diablos. Y asómbrese Vd.: le apoya el mismísimo Mañé y Flaquer desde las columnas del archiconservador *Diario de Barcelona.* El misterio de todos estos *autonomismos* está en que a esos señores no se les ha hecho ni se les hace en Madrid todo el caso que ellos sé figuran merecer.

Desde el 10 de julio no ha salido ningún número de la *Revista de España.* A este paso no sé cómo la queda ningún suscriptor. Leí el primer artículo sobre la novela rusa, y estoy conforme con todo, absolutamente con todo lo que Vd. dice. Ni la admiración que los franceses sienten por tal literatura es desinteresada, ni tampoco es sincero ni espontáneo el entusiasmo que manifiesta la Pardo Bazán, víctima en esto, como en todo, de su ciega propensión a seguir la última moda parisiense.

La edición que Catalina ha hecho de los *Apuntes* debe de haber circulado poco todavía, sin duda, por efecto de la estación. A lo menos a Santander no ha llegado. Se me figura que Catalina descuida bastante la propaganda de provincias.

¿Ha visto Vd. el tomo de los versos de Cánovas? Nada oigo decir de su boda, en la cual jamás acabo de creer.

De Molíns nada sé, pero debe de estar entre la vida y la muerte. Su robusta naturaleza le ha hecho que se salve de dos ataques de apoplejía, pero es de temer que en el tercero sucumba.

En todas las vacantes echo a volar la candidatura de Pérez Galdós, pero nuestros compañeros se han empeñado en no abrirle las puertas. Por otra parte, él se tiene la mayor parte de culpa, porque de resultas de cierta modestia desdeñosa y soberbia que hay en el fondo de su carácter, ni da muestras de desear el puesto de académico, ni se mueve, ni escribe, ni visita a nadie, con lo cual nos deja a sus amigos en mal lugar. De todas suertes, si yo tuviese confianza en que la mayoría de la Academia le había de votar, yo le convencería para que diese los pasos que son de rigor en tal ocasión.

Sabe Vd. que es suyo amigo verdadero

M. Menéndez y Pelayo

10

Madrid, 16 marzo 1888.
EG IX, 171. De Marcelino Menéndez Pelayo a Ángel Guimerá
Sobre su libro *Poesías*.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Escribo a Vd. después de una lectura muy detenida de su magnífico tomo de *Poesías,* y deslumbrado aun por la impresión de tantas bellezas como en sus páginas se suceden. Hacía años que ningún libro de poesías modernas españolas me producía un efecto semejante.

Yo no tengo autoridad ni crédito para expresar aquí otra cosa que mi impresión personal, pero lo que de ella deduzco es que no ya Cataluña, sino España entera cuenta desde hoy con un gran poeta más, a quien yo creo que ni siquiera ha de perjudicar lo poco divulgado de la lengua en que se escribe. Sobre todo me asombra en todo, la dicción poética de Vd., la maravillosa fuerza plástica con que sabe dar bulto, realce y color a todo lo que describe, ora pertenezca al mundo de la realidad sensible, ora al de los caprichos fantásticos. La poesía de Vd. es imagen siempre, y como imagen vive de un modo más enérgico y distinto que aquel con que suelen vivir las creaciones poéticas más o menos penetradas siempre por un elemento racional y abstracto. Lo que Vd. nos pone delante de los ojos, por excéntrico y por imposible que sea, lo vemos, lo palpamos y lo sentimos inmediatamente. Yo no creo ni sostengo que ésta sea la única poesía, pero ésta la ha alcanzado Vd. completamente, sin distinción de asuntos, ora pinte escenas de la antigüedad clásica como en *Indíbil y Mandoni* y en *Cleopatra,* ora rasgos bíblicos

como en *Jael*, en *David* y en *María de Magdala*, ora cuadros de la Edad Media como en el incomparable y sublime *Año mil*, ora emociones propias de las más difíciles de trasladar al papel y de las que en manos de otro cualquier artista menos sincero y menos amante de la naturalidad perfecta, no podrían escribirse sin que la retórica las profanase.

No voy a enumerar todas las bellezas que hay en el libro de Vd., que es en gran parte una serie de obras maestras a las cuáles irá dando su justo valor el tiempo, que abate lo mediano y dignifica lo grande. Tampoco me detendré en hacer ciertos reparos que Vd., que me conoce, comprenderá fácilmente que han debido ocurrírseme, ya sobre el catalanismo un tanto feroz y militante de algunas rarísimas composiciones, entre las cuales no contaré por cierto *Lo cap d'En Josep Moragas*, que es bellísima, que es una de las perlas del tomo, y que en medio de su energía selvática y tremenda, no traspasa los límites del recto, aunque durísimo, juicio que la Historia ha formulado ya sobre aquellos acontecimientos y sobre el triste monarca que abrió entre nosotros el siglo XVIII; ya sobre el sentido religioso de algunas composiciones, en lo cual tampoco insistiré porque está atenuado por el de otras, muy pocas, y porque ademas sería rigor excesivo juzgar con el criterio estrictamente teológico vagas aspiraciones poéticas. No extrañará Vd. tampoco que haga ciertas reservas (éstas ya enteramente literarias) sobre el *humanismo* patibulario de algunas composiciones, especialmente la confesión del verdugo, en la cual, como en otras, se nota cierto amor a la antítesis (estilo Víctor Hugo) que algunas veces conduce a lo sublime, pero que puede dar también en lo cómico.

Todo esto es secundario y de ningún modo puede obscurecer ni por un momento las resistentes e inmortales bellezas del libro, que, a mi entender quedará como una de las más brillantes pruebas de que nuestra edad no era tan prosaica como algunos se la imaginan.

Como pequeña muestra de mi agradecimiento, envío a usted un ejemplar del último tomo que he publicado.

Y ahora vaya un ruego. Quisiera poseer las obras dramáticas de Vd.; conozco alguna, pero no he tenido ocasión de leerlas despacio.

De usted siempre afmo. s.s.q.b.s.m. y le ofrece su amistad

M. Menéndez y Pelayo

11

Olot, 16 agosto 1888.
EG IX, 307. De Juan Mañé y Flaquer a Marcelino Menéndez Pelayo
Explica el concepto de su folleto *El regionalismo*.

Muy Sor. mío y distinguido amigo: en mi poder su favorecida del 9.

La consideración que he logrado merecer de V. creo que me obliga a darle algunas explicaciones respecto al último capítulo de mi folleto *El Regionalismo*.

Creo sinceramente que en el desenvolvimiento histórico del regionalismo no hay peligro para la integridad de la patria; pero creo tambien que en el trabajo de gestación de este mismo regionalismo se podría presentar un momento, ex-abrupto, que produjera el fraccionamiento temporal de la unidad nacional. La miseria general de Cataluña a que caminamos, exacerbada por medidas de rigor o de agravio por parte de los gobiernos; el clamor, justo o injusto, del resto de España contra Cataluña, aprovechado por los federales, podría precipitarnos irreflexivamente a un acto de independencia. Duraría poco la separación, como hija de la pasión del momento, pero sería fatal para Cataluña y para los sanos principios.

Temo a los federales, confieso a V. mi flaqueza, porque, aunque pocos, tienen inteligencia, actividad y mala intención para aprovechar las circunstancias y crear un conflicto. Creyendo yo que la ocasión de este conflicto no puede venir sino de fuera, me sentí obligado a dar la voz de alerta, y lo hice escribiendo para el libro lo que no creí prudente decir en el "Diario", pues supuse que el libro seria más leído fuera de Cataluña que aquí, y no me equivoqué.

En general, tratándose de la separación de Cataluña, no se ven sino los males que para Cataluña y para España traería este rompimiento; pero yo, como le sucederá a V., le temo también, y principalmente, por contrario a mis principios históricos, de modo que si fuera ruso en vez de ser español y catalán, lo reprobaría de la misma manera.

Dispénseme V. esta nueva molestia en gracia de la intención, y disponga como guste de su afmo. am.º y apasionado admirador Q.B.S.M.

12

Barcelona, 19 mayo 1889.
EG X, 42. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo
Sobre el prólogo al *Gayter del Llobregat*.

Mi carísimo Marcelino; comprendo perfectamente lo que te pasa con tu correspondencia. Yo con menos ocupaciones literarias, bien que con más de otro género, a las que deben agregarse las del *pane lucrando* , de todas las más enfadosas, a penas si puedo cumplir con mis deberes de amistad y de compañerismo, y quizás vaya más rezagado que tú en lo de contestar cartas. Ahora me ha tenido dos meses ocupado por completo la impresión de mi discurso de entrada en la Academia de Buenas Letras, y no tienes por qué extrañarte de ello, pues yo no estoy acostumbrado a publicar tres o cuatro obras cada estación, como tú sueles hacerlo. Ayer corregí las pruebas del último pliego y antes de marcharte a Santander te lo podrás llevar contigo. En estos dos meses no imagines que no he hecho otra cosa que corregir pruebas. A los dos años de dormir un original entre pródigos borrones, aparece muy distinto de lo que uno imaginó en el calor de la paternidad. Le he retocado, pues, mucho, y más lo fuera aún, a no darme tanta prisa la Academia. Leí además sendos fragmentos de Eximenis y todo el *Somni* de Bernat Metge, diálogo delicioso, que recuerda los de Cicerón y de Platón. Un estudio del Renacimiento en que se hablaba ligeramente de aquel grande *renaciente*! ¡Qué disparate! Me asusté ante tal idea y máxime estando Guardia tan próximo a publicar su monografia acerca de dicho autor y su inmortal *Somni*.

Mi Epístola sobre Victor Hugo en América y España que prometí para Rivas Groot de Bogotá, la he dejado para el verano. Entre tanto voy recogiendo materiales para mi Diccionario y mis trabajos de Literatura y filologia catalanas. Al propio tiempo continúo mis lecturas de clásicos castellanos con el objeto de descubrir algo que se refiera a mi país; nada; algo así como el regionalismo aplicado a la literatura. Entre las comedias de Lope de Vega que tienen asuntos catalanes, he visto citadas en los Catálogos de La Barrera, *Los Ponces de Barcelona y el Catalán valeroso o el gallardo catalán*. Como sé que tú estás encargado de la publicación monumental de todas sus obras, a ti acudo en demanda de informaciones. ¿Quiénes son estos Ponces y quién aquel Catalán valeroso? ¿Hay alguna escena catalana o conocimiento de la historia y de las costumbres de nuestra tierra?

Supongo que recibirías mis artículos sobre Morel Fatio. Volveré sobre ellos, pues que la Academia de Buenas Letras me manifestó deseos de publicarlos en sus Memorias. Tengo por tanto cuenta abierta de noticias y curiosidades para completar el estudio. Si algo te estorba en tu bache, échalo fuera.

Otra pregunta y voy a concluir esta parte enfadosa de la epístola. Entre mis apuntes los tengo en gran número acerca de los límites del catalán y sus invasiones en determinadas comarcas aragonesas, como los valles de Benasque, Tamarite y Valderrobles en Teruel. Se me ha asegurado que Milá y Fontanals había hecho algun trabajo sobre el catalán en Aragón. ¿Es cierto? En tal caso, ¿dónde lo publicó? Me convendria mucho verle pues ya sabes que nuestro maestro todo lo hacia bien.

¿Te han gustado mis artículos de historia y extensión territorial de la lengua catalana publicados en la Revista de Mossen Collell?

Voy a lo tuyo. Desde tu última de 26 de Marzo a la que hoy contesto, he leido tu discurso contestación a Eduardo Hinojosa, el prólogo al *Gayter*, la parte nueva del tomo III de la *Ciencia Española*, y el discurso pronunciado en el Congreso Católico.

El primero aunque corto en páginas, es rico en sustancia, nuevo en ideas y obra muy meditada. No sé porqué me parece debe ser una de las que te han dado más que hacer. De él se desprende, aun antes de la cita tan curiosa de Mackintosh, que el Derecho natural, el público y el internacional tienen su origen en nuestra filosofia del síglo XVI. He admirado tu erudición jurídica y me he dolido del tiempo que he perdido adquiriéndola. ¿Qué huella han dejado en mi inteligencia seis cursos de Derecho?. Dichosos los que teneis ciencia infusa!

Te agradezco tanto como mi padre el prólogo del *Gayter*, que no resulta obra de encargo, ni de compromiso, como suele serlo este género, sino un juicio el más concienzudo é interesante que se ha hecho de nuestra restauración literaria. El segundo tomo, gracias a él principalmente, va a resultar muy curioso y ameno. En el campo catalanista causará gran impresión, y está destinado a fijar ideas, que serán tan claras como tú quieras, y repetidas muchas veces, (como la de la distinción de *tres lenguas* orientales y la confusión con el *lemosín*), pero que aclaradas por un juez imparcial en la contienda y de tanta autoridad, como lo eres tú, adquirirán forma científica y definitiva. Lucho muchas veces con estos inconvenientes en mi cátedra, mas a pesar de mi propaganda y de mi buena voluntad, nada puedo conseguir. Este año entre mis alumnos de Filosofía y Letras, hay tres valencianos, un menorquin y un mallorquin. ¿Pues creerás que oyen hablar con horror de lengua y literatura catalanas, y en cambio sostienen con un aplomo que me deja parado, la existencia de una lengua valenciana, y de otra menorquina, y que ni el menorquin quiere ser menos, y habla con énfasis, cuando le pregunto, de su lengua propia? Entre tanta lengua flamante, ya puedes presumir que el único dialecto es el catalán. Tu golpe de maza llamando *majaderos a* semejantes gentes, va a ser contundente, y espero que ha de hacerles entrar en la verdad, siquiera por respetos humanos. Los catalanes hemos de estarte agradecidísimos, y entre ellos yo en primer lugar, que he hecho de la

lengua y de la literatura catalanas, mi campo de operaciones y el amor de mi vida entera. Yo no reconozco más que la existencia de tres patrimonios y de tres literaturas peninsulares; tres dominios filológicos, tres historias y tres parnasos. Lo demás son dialectos de transición (histórica o geográfica), dejando a un lado el vasco, que no entra en esta cuenta sino en otra muy diferente.

De tu *Ciencia Española*, es decir, de lo que va en el tomo III todo lo conocía, excepto el *inventario bibligráfico.* El discurso de Ramón Lull le he leído más de, una. vez; el himno de Judá Leví de Toledo, lo mandé hace meses a Bogotá, para darlo a conocer. Lo más anticuado y olvidado era la polémica que sostuviste con el P. Fonseca, y esta espero refrescarla el próximo verano.

Deja empero, que te felicite por tu obra magna, por el Inventario Bibliográfico, que sería empresa de toda la vida, de otro cualquiera, que la hubiese comenzado más tarde que tú, y con menos fuerzas. Pero tu desde niño, empezaste a hacer, lo que los demás cuando ya entramos en la edad viril; y cuando todos tus amigos jugábamos a soldados, o tocábamos mecánicamente las notas de un teclado, o paseábamos por la carretera de Sarriá, y por los campos contiguos, hoy convertidos en calles, como unos pilletes, tú ya soñabas con la Ciencia Española, en sus diversas manifestaciónes. Tu libro va a ser el *vade-mecum* indispensable de todo hombre estudioso o que tenga que estudiar. He visto tomar notas de él con avidez a hombres de profesiones las más variadas, y desde hoy van a conocerte y a admirarte, filósofos, literatos, teólogos, médicos y juristas, y sobre todo estos últimos, y con ellos los hombres de ciencia, los más reacios en admitir reputaciones, como no sean las de su especialidad.

Por lo que a mi se refiere, he formado un alto concepto de la ciencia catalana, la más adelantada de España en la Edad-Media, la más prematura y conocida en el extranjero. Una de las cosas que más me han asombrado en tu *Inventario*, es el catálogo de gramáticas y traducciones de o en lenguas americanas y oceánicas. Aquello es asombroso. No hay mejor ni más grande elogio de nuestra cultura y del modo como se realizaron nuestras conquistas. No hay tampoco panegírico más brillante de nuestras órdenes religiosas. No me estiendo en mayores consideraciones porque hay cortada tela larga y no me sobra el tiempo[757].

---

[757] En EG, XXII, 1114, Santander, 4 agosto 1889, la contestación de Menéndez Pelayo: "Veo con gusto que no desmayas de tus interesantes trabajos de filología y literatura catalanas. Mucho hay que hacer en ésto, y mucho harás sin duda, cumpliendo la obligación que todos tenemos de honrar a la patria en que nacimos. Pero sin perjuicio de ésto, creo que debes imitar a tu predecesor y maestro Dn. Manuel Milá, no encerrándote sistemáticamente en el campo de la literatura catalana, sinó haciendo de vez en cuando excursiones por la literatura general, y especialmente por la de España, sin mirarlo todo préviamente desde

Por último leí en el *Correo Español* (¡cómo vuelven a mimarte los carlistas!) tu discurso pronunciado en el Congreso Católico. A decirte verdad no hay idea que me fuera nueva. Me habías familiarizado con ellas en tus *Heterodoxos*, en tu *Historia de las Ideas Estéticas*, en los discursos de Ramon Lull y de la poesía mística, y en otros trabajos, incluso, el último contestación a Hinojosa. Es una brillante condensación de tus pensamientos más luminosos y de las noticias más peregrinas. Cuando vi que los periódicos ponían en las nubes la novedad de algunas de ellas, como si fueran de ayer, me entristecí, porque me convencí que se te leía mucho menos de lo que te mereces. Esos días empero, no debias quedar descontento. Con motivo del Centenario, íntegros y leales te han traido y llevado continuamente, y los P.P. Jesuitas te han sobado con cariño en el *Mensajero*. Eres el hombre de la Inquisición y de la tradición. Yo tan anti-inquisitorial como siempre.

Mil gracias por tus noticias de traductores de Victor Hugo y por los Catálogos de Manuscritos.

Voy a pedirte un favor. ¿Tendrías inconveniente en proponer como miembro correspondiente de la Real Academia Española, al Ilmo. Sr. D. Manuel Francisco Vélez, obispo de Comayagüa (Honduras) uno de los escritores más fecundos de la América Central? Te quedariamos él y yo muy agradecidos.

El buen Estelrich me había participado ya su casamiento; por cierto en carta, que aún le debo.

La última novedad literaria en el catalanismo es el discurso de Guimerá en los Juegos Florales. El fondo no te gustará; la forma es brillantísima. Lástima de las ideas falsas que contiene.-Se ha publicado en Vich por un tal Corbella pbro.una obra sobre el Rector de Vallfogona que contiene datos muy nuevos, tomados de los Archivos de Vich y de Gerona.

A Dios, mi buen amigo. Bastante he charlado. Tuyo afmo.

Antonio

---

el punto de vista del catalanismo. Esto dará más popularidad a tus escritos y te proporcionará mayor número de lectores".

13

Valencia, 10 enero 1895.
EG XIII, 191. De Juan Berdunaus a Marcelino Menéndez Pelayo
Le pregunta sobre la relación entre el catalán, el valenciano y el mallorquín.

Respetable senyor: La gracia del Corazón Divino sea siempre con V.

Con grata satisfacción y alegría recibí su carta fecha 24 de Sepbre. último acerca de su opinión personal referente al autor de *Espinas del Espíritu*; espero poder comunicar a V. mis investigaciones sobre este punto y entretanto me atrevo a molestarle nuevamente confiado en su bondad y en su cariño por las glorias literarias de nuestra Patria.

Siguiendo de cerca el regionalismo literario de Cataluña y Valencia algún tiempo hace y alentado por los sabios consejos de mi amigo J. E. Serrano y Morales, Chavás y Llorente me decidí a emplear mis escasas fuerzas en pro de la causa de *Dios, Patria y Amor;* mis ensayos los he visto sobradamente recompensados por la Sociedad Económica y *Lo Rat-Penat* de aquí, pero mi afición me inclina a trabajar en un tema de alguna transcendencia y que desearia tratar con algunos conocimientos; para ello se me ofrece en primer lugar una duda cuyo deseo de ver resuelta por persona competente y extraña a las regiones litigantes me obliga a escribir esta carta.

Desde el renacimiento regionalista se ha venido diciendo por historiadores y poetas de por acá que el catalán, valenciano y mallorquín eran tres ramas del *vell tronch llemosi;* este concepto se ha repetido hasta la saciedad, pero algunos catalanistas entre los que se cuenta mi particular amigo Rubió y Ors y el maestro querido de V. Milá y Fontanals comenzaron su tarea exclusivista recabando para Cataluña la maternidad de *idioma* y tradiciones; esta opinión encontró eco en el ilustrado catalanista V. Balaguer y aunque desde su Discurso en la R. Academia de la Historia hasta hoy, han venido protestando algunos mallorquines y los valencianistas del *Rat-Penat* tales como Ferrer y Bigué, Labaila y Pizcueta, la cuestión continua sin resolver y algunos catalanistas como Torra y Bages estudian a S. Vicente Ferrer y Ausias March como *hijos* de Cataluña y merece los plácemes de mi amigo Rubió y Lluch y otros del catalanismo llamado ortodoxo. Llorente sigue las tradiciones valencianas pero hace falta una voz autorizada e imparcial que muestre su opinión; A. Morel-Facio en su «Rapport... sur une missión philologique a Valence - 1885» concede independencia al valencianismo y por ende a su literatura; Alfredo Brañas - Regionalismo -1889 - se inclina a lo mismo, pero hace falta —a lo menos a mí— que V. con su autoridad literaria e histórica se digne aconsejarme si legitimamente puede aplicarse el calificativo de lemosina a la literatura valenciana de los siglos medios, o si esta es hija de la catalana. ¡Ducange no lo cree así!

Espera resignado sus enseñanzas su aff. s. y capellán

Fr. Juan Berdunaus del S. C. de J.

14

Santander, 8 diciembre 1897.
EG XXII, 1135. De Marcelino Menéndez Pelayo a Antonio Rubió y Lluch.
Sobre el *missatge* enviado al rey de Grecia por algunos catalanes.

Mi muy querido Antonio: Acabo de Regar a esta con objeto de pasar las vacaciones de Navidad, que procuraré alargar todo lo posible, porque es mucha la tarea que tengo pendiente. Antes de ponerme a ella, quiero, a pesar de mi aversión al estilo epistolar, que frecuento lo menos que puedo, ponerme en regla contigo y con algún otro amigo, que también se queja, no sin aparente razón, de mi largo silencio. Tú que me conoces no puedes ni debes ofenderte por esta negligencia que nada significa entre amigos tan antiguos y cordiales como nosotros. Házte cargo de mis innumerables ocupaciones, y quédese para los novios el quejarse de esos retardos en la correspondencia. Si me hubieras necesitado para algo durante esta larga *temporada* (no sé sí recordarás que así llamaba Mor de Fuentes al tiempo que estuvieron los árabes en España), o si yo hubiera tenido bueno o agradable que comunicarte, lo hubiera hecho sin demora, y me hubieses encontrado a tu disposición como siempre.

Debo decirte además que te escribí una carta muy larga (la cual, por parecerme demasiado cruda, rompí en el acto sin enviártela) cuando salisteis con aquella pampirolada del *missatge* al Rey de Grecia (como si a vosotros os importase nada de lo que por allá pasa) e hicisteis y dijisteis tales tonterías, que por sí solas hubieran bastado para desacreditar el catalanismo político y militante, que en circunstancias tan tristes como las actuales ha llegado a ser un crimen de lesa nación, y que además acabará por matar el catalanismo literario, haciéndole insufrible y antipático al resto de los españoles. En esa carta te aconsejaba como amigo franco y leal que te apartases cuanto pudieras de esa pandilla de locos, que son adermás unos solemnísimos ignorantes; y que te concretases a trabajar con entero desinterés científico, sin pensar para nada en las miserias actuales, sobre la antigua historia y literatura de Cataluña, de que ellos nada saben y de que tú puedes decir tantas cosas nuevas y excelentes. Mírate en el espejo de Milá y de Aguiló, y sé cauto y *guarda la capa*. Al cabo, tú eres un funcionario del Estado, y tienes ciertos respetos que guardar, que no tienen, por ejemplo, el disparatado de Guimerá o el mamarracho de Massó y Torrents.

Ya sabes que no gusto de dar consejos a nadie, sobre todo cuando no me los piden, ni tengo la manía de la predicación. De todos modos, lo escrito está, y si te sirve de algo para en adelante, me holgare infinito. Y si no te parece bien, haz lo que quieras, y no te volveré a escribir ni una palabra sobre esto.

He tenido buenas noticias de tu salud por Luanco, por Estelrich, y últimamente por el buenísimo de Eduardo Hinojosa, que ha tenido que aguantar vuestro chaparrón retórico y poético durante todo este tiempo, y que sin embargo viene satisfechísimo de vosotros. ¡Tal es su longanimidad!

Bromas aparte, Hinojosa que ni una palabra me ha dicho de tu catalanismo, te quiere mucho, y me ha informado de tus trabajos en ciernes. ¿Cuándo acaba de salir el Curial? Le espero con impaciencia.

He publicado hace un mes el tomo séptimo de las comedias de Lope, en el cual empiezan las de asunto histórico español que llevarán seis tomos por lo menos. Las he puesto por orden cronológico para que el conjunto resulte una crónica dramática de España, como ninguna otra nación la posee. A este tomo antecede una introducción de más de doscientas páginas en folio, en que expongo detenidamente el desarrollo de cada una de las leyendas. Tengo impreso ya el tomo octavo, al cual únicamente falta el prólogo que va a ser mi principal trabajo de vacaciones, aunque tampoco dejaré de hacer algo en el tomo séptimo de la Antología, último de la lírica erudita de la Edad-Media.

Siento no poder obsequiarte con un Lope, pero la edición es muy corta y muy cara, y la Academia no me da ejemplares. Es posible que en esa Biblioteca Provincial se reciba. De mis restantes publicaciones te supongo al corriente. No recuerdo a punto fijo si te mandé los dos tomos de las obras del Abate Marchena (edición de Bibliófilos), con una nueva y extensa biografía de este célebre perdulario. Si no los recibiste, avísame para repetir el envío.

Una de las comedias de Lope que saldrán en el tomo 8.º se titula *El Catalán valeroso,* y tiene por asunto la libertad de la emperatriz de Alemania por un conde de Barcelona. ¿Puedes decirme algo nuevo acerca de esta leyenda? ¿En cuántas copias de la Crónica de Desclot la has encontrado? ¿Cuándo supones que se hizo la interpolación, que a mi juicio es evidente, y no anterior a la segunda mitad del siglo XIV? ¿Qué poetas catalanes modernos han tratado este asunto, además de tu padre que hizo sobre él una leyenda en prosa?

Otra consulta. Tiene Lope de Vega una comedia cuyo protagonista es un caballero del apellido Moncada, a quien llamaron el *caballero del Sacramento,* por haber sacado el

Santísimo en medio de las llamas que abrasaban una iglesia de Sicilia. ¿Sabes algo de esta tradición, sobre la cual hay también una comedia de Moreto? ¿Estará consignada en algún nobiliario?

Basta de chinchorrerías. Da mis cariñosos recuerdos a tu mujer y a tu padre, y no dudes del invariable afecto que te profesa tu mejor amigo.

Marcelino

15

Barcelona, 2 marzo 1901.
EG XVI, 6. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo
Sobre el programa de literatura catalana para la Universidad

Mi muy querido Marcelino; aunque no te debo carta, pues si mal no recuerdo, te escribí el verano pasado, te debo un libro, y esto me basta y sobra para considerarme archiobligado contigo. Recibí en efecto, y le estoy leyendo con la lentitud que me impone mi vista delicada, el tomo III de tu magnífico romancero que va a hacer inútiles los de Wolf y de Durán. El que acabas de enviarme me ha interesado como puedes suponer, mucho más que los tomos anteriores. Es el más nuevo y original; las pequeñas colecciones de romances castellanos tradicionales en Asturias, Portugal, Cataluña y entre los judíos de Levante, es decir, en regiones donde el habla castellana no es natural, le dan un valor extraordinario. Se lo dan también las introducciones hechas con aquella serenidad y transparencia críticas y con aquella asombrosa abundancia de datos, que te dan la superioridad sobre cuantos se dedican a este linaje de estudios. Con el amigo Lomba, que suele visitarme un par de veces todas las semanas, hablamos muchas veces de la labor extraordinaria a que hace treinta años te dedicas, y convenimos con la opinión de tus discípulos, en que la historia de la literatura española, en su aspecto expositivo y crítico presenta dos grandes fases: la anterior a tus esfuerzos, y la posterior a ellos. Yo, que quizás soy el más antiguo de tus discípulos, puedo dar fé de ello. Nuestra historia literaria ha cambiado completamente de rumbos, desde que pusiste mano en su reconstitución. Yo no comprendo un catedrático de literatura española que pueda desempeñar su cargo, sin haber leído tus obras, y sin embargo creo que la mayoría están en este caso. No se preocupan más que de la asignatura, que es, como suelo decir a mis alumnos, un aspecto puramente burocrático de la ciencia, la ciencia sujeta a dos límites raquíticos, la matrícula y el examen, y geométricamente amojonada en un programa. Durante este curso, en que me he encargado con algunas intermitencias por efecto de mi desgracia, de una clase de más de ochenta alumnos, sus textos han sido Milá, tu *Antología de poetas líricos* y tus restantes obras literarias. Ellas son las que preferentemente consultan en

las bibliotecas públicas de esta ciudad; he acabado con los Canos, Sorianos, Sanchez de Castro, etc. etc.

A pesar de que el programa es para mí una continua pesadilla, pues me cuesta cogerle afición, y suelo modificarlo todos los años, me he visto obligado este curso, por razón del número y escasa preparación de mis alumnos, a publicar una quisicosa híbrida que no es texto ni programa. Mi principal objeto ha sido asilar dentro de él, pues he temido que el catalanismo de mis compatriotas no me pagaría el esfuerzo, una especie de plan o ensayo de historia de la literatura catalana, para que mis discípulos tengan siquiera una idea de ella, ya que no me es posible explicarla en cátedra por la extensión de la materia. Esta parte es la más personal y original del trabajo que te remito, y sobre el cual aguardo tu parecer. Es el resultado de quince años de investigaciones y de estudios. Faltan todavía en ella algunos estudios, como v. gr. el de la poesía popular, el de la influencia provenzal, el de la prosa científica de la decadencia etc. pero todo ello lo añadiré y publicaré en una nueva edición, si la primera tiene salida. Entonces redactaré quizás el período de la *Renaxensa,* y daré más interés y caracter práctico al trabajo con la bibliografia tan completa como me sea posible de cuanto se ha escrito sobre literatura catalana.

En cuanto a la parte castellana te pido benevolencia y perdón; pues si algo bueno hay, es todo tuyo. Es un trabajo atropellado por la necesidad de su publicación oportuna, en que se condensa lo más importante de lo que tú has escrito de historia literaria española.

Todavia confío en que hemos de vernos antes de acabar el curso, pues me han nombrado juez de uno o dos tribunales de oposiciones.

Te agradeceré que recomiendes mi trabajo, que a más de un objeto de propaganda científica, tiene el de ayudarme a sobrellevar mis cargas matrimoniales, con el modestísimo lucro que pueda granjearme. Si te parece, pues, que quizás lo adoptaría o recomendaría algún catedrático amigo tuyo, no dejes de indicármelo.—Te recuerdo igualmente tu promesa sobre la provisión de la vacante de mi padre en la Academia Española.—Tuyo siempre,

Antonio

16

Berga, 27 agosto 1906.
EG XVIII, 915. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo.
Le invita al Congreso de la Lengua Catalana.

Mi muy querido Marcelino; como verás por el membrete esta carta tiene ante todo un carácter semi-oficial. Estoy encargado por mis compañeros, Mossen Alcover, Massó y y Torrents, Pijoan y Casas Carbó, y al propio tiempo desempeño tambien muy gustoso en nombre propio esta agradable misión, de invitarte para que tomes parte en las tareas de nuestro próximo Congreso de la Lengua Catalana, que en cierto modo, con el caracter amplio y general que ha tomado, se me debe a mí. Tratamos de hacer obra de cultura y de concordia y por lo tanto, sean cualesquiera tus opiniones respecto al movimiento de restauración integral que hoy agita nuestra tierra, no puedes dejar de ser invitado por nosotros. Aquí se te aprecia y se te admira, y se reconoce con gratitud, que has sido el español, que con voz más autorizada e independiente, has proclamado el valor científico y literario de nuestra lengua. Lo que has escrito acerca de ella y de su literatura, son para nosotros páginas de inestimable precio, que grabaríamos a ser posible, en letras de oro. Ven, pues, a participar de nuestras tareas científicas, y a darles el sello de tu autoridad, seguro de que en esta tierra, que tan hermosos recuerdos guarda para tí, no has de encontrar otra cosa, que respetuosa consideración y sincero afecto. Tu amigo, Menéndez Pidal, nos honrará tambien con su asistencia, y queda ademas invitado, el infatigable Bonilla. Ya ves que te acompañarán los discípulos que más te honran. Como el Congreso no tiene un carácter filológico cerrado, sino a la vez literario, basta que te asocies con una simple comunicación sobre cualquier punto de la historia de nuestras letras, cuyo desarrollo no es preciso, que tenga más allá de quince a veinte minutos de lectura. Como en estas alturas no tengo a mano circulares, ni prospectos, no puedo mandártelos inmediatamente; pero encargaré que te los envíen a la menor brevedad. Si no puedes venir personalmente, mándame la comunicación escrita, que te será facil de improvisar. En el caso de que nos honraras con tu asistencia tengo el deber de indicarte, que tu viaje y estancia en Barcelona, correrán a cargo del Congreso. Estas condiciones se han hecho extensivas a los demás congresistas forasteros.

Aguardando una favorable respuesta, y saludándote afectuosamente, en nombre de mis compañeros de Comisión, sabes que es siempre tuyo antiguo y leal amigo,

A. Rubió y Lluch

17

Octubre 1906.
EG XVIII, 968. De José Pijoan (Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana), a Marcelino Menéndez Pelayo.
Pide que asista al Congreso de la Llengua catalana.

Estimado señor y maestro: Por su carta a D. Antonio Rubió y Lluch sabemos las buenas disposiciones en que se encuentra de favorecernos con una comunicación para nuestro *Congreso de la Lengua catalana.*

Yo quisiera rogarle que viniera V. personalmente. V. no sabe aún como aquí es querido - y con que respeto y admiracion, este pueblo que se agita en largas muchedumbres, sería capaz de demostrarle el agradecimiento por lo que le debe con sus estudios para engrandecer e iluminar el alma española. En particular señor, aquí son recordados siempre con emoción vuestros trabajos en pro de la lengua y la literatura catalana y vuestro nombre es siempre saludado con un aplauso, hasta cuando resuena en los *meetings* más o menos literarios que se usan por aquí.

Hoy señor, una ocasión única se os presenta para contribuir a esta obra de patriotismo y de cultura, que queremos que sea nuestro congreso de la lengua catalana. Vos seríais el lazo de unión de los dos pueblos y las dos literaturas, haríais mas voz, con vuestra sola presencia en el congreso, que nosotros con nuestras predicaciones de paz, paz, paz y ciencia!

¡Yo no me atrevo a suplicaros más! Vos maestro sois sabio también en estas cosas, y sabéis ademas si algo os dificulta este paso. Pero atended que despues de Mistral, sois vos el segundo congresista honorario del Congreso. Para el os pedimos cuando menos que contribuyais con una comunicacion, que si es adecuada imprimiremos aparte en algunos miles. Si no aun cuando nos falteis está acordado repartir en la sesión inaugural vuestro discurso en los Juegos Florales.

Pero venid, maestro, venid, os espera vuestro affmo.

18

Barcelona, 28 novembre 1906.
EG XVIII, 1007. De Antonio Rubió y Lluch a Marcelino Menéndez Pelayo.
Homenaje a Menéndez Pelayo por su derrota en la elección para la dirección de la RAE.

Moltegregi senyor: Acostumats els que suscriuen a posar els furs del intellecte per damunt tota rahó de jerarquía oficial, se creuen en el cas de proclamar avuy una doble admiració: la que senten envers les insòlites facultats vostres y la que produeix a tothom el fet d'haver resultat desconegudes aquelles en la derrera elecció presidencial de l'Academia Espanyola.

Vostr'enginy preclar; l'amplada portentosa del vostre esperit, que té posades fondes arrels en quiscun dels pobles de la vella Iberia y que per elles absorbeix totes les llecors y substancies que componen llur patrimoni, os han permès donar en vostra obra literaria la més gran integració fins avuy coneguda de l'harmonía que presideix a tanta varietat de parles, aptituts y gènits. Ningú com vos ha pogut sentirse Consubstancial amb totes elles y magnificar y engrandir a Espanya el sentit de la historia. Haveune esdevingut, per lo mateix, el vincle, casi solitari pero ferm y poderós, de unitat espiritual.

Axí os comprenen y admiran els sotescrits y axí 'ls dol que no hajan pogut transfondre à l'Academia Espanyola la sava generosa que bull en vostres llibres ni eixamplar, a la mida de vostre concepte de la cultura hispánica, la influencia que pertany a dita corporació y que no pod dexar d' interessarnos, ni en si mateixa, ni per l'entrelligament amb que s'presenten en l'historia totes les literatures peninsulars.

Rebeu, doncs, l'homenatje de nostra més coral simpatía, en l'expressió de la qual creyem, sense adulteració ni vanagloria, resumir el sentiment de tos els qui en Catalunya s'ádelitam amb els fruyts del pensament humá.

A. Rubió y Lluch — Miquel S. Oliver — J. Massó Torrents — J. Pijoan — Manuel de Montoliu — Joan Maragall — Joaquim Cases Carbó — Joseph Martí y Sabat — Joan Givanel Mas — J. Brossa — Amador Hurtado — Joaquín Pena— A. Colomé y Boromba — J. Cortes Aguiló — J . Pons Pagés — Santiago Rusiñol — J. Torrendell — M. Utrillo — Arnau Martínez y Seriñá — Pau Figuerola — Rafael Pujet — Manuel Ventosa — Gabriel Alomay

19

Barcelona, 9 febrero 1907.
EG XIX, 65. De Ramón D. Perés a Marcelino Menéndez Pelayo.
Lamenta que no haya sido elegido director de la RAE.

Mi muy querido amigo y maestro: Un millón de gracias por el interesantísimo tomo de Escalante que tuvo V. la bondad de mandarme. Ahí va adjunto el artículo que le he dedicado en el *Diario de Barcelona*. Poca cosa es, pero ni la precipitación con que hay que escribir para la prensa diaria ni el breve espacio concedido me permitían otra cosa. También en *Cultura Española* cuidaré de que se hable del libro con el cariño que V. y Escalante merecen.

También le agradezco mucho los datos que me facilitaba V. en su última carta sobre la novela de Enrique Gil. Creo que, al fin, la publicaremos; pero el propietario del periódico quiere estar seguro de que no le vengan despues reclamaciones. Por cierto que al decirle yo la favorable opinión que a V. también merece *El Señor de Bembibre* me indicó que él tendría mucho gusto en que V., escribiera para el Diario cuatro palabras presentándola al público, en la forma que V. quisiera, sea prólogo, carta, o simple nota. Aunque yo sé que V. recibe cada dia peticiones de esas, tratándose del *Diario de Barcelona* se la transmito, y excuso decir la alegría con que todos veríamos que la aceptara. En un par de frases sabe V. siempre encerrar muy bien la substancia de un largo artículo.

Tengo noticia, como V. supone, de los disgustos que ha pasado V. y que me indica. ¿Cómo no enterarse y preocuparse de esto que ha preocupado a todo el mundo? Lo ocurrido me ha causado primero sorpresa, despues profunda tristeza, por tratarse de V. y por lo que significa. ¿Tan poca cosa es en España la literatura que hasta en su propio terreno ha de vencerla siempre la política? Me indigna eso, y me indigna que V. no haya triunfado donde más le correspondía. Yo no sé ni quiero saber en esta extraña cuestión más que lo de que «donde V. se halle estará la cabecera» y aun me siento tentado a escribir en mi malhumor lo que antecede... lo de «sentaos majagranzas»... Nada soy y nada valgo, pero desde el fondo de este *pozo provinciano* en que vive siempre el que no escribe desde Madrid, le mando un entusiasta y cariñoso abrazo, tanto más entusiasta y cariñoso cuanto menos justicia se haga a los excepcionales méritos de V.

Como el catalanismo no cuenta conmigo para nada en «justo castigo a mi perversidad» de hombre que escribe sus libros en castellano y no en catalan, yo no he firmado mensajes de protesta ni nada público, en primer lugar porque nadie me lo ha pedido; pero ya sabe V. que sin ostentación ninguna soy desde hace muchos años su amigo sincero y

tomo parte en sus alegrias o disgustos. En literatura yo estoy más acostumbrado a los segundos que a las primeras, porque las cosas se han puesto aquí de tal modo que sólo escribiendo en catalán se tiene asegurado el ruidoso aplauso de Barcelona... y de Madrid también, aunque parezca mentira. Pero, en fin, pongamos punto, porque esto son intimidades que sólo a mí pueden interesarme. De ellas no hablo más que con amigos tan antiguos y bondadosos como V.

Sabe V. que le quiere y admira siempre su afmo.

R. D. Perés

20

Santander, 23 julio 1908.
EG XIX, 726. De Marcelino Menéndez Pelayo a Rafael Altamira.
Sobre el catalanismo, al hilo de la necrológica de Milá.

Mi querido amigo: Veo en su periódico que ha sido Vd. nombrado en unión de Hinojosa para representar a España en el Congreso Histórico de Berlín, y me apresuro a darle la enhorabuena por tan merecida distinción. Yo tenía alguna esperanza de ver a Vd. por Santander este verano, y me alegraría que a la ida o a la vuelta se detuviese Vd. aquí.

Mucho me agradó y aun puedo decir que me lisonjeó lo que Vd, me dijo de mi necrología de Milá, por lo mismo que conozco la independencia y la sinceridad de su juicio. Pienso exactamente lo mismo que Vd. sobre el estado actual del catalanismo. Hay mucha mala literatura y mucha bambolla efectista, prescindiendo de otras cosas más graves. El uso del catalán a destajo, y sobre todo en la literatura científica, es una verdadera aberración contra la cual Milá protestó siempre y con él todos los catalanes sensatos de su generación. Pero supongo que esto pasará por que nadie escribe para ser leído únicamente en su parroquia, y de este movimiento quedará lo que debe quedar: algunos poetas líricos de indisputable mérito, uno o dos novelistas y un teatro popular, que me parece mejor en Valencia que en Cataluña. Las tentativas de más ambiciosa dramaturgia, ibseniana o lo que fuere, creo que se hundirán por sí mismas. En lo que tengo más fe es en el porvenir de los estudios de erudición, no tanto por lo que se ha hecho hasta ahora como por lo que empezarán a hacer algunos jóvenes, desgraciadamente inficionados del mal espíritu catalanista, pero que suelen prescindir de él cuando trabajan como hombres de ciencia. Massó y Torrents por ejemplo.

Lo que encuentro peor en la vida intelectual de Barcelona es el pandillaje sectario, que niega el agua y el fuego a todos los que se niegan a entrar en la cofradía. Nuestro amigo Perés ha sido víctima de esto, y tambien Pella, Elias de Molins y otros.

No sólo recibí a su tiempo el tomo *Cosas del día*, sino que volví a leer todos los artículos que Vd. ha recopilado en él, y que me convencieron más y más de sus raras condiciones como critico perspicaz y sereno, en quien la benevolencia no excluye la justicia. No debe Vd. abandonar este género de trabajos, que tan necesarios son en España, donde el gusto público anda tan desorientado. Pueden constituir una agradable diversión a sus asuntos históricos.

De Vd. afmo. y agradecido amigo

M. Menéndez y Pelayo

Recibidas las dos bibliografías históricas, francesa y alemana, Muchas gracias.

21

Barcelona, 3 junio 1909.
EG XX, 290. De Rosendo Serra y Pagés a Marcelino Menéndez Pelayo.
Interesado en los manuscritos del *Romancerillo catalán* de Milá.

Distinguido señor mío: Deseaba apelar a los buenos oficios de algún amigo común que ejerciera de medianero, como Rubió y Lluch o Franquesa y Gomis, pero sobre no aminorar la molestia a V., causábala a la vez a tercero. He decidido por tanto dirigirme directamente a V. sin circunloquios cortesanos en gracia a la brevedad, suplicándole empero me dispense la libertad que me tomo y sobre todo por empezar hablando de mí mismo, toda vez que no hay nadie que me presente.

Dedicado de algunos años a esta parte a la literatura y folklore catalanes, vengo haciendo desde el «Centre Excursionista de Catalunya» una campaña tradicionista, poco menos que abandonado a mis propias fuerzas. Pero no desmayo; he instituido una clase de Folk-lore y con toda regularidad se van dando conferencias acerca de los cuentos, canciones, costumbres, bailes etc. populares de todas las civilizaciones, con audiciones musicales y proyecciones fotográficas, amén de algunas excursiones que se organizan expresamente para estudiar costumbres antiguas.

Ahora hemos empezado la publicación del *Rondallari catalá* para lo cual cuento con unas 300 *rondalles* tomadas de viva voz y empiezo a reunir los materiales para el cancionero popular catalán.

Mi idea es publicar todas las canciones tradicionales que pueda reunir, con la correspondiente melodia (porque canciones sin música son cuerpos sin alma) y un lijero estudio acerca de las mismas. La empresa no es corta, puesto que supongo que no bajarán de 1000 canciones, sin contar las variantes literarias y musicales.

Por ahora tengo poca cosa: unas quinientas melodias y unas 700 canciones, entre bueno, malo y peor.

Ahora bien; el venerable Milá y Fontanals publicó su espléndido *Romancerillo* con setecientas y pico de canciones, con un fin puramente literario y muchas de ellas, están solo indicadas, sin duda porque su valor literario sería nulo; pero como en una obra folklórica el valor literario es solamente una de tantas condiciones, lo que me interesaría sería poder restablecer las canciones que él no da por extenso. Con tal motivo pregunté á mis buenos amigos Vidal y Valenciano, que lo eran íntimos de Milá, por el paradero de los manuscritos del *Romancerillo*.

Como me dijeron que V. los tenía todos, me permito pues dirigirme a V. por si realmente existen en su poder, si sería V. tan amable de facilitarme los borradores de las canciones que Milá no hubiese publicado íntegras y las que no constaren en el «Romancerillo»; porque me han asegurado que con posterioridad á su publicación, Milá adquirió muchas más.

No se trata de un negocio editorial, sino de otro de «Roberto con las cabras» en el cual dos o tres amigos nos gastaremos unos millares de pesetas en pro de la cultura nacional y supongo desde el momento que la idea le será a V. simpática.

En la obra, constarán desde el momento los nombres de los que hayan proporcionado las letras y las melodías. Es tarea muy larga y para llevarla a término pienso organizar algunos certámenes concediendo premios en metálico o en otra forma a las colecciones de canciones populares.

Si no fuese pecar de indiscreto, desearía conocer su opinión sobre el particular y agradeciéndoselo de antemano, me subscribo de V. ferviente admirador y humilde servidor suyo c.m.b.

R. Serra

22

Barcelona, 27 junio 1910.
EG XXI, 65. De Manuel Muntadas Rovira a Marcelino Menéndez Pelayo.
Le pide opinión sobre su obra poética wagneriana, que le presenta por extenso.

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración. Por correo, en pliego certificado recibirá V. un ejemplar impreso de mis *Balades wagnerianes* recién publicadas y un ejemplar escrito a máquina de mi poema "Montserrat" próximo a publicarse.

La benevolencia y amabilidad proverbiales en V. respecto á todo lo que representa trabajo intelectual, han hecho que me atreviese á enviarle dichos ejemplares y con mayor motivo por tratarse de mi poema «Montserrat» que yo pretendo sea el poema religioso nacional de Cataluña.

La publicación de *Balades* obedece únicamente al plan de preparar el terreno para la publicación del "Montserrat" idea que han aprobado decididamente cuantos conocen dicho poema, con el fin de que no sea tan brusca mi aparición en el campo de las letras.

Estos Sres. son principalmente D. Miguel S. Oliver, D. Ramon D. Perés, D. Ramon Picó Campamar, Francesch Mateu, Juan Maragall, Rosendo Serra y Pagés, Felipe Pedrell, P. Ruperto de Manresa. Todos ellos están acordes en que mi "Montserrat" es una obra de gran intensidad y destinada a producir general sorpresa: por esto me aprueban resueltamente la idea de la previa publicación de *Balades*.

Para evitar prejuicios debo a V. hacerle notar que yo (desgraciadamente para mí) no soy ningún joven en el verdadero sentido de la palabra cuando esta se aplica a un escritor. Hago esta salvedad por cuanto me encuentro en una situación absolutamente contraria a la de la gran generalidad de escritores modernos, que tienen un gran afán en publicar inmediatamente sus trabajos. Acabo de cumplir 38 años y la génesis de mi "Montserrat" data de 20 años atrás.

De mi profesor en el colegio de Manresa P. Longinos Navás S. I. (hoy día naturalista de fama mundial y en otros tiempos gran helenista y gran conocedor del Sanscrito) cuyo discípulo predilecto fui, tengo una carta del año 1889 en la que él me felicita por el pequeño poema que le acababa de enviar en manuscrito, titulado "La Llegenda de Moncada" y en la que me predice que de seguir trabajando y estudiando llegaré a dar los frutos de bendición que me propongo: manuscrito y carta que tengo a la disposición de V. si le interesan.

5 años más tarde, y recién casado (me casé á los 22 años) conocí íntegramente a Homero por medio de buenas traducciones francesas especialmente las de Pessoneaux que poseo y a Walmyki (el Ramayana) por medio de la de Hippolite Fauche. A Virgilio lo he conocido siempre en el original pues con el dicho P. Navás llegué a traducirlo sin dificultad y aun ahora despues de 20 años sin haber abierto una gramática latina, lo leo sin fatiga.

Como mi sueño no era realizado en mi "Llegenda de Moncada" sino que lo que yo anhelaba era el poema nacional religioso de mi Patria, creí entreverlo entonces a través del estudio de estos autores y escribí un largo manuscrito en prosa que también conservo, de todo el poema, tal como entonces lo imaginé, con el fin de versificarlo después, pues recuerdo haber leido, no sé en dónde, que Virgilio se valía de este procedimiento.

No dudo que este manuscrito en el que pretendo continuamente imitar a Homero, tiene más de Fenelón (al que hoy día aborrezco) que del modelo que yo me proponía imitar; así es que la versificación me fue horriblemente fatigosa y después de haber luchado muchísimo lo abandoné a la mitad del segundo canto.

Una primera audición de Lohengrin en el Liceo de Barcelona me hizo presentir que yo tenía que buscar por otro camino el ideal que perseguía y al cabo de 2 años una serie de representaciones de Tanhauser y sobre todo de Parsifal en la Gran Ópera de New-York, donde yo me encontraba y que fueron presentadas con una esplendidez y ajuste nunca visto ni en Beyruth, me produjeron el efecto de una verdadera revelación y desde entonces el simbolismo místico de dichas obras de Wagner fue la antorcha que iluminó mi camino.

De vuelta de mi viaje y animado por las exhortaciones de D. Ramón D. Perés quien conoció entonces mi "Llegenda de Moncada" y diversos materiales que yo ya había acopiado como resultado de aquellas audiciones wagnerianas, escribí con entusiasmo y sin fatiga el poema que quedó terminado en dos años y medio en Septiembre de 1908.

Le advierto a V. que escribí hasta el canto XIV, solamente según la impresión que me produjo la audición de aquellas obras antes citadas pero sin haber tenido en mis manos ninguna obra de literatura wagneriana. Al leer la primera, el "Parsifal" por Mauricio Kufferath, tres meses antes de acabar el poema, comprendí que había pisado un terreno firme y entonces, es cierto, di a la obra ciertos entretoques exagerando tal vez la nota wagneriana.

Lo que sí procuré conservar de la época de mis estudios homéricos fue aquella naturalidad y diafanidad del lenguaje y de la versificación.

En el ritmo y en la armonía del verso he procurado evocar siempre la armonía wagneriana huyendo de la melodía continuada o sea de los versos con cantinela.

El maestro D. Felipe Pedrell me dice que he logrado plenamente en mis versos evocar las situaciones musicales de Wagner, con los cambios de tonalidad constante que dichos versos ofrecen, con el ritmo variado que presentan mis endecasílabos por los cambios de acentuacion que a cada momento tienen y tambiçen con las variantes de compas con que han de ser recitados de acuerdo con las ideas espresadas en los mismos.

Entiendo que los poetas que hemos oido a los grandes músicos del siglo pasado, debemos acudir a ellos en busca de la musicalidad de nuestros versos, en lugar de empeñarnos en la estéril idea de querer imitar la parte musical de unos versos cuyos autores aunque geniales, conocían solamente una música rudimentaria y cuya pronunciación desconocemos en absoluto.

V. dispensará que en el manuscrito que le envío, haya dos ortografias diferentes, pues me ha sido imposible escribirlo todo a maquina, y como lo he tenido que hacer parte por tercera persona, de aquí la diferencia, lo mismo que ciertas erratas de máquina que espero V. subsanará facilmente.

Como V. comprenderá por su lectura, yo no profeso las ideas de Wagner de confundir el Arte con la Religión, pero sí que creo que el sentimiento artístico es el que se asemeja más al sentimiento religioso y que la obra mas meritoria que puede hacer un artista es poner su arte al servicio de la Religión y de la Patria.

Esta es la idea que yo me he propuesto y como V. verá mi idea de Patria en modo alguno envuelve ideas de odio y menos a pueblos con los cuales hemos de vivir como hermanos.

Termino esta carta para no serle a V. más molesto y me permito pedirle, me diga V. franca y lealmente su opinión sin ambages ni rodeos, alabando lo que V. encuentre bien y señalando sin temor ninguno cuantos defectos halle.

Una cosa le recomiendo á V. en gran manera y es que no lo lea V. por partes, sino que lo lea V. seguido y por el orden con que está escrito.

Como las ideas se van desarrollando y ensanchando en él con una compenetracion absoluta a manera de los motivos wagnerianos, todo lo que sea no seguir completamente este desarrollo, hace que se forme de mi libro una idea completamente errónea y le hablo a V. así por tener una experiencia completamente comprobada acerca de este particular.

Le encargo también muchísimo lea V. los dos prólogos pues en ellos expongo mis puntos de mira y las bases del desarrollo de mi obra.

Pienso hacer la última correccion, después de sabida la opinión de V. para acabar de limar ciertas asperezas y vulgaridades que aún puede presentar el texto y que no se ven fácilmente con la escritura a mano y menos tratándose de una obra tan estensa.

En el momento de terminar esta carta recibo una tarjeta de D. Antonio Rubió y Lluch, quien me dice que V. marchará a Santander el 1 de Julio y que para la dirección bastará poner simplemente el nombre de V. Envío pues de avanzada esta carta y el tomo de poesías y esperaré para enviarle el ejemplar del "Montserrat" a recibir contestación de V. pues me sabría muy mal que se extraviase y como quiero mandárselo certificado, me tomo la libertad de pedirle una postal, en la que V. me diga simplemente. Puede mandarlo a tal dirección.

Aprovecho esta ocasión para repetirme su más att.º S.S. Q.S.M.B.

Manuel Muntadas Rovira

Le suplico a V. me diga también su opinión acerca de *Balades*.

Vale.

OBRAS DE MENÉNDEZ PELAYO

1. Programa de literatura española. Introducción. 1878. En *Cruz y Raya*, 1934; y *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, I, pp. 3-13.

Tarea nada fácil es el formar el mapa de una región cuyos límites andan confusos y son materia de controversia. Tal acontece con la Historia *de la literatura española* (y no añado el adjetivo *crítica*, porque sin crítica no hay historia, ni ciencia alguna ni obra humana de provecho). En sentir de ilustres críticos a quienes respeto, con el sentimiento de no poder seguirlos, la *Historia de la literatura española* no es más ni menos que la *historia de la literatura castellana.* Este error, a mi ver, funesto, y que no sólo a la literatura, sino a otras esferas trasciende, ha contribuido a embrollar y oscurecer hasta lo sumo, muy doctos juicios e investigaciones. Procuraré concretar los términos de la cuestión para que no se me acuse de obrar de ligero, ni de ceder a infundadas preocupaciones.

Dejo aparte la distinción entre *historia literaria* e *historia de la literatura.* Distinción pueril si sólo a los términos se atiende, pero útil si en la historia literaria quisiéramos englobar la científica. De los dos sentidos que la palabra *literatura* tiene *(ciencia de letras, ciencia de la belleza traducida y realizada por medio de la palabra),* prescindo en absoluto del primero. Claro es, que la *Historia Literaria,* concebida y escrita al modo de los Marinos, de Tiraboschi o de nuestros Padres Mohedanos, abarca el desarrollo de todos los saberes humanos en una extensión geográfica determinada, y sólo del *lugar* recibe su principio *unitario.* No había razón, v. gr., para incluir en esa historia a los médicos castellanos del siglo XVI y suprimir a los árabes y judíos de la Edad Media. La ciencia, y sobre todo algunas ciencias, se resiente, harto poco de influencias locales.

Pero aquí no es lícito tomar el vocablo *literatura* en esa acepción y menos en la de *bibliografía,* que a veces le aplican los alemanes cuando hablan de la *literatura* de tal o cual asunto o ramo del saber. Nuestro estudio ha de limitarse a las producciones españolas en que predomine un elemento estético.

Y ¿qué entendemos por obras y escritores *españoles?* Aquí comienza la división y el desacuerdo. Y los que sostienen no ya la hegemonía, sino el exclusivismo castellano, se fundan en dos razones, una de nacionalidad y otra de lengua.

Para contestar a la primera conviene distinguir entre *nacionalidad* política y nacionalidad literaria. Las causas de formación de una y otra, los elementos que vienen a acaudalarlas, no son siempre los mismos, digan lo que quieran aquellos que pretenden convertir la historia en un apéndice o suplemento de la política, olvidando, si no desconocien-

do, la independencia y vida propia del arte, y el personalismo y subjetivas tendencias de cada artista. El desarrollo estético influye y es influido por el social: unas veces le guía y otras le tuerce, en ocasiones viene a ser un reflejo, sin que sea fácil decidir *a priori, si* es mayor la influencia de la sociedad en los libros, o la de los libros en la sociedad. Si de algo conviene huir en crítica es de ese afán de considerar encerradas todas las fuerzas vivas de un pueblo en una unidad panteística, llámese *estado, genio nacional, índole de raza.* No es de este lugar el poner en su punto la acepción detalles vocablos, pero a nadie se ocultará que el espíritu y el *genio nacional* en literatura deben de ser algo distinto del Estado político, cuando contemplamos, v. gr. la imponente unidad de la literatura italiana desde remotas edades con no haber constituido Italia un solo Estado, desde que se deshizo el Imperio romano, hasta muy modernas revoluciones. Y ¿qué diremos de la hermandad literaria entre las metrópolis y sus colonias emancipadas? Literatura inglesa es la de los norteamericanos: literatura española la de Méjico y las de las repúblicas del Sur. Y sin embargo las nacionalidades políticas son distintas.

Ni tampoco el concepto de nacionalidad política es idéntico al de Estado. Dentro de un Estado caben no sólo naciones sino razas diversas, como acontece en los modernos imperios de Austria y Rusia. Cuando ni siquiera la Etnografía se ajusta a las divisiones políticas, ¿hemos de pretender amoldar a ellas la historia literaria?

El ideal de una *nacionalidad* perfecta y armónica no pasa de utopía. Para conseguirla sería necesario no sólo unidad de territorio y unidad política sino unidad religiosa, legislativa, lingüística, moral.., et *sic de caeteris,* ideal que hasta ahora no ha alcanzado pueblo alguno. Es preciso tomar las nacionalidades como las han hecho los siglos, con unidad en algunas cosas y *variedad* en muchas más, y sobre todo en la lengua y en la literatura.

Sentado pues que existe una nacionalidad literaria, cuyos lindes, rayas y términos no siempre son los impuestos por tratados y combinaciones diplomáticas, (¡pobre literatura si a tales altos y bajos anduviese sujeta!), resta apurar cuándo comienza esta literatura y en qué señas hemos de conocerla y distinguirla de las demás antiguas y modernas. Aquí entra para algunos el poner la unidad literaria en la *lengua,* carácter, a la verdad, mucho menos vago y contradictorio que el de *Estado,* pero toda vía insuficiente. En primer lugar y concretándonos a nuestro estudio ¿existe, por ventura, una lengua *española?, ¿es* castizo, ni propio, ni adecuado este nombre?, ¿le usaron alguna vez nuestros clásicos? Antes del siglo XVIII y en lo que mis lecturas alcanzan, sólo recuerdo haberle visto en autores extranjeros. Prescindamos del nombre y vamos a la cosa: ¿qué lengua es esa?, la castellana, se me dirá. ¿Y por qué? Porque desde el siglo XVI viene siendo la lengua literaria por excelencia, la más cultivada y rica, y porque en tiempos más cerca-

nos ha podido considerarse como lengua oficial de la Península Ibérica, excepción hecha del reino de Portugal, cuya historia consideran algunos tan distinta y apartada de la nuestra como la alemana o la inglesa, sin reparar que apenas puede darse un paso en literatura castellana sin tropezar con huellas portuguesas. Si sólo del siglo XVI data ese predominio del habla de la España Central ¿qué hemos de hacer con la literatura de la Edad Media?, ¿la estudiaremos sólo en uno de los pueblos peninsulares?, ¿y por qué en Castilla, y no en Portugal o en Cataluña?, ¿qué fuero o privilegio especial teníamos nosotros sobre los demás españoles?

¡Y qué vacíos y contradicciones resultarían de ese estudio! Alfonso X pertenecería a nuestra historia literaria como legislador, como didáctico, como historiador, pero no como poeta, porque las *Cantígas* están escritas en gallego.

Españoles fueron en la Edad Media los tres romances peninsulares: los tres recorrieron un ciclo literario completo, conservando unidad de espíritu y parentesco de formas en medio de las variedades locales. Eran tres dialectos hijos de la misma madre, habla dos por gentes de la misma raza, y empeñadas en común empresa. Las tres literaturas reflejaban iguales sentimientos y parecidas ideas, y recíprocamente se imitaban y traducían y cedieron el mismo paso a extrañas influencias. Los trovadores provenzales recorrían de igual suerte las cortes castellanas que las aragonesas: los cantos de Marcabrú y de Gavaudan anunciaron los triunfos de Almería y el sol de las Navas: otro provenzal, Rambaldo de Vaqueiras es autor de los versos más antiguos que quizá poseemos en castellano. Cuando las letras catalanas adquieren independencia y vida propias, Ramón Lull en el *Blanquerna, y* en el *Libro del orden de la caballería,* sirve de inspirador y modelo al hijo del infante D. Manuel cuando traza el *Libro de los Estados y* el del *Caballero y del Escudero.* ¿Cómo olvidar, por otra parte, que el habla galaico-portuguesa fue lengua lírica y cortesana aún en las regiones centrales de la península, y que en ella escribieron Alfonso X, Alfonso XI, Villasandino, el arcediano de Toro y tantos más, nacidos en Castilla?

Ni siquiera la historia literaria de los siglos XV y XVI, podríamos comprender desde el punto de vista exclusivamente castellano. Haríamos un cuadro del renacimiento sin que en él apareciera la corte napolitana de Alfonso V: una historia de la novela picaresca en que faltara el precedente del *Livre de les dones, un* catálogo de libros de caballerías sin *Tirant lo Blanch,* no apreciaríamos en su justo valor las innovaciones métricas de Boscán y Gil Polo: al buscar los orígenes de la novela pastoril dejaríamos olvidado el autor de *Menina e moça,* al paso que tendríamos que incluir a Jorge de Montemayor, tan portugués como aquél, sólo porque escribió en nuestro romance. Aparecerían los géneros acéfalos, ni sabríamos de dónde vienen ni a dónde van las tendencias literarias.

En suma, por lo que hace a los siglos medios no hay razón buena ni mala que autorice la exclusión de lemosines y portugueses, y traída su historia hasta el siglo XVI ¿por qué dejarla mutilada, cuando Dios ha querido que (sin saber muchas veces unos de otros) siga unida a la nuestra como la sombra al cuerpo? Mucho puede la lengua, pero no basta a partir en dos a un escritor Gil Vicente, Sá de- Miranda, Camoens, Corte-Real, Gallegos, Melo..., escriben con el mismo espíritu y emplean las mismas formas en portugués que en castellano, con igual desembarazo manejan un instrumento que otro: a veces los dos en una misma composición. ¿Tomaremos un trozo y dejaremos lo demás? ¿No sería incompleto y casi inútil ese estudio parcial, cuando para quilatar el mérito de un escritor y seguir los pasos de su ingenio, es fuerza tener a la vista el conjunto de sus lucubraciones, y relacionarlas y compararlas?

Dios ha querido además que un misterioso sincronismo presida al desarrollo de las letras peninsulares. No hay transformación literaria en Castilla a que no responda otra igual en Lusitania. En pos o al lado de Boscán o de Garci-Lasso aparecen Sá de Miranda y todos los *quinhentistas:* casi a un tiempo florece la lírica horaciana en manos de Ferreira y de Fr. Luis de León: el grande ejemplo de Camoens mueve aunque con desigual resultado a nuestros épicos: el teatro *español* es tan aplaudido en Lisboa como en Madrid o en Valencia e impide todo conato de teatro provincial: simultáneamente se desarrolla la epidemia culterana y conceptista simultáneamente penetra el influjo francés en las dos literaturas, y en la lírica castellana del siglo pasado pueden distinguirse dos períodos como en la portuguesa dos *Arcadias.*

La misma similitud, o digámoslo mejor, *identidad* que reina en el conjunto brilla en los pormenores.

Si alguno me objeta que políticamente los portuguesas no son españoles contestarele con palabras de Almeida-Garret, el poeta lusitano por excelencia: «Ni *una sola vez se hallará en nuestros escritores la palabra «español» designando exclusivamente al habitante de la Península no portugués. Mientras Castilla estuvo separada de Aragón y ya mucho después de unida, nosotros y las demás naciones de España, Aragoneses, Castellanos, Portugueses, todos éramos, por extraños y propios, comúnmente llamados «españoles» así como aún hoy llamamos «alemán» al Prusiano, Sajón, Hannoveriano, Austríaco: así como el Napolitano, el Milanés, el Veneciano y el Piamontés reciben indistintamente el nombre de Italianos. La pérdida de nuestra independencia política después de la jornada de Alcazarquivir, dio el título de reyes de las Españas a los de Castilla y Aragón, título que conservaron aún después de la gloriosa (sic) restauración de 1640. Pero españoles somos, de españoles nos debemos preciar todos los que habi-*

tamos la Península Ibérica: Castellanos nunca». Esto escribe uno de los mayores enemigos de la idea de unidad peninsular.

Pero no sólo ha gallardeado el ingenio español en los tres dialectos castellano, catalán y portugués y en alguna lengua extraña aunque afín, como el provenzal, sino en la madre de todos los romances, en la latina. ¿Cómo dejar de comprender en nuestra historia literaria a los humanistas, poetas e historiadores latinos que desde fines del siglo XV florecieron? Españoles eran como nosotros, pensaban y sentían al modo de los demás españoles de su tiempo y por la gloria de nuestras letras se afanaban. Tan español era Mariana cuando escribía su *Historia General* en latín, como cuando la trasladaba al castellano. Pensamientos y estilo eran idénticos: sólo variaba la lengua. Y no en la lengua, forma de suyo variable y sujeta a mudanzas, sino en el estilo, reside la *unidad* interna de las literaturas. Cuánto más españoles en el pensar, en el sentir y en el escribir son por ejemplo, Luis Vives y Arias Montano que la mayor parte de los prosistas castellanos del siglo XVIII y del XIX. En los unos resplandece el genio nacional, los otros no son más que pálidos reflejos de una cultura extraña.

No desconozco, ni en modo alguno niego, la importancia de la lengua como prenda de nacionalidad y signo de raza, pero creo que la lengua no es más que la vestidura de la forma. Ni lo sustancial ni lo formal lo da la lengua sino el *estilo,* comprendiendo bajo esta palabra todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser *idea pura.*

Y si extremar quisiéramos las cosas, quizá diría yo que (fuera de la apartada rama eúskara o turánia) una sola lengua, la del Lacio ha servido de instrumento al genio nacional. Ya íntegra y pura, ya corrompida y desmenuzada en tres dialectos, que, al separarse, quizá se distinguirían menos entre si que los dialectos griegos, y que más tarde, a pesar de su gran desarrollo léxico y sintáxico han conservado tales analogías y similitudes y un tal aire de familia *(facies non omnibus una nec diversa tamen quales decet esse sororum)* que claramente los separan y aíslan de las otras ramas del tronco latino. Páginas enteras hay donde (excepción hecha de los artículos y de algunas formas verbales) apenas puede decirse si se lee portugués o castellano. ¿Y no se han hecho en prosa y en verso ensayos que son a la vez, castellanos, latinos y lusitanos?

Constituyendo el latinismo el substratum o digamos, lo más íntimo y sustancial de la civilización española, así en lengua como en costumbres, instituciones y leyes ¿no sería acéfala nuestra historia, si en ella faltase la literatura hispano-romana, ya gentil, ya cristiana? Empecemos por notar que muchos caracteres (buenos y malos) del ingenio español y hasta del ingenio local de la Bética y de otras comarcas, se revelan muy a los principios. La pompa y altisonancia de dicción, el abuso de la hipérbole, lo exuberante y

encrespado, junto con cierta aspereza y genio indómito anúncianse ya en aquellos vates cordobeses que celebraron a Metelo, *pingue quiddam sonantes atque peregrinum:* en Sestilio Hena, acusado por Marco Aurelio del mismo defecto: en Porcio Latron a quien llama Séneca fortem, *agrestem quia Hispaniae consuetudinis* morem *non poterat dediscere* y sobre todo en Séneca y en Lucano. Alguna parte ha de atribuirse en ello a la general corrupción de las letras latinas, pero tampoco ha de negarse la influencia local cuando vemos que los españoles, casi solos, llenan esta segunda época, y que ni en los postreros días de Augusta ni en los de Tiberio tenía la decadencia literaria el carácter de ampulosidad y dureza, sino antes bien, el de deslucimiento y falta de nervio, patente en los últimos versos de Ovidio, o el de elegancia fría y sin color como la de Fedro. Se dirá que las escuelas de declamación habían pervertido el gusto, pero ¿quién ignora que los principales declamadores, y el maestro y rey de ellos, fueron andaluces?

¡Líbreme Dios, sin embargo, de afirmar que sólo, para echar a perder el gusto servimos los españoles! Hartas pruebas hemos dado de lo contrario y las dieron en esa misma época Quintiliano y otros. Esos mismos defectos (compensados en Lucano y en Séneca con soberanas bellezas) no eran otra cosa que la exageración y el torcimiento de algunas buenas cualidades, como la riqueza de estilo, la fantasía colorista, la sutileza de ingenio, extraviadas por las circunstancias de lugar y tiempo en que venían a desarrollarse.

Si alguna razón más se necesitara para defender la inclusión de los hispano-latinos en el programa, aún pudiera recordarse que Séneca, como moralista y como escritor, fue el modelo por excelencia de nuestros didácticos y políticos desde A. Pérez hasta Quevedo y Gracián: y que en el yunque de Marcial aguzaron sus saetas todos nuestros epigramatarios, los cuales se acordaban harto poco de Catulo ni de los poetas de la *Antología* griega.

Y cuando el cristianismo viene a dar nueva y más poderosa unidad a la gente ibérica, cuando surge el primer código disciplinario en el Sínodo Iliberitano, y (pasada la tormenta priscilianista) se promulga la *Regula Fidei* en el primer concilio de Toledo ¿cómo excluir de nuestra historia, ni tratar como a gente extraña, sólo porque no hablaban el castellano, a aquellos apologistas y poetas, a Prudencio, v. gr., el lírico más español que ha existido, el cantor de nuestros mártires, el cronista de los triunfos y penalidades de nuestra Iglesia? ¿Y qué decir de los escritores hispano romanos que florecen bajo la monarquía visigoda? Hasta *políticamente* nos pertenecen, puesto que la nacionalidad española estaba ya constituida en los días de San Leandro y San Isidoro, de San Braulio y Tajón, de San Ildefonso y San Eugenio.

El estudio de la literatura latino-eclesiástica tórnase además indispensable como antecedente para el de los orígenes de la lengua, del *metro y* de la *rima, y* de casi todos los

géneros literarios, incluso los *cantares* de *gesta*, incluso los libros de *exiemplos*, que aparecen antes que en las vulgares en la lengua latina con la *Disciplina Clericalis* de Per Alfonso.

Bien sé que los principios son en todas las cosas áridos y enfadosos y que es mucho más cómodo y hasta artístico (si el arte de la historia fuera como el de un poema o una novela) comenzar a la manera de Ticknor (en otras cosas tan loable) con un capítulo en que se describiese el amanecer de la poesía castellana entre arremetidas y algaradas, entrando *ipso facto* y sin más explicación en el *Poema del Cid.* Pero si semejante traza y disposición puede satisfacer a una *young lady* britana que por recreación y deporte tomó en manos el libro de Ticknor, ha de causar forzosa extrañeza a quien busque la razón y fundamento de los hechos y se encuentre con disertaciones sobre un poema escrito en una lengua de cuyos orígenes no se ha hablado, en un ritmo que no se sabe de dónde viene y en alabanza de un héroe celebrado antes en cantos latinos y en libros históricos de que se le da ninguna o muy breve noticia.

Por tales razones he juzgado oportuno seguir el buen ejemplo del señor Amador de los Ríos (mi maestro de dulce memoria) comprendiendo en el programa la literatura hispano-latina y las tres vulgares en toda su extensión y desarrollo.

Mucho he dudado (ingenuamente lo confieso) y aún al presente dudo, si incluir a los escritores judíos y musulmanes. Por una parte es evidente que su larga residencia en nuestro suelo los hizo españoles, y que su cultura se modificó más o menos por el trato con los mozárabes hasta distinguirse bastante en sus caracteres, de la poca o mucha que trajeron de Oriente. Nadie dudará que sus glorias nos pertenecen, y que ellos tienen derecho a sonar en la historia de nuestra cultura, siquiera como elemento antitético. Además, aunque su influjo en la amena literatura de los pueblos cristianos no fuera tan grande como en otros tiempos se imaginó, tampoco ha de negárseles el papel de medianeros en la transmisión de ciertos géneros como el didáctico-simbólico, aparte de la influencia en lo científico y filosófico, que nadie pone en duda, y que no dejó de trascender, en bien o en mal, a las letras humanas. Hay sin embargo, tan radicales diferencias de religión, de raza y de lengua entre esos dos pueblos semíticos y la población cristiana y latina de la península, que su historia literaria, intercalada en la nuestra, había de parecer, si no cosa extraña y pegadiza, episodio demasiado largo y propio para romper la unidad y armonía del programa. En tal duda y desconfiando siempre del acierto (pues casi tenían igual peso en mi ánimo las razones favorables que las adversas) he adoptado un término medio que quizá no contente a nadie. En tres lecciones y con el título de *influencias semíticas* hago breve recopilación de los principales géneros culti-

vados por árabes y hebreos y fíjome sobre todo en los que fueron o pudieron ser imitados por los cristianos.

Pocas observaciones tengo que añadir. Ya he indicado que no incluyo la historia de las ciencias, sin perjuicio de hacer mérito de algunos de sus cultivadores en concepto de escritores *didácticos.* Hago más hincapié en la filosofía por las mayores relaciones que con la literatura tiene, y por reflejarse constantemente en la una el espíritu de la otra; pero no la estudio de propósito sino a manera de episodio y en la relación de estilo y forma.

He sido parco de preliminares. En una lección los condenso todos. El señor Amador de los Ríos juzgó oportuno anteponer a su obra una reseña de las vicisitudes de la crítica en España; mas para los fines de nuestra enseñanza creo preferible estudiar las *doctrinas literarias* al mismo tiempo que los *hechos.* Los escritores críticos se encontrarán repartidos en sus lecciones y épocas respectivas.

A la historia de las literaturas vulgares anteceden dos lecciones sobre orígenes de las lenguas romances, digresión filológica (si digresión es) harto justificada siempre y hoy casi indispensable después de los hermosos trabajos de Federico Díez y de sus discípulos.

En el espíritu y criterio de la enseñanza tal como del programa se deduce, procuro alejarme del doble escollo de la crítica puramente formalista y de la que llaman *trascendental,* ora aspire a grandes síntesis históricas, ora a inauditas revelaciones estéticas. No es ya lícito convertir la historia de la literatura en un descarnado índice de autores y de libros, juzgados sólo en su parte externa y formal, ni proceder caprichosa y arbitrariamente en el orden y disposición de las materias. No es acertado considerar al autor fuera de su época, pero aún es más dañoso anular su personalidad y convertirle en *eco, reflejo o espejo* de una civilización. El juicio-sentimiento de lo bello y la apreciación histórica deben caminar unidos. En medio de tanto escarceo y divagar inútil ha logrado la estética moderna asentar buen número de principios fecundos y razonables, que lejos de oponerse al examen detenido de las formas exteriores (mero desarrollo de la forma interna) contribuyen a que éste se haga a mejor luz. Por otra parte, el desarrollo de los estudios históricos ha hecho notar infinitas relaciones entre el arte y las demás actividades humanas, que naturalmente se completan y explican. De aquí la necesidad del criterio histórico al lado del estético. Según el período que se estudie debe predominar el uno o el otro. Las producciones de la Edad Media v. gr., suelen tener más interés arqueológico e histórico que propiamente estético.

Tampoco me ciega el espíritu nacional hasta el punto de cerrar los ojos a evidentes influencias extrañas. No creo que de la epopeya francesa naciera la castellana, pero hay indicios clarísimos de que fue la primera, conocida y explotada por nuestros cantores.

Y en otro género ¿de qué serviría negar, por ejemplo, que el *libro* de *los Reys d'Orient y* la *Vida de Sta. María Egipciaca* son de origen transpirenaico, cuando hierven en provenzalismos y cuando del segundo ha dado a conocer Mussafia los originales? Es muy conveniente, pues, para no cegarse ni empeñarse en descubrir el *espíritu nacional* donde no se halla, atender mucho a las literaturas extrañas, sobre todo a las que directamente han influído en la nuestra, como ésta a su vez en las de Ultra-puertos.

Sin erudición y sin investigaciones propias no hay conocimiento serio. Por tal razón debe el maestro recomendar a sus alumnos el estudio directo de las fuentes y de los autores que se vayan analizando, estudio que, hecho con discreción y buen tino, les evitará el perder un tiempo precioso en la lectura de obras de segunda mano, y quizá el adquirir mil nociones erradas o habituarse a lugares comunes y *frases hechas:* dolencia harto general entre nosotros.

2. La Atlántida, de Verdaguer. El Fénix, 17 de marzo de 1879, con motivo de la edición de La Atlántida. Poema de Mossén Jacinto Verdaguer, ab la traducció castellana per Melcior de Palau. Barcelona, Imp. de Jepús, 1878. ENOC, Estudios de Crítica Literaria, V, pp. 189-192.

Mistral lo ha referido en la carta con que felicitó a Verdaguer. Era en unos juegos florales; los poetas más ilustres de Cataluña y de Provenza estaban allí congregados; presentóse en el magnífico salón de la Lonja un joven estudiante del Llano de Vich, que ostentaba aún en su cabeza la morada barretina y leyó unos versos que entusiasmaron al concurso. Tu *Marcellus eris* parecían decir todos, y no era el último entre ellos el autor de *Mireya* y de *Calendau*.

Hoy todas las esperanzas están cumplidas; la flor se ha convertido en fruto; el estudiante de entonces se ha puesto al frente de todos los poetas descriptivos peninsulares, con su maravilloso poema de *L'Atlántida*.

Esa rica y gloriosa literatura catalana que, renaciendo en pleno siglo XIX a la voz de Aribau, el inmortal cantor de la *patria*, ha venido a reanudar las gloriosas tradiciones de los Muntaners, Lulls, Marchs y Roigs, hasta alcanzar en lo lírico un florecimiento del cual pocas naciones modernas pueden ufanarse, acaba de coronar sus timbres con un esfuerzo gigantesco, un poema épico-descriptivo, que parece inverosímil en estos tiempos, rico, vigoroso y espléndido, portento de audacia y de armonía.

Leyó el señor Verdaguer en uno de los maravillosos diálogos platónicos aquel hundimiento de la Atlántida, que había dado asunto a un poema (hoy desgraciadamente perdido) del viejo Solón, y quiso renovar en estos tiempos de incredulidad y descaecimiento de ánimo, la hermosa fábula del legislador ateniense. Agrupó en torno suyo todas las poéticas tradiciones de la España primitiva, especialmente de la costa de Levante, e imaginó (¡idea grande y digna de un verdadero poeta!) coronar su obra con el descubrimiento de América, como queriendo rendir todas aquellas preseas de la fantasía helena a los pies de su madre España, y de la civilización cristiana. Para eso hizo que un viejo ermitaño narrara en una de las islas Afortunadas a Colón el mito del hundimiento de la Atlántida, y que Colón, animado por aquel relato, se lanzara a los mares en busca de un Nuevo Mundo.

¡Cuán cortos de vista me parecen los críticos que han condenado el argumento de *La Atlántida* como anticuado, no interesante para esta generación, y puramente académico y literario! siendo así que en él va envuelto «el auto más grande que han visto los siglos desde la Pasión de su divino Hacedor», como dijo Francisco López de Gomara. En *La Atlántida* se unen y enlazan las tradiciones y sombras del mundo clásico y antiguo con las realidades del cristiano moderno; se muestra cumplido lo que fue anuncio, vislumbre o promesa, y en grande y armónica síntesis, con espíritu greco-latino de pura raza, se traban y ordenan los trabajos de Hércules, el aparecer de las Cícladas y el huerto de las Hespérides con las empresas del gran Colón y el ofrecimiento de la magnánima Isabel. Y puesto que el siglo está enamorado de la poesía descriptiva, el señor Verdaguer, atendio a dársela derramando la descripción a torrentes, y tomando por asunto principal de su poema un fenómeno geológico.

Soy de los que creen que la descripción de naturaleza inanimada sólo debe aparecer en el arte como accesorio, y cual sirviendo de fondo a la figura humana. Este es el único o principal defecto que hallo en el admirable poema de mi amigo Verdaguer. El hombre está como absorbido por las grandezas y catástrofes naturales, y ni Hesperides ni Hércules interesan como debieran. Además, las grandes y descomunales fuerzas físicas de Alcides y de los Titanes perjudican al valor moral de sus caracteres e inducen a mirarlos más bien como agentes naturales que como a seres humanos o dotados de pasiones análogas a las nuestras.

Y no es esto decir que Verdaguer pinte fantasmas y no hombres; ahí están para demostrar lo contrario la reina Católica y Colón, que con lo poco que dicen y hacen infunden al poema una inexplicable vitalidad y energía.

Pero nadie puede torcer ni contrariar su propio ingenio, y por ende Verdaguer, superior en condiciones descriptivas a todos los poetas catalanes, castellanos y portugueses que

yo conozco, ha usado y abusado de sus brillantes facultades en esta parte. El abuso está en la falta de sobriedad y en cierta tendencia a equivocar lo desmesurado, resonante y grandioso con lo sublime. Aquello es una cascada, un Niágara, un torrente desatado de poesía.

No hay lengua moderna que iguale en poder y flexibilidad a la lengua catalana, tal como Verdaguer la maneja. ¡Pero cuánto no ganarían algunas de sus descripciones reducidas a menor espacio! Ni faltan en sus cuadros disonancias, violencias y martillazos, a lo cual se une el empleo continuo del verso alejandrino, de suyo monótono y pesado y que (en mi opinión) debiera irrevocablemente desterrarse de las lenguas meridionales. Bien lo entendieron los clásicos portugueses y castellanos del siglo XVI, que ni una sola vez le emplean.

Y puesto a apuntar ya con desusada dureza (por lo mismo que se trata de un grande y soberano poeta y de un excelente amigo mío), los defectillos que encuentro en *La Atlántida*, no dejaré de contar entre ellos el excesivo número de voces arcaicas, locales y apartadas del uso común que salpican su poema. Lejos de mí la idea de que el señor Verdaguer hubiera de escribir en el degenerado y neológico catalán que ahora se habla en las plazas de Barcelona y de Valencia. Buena y laudable es la idea de restituir la lengua clásica a su pureza, pero todo tiene sus límites, y yo por experiencia propia (y eso que me he educado y residido mucho tiempo en Cataluña), aseguro al señor Verdaguer que pocos o ninguno de los antiguos monumentos literarios de la lengua *de oc* son de tan difícil inteligencia como la *Atlántida*. Por eso me dejan pasmado ciertos críticos castellanos que hablan y juzgan del poema como si del todo le hubiesen entendido.

No ha de dudarse, sin embargo, que la audacia, libertad y gallardía con que el señor Verdaguer maneja su lengua, le ha hecho encontrar inestimables tesoros, frases y modos de decir pintorescos y olvidados, y tal variedad de denominaciones para un mismo objeto, que ha sido y ha de ser la desesperación de sus traductores. Otro de los felices atrevimientos del señor Verdaguer es el forjar palabras enteramente nuevas y no oídas de labios catalanes, pero de buena alcurnia y ajustadas a las leyes de la terminación, verbigracia, muchos adjetivos en *ivol*, tan poéticos y elegantes en lemosín.

Citar lo más bello de la *Atlántida* (donde casi todo es bellísimo) parece difícil. Yo, por mi parte, prefiero aquellos cantos y episodios líricos donde el señor Verdaquer ha sido más sobrio y delicado y menos altisonante. Así, v. gr., la introducción, sobre todo, en sus últimas incomparables estancias, el epílogo (y del epílogo el *sueño de Isabel*), las dos baladas, en especial la de Mallorca, y más que todo esto el *coro* divino *de las islas griegas*, donde el señor Verdaguer, conteniendo su inagotable fecundidad descriptiva,

ha mostrado que también sabe, cuando quiere, llegar a la pureza helénica e inspirarse en los himnos de Calímaco.

Lo restante de la *Atlántida* es un bosque virgen. Quizá hay demasiada exuberancia y lozanía, pero ¿quién tendrá valor para censurar el exceso? ¿Quién podrá tachar de redundantes aquellas descripciones del incendio de los Pirineos, del huerto de las Hespérides, de la catarata o del hundimiento?

Ante un poeta como el señor Verdaguer, la crítica de pormenor enmudece. Sólo nos queda aliento para leer y admirar, y bendecir a Dios, que ha consentido que tal maravilla se escribiese en una lengua *española* y por un sacerdote católico, modesto y piadosísimo como pocos. Gracias al autor de *l'Atlántida*, nada tiene que envidiar España a los Tennyson, Longfellow, Carduccis, Mistral y demás grandes poetas de otras tierras.

La traducción del señor Palau está hecha en puro y elegante castellano, aunque a veces por las condiciones del original resulta oscura o de sabor extraño.

3. "Raimundo Lulio", prólogo a la edición del *Blanquerna* de Lulio, Madrid, Biblioteca de la "Revista de Madrid", 1883. ENOC, *Ensayos de crítica filosófica,* V, pp. 259-281.

I. Noticias del autor y de sus libros

Pasaron, a Dios gracias, los tiempos de inaudita ligereza científica en que el nombre del *iluminado Doctor* sonaba como nombre de menosprecio, en que su *Arte magna* era calificada de *arte deceptoria, máquina de pensar, jerga cabalística, método de impostura, ciencia de nombres,* etc. ¡Cuánto daño hicieron Bacon y nuestro Padre Feijoo con sus magistrales sentencias sobre Lulio, cuyas obras declaraban *enteramente vanas,* sin haberlas leído! Es verdad que los lulianos, nunca extinguidos en España, se defendieron bien; pero como el siglo pasado gustaba más de decidir que de examinar, dio la razón a Feijoo, y por lo que toca a España, sus escritos se convirtieron en oráculo. Hoy ha venido, por dicha, una reacción luliana, gracias a los doctos trabajos e investigaciones de Helfferich, Roselló, Canalejas, Weyler y Laviña, Luanco, etc., no todos parciales o apologistas de Lulio, pero conformes en estudiarle por lo serio antes de hablar de él[758]. Ya no se tiene a Ramón Lull por un visionario, o, a lo sumo, por inventor de nuevas fórmu-

[758] Vid. Helffzrich: Raymond Lull und die Anfange der catalanischen Literatur (Berlín, 1858).—Roselló: Obras rimadas de Lull (Palma, 1859), y Biblioteca Luliana (inédita).—Canalejas: Las doctrinas del doctor iluminado R. Lulio (Madrid, 1870), y otros opúsculos.—Weyler y Laviña: Raymundo Lulio juzgado por sí mismo (Palma, 1867).—Luanco: Raymundo Lulio considerado como alquimista (Barcelona, 1870).

las lógicas, sino por pensador profundo y original, que buscó la unidad de la ciencia y quiso identificar la Lógica y la Metafísica, fundando una especie de *realismo racional;* por verdadero enciclopedista; por observador sagaz de la naturaleza, aunque sus títulos químicos sean falsos o dudosos; por egregio poeta y novelista, sin rival entre los cultivadores catalanes de la forma didáctica y de la simbólica, y, finalmente, por texto y modelo de lengua en la suya nativa. El pueblo mallorquín sigue venerándole como a mártir de la fe católica; la Iglesia ha aprobado este culto inmemorial, y se han desvanecido casi del todo las antiguas acusaciones contra la ortodoxia luliana.

La vida de Lulio, el catálogo de sus libros o la exposición de su sistema sería materia, no de breves páginas, sino de muchos y abultados volúmenes, sobre los ya existentes, que por sí solos forman una cumplida biblioteca.

La biografía de Lulio es una novela: pocas ofrecen más variedad y peripecias[759]. Nacido en Palma de Mallorca el 25 de enero de 1235, hijo de uno de los caballeros catalanes que siguieron a Don Jaime en la conquista de la mayor de las Baleares, entró desde muy joven en palacio, adonde le llamaba lo ilustre de su cuna. Liviana fue su juventud, pasada entre risas y devaneos, cuando no en torpes amoríos. Ni el alto cargo de Senescal que tenía en la corte del Rey de Mallorca, ni el matrimonio que por orden del monarca contrajo, fueron parte a traerle al buen camino. La tradición, inspiradora de muchos poetas, ha conservado el recuerdo de los amores de Raimundo con la hermosa genovesa Ambrosia del Castello (otros la llaman Leonor), en cuyo seguimiento penetró una vez a caballo por la iglesia de Santa Eulalia, con escándalo y horror de los fieles que asistían a los Divinos Oficios. Y añade la tradición que sólo pudo la dama contenerlo mostrándole su seno devorado por un cáncer. Entonces comprendio él la vanidad de los deleites y de la hermosura mundana; abandonó su casa, mujer e hijos; entregóse a las más duras penitencias, y sólo tuvo desde entonces dos amores: la Religión y la Ciencia, que en su entendimiento venían a hacerse una cosa misma. En el *Desconort*, su poema más notable recuerda melancólicamente los extravíos de su juventud:

Quant fui grans, e senti del mon sa vanitat,
Comencey à far mal: é entrey en peccat;
Oblidam lo ver Deus: seguent carnalitat, etc.

---

[759] Vid. entre otros biógrafos de Lull: Doct. Petri Bennazar almae sedis Maioricarum canonici. Breve ac compendiosum rescriptum, nativiatem, vitam... R. Lulli complectens (Mallorca, 1688).— Vindiciae Lullianae... Auctore D. Ant. Rai. Pasqual (Aviñon, 1778).— Vida y hechos del admirable Doctor y mártir Ramón Lull, por el Dr. Juan Seguí (Palma, 1606) .—Historia del reino de Mallorca, por D. Vicente Mut (todo el libro III).— Vida admirable del ínclito mártir de Cristo B. Raimundo Lulio, por Fr. Damián Cor-

Tres pensamientos le dominaron desde el tiempo de su conversión: la cruzada a Tierra Santa, la predicación del Evangelio a judíos y mulsumanes, un método y una ciencia nueva que pudiese demostrar *racionalmente* las verdades de la Religión, para convencer a los que viven fuera de ella. Aquí está la clave de su vida: cuanto trabajó, viajó y escribió se refiere a este objeto supremo.

Para eso aprende el árabe, y retraído en el monte Randa, imagina su *Arte universal,* que tuvo de buena fe por inspiración divina, y así lo da a entender en el *Desconort.* Logra de Don Jaime II de Mallorca, en 1275, la creación de un colegio de lenguas orientales en Miramar, para que los religiosos Menores allí educados salgan a convertir a los sarracenos; fundación que aprueba Juan XXI en el año primero de su pontificado.

¡Qué vida la de Raimundo en Miramar y en Randa! Leyéndola tal como él la describe en su *Blanquerna,* se cree uno transportado a la Tebaida, y parece que tenemos a la vista la venerable figura de algún padre del yermo. Pero Dios no había hecho a Raimundo para la contemplación aislada y solitaria; era hombre de acción y de lucha, predicador, misionero, maestro, dotado de una elocuencia persuasiva, que llevaba tras sí las muchedumbres. Así le vemos dirigirse a Roma para impetrar de Nicolás III la misión de tres religiosos de San Francisco a Tartaria, y el permiso de ir a predicar él mismo la fe a los musulmanes, y emprende luego su peregrinación por Siria, Palestina, Egipto, Etiopía *Mauritania,* etc.[760], disputando en Bona con cincuenta doctores árabes, no sin exponerse a las iras del populacho, que le escarneció, golpeó y tiró de las barbas, según él mismo dice.

Vuelto a Europa, dedícase en Montpelier a la enseñanza de su Arte; logra del Papa Honorio IV la creación de otra escuela de lenguas orientales en Roma; permanece dos años en la Universidad de París, aprendiendo gramática y enseñando filosofía; insta a Nicolás IV para que llame a los pueblos cristianos a una cruzada; se embarca para Túnez, donde a duras penas logra salvar la vida entre los infieles, amotinados por sus predicaciones; acude a Bonifacio VIII con nuevos proyectos de cruzada, y en Chipre, en Armenia, en Rodas, en Malta, predica y escribe, sin dar reposo a la lengua ni a la pluma.

Nuevos viajes a Italia y a Provenza; más proyectos de cruzadas, oídos con desdén por el Rey de Aragón y por Clemente V; otra misión en la costa de África, donde se salva casi de milagro en Bugía; negociaciones con pisanos y genoveses, que le ofrecen 35.000

---

nejo (Madrid, 1686).— Disertaciones históricas del culto inmemorial de R. Lulio, por la Universidad luliana (1700).— Acta B. R. L. Maioricensis, por Juan B. Soler (1708).—Wadding: Anales, etc.

[760] Algunos tienen este primer viaje por fabuloso; pero el Sr. Roselló le afirma.

florines para ayudar a la guerra santa...[761] Nada de esto le aprovechó, y otra vez se frustaron sus planes. En cambio, la Universidad de París le autoriza en 1309 para enseñar públicamente su doctrina, verdadera máquina de guerra contra los averroístas, que allí dominaban.

En 1311 se presenta Raimundo al Concilio de Viena con varias peticiones: fundación de colegios de lenguas semíticas; reducción de las Órdenes militares a una sola; guerra santa, o, por lo menos, defensa y reparo a los cristianos de Armenia y Santos Lugares; prohibición del averroísmo y enseñanza de su arte en todas las Universidades. La primera proposición le fue concedida; de las otras se hizo poca cuenta.

Perdida por Lulio toda esperanza de que le ayudasen los poderosos de la tierra, aunque el Rey de Sicilia, Don Fadrique, se le mostraba propicio, y determinado a trabajar por su cuenta en la conversión de los mahometanos, se embarcó en Palma el 14 de agosto de 1314 con rumbo a Bugía, y allí alcanzó la corona del martirio, siendo apedreado por los infieles. Dos mercaderes genoveses le recogieron expirante, y trasladaron su cuerpo a Mallorca, donde fue recibido con veneración religiosa por los jurados de la ciudad, y sepultado en la sacristía del convento de San Francisco de Asís.

La fecha precisa de la muerte de Raimundo es el 30 de junio de 1315.

El culto a la memoria del mártir comenzó muy pronto: decíase que en su sepulcro se obraban milagros, y la veneración de los mallorquines al doctor iluminado fue autorizada, como *culto inmemorial,* por Clemente XIII y Pío VI. En varias ocasiones se ha intentado el proceso de canonización. Felipe II puso grande empeño en lograrla; y hace pocos años que el Sumo Pontífice Pío IX, ratificando su culto, le concedio Misa y rezo propios, y los honores de *Beato,* como le llamaron siempre los habitantes de Mallorca.

Este hombre extraordinario halló tiempo, a pesar de los devaneos de su mocedad, y de las incesantes peregrinaciones y fatigas de su edad madura, para componer más de quinientos libros, algunos de no pequeño volumen, cuáles poéticos, cuáles prosaicos, unos en latín, otros en su materna lengua catalana. El hacer aquí catálogo de ellos sería inoportuno y superfluo: vea el curioso los que formaron Alonso de Proaza (reproducido en la *Bibliotheca,* de N. Antonio); el doctor Dimas (manuscrito en la Biblioteca Nacional), y el doctor Arias de Loyola (manuscrito escurialense). Falta una edición completa; la de Maguncia (1731 y siguientes), en diez tomos folio, no abraza ni la mitad de los escritos lulianos. Ha de advertirse, sin embargo, que algunos tratados suenan con dos o tres rótulos diversos, y que otros son meras repeticiones.

---

[761] Algunos niegan este hecho, que realmente es poco probable.

Entre los libros que pertenecen al *Arte* o lógica luliana, de algunos de los cuales hay colección impresa en Strasburgo, 1609, descuella el *Ars magna generalis et ultima*[762], ilustrada por el *Ars brevis* y por las diversas artes *inventivas, demostrativas* y *expositivas.* Igual objeto llevan el *De ascensu et descensu intellectus,* la *Tabula generalis ad omnes scientias applicabilis,* empezada en el puerto de Túnez el 15 de septiembre de 1292, y, sobre todo, el *Arbor scientiae,* obra de las más extensas y curiosas de Lulio, que usó en ella la forma didáctica simbólica, ilustrando con apólogos el árbol *ejemplifical.*

Entre los opúsculos de polémica filosófica descuella la *Lamentatio duodecim principiorum philosophiae contra Averroístas.* Como místico, su grande obra es el *Líber contemplationis;* como *teólogo racional,* el *De articulis fidei,* además de sus varias disputas con los sarracenos. Numerosos tratados de lógica, retórica, metafísica, derecho, medicina y matemáticas completan la enciclopedia luliana. Libros de moral práctica, en forma novelesca, son el *Blanquerna* y el del *Orden de la caballería,* imitados por don Juan Manuel en el *De los Estados* y en el *Del Caballero y del Escudero.* Novelesca es también en parte la forma del *Llibre de maravelles,* que contiene la única redacción española conocida del apólogo de *Renart.* Las poesías de Lull, coleccionadas por el señor Roselló (que es de sentir admitiese algunas, a todas luces apócrifas, como las *Cobles* de alquimia y la *Conquista de Mallorca,* forjada indudablemente por algún curioso de nuestros días), son: ya didácticas, como *L'Aplicació de l'art general* , la *Medicina del Peccat* y el *Dictat de Ramón;* ya líricas, como el *Plant de nostra dona Santa María, Lo cant de Ramón,* y dos canciones intercaladas en el *Blanquerna;* ya lírico-didácticas, como el hermoso poema del *Desconort,* y hasta cierto punto *Els cent noms de Deu,* donde la efusión lírica está ahogada por la sequedad de las fórmulas lulianas[763].

---

[762] Raymundi Lulli, Opera ea quae ad inventam ab ipso artem universalem, scientiarum, artiumque omnium... pertinent. Argentinae, sumptibus Lazari Zetneri (1599). Con los comentarios de Cornelio Agripa y de Jordano Bruno.

[763] Debemos mencionar algunas de las ediciones más asequibles de los tratados antedichos. Buena parte de los filosóficos se hallarán en la colección intitulada:

Beati Raymundi Lulli, doctoris illuminati et martyris Operum... Anno salutis Domini MDCCXXI. Maguntiae, ex officina typographica Mayeriana per Joannem Gregorium Haffuer (con interesantes prolegómenos de Salzinger). Diez tomos en folio. Nunca, o rarísima vez, se hallará ejemplar íntegro.

B. Raymundi Lulli... Liber de ascensu et descensu intellectus. Valentiae impresus anno 1512 *et nunc Palmae Majoricarum anno* 1744. *Ex typis Michaelis Cerdá...,* 1744. En 8.º Hay una traducción castellana del siglo pasado (en el cual se reimprimieron y tradujeron muchas obras de Lulio). La edición de Zetzner, ya mencionada, no contiene más que el *Ars brevis,* el *De auditu Kabbalistico, Lamentatio contra Averroistas, Logica, Tractatus de conversione subjecti et praedicati, De venatione medii, Rhetorica, Ars Magna* y *De articulis fidei.*

Dos caracteres distinguen a la doctrina luliana, uno externo y otro interno: es *popular* y *armónica.* Prescinde de todo aparato erudito; apenas se encontrará en los escritos de Lulio una cita; todo aparece como infuso y revelado. Para herir el alma de las muchedumbres se vale el filósofo mallorquín del *simbolismo,* de los *schemas,* como ahora se dice, o representaciones gráficas, de la alegoría, de la narración novelesca y del ritmo: hasta metrifica las reglas de la lógica.

Construye Lulio su sistema sobre el principio de unidad de la ciencia: toda ciencia particular, como todo atributo, entra en las casillas de su *Arte,* que es a la vez lógico y metafísico, porque R. Lulio pasa sin cesar de lo real a lo ideal y de la idea al símbolo. Pero no me pertenece hablar aquí de la lógica luliana, ni del juego de los *términos, definiciones, condiciones y reglas,* ni de aquel sistema prodigioso que en el *Árbol de 1a Ciencia* engarza con hilo de oro el mundo de la materia y el del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo a reducir las discordancias y resolver las antinomias, para que, *reducida a unidad la muchedumbre de las diferencias,* como dijo el más elegante de los lulianos, *venza y triunfe y ponga su silla,* no como unidad panteística, sino como última razón de todo, aquella *generación infinita,* aquella *espiración cumplida, eterna e infinitamente pasiva y activa a la vez,* en quien la esencia y la existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza. Esto me trae a los lindes de la teodicea luliana, en la cual debo entrar, ya que las audaces novedades del ermitaño mallorquín fueron calificadas por Eymerich y otros de manifiestas herejías, punto que conviene poner en claro.

II. Teología racional de Lulio. Sus controversias con los averroístas

Para no extraviarnos en el juicio, conviene tener presente ante todo la doctrina de las relaciones entre la fe y la ciencia, tal como la expone Santo Tomás. En el capítulo III de

---

Árbol de la ciencia, del iluminado maestro Raimundo Lulio, nuevamente traducido y explicado por D. Alonso de Cepeda y Andrada. Bruselas, 1664. (Dio ocasión a un notable opúsculo del judío Isaac Orobio de Castro contra los Lulianos.)

B. Raymundi Lulli... Liber magnus contemplationis. (Palmae, 1746.)

El *Blanquerna* se imprimió en Valencia (1521) por Juan Jofre, *traducido al valenciano,* es decir, remozado en el estilo, por mossén Juan Bonlabii. Hay una traducción castellana: *Blanquerna, maestro de la perfección cristiana en los estados de matrimonio, religión, prelacía, apostólico señorío y vida eremítica... Con licencia. Año* 1749. *En Mallorca, por la viuda de Frau.* El traductor tuvo a la vista un antiguo manuscrito catalán. De otro semejante ha presentado extractos mi amigo A. Morel-Fatio en su curioso artículo *Le Roman de Blanquerna (Romania,* tomo VI). El libro del *Orden de la caballería* y el *De maravillas* están en prensa para la Biblioteca catalana de D. Mariano Aguiló. Sobre el segundo de estos libros, véase el opúsculo de Hofmann: *Ein Katalanisches Thierepos von Ramon Lull* (München, 1872).

la *Semana contra gentes* leemos[764]: «Hay dos órdenes de verdades en lo que de Dios se afirma: unas que exceden toda facultad del entendimiento humano, verbigracia, que Dios es trino y uno; otras que puede alcanzar la razón, por ejemplo, que Dios existe y que es uno, lo cual demostraron los filósofos guiados por la sola razón natural.» Y en la *Suma Teológica* (par. l.ª, q. II, art. II, añade: *«No son estos artículos de la fe, sino preámbulos a los artículos.»* La fe, por lo tanto, no está *contra* la razón, sino *sobre* la razón. Infiérese de aquí, y Santo Tomás lo dice expresamente, que *la fe no puede ser demostrada, porque trasciende el humano entendimiento,* y que *en las discusiones contra infieles* no se ha de atender a *probar* la fe, sino a *defenderla.* Yerran, pues, los que se obstinan en *probar racionalmente* la Trinidad y otros misterios, en vez de contentarse con demostrar que no encierran imposibilidad ni repugnancia.

¿Fue fiel a estos principios Ramón Lull? Forzoso es decir que no, aunque tiene alguna disculpa. Encontróse con los averroístas, que disimulaban su incredulidad diciendo: «La fe y la razón son dos campos distintos: una cosa puede ser verdadera según la fe, y falsa según la razón.» Y Lulio juzgó que la mejor respuesta era probar por la *razón* todos los dogmas, y que no había otro camino de convencer a los infieles. No pretende Lulio, que aquí estaría la heterodoxia, *explicar* el misterio, que es por su naturaleza incomprensible y suprarracional, ni *analizar* exegética e impíamente los dogmas, sino dar algunas razones que aun en lo humano convenzan de su certeza. La tentativa es arriesgada, está a dos pasos del error, y error gravísimo, que en manos menos piadosas que las de Lulio hubiera acabado por hacer *racional* la *teología,* es decir, por destruirla. Tiene, además, una doctrina sobre la fe *propedéutica,* verdaderamente digna de censura, aunque profunda e ingeniosa. En el capítulo LXIII del *Arte Magna* leemos este curioso pasaje, que ya he citado antes de ahora: «La fe está sobre el entendimiento, como el aceite sobre el agua... El hombre que no es filósofo cree que Dios es: el filósofo entiende que Dios es. Con esto el entendimiento sube con la intelección a aquel grado en que estaba por la creencia. No por esto se destruye la fe, sino que sube un grado más, como si añadiésemos agua en el vaso subiría sobre ella el aceite. El entendimiento alcanza naturalmente muchas cosas. Dios le ayuda con la fe y entiende mucho más. *La fe dispone y es preparación para el entendimiento,* como la caridad dispone a la voluntad para amar al primer objeto. La fe hace subir el entendimiento a la intelección del ser primero. Cuando el entendimiento está en un grado, la fe le dispone para otro, y así de grado en grado hasta llegar a la inteligencia del primer objeto y reposar en él, *identificándose fe* y *entendi-*

[764] «Est autem in his quae de Deo confitemur, duplex veritatis modus. Quaedam namque... sunt de Deo, quae omnem facultatem humanae rationis excedunt ut Deum esse trinum et unum. Quaedam vero sunt, ad quae etiam ratio naturalis pertingere potest, sicut est Deum esse: quae etiam philosophi demostrative probaverunt, ducti naturalis lumine rationis.»

miento.» «En entendimiento—dice en otra parte—es semejante a un hombre que sube con dos pies por una escalera. En el primer escalón pone el pie de la fe, y luego el del entendimiento cuando el pie de la fe está en el segundo, y así va ascendiendo. El fin del entendimiento no es creer, sino entender, pero se sirve de la fe como de instrumento. La fe es medio entre el entendimiento y Dios. Cuanto mayor sea la fe, más crecerá el entendimiento. No son contrarios entendimiento y fe, como al andar no es contrario un pie al otro»[765].

Cabe, sin embargo, dar sentido ortodoxo a muchas de estas proposiciones, aun de las que parecen más temerarias. Cuando llama Raimundo a la fe preparación para el entendimiento, se refiere al hombre rudo e indocto, en quien la fe ha de suplir a la razón, aun por lo que toca a las verdades racionalmente demostrables; v. gr., la existencia y unidad de Dios. Pero no ha de negarse que esa escala y esos grados tienden a confundir las esferas de la fe y de la razón, aunque Lulio, fervoroso creyente, afirma a cada paso quod fides est superius et intellectus inferius. Él comprendía que la verdad es principio común a la fe y al entendimiento, y empeñado en demostrar que illa lex quaecumque sit per fidem, oportet quod sit vera, erraba en el método, aunque acertase en el principio.

En el Desconort dice: «Ermitaño, si el hombre no pudiese probar su fe, ¿podría culpar Dios a los cristianos, si no la mostrasen a los infieles? Los infieles se podrían quejar justamente de Dios, porque no permita que la mayor verdad fuese probada, para que el entendimiento ayudase a amar la Trinidad, la Encarnación», etcétera[766]. Y replica el ermitaño: «Ramón, ¿si el hombre pudiese demostrar nuestra fe, perdería el mérito de ella? Y ¿cómo lo infinito ha de comprender lo finito?»[767]. A lo cual contesta como puede Raimundo: «De que nuestra fe se pueda probar, no se sigue que la cosa creada con-

---

[765] Et sic fides ascendit super intellectum, sicut oleum ascendit super aquam... Et tunc intellectus ascendit ad illum gradum intelligendo, in quo erat credendo... Sicut charitas disponit voluntatem ad amandum objectum primum, fides disponit intellectum ad intelligendum... Et quando intellectus est in aliquo gradu intelligendo, fides disponit illum in illo gradu credendo, ut ascendat in alium gradum intelligendo, et sic de gradu in gradum, quousque intellectus ascendit ad primum objectum et in ipso quiescit intelligendo... Fides est medium cum quo intellectus acquirit meritum, et ascendit ad primum objectum, quod quidem influit intellectui fidem, ut ipsa sit intellectui unus pes ad ascendendum. Et intellectus habet alium pedem de sua natura, videlicet intelligere: sicut homo ascendens scalam cum duobus pedibus. Et in primo scalone ponitur pes fidei. Et in illomet pes intellectus, ascendendum gradatim... Credere non est finis intellectus, sed intelligere, verumtamen fides est suum instrumentum... fides consistit inter intellectum et Deum», etc.

[766] «Nermitá, si la fe hom no pogués provar, / Donch Deus als christians no pográ encolpar, / Si á los infaels no la volon mostrar; / Els infaels se pogren de Deus per dret clamar; / Car major veritat no lax argumentar; / Perque l'entendiment ajut á nostra amar, / Com mays am trinitat é de Deus l'encarnat», etc.

[767] «Ramon, si hom pogués demostrar nostra fe, / Hom perderá merit..... /Encara qu'el humá entendre no conté / Tota virtut de Deu qu'infinida es manté / Tant, que causa finida tota ella no té.»

tenga ni abarque al ente increado, sino que entiende de él aquello que le es concedido»[768].

En la introducción a los Artículos de la fe[769] explana la misma idea: «Dicen algunos que no tiene mérito la fe probada por la razón, y por esto aconsejan que no se pruebe la fe, para que no se pierda el mérito... En lo cual manifiestamente yerran. Porque o entienden decir que la fe es más probable que improbable, o al contrario. Si fuera más improbable que probable, nadie estaría obligado a admitirla. Si dicen que es improbable en sí, pero que se puede probar su origen divino, síguese que es probable, porque viene de Dios, y verdadera y necesaria, por ser Él la suma verdad y sabiduría[770]. El decir que por razones naturales puede desatarse cualquiera objeción contra la fe, pero que las pruebas directas de ella pueden también destruirse racionalmente, implicaría contradicción. El que afirma, v. gr., y prueba por razones necesarias que en Dios no hay corrupción, afirma y prueba que hay generación»[771].

Repito que el error de Lulio es de método: él no intenta dar explicaciones *racionales* de los misterios: lo que hace es convertir en positiva la argumentación negativa. Ahora conviene dar alguna muestra de esas demostraciones, para él más *necesarias y potí* simas que las demostraciones matemáticas. A eso se encamina el libro *De articulis fidei*, escrito en Roma en 1296[772].

Después de probar en los primeros capítulos la existencia del ente summe *bonum, infinite* magnum, eterno, infinito en potestad, sumo en virtud y uno en esencia, apoya el dogma de la Trinidad en estas razones, profundas, sin duda, y que además tienen la ven-

---

768 «E si bé's pot provar, no's segueix que creat / Contengua é comprena trestot l'ens increat, / Mas qu'en entén aytant, com en eyl s'en es dat .» *(Obras rimadas,* págs. 331 a 333).

769 *Articuli fidei sacrosanctae ac salutiferae legis christianae cum eorumdem perpulchra introductione: quos illuminatus Doctor Magister Raymundus Lullius rationibus necessariis demostrative probat.* (Págs. 941 y siguientes de la edición de Strasburgo).

770 «Dicunt etim quod fides non habet meritum cui humana ratio praebet experimentum, et ideo dicunt, quod non est bonum probare fidem ut non amittatur meritum... Ostendunt se manifestissime ignorantes. Quia aut intendunt dicere quod ipsa fides in se est magis im probabilis quam probabilis... Aut intendunt dicere quod ipsa fides in se est magis improbabilis quam probabilis, sed probabile est quod sit a Deo. Et in hoc casu si probabile est quod sit a Deo, sequitur quod ipsa est probabilis, et si est verum quod sit a Deo, ipsa est vera et necessaria.»

771 Si quis autem dixerit quod objectiones quae possunt fieri contra fidem, possunt solvi per rationes necessarias, et probatiores quae possunt fieri pro fide possunt frangi per rationes necessarias, dicimus quod implicat contradictionem... Qui autem intendit improbare per necessarias rationes quod corruptio non est in Deo, et ipsum oportet tenere quod generatio est in Deo», etc.

772 «Factus fuit iste tractatus Romae anno Domini MCC nonagesimo sexto, et completus ibidem in vigilia Beati Johannis Baptistae...» (Así acaba el libro).

taja de dejar intacto el misterio[773]: «Si la bondad finita es razón para producir naturalmente y de sí el bien finito, la bondad infinita será razón que produzca de sí naturalmente el bien infinito: Dios es infinita bondad: luego producirá el bien infinito, igual a Él en bondad, esencia y naturaleza. Entre el que produce y lo producido debe haber *distinción* de supuestos, porque nada se produce a sí mismo. A estos supuestos llamamos *personas*... El acto puro, eterno e infinito, obra eterna e infinitamente lo eterno y lo infinito...: solo Dios es acto puro: luego obra eterna e infinitamente lo eterno y lo infinito. El acto es más noble que la potencia y la privación, y Dios es acto puro y ente nobilísimo: luego obra eternamente lo perfecto y absoluto... A la persona que produce llamamos *Padre*, a la producida *Hijo*... Resta probar la tercera persona, es decir, el *Espíritu Santo.* Así como es natural en el Padre engendrar, así es natural en el Hijo amar al Padre... Todo amor verdadero, actual y perfecto, requiere de necesidad *amante, amado* y *amar*... Imposible es que el amor sea un *accidente* en la esencia divina, porque ésta es simplicísima: luego el amor de padre e Hijo es *persona.* Tan *actual* y *fecundo* es en Dios el amar como el engendrar.» Y por este camino sigue especulando sobre el número ternario, sin que las frases que usa de *bonificans, bonificatum, bonificare, magnificans, magnificatum, magnificare* puedan torcerse en sentido heterodoxo y antitrinitario, como pretendía Nicolás Eymerich, a pesar de las repetidas declaraciones de Lulio.

Largo sería exponer las pruebas que alega éste de la Creación, del pecado original, de la Encarnación, de la Resurrección, de la Ascensión, del Juicio final, etc., pruebas demasiado sutiles a veces, otras traídas muy de lejos, pero casi siempre ingeniosas y hábil-

---

[773] «Sed bonitas finita est ratio bono finito, quod producat naturaliter et de se bonum finitum: ergo bonitas infinita erit ratio bono infinito, quod producat naturaliter et ex se bonum infinitum: ergo cum in Deo sit bonitas infinita, producet bonum infinitum. Nihil autem aljud a Deo potest esse infinitum, sed solus Deus, ut probatum est: ergo Deus, cum sit bonum infinitum, producet bonum infinitum, et per consequens idem et aequale sibi in bonitate essentiae et naturae... Inter producens et productum oportet esse distinctionem suppositorum, cum idem non possit se ipsum producere... Utrumque dicimus personam... Omne id quod est purus actus, aeternus et infinitus, agit aeterne et infinite et aeternum et infinitum: alias non esset purus actus aeternus et infinitus: sed Deus est purus actus aeternus et infinitus: ergo agit aeternaliter et infinite et aeternum et infinitum... ergo Deus producit Deum... Nobilius est illud ens quod bonum est et bonum facit, infinitum est et infinitum facit, aeternum est et aeternum facit, perfectum est et perfectum facit quam illud quod non facit, alias potentia et privatio essent nobiliora quam sit actus», etc.

«Probato quod sit in Deo persona Patris et Filii, restat probare; tertiam personam, scilicet Spiritum Sanctum... Sicut ergo naturale est patri filium generare, ita naturale est et filium amare, cum sit infinite bonus... Omnis amor verus, actualis et perfectus requirit de necessitate amantem, amatum et amare, sed in Deo est amor verus, actualis et perfectus... Impossibile est in divinis esse aliquod accidens, cum essentia divina, ut probatum est, sit simplicissima et nobilissima; sed si amor patris et filii non esset persona, esset amor accidentalis: ergo necesse est illum amorem esse personam. Tantae actualitalis et fecunditatis est amare in Deo sicut generare, sed per generare exit persona de persona, ergo de amore patris et filii exit persona.»

mente entretejidas. Si este precioso tratado fuese más conocido, quizá no lograría tanto aplauso la *Teología Natural* de Raimundo Sabunde, que en muchas partes le copia.

Explanó Lull sus enseñanzas teológicas en muchos libros, y hasta en un poemita, *Lo dictat de Ramon,* donde prueba la Trinidad, como ya hemos visto, y la Encarnación; porque

Mays val un hom deificar
Que mil milia mons crear...

Al adoptar esta forma, quería, sin duda, el filósofo mallorquín, que hasta el pueblo y los niños tomasen de memoria sus argumentos, y supiesen contestar a los infieles[774].

«Raymundo Lulio fue—dice Renán—héroe de la cruzada contra el averroísmo»[775]. Solicitó en el Concilio de Viena que los *pestíferos escritos* del comentador se prohibiesen en todos los gimnasios cristianos. En los catálogos de Alonso de Proaza, Nicolás Antonio, etc., constan los siguientes tratados antiaverroístas:

Liber de efficiente et effectu. (París, marzo de 1310.)

Disputatio Raymundi et Averroystae de quinque quaestionibus.

Liber contradictionis inter Raymundum et Averroystam, de centum syllogismis circa mysterium Trinitatis. (París, 1310.)

Otro libro del mismo argumento. (Montpelier, 1304.)

Liber utrum fidelis possit solvere et destruere omnes objectiones quas infideles possunt facere contra sanctam fidem catholicam. (París, agosto de 1311.)

Liber disputationis intellectus et fidei. (Montpelier, octubre de 1303.)

Liber de convenientia quam habent fides et intellectus in objecto.

Liber de existentia et agentia Dei contra Averroem. (París, 1311.)

Declaratio Ray. Lulli per modum dialogi edita contra CCXVIII opiniones erroneas aliquorum philosophorum, et damnatas ab Episcopo Parisiensi.

Ars Theologiae et philosophiae mysticae contra Averroem.

---

[774] *Obras rimadas,* págs. 370 a 382. Acaba: «A honor del Sanct Sprit / Comenzá é fini son escrit / Ramon, en vinent de Paris /El comaná á Sanct Loys /E al noble rey d'Aragó / Jacme, en l'encarnació / De Christ M.CC.XC nou...».

[775] Averroes et l'Averroisme, págs. 225.

De ente simpliciter per se, contra errores Averrois.

Liber de reprobatione errorum Averrois.

Liber contra ponentes aeternitatem mundi.

Lamentatio duodecim principiorum philosophiae contra Averroistas[776].

Este es el más conocido, y fue escrito en París el año 1310. Está en forma de diálogo, con estos extraños interlocutores: *forma, materia, generación, corrupción, vegetación, sentido, imaginación, movimiento, inteligencia, voluntad* y *memoria,* todos acordes en decir que la filosofía *est vera et legalis ancilla Theologiae,* lo cual conviene tener muy en cuenta para evitar errores sobre el *racionalismo* de Lulio. No pretendía éste que la razón humana pudiera alcanzar a descubrir por sí las verdades reveladas, sino que era capaz de *confirmarlas* y *probarlas.* El empeño de Lulio era audaz, peligroso, cuanto se quiera, pero no herético.

De las demás proposiciones que a éste se achacan, apenas es necesario hacer memoria. Unas son meras cavilaciones de Eymerich, a quien cegaba el odio; otras no están en los escritos lulianos, y pertenecen a Raimundo de Tárrega, con quien algunos le han confundido. Ciertas frases, que parecen de sabor panteísta o quietista, han de interpretarse benignamente mirando al resto del sistema, y tenerse por exageraciones e impropiedades de lenguaje, disculpables en la fogosa imaginación de Lulio y de otros místicos.

Algunos tildan a éste de cabalista. Realmente escribió un opúsculo: *De auditu Kabbalistico sive ad omnes scientias introductorium,* donde define la Cábala *superabundans sapientia* y *habitus animae rationalis ex recta ratione divinarum rerum cognitivus;* pero leído despacio y sin prevención[777], no se advierte en él huella de *emanatismo* ni grande influjo de la parte metafísica de la Cábala, de la cual sólo toma el artificio lógico, las combinaciones de nombres y figuras, etc., acomodándolo a una metafísica más sana.

Cuanto al *monoteísmo, que fundía los rasgos capitales del judaísmo, del mahometismo y del cristianismo,* achacado por el senor Canalejas y otros a Lulio, no he encontrado, y me huelgo de ello, en las obras del filósofo palmesano el menor vestigio de aberración semejante. Creía él, como creemos todos los cristianos, que el mosaísmo es la ley *antigua,* y que el islamismo tiene de bueno lo que Mahoma plagió de la ley antigua y de la nueva: ni más, ni menos. Por eso intentaba la conversión de judíos y mulsumanes, apo-

---

[776] «Duodecim principia Philosophiae M. Raymundi Lulli, quae et lamentatio seu expostulatio Philosophiae contra Averroistas.» (Dedicado a Felipe el Hermoso.) Págs. 117 a 153 de la edición de Strasburgo.

[777] Páginas 44 a 116. Nótese este lugar: Ubi philosophia Platonis desinit, ibi incipit Kabbala sapientia.

yándose en las verdades que ellos admiten. Lo mismo hacían y hacen todos los predicadores cristianos cuando se dirigen a infieles, sin que por eso se les acuse de sacrílegas *fusiones.*

Terminaré esta vindicación—si vindicación necesita aquel glorioso mártir, a quien veneran los habitantes de Mallorca en el número de los bienaventurados—repitiendo que los artículos de la fe son siempre en las demostraciones de Lulio el *supuesto,* no la incógnita, de un problema que se trate de resolver, y que esas demostraciones no pasan de un procedimiento dialéctico, más o menos arriesgado, donde la Teología da el *principio,* y la Filosofía, *como humilde sierva,* trata de confirmarle por medios naturales[778].

III. Del *Blanquerna* y de la edición presente

Sobre el libro que de nuevo estampamos, y que figura con justo título entre los cinco o seis principales monumentos de la literatura catalana, han discurrido largamente: Helfferich, exponiendo su argumento; Canalejas, mostrando las analogías entre el libro de Raimundo Lulio y el *de los Estados,* de don Juan Manuel; Morel-Fatio, describiendo y extractando uno de los códices más antiguos y estimables, harto más primitivo y correcto que el impreso de Valencia. Como la presente edición no se dirige a los filólogos, sino a los estudiosos de la doctrina del Doctor Iluminado, y además no se estampa aquí el texto catalán (que ya es hora que se llame así, y no mallorquín, provenzal ni lemosino, como sigue diciéndose a despecho de la historia), tenemos que prescindir de todas las cuestiones relativas a la pureza e integridad del original. Urge una edición crítica de esta obra maravillosa, que convendrá acrisolar con presencia de los códices que aún subsisten en París, en Palma de Mallorca y en Madrid, los cuales, aunque ya algo apartados del tiempo del beato Ramón, están muy lejos de alterar el nativo sabor de sus frases con las impertinentes y nada felices alteraciones del editor valenciano, a quien siguió harto fielmente el traductor, cuya versión reimprimimos a falta de otra mejor. Como quiera, e importa consignarlo, estas variantes, importantísimas para el filólogo romanista, no llegan ni tocan a lo esencial de la obra, sino a su vestidura más externa.

Fue el beato Ramón una naturaleza mixta de pensador y de poeta, de tal manera, que ni su arte dejó de ser didáctico nunca, ni sus ideas se le presentaron, a no ser raras veces, en forma especulativa y abstracta, sino de un modo figurativo y arreadas con los colores de la poesía simbólica. Y así como el *mito* y la ironía son elementos perpetuos y esenciales en la filosofía platónica, así lo son en la filosofía luliana la alegoría, el apólogo y

[778] Los franciscanos han defendido siempre la ortodoxia de Ramón, y le tienen por hermano suyo, aunque de la tercera Orden. Es en muchas cosas semejante a los poetas de aquella religión en Italia. Sería curioso un paralelo entre Lull y Jacopone de Todi.

las representaciones gráficas en forma de árboles y de círculos. El carácter popular de la doctrina contribuye a esto, y bien puede decirse que el bienaventurado mártir nunca filosofó sino por colores y figuras. Sus mismas aficiones cabalísticas y las misteriosas virtudes que parece reconocer en los números y en los nombres, encierran un elemento estético, aunque de orden inferior: el elemento *combinatorio.* El *árbol de la ciencia* es un paso más, y dependientes de aquel vasto, aunque sencillo simbolismo, aparecen ya los apólogos, subordinados casi siempre, es verdad, a un fin de prueba y de enseñanza, y dotados por lo general de más virtud silogística que estética. Del apólogo, aun concebido así, no era difícil el tránsito a la novela trascendental y docente, representada en el vasto conjunto de las obras de Lulio por el *Libro de maravillas,* el *Del orden de la caballería* y el del *Blanquerna.* Contiene el primero, en la sección llamada *Libro de las bestias,* la única forma española conocida hasta ahora de la inmensa epopeya satírica de la Edad Media (el *Roman de Renart),* y tiene el segundo la gloria de haber sido no ya imitado, sino traducido casi a la letra por don Juan Manuel; pero a uno y otro vence el *Blanquerna* por la grandeza de la concepción, y por tener intercaladas las páginas más bellas que en prosa escribió su autor: el *Cántico del amigo y del amado,* verdadero joyel de nuestra poesía mística, y digno predecesor de los encendidos cantos de San Juan de la Cruz.

Es el *Blanquerna* una novela utópica, pero no fantástica y fuera de las condiciones de este mundo, como la *República* de Platón o la *Utopia* de Tomás Moro, o la *Ciudad del sol* de Campanella, o la *Oceana* de Harrington, o la *Icaria* de Cabet. Al contrario, Raimundo Lulio, tenido comúnmente por entusiasta y aun por fanático, aparece, en este libro suyo, hombre mucho más práctico y de más recto sentido que todos los moralistas y políticos que se han dado a edificar ciudades imaginarias. No hay una sola de las reformas sociales, pedagógicas o eclesiásticas propuestas por Ramón Lull, cuyo fondo no esté dado en alguna de las instituciones de la Edad Media y de su patria catalana, ninguna de las cuales él intenta destruir, sino avivarlas por la infusión del espíritu cristiano, activo y civilizador. Cierto que a través de las peripecias de la novela, y mezclados con sus raptos y efusiones místicas y con la exposición popular de su teodicea, va persiguiendo el beato Ramón los propósitos y preocupaciones constantes de su vida: la liberación de Tierra Santa; la enseñanza de lenguas orientales; la polémica con los averroístas, y el querer probar por razones naturales los dogmas de la fe. Pero todo esto, que con ser más o menos aventurado e irrealizable, pertenece sin duda a la esfera más alta de la especulación y de la actividad humana, es, en cierto sentido, independiente de la utopía y de la fábula novelesca, la cual, a decir verdad, está cifrada en los ejemplos de perfección que en sus respectivos estados nos dan Evast y Aloma, y su hijo *Blanquerna.*

Será bueno que no abra este libro quien busque solamente en lo que lee, un frívolo y pasajero deleite. No le abra tampoco el que se pare sólo en la corteza, y desconozca en absoluto la alta misión del apóstol mallorquín en la historia de la ciencia humana. No se acerque a él, finalmente, quien no tenga el ánimo educado para sentir lo primitivo, lo rústico y lo candoroso. Nunca se vio mayor simplicidad de palabras cubriendo más altos y trascendentales sentidos. Todo es aquí natural y llano; todo plática familiar y cuasi desaliñada, en cuyos revueltos giros centellean de vez en cuando las iluminaciones del genio. Si la lengua que el autor usa conserva todavía algún dejo y resabio de provenzalismo, y no es enteramente la lengua del pueblo de Cataluña, es, con todo eso, lengua eminentemente popular, no tanto por las palabras y por los giros, como por el jugo y el sabor villanesco; verdadero estilo de fraile mendicante avezado a morar entre los pobres y a consolar a los humildes. De aquí cierta ingenuidad infantil y pintoresca, que verdaderamente enamora en el texto catalán, y que nunca podría pasar íntegra a otra lengua, aunque todavía quedan rastros de ella en la traducción que publicamos.

Y era el alma del autor tan hermosa, y de tal modo, a pesar de su larga experiencia mundana, había vuelto, por auxilio de la Divina Gracia, a la pureza de los párvulos y de los pobres de espíritu, que nadie, al leer una buena parte de sus capítulos, recuerda al gran filósofo sintético, llamado por alguien con frase audaz *el Hegel cristiano de los siglos medios,* antes la primera impresión que se siente es que tal libro debió brotar del espíritu de un hombre rudo y sin letras, pero amantísimo de Dios y encendido en celestiales y suprasensibles fervores.

Y, sin embargo, ¡cuánta doctrina! Pero toda ella popular y acomodada al entendimiento de las muchedumbres, para quien el beato misionero escribía. Aquí está el último fruto del *Arte Magna* y del *Libro del ascenso y del descenso,* pero no en la forma aceda conveniente a paladares escolásticos, sino todo en acción, en movimiento, en drama. Y este drama tiene para nosotros otro valor, el valor histórico, como que puede decirse que todo el siglo XIV va desfilando a nuestra vista. Aquí penetramos en el cristiano hogar de Aloma, y asistimos a las castas y reposadas pláticas de los padres de *Blanquerna* y a su conversión a Dios entera y heroica, fecundísima en frutos de buen ejemplo. Aquí en la delicadísima figura de Cana, la monja y la abadesa, renace con todos sus místicos esplendores y suavísimas consolaciones el huerto cerrado de las esposas de Cristo. Aquí el caballero feudal, robador y tirano, aparece siempre domado por la voz y las parábolas del monje y del ermitaño. Aquí vemos poblarse de anacoretas las benditas soledades de Miramar y de Randa, y es tal el encanto de realidad contemporánea que el libro tiene, que a ratos nos parece recorrer las plazas de alguna ciudad catalana de los siglos medios, y mezclarnos en el tráfago de mercaderes, juglares y menestrales, y a ratos acom-

pañar el séquito de los Cardenales por las calles de Roma, y oír en el Consistorio la voz del Papa Blanquerna, repartiendo las rúbricas del *Gloria in excelsis.*

Exhala todo este libro suavísima fragancia de poesía cristiana; es venero de consolaciones para los casos desastrosos de la vida; enseña a esperar y a no rendirse, y a no separar la vida contemplativa de la acción, como no la separó nunca su autor, aquel sublime *loco,* cuya divina insensatez sólo será cumplida el día en que la unidad ponga su trono sobre lo ideal y lo real, juntos en síntesis armónica, en la vida, en la ciencia, en el arte. Ciertamente que en tales hombres no desmiente la humanidad la semejanza digna que en ella está impresa.

Hay en el *Blanquerna* algunos versos intercalados, pero lo más poético de él es el *Cántico del amigo y del amado,* que está en prosa, si bien partido en versículos. Como ya tuve ocasión de juzgarle en un discurso académico, repito ahora lo que entonces dije, aspirando a condensar en breves palabras la grandeza artística del bienaventurado apóstol de África.

«Y cuando llegó el siglo XIII, la edad de oro de la civilización cristiana, a la vez que la teología dogmática y la filosofía de Aristóteles, purificada de la liga neoplatónica y averroísta, se reducían a método y forma en la *Suqnma Theologica,* y en la *Summa contra gentes,* la inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los áureos tercetos del *Paradiso,* sobre todo, en la visión de la divina esencia que llena el canto XXVIII, y llegaba a purificar e idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente llevada por los mendicantes franciscanos, desde el santo fundador, que si no es seguro que hiciera versos (sea o no suyo el himno de *Frate Sole),* fue a lo menos soberano poeta en todos los actos de su vida y en aquel simpático y penetrante amor suyo a la naturaleza, hasta Fr. Pacífico, trovador convertido, llamado en el siglo el *Rey de los versos,* y San Buenaventura, cuya teología mística, aun en los libros en prosa, en el *Breviloquium,* en el *Itinerarium mentis ad Deum,* rebosa de lumbres y matices poéticos, no indignos algunos de ellos de que Fr. Luis de León los trasladase a sus odas. Y en pos de ellos, Fra Giacomino de Verona, el ingenuo cantor de los gozos de los bienaventurados, y el Beato Jacopone da Todi, que no compuso el *Stabat,* dígase lo que se quiera, porque nadie se parodia a sí mismo, pero que fue en su género frailesco, beatífico y popular, singularísimo poeta, mezcla de fantasía ardiente, de exaltación mística, de candor pueril y de sátira acerada, que a veces trae a la memoria las recias invectivas de Pedro Cardenal.

»¿Y a quién extrañará que enfrente de toda esta literatura franciscana, cuyo más ilustre representante solía llorar *porque no se ama al amor,* pongamos, sin recelo de quedar vencidos, el nombre del peregrino mallorquín que compuso el libro *Del Amigo y del*

Amado? ¡Cuándo llegará el día en que alguien escriba las vidas de nuestros poetas franciscanos con tanto primor y delicadeza como de los de Italia Ozanan! Quédese para el afortunado ingenio que haya de trazar esa obra, tejer digna corona de poeta y de novelista, como ya la tiene de sabio y de filósofo, el iluminado doctor y mártir de Cristo, Ramón Lull, hombre en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero, teosófico y visionario del siglo XIV, juntamente con el saber enciclopédico del siglo XIII. En el beato mallorquín, artista hasta la médula de los huesos, la teología, la filosofía, la contemplación y la vida activa se confunden y unimisman, y todas las especulaciones y ensueños armónicos de su mente toman forma plástica y viva, y se traducen en viajes, en peregrinaciones, en proyectos de cruzada, en novelas ascéticas, en himnos fervorosos, en símbolos y alegorías, en combinaciones cabalísticas, en árboles y círculos concéntricos, y representaciones gráficas de su doctrina, para que penetrara por los ojos de las muchedumbres, al mismo tiempo que por sus oídos, en la monótona cantilena de la *Lógica metrificada* y de la *Aplicació de l'art general.* Es el escolástico popular, el primero que hace servir la lengua del vulgo para las ideas puras y las abstracciones, el que separa de la lengua provenzal la catalana, y la bautiza desde sus orígenes, haciéndola grave, austera y religiosa, casi inmune de las eróticas liviandades y de las desolladoras sátiras de su hermana mayor, ahogada ya para entonces en la sangre de los albigenses. Ramón Lull fue místico, teórico y práctico, asceta y contemplativo, desde que en medio de los devaneos de su juventud le circundó de improviso, como al antiguo Saulo, la luz del cielo; pero la flor de su misticismo no hemos de buscarla en sus *Obras rimadas,* que, fuera de algunas de índole elegíaca, como el *Plant de nostra dona Santa Maria,* son casi todas, incluso la mayor parte del *Desconort,* exposiciones populares de aquella su teodicea racional, objeto de tan encontrados pareceres y censuras, exaltada por unos como revelación de lo alto, y tachada por otros punto menos que de herética, por el empeño de demostrar con razones naturales todos los dogmas cristianos, hasta la Trinidad y la Encarnación, todo con el santo propósito de resolver la antinomia de fe y razón, bandera de la impiedad averroísta y de preparar la conversión de judíos y musulmanes, empresa santa que toda su vida halagó las esperanzas del bienaventurado mártir.

»La verdadera mística de Ramón Lull se encierra en una obra escrita en prosa, aunque poética en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado.* El *Cántico* está en forma de diálogo, tejido de ejemplos y parábolas, tantos en número como días tiene el año, y su conjunto forma un verdadero *Arte de contemplación.* Enseña Raimundo que «las sendas por donde el Amigo busca a su Amado son largas y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, pero iluminadas de amor». Parécenle largos estos destierros, durísimas estas prisiones: «¿Cuándo llegará la hora en que el agua, que acostumbra a correr hacia abajo, tome la inclinación y costumbre de subir hacia arriba?» Entre temor y esperanza hace su morada el varón de deseos, vive por pensamientos y muere por el

olvido; y para él es bienaventuranza la tribulación padecida por amor. El entendimiento llega antes que la voluntad a la presencia del Amado, aunque corran los dos como en certamen. Más viva cosa es el amor en corazón amante, que el relánpago y el trueno, y más que el viento que hunde las naos en la mar. Tan cerca del Amado está el suspiro, como de la nieve el candor. Los pájaros del vergel, cantando al alba, dan al solitario entendimiento de amor, y al acabar los pájaros su canto, desfallece de amores el Amigo, y este desfallecimiento es mayor deleite e inefable dulzura. Por los montes y las selvas busca a su amor; a los que van por los caminos pregunta por él, y cava en las entrañas de la tierra por hallarle, ya que en la sobrehaz no hay ni vislumbre de devoción. Como mezcla de vino y agua se mezclan sus amores, más inseparables que la claridad y el resplandor, más que la esencia y el ser. La semilla de este amor está en todas las almas: ¡desdichado del que rompe el vaso precioso y derrama el aroma! Corre el Amigo por las calles de la ciudad, pregúntanle las gentes si ha perdido el seso, y él responde que puso en manos del Señor su voluntad y entendimiento, reservando sólo la memoria para acordarse de Él. El viento que mueve las hojas le trae olor de obediencia; en las criaturas ve impresas las huellas del Amado; todo se anima y habla y responde a la interrogación del amor: amor, como le define el poeta, «claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos»; o como en otra parte dice con frase no menos galana: «hervor de osadía y de temor». «Venid a mi corazón—prosigue—los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas: venid a tomar agua a la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y de amor vengo, y en el amor habito.» La naturaleza de este amor místico nadie la ha definido tan profundamente como el mismo Ramón Lull, cuando dijo que «era medio entre creencia e inteligencia, entre fe y ciencia». En su grado extático y sublime, el Amigo y el Amado se hacen *una* actualidad en *esencia,* quedando a la vez *distintos* y *concordantes.* ¡Extraño y divino erotismo, en que las hermosuras y excelencias del Amado se congregan en el corazón del Amigo, sin que la personalidad de éste se aniquile y destruya, porque sólo los junta y traba en uno *la voluntad vigorosa, infinita y eterna del* Amado! ¡Admirable poesía, que junta como en un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano, y realza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de mayo y de alborada, de vergeles y pájaros cantores, casando por extraña manera a Giraldo de Borneil con Hugo de San Víctor!»

4. Discurs de gràcies a S.M. la Reina", Jochs Florals de Barcelona. Any XXX de llur restauració, Barcelona, La Renaixensa, 1888. ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, pp. 111-114.

Senyora:

Lo Consistori dels Jochs Florals de Barcelona, possehit de pregon respecte y sincer entussiasme, ve, en aquest trigés sim aniversari de sa restauració á rebrer honra tan gran com may pogueren somniarla aquells literats modestos que en una época, que ja comensa a ser llunyana, alsaren de la pols la oblidada lira de sos passats y tingueren lo valor de renovar lo cant en la llengua que mamaren ab la llet materna.

Ja ho haveu sentit, Senyora. Eixa llengua, rebrot generós del tronch llatí, jeya, no fa mitj segle, en trista y vergonyosa postració. Fins son nom propi y genuí se li negava, ni ¿qui li havía de coneixer sots la disfressa d'aquelles peregrines denominacions de *llemosina y provensal* ab que solian designarla 'ls pochs erudits que's dignavan recordarse d'ella, encara que fos per donarla per morta y rellegarla desdenyosament á algun museu d'antigalles? Es cert que en los llavis del poble la llengua continuava vivint, mes ¡que diferenta d'aquell *bell calalanesch* que En Muntaner parlava!

Rompuda la tradició, cadena d'or de les etats, triomfant per tot arreu lo neologisme, silenciosa la parla de les Muses, a no ser en pochs y devegades hermosos cants, que eran como fochs-follets que feyan encara mes visible la obscuritat y negror de la nit, sols un miracle patent podia salvar la parla catalana de sa ruina y afanyosa descomposició y del aviliment en que per forsa ha de caurer la llengua que, abdicant la corona imperial de la ciencia y de la poesía, 's resigna als usos de trivial é informe dialecte.

Y aquest miracle Deu volgué que's cumplís. Deu que va fer curables als indivíduos y als pobles, y que'ls torna la memoria quant los hi fa mes falta, consentí que *la morta* s'aixequés de son sepulcre y comensés a parlar com si fos viva.

Y aquí la teniu, Senyora, llansant de sos llavis lo doll de la paraula armoniosa y eterna. Es la mateixa parla arrogant que un día ressoná per tots los contorns del Mediterrani: la que sentiren sotsmesos l'Etna fumejant y la gentil serena del Pansílipo: la que feu estremir les ruines de la sagrada Acrópolis ateniense, y les afraus isardes de la Armenia: la llengua que com anell novial deixá 'l Rey Conqueridor á Mallorca y á Valencia: la llengua en que dictavan ses lleys y escrivian ses gestes aquells gloriosos prímceps del Casal d'Aragó, qual corona reposa sobre 'l front de vostre fill amigablement enllassada ab la corona d'Alfons lo Savi.

Y per aixó, Senyora, sou vinguda a escoltar amorosament los accents d'aquesta llengua no forastera, ni exótica, sino espanyola y neta de tota taca de bastardía. Vostre generós y magnánim esperit comprén que la unitat dels pobles es unitat orgánica y viva, y no pot ser aqueixa unitat ficticia, verdadera unitat de la mort: y comprén també que les llengues, signe y penyora de rassa, no's forjan capritxosament ni s'imposan per forsa, ni 's prohibeixen ni's manan per lley, ni's deixan, ni's prenen per voler, puig res hi ha mes inviolable y mes sant en la conciencia humana que'l *nexus* secret en que viuhen la paraula y 'l pensament. Ni hi ha major sacrilegi y ensemps mes inútil que pretendre engrillonar lo que Deu ha fet espiritual y lliure: lo verb humá, resplandor debil y mitj esborrat, peró resplandor al fi de la paraula divina. Y entre totes les formes de la paraula humana, ¿quina mes de mal tórcer y mes indócil á tota imposició que la paraula artística, la paraula del poeta, ni ¿quín poeta ha d'esser lo quí's veja forsat a traduhir son pensament y a buydarlo en un motllo estrany, y comporte en sí mateix lo trist divorci de la idea y de la forma, como si en l'art la idea no fos ja una forma y se la pogués concébre escarida y nua, semblant a una ánima desterrada que va cercant frissosa un cos ahont albergarse? La Historia 'ns diu que en lo llarguíssim periodo de mes de tres centuries en que'ls catalans deixáren de conrar son patri idioma; en lo llarguíssim período que va dé Boscán fins a Cabanyes y Piferrer, ni un sol poeta de primer orde, ni ab prou feynes de segon, nasqueren en esta terra catalana, y pel contrari, tan bon punt renasqué la llengua, rebrotá ab ella'l sentiment poétich, talment com se poblan les boscúries d'aucells cantadors a la tébia y amorosa alenada de la primavera.

Tot aixó ho sabeu y ho sentiu, Senyora, ab delicadesa de dona, ab esperit de sobirana. Y ¿quí pot dubtar que en aquest día obté 'l Renaixement catalá la sanció suprema, ab dignarse vosta ma augusta aceptar la flor simbólica de nostres certámens, flor modesta y humil, ja ho veyeu, verdadera flor poética, símbol de pau y d´amor, no símbol de somiades rebeldies, ni de discordias, ni d'agravis. Y vulla Deu, Senyora, si alguna boyra, deixa de passats erros y tempestats, s´interposa encara entre l'ánima de Catalunya y l'ánima de Castella, tan fetes per estimarse y per compendres, que cayga desfeta davant de Vos, que sou l'amor d'abdós pobles juntats en un.

Tals son los vots que en esta diada formula 'l Consistori per boca del últim de sos membres, pero 'l més desinteressat en est cas, y per aixó precisament elegit. No sois perque confonch en mon afecte de germandat y de rassa a totes les gents iberiques en abdós mons espargides, sino perque essent lo castellá ma llengua nadiva, deguí a Catalunya una part molt considerable de ma educació literaria, y catalá fou lo mes savi y 'l millor de mos mestres, y tot aixó 'm lliga estretament a Catalunya, tenint alguna cosa de pietat filial aquest meu afecte.

Perdonau, Senyora, que haja parlat de mí en tan alta ocasió en que sols deuria haverhi paraules per una gran Reyna que doblement nos presideix, y per una gran poesía que renaix. Jo necessitava dirvos quelcóm que'm vessava del pit, y esplicar de pas ó disculpar ma presencia en aquest lloch, al costat d'homes que son ornament gloriós de les lletres catalanes en les quals apenes he gosat penetrar com deixeble y aficionat. Mes hi ha coses que'ls propis no poden ni deuhen dir, perque en ells semblaria vanagloria, y per dir aqueixes coses solém servir los forasters.

Rebi de nou Vostra Majestat l'homenatje de gracies que en nom de Catalunya li tributa aquest Consistori, y rebin també ´l testimoni de nostre mes coral afecte totes les corporacions y persones que han contribuit al lluhiment d'aquesta solemnitat sens exemple, que ab apariencias de regional y exclusiva, es en lo fons una de les més enérgiques afirmacions del sentit tradicional de la nació espanyola.

5. "Advertencia preliminar" a las *Obras completas* de Manuel Milá y Fontanals, Barcelona, 1888, vol. I. *ENOC, Varia*, II, pp. 21-22.

El que conozca cuán estrechas fueron las relaciones de gratitud y amistad que unieron con el finado don Manuel Milá y Fontanals al discípulo suyo que firma estas líneas, comprenderá que ha debido de ser para él tarea gratísima la que, por honroso encargo de su familia comienza hoy, de reunir y coordinar todos los escritos impresos e inéditos del que fue su docto y cariñosísimo maestro. Es cierto que en saber y diligencia nos aventajan muchos de los que pudieron saludar al doctor Milá con ese título, pero ya que por última muestra del afecto que nos profesaba, favorecernos en sus disposiciones testamentarias con la herencia para nosotros más valiosa, es decir, con el tesoro de sus manuscritos literarios, a nadie hemos de ceder el bien llevadero trabajo, de juntarlos en colección, para utilidad y enseñanza común. Críticos eminentes de otras naciones, donde los trabajos del espíritu obtienen más favor y estimación que en la nuestra, escribieron, en las sentidas necrologías que dedicaron al doctor Milá pocos días después de su fallecimiento, que la pérdida de sus papeles sería una verdadera calamidad para la ciencia. Por nuestra parte hemos de hacer lo posible para que tan triste vaticinio quede sin cumplimiento. Así los papeles del doctor Milá, como todos sus trabajos impresos, aun los de más corta extensión, se hallan en nuestro poder, y el público ha de disfrutarlos en una serie de volúmenes del mismo tamaño y forma que el presente. Nuestro propósito y el de la familia del ilustre profesor, es dar a luz cuanto él ha dejado en disposición de imprimirse y aun aquellos apuntes o notas que en su estado actual pueden servir para ulteriores investigaciones o excitar, por cualquier concepto, la atención o la curiosidad de los amigos de los estudios literarios, en especial de los que se refieren a las cosas de la Edad Media.

Contiene este primer volumen los *Tratados doctrinales de* Literatura que el doctor Milá compuso, es a saber, su magistral compendio de Estética y Teoría Literaria, que reproducimos conforme a su última redacción, fruto de la madurez de su privilegiado entendimiento, y su juvenil *Arte Poética* (1844), que a pesar de su fecha ya lejana y de la forma elemental en que está redactada, presenta en todas sus páginas indicios clarísimos de las grandes miras de su autor, desarrolladas luego con tan profunda crítica en sus posteriores trabajos, de los cuales puede considerarse éste como el bosquejo o programa, tocándose, además, en él ciertas cuestiones retóricas o técnicas, que no volvio a tratar el doctor Milá en sus *Elementos de Literatura*, quizá por no descender a excesivos pormenores. Razones son todas éstas que abonan, o más bien exigen, la reimpresión de la *Poética*, libro al cual profesamos especial cariño, porque encierra en breves páginas mucho más jugo que otros tratados de grandes y trascendentales pretensiones, y es, además, por su fecha, uno de los más curiosos documentales para la historia de la evolución de las ideas literarias en España durante la época romántica. Juntos en un mismo volumen, como ahora van a estarlo la *Literatura* del doctor Milá y su *Poética*, podrá apreciar cualquiera de un solo golpe de vista, todo el camino andado por su autor y por la cultura española en menos de treinta y cinco años, y dar al doctor Milá el altísimo puesto que le corresponde como principal iniciador de la crítica moderna entre nosotros, así en los estudios de arqueología literaria, como en los propiamente estéticos.

Nosotros, que tenemos por título de gloria haber recibido directamente la enseñanza de varón tan ilustre, y ser, aunque en exigua parte, herederos y depositarios de su fecunda doctrina, dedicaremos íntegro el último volumen de esta colección a exponer sus méritos, a contar su vida ejemplarísima, a apreciar, según nuestro entender, sus obras, trabajo en que ya nos han precedido valentísimas plumas, pero en el cual todavía creemos poder añadir algo nuevo, aunque no sea más que la expresión de nuestro respetuoso cariño, y la riqueza positiva que ha de salir del rico archivo de los papeles del difunto. De este modo contribuiremos, en la medida de nuestras fuerzas, a que en la veneración de todos quede tan alta como lo está en la nuestra, la simpática figura del que no sólo fue lumbrera de la Ciencia y de la Universidad, gloria de Cataluña y de España entera, crítico de primer orden, inspirado poeta, filólogo profundo, sino que mereció, en todo el rigor del término, otro título y encarecimiento, que aun vale más que éstos, el de varón justo y el de maestro perfecto, así en las obras de su ingenio como en las de su vida.

6. Prólogo a Lo Gayter del Llobregat. Poesías de don Joaquín Rubió y Ors, vol. II, Barcelona, Imp. Jepús y Roviralta, 1889. ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, V, pp. 115-126.

Sale a luz el presente libro cincuenta años después de la aparición de la primera de las poesías que en él se estampan. Tiene, por lo tanto, el valor de un documento histórico no menos que el de un documento literario, y exige ser juzgado bajo ambos conceptos, si hemos de llegar a la recta estimación de su importancia en la historia del novísimo y triunfante renacimiento de las letras catalanas.

Esta historia ha sido escrita varias veces, y no es menester rehacerla. El mismo señor Rubió, en una interesante *Reseña* leída en febrero de 1877 en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, trató extensamente y con mucho rigor y exactitud cronológica de los primeros pasos de la musa catalana en su novísimo desenvolvimiento, rectificando con esta ocasión no pocos errores acreditados entre los literatos extranjeros, y, sobre todo, el muy grave de considerar emparentado el renacimiento catalán con la escuela de los llamados *felibres* provenzales. Más adelante el señor Tubino, en su *Historia del Renacimiento literario en Cataluña, Mallorca y Valencia*, obra más digna de aprecio por sus noticias que por sus juicios, y M. Alberto Savine, en el erudito y discreto prólogo (no exento de graves errores de hecho) con que encabezó su traducción francesa de *La Atlántida*, han contribuido a vulgarizar en Castilla y en Francia los principales episodios de la restauración catalanista, entre los cuales es uno de los primeros en fecha y el más decisivo, la aparición del *Gayter del Llobregat*.

De todos estos trabajos críticos y de nuestras propias investigaciones resulta, como hecho incontrovertible y plenamente confirmado, ser el *Gayter* la más antigua *colección* de poesías *serias* catalanas publicadas en nuestro siglo, exceptuando, si acaso (puesto que en rigor apenas merece el título de colección), la pequeña serie de elegías conyugales que con el título de *Llágrimas de la viudesa* publicó don Miguel Antonio Martí en 1839, fecha también de la primera composición del señor Rubió (16 de febrero). Y resulta también fuera de toda controversia la prioridad cronológica del señor Rubió, respecto de cuantos poetas han usado en nuestro siglo la lengua catalana con formal espíritu poético y patriótico, sin que recordemos más excepciones importantes que la magnífica, pero solitaria, oda de Aribau, impresa en 1834, y las ya citadas elegías de Martí, cuyo valor poético es harto inferior a su ternura doméstica. Con mencionar además la tentativa poética (de tentativa no pasó) que el filólogo Puigblanch hubo de hacer entre 1820 y 1823 sobre las *Comunidades de Castilla*, en un metro análogo al que luego empleó Aribau para su oda, y recordar muy de paso el anónimo y enigmático fragmento del *Temple de la* gloria, que con poco fundamento atribuyen algunos al mismo Puigblanch, pero que, séase de quien fuere, no vio la luz hasta 1842 y no pudo influir, por consi-

guiente, a lo menos de un modo directo y eficaz, en los orígenes del catalanismo, tendremos reunidos, y en verdad que el trabajo no es arduo ni fatigoso, todos los que impropiamente pudieran llamarse, y quizá se hayan llamado, *antecedentes* literarios del *Gayter*. A nuestro juicio, son meras curiosidades bibliográficas, de algunas de las cuales ni aun se hubiera tenido noticia, a no ser por la buena fe y la curiosa erudición del señor Rubió, que al paso que ha reclamado siempre lo que de justicia se le debe, no ha perdido ocasión de tributar a medianos y olvidados predecesores un recuerdo, quizá más honorífico, del que merecen.

Un solo nombre y una sola poesía hay que de este período rudimentario hayan sobrevivido; nombre el uno de imperecedera memoria en las letras castellanas, más bien que en las catalanas, a las cuales sólo en un excepcional momento de su vida volvio los ojos; poesía la otra de gran valor, pero todavía de mayor fortuna, ciertamente ni prevista ni soñada por su autor. Todo lo que sabemos del ilustre fundador de la *Biblioteca de Autores Españoles*, nos mueve a creer que si en esta ocasión pagó tan alto tributo a la lengua de sus mayores, fue por necesidad pasajera, aunque imperiosa, de su espíritu, herido en aquel momento de nostalgia o de *anyorament*; pero este momento hubo de ser tan rápido y dejar tan poca huella en la vida de su autor, que al paso que se registran de él numerosas poesías serias en lengua castellana, ya a imitación de Quintana, ya al modo de Fray Luis de León, nadie conoce versos suyos catalanes posteriores ni anteriores a la oda a don Gaspar de Remisa (comúnmente llamada *Oda a la patria*), como no sean de asunto trivial y chocarrero, dignos de alternar con las deplorables rimas *festivas* que en tanta copia produjo la escuela del rector de Vallfogona y de sus numerosos imitadores, responsables en gran parte del descrédito en que vinieron a caer entre las gentes doctas y graves una lengua y una poesía que, abjurando de sus gloriosos orígenes, se empeñaban en reducir voluntariamente a la condición de dialecto informe y de improvisación chabacana y grosera.

Es muy dudoso, por tanto, que Aribau llegase a tener conciencia de todo lo que valía y representaba aquel genial esfuerzo suyo, y en cambio no hay duda de que Rubió y Ors tuvo, desde sus primeros ensayos, la *intencionalidad* que a su egregio predecesor había faltado y la constancia invencible que produce y legitima el éxito. Aribau, muy estimable poeta castellano de segundo o de tercer orden (aunque inferior, dentro de su propio país, a Cabanyes, a Piferrer y a algún otro), fue gran poeta catalán *una sola vez* en su vida, por ocasión fortuita, sin plan ni propósito de restauración sistemática, aunque en las estrofas de su oda estuviesen contenidos todos los gérmenes del catalanismo. De Rubió apenas se conocen versos castellanos, y en cambio, de 1839 hasta la hora presente, no ha dejado de producirlos en su lengua nativa.

La inspiración de estas poesías está derivada de fuentes muy diversas; pero en general puede afirmarse que el catalanismo de Rubió y de los primeros que en Cataluña siguieron sus huellas (como es fácil comprobarlo leyendo *Los trobadors nous* , las obras de Balaguer y los primeros tomos de Juegos Florales) es una consecuencia del romanticismo histórico, que despertando en todos los pueblos el amor a lo tradicional, castizo y genuíno, vino a abrir de nuevo las fuentes de la poesía popular, cerradas siglos había, y a regenerar el alma de los pueblos y de las razas, mediante inmersión en las aguas vivas de su pasado. El ejemplo de Walter Scott, en sus novelas históricas de asunto escocés, fue en esta parte el más decisivo y el que parece haber influido de una manera más eficaz en Cataluña. La poesía arqueológica, que en prosa o en verso cultivaban con tanta gloria, lo mismo en el Principado que en Mallorca y Valencia, Piferrer, Carbó, Arolas, Quadrado y Aguiló (don Tomás), parece haber sido el numen inspirador del *romanticismo* catalán, y una de sus manifestaciones es, sin duda, el primitivo *catalanismo* , cuya misión fue expresar en catalán ideas y sentimientos que los críticos, los arqueólogos y los poetas catalanes habían contribuído en primer término a difundir por toda España, usando como instrumento la lengua nacional. Coincidió el despertar de la musa regional con el apogeo de la poesía histórica y legendaria, y con las primicias del estudio de la poesía popular, presentida o adivinada más bien que conocida por los primeros poetas románticos, si bien para ellos la propia indecisión y vaguedad de su conocimiento hubo de ser un atractivo más, como le tienen siempre las cosas misteriosas o sólo descubiertas a medias. Pero también el amor suele ser camino de conocimiento, y hubo quien comenzó por el instinto poético y acabó por la depuración científica, de lo cual, sin salir de Cataluña, podríamos encontrar inolvidables ejemplos.

Limitándonos ahora a las poesías de Rubió, debe advertirse que en ellas se revela a cada paso la intención de hacer poesía catalana, evocando continuamente las glorias patrias y los dulces recuerdos del suelo natal; pero si se las considera en su ejecución y estilo dominante, tienen, más bien que el color especialísimo de la poesía catalana, el color general de la poesía romántica francesa y española en que su autor se educó. Víctor Hugo y Zorrilla fueron sus principales maestros. La influencia del primero se descubre, no sólo en las traducciones directas, sino en muchas de las poesías de carácter íntimo y doméstico. La del segundo es visible en la introducción del poema *Roudor de Llobregat*, en las estancias A *unas ruinas* y acaso en la misma oda A *Barcelona*. Con estas influencias se combinaron otras, quizá la de Lamartine alguna vez; más seguramente la del Romancero castellano[779] en *Lo compte Borrell II*; la de la oda horaciana de Caban-

[779] El señor Rubió reimprimió, en 1840, con una introducción propia (en que no faltan ideas para aquel tiempo nuevas) el primitivo *Romancero* de Durán (reproducido antes por Ochoa en la colección Baudry) y puso al fin el *Poema del Cid* , que los literatos españoles de aquel tiempo apenas leían y que no había fatigado nuestras prensas después de la edición de Sánchez.

yes, en *Mos cantars*, una de las poesías más sobrias y clásicas del señor Rubió. Poca importancia tienen otras reminiscencias voluntarias o involuntarias, pero conviene fijarnos en un hecho muy curioso y significativo. Esta colección de poesías catalanas, la más antigua de nuestro siglo, no presenta imitaciones de ningún poeta catalán, a lo menos de los que han escrito en su lengua nativa[780]. Ni la poesía doctrinal y filosófica de Ramón Lull y de los numerosos versificadores moralistas y didácticos de los tiempos medios, ni el escolasticismo amatorio y psicológico de Ausias March, ni el desenfado satírico de la escuela valenciana, entendiendo por tal la de Jaume Roig y sus más ingeniosos que comedidos sucesores, ni mucho menos la plebeya y trivial inspiración del Dr. García y de sus imitadores, tiene representación alguna en la colección del *Gayter*. La lengua que en ella se habla tampoco tiene pretensiones de arcaísmo, y sin ser totalmente el catalán de Barcelona, es, en suma, un catalán no difícilmente comprensible para todo castellano, aun de los que jamás han puesto su planta en el Principado. Cabalmente esta circunstancia contribuyó a dar al *Gayter* popularidad inmediata e imitadores y traductores en otras comarcas españolas, y contribuyó también a su fácil inteligencia entre los catalanes mismos, no dados con exceso entonces ni ahora al estudio de los primeros monumentos de su lengua, tan apartados de la común noticia, ya por su rareza y dispersión, nacida del abandono de la tradición literaria durante más de dos siglos; ya también por la especial índole de su contenido, sólo accesible a doctos filólogos y expertos críticos, y de ningún modo al paládar del vulgo. Sin visos de paradoja puede sostenerse que de la literatura catalana antigua poco o nada ha pasado a la literatura catalana moderna, exceptuando algunos temas de la poesía popular, de que se ha usado y abusado bastante en estos últimos tiempos. La poesía del renacimiento catalán, con raras aunque notables excepciones, es poesía enteramente moderna, y a esto debe su vitalidad y su fuerza, y el que merezca ser considerada como una de las manifestaciones más ricas y vigorosas del arte español contemporáneo, y no como producto caprichoso de un cenáculo de soñadores y de eruditos divorciados de la vida contemporánea, y empeñados en la estéril labor de admirar mutuamente sus solitarias creaciones.

En este siglo han renacido, o intentado renacer, muchas literaturas de las que llaman *regionales*: cada día nos anuncian un nuevo renacimiento, y si todos llegasen a cumplida sazón, ¡cuán ardua habría de ser la tarea de los críticos futuros, que tuviesen que clasificar las literaturas, no ya por reinos y provincias, sino por municipios y villorrios! Afortunadamente, el peligro no existe más que en apariencia. Nada renace sino lo que debe renacer; esto es, lo que solamente en apariencia estaba muerto. El fuego que yace

[780] Y ciertamente no porque el señor Rubió dejara de conocer algunos de ellos. En 1840 y en unión de don José Mª Grau, había hecho un pequeño ensayo de Biblioteca Catalana, reimprimiendo muy aumentadas las Poesías de Vallfogona, las rarísimas de Pere Serafí y varios fragmentos de otros autores.

bajo el rescoldo puede levantarse de nuevo amenazador y esplendente; pero de la fría ceniza nadie arrancará la llama. El talento de un poeta aislado (y es el caso de Mistral en Provenza) puede hacer creer en la existencia de una lengua y de una poesía que en rigor han muerto hace siglos; pero todos los oropeles y raras ceremonias del *felibrige* no conseguirán hacer popular lo que apenas comprenden las poblaciones archi-afrancesadas del mediodía de las Galias. Para un marsellés, para un tolosano, para un hijo de Aviñón, Mistral es un poeta mucho más exótico, mucho menos *de casa* que Víctor Hugo, Lamartine o Alfredo de Musset. Contra este hecho es imposible rebelarse; falta comunión de ideas y aun de lengua entre los poetas y su público; el texto de *Mireya* y de *Calendau* detendría muchas veces a los provenzales mismos, si no llevase al frente la traducción francesa. El peluquero Jasmin fue entendido y fue popular porque escribía en un dialecto, el de su ciudad natal, de Agen; como fue popular en Sicilia el gran poeta Meli, y lo fue en Milán Carlos Porta, y lo han sido otros en diversas comarcas de Italia, limitándose a trabajar artísticamente el dialecto natal, sin darse por redentores ni restauradores de nada; pero logrando, con todo, una popularidad negada hasta ahora (a pesar de sus banquetes, brindis y cumplimientos mutuos) a los *felibres* y *miembros de la cigarra*. El mismo ruido que continuamente arman, el mismo afán de exhibición que les aqueja, el mismo lujo de fantásticas denominaciones y símbolos taumatúrgicos en que se complacen, hace dudar algo de la seriedad y espontaneidad del movimiento poético de Provenza. Nadie me gana en admirar a Mistral, que hubiera sido delicioso poeta en cualquier lengua en que hubiese escrito, pero ni mi admiración se extiende a otros ingenios cuyos nombres se confunden malamente con el suyo, ni puedo vencer cierto escepticismo en lo tocante al porvenir de una escuela poética, que vive como planta de estufa y necesita tantos cuidados para que no se malogre.

De esta novísima poesía provenzal nada pudo llegar a los oídos del *Gayter del Llobregat*, en 1839, por la sencilla razón de que tal poesía no existía entonces y tardó todavía algunos años en salir a luz. Salvo Jasmin, que publicó su primera colección en 1835, pero que por su dialecto, tendencias y recursos poéticos nada tiene que ver con los maestros del *Felibrige*, *y* prescindiendo de los oscuros nombres de Benedetti, Bellot y Desanat, a quienes los mismos poetas provenzales olvidan, y de los cuales el último, por lo menos, no es anterior a Rubió, puesto que sólo en 1841 se dio a conocer como director de un periódico literario en lengua de *oc*, hay que confesar que el renacimiento provenzal fue posterior al catalán, y de todo punto independiente de él, con absoluta y total incomunicación entre unos y otros poetas; incomunicación que duró hasta 1861, en que Mistral dirigió su célebre y bellísima salutación a los poetas catalanes, por haber él *oído (nota bene)* que de este lado de los montes se cultivaba literariamente una rama de la lengua provenzal. Conste, además, que hasta 1845 no publicó Roumanille su colección poética intitulada *Li Margarideto*; que sólo en 1852 apareció la antología titulada *La*

cansoun di Felibre, donde vieron la luz pública los primeros versos de Mistral, y, finalmente, que *Mireya* no se imprimió hasta 1859, y *Calendau* hasta 1866. Además, basta abrir un tomo de modernas poesías catalanas y otro escrito en provenzal moderno, para convencerse de que, en cuanto a su espíritu, no tienen entre sí más semejanza que la que pueden tener un poeta francés y otro castellano, uno italiano y otro portugués. Las dos lenguas, por otro lado, han ido olvidándose tanto de su parentesco primitivo, que exigen de una parte y de otra esfuerzos de aprendizaje no menores que los que requiere cualquier otra lengua romance. No sabemos a punto fijo si los doctos del mediodía de Francia conocen muy a fondo la lengua catalana moderna; pero sí podemos afirmar que entre los poetas y literatos catalanes no llegarán a diez los que son capaces de entender íntegramente y saborear con plena fruición un texto provenzal. El hecho es evidente, y no necesita comentario. Cualquiera que fuese la fraternidad primitiva, los siglos la han roto, sin culpa ni propósito deliberado de nadie, y hoy, a pesar de entusiasmos ficticios y de discursos de aparato, es imposible restablecer la solidaridad literaria entre Cataluña y el mediodía de Francia. Esta solidaridad fue rota de hecho desde fines del siglo XIII, y Cataluña nada perdio en ello, puesto que precisamente de entonces arranca el vigoroso desarrollo de los géneros en prosa, que son el verdadero nervio de su literatura. Por crónicas como la de Muntaner y Desclot, por un libro de filosofía como el *Arbre de scientia*, por una novela utópica como el *Blanquerna*, por un libro de caballerías como *Tirant lo Blanch*, por un monumento legislativo como el *Llibre del Consolat*, por una enciclopedia como la de Eximenis, se pueden dar sin cargo de conciencia todos los cancioneros y todas las cortes de amor de la Edad Media. La literatura catalana no fue grande, original y fecunda sino cuando dejó de ser literatura provenzal.

Esta verdad, hoy tan evidente, y que el mismo señor Rubió, tan docto en los anales literarios de su tierra, es hoy el primero en reconocer y proclamar, no era generalmente conocida, ni mucho menos, en 1839, cuando todavía andaba revuelta la tradición catalana con la provenzal, y una y otra con el convencionalismo romántico que había puesto en moda el tipo del *trovador que vaga errante*, pidiendo la hospitalidad de castillo en castillo. ¡Y qué completa debía ser la ilusión cuando el trovador cantaba *trovas lemosinas*, como todavía llaman algunos majaderos de Castilla y de fuera de ella a los versos compuestos en lengua catalana! De este modo vino a ser desconocida o miserablemente bastardeada la índole del genio catalán tan visible en su historia como en su literatura de los buenos tiempos, grave, severa, didáctica, sentenciosa, realista y más enamorada, en suma, de la verdad que de la belleza. A esos trovadores *lemosines*, a ese *gay saber* y a toda esa jerigonza de certamen somos deudores de una inundación de versos medievales, que afortunadamente va ya cesando, y que ha podido velar a los ojos de muchos la verdadera importancia y la robusta salud del renacimiento catalán, que hoy en la mayor parte de sus poetas y novelistas ostenta un carácter modernísimo.

Nadie, aun los ingenios más privilegiados, dejan de respirar un poco la atmósfera de su tiempo, y en el *Gayter*, aunque con mucha más sobriedad y gusto más delicado que en otras colecciones harto posteriores, quizá podrá notarse algún resabio de lo que en Francia, en tiempo de la Restauración, se llamaba *genre troubadour*, y todavía más cierto involucramiento de la tradición literaria de Cataluña con la de Provenza, bien manifiesto en el prólogo, donde aparecen invocadas como sombras familiares las de Guillermo de Aquitania, Beltrán de Born, Peire Vidal y Ricardo Corazón de León. Pero hay que decir, en honra del señor Rubió, no sólo que su entusiasmo por los trovadores se contuvo siempre en límites razonables, sino que por una excepción entre los poetas de su tiempo y entre los que han venido después, no fue entusiasmo de oídas, sino derivado de larga y cariñosa familiaridad con los textos provenzales más difíciles y enigmáticos, estudiados, no sólo en la colección de Raynouard, cuyos ejemplares eran entonces y son hoy mismo de suma escasez en España, sino en los manuscritos de nuestro Bastero, a quien debe otorgarse con toda justicia la prioridad cronológica entre los *provenzalistas* modernos, como ya lo reconoció Guillermo Schlegel, y lo ha confirmado plenamente el más sabio y profundo de los investigadores españoles de cosas de la Edad Media, don Manuel Milá y Fontanals.

Este conocimiento de la lengua provenzal antigua, rarísimo en Cataluña contra lo que pudieran hacer creer las apariencias, se trasluce en los epígrafes mismos del Gayter, que comienza con un texto de Gauselm Faidit, y esmalta sus páginas con otros de Beltrán de Born, del conde de Poitiers, de Pedro Cardenal, de Folqueto de Marsella, de Alegret, de Rambaldo de Orange, de Alberto de Sisteron, de Guillerm Figuera, de Guillerm de Autpol y de otros varios, oportunamente aplicados al tema general de la composición. Si entre los nuevos poetas catalanes hubo, por consiguente alguno que pudiera darse legítimamente por continuador no de los trovadores de ópera, sino de los genuinos trovadores de Provenza, lo fué, sin duda, el señor Rubió.

Y, sin embargo, esta imitación no pasa de los epígrafes y de algún capricho arcaico, como *Lo lay del joglar*, y no toca ni alcanza de ningún modo a la esencia de la poesía del señor Rubió, que en lo que tiene de más íntimo y duradero es propia y personal suya, y en lo que tiene de convencional y transitorio sigue las corrientes del gusto que dominaban entonces, no ya en Cataluña ni en España, sino en Europa entera. En toda colección de versos que tenga más de treinta años de fecha, hay que hacer esta distinción esencialísima. ¡Y quiera Dios, para consuelo de los novísimos poetas, que la posteridad no los encuentre más ajados y marchitos cuando ese período se cumpla, que encontramos hoy a sus inmediatos predecesores y encontraron ellos a sus abuelos!

Para mí, lo esencial en toda colección poética, prescindiendo de su valor arqueológico lo mismo que de su éxito del momento, es que contenga verdadera poesía. Si el Gayter la tiene, como yo firmemente creo, más ha de vivir por ella que por lo mucho que vale y representa como testimonio de una época literaria ya fenecida, y como primer brote de una planta que hoy vemos en desarrollo opulento. A ningún poeta puede halagar que se le pondere por su influencia o por su acción remota y no por sus versos. Gran cosa es despertar una literatura que el mundo daba por muerta; pero ni este triunfo puede lograrse sin condiciones excepcionales, aunque parezcan modestas, ni la grandeza colectiva del resultado debe aminorar el precio del esfuerzo individual. Prueba difícil para los precursores la de sobrevivirse a sí mismos. El éxito total de su obra, cuanto más brillante y más ruidoso sea, es su mayor enemigo. Los discípulos arrollan al maestro, o por la fuerza del talento, o por la fuerza de la exageración. Toda generación es fatalmente injusta con la que la precede, aunque guarde quizá despilfarros de indulgencia para otros precursores más remotos. No hay historia que más se olvide ni que más importe recordar y renovar a cada paso que la historia literaria.

¡Feliz el que sobrevive en ella aunque sea por una sola oda, por una sola estrofa! Nadie le preguntará en qué país nació ni a qué escuela pertenece, ni se quebrará la cabeza averiguando la cronología de sus obras. *Musa vetat mori*. Un alma humana que ha sentido con sinceridad y ha encontrado en este o en aquel día la expresión adecuada para su sentimiento, tiene la seguridad de encontrar siempre otras almas humanas que sientan con ella; y el que tal consigue, ha creado verdadera poesía, de la que el tiempo no marchita ni envejece. Tal es el caso del señor Rubió. Lo que vive y vivirá del *Gayter* no es lo que tiene de trovadoresco y de romántico (a pesar de la suma discreción y buen gusto con que todo está ejecutado), sino aquellas composiciones de carácter íntimo, más diríamos doméstico y familiar, en que el autor nos ha revelado lo mejor de su alma. Alma verdaderamente envidiable, cuya perfecta salud moral, robustecida por sólidas convicciones cristianas, no excluye cierta suave y femenil ternura que, lejos de enmuellecer el ánimo del poeta, le ha hecho más llevaderos los ásperos caminos de la vida y ha dado bríos a su pecho para superar las cuestas más arduas. *Sa mirada*, *Anyorament*, *Postas del sol*, son bellísimas muestras de este género de poesía, en que lo honrado y puro del afecto no daña de ningún modo a su fervor reconcentrado, ni a su ardiente expansión.

Muchos títulos abonan al señor Rubió para ser considerado actualmente como patriarca de las letras catalanas; muchos para ocupar envidiable puesto entre los críticos y literatos castellanos; pero creemos estar en lo cierto al afirmar que el autor del *Gayter* da más estimación a este pseudónimo y a la colección poética que le lleva como título, que a todo lo restante de su rica y bien cultivada hacienda literaria. Y así como el *Gayter* de 1839 preciaba en más sus baladas, sus montañas frondosas, sus

Frescas noches de estío
Orillas del Llobregat,

que el cetro de plata y el trono y el manto de escarlata de un rey, así el *Gayter* de hoy, que ha conservado el alma tan pura, fresca y joven como si no se hubiesen estrellado en él las olas de la vida, estima más que ninguna otra producción suya el tomo de sus versos, urna sagrada que encierra, no los tristes despojos de flores marchitas por el viento de la pasión, sino flores que renacen en cada primavera al suave aliento de la conciencia honrada y del deber cumplido, para tejer la más envidiable corona al varón justo, al maestro ejemplar, al poeta en cuyos vergeles sólo han cantado los tres ruiseñores de la Fe, de la Patria y del Amor.

7. "Quadrado y sus obras", introducción a *Ensayos Religiosos, Políticos y Literarios, de don José María Quadrado,* Palma de Mallorca, 1893. ENOC*, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* V, pp. 195-230.

Si la nombradía universal fuera, como debía ser, compañera inseparable del mérito eminente y positivo, rarísimos nombres, entre los de nuestros contemporáneos, sonarían tan alto como el de don José María Quadrado, cuya vida literaria de más de medio siglo puede presentarse como dechado de alta cultura y de vigoroso esfuerzo intelectual aplicado con igual fortuna a las materias y a los géneros más diversos. Ser a un tiempo pensador genial, controversista político, apologista religioso, historiador de alto vuelo, arqueólogo y crítico de arte, poeta y escritor elegantísimo en prosa, es triunfo concedido a muy pocos; y sin embargo, el nombre de Quadrado, aunque se pronuncie con veneración por los pocos fieles que entre nosotros conserva la buena y sólida literatura, dista mucho de ser un nombre popular. El caso no es único pero rara vez se ha presentado con circunstancias tan agravantes A otros puede dañarles el haber escrito poco, el haberse aislado, por sistema, del vulgo de los lectores, el haber cultivado raros conocimientos o ejercitádose en recónditas investigaciones que a pocos importan, el haberse desentendido del movimiento de su época y haber remado contra la corriente, o bien el haber carecido de aquellas condiciones de exposición y estilo, sin las cuales el pensamiento más profundo, la verdad más importante, difícilmente llegan a abrir surco en los entendimientos. Pero Quadrado ha escrito muchísimo, y en obras y publicaciones de interés capital, que han tenido extraordinaria difusión; ha dicho su parecer sobre todas las cuestiones de su tiempo; ha sido por largo espacio de su vida periodista militante; los estudios que ha cultivado, ya de historia, ya de arte, ya de ciencia social, son por su índole los más amenos y los que pueden interesar a mayor número de lectores; su pensamiento político fue, y es todavía, el de una parte muy numerosa y muy sana del pueblo español;

en crítica estética fue un iniciador; sus libros descriptivos y arqueológicos han educado a dos generaciones, y parecen hoy tan ricos de lozanía y juventud como el primer día; casi todos nuestros arqueólogos son en mayor o menor grado, confesándolo o no, discípulos suyos por lo tocante a la Edad Media, cuyo estudio él fue de los primeros en renovar con aquella intuición de artista que tuvieron los grandes historiadores románticos; y finalmente, lejos de faltarle dotes de escritor, su prosa viril, nerviosa, sobria, llena de vida palpitante y densa, es de las que con más seguridad pueden presentarse como modelo, con no ser el castellano la lengua nativa del autor. Infunde respeto esa labor inmensa, continuada sin el menor desfallecimiento desde la primera juventud hasta la vejez, con inquebrantable firmeza en los propósitos y serena mansedumbre en el estilo. La literatura de Quadrado es fiel reflejo de la rara excelencia de su alma, fecunda en buenas acciones y loables pensamientos. *Vir optimus* le llamó Hübner, y óptimo es en verdad como ciudadano, como amigo, como cristiano, además de serlo como escritor. Mucho se parecía a él mi difunto maestro don Manuel Milá y Fontanals, y tengo para mí que Alejandro Manzoni debía de parecerse no poco en su vida y costumbres y en el temple de su alma, al uno y al otro.

La historia literaria del siglo XIX en España está mal sabida y mal entendida por casi todos, y además llena de injusticias y de olvidos que es preciso reparar. No parece sino que la cercanía de los objetos engaña los ojos y extravía el juicio de los contemporáneos. Vivimos sin conocernos unos a otros, por lo mismo que nada creemos conocer mejor. Una sarta de nombres, invariablemente los mismos, han adquirido, no se sabe por qué, el valor de tipos representativos de la cultura española moderna, y fuera de ese catálogo o *canon* (que no es el de Alejandría), no hay redención para nadie, aunque sea un literato tan consumado y cabal como Quadrado. Nunca habrá más poetas que A. B. y C., más pensadores que F. y H., más historiadores y eruditos que G. y R., más novelistas que Z. y X. Los demás, a lo sumo serán aficionados de provincias que tienen el mal gusto de emborronar papel, en vez de postrarse en supersticiosa adoración ante ciertas celebridades aparatosas y rimbombantes, que llenan con sus nombres las columnas de la prensa periódica.

Pero consuélese el señor Quadrado (si a un espíritu tan elevado como el suyo pueden importarle tales cosas) con la consideración de que, si no es de los escritores más citados, es en cambio de los más saqueados, lo cual prueba que no ha sido de los menos leídos. Sería curioso hacer el catálogo de las historias de provincias y ciudades, de los artículos y monografías arqueológicas que se han compaginado a expensas de Quadrado. Pero aun en esto le ha perseguido la mala fortuna. Unos no le citan, y otros suelen hacerlo de esta peregrina manera: «como dice *Parcerisa*», «según la respetable opinión de *Parcerisa*». Parcerisa fue un excelente dibujante, que *no dijo nada* en letras de mol-

de: suya fue la idea de los *Recuerdos y Bellezas de España*, y suya la brillante ejecución artística; pero en la parte literaria no tuvo ni pudo tener parte alguna.

¡Y he aquí cómo Quadrado, después de haber hecho la historia y la descripción arqueológica de media España; después de haber escrito en *Forenses y Ciudadanos* uno de los más notables estudios de historia social que tenemos; después de haber continuado el *Discurso* de Bossuet *sobre la Historia Universal*, y haber refundido a Shakespeare; después de haber combatido al lado de Balmes en las grandes batallas políticas de 1843 a 1848; después de haber redactado él solo periódicos y revistas con cuyos artículos puede formarse un cuerpo de doctrina sólida y perenne, se encuentra, al fin de vida tan aprovechada y fecunda, con que se le escatima su personalidad, como si fuese sombra o fantasma, y se le confunde con el dibujante que hizo las ilustraciones de sus libros! No conozco caso igual en la historia literaria. Afortunadamente la historia es gran justiciera, y tarde o temprano da a cada cual lo que merece. Para facilitar en algo su tarea, se escriben estos breves apuntes al frente de la edición de las obras del señor Quadrado.

Conviene advertir, ante todo, que esta edición dista mucho de ser completa. No tienen cabida en ella los escritos históricos y arqueológicos, que por sí solos ocuparían gran número de volúmenes, y que en parte acaban de ser reimpresos por una casa editorial de Barcelona. La colección se reduce a los opúsculos, ya religiosos, ya políticos, ya literarios, que esparcidos en varias publicaciones, dificilísimas de hallar, o inéditos hasta el presente, vienen ahora a formar por primera vez una serie ordenada. Pero antes de razonar más especialmente sobre ellos, conviene decir algo acerca de las obras que aquí no se reimprimen, y que tanta parte tienen en la gloria de Quadrado.

El nombre de éste es inseparable de la magna empresa de los *Recuerdos y Bellezas de España*. No la inició él, sino Parcerisa con Piferrer, de quien fue, no obstante, único y verdadero colaborador, en cuanto convivieron y trabajaron juntos en su respectiva tarea, desde 1844, en que principió Quadrado su tomo de Aragón, hasta 1848, en que aparecieron los primeros cuadernos del de Castilla la Nueva, mientras atendía Piferrer a su segundo tomo de Cataluña. Fallecido el fundador, entraron, a fuer de continuadores, Pi Margall inmediatamente para terminar de cualquier modo el incompleto volumen, y en 1852, por retirada del anterior, Madrazo (Don Pedro), escribiendo aquél un tomo de Andalucía, y éste dos; pero de Quadrado es la mayor y, en concepto de muchos, la mejor parte de la obra. Hasta diez y siete provincias fueron exploradas y descritas por él; el principado de Asturias, el reino de León, la mayor parte de Castilla la Vieja, toda Castilla la Nueva, y el reino de Aragón. También le pertenecen las dos terceras partes por lo menos del magnífico y enorme volumen dedicado en la segunda edición a las Islas Ba-

leares, puesto que el primitivo texto de Piferrer aparece como anegado en el inmenso piélago de sabiduría histórica con que su continuador le enriquece y realza.

Los *Recuerdos y Bellezas de España* son como el centro de nuestra arqueología romántica, a la cual pertenecen también los trabajos de Caveda, Carderera, Assas y Amador de los Ríos, posteriores casi todos al primer volumen de Piferrer sobre Cataluña, puiblicado en 1839. Cuando Piferrer comenzó a escribir de arquitectura apenas tenía delante de sí más que algunas páginas elocuentes de Jovellanos en sus memorias sobre Mallorca, y las observaciones de Capmany acerca del arte gótico. Por un triunfo memorable del instinto crítico y de la espontánea admiración contra la doctrina oficial y académica, habían llegado ambos insignes escritores, en medio de la pesada atmósfera del siglo XVIII, a adivinar y a presentir algo de la estética futura, dando muestras de sentir profundamente aquellas bellezas que el rígido precepticismo de su tiempo les vedaba admirar de un modo franco y resuelto. Pero la regeneración del sentido artístico no podía venir de los eruditos ni de los arqueólogos, sino de los artistas mismos, y especialmente de los poetas, cuya obra, por más universal y accesible a todos, trasciende en sus resultados a las demás artes y suele precederlas en sus evoluciones críticas. Antes que la arqueología de la Edad Media se constituyese como ciencia y pudiese alternar sin desdoro con la arqueología clásica, única hasta entonces conocida y cultivada, vivio como obra de arte, como presentimiento y adivinación poética; y antes que los arquitectos y los pintores se internasen en la nueva senda, dando de mano a las rutinas de una técnica degenerada, ya la buena nueva había llegado a todas las almas capaces de sentir y entender lo bello, en las novelas de Walter Scott, en algunos escritos de Chateaubriand, y especialmente en aquel célebre capítulo de *Nuestra Señora de París*, con el cual Víctor Hugo hizo brotar del suelo de toda Europa una legión de arqueólogos y de enamorados del arte gótico. Aquellas paginas apocalípticas, en que alternan los relámpagos de genio con lac sombras y extravagancias de un talento enfático y viciado por el hábito de la antítesis, obraron con la eficacia de un talismán sobre todas las imaginaciones, y nunca sin la existencia de tal libro hubiera sido posible la propaganda científica y doctrinal de un Caumont o de un Viollet-le-Duc.

Entusiasmado Parcerisa, según el propio declara, con la descripción de los monumentos de Granada que leyó en *El Ultimo Abencerraje*; y fascinado luego por el intenso calor y prestigio que brotaba de las páginas de *Nuestra Señora*, concibió el grande y audaz pensamiento de aunar las artes del dibujo con el arte literaria, para lograr de este modo una completa y adecuada descripción artística de España, en el modo y forma en que habían hecho las suyas los grandes ingenios románticos, es decir, en la forma que menos se pareciese al árido estilo de inventario que tienen los Viajes de Ponz y de Bosarte, únicos libros donde hasta entonces podía encontrarse alguna razón o noticia de nuestra riqueza

artística, desfiguradas casi siempre por el mal gusto de una crítica añeja y puramente formal. Pero como Parcerisa era hombre de lápiz y no de pluma, y modestamente reconocía su falta de aptitud para traducir en palabras lo que tan delicadamente comprendía, determinó llamar en su auxilio a un literato de la nueva escuela, que empapado en la doctrina del romanticismo histórico y en la lectura de Walter Scott, el poeta arqueólogo por excelencia, pudiera realizar cumplidamente lo que él presentía. Acudió, pues, a don Manuel Milá, respetado ya como maestro a pesar de su juventud extremada; pero Milá, distraído en otras tareas, no pudo encargarse de la empresa, y designó a su íntimo amigo don Pablo Piferrer, identificado con él en todos sus pensamientos y aspiraciones críticas. La elección fue tan acertada como podía esperarse de quien la hizo, puesto que intuición artística como la de Piferrer difícilmente podía encontrarse en España. Por raro caso se juntaban en él dotes exquisitas de poeta en verso y en prosa, y entendimiento capaz de percibir y apreciar por igual todas las manifestaciones de lo bello, lo mismo en las notas musicales que en la *euritmia* de las piedras. El haber hecho él propio su educación artística, explica y disculpa cualquier defecto técnico, a la vez que aumenta nuestra admiración respecto de aquella manera de ingenio suya penetrante y adivinatoria con que se apodera del sentido general del monumento y establece su concordancia con la historia y con el paisaje. La vocación de historiador fue en él no menos poderosa que la de entusiasta crítico de arte. Antes de conocer apenas a Barante ni aun a Thierry ni a otro alguno de los maestros de la historia pintoresca, rivalizó con ellos en las páginas bellísimas, aunque no muy numerosas, que narran la conquista de Mallorca, o reducen a compendio la embrollada historia de la casa condal de Barcelona, sacándola de la aridez genealógica y diplomática en que el benemérito don Próspero Bofarull la había dejado.

Una muerte prematura, y que debe ser eternamente deplorada, impidio a Piferrer dar otras muestras de su admirable talento descriptivo que los dos tomos de Cataluña (incompleto el segundo) y el de Mallorca, que por diversas causas también está lejos de corresponder a lo vasto del argumento. Pero nadie puede negar que el sacó la obra de cimientos, que dio la pauta y modelo para las descripciones, creando, por decirlo así, el nuevo estilo arqueológico; que fue el primer *excursionista* y mostró a los demás el camino; que en un proemio inolvidable fijó con alta elocuencia los principios fundamentales de la nueva estética romántica y espiritualista; y por ultimo, que enseñó con su ejemplo a enlazar el arte con la historia, y a explicar y completar ambas cosas, la una por la otra, con nueva iluminación del entendimiento y nuevo regalo de la fantasía.

A la norma trazada por Piferrer procuraron atemperarse todos sus continuadores, aunque naturalmente con méritos y condiciones muy diversas. Aun prescindiendo de los tomos últimamente añadidos (entre los cuales hay alguno excelente y varios menos que medianos), y considerando los *Recuerdos y Bellezas de España* en su primitiva serie, la ala-

banza tiene que repartirse de un modo muy desigual, si no queremos hacer ofensa a la justicia. El único tomo de Pi Margall (Granada, Málaga, Almería y Jaén), aunque libre por fortuna de las aberraciones seudofilosóficas que afean su *Historia de la pintura en España* (obra en que es fácil encontrar todas las cosas menos la que en el título se promete), peca no menos gravemente contra las leyes del buen gusto; y su estilo declamatorio y bombástico, tan lejano de la sentenciosa y enérgica concisión con que su autor escribe ahora la prosa política, y tan abundante, por el contrario, en apóstrofes y epifonemas, si recuerda el estilo de Víctor Hugo, es ciertamente por sus peores lados. Hay que advertir, además, que el progreso creciente de la arqueología y de la investigación histórica en lo concerniente a las comarcas árabes-andaluzas, ha relegado a segundo término, como anticuados y de poco provecho, éste y otros libros, a cuyos autores faltó el indispensable conocimiento de la lengua del Yemen, que un arabista poeta llamaba

La llave de oro
Que abre las puertas del saber del moro.

Valen mucho más los tomos dedicados a Sevilla y a Córdoba, aunque quizá algo de esta censura puede alcanzarles, sobre todo al primero, puesto que el segundo contiene positivos e importantes descubrimientos, como el de las ruinas de Medina Azhara. Primicias del juvenil ingenio de don Pedro de Madrazo, brillantísimo artista con la palabra como otros de su casa con el pincel, deleitan estas páginas la imaginación con la viveza y prestigio de los colores; pero no alcanzan aquel grado de originalidad crítica, de íntimo y personal sentido del arte, de investigación nueva y depurada, que tan gallardamente campean en las posteriores y muy nutridas monografías del mismo autor, y en el trabajo que recientemente ha consagrado a los poco explorados monumentos de Navarra. Es, sin duda, el señor Madrazo uno de los hombres a quienes más debe nuestra educación estética, puesto que no sólo ha ensanchado en gran manera los horizontes de la historia del arte español, sino que, predicando con el ejemplo, ha acertado siempre a hablar bellamente de las cosas bellas. Si su buen gusto clarísimo e indisputable se tacha por algunos de nimiamente refinado y meticuloso, así como su estilo de lamido y peinado en demasía; y si otros le notan de cierta inconstancia en sus predilecciones estéticas, atribuyéndola a falta de una teoría adoptada a tiempo y aplicada con firmeza, tales cargos pierden la mayor parte de su fuerza cuando se repara, en cuanto a lo primero, que el pulcro estilo del señor Madrazo es fiel manifestación de su temperamento finamente aristocrático, y agrada por el contraste con la vulgaridad y grosería que con desdichada frecuencia imperan en nuestra crítica; y en cuanto a lo segundo, que más fácilmente se perdona y debe perdonarse a un crítico de artes la ausencia de aquellas vagas y pomposas generalidades de filosofía de lo bello, que, a fuerza de querer explicarlo todo, no enseñan ni explican concretamente nada, que la falta de conocimientos técnicos y de

informaciones históricas, o lo que es todavía más grave, la carencia de aquel instinto que en ningún manual de estética se aprende, y que guía casi infaliblemente a odiar lo feo y a reconocer y amar la belleza en las rarísimas y fugaces apariciones con que recrea la mente de los humanos.

Tales fueron los colaboradores de Quadrado en la magna labor cuyo peso llevó él principalmente. La comparación no entraña injusticia, y por otra parte, era imposible eludirla. Prescindiendo de Pi Margall, en cuya vida la crítica arqueológica ha sido un brevísimo episodio sin gran resultado ni trascendencia, bella es la parte de cada cual, aunque su acción se haya desenvuelto en órbita distinta. La gloria de iniciador, digámoslo mejor, de adivinador, permanece intacta para Piferrer: suyo es el plan y la traza de la fábrica, suyos los primeros y robustísimos sillares, suyo el sistema de compenetración entre la arquitectura, la historia y el paisaje, y la red de armónicas relaciones con que todos estos elementos se entrelazan. El suave e insinuante *dilettantismo*, la cortesana gentileza que inició al mundo elegante en los secretos del taller, del estudio o de la academia, celados hasta entonces como los misterios de Isis por una legión de especialistas pedantescos, es lauro propio y privativo de Madrazo, que en 1834 comenzó su propaganda en *El Artista*, y hoy la prosigue con los mismos bríos que entonces y con el enorme caudal de doctrina que ha sabido granjearse en una vida literaria de mucho más de medio siglo.

Quadrado, por su parte, fue entre los colaboradores de los *Recuerdos y Bellezas de España* el que más ampliamente realizó la idea de la obra, no en el puro sentido de fantasía romántica con que había cruzado por la mente de Parcerisa; ni en aquella región intermedia entre la historia y la poesía en que la había mantenido Piferrer; ni en el de álbum o guía pintoresca a la inglesa a que a veces propendio Madrazo, sino en el triple concepto de topografía, de historia y de arqueología de las regiones descritas, sin sacrificar ninguna de estas consideraciones a las restantes. Y así como fue más amplio su plan, así también fue más desembarazado, más sereno e imparcial su criterio. Lo cual se manifiesta, no sólo en la atención concedida a monumentos que yacían en la oscuridad y habían sido injustamente desdeñados por la fama, al paso que los otros autores suelen atender más bien a las fábricas ya insignes y de universal celebridad, sino que le libra de ciertos exclusivismos que es indudable que Piferrer tuvo, aunque en él resultasen simpáticos por lo espontáneo y sincero de sus admiraciones no menos que de sus desdenes. Así como en literatura Walter Scott y Schiller, y en música Bellini, dominaban casi sin rivales en su espíritu, así en arquitectura, después de haber pasado, como todos los románticos, por el culto de la ojiva, había acabado por prendarse del arte románico-bizantino, tal como en las construcciones del Norte de Cataluña aparece.

Quadrado, como todo hombre que siente profundamente el arte, ha tenido también, y no podía menos, sus particulares devociones, pero nunca ha permitido que este elemento personal se sobrepusiera en sus juicios a la estimación recta y desinteresada de cada obra dentro de su género y estilo. Y así ha descrito con igual felicidad las iglesias de la reconquista asturiana y los monasterios del Pirineo aragonés, las parroquias segovianas y avilesas y los primores de la incomparable Lonja de Palma, bellísimo tipo de las construcciones civiles de la última Edad Media. No sólo lo gótico en todos sus desarrollos y evoluciones, y lo románico y bizantino, y lo llamado *mudéjar* con razón o sin ella, obtienen del crítico el altísimo precio a que son acreedores, sino que jamás se encuentran en él aquellas acerbas e intolerantes censuras que el fanatismo de escuela puso en los labios de muchos románticos al tratar de toda arquitectura posterior al Renacimiento. Justa fue en su principio la reacción del espíritu poético contra aquella disciplina árida y estéril que veía en la seca y maciza regularidad de la mole escurialense el mayor triunfo del ingenio humano; pero rara vez las reacciones se contienen en justos límites, y no hay duda en que ésta rebasó toda medida, agotando el vocabulario de las injurias, no ya contra la degeneración barroca ni contra la severa, tétrica y desordenada arquitectura herreriana, sino contra el arte gentilísimo de los Paladios y Bramantes. Quadrado se guardó mucho de caer en tales extremos, y aunque nadie ha podido tenerle nunca por sospechoso de adhesión muy ferviente a los cánones de Vitrubio, no negó su estimación y sus aplausos, cuando hubo de encontrarlas en su camino, a algunas obras insignes de la arquitectura greco-romana restaurada, y aun a algunos ingeniosos productos del barroquismo nacional o del italiano.

Pero su mundo predilecto fué, como para todos los románticos, el mundo de la Edad Media. Y entre todas las regiones que exploró y describió aunque al tratar de todas pusiese igual estudio y diligencia, es cierto que (después de su isla natal) la tierra predilecta de su corazón, la que él mejor ha sentido y más ha ilustrado, son los reinos de Castilla la Vieja y León con su corona de viejas ciudades, todas distintas y admirables todas para el arqueólogo: Salamanca y Palencia, Ávila y Segovia. A cada una de estas ciudades y de las restantes cuyos monumentos ha descrito, así como a los reinos o agrupaciones a que ellas corresponden, ha dedicado largos capítulos de historia, que son una de las partes más importantes y sustanciales de la obra. Quadrado ha sido el verdadero reformador de nuestra historia *local*, el que la ha hecho entrar en los procedimientos críticos modernos, y quien al mismo tiempo ha traído a ella el calor y la animación del relato poético, el arte de condensar y agrupar los hechos y poner de realce las figuras, el poder de adivinación que da a cada época su propio color, y levanta a los muertos del sepulcro para que vuelvan a dar testimonio de sus hechos ante los vivos. Cuando se haga el catálogo de los grandes narradores del siglo presente (que para los estudios históricos ha sido en verdad un siglo de oro), el nombre de Quadrado figurará de los primeros

en el escaso número de nombres españoles que pueden citarse. No hay de Quadrado una historia general y seguida, que quizá hoy ni puede ni debe intentarse; pero hay una serie de historias parciales, sólidas en la contextura, amenísimas en el estilo, labradas con el más discreto artificio, que oculta la firmeza de los materiales, y convierte en obra de agrado lo que realmente es obra de profunda ciencia. El que lee tales libros por recreación, y ojalá todo español los leyese, se encuentra al fin de la jornada con un caudal de noticias positivas y seguras que difícilmente encontraría juntas en ninguna otra parte; y va aprendiendo, sin sentir, la verdadera historia de su patria, estudiada como debe estudiarse, sobre el terreno mismo en que el gran drama histórico se ha desenvuelto, y entre las piedras que fueron testigos de las heroicas acciones o se levantaron para conmemorarlas; y no en áridas cronologías de reyes, batallas, embajadas, conjuraciones, asambleas y protocolos.

Y aquí del mal sino que persigue al señor Quadrado, y que con tan grave ofensa de la justicia relega al olvido tantas y tantas páginas admirables. El carácter pintoresco de la obra en que ha colaborado ha sido fatal a la difusión de su renombre literario, por ser tal la calidad de los lectores que generalmente manejan estos libros. Son muchos los que hojean los *Recuerdos y Bellecas de España*, pero casi todos son *turistas* o superficiales aficionados al arte, que ante todo se fijan en las litografías de Parcerisa o en las fototipias que lleva la segunda edición, y apenas se dignan pasar la vista indiferente o desdeñosa por el texto, que consideran meramente como explicación de los grabados. Da dolor ver perdido tan minucioso trabajo, que inútilmente llamará a las puertas de un público para quien la Guía de Ford o la de Baedeker todavía serían un pasto intelectual demasiado fuerte. Grande y bella cosa es la unión de la literatura y de las artes del dibujo; pero el ejemplo de lo sucedido a Quadrado y a Piferrer y a Madrazo y a tantos otros, debe hacer cautos a los hombres de letras para no enterrar estérilmente lo mejor de su talento en aquella especie de libros que vulgar y gráficamente se llaman *de monos* , y que en general se publican para solaz de los que no leen libros.

Sépase, de todos modos, aunque para ciertos piratas literarios no ha sido cosa enteramente ignorada, que la parte histórica de los tomos del señor Quadrado está llena de investigaciones de primera mano, además de ofrecer el más elegante resumen de las fuentes históricas anteriormente conocidas. Allí está, por ejemplo, la mejor monografía, por no decir la única que tenemos, sobre la monarquía asturo-leonesa, cuya historia sugiere tan difíciles y complejos problemas[781]. Allí se reducen a fácil y elegante compendio los fastos históricos de Aragón para quien no tenga tiempo o voluntad de emboscar-

[781] Sólo puede añadirse la del señor Caveda, no impresa hasta 1879 en el tomo IX de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

se en la intrincada selva de sus analistas, que pueden dar ocupación para una vida entera. Allí se presenta la flor y se exprime el jugo de las historias de ciudades, sin la impertinente difusión y sobra de credulidad de que las más de ellas adolecen, pero sin omitir ninguna de las preciosas indicaciones que sobre el antiguo régimen social contienen. Quadrado posee el don rarísimo de concentrar lo últil y eliminar lo superfluo: su estilo tiene un poder de condensación que pasma en esta tierra de escritores palabreros. Es cierto que obliga a la segunda lectura, pero tal obligación está bien compensada así por el deleite como por el provecho. En pocas páginas resume a Colmenares sobre Segovia y a Pulgar sobre Palencia; en pocas más adelanta casi todo lo esencial de lo que sobre Zamora y Salamanca nos han enseñado muy recientemente las doctas investigaciones de los señores Fernández Duro y Villar y Macías. A estos y otros beneméritos cronistas de ciudades castellanas precedio en muchos años y abrió la puerta el señor Quadrado, que si en algún caso como en el de León pudo disfrutar de historia tan excelente como la del P. Risco, en otros ni impresas ni manuscritas pudo hallarlas, o fueron tales, que eran más para huidas que para consultadas, como el libro del padre Ariz sobre Ávila.

La corona de todos los trabajos históricos de Quadrado sobre la Edad Media española, en cuyo estudio le declaró Hübner diligentísimo y benemérito, será, sin duda, su prometida y en gran parte ya realizada *Historia del reino de Mallorca*, a la cual le han estimulado juntamente la caridad de patria y el celo paleográfico, que después de haberle hecho cubrirse con el polvo de los archivos de media España, acabó por llevarle, como a su propio y natural centro, al retiro cenobítico del *Archivo general* de Palma, por él organizado y dirigido admirable y sabiamente durante cerca de medio siglo. El Archivo de Mallorca y la persona del señor Quadrado han llegado a compenetrarse y a ser una cosa misma, como lo fueron el Archivo de la Corona de Aragón y la persona de don Próspero Bofaroll. ¡Memorables ejemplos de lo que puede y alcanza el entusiasmo regional cuando cae en varón erudito y juicioso, y de lo que medran y adelantan, aun con exiguos recursos oficiales, las instituciones confiadas a su cuidado, y no a los de un personal abigarrado y transeúnte, que suele mirar los archivos como lugares de destierro y penitencia!

Pocas veces se han reunido en nadie como en Quadrado, cronista de Mallorca, las tres condiciones más indispensables en el historiador: el íntegro, cabal y bien digerido conocimiento de la materia, lo mismo en el detalle mínimo que en el cuadro general; la independencia y rectitud de juicio, libre de toda pasión de escuela y de todo estímulo de falso patriotismo; y finalmente, el arte soberano de la narración, sin el cual la historia más crítica, más imparcial y mejor documentada no será nunca más que media historia. Porque, en cuanto a lo primero, es cosa evidente y notoria que por manos de Quadrado han pasado, no una, sino repetidas veces, todo género de papeles impresos o manuscri-

tos sobre las Islas Baleares, sin que se hayan ocultado a sus investigaciones ninguno de los archivos públicos o privados de Mallorca, ni tampoco los de aquellas comarcas del Mediodía de Francia que con ella formaron el antiguo reino. Y no sólo ha reconocido y organizado por sí mismo todo este inmenso aparato histórico, sino que en vez de acelerarse como tantos otros eruditos a entregar crudas al público las primicias de su labor, ha dejado madurar su proyecto años y años, ocupados no solamente en la depuración de cada hecho, sino en meditar sobre la síntesis histórica que enlaza la historia de Mallorca con la de los demás reinos ibéricos, y ésta con la historia general, como pensador que es y avezado a altas meditaciones de filosofía histórica. En segundo lugar, Quadrado, que ha tenido valor para resistir al torrente catalanista y mantener vivo en su alma el culto de la patria común, que no menoscaba, sino que engrandece y realza el amor a la patria pequeña, muestra igual serenidad de juicio cuando condena la usurpación de don Pedro IV, y su inicuo proceder con la infeliz dinastía de Mallorca, que cuando execra las matanzas de los judíos de la isla y la bárbara preocupación que a ellas ha sobrevivido, o cuando hace trizas la leyenda revolucionaria que pretendio convertir a Juan Colom en héroe y en vengador del derecho, y en apóstoles de la libertad a los asesinos de la *Germanía*. Ni rencores de Mallorca contra la dinastía de Aragón, ni rencores de Cataluña contra Castilla, ni preocupaciones aristocráticas tan vivas en la isla, ni amargo y fanático celo con sombra de religión, encuentran gracia a sus ojos, ni logran de su pluma independiente y severa el menor acatamiento. Donde está la justicia allí está él, con la patria o contra la patria.

Y, finalmente, por lo que toca a la tercera condición antes apuntada, superfluo nos parece repetir lo que llevamos dicho en elogio de la fantasía histórica del señor Quadrado; que fantasía exige la historia, y no en grado exiguo, y sin ella no se concibe al historiador perfecto, aunque sea un investigador de la talla de Zurita, de Flórez o de Muratori. Baste decir que en los capítulos publicados de la historia de Mallorca, Quadrado resulta vencedor de sí mismo; o por la especial devoción que consagra al asunto, o por haber llegado a la plena madurez de sus facultades y a la posesión completa de su estilo; o, finalmente, por las excepcionales condiciones de su tema, que no es ya una crónica local y circunscrita al recinto de una ciudad o pequeña provincia sin autonomía histórica, sino la de un Estado que en tiempos fue independiente y poderoso, y cuyos anales, conocidos día por día sin interrupción alguna, y con inusitado lujo de pormenores, nos ofrecen tan nuevas condiciones de organización social, tan interesantes rasgos de costumbres públicas y domésticas, episodios tan dramáticos, conflictos de tan extraño carácter, y por decirlo todo, un sello de originalidad que realza y diferencia a Mallorca, no sólo entre las diversas regiones de España, sino entre las mismas que compusieron la antigua Corona de Aragón. A tan admirable variedad de casos históricos responde fielmente la

varia y sólida trama del estilo de Quadrado, hábil, como pocos, para sorprender el misterio de la vida en la letra muerta de los documentos.

Todavía no gozamos por completo de esta obra inestimable, cuya elaboración ha durado tanto como la vida literaria del autor, que ya en su juventud publicó dos episodios de ella: *La Conquista de Mallorca*, en que reunió y anotó los textos de Marsilio y Desclot comparados con el de la Crónica de don Jaime y el Repartimiento de la isla; y *Forenses y Ciudadanos*, trabajo de mucho mayor empeño, en que lo interesante del relato compite con el profundo conocimiento de una cuestión social ignorada hasta entonces por nuestros historiadores: libro, en suma, que puede rivalizar con los mejores capítulos de Alejandro Herculano, ya se atienda al arte severo de la composición, ya al nuevo modo de considerar y entender la Edad Media.

Con la modesta apariencia de suplementos a la obra de Piferrer, nos ha dado últimamente el señor Quadrado una parte muy considerable de su historia, que en nuestro concepto deberá pasar intacta al libro definitivo, salvo el añadir y rectificar aquellas cosas que de nuevo haya enseñado al autor su perseverante investigación, que en estos últimos años se ha extendido a los archivos de Perpiñán. Pero capítulos tales como el de las postrimerías del reino, el de la matanza de los judíos, el de las germanías, no podrían retocarse sin evidente peligro de que perdiesen algo de la varonil y austera belleza que en ellos campea, del tejido recio y fibroso de su estilo. La historia del reino de Mallorca, más interesante que la de los Duques de Borgoña, ha encontrado por fin su Barante, más sobrio y nervioso que el primero, y no reducido a parafrasear en ameno estilo crónicas viejas, como el otro hizo, sino con todo aquel caudal de filosofía histórica que podía esperarse de quien, antes de escribir los anales de un pequeño reino, había salido con lucimiento de la empresa, que parecería temeraria si no la hubiese justificado el éxito, de continuar el Discurso de Bossuet sobre la *Historia Universal*.

Es cierto que las obras de genio ni se continúan ni se repiten; pero excluyendo toda comparación por inoportuna y por contraria a la modestia del insigne escritor mallorquín, basta que su continuación sea, como realmente lo es, el mejor compendio de historia moderna, y el mejor ensayo de filosofía de la historia dentro del criterio providencialista, que en estos últimos tiempos ha aparecido en España. Hay en él portentos de concisión dignos de Tácito, concentración luminosa de innumerables sucesos, toques rápidos y vigorosos que suscitan la visión de una figura o de un período entero, palabras preñadas de sentido, mirada sintética y audaz que se cierne sobre las cumbres de la historia y reduce a unidad la dispersa muchedumbre de acontecimientos, sin olvidar ninguno esencial, y mostrando en todos su ley generadora. Y obsérvese que, por lo tocante a la materia histórica, era relativamente más fácil la tarea de Bossuet, circunscrita, pue-

de decirse, a seguir los destinos providenciales del pueblo judío y del pueblo romano, lo cual le permitió dar a su obra la imponente unidad, la grandeza oratoria, la clásica sencillez del plan, que la hacen digna de toda admiración. Pero encerrar en una sinopsis de dos pequeños volúmenes la caótica variedad de los siglos medios y modernos, y esto sin hacer la historia por epigramas como Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, ni perderse en nebulosas vaguedades místicas como Federico Schlegel, ni descoyuntar los hechos en el potro de un inflexible mecanismo doctrinario como Guizot, es algo muy raro, muy difícil de lograr, y que honra a Quadrado y a nuestra literatura. La patria de Bossuet ha recibido con encarecimiento y justos plácemes esta continuación, y hace ya diez años que en la *Revue de Geographie* de París le dedicaba extenso y profundo estudio Mr. Luis Drapeyron, juzgándola doctamente, si bien con resabios propios de la profesión que el crítico hace de racionalista.

Este nuevo *Discurso sobre la Historia Universal* nos conduce como por la mano a otra copiosa serie de escritos del autor, que se refieren a materias de religión, filosofía y política, en los cuales ha de buscarse el fundamento de su criterio histórico. Estos escritos son, como queda dicho, en gran número, y por primera vez se imprimen ahora coleccionados, prescindiendo sólo de algunos artículos de interés más efímeros.

La política de Quadrado depende de su filosofía religiosa. Quadrado es ante todo apologista católico, y escribe sobre las cosas de la tierra puestos siempre los ojos en el cielo, lo cual no quiere decir que su política sea mística o teocrática, sino pura y sencillamente cristiana y católica, sin mezcla ni confusión de lo humano con lo divino. Pero bajo esta denominación de *apologista católico* suelen comprenderse escuelas y tendencias tan diversas entre sí, ora se mire a su fondo científico, ora a sus aplicaciones prácticas, que conviene precisar y deslindar la escuela o tendencia filosófico-religiosa a que el autor pertenece, único modo de apreciar rectamente los rumbos que en política ha seguido, obedeciendo siempre a los dictados de su pensamiento y de su conciencia, nunca a intereses frívolos y transitorios.

Cuando Quadrado llegó a la arena política publicando en 1842 sus primeros artículos en *El Católico* y fundando en 1844 La *Fe*, dos bandos poderosos y encarnizados, después de haber lidiado sin cuartel ni misericordia en los campos de batalla, permanecían irreconciliables, ceñudos y rencorosos, como separados por un mar de sangre y por un abismo de ideas todavía más hondo. Decíase el uno representante de la tradición y heredero de la España antigua, y no puede negarse que en parte lo fuera, si bien por fatalidad de los tiempos, al resistir el empuje de la revolución demoledora, pareció identificar su causa con la de instituciones caducas y condenadas a irremediable muerte, y se constituyó en defensor, no de una tradición gloriosa cuyo sentido apenas comprendía ni alcan-

zaba como no fuese de un modo vago e instintivo, sino de los peores abusos del régimen antiguo en su degeneración y en sus postrimerías. Con esto dieron aparente justificación a los del partido adverso, que pensando y sintiendo con el espíritu de la revolución francesa, radicalmente hostil a todo elemento tradicional e histórico, confundían bajo el mismo anatema los principios fundamentales y perennes de nuestra vida nacional, y las corruptelas, imperfecciones y escorias que el transcurso de los siglos y la decadencia de los pueblos traen consigo.

Como todo sistema político presupone una cierta filosofía, o por lo menos un conjunto de principios generales sobre el orden social, cada una de estas dos grandes banderías, en que vino a disgregarse España durante la primera mitad de nuestro siglo, tuvo de un modo más o menos claro y explícito su peculiar filosofía, de la cual dedujo consecuencias tan radicalmente contrarias como lo eran entre sí las tesis primeras. Lo cual no quiere decir que dentro del mismo partido pensasen de igual suerte los que algo pensaban, ni que andando el tiempo dejaran de insinuarse en uno y en otro elementos nuevos que rompiendo la unidad de miras y criterio, habían de conducir a nuevas soluciones, así en lo racional y teórico como en la política práctica, engendrando a la par nuevas escuelas y nuevos partidos.

Es cosa notoria que el espíritu de los liberales en su primer tiempo, es decir, en los dos períodos de 1812 a 1814 y 1820 a 1823, y aun puede decirse que durante la primera guerra civil, había sido el del siglo XVIII en toda su pureza: es decir, que en filosofía profesaban el empirismo ideológico de Condillac, Destutt-Tracy y Cabanis, y en materia de legislación y ciencia social, después de haber pasado por el *Contrato social* y por los libros del abate Mably, habían anclado en el utilitarismo de Bentham, a quien Núñez, Salas, Reinoso y otros muchos veneraban como un oráculo, y a quien en 1820 pedían las Cortes mismas su opinión sobre nuestros códigos y proyectos de ley. La emigración de 1823 no modificó notablemente este estado de las ideas, por haberse dirigido casi toda a Inglaterra, donde el empirismo filosófico tiene de antiguo su principal asiento como por juro de heredad y constante tendencia de raza. Dióse, pues, el raro caso de una juventud política, apasionada, temeraria, romántica, que aventuraba sin cesar la vida y derramaba pródigamente la sangre en intentonas descabelladas y temerarias, en pro de un ideal que venía a resolverse en sesualismo materialista y en egoísmo reflexivo y sometido a las leyes de una cierta aritmética moral. Tal contradicción no podía ser duradera; y si bien los hombres educados a los pechos de la Enciclopedia y de Bentham, los hombres de 1812 y de 1820, permanecieron duros y aferrados a sus antiguos errores, haciendo con ello gala de incorruptible consecuencia, la juventud que entró en la vida pública en 1834 sentía ya y empezaba a pensar de otra manera, y propendía visiblemente a una reacción espiritualista. A ello contribuyó de poderosa manera la revolución lite-

raria que conocemos con el nombre de *romanticismo*; y contribuyó también el ejemplo de la vecina Francia, donde en tiempo de la Restauración las doctrinas de los ideólogos habían caído en gran descrédito, y por el contrario, el espiritualismo en sus diversas formas había renacido con brillantez en los escritos y lecciones del teórico de la voluntad, Maine de Biran, de Royer-Collard y de Jouffroy, importadores de la psicología escocesa, y del elocuente y genial Víctor Cousin, que comenzó vulgarizando, no sin nota de panteísmo, las principales tesis del idealismo alemán, especialmente del de Schelling y acabó por intentar una restauración del cartesianismo elevándola a la categoría de ciencia oficial o universitaria, que conservó por muchos años. El impulso llegó pronto a España; y ya en 1840 la parte más culta de la juventud liberal, la que fue el plantel del partido moderado, había sustituido la *Ideología* de Destutt-Tracy con las *Lecciones* de Cousin y Damiron, y el *Derecho penal* de Bentham con el de Rossi. Educados en la escuela de los doctrinarios franceses, y creyendo firmemente en la soberanía de la inteligencia como primer dogma político, del modo que Donoso Cortés, por ejemplo, le expone en sus *Lecciones de Derecho público*, tenían que romper forzosamente toda alianza con los partidarios de la soberanía del número y del imperio democrático de las muchedumbres. Y así aconteció en efecto, convirtiéndose desde entonces en anarquistas y agitadores perpetuos los antiguos *exaltados* , que comenzaron a llamarse *progresistas* ; y agrupándose los restantes para formar un partido conservador y de orden, que tuvo el pecado irreparable de no llegar a españolizarse jamás, de gobernar con absoluto desconocimiento de la historia, empeñándose en implantar una rígida centralización administrativa, en ninguna parte tan odiosa y tan odiada como en España; pero partido al cual no pueden negarse sin injusticia notoria, buenos propósitos, mejoras positivas, y sobre todo generosos arranques y grandes servicios a la defensa social en momentos críticos y solemnes, en que el árbol de la vieja Europa amagaba troncharse al peso del huracán de 1848.

Si la cultura de los liberales adolecía de exótica y superficial, la de los partidarios del antiguo régimen había llegado a tal extremo de penuria, que en nada y para nada recordaba la gloriosa ciencia española de otras edades, ni podía aspirar por ningún título a ser continuadora suya. Todavía a principios del siglo se conservaban, especialmente en las órdenes religiosas y en el seno de algunas universidades, tradiciones venerables, aunque por lo común de puro escolasticismo; y en tal escuela se formaron algunos notables apologistas, férreos en el estilo, pero sólidos en la doctrina, superior con mucho en elevación metafísica a la filosofía carnal y plebeya del siglo XVIII, única que ellos tenían enfrente. Así lograron y merecen aplauso y buena memoria el sevillano P. Alvarado, el valenciano P. Vidal, el mallorquín P. Puigserver, y otros que aquí se omiten. Pero su obra resultó estéril en gran parte, así por la sujeción demasiado nimia que mostraron al procedimiento escolástico, sin hacerse cargo de la diferencia de tiempos y lectores,

cuanto por la intransigencia de que hicieron alarde respecto de toda otra filosofía, condenando de plano todo género de innovaciones buenas o malas, hasta en la enseñanza de las ciencias físicas. Y como al propio tiempo su estilo, que por lo común era inculto, desaseado y macarrónico, no convidase a tal lección a los hombres de buen gusto, este escolasticismo póstumo no solamente no sirvio para convencer a los liberales, sino que entre los realistas mismo hizo pocos prosélitos; siendo sustituido pronto, y sin ninguna ventaja de la cultura nacional, por traducciones atropelladas de aquellos elocuentes y peligrosos apologistas neocatólicos del tiempo de la Restauración francesa, Chateaubriand, De Maistre, Bonald, Lamennais (en su primera época). Tal fue la más asidua lectura del clero español y de los legos piadosos en los últimos años del reinado de Fernando VII; y por este camino la devoción española vino a saturarse muy pronto de sentimentalismo poético, de tradicionalismo filosófico, de simbolismo teosófico, de absolutismo teocrático, de legitimismo feudal y andantesco y de otra porción de ingredientes de la cocina francesa, que mal podían avenirse con nuestro modo de ser llano y castizo. Cuán grande fue el peligro dígalo el grande ejemplo de Donoso Cortés, que ni antes ni después de su conversión acertó a ser español en otra cosa que en el poder y magnificencia de su palabra deslumbradora, con cuyo regio manto revistió alternativamente ideas bien diversas, pero todas de purísimo origen francés, ora fuese el inspirador Royer-Collard, ora Lamennais, De Maistre o Bonald.

Una sola excepción, pero tan grande y gloriosa que ella sola basta para probar la perenne vitalidad del pensamiento español aun en los períodos menos favorables a su propio y armónico desarrollo, nos ofrece Balmes, cuya elevada significación filosófica, apenas entrevista por sus contemporáneos, y aun por muchos de los que se dicen admiradores suyos, ha de crecer con el transcurso de los tiempos y con el mayor estudio de aquella obra capital entre las suyas, aunque no sea la más leída, en que depositó las más ricas intuiciones de su espíritu. El único libro filosófico español de la primera mitad de nuestro siglo en que se ve un esfuerzo propio e independiente para llegar a la verdad metafísica, el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos o con los que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía fundamental*, libro que precisamente por su originalidad no ha encontrado mucho favor entre los neoescolásticos, que evitan hablar de él o lo hacen sólo con reticencias y salvedades, y hasta con marcada frialdad, como si un solo capítulo de Balmes no valiese más que todos los manuales y rapsodias que ellos han hecho. Para mí el Balmes metafísico no es inferior en nada al Balmes admirable tratadista de lógica práctica en *El Criterio* y de filosofía de la historia en *El Protestantismo*. Es rebajar su acción filosófica, o más bien no entenderla, el querer reducirle al papel de precursor tibio e inconsecuente de la restauración escolástica. Si tal restauración hubiera intentado, tendrían razón sus censores, puesto que el libro está lleno de capitales infracciones a la doctrina y al méto-

do de la Escuela. Pero en esto mismo consiste su valor propio, y esto es lo que le saca del montón y da a su autor un puesto separado en los anales de la filosofía cristiana. Balmes admiraba la Escolástica, y se había educado en la *Summa* de Santo Tomás; encontraba en ella muchos elementos adaptables e incorporables a la filosofía moderna; pero al examinar con libre juicio las cuestiones fundamentales de la filosofía, no entendió, ni por un momento, abdicar su espíritu crítico en aras de ningún sistema. Balmes, digámoslo sin temor, fue filósofo ecléctico, fue espiritualista cristiano independiente, con un género de eclecticismo que está en las tradiciones de la ciencia nacional, que brilló en nuestros grandes pensadores del Renacimiento, y que volvio a levantar la cabeza, no sin gloria, en el siglo XVIII. Balmes coincidio con esta tradición sin procurarlo, y aun sin saberlo; y contra el eclecticismo francés, que servía entonces de conductor al panteísmo germánico, levantó un eclecticismo español, que valía tanto como el de Cousin, por lo menos. Esta fue su obra y su gloria, y por ella el nombre de Balmes es el único nombre de pensador español de este siglo conocido y respetado en toda Europa por creyentes y por racionalistas. Es cierto que tuvo más fuerza analítica que sintética, más vigor dialéctico y destreza polémica que unidad de concepto metafísico, más pujanza en la crítica que en la afirmación, por donde vino a dejar en su filosofía huecos y contradicciones que amenguan un tanto su valor sistemático. Pero ¿a dónde no hubiera llegado de alcanzar la vida de Leibnitz o de Kant, el que a los treinta años se anunciaba al mundo filosófico con tal libro? ¡Y cuánto hubiera ganado la cultura española prosiguiendo con viril energía en aquella senda de racional libertad, sin sobrecogerse con escrúpulos monjiles, ni lanzarse a ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar uno solo de los derechos que a la razón en su esfera propia legítimamente pertenecen!

La *Filosofía fundamental* se construyó en gran parte con materiales extranjeros, pero la oculta concordancia entre el espíritu de Balmes y el genio filosófico de la raza le hizo preferir aquellos más afines con el sentido propio y peculiar de nuestra especulación filosófica en aquellas edades en que había vivido de savia propia. Y así, al admitir elementos del psicologismo cartesiano, y entre ellos el punto de partida y el propio entimema, retrocedía a través de Descartes, hasta Gómez Pereira; al inspirarse en los pacientes análisis de la escuela escocesa, parecía volver los ojos a Luis Vives; al mirar con simpatía las concepciones armónicas de Leibnitz, pudiera decirse que algo del ontologismo neoplatónico de Fox Morcillo reflorecía en su espíritu. Si la filosofía española del siglo XIX (entendiendo por tal algo que tenga carácter propio, y no sea indigesta repetición de Kantismo, Hegelianismo, Krausismo, Positivismo y Neo-tomismo italiano o alemán) está en alguna parte, en Balmes seguramente ha de buscarse. Su misma doctrina política, tan conciliatoria, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los violentos, debe a la amplia base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de aquella

lepra feroz de fanatismo, de aquella especie de pedantería sanguinaria que por muchos años convirtió en Caínes a todos los partidos españoles.

Hablar de Balmes es en cierto modo hablar de Quadrado, que en materias sociales y políticas estuvo siempre de su lado, aunque en rigor no puede decirse que fuera discípulo suyo, puesto que empezó a escribir casi al mismo tiempo. De 1839 data el folleto *de los bienes del clero*, y a 1840 se remontan los primeros artículos literarios de Quadrado en *La Palma*, a 1843 sus primeros artículos políticos en *El Católico*. La influencia de Balmes fue muy poderosa en su espíritu, pero no excluyó otras influencias, ni menos la iniciativa propia. Balmes era filósofo y matemático; Quadrado, arqueólogo y literato romántico; naturalezas, como se ve, muy diversas, y que en algún modo puede decirse que se completaban. No era indiferente Balmes a los goces estéticos, especialmente a los de la música y la poesía, pero sus infelicísimos versos dan testimonio de lo estéril de estas aficiones artísticas suyas, que por otra parte le honran. Su entendimiento lúcido y vigoroso, pero no exento de cierta sequedad prosaica, era más apto para comprender la verdad que la belleza. Fué, pues, providencial el encuentro de ambos escritores, y la naturaleza afectiva y poética de Quadrado vino a templar, digámoslo así, la austeridad del genio de Balmes y a traer a sus luminosas doctrinas el calor que quizás las faltaba.

No es esto decir que haya absoluta conformidad en el pensamiento de ambos escritores. Quien lee aquella especie de programa que con el título de *La Fe considerada bajo sus diversos órdenes* publicó Quadrado en 1844, fácilmente discierne una filosofía distinta de la de Balmes en puntos capitalísimos. No hay que negar que Quadrado fue tradicionalista durante un largo período de su vida, cuando era lícito profesar el tradicionalismo como cualquier otro sistema de filosofía cristiana, antes de las explícitas declaraciones del Concilio Vaticano sobre los derechos respectivos de la Fe y la Razón. Una aprensión excesivamente viva de los peligros y desordenes en que fácilmente cae la especulación racional abandonada a sus propias fuerzas, le arrastró, como a Bonald y a tantos otros, al extremo opuesto, llevándole a convertir el escepticismo filosófico en máquina de guerra contra el escepticismo religioso. En la razón no quiso ver más que tinieblas, o a lo sumo débiles reflejos de una revelación primitiva transmitida por la tradición oral. No se detuvo ante la afirmación de la impotencia y nulidad del conocimiento racional. La filosofía fue a sus ojos una pura negación, contrapuesta a la fe, que es afirmación pura. Y por aversión al racionalismo, vino a dar en conclusiones claramente sensualistas, negando la espontaneidad racional, y declarando que la razón, como facultad meramente *pasiva*, sólo de los sentidos y de la palabra recibe sus nociones, así en el orden físico como en el moral.

Es inútil encarecer los peligros de esta doctrina, cuyos orígenes más remotos están en Tertuliano y otros apologistas de la escuela africana. La Iglesia ha hablado solemnemente sobre este punto, y entre los tradicionalistas, que fueron siempre fervorosísimos católicos, no hay uno solo que haya dejado de someterse, honrándoles tanto esta sumisión como antes su bueno y piadoso celo. El odio a la ciencia carnal y a la filosofía parlera, que hincha y no edifica y deja seco el corazón y vacío el entendimiento, no debe hacernos perder de vista ni un solo momento que la fe sólo puede recaer en sujeto racional; y que la razón, lejos de tener pacto firmado con el error, puede elevarse, y de hecho se ha elevado, por su propia actividad, a la comprensión más o menos íntegra y clara de aquellas verdades de teología natural que son preámbulo de los artículos de la fe. El mismo Tertuliano se veía obligado a invocar el testimonio del alma *naturaliter christiana*; y entre los Padres griegos, comenzando por los más antiguos, predominó siempre aquella hermosa doctrina de San Justino sobre la virtud del *logos spermaticos* que derramó la Sabiduría Eterna en todos los espíritus, para que pudieran elevarse, aun por las solas fuerzas naturales, a una intuición o conocimiento parcial del Verbo, aunque la completa comunicación y manifestación del Verbo por obra de gracia sólo se cumpla mediante la revelación de Cristo. La escuela alejandrina, con Clemente y Orígenes, lejos de considerar la filosofía como vana cavilación y semillero de herejías, la miró como preparación providencial del cristianismo, concedida a los gentiles como la Ley a los Hebreos. Y finalmente, los escolásticos, especialmente Santo Tomás, tuvieron tan alta idea de la razón humana, que la llamaron «participación de la lumbre increada» y «espejo de las razones eternas». Este y no otro es el sentir tradicional de las escuelas cristianas, y a él se ha vuelto afortunadamente, sin peligro por ahora de temerarias novedades, que en son de poner la fe a cubierto de todo ataque, abrían un abismo insondable entre la fe y la ciencia.

Fuera de estos resabios de tradicionalismo que pueden depender a veces de falta de rigor y precisión en los términos, por donde resultan más duras ciertas proposiciones que en la mente de su autor quizá no lo serían tanto, nada hay que reparar, y sí mucho que elogiar, en los elocuentes *Ensayos religiosos* del señor Quadrado, que a lo bruñido y firme del estilo juntan la penetración de psicólogo y moralista ejercitada y depurada en el trato de espíritus humanos, aun más que en el trato de libros. Quadrado es de los pensadores que meditan y observan mucho más de lo que leen, y de los que educan y cultivan simultáneamente la vida del sentimiento, la de la razón y la de la fantasía; y sin duda por eso el inolvidable Llorens, nuestro primer psicólogo de este siglo y uno de los más eminentes educadores que hemos tenido, sentía por Quadrado tan especial predilección, como espíritu gemelo en algún modo del suyo, siendo en él vocación instintiva lo que era en Llorens estudio metódico y ocupación de todos los momentos.

Es de suponer que, después de la aparición de la *Filosofía fundamental* , fuese modificando Quadrado sus tesis tradicionalistas y acercándose en esto como en lo demás al sentido de Balmes; pero es lo cierto que después de 1844 escribió poco sobre estas materias, aparte de los ya citados artículos de *La Fe* y de otros que allí mismo aparecieron y en este volumen se reproducen, y que tienen la gran curiosidad de presentar con ocho años de anticipación la mayor parte de las ideas fundamentales del memorable *Ensayo* de Donoso Cortés.

En lo que sí hubo total uniformidad de criterio entre Balmes y Quadrado, fué, como queda dicho, en las cuestiones políticas y sociales, de tal modo, que la colección de los escritos del uno debe considerarse como necesario complemento y apéndice de los del otro. *La Fe* es inseparable de *La Civilización* y de *La Sociedad*; *El Conciliado* completa *El Pensamiento de la Nación*. Y puede decirse que cuando la muerte arrebata a Balmes en 1848, termina también la vida política de Quadrado, que dedicado desde entonces a la historia y al arte, sólo rarísimas veces rompe el silencio, y eso no paró para cuestiones de política diaria, sino para notar los progresos del socialismo en 1850 y buscar remedio a la nueva dolencia, o para defender la unidad religiosa en 1855 y en 1868.

El punto culminante de las campañas periodísticas de Quadrado ha de buscarse en sus escritos del año 1845 publicados en *El Conciliador* y en *El Pensamiento de la Nación*, siendo director del primero de estos periódicos y colaborador asiduo del segundo, que dirigía Balmes. La generosa fórmula que en ambos se defendía no era otra que la reconciliación sincera de todos los españoles católicos y monárquicos, y como medio de lograrla y principio de una política nacional, la fusión dinástica que ahuyentara para siempre el espectro de la guerra civil, haciendo entrar en la legalidad constitucional al partido carlista. En torno de esta bandera, que a sus mismos adversarios pareció patriótica, se agruparon muchos hombres de buena voluntad, procedentes los unos del partido carlista, como el mismo Balmes y el mismo Quadrado, aunque éste por sus pocos años y aquél por la naturaleza de sus estudios estuviesen desligados de todo compromiso con los partidarios del absolutismo tradicional; y los otros de cierta fracción disidente del partido moderado, que más de una vez se vio a las puertas del poder, y que en las Cortes de 1844 llegó a estar representada por 24 diputados, a quienes acaudillaba un hombre que fue dechado de caballeros y de ciudadanos, el segundo Marqués de Viluma.

El pensamiento de Balmes y Viluma parece haber nacido al calor del movimiento nacional de 1843 que derribó al regente Espartero. Vióse en aquella crisis a los moderados, sin perjuicio de aliarse con los progresistas, buscar también el apoyo de los carlistas vencidos, y halagar los sentimientos religiosos y tradicionales del país con promesas y esperanzas de próxima reparación; y vióse también a muchos de los carlistas prestarse

gustosos a tales pláticas y ayudar al triunfo de la coalición, que manifiestamente tuvo carácter de reacción monárquica en muchas ciudades. Pero tales esperanzas se vieron pronto desvanecidas. Es cierto que los progresistas conjurados contra el Regente desaparecieron de la escena poco después de su efímera y aparente victoria; pero llegados al poder los moderados, no desmintieron sus tradiciones de partido parlamentario, y lejos de dar paso alguno para la ansiada reconciliación, continuaron excluyendo del derecho común a los carlistas, y ni siquiera llegaron al arreglo de las cuestiones pendientes con Roma, prolongándose con esto años y años la tribulación de la Iglesia española, huérfana de sus pastores, despojada de sus bienes, herida y atropellada en su inmunidad.

Sólo aquella fracción del partido moderado a que aludimos comprendio en 1844 la verdadera situación de las cosas, y los deberes de un partido conservador y de orden en tales momentos, y no dudó en invocar el concurso de los carlistas para la grande obra de la pacificación moral. El alto espíritu de Balmes acogió gozoso la idea, y su palabra lógica y persuasiva la llevó por todos los ámbitos de España. Suscitada en 1845 la cuestión del matrimonio de la Reina, *El Pensamiento* y *El Conciliador* pronunciaron sin ambajes el nombre de su candidato, el Conde de Montemolín, el llamado Carlos VI, el pretendiente expatriado y proscrito. El proyecto fracasó, y era inevitable que fracasase, no porque dejara de ser el único pensamiento genuinamente español, el único que hubiese atajado desastres sin cuento, dando acaso diverso giro a nuestra historia, sino porque a toda luz era prematuro e irrealizable. Las heridas de la guerra civil manaban sangre todavía; los odios no habían tenido tiempo de apaciguarse, y aun más que contra las ideas estaban enconados contra las personas: las ruinas morales que deja en pos de sí una lucha ferocísima y sin cuartel, como fue la de los siete años, no se reparan en un día. Balmes y Quadrado llevaron el bálsamo a las llagas, pero no hicieron ni podían hacer más. Dos años de lucha y dos periódicos no bastan para pacificar un pueblo perturbado y desquiciado por medio siglo de revoluciones y reacciones, a cual más sanguinarias e insensatas. La fusión dinástica fue rechazada por todo el mundo; a los liberales pareció una abdicación en favor del absolutismo, a los carlistas una apostasía en favor de los liberales: unos y otros invocaron la sangre derramada en cien batallas por la pureza e integridad de sus respectivos ideales, y el proyecto de matrimonio tropezó lo mismo con la oposición de la reina Cristina que con la de la familia proscrita, lo mismo con el clamoreo de los moderados que con el de los progresistas. Las consecuencias de esta ceguedad universal no hay que recordarlas; en 1893 hállense las cosas en el mismo estado que en 1844; una revolución radical, que hundio en 1868 el trono de doña Isabel en medio de la indiferencia, cuando no del regocijo de los carlistas; una nueva guerra civil y dinástica, no han bastado para convencer a los monárquicos españoles de la impotencia de sus esfuerzos aislados y del profético sentido de aquel postrer artículo de Balmes, *¿Por dónde se sale?* Tres meses antes Quadrado había escrito cosas análogas al retirarse

a sus tiendas. Ellos solos tuvieron razón aquel día, pero con la desventaja de tenerla ellos solos y de tenerla antes de tiempo. Hoy mismo, después de medio siglo y de innumerables lecciones y escarmientos, ¿quién puede decir que el fruto esté en sazón, ni siquiera que se aproxime a la madurez?

No fracasó ciertamente la empresa de Balmes por incompatibilidad de principios, como algunos imaginan, sino por incompatibilidad de personas. Todavía en 1845 la bandera católica y monárquica podía cobijar a todos. La cuestión de tolerancia religiosa no se había presentado aún con el grave carácter que tomó en 1855, en 1869, en 1876. La Constitución de 1837, obra de los progresistas y principalmente de Olózaga, había respetado la unidad de la creencia nacional, y la de 1845 fue todavía más explícita en este punto. Había, es cierto, en el antiguo partido moderado, como hay en los modernos partidos conservadores, un número no pequeño de volterianos rezagados, de incrédulos o indiferentes, hombres del siglo XVIII, convertidos a los principios de orden por el espectáculo de la revolución desatada, pero incapaces de comprender la intimidad del sentimiento religioso, ni de ver en la religión otra cosa que una salvaguardia de la paz pública y un *instrumentum regni*. Pero éstos fueron siempre los menos, y su espítitu nunca dominó en el partido, que más bien fue aceptando con el transcurso del tiempo una gran parte del programa de aquella fracción disidente de 1844 que nunca llegó al poder, pero que continuó influyendo después de vencida y en apariencia disuelta. Hechos tales como la expedición a Roma en 1849; la negociación del Concordato en 1851, la reacción de 1857, manifiestan claramente el prestigio y la fuerza que conservaban las ideas religiosas en la gran masa del partido conservador de aquellos días. Y en realidad el *Pensamiento de la Nación* no ha muerto aún porque es de esencia perenne. Ayer mismo le vimos renacer con grandes esperanzas de triunfo; y aunque las pasiones humanas contrariaron o esterilizaron por el momento tal obra, haciendo degenerar en grosero y escandaloso pugilato de injurias soeces y baldones irreparables una polémica nacida de diferencias mínimas, habría que desesperar de los destinos de España si no creyéramos que las palabras de paz y concordia entre los creyentes, que hoy suenan en labios de nuestro episcopado, dejen de ir labrando hasta en las almas más secas y endurecidas por el rencor y la soberbia.

Si las diferencias en el modo de apreciar las cuestiones político-religiosas no podían ser obstáculo en 1845 para la deseada unión de los católicos, puesto que ni siquiera la malhadada palabra *liberalismo* daba ocasión entonces, como da ahora, a tantas interminables y soporíferas discusiones, capaces de entontecer la cabeza más firme, tampoco la divergencia política era tal que impidiese la aproximación. Calificar de absolutista a Balmes sería no menor yerro que considerarle en filosofía como escolástico. Sus tendencias coincidían con las de la escuela histórica, que ya empezaba a tener secuaces

entre los moderados, y que era especialmente profesada por un grupo de juriconsultos catalanes, con quienes él, sin embargo, no parece haber estado en relación. Era en verdad poco afecto a las constituciones escritas y a los códigos abstractos y dogmáticos, pero no rechazaba las formas ni aun la esencia del régimen representativo. Baste recordar las explícitas y generosas declaraciones que hay en su *Pío IX*, declaraciones tales que no sé si se las han perdonado todavía los que indignamente amargaron los últimos días del filósofo, y luego con llanto de cocodrilo lloraron su muerte, y hoy tienen valor para reclamarle como gloria propia después de haberle asesinado moralmente. Y en cuanto a Quadrado, aunque parece partidario de las cartas otorgadas y enemigo acérrimo del principio de la soberanía popular (como era consecuencia forzosa de su tradicionalismo), no insiste mucho en la discusión de los títulos de legitimidad y origen de la ley constitucional; y no sólo reconoce y acata la entonces vigente de 1845, sino que inculca en casi todos sus artículos la necesidad de que el régimen representativo, que bueno o malo era ya el único posible, llegue a ser una realidad en la práctica. «No venimos a destruir la obra, dice, sino a completarla y ensancharla. No queremos retroceso de ninguna especie. Queremos el trono de Isabel II, y deseamos verle robustecido, nacional, rodeado del amor y respeto de todos los españoles... Queremos la ley fundamental del Estado, y tanto, que deseamos verla arraigada, connaturalizada entre nosotros, puesta en armonía con nuestras costumbres y necesidades, y sobre todo observada a la letra, y exenta de ciertas anárquicas prácticas parlamentarias que en vez de explicarla la tergiversan y aniquilan. Queremos el orden pero fijo y con otro apoyo que el de las bayonetas[782]; queremos la libertad, pero verdadera y común a todos; queremos que se acabe con las revoluciones y con las reacciones, previniéndolas a fuerza de prudencia y de equidad, quitando toda ocasión o pretexto para ellas, y ganando los ánimos en vez de exasperarlos.»

Tales artículos políticos son de los que resisten la dura prueba de ser coleccionados. Lo que contienen de personal y transitorio es tan poco, que más parecen escritos en previsión de lo futuro que en crítica de lo presente. Por eso al coleccionarlos en 1871 pudo decir su autor: «En las apreciaciones de hombres y de cosas, después de tantos años, nada tengo que retractar ni que modificar siquiera.» Graves, doctrinales unas veces, otras finamente cáusticos, modelos de habilidad polémica y de fuerza dialéctica, pertenecen, literariamente considerados, a un género de periodismo que pasó y de que hoy apenas queda vestigio ni recuerdo. Hoy la penuria de ideas y de buenos estudios se suple con el énfasis hueco y sobre todo con la abundancia de dicterios; y no es la prensa llamada católica la que ha dado menos procaces ejemplos en este punto, con universal regocijo de los incrédulos. Los que tal hacen dicen que defienden la buena causa, y en

[782] Eran los tiempos del general Narváez.

cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras continuo testimonio de la excelencia y santidad de una causa que puede resistir a tales defensores. Otros eran los procedimientos polémicos que usaban los escritores católicos en 1845. No se había descubierto aún el piadoso sistema de atropellar la honra del adversario, tanto más odiado cuanto más próximo en ideas, y cebarse en su buen nombre para llegar a triunfar más fácilmente de sus doctrinas. Todavía no se había canonizado, en nombre de la caridad, el empleo diario de la injuria. Por eso a los paladares estragados de hoy, quizá resulten escasos de pimienta los artículos políticos del señor Quadrado, aunque entre ellos hay más de uno que pasó en aquellos tiempos bienaventurados por obra maestra de refinado y sutil maquiavelismo.

Sólo una vez en su vida, y ciertamente con causa grave, y que en parte disculpa este pecado de juventud, faltó a Quadrado moderación en el ataque. Me refiero a la famosa *Vindicación* que en el último número de *La Palma* (1841) publicó contra Jorge Sand, con ocasión del injurioso y fantástico relato que la célebre novelista había escrito de su viaje a la isla. Fue aquella venganza *merecida más que lícita* , según la frase de Moncada que oportunamente recuerda Valera a este propósito; y no hay duda que traspasó con mucho los límites de la justa defensa, acrecentando la gravedad del caso el ser tan grande, aunque extraviada escritora, la que en aquella fulminante catilinaria salió marcada con el hierro del oprobio. Pero repito que este caso fue único, y bien disculpable en la ardorosa sangre de un mancebo levantino de veinte años, herido en lo más profundo de su afecto filial. Pero desde entonces acá, nadie, ni siquiera el Dr. Mateos Gago con la formidable polémica que en 1871 se suscitó a propósito de la minoría galicana del Concilio Vaticano, ha tenido poder bastante para hacer salir un punto a Quadrado de la admirable serenidad de espíritu con que ve y juzga desde su filosófico retiro todas las cosas humanas.

Este prólogo se ha dilatado tanto, que apenas me resta espacio para hablar de otra sección muy importante de los escritos del señor Quadrado, precisamente de aquella que con menos incompetencia puedo juzgar[783]. Pero esta misma razón me obliga a no atropellar en breves líneas este examen, que pronto encontrará lugar adecuado en un libro mío, y a limitarme por hoy a una somera indicación. Los mismos principios estéticos que le han guiado en sus estudios de arqueología artística, dominan en sus numerosos artículos

[783] Hasta en materias que *Quadrado* ha tratado sólo por incidencia, ha tenido la fortuna de hacer verdaderos descubrimientos. Él publicó el primer romance catalán (D. Juan y *D. Ramón)* , siendo en esto precursor de Milá y Fontanals y de don Mariano Aguiló. Él tuvo la suerte de encontrar el primer fragmento conocido del teatro catalán, un largo trozo de *representación* del siglo XIV, que dio a conocer en *La Unidad Católica* de Palma (1871), y versa sobre la leyenda del parricidio de Judas Iscariote, y muy semejante a la de Edipo.

de crítica literaria, dispersos en La Palma, la Revista de Madrid, el Museo Balear y otras varias publicaciones. Estos principios, expuestos con tonable elocuencia en la tercera sección del programa de La Fe, son los del idealismo romántico en toda su pureza, y libres de las exageraciones que desacreditaron el sistema. Para él la libertad literaria nunca se confundio con la anarquía, ni creyó jamás que la fe en la inspiración empeciese en nada al trabajo del arte. Admitió el principio de imitación, pero en el sentido de imitación del prototipo de belleza. No negó ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la autoridad de los modelos; pero no admitió otros preceptos que los que son condiciones esenciales de la obra artística y nacen de las entrañas mismas del asunto: afirmó el carácter siempre relativo de la crítica y la necesidad de ponerse en el punto de vista del autor juzgado, y al propio tiempo sostuvo que la literatura no era ciencia progresiva, sino «un arte cuyas producciones son por sí mismas aisladas y completas, con su principio y con su término»: finalmente proclamó a la imaginación libérrima en su esfera. No por eso dio cuartel a ciertas monstruosidades románticas, ni por espíritu de reacción incurrió tampoco, como don Alberto Lista y otros, en la insigne contradicción de condenar en Víctor Hugo lo mismo que aplaudía en Calderón. En el delicado punto de las relaciones del arte con la moral y la religión, su criterio fue tan firme y elevado como independiente. «No es preciso que la literatura sea cristiana, dijo; pero nunca puede ser anticristiana, ni tampoco es lícito que, so pretexto de cantar las bellezas del cristianismo, profane y adultere monstruosamente sus verdades. No es preciso que un poeta cante las bellezas religiosas, por más que sean superiores a todas y fuente de todas.», «En la misma literatura escéptica puede haber poesía, puede haber belleza, puede haber verdad relativa. ¿Quién negará el título de poetas a Byron, a Goethe, a Fóscolo? En aquella estrepitosa alegría y melancolía profunda, en aquella amenazadora serenidad y en aquellos martirios del corazón, en aquel caos de abyección y grandeza, *hay una belleza satánica, si se quiere, pero indeleble* . Colocad al hombre de espaldas a la luz, apagad la antorcha de la revelación, y habrá también en aquel cuadro una verdad asombrosa. Además, es tal la naturaleza del espíritu, que mientras dé señales de vida, vive con él la poesía, porque aspira siempre a la belleza, y sus gemidos, sus delirios, su sed inextinguible, su continua protesta contra los sentidos, nunca dejarán de ser alto y sublime asunto.» Se ha introducido en estos últimos años una estética tan timorata y asustadiza, que no sé cómo sonarán en los piadosos oídos de los discípulos del P. Jungmann estas valientes palabras, escritas en 1844 en la introducción de una revista católica.

Lo cierto es que Quadrado fue siempre fiel a este criterio amplio y generoso, como lo atestiguan, entre otros artículos suyos, el que dedicó al examen de las obras de Víctor Hugo en 1839, y que, con estar escrito en la primera juventud del autor, pudo ser reproducido sin ningún cambio importante en 1885, a la muerte (que deploró) del *tercer Narciso francés atacado de egolatría* ; los relativos a Schiller y Manzoni, el segundo de los

cuales obtuvo de Milá y Fontanals el alto honor de insertar sus principales párrafos, con grande alabanza de Quadrado, en la propia biografía del autor de *Los Novios*; el profundísimo análisis psicológico del genio de Ausías March, que en 1841, y en la *Revista de Madrid*, abrió nuevo camino a la interpretación y crítica de los misterios de intimidad afectiva que se esconden bajo la dura corteza de los versos de aquel poeta valenciano, el más genuinamente lírico de nuestra Edad Media. Páginas son todas estas de alta y novísima crítica, y con las cuales en el tiempo que se escribieron sólo podían parangonarse algunas de Piferrer y de Durán. Y es de ver cómo el culto de los númenes románticos, la fervorosa devoción por Shakespeare, por Schiller, por Manzoni y aun por Víctor Hugo, no excluye ni contradice en el ánimo del crítico el amor a la belleza clásica, y aun a la de sus imitadores, tales como Alfieri y Moratín, «el profundo y sencillo Moratín», como decía Piferrer, quien compartía esta admiración con Quadrado y Milá.

Ha hecho nuestro prosista pocos, pero excelentes versos. En la colección de leyendas que con el título de *Mallorca poética* se halla entre las *Rimas* de otro patriarca de la literatura balear, don Tomás Aguiló, amigo fraternal y asiduo colaborador de Quadrado, se leen tres admirables narraciones poéticas de éste, el *Ultimo rey de Mallorca*, *Armadans* y *Españols* y las *Bodas del Conde malo* ; tales como podían esperarse de un arqueólogo artista, encariñado con su asunto, y hábil como pocos para trazar un cuadro de época con su propio y adecuado color, y en pocos y vigorosísimos rasgos.

Otra novedad de la presente edición será el teatro del señor Quadrado, de cuya existencia muy pocos tienen noticia. Se compone de tres dramas originales, *Leovigildo*, *Cristina de Noruega y Martín Venegas*, en prosa los dos últimos, y de tan distintas edades en su argumento como son la VI, la XIII y la XVII centuria; en los cuales, a juzgar por los recuerdos de una rápida y ya lejana lectura, si falta algo de experiencia teatral, no falta el reflejo de aquel numen sereno y reflexivo que dictó *Carmagnola* y *Adelchi*.

A estas obras originales hay que añadir tres refundiciones de Shakespeare: *Macbeth*, *El Rey Lear* y *Medida por medida*, obras de arte paciente y laborioso, y nuevo modo de manifestar el amor mezclado de asombro y acatamiento que Quadrado, como todos los espíritus superiores, profesa a aquel rey del teatro, cuyo genio parece como anuncio de una futura casta humana superior a la que conocemos. Admitido que a tal poeta convenga ni sea lícito refundirle (sobre lo cual ya amistosamente hemos discutido el traductor y yo), hay que reconocer que las refundiciones de Quadrado, lejos de recortar y profanar la grandeza del texto como las de Ducis, tienden sólo a acomodarle a las necesidades de la representación moderna, a las cuales es preciso conformarse, puesto que ni en la misma Inglaterra se representan estos dramas íntegros y tales como el poeta los escribió; o bien a borrar aquellas manchas de estilo que son del tiempo y no del autor. Ha refun-

dido también, o casi traducido, en prosa que no desmerece de los vigorosos versos de Alfieri, la tragedia *Saúl*, sin más modificaciones que las exigidas, unas por la ortodoxia, otras por la supresión del papel de Micol, que no cabía en un teatro cuyos actores eran simplemente jóvenes de la Asociación de católicos. En otro género ha traducido los *Himnos sacros* de Manzoni, sin estrellarse como otros traductores en la reproducción exacta de los metros originales que con su aparente facilidad de adaptación a nuestra lengua han engañado a tantos, sino procurando tan sólo una imitación general del movimiento rítmico, con lo cual queda holgura para la expresión exacta del pensamiento original, sin necesidad de andar a caza de esdrújulos violentos y afectados.

No hemos apurado ni con mucho el catálogo de todas las obras de Quadrado, de quien puede decirse que apenas ha dejado sin cultivar rama alguna de la literatura. Aun en la novela histórica, los capítulos que ha añadido a la que dejó incompleta su amigo don Tomás Aguiló con el título de *El Infante de Mallorca*, prueban lo que hubiera podido hacer en este género, al cual parecía llamado como Walter Scott por su vocación de arqueólogo-poeta.

Finalmente, el señor Quadrado ha llevado la literatura a los libros de devoción, tan necesitados actualmente de ella, como ricos fueron en otro tiempo; y su *Mes de María*, su *Mes de San José*, su *Semana Santa* y otros opúsculos ascéticos, cuyas ediciones se repiten incesantemente en Barcelona, son de los rarísimos de su género que puedan satisfacer al hombre de gusto, a la vez que infundir suave y místico deleite a las almas piadosas que todavía no han perdido la buena costumbre de hacer en castellano sus lecturas espirituales.

Si se atiende a todo lo expuesto, habrá que convenir en que pocos escritores españoles de nuestros días han poseído tal suma de varias aptitudes como Quadrado, y pocos han sabido desarrollarlas de un modo tan completo y darles tan adecuado empleo. Las Baleares, cuya historia literaria es tan larga y gloriosa, no han producido escritor tan eminente desde los tiempos del iluminado Dr. Ramón Lull.

No hace aún tres años que la juventud literaria de la *Isla Dorada* festejaba en triunfal banquete la gloria del veterano y el quincuagésimo aniversario de la publicación de *La Palma*, memorable semanario del cual arranca el moderno renacimiento de la cultura mallorquina. Yo, que sólo en espíritu pude asistir a aquella fiesta, me complazco hoy en adherirme a los homenajes que allí se tributaron al sobreviviente fundador, enviándole desde las polvorientas orillas del seco Manzanares esta pobre y tardía congratulación, sintiendo sólo que no vaya envuelta entre el azahar de los naranjos de Sóller.

Junio de 1893.

8. "Rubió y Ors y el provenzalismo", Revista Crítica publicada en *La España Moderna*, Julio de 1894, pág. 118, apartado IV. ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, V, pp. 127-132.

Una de las más importantes es, sin duda, la extensa monografía sobre *Bastero, provenzalista catalán*, leída por el venerable Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, y Decano actualmente de las letras catalanas, don Joaquín Rubió y Ors, con ocasión de conmemorarse el quincuagésimo aniversario de su ingreso en la Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Bastero, cuyo nombre sonará como nuevo en muchos oídos, puesto que apenas está consignado en más libros españoles que en el *Diccionario de Escritores Catalanes* de Torres Amat y en un breve aunque muy jugoso artículo de Milá y Fontanals, fue uno de los hombres de ciencia más eminentes que produjo nuestro siglo XVIII, tan ignorado, o, por mejor decir, tan calumniado bajo este respecto. Si a Hervás y Panduro pertenece la gloria de haber fundado la filología comparada, el canónigo Bastero tiene la de haber creado una de sus ramas más importantes, la filología provenzal, que es como la clave de toda la filología neo-latina. Es indisputable precursor de Raynouard, como gramático, como lexicógrafo y como colector de los textos y biografías de los trovadores. Quien conoce la parte impresa de la *Crusca Provenzal*, y sobre todo los enormes trabajos manuscritos que Bastero no pudo publicar, porque como él dice sin ambajes ni retóricas, *no tenía dinero* ni por supuesto lectores, reconoce la verdad de aquella afirmación de Guillermo Schlegel: «Bastero fue el primer provenzalista de Europa.» No porque hubiese carecido de predecesores, especialmente en Italia, donde nunca, aun en los días del Renacimiento, dejó de tener devotos la poesía de los trovadores, sino porque esta devoción no había pasado de mera curiosidad bibliográfica o gramatical, que se satisfacía con allegar y poseer preciosos códices, y a lo sumo con notas y observaciones aisladas, sin ningún propósito verdaderamente científico. Bastero le tuvo y esta es su gloria: no fue un simple compilador ni un curioso: los inmensos materiales que reunió, superiores en cantidad y en calidad a todo lo que entonces se conocía, debían, según su plan, servir para la construcción de un monumento filológico que interesase, no a una sola de las lenguas romances, sino al sistema y organismo de todas ellas. Hay en sus teorías muchos aciertos y muchos errores, pensión necesaria de todos los que abren nuevos caminos a la ciencia y se lanzan por sendas inexploradas; pero si el tiempo y el progreso de los estudios han arruinado muchos de los principios generales sentados en el memorable proemio de la *Crusca*, también han abatido una gran parte del edificio que prematuramente levantó Raynouard. Nadie entiende hoy la influencia provenzal en el italiano y en las demás lenguas romances del modo que la entendía Bastero: nadie explica por mera imitación literaria los fenómenos comunes que en sus orígenes presentan estas

lenguas; pero nadie cree tampoco, como Raynouard, en la existencia de una lengua románica que en algún tiempo fuese común a todos los pueblos del Mediodía de Europa. Ambas hipótesis son por igual modo insubsistentes, pero en ambas se mezcla algo de verdad que transitoriamente las hizo útiles y que preparó el terreno para la definitiva explicación no lograda hasta el tiempo en que apareció la *Gramática* de Díez.

Bastero (que nació en 1675 y falleció en 1745) era un canónigo de Gerona, a quien pleitos de su cabildo llevaron a Roma, donde vivio quince años, dedicados casi exclusivamente al estudio de la poesía italiana y provenzal, y especialmente a leer y extractar y anotar cuanto manuscrito de esta lengua le caía a las manos, y muy en especial los preciosísimos cancioneros de la Biblioteca del Vaticano. El resultado de esta inmensa labor fue un diccionario provenzal-italiano, de que sólo llegó a salir el prospecto o introducción que forma un volumen en folio delgado impreso en 1724 con el título de *La Crusca Provenzale*; y más de *treinta* tomos manuscritos que legó a un hermano suyo, y que afortunadamente se conservan, casi todos, aunque divididos entre dos bibliotecas de Barcelona, la Universitaria y la de la Academia de Buenas Letras. De estos manuscritos dio sumaria cuenta Milá (que había encontrado en ellos preciosos materiales para su libro clásico de *Los Trovadores en España*) y son los mismos de que hace ahora más extenso y detallado recuento bibliográfico el señor Rubió, prestando con ello un gran servicio a las letras, pues claro está que los manuscritos de Bastero, que hubieran sido una revelación en su tiempo, y que todavía pueden ser consultados con fruto, porque contienen copias y noticias de algunos documentos que ya no existen, habrán de permanecer eternamente inéditos, puesto que un siglo entero de investigaciones sobre la misma materia les ha quitado la mayor parte de su novedad. ¡Ley fatal que pesa sobre los trabajos de erudición no publicados a tiempo, y de la cual en España, más que en parte alguna, hemos tenido siempre tan lastimosos ejemplos!

La *Crusca Provenzal*, aunque libro del siglo pasado, es muy difícil de encontrar, y por añadidura no da cabal idea del método ni de las conclusiones de Bastero, contribuyendo a ello el desorden de la exposición y lo enmarañado del estilo, como si el autor se encontrase abrumado bajo el peso de sus propias riquezas. Pero tal como es, esta única muestra publicada de sus trabajos ha bastado para hacer grata y venerable a los provenzalistas la memoria de Bastero, como iniciador que fue del estudio comparativo entre el italiano y el provenzal, así por lo que toca al vocabulario como por lo que atañe a la gramática. Y esto lo hizo con grandísimo caudal de erudición positiva en entrambas lenguas, si bien dejándose llevar a extremos de un patriotismo inadmisible, así en convertir a los provenzales en padres y maestros de toda poesía vulgar (lo cual sólo puede afirmarse respecto de la lírica artística, y aun esto con muchas restricciones), como en identificar constantemente el provenzal con el catalán, apoyándose en esta confusión

para decir que «fue el condado catalán quien dio su idioma a Provenza». Pero tales errores que hoy no pueden deslumbrar a nadie, no llegan a empañar el mérito del proemio de la *Crusca*, en que además del primer ensayo de comparación entre las lenguas romances (puesto que el autor extiende sus observaciones al castellano, al francés del Norte y al galaico-portugués, del cual dice que «es un puro provenzalismo»), se encuentran descubrimientos gramaticales de los más fecundos y luminosos, por ejemplo, la famosa regla de la *s* como signo de singular en lengua de *oc*, generalmente atribuída a Raynouard.

Contiene, además, el tomo impreso de la *Crusca* un catálogo biográfico de los trovadores (en que también se incluyen los poetas tolosanos y catalanes de los siglos XIV y XV, que hoy forman grupo aparte), una tabla alfabética de autores y de libros útiles para el estudio de la lengua y literatura provenzal, un tratado comparativo de ortografía y prosodia italiana y provenzal, y un catálogo de las voces provenzales usadas por los escritores toscanos, marcando con un asterisco las que faltan en el Diccionario de la *Crusca*.

Pero si su libro impreso deja adivinar los grandes proyectos de Bastero y el caudal de ciencia con que contaba para realizarlos, sólo en la balumba de sus colecciones inéditas se puede apreciar la talla de aquel investigador formidable que como el Padre Burriel, como Gallardo y otros muchos, quedó enterrado bajo el peso de los inmensos materiales que había removido, sin que los términos de la vida le alcanzasen para levantar el edificio que había soñado. Estos manuscritos, que como queda dicho, pasan de treinta, casi todos en folio, y sobre los cuales el señor Rubió nos comunica los más exactos y peregrinos detalles, pueden dividirse en tres grupos: materiales para el Diccionario de autoridades provenzal-toscano, en gran número de cuadernos, unos en borrador, otros casi dispuestos para la imprenta, obra que publicada a tiempo hubiera ahorrado mucho trabajo a Raynouard para su *Lexique Roman*: una colección de poesías originales de los trovadores, en cinco tomos en folio copiados de cinco distintos cancioneros de la Biblioteca del Vaticano (números 3.204, 3.205, 3.206, 2.207, 3.208), con una exactitud y conciencia diplomática muy raras antes de Raynouard en la transcripción de textos provenzales, si bien procurando uniformar la ortografía: cuatro tomos en folio de extractos y misceláneas que llevan el título de *Zibaldoni*, y en que acopió el fruto de sus lecturas y exploraciones bibliográficas, no sólo en el dominio provenzal e italiano, sino en el latino, francés y castellano, recogiendo todo lo que de cerca o de lejos podía contribuir a la ilustración de su tema predilecto. El *zibaldone* provenzal es el más importante, principalmente por los fragmentos que incluye de algunos rarísimos libros en prosa catalana.

Con ser tantos y tan volúminosos los manuscritos de Bastero, todavía es cierto que se han extraviado algunos en los diferentes trasiegos que esta preciosa colección ha experimentado. Milá alcanzó a ver todavía dos muy importantes que ya no existen, una gramática italiana comparada con el provenzal, y una historia de la lengua catalana, que fue sin duda lo primero entre lo poquísimo que se ha escrito sobre tal asunto. A principios de este siglo se conservaba también una copia de la famosa gramática de Hugo Faidit *Donatus Provincialis*, sacada por Bastero del códice de la Biblioteca Laurenciana de Florencia.

El señor Rubió y Ors, que es erudito a la vez que poeta y crítico, y que desde su primera juventud manifestó una afición a las letras provenzales, y un conocimiento sólido de ellas, rarísimo entre nosotros (aun en Cataluña y en los más fervientes catalanistas), ha examinado con verdadera competencia los manuscritos de Bastero, dando cabal idea de su contenido, libro por libro, y papel por papel, sin arredrarse por su ingente mole, ni por lo enredoso y menudo de la letra, ni por el desorden en que se encuentran los materiales del diccionario y los extractos de los zibaldoni. La conclusión que se deduce de este paciente trabajo, no puede ser más satisfactoria para nuestro amor propio nacional. Considerado como colector, Bastero precede al mismo La-Curne de Sainte Palaye. Considerado como lexicógrafo y gramático, es el verdadero precursor de Raynouard. Compárese la magna labor del canónigo de Gerona con los demás ensayos que el siglo XVIII produjo en este orden de estudios, por ejemplo, con el raquítico librejo del abate Millot, y se verá que España, y especialmente Cataluña, tienen una deuda inmensa con aquel varón benemérito. Y, sin embargo, ¡qué pocos literatos españoles han oído su nombre!

Y quizá no es esto lo peor. Aún hay algo más grave. La filología provenzal que, gracias a nuestro Bastero, comenzó a organizarse científicamente; la filología provenzal que (salvo a los hijos del Mediodía de Francia) a nadie importa tanto como a los españoles en cuyo territorio están grandes y opulentas comarcas donde todavía se habla y escribe una variedad de la lengua de *oc* , apenas se cultiva ni bien ni mal en España. Después de Bastero, sólo hemos tenido un provenzalista de primer orden: Milá y Fontanals. Los demás, aun siendo muy beneméritos, no han sido más que aficionados y vulgarizadores. Una tesis doctoral sobre la sátira provenzal; otra sobre los poemas históricos; un ensayo sobre la lengua de los trovadores, calcado en los trabajos ya deficientes y anticuados de Raynouard; una colección amena de biografías, de los trovadores, es todo lo que podemos presentar. Texto inédito de alguna extensión, apenas hemos publicado otro que el poema de Anelier sobre la *guerra civil de Pamplona*. En ninguna de nuestras universidades existe una cátedra de filología romance; la única que tenemos vive oscuramente en la Escuela de Diplomática, como si sólo a los archiveros y bibliotecarios importase la ciencia del lenguaje y la investigación de los orígenes literarios de la Edad Media.

¡Quiera Dios que el recuerdo glorioso de Bastero y de Milá punce nuestra conciencia nacional, y nos haga salir de tan vergonzoso atraso! Este sería el más positivo fruto de la bella Memoria del señor Rubió.

9. *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals (Semblanza literaria),* mayo de 1908, publicada por la Comisió del Homenatge a Milá y en varias revistas. ENOC, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* V, pp. 133-175.

No menos de treinta y seis años han pasado desde que un acaso venturoso me trajo como alumno a los bancos de la Universidad de Barcelona. No difería esta escuela, en su organismo oficial, de lo que eran las restantes de España sometidas a triste uniformidad después que el plan centralista de 1845 acabó con los restos de la autonomía universitaria, que ahora tímidamente intenta renacer. Pero en Barcelona, como en otros Centros de antigua cultura y de vida moderna más o menos intensa, nunca se había extinguido la espontaneidad nativa del carácter provincial, y en la enseñanza, como en todo, se manifestaba, aunando venerables tradiciones con impulsos y anhelos de renovación, sentidos allí antes que en otras partes de la Península. Tenía, pues, la Universidad barcelonesa, en 1870, sus dotes características, que en gran manera la diferenciaban dentro de nuestra vida académica tan pobre y lánguida; y por ellas había conquistado, sin ruido ni aparato externo, cierta personalidad científica, una vida espiritual propia, aunque modesta, que daba verdadera autoridad moral a algunos de sus maestros, haciéndolos dignos educadores de almas y nobles representantes del pensar de su pueblo. Heredera la Universidad, por una parte, del floreciente «romanismo» de la escuela de Cervera, de la tradición jurídica, arqueológica y de humanidades que se compendia en el gran nombre de Finestres; y, por otra, de las tradiciones de la ciencia experimental que había sido profesada, no sin brillo, en la antigua Escuela de Medicina y en los Estudios de la Casa-Lonja, mostró desde sus primeros días un sentido histórico y positivo, de pausada indagación y recta disciplina, nada propenso a brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad; tímido, pero seguro, en sus análisis, respetuoso con todos los datos de la conciencia, atento a los oráculos de la venerable antigüedad, sin acercarla ni alejarla de nosotros demasiado. Y este sentido, con la variedad propia de cada género de estudios, inspiró lo mismo a los jurisconsultos que a la luz de la escuela histórica comenzaron la rehabilitación de las antiguas instituciones, que a los psicólogos partidarios de la escuela de Edimburgo y a los críticos y artistas que, educados en el romanticismo arqueológico, llegaron a convertir en doctrina estética lo que había sido al principio intuición genial.

En esta escuela me eduqué primeramente, y, aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que, a falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi

primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona y creo que substancialmente no se ha modificado nunca. A esta escuela debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos verbalismos, menos distantes de lo que parece, se dividían el campo filosófico, y convertían en gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar, histórico, relativo y condicionado, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino a la prudente cautela del *ars nesciendi*. Allí la visión de lo concreto, manifestada en las formas tradicionales del arte y de la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpretes que a cualquiera escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: don Francisco Javier Llorens y don Manuel Milá y Fontanals.

Del primero, a quien sólo alcancé en el penultimo año de su profesorado, tengo escasos recuerdos personales. Su labor pedagógica quedó, como la de Sócrates, archivada, no en libros, sino en espíritus humanos. Ninguna obra impresa lleva su nombre; pero nadie influyó tanto como él en la educación filosófica de Cataluña, y cuantos penetraron en su intimidad le aclaman maestro del recto pensar y del recto vivir, porque fue filósofo práctico en quien guardaron perfecta consonancia las obras y la doctrina. Y no filosofó por alzar figura, ni por seducir con vana palabrería a los incautos, sino con austera y viril consagración al espíritu de verdad y de vida que emancipa a los hombres de la tiranía del error, de la pasión y de la falacia. En frente de una generación de soñadores en quienes fermentaba, confusa y mal digerida, la especulación germánica:

> Gens ratione ferox et mente pasta chymoeris;

Llorens, que no negaba la filosofía de lo incondicionado, sino que la veía como una inmensa revelación que se impone a la mente humana en el término de la realidad cognoscible, dio los más altos ejemplos de sobriedad científica, encerrando su actividad en los límites del método psicológico que conocía y practicaba como ningún profesor de su tiempo. Su cultura filosófica, que era más profunda que vasta, había tenido por primer alimento la doctrina escocesa y kantiana; pero aunque sean evidentes sus afinidades con el pensamiento de Hamilton y Mansel, no sólo influyeron en él otras direcciones, como el renovado aristotelismo de Trendelemburg, sino que fue grandemente original en las aplicaciones de su método a la ciencia y a la vida, que para él no eran esferas independientes, sino testimonios diversos de la vitalidad de la conciencia: no la individual so-

lamente, en cuya contemplación solitaria y estéril se absorbe el puro psicologismo, sino la conciencia del género humano, que en la tradición va estampando su huella con riquísima variedad de formas históricas, con eflorescencia de arte y de poesía, de símbolos y leyendas. Así su alma de artista, no menos que de filósofo, gozaba en la observación de los usos antiguos, interpretándolos con alto sentido; prestaba oído atento a los sones de la canción popular; abominaba del vandalismo artístico con una sensibilidad aguzada y exquisita; y era, a su modo, grande artífice de la vida, realzando en su persona la dignidad del hombre y del maestro, templando la austeridad con la dulzura. El eco de sus palabras se conserva débilmente en notas taquigráficas y apuntes de clase, que sólo dan idea de algún período de su enseñanza; pero su imagen moral permanece indeleblemente grabada en la mente y en el corazón de los que fueron sus más inmediatos discípulos. Cuando alguno de ellos se resuelva a escribir íntegra la historia del pensamiento filosófico de don Javier Llorens que dará patente que, así como Martí de Eixalá representa el primer momento de la escuela escocesa en Cataluña, el tránsito de la ideología a la psicología espiritualista, de Locke a Reid, así Llorens personifica el segundo momento, la evolución de la filosofía del sentido común, modificada ya por la crítica de Kant; la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia; los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y como alma de todo esto una velada y modesta aspiración metafísica, que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fue por lo mismo eficacísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación, en espíritus muy diversos.

Del otro gran maestro que por entonces realzaba ante propios y extraños el crédito de esta Facultad de Letras quisiera hablaros a todo mi sabor, porque, no sólo penetré en su intimidad y recogí de sus labios la mejor parte de la doctrina literaria que durante mi vida de profesor y de crítico he tenido ocación de aplicar y exponer, sino que fuí honrado por él con tales muestras de estimación y cariño, que me dan algún derecho para contarme entre sus discípulos predilectos, si no por razón de mérito, a lo menos por beneficio de la fortuna. Unido con don Manuel Milá, no sólo por lazos de filiación espiritual, sino por la herencia de sus papeles literarios, reservo para ocasión muy próxima el trazar su biografía con la extensión y copia de datos que la importancia del personaje requiere, y que el gusto moderno, cada vez más exigente y curioso, reclama con razón en las historias de los varones preclaros, si no han de degenerar en insulsos panegíricos. Hoy ni la angustia del plazo impuesto por la solemne conmemoración que su Patria le tributa, ni el agobio de otras atenciones que sobre mí pesan y coartan mi libre actividad, me permiten ofreceros otra cosa que un modesto preámbulo a la biografía proyectada, un esbozo ligerísimo de la gran figura que contemplé con veneración desde mis primeros años, y que ahora, a través del sepulcro, sigue conversando conmigo y alumbrando mi vida con la suave y benéfica claridad de su enseñanza.

Tuvo nuestro Dr. Milá el privilegio, a raros españoles de nuestros tiempos concedido, de que su nombre traspasase las fronteras y fuese dondequiera respetado como el de un varón docto y modesto, igual a los mejores en el orden de estudios que cultivaba; español europeo, para quien no eran menester salvedades ni eufemismos, que en el elogio de otros rara vez dejan de interpolarse. De esta gloria tranquila y apacible disfrutó en su vida, y no ha cesado ella de acrecentarse después de su muerte, entre los cultivadores de la filología romance, como sabe por experiencia todo el que tenga hábito de recorrer sus libros y revistas. Casi todos los trabajos del género de los de Milá y contemporáneos de los suyos van quedando anticuados; las construcciones prematuras y ambiciosas empiezan a cuartearse y cada día presentan más grietas; la historia literaria de la Edad Media española va renovándose en todas sus partes por el concurso de propios y extraños. Pero el pabellón aislado y humilde que Milá construyó desafía hasta ahora la inclemencia de los temporales y nos da esperanzas de aquella sólida duración que cabe en las obras históricas cuando son sabias y honradas; de aquel género de inmortalidad, no ruidoso, pero ciertamente enviable, que circunda de universal respeto los nombres de Zurita y de Flórez. La implantación en España de los modernos métodos de investigación crítica a Milá se debe principalmente, y aunque apenas hiciese excursiones fuera del campo de la historia literaria, y en él se concretase a cierta época y a ciertos géneros, su ejemplo pudo y debió ser trascendental a otras ramas de estudios, y no sólo en los cultivadores de la tradición poética, sino hasta en los de la historia jurídica estampó su huella. El rumbo que por fortuna han tomado en España los pocos que estudian de veras, el movimiento histórico que aspira a la clara conciencia de nuestro pasado, la serena objetividad con que ya proceden los mejores, los hábitos de probidad científica que empiezan a imponerse a los más díscolos, son prenda de un despertar, lento pero seguro. Y toda gratitud es poca para los hombres como Milá, que prepararon con esfuerzo casi solitario esta obra de madurez intelectual, contrastando con su asidua labor pedagógica y con la persuasiva moderación de su estilo el influjo enervante de la retórica estéril y de la erudición inexacta y confusa, que tan sueltas andaban por aquellos años, y tanto nos cuesta hoy mismo reducir a disciplina en el espíritu propio y en los ajenos.

Los méritos de este insigne profesor en el cultivo de las lenguas y literaturas neo-latinas son tan notorios, que parece inútil encarecerlos. Fue Milá nuestro primer provenzalista, o por mejor decir, el único que España ha producido después del canónigo Bastero, auténtico precursor de Raynouard. Y aplicó de un modo original este conocimiento que de la lengua de los trovadores tuvo, para entresacar de sus obras cuanto importa a la historia civil y literaria de nuestra Península, y deslindar el elemento catalán que fue tan poderoso en la cultura poética de las cortes occitánicas. Fue el primero, a lo menos en España, que aplicó los procedimientos de la novísima filología a la variedad catalana de la lengua de *oc* , y al catalán vulgar de Barcelona, llegando a entrever alguna importante

ley fonética, en cuya comprobación trabajaba con ahínco cuando le sorprendio la muerte. Pero más inclinado a los estudios literarios que a los puramente gramaticales, aunque iluminase siempre los primeros con la antorcha de los segundos, se internó por la selva virgen de la literatura catalana de los tiempos medios con una sagacidad crítica, cuyos aciertos sorprenden más por la penuria del material bibliográfico de que disponía. Y aunque de los prosistas históricos y didácticos, que son el nervio de esta literatura, escribiese poco, ahondó mucho en el estudio de los poetas, y suya es la primera monografía que en conjunto los abraza, tan útil y sólida, tran instructiva en medio de su brevedad esquemática. Este capítulo de historia literaria era entonces enteramente nuevo; fácil es hoy enriquecerle con el hallazgo de nuevos cancioneros que Milá no llegó a ver, y con el fruto de la investigación bibliográfica de Aguiló y de sus eruditos sucesores; pero las líneas generales del monumento permanecen intactas, y la alta y sobria crítica de Milá, exenta de toda pasión, aun la del patriotismo, prosigue sirviendo de norma a todo historiador digno de este nombre.

Más conocidos fuera de Cataluña, y todavía más eminentes, son los méritos de Milá como cultivador de la novísima ciencia de las tradiciones populares que con frase inglesa generalmente aceptada llamamos *folk-lore*. Fueron Milá y el gran poeta portugués Almeida Garrett los primeros que en la Península publicaron colecciones de romances directamente recogidos de la tradición oral, completando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan conocidas y celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza. El *Romancerillo* catalán, aun considerado en su primera edición, supera grandemente al portugués, no sólo por la fidelidad estricta con que reproduce los cantos polulares, que Garrett casi siempre alteraba o refundía conforme a su gusto romántico, sino por presentar buen número de temas poéticos, ya indígenas de Cataluña, ya similares de las canciones de Provenza y de la alta Italia; lo cual no acontece con los romances portugueses, que son, por lo común, variantes de los castellanos, cuyas asonancias conservan. Es claro que las colecciones, todavía inéditas en su mayor parte, de don Mariano Aguiló, aventajan en riqueza de materiales a la de Milá, que por los hábitos de su vida forzosamente sedentaria, nunca pudo ni pretendió ser un «excursionista» literario; pero su genio crítico, su fina comprensión del alma del pueblo, suplió con creces lo que hubiera de incompleto en sus exploraciones, le llevó como por la mano a seleccionar lo mejor y más característico, le hizo romper el estrecho círculo de la tradición doméstica, en que otros voluntaria y honrosamente se confinaron, y como ciudadano que era de la universal república de las letras, estético de profesión y gran maestro de doctrina literaria, afirmó la unidad de la poesía popular sobre la muchedumbre de sus apariciones históricas, y sintetizó sus leyes en una verdadera teoría tan sencilla como luminosa. Los preliminares del *Romancerillo*, publicado en 1853, contienen las más profundas consideraciones sobre la poesía popular

que hasta entonces hubieran salido de pluma española: páginas que nadie, salvo su propio autor, ha superado después. Allí está en germen la obra capital de Milá; allí, en forma más popular y asequible que la rígidamente científica que adoptó luego, están concentradas las más ricas intuiciones de su mente, y aun pudiéramos decir de su corazón, que no tomaba poca parte en estos trabajos, aunque procurase tenerle a raya. Y no sólo a las canciones narrativas, sino a las líricas, mucho menos estudiadas hasta estos últimos tiempos, y a las consejas y cuentos tradicionales, y a las rudas e infantiles manifestaciones del elemento dramático, atendio Milá, coleccionando por primera vez algunas *rondallas* y dedicando a las representaciones populares catalanas, a los juegos y danzas que con ellas van unidas, el último de sus trabajos, en cuya revisión y complemento le sorprendio la muerte.

No era Milá de los que indiscretamente se enamoran de todo lo que es o les parece popular. Hombre de gusto antes que arqueólogo literario, sabía distinguir en lo popular como en lo erudito el oro de la escoria. Y era punto capital de su doctrina que la poesía del pueblo en su estado actual, degenerada e infestada de vulgarísimo, incoherente a veces y falta de sentido en los labios que la recitan, es sólo un eco cada vez más apagado de otra grande y primitiva poesía, que no fue en su origen patrimonio de las clases más humildes, sino creación espontánea de las sociedades heroicas y expresión total de su vida en el misterioso crepúsculo de la historia moderna. De esta poesía heroico-popular que renovó en los tiempos medios algunos de los caracteres de la epopeya homérica, fue Milá conocedor profundo, y el más preparado para serlo por la ingenuidad patriarcal y robusta de su carácter, por el raro y hondo sentimiento que tenía de todas las cosas sencillas y rudas. Hasta físicamente parecía, en sus últimos años, un venerable viejo de «cantar de gesta», un *aedo* redivivo, que con su prócer estatura dominaba a las muchedumbres, y de cuyos labios, impregnados de bondad y sabiduría, parecía próximo a desatarse siempre el raudal del canto y de las sentencias de oro provechosas para la vida humana.

La epopeya francesa y la castellana de la Edad Media, fueron el campo principal de sus estudios y meditaciones. Y aunque de la primera apenas trató más que en sus relaciones con la segunda, todavía es tan importante lo que dijo, y tanto peso tiene su opinión en algunas cuestiones difíciles y controvertidas como la de las primitivas cantilenas y la teoría del verso épico, que con frecuencia se le ve citado en los grandes libros de los especialistas en la materia, comenzando por el universal maestro de la filología romance Gastón París y terminando por el verboso y entusiasta León Gautier. Un solo nombre español, el de Milá, figura en la apretada falange de los eruditos extranjeros, principalmente alemanes e italianos, que han colaborado en la rehabilitación del genio épico

francés tan ignorado o vilipendiado hasta nuestros días por la crítica francesa de colegio clásico.

Milá, que, en su larga vida de profesor y de crítico, siguió paso a paso las ediciones y comentarios de esta selva de poemas, desde el *Roman de Berthe*, publicado por Paulino París en 1832, hasta el último número de la *Romania*; y que ya en 1844, en las páginas de un tratado elemental de «Arte Poética», se manifestaba enterado de esta literatura que, salvo don Agustín Durán, nadie conocía en España ni aun de nombre, no había adquirido este conocimiento por puro «dilettantismo»; aunque su alma de artista se complaciese en la evocación de las costumbres caballerescas con su propio y nativo color, y no con los falsos y postizos arreos con que los había ataviado la musa romántica. Así como la lírica de los trovadores, que él no estimaba mucho y que en el fondo le era poco simpática, le había servido para ilustrar en gran manera los orígenes de la literatura española, y aun la misma historia política de los siglos XII y XIII, así el estudio paciente y prolijo de la maravillosa vegetación épica de la Francia del Norte le condujo al descubrimiento (bien podemos llamarlo así) de la epopeya castellana, que es el mayor timbre de su vida literaria.

Porque es cierto que antes de Milá eran bien conocidos los dos únicos cantares de gesta que en su forma antigua poseemos; y es cierto también que habían sido objeto de peculiar y cariñosa solicitud de la crítica universal nuestros romances viejos, de los cuales existían incomparables colecciones formadas en España y en Alemania. Pero nadie había pensado en relacionar entre sí estas dos manifestaciones poéticas a primera vista tan divergentes, ni mucho menos en averiguar su genealogía. Y al paso que se exageraba fabulosamente la antigüedad de los romances, suponiendo que eran los primeros vagidos de la musa nacional, aunque su lenguaje y versificación estuviesen diciendo a voces lo contrario, se regateaba carácter popular al *Poema del Cid*, llegando la temeridad de algunos hasta considerarle como exótica imitación de las gestas transpirenaicas, sin raíces en el suelo donde nació. Era corriente entre los críticos de mayor autoridad, la afirmación de que España no había tenido verdadera epopeya. Así lo enseñaban, para no citar a otros, Wolf en sus memorables *Studien* y en el prólogo de la *Primavera y flor de romances*, y Gastón París en la *Historia poética de Carlomagno*.

Desde 1853, fecha de sus primeras *Observaciones sobre la poesía popular*, había anunciado Milá una teoría enteramente diversa, la cual obtuvo su perfección y complemento en el libro *De la poesía heroico-popular castellana*, impreso en 1874, que es el más sólido e indestructible fundamento de su gloria. Este libro, apenas leído entre nosotros al tiempo de su aparición aun por los que más obligados estaban a leerle y entenderle, salvó triunfante el Pirineo, el Rhin y los Alpes, y ha sido más citado y estimado que

ningún otro libro de erudición española, porque represertaba, no sólo un acrecentamiento de doctrina, sino un cambio de método. La unidad de nuestra poesía heroica, el verdadero sentido en que ha de tomarse el ambiguo nombre de popular que lleva, la genealogía de los romances y su derivación mediata o inmediata de los cantares de gesta, las relaciones entre la poesía y la historia, el valor de las crónicas como depósito de la tradición épica y medio de reconstruir los poemas perdidos, el influjo de la epopeya francesa en la castellana, desconocido por unos y exagerado por otros, la teoría métrica del verso de las primitivas gestas y sus evoluciones, fueron puntos magistralmente dilucidados por Milá. Y si es verdad que en algunos había tenido precursores, como él leal y modestamente reconoce, también lo es que por él quedaron definitivamente conquistados para la ciencia, y que él fue quien los redujo a cuerpo de doctrina, corroborándolos con el estudio paciente y minucioso de cada ciclo, en que su sagacidad logró verdaderos triunfos, especialmente en la leyenda de Bernardo del Carpio. Quien tenga que discurrir en adelante sobre estas materias, habrá de tomar por guía el libro de Milá, so pena de confundirse y extraviarse. Su método vale todavía más que sus conclusiones: éstas podrán ser modificadas en algún detalle, pero el procedimiento es seguro, infalible, casi matemático. Pudo equivocarse, y se equivocó alguna vez, por falta de datos, pero interpretó y combinó admirablemente todos los que poseía, y los hizo servir para una demostración luminosa, que un gran discípulo digno de él, el joven autor de *La leyenda de los Infantes de Lara*, ha reforzado y completado con importantes corolarios. Hoy, no sólo está reconocido por la crítica el concepto de la epopeya castellana, sino determinado íntegramente el proceso evolutivo de sus formas. Precisamente el libro del señor Menéndez Pidal, antes aludido, viene a confirmar la tesis capital de Milá respecto de la derivación de los romances aplicándola a un caso en que el maestro la había sospechado, pero sin poder resueltamente afirmarla.

Sin haber en la poesía heroica de Castilla tan extensos ciclos como en la epopeya francesa, puede notarse cierto número de temas predilectos cuya elaboración se prosigue a través de los siglos, modificándose al compás de las vicisitudes del gusto literario y de las transformaciones históricas de nuestro pueblo. Estos temas épicos, prescindiendo del de la pérdida de España, que no es nacional de origen, aunque llegó a españolizarse mucho, se reducen a cuatro: Bernardo del Carpio, el Conde Fernán González, los Infantes de Lara, y, finalmente, el Cid, que eclipsa a todos los héroes poéticos que le precedieron. Esta razón, y también la no menos valedera de haberse conservado acerca de sus hazañas documentos más extensos y antiguos que los que tenemos sobre los demás personajes que en nuestra Edad Media dieron asunto a la canción popular, han hecho que la atención de los críticos se haya inclinado con preferencia a esta grandiosa figura, y principalmente al venerable poema en que la gloria del Campeador se confunde con los orígenes de la lengua y poesía castellanas.

Pero nadie duda hoy, gracias a Milá y a su insigne continuador, que ese poema, aunque casi solitario hasta ahora, no fue el único, ni tampoco el primero de su género, sino que perteneció a una serie bastante rica de *Cantares de gesta*, que en su primitiva forma no conocemos ya, pero que indirectamente nos son revelados por otros textos históricos en que persistió la materia épica, aunque la forma cambiase. La *Crónica general*, recogiendo en extracto las gestas primitivas, contribuyó mucho a que se perdiesen, pero no las extinguió del todo. Lo que hicieron fue tomar nueva forma, surgiendo en el siglo XIV una épica secundaria, que influyó a su vez en las refundiciones de la *Crónica* , y de la cual, además, nos quedan, si bien pocos, notables fragmentos, que derraman inesperada luz sobre el origen de los romances, tenidos en otro tiempo por la forma más antigua de nuestra poesía popular, cuando son, por el contrario, la más reciente, y apenas puede decirse que pertenezcan a la Edad Media más que por su inspiración primitiva. Heredaron el metro de diez y seis sílabas propio de la segunda edad de nuestra epopeya (como vemos en la *Crónica Rimada*, y en la abundancia de octosílabos que contiene la *Crónica* particular del *Cid*, sacada de una de las variantes de la *General*), y fueron, en la mayor parte de los casos, ramas desgajadas del tronco épico, más bien que vegetación lírica nacida a su sombra.

Milá provenzalista, Milá filólogo catalán, Milá *folklorista* y colector de la poesía popular, Milá historiador literario de la Edad Media, es universalmente conocido y respetado. Los títulos de su gloria están muy altos para que ninguna emulación los toque. Pero antes que este Milá, y al mismo tiempo que él, existió otro mucho menos conocido fuera de España, y aun pudiéramos decir fuera de Cataluña; pero no menos digno de serlo, porque en cierto modo es la raíz y el fundamento del Milá triunfante y definitivo. Antes de iniciarse como verdadero *autodidacto* en el método histórico que nadie podía enseñarle en España, Milá había sido poeta clásico y romántico, humanista y estético, apasionado de todas las formas y manifestaciones de lo Bello, ingenioso conocedor en arquitectura, en pintura y aún en música; artista en potencia más que en acto, no sólo por lo limitado de su producción, sino porque el genio crítico absorbía la mayor parte de su esfuerzo intelectual. Pero su sensibilidad era de las más delicadas y exquisitas, hasta el punto de convertirse para él en verdadero tormento. En las frecuentes crisis melancólicas que desde su juventud padeció, llegaba a mirar con prevención y recelo los goces estéticos, sin los cuales no hubiera podido vivir; pero que por su misma intensidad, con ser de orden tan espiritual, perturbaban transitoriamente la paz de su alma, sumergiéndole en un éxtasis que tenía por peligroso y enervante, y que alarmaba su escrupulosa conciencia. No diré que estos escrúpulos no pecasen de nimios, pero la misma insistencia con que tornaba a ellos, así en sus pláticas familiares como en las instrucciones que daba a sus discípulos, inculcándoles una y otra vez que el hombre ha nacido para la acción viril y no para el sueño, aunque el sueño del arte sea sin duda el más noble de to-

dos, prueban un estado de ánimo que era a la par angustioso y dulce, una pureza ideal y siempre vigilante, que todo artista de corazón cristiano puede envidiar; y al mismo tiempo una profunda y dolorosa simpatía por las víctimas de aquella dolencia moral que él a tanta costa había logrado vencer, refugiándose en la erudición, en la arqueología y en el recinto todavía más inexpugnable de la sabiduría práctica y de las virtudes domésticas y oscuras.

El fondo de Milá era esencialmente poético, no porque haya dejado apreciables versos castellanos y algunos catalanes de mérito muy superior, sino por la rara aptitud que tenía para descubrir el alma poética de las cosas, para interpretar la naturaleza y la historia bajo razón y especie de poesía; por cierto elevado simbolismo que se juntaba, y era su mayor originalidad, con un sentimiento vivo y preciso del detalle gráfico, con una tendencia que bien podemos llamar realista, en que no desmentía su filiación española y catalana. Esta tendencia fue la que en su juventud le salvó del transitorio influjo de Chateaubriand y de Lamartine, para llevarle al culto de Walter Scott y de Manzoni, en que perseveró toda su vida. Ella fue también la que en sus estudios sobre la Edad Media le preservó del neo-catolicismo sentimental y gótico-florido importado de Francia. Pero la educación literaria de Milá es punto que reclama especial consideración por tratarse de quien fue sin disputa el primer crítico español de su tiempo, y dudo que haya sido dignamente reemplazado después.

Cuando Milá abandonó las aulas de Cervera para terminar en la restaurada Universidad de Barcelona los estudios de Jurisprudencia, que sin gran vocación había cursado, traía el sólido fundamento de una cultura de humanidades, que despertó sus primeras aficiones, y le hizo conservar incólumes los principios del buen gusto en medio de la revolución literaria de que iba a ser, no sólo testigo, sino actor. Los que se imaginan a Milá como un arqueólogo romántico, no aciertan más que a medias. Había conocido la Antigüedad antes que la Edad Media, y precisamente la una le sirvio para comprender la otra sin pasión ni exclusivismo. Su teoría de la epopeya se aplica por igual a los poemas homéricos y a las gestas. De él puede decirse que veía la Antigüedad con visión romántica, y era clásico hablando de la Edad Media. Una de sus dotes más envidiables era aquel espíritu de serenidad y armonía que no se adquiere en el caos de la literatura moderna, sino en la temprana y por algún tiempo exclusiva contemplación de los modelos de Grecia y Roma, que por su lejanía misma educan el sentido de lo bello sin ponerse en contacto demasiado íntimo con nuestros hábitos y propensiones. Nunca hizo Milá profesión de filólogo clásico. No era helenista, o lo fue muy tardía e incompletamente; pero era, y bien lo saben todos los que le conocieron, aventajadísimo en el conocimiento de la lengua y literatura latina, de la cual sacaba copiosos ejemplos para sus lecciones y que le servía de piedra de toque para sus juicios. Virgilio, y sobre todo, Horacio, eran

sus poetas predilectos. Sabía de memoria casi todas las odas del segundo, había hecho especiales estudios sobre su métrica, y estaba profundamente imbuído en el peculiar carácter de la lírica horaciana, que cuadraba muy bien con su amor a la sobriedad enérgica y sentenciosa, a la expresión rápida y concentrada. Si en Horacio le embelesaban la regularidad matemática de las estrofas, el prestigio insólito del ritmo, la sabia construcción del período poético, el artificio complejo y sutil de la dicción, y para decirlo con palabras suyas, «aquel lírico divagar y aparente desorden que distinguen la oda antigua de la canción provenzal e italiana», otras y más profundas cualidades le hacían mirar con veneración y cariño entrañable las odas de nuestro Horacio cristiano, Fray Luis de León, a quien llamaba «el más puro, el más amable y justo entre los poetas españoles», cuya alma apaciblemente enérgica y dulcemente grave veía reflejada en la mansa corriente de sus versos, desaliñados a veces, pero llenos de sincera emoción lírica, rarísima dondequiera, y más en escuelas que han tenido la imitación por principal norma. Aun esta misma imitación docta e inteligente era grata a Milá cuando va acompañada de suficiente jugo poético; y no sólo en Fray Luis de León, que resultó originalísimo imitando, sino en poetas mucho menores, pero de corte y sabor horacianos: en las lindas estrofas del Bachiller Francisco de la Torre, en las elegantes pero demasiado literales y algo secas imitaciones de Francisco de Medrano, en la intachable destreza técnica de los endecasílabos sueltos de don Leandro Moratín, y en el vuelo intermitente y desigual, pero a veces poderoso, de vuestro Cabanyes, cuyos *Preludios* vindicó del olvido Milá, dando a su autor el puesto singular que en nuestra literatura le corresponde como innovador de las formas clásicas con espíritu y aliento románticos. A muchos sorprenderá que Milá, tan amigo de la canción popular, ruda y espontánea, mirase con tanta estimación los productos del arte erudito; pero en su gusto grande y hospitalario cabían aficiones muy diversas y precisamente las unas servían de saludable freno a las otras, evitando los peligros de una dirección exclusiva. No gustaba de la oda académica, era algo tibio en su admiración por los Quintanas y Gallegos, y en general por toda poesía de entonación enfática y oratoria; no cayó nunca en el vulgar error de confundir la poesía con la elocuencia poética; pero sabía apreciar lo mismo el procedimiento instintivo que en el canto popular deposita las intuiciones elementales del espíritu y los nativos impulsos del corazón, que la manera verdaderamente lírica con que el poeta culto rehace en sí la espontaneidad primitiva y llega a hacerse natural y sencillo a fuerza de arte, dando nueva e imperecedera forma a los humanos afectos y agrandando la visión estética del mundo.

Si los estudios clásicos dieron a Milá, como a todo literato digno de este nombre, la base más sólida de su cultura, el romanticismo fue la pasión de sus años juveniles y el cauce por donde corrieron sus primeras inspiraciones, rara vez traducidas en obras poéticas, pero arraigadas y latentes en su ánimo, aun bajo el imperio de la más severa disciplina científica. Ya hemos visto que algún tributo pagó al subjetivismo melancólico. De

Chateaubriand solía decir que «le había hecho mucho daño»; y si Byron no le hizo tanto fue porque se internó menos en su comercio, aunque se nota la influencia del autor de *Manfredo* en aquel ensayo semidramático *Fasque nefasque*, que Milá puso luego tanto empeño en destruir. Pero estas ráfagas de pesimismo y agitación moral pasaron presto, y el romanticismo de Milá fue esencialmente histórico, retrospectivo y arqueológico Por este lado iban todas sus predilecciones. Aun en la obra inmensa y múltiple de Goethe, que es el mayor monumento poético de los tiempos modernos lo que más le atraía y lo que mejor llegó a comprender y asimilarse fue el elemento legendario y popular, lo mismo en las baladas que en la primera parte del *Fausto* y en *Goetz de Berlichingen*, drama que admiraba mucho y del cual hizo una traducción libre o adaptación castellana con intento de que se representara. En cambio, la fría y marmórea belleza de *Ifigenia*, el sensualismo más reflexivo y plástico que ardiente de las *Elegías Romanas y* los símbolos inextricables del segundo *Fausto* no le producían gran deleite. El drama idealista de Schiller en su segundo período le cautivaba, no sólo por la elevación moral, sino por la representación de la vida histórica, sobre todo cuando esta representación es fiel y adecuada como en *Wallenstein* o tiene la verdad del paisaje y del ambiente como en *Guillermo Tell*. Aun en el mismo Shakespeare, de cuyas aras fue uno de los primeros devotos en España cuando todavía no estaba en moda el afectar su culto, no le interesaba menos el pintor de historia que el profundo escudriñador de los arcanos de la conciencia humana.

Pero la verdadera iniciación romántica de Milá y de sus contemporáneos catalanes, entre los cuales descuella el brillantísimo y malogrado Piferrer, no se había hecho por virtud de ninguno de los colosos del arte, sino de otro ingenio más modesto y asequible, astro de luz menos intensa, cuyos fulgores han ido lentamente apagándose, aunque en su tiempo iluminaron a toda Europa, y ¿quién sabe si volverán a rayar sobre el horizonte cuando triunfe otra vez, en el incesante flujo y reflujo de las formas artísticas, la forma de novela por él representada? La influencia del romanticismo alemán de los hermanos Schlegel, que fue grande en Milá y en Piferrer, tuvo en esta dirección escocesa más realista y familiar, saludable contraste. Fue para Milá día providencial aquel en que un docto fraile dominico a quien había conocido en la Universidad de Cervera, puso en sus manos las primeras novelas de Walter Scott, que comenzaba a dar a luz en traducciones generalmente esmeradas la casa editorial de Bergnes. Desde entonces fue la lectura del novelista de Edimburgo uno de los recreos favoritos de su espíritu: en ella buscaba distracción y alivio a sus melancolías: era, según confesión propia, el autor que más veces había leído, no sólo en las novelas, sino en los poemas como *Rokeby* y *La dama del lago*, que juzgaba muy superiores a su fama y que analizó ingeniosamente. Siempre, y a despecho de todos los cambios de la moda, atrajeron a Milá las vistosas rayas del *plaid* caledonio. Y con él compartía esta admiración toda la antigua escuela catalana, que si

fue escocesa en filosofía, no lo fue menos en literatura. Cuando se haga la historia del influjo de Walter Scott, que fue mucho más extenso que el de Byron en el romanticismo español, habrá que señalar a Barcelona como uno de los principales focos de esta clase de poesía, no porque se escribiesen allí más novelas y leyendas históricas que en otras partes, sino porque el pensamiento poético de Walter Scott penetró más que ningún otro en el alma de los artistas y de los críticos y aun en la afición común de los lectores; y a cada paso se encuentra su huella: en la prosa pintoresca y exuberante de los viajes artísticos de Piferrer, en las baladas tan apacibles y simpáticas de Carbó, deudo de Milá por afinidad, en los rasgos incorrectos y geniales de las poesías líricas de Semís, y en otros ingenios menos conocidos, segados casi todos antes de tiempo por la hoz de la Parca. Es más, el primitivo catalanismo se nutrió de la savia de esta escuela, que para los catalanes no fue meramente de emancipación literaria, sino de regreso a los temas tradicionales, de amor a las memorias y usanzas viejas, y (como dice admirablemente Milá) «a las rústicas costumbres populares en que parece residir todavía, bien que envejecido y destronado, el genio poético de las edades antiguas». Hubo, sin duda, mucho de arqueológico, pero hubo todavía más de franco y sincero entusiasmo juvenil, en esta vuelta a lo pasado, que quizá era sólo aparente, porque en lo pasado estaba el germen y la razón de lo por venir, como todos lo vieron claro cuando llegó la plenitud de los tiempos.

Milá, imitador de Walter Scott en las pocas leyendas que compuso, generalmente en prosa, lo fue de un modo más eficaz en su comprensión poética de la Edad Media, que, aun depurada y corregida por el estudio frío y analítico de los años maduros, conservó siempre rastros de su origen. Pero si en esta parte tuvo que rectificar algo de los entusiasmos de su mocedad respecto de *Ivanhoe* y *El Talismán*, y llegó a preferir aquellas novelas más modestas en que el ingenioso maestro escocés pinta con minuciosidad flamenca escenas y tipos de una vida más próxima a su tiempo, como *El Anticuario* y *El Astrólogo*, siempre confesó que le debía su primera afición a las baladas y cuentos populares. Sabido es que grandes historiadores, como Agustín Thierry, reconocieron la parte que en su aprendizaje había tenido la intuición poética de Walter Scott. También Milá, que era *folk-lorista* de raza, encontró el secreto de su vocación científica en aquellas páginas, a primera vista de pura amenidad, en que curiosamente están recogidos los mitos, leyendas y supersticiones de las tierras altas de Escocia y de la región de los lagos, donde el genio céltico conserva todavía misterioso asilo.

Esta particular deuda de gratitud, y el encanto que siempre halló en la cordial expansión de aquel temperamento poético tan sano y bien equilibrado, no impedían a Milá ver con claridad todo lo que hay de endeble, superficial y transitorio en el arte más extenso que intenso de Walter Scott, y que priva a la mayor parte de sus obras del inmortal prestigio que circunda los monumentos clásicos de todas las literaturas. No siempre los autores

más admirables son los más amados ni los que más influyen en nuestra vida, y el caso presente lo comprueba. Pero Milá tuvo la suerte de conocer al mismo tiempo que las innumerables narraciones de Walter Scott, la novela única e imperecedera de Manzoni, que le reveló un mundo poético superior, en medio de su humilde austeridad y voluntario alejamiento de toda quimera engañosa. El realismo de Manzoni, que sería más amargo que benévolo si no estuviese penetrado dondequiera de piedad y resignación; aquella ironía alta y trascendental que, dominando el espectáculo de la vida, nos hace entrever su ley; la simpatía hondamente evangélica por los menesterosos y los humildes; la compenetración admirable del caso doméstico y vulgarísimo con la trama entera de la vida social; el espíritu de práctico y positivo cristianismo que en todo el libro rebosa, eran y son el mejor antídoto que puede encontrarse contra aquellas dolencias del sentimiento y de la fantasía de que Milá había emprendido purificar tan rígidamente su alma, contra aquellos fantasmas que a un tiempo amaba y temía como perturbadores de su reposo. No sólo y *Promessi Sposi*, sino las poesías líricas y las tragedias, y la *Moral Católica* y todas las prosas históricas, literarias y doctrinales del gran milanés, que es, no sólo el más excelso artista íntegramente cristiano de la última centuria, sino un pensador de los más ingeniosos y sutiles, fueron asiduamente frecuentados por Milá, que basó en la célebre *Carta sobre las unidades dramáticas* una parte de su propia poética.

El culto por Manzoni era antiguo en Cataluña, y quien recuerde que ya se encuentran indicios de él en *El Europeo* de 1823; que Cabanyes en *La Misa Nueva* recuerda los pensamientos y hasta el ritmo de los *Himnos Sacros*; que por iniciativa de Aribau emprendio don Juan Nicasio Gallego su clásica traducción castellana de *Los Novios*, de cuyo texto hay evidente reminiscencia en una de las mejores estancias del *Adeu siau turons*; finalmente, que las páginas más felices de crítica sobre Manzoni publicadas en España llevan las firmas de Milá, de Quadrado, de Llausás, no podrá menos de estimar que la escuela catalana, aun siendo predominantemente escocesa, recibió muy temprano y en bastante medida el impulso de la Alta Italia; y no sólo por las obras de Manzoni, sino por las de Tomás Grossi, cuya *Ildegonda* traducía Aribau en 1824, y por las de Silvio Pellico, tan amado de Milá, aunque le considerase más bien como una alma poética que como un poeta. Algo de misterioso atavismo pudo haber en estas relaciones literarias, a primera vista fortuitas. El estudio de la poesía popular comprueba que las canciones lombardas y piamontesas tienen notable analogía con las de Provenza y Cataluña, precisamente en lo que éstas difieren de los romances castellanos y portugueses. El propio Milá hizo esta observación cuando llegó a sus manos la primera colección de Nigra.

Pero tratándose de influencias venidas de Italia es imposible olvidar la que, no sólo en el ánimo juvenil de nuestro autor, sino en la cultura general de Barcelona ejercieron por los años de 1840 tres artistas pensionados en Roma, uno de ellos hermano de Milá, dis-

cípulos e imitadores más o menos hábiles de la pintura espiritualista de Overbeck, pero sobre todo heraldos del credo estetico nuevo, prerrafaelista y ultrarromántico, que tenía en Munich y en Dusseldorf sus templos y sacerdotes, doblemente consagrados por el arte y por cierta elevación mística. De estos cenáculos había salido, no sólo una reforma técnica, sino una rehabilitación histórica de los «primitivos italianos comenzando por Giotto; y al volver a levantarse sus aras se había levantado, dominándolas a todas, la del sublime poeta en cuya obra pusieron mano cielo y tierra, y que era a los ojos de la nueva generación artística el águila que sobre todas vuela, el vidente, el faro de inextinguible luz proyectado sobre la Edad Media. Por este raro e indirecto camino, mucho más que por la vaga admiración de los poetas románticos que solían hablar de la *Divina Comedia* sin haberla leído, volvio a España Dante, casi olvidado después del siglo XV, en que nuestros ingenios catalanes y castellanos le tenían en tanto predicamento, aunque más bien tomasen de él el aparato científico y alegórico que la poesía. Milá fue de los primeros que con estudio personal y directo volvieron a internarse en la misteriosa selva; y con aquellos toques sobrios y vigorosos en que nadie le aventaja, expuso y comentó de tal suerte el sagrado poema, que bien pudo llamarse en España el «dantista» por excelencia. De este modo su ideal artístico iba depurándose cada vez más y sobrepujando más altas cimas, donde a tantos críticos vulgares falta el pie o la respiración.

Durante sus años de aprendizaje tuvo la cordura de leer y meditar mucho y escribir relativamente muy poco. Esto le libró casi por completo de arrepentimientos literarios (pues de otro género apenas pueden presumirse en una naturaleza como la suya), y dio a su pensamiento el temple y solidez que siempre tuvo; pero acaso esta falta de expansión primeriza robó algo de espontaneidad a su estilo, le hizo difícil y premioso, habituándole a una condensación excesiva. No porque Milá escribiera mal, como sin razón suponen los amigos de la estéril locuacidad que entre nosotros predomina. Milá, como otros insignes catalanes, Capmany, Puigblanch, Aribau, Coll y Vehí, había hecho estudio profundo de la lengua castellana, y son raras en él las incorrecciones. Su prosa, en muchos artículos críticos, en las dos bellísimas oraciones inaugurales de la Universidad, en las preliminares del primitivo *Romancerillo*, en el discurso de la Academia de Bellas Artes y en toda la parte que podemos llamar sintética y popular de sus obras, es un tejido de altos pensamientos expresados con novedad y energía, en una forma tan concreta y lapidaria que los graba indeleblemente en la memoria. Milá contaba y pesaba las palabras, porque tenía horror a la amplificación inútil; pero cada una de esas palabras contiene gérmenes de vida que no pueden menos de fructificar en los entendimientos capaces de recibirlos. Es cierto que en sus obras puramente científicas, como el tratado de la *Poesía Heroico Popular* o los artículos que enviaba a las Revistas filológicas, abusa de las notas, de los paréntesis y de las abreviaturas, presenta los materiales en forma algo ruda y parece desdeñar el arte de composición. De estos trabajos no puede decirse que estén

bien ni mal escritos, por la misma razón que no puede llamarse bien escrito un libro de Álgebra o de Química. Ya sé que la historia literaria no tiene exigencias tan severas, y que grandes historiadores lo han conciliado todo. Pero Milá, que tenía que desbrozar una materia nueva y descender a mil menudas investigaciones de detalle, entendió, no sé si con acierto cabal, que todo debía sacrificarlo a la recia disciplina que se había impuesto, y adoptó una manera de escribir impersonal, desnuda, casi geométrica. No era sólo escrúpulo de precisión lo que sentía: era un escrúpulo de probidad moral, como si viese en los artificios y galas del estilo un lazo tendido a la integridad y parsimonia de la verdad científicamente demostrada. Tan violenta, aunque en cierto modo necesaria reacción contra los hábitos de nuestro vulgo literario y aun de muchos que no son vulgo, le quitó por de pronto lectores, fuera del círculo de los especialistas literarios. Pero a la larga no perjudicó a la difusión de su doctrina, cuando fue expuesta y, digámoslo así, «humanizada» por algunos discípulos suyos, entre los cuales es el mínimo quien ahora os habla.

Autoridad de maestro tuvo Milá mucho antes de serlo oficialmente y cuando apenas había publicado ningún libro. El ascendiente que ejercía sobre la juventud literaria de su tiempo, aun sobre los que en edad le superaban, se explica, no sólo por su vasta cultura y por la manera elevada y general con que trataba las cuestiones de arte, sino por la prudencia de sus dictámenes y la insinuante moderación de sus palabras, que, sin conceder nunca lo que no debían, esquivaban siempre la áspera contradicción, que acalora y desosiega los ánimos. Milá, que tanto sabía, se allanaba fácilmente al estado mental de su interlocutor, y enseñaba siempre pareciendo inquirir, preguntar, dudar, sin que su inagotable bondad y omnímoda tolerancia perjudicasen a su firme convicción en las pocas cosas que afirmaba. Esta naturaleza crítica, en medio del desbordamiento romántico, era por sí sola una fuerza, y de tal modo se había hecho respetar, no sólo en el campo de la literatura, sino en el de las artes todas, que cuando el célebre dibujante Parcerisa concibió, en 1839, el proyecto de los *Recuerdos y bellezas de España*, a Milá acudio antes que a nadie para que escribiese las descripciones artísticas y los cuadros históricos de aquella publicación memorable. Pero Milá, que conocía a los demás y se conocía a sí propio, rehusó modestamente el encargo, indicando el nombre de su íntimo amigo y camarada don Pablo Piferrer. Y ciertamente que la elección no pudo ser más acertada, porque Piferrer, que suplía con su genial intuición estética lo que entonces le faltaba de conocimientos técnicos, tenía para llegar al alma del público aquellas condiciones de elocuente propagandista y de poeta de la arqueología que el gusto del tiempo hacía necesarias: la fantasía pintoresca, la divagación lírica, el raudal opulento de la frase, no siempre limada, pero llena de ímpetu y brío en su cándida efusión. No sabemos lo que la obra hubiera sido en manos de Milá, que no tenía formado aún su estilo y que en todo tiempo propendio con exceso a la concisión. Probablemente hubiera ganado

en doctrina estética, pero dudamos que hubiese alcanzado el éxito popular que lograron las ardientes páginas de Piferrer y las más severas de Quadrado, contribuyendo de un modo tan eficaz al triunfo de la escuela histórica y arqueológica en que nuestro autor militaba. Por otra parte, estos estudios le hubieran distraído de la literatura propiamente dicha, en la cual concentró al cabo sus esfuerzos, y a la cual debe toda su gloria.

Con la petulante ligereza que hoy suele aplicarse al juicio de cosas y personas, no ha faltado recientemente quien aplicase a don Manuel la extraña calificación de «archivero sentimental». Del sentimentalismo ya sabemos cuánto desconfiaba Milá y con qué energía luchó para desarraigarle de su ánimo, implantando en él los más severos hábitos de parsimonia científica. Archivero no lo fue nunca, aunque respetase mucho a los que lo son de verdad, como lo mostró en su preciosa necrología de don Próspero Bofarull, y acudiese a los archivos siempre que sus trabajos lo exigían, persuadido, como toda persona sensata, de que la historia no se adivina ni se construye a priori, sino que tiene que salir de los documentos. Ni siquiera puede decirse que fuera un erudito de profesión. Los que conocen a fondo sus obras saben que si por algo pecan es por falta, no por exceso, de documentación. No era bibliófilo, tenía en su casa pocos libros, y no siempre podía consultar holgadamente los de las bibliotecas públicas. Nadie creería, si él no lo dijese, que de las *Antigüedades de Castilla*, del Padre Berganza, que tanto estimaba, que le fueron tan útiles en sus estudios sobre la poesía heroica, y que nadie calificará de libro raro, no llegó a manejar nunca el tomo segundo, porque en la Biblioteca provincial de Barcelona faltaba. Este ejemplo es característico y como él podrían citarse otros. Aun siendo cosa tan humilde la bibliografía, es a veces de todo punto necesaria. Por no haber manejado Milá más *Crónica general* que la impresa por Ocampo, admitió sin reparo que las mocedades del Cid estaban ya en el primitivo texto de Alfonso el *Sabio*, cuando sólo aparecieron en la refundición de 1344: punto de gran consideración en el desarrollo de la leyenda, y que hubiera robustecido las sospechas de Milá acerca del muy secundario valor de las tradiciones consignadas en el *Rodrigo*. Quien tanto acertó con tan escasos medios, ¿adónde no hubiera podido llegar con la riqueza de textos que hoy disfrutamos?

Pero Milá era ante todo crítico literario, y la erudición nunca fue para él más que un auxiliar. Las cuestiones teóricas le habían interesado mucho desde su juventud y nunca las abandonó del todo. Por virtud de su pericia en ellas, triunfó en las primeras oposiciones a cátedras de literatura celebradas en Madrid en 1846, alcanzando el número primero, que le daba opción a una cátedra de la Universidad Central. Pero tanto él como su digno compañero de ejercicios Fernández Espino renunciaron a ella, prefiriendo las de Barcelona y Sevilla respectivamente, lo cual afianzó la conservación de las buenas tradiciones literarias en ambos Centros, sin menoscabo de la cultura patria, cuyo ideal

no puede ser nunca una estéril y yerta centralización. No fue Milá catedrático de Madrid porque no quiso serlo, pero cumplió en Barcelona una grande obra de educación y de españolismo, y por ella fue celebrado dondequiera, traducido al alemán nada menos que por Fernando Wolf desde 1855, y conocido hasta en Rusia, donde por primera vez oyó su nombre don Juan Valera.

No tenía Milá condiciones de orador académico ni creyó nunca que la cátedra fuese palestra de oratoria. Su dicción era pausada, lenta, premiosa, monótonos el ademán y el gesto, algo opaca la voz y como velada. Había conseguido a fuerza de estudio dominar su acento nativo y limar las asperezas del lenguaje, y hablaba con tan rara corrección que hubiera podido estamparse todo lo que decía. Pero no se veía en él ningún conato de agradar, ni cayó nunca en artificios indignos de la severa exposición doctrinal. No hablaba al sentimiento, sino a la razón, y era tan sobrio y económico de palabras hablando como escribiendo. Amplificaba lo menos posible, pero fijaba con mucha insistencia los puntos culminantes para que sirviesen como tema de meditación a sus alumnos y fuesen despertando en ellos el hábito de pensar, al cual solían ser ajenos por su educación primera. Usaba alguna vez el método socrático, pero menos acaso de lo que debiera, y menos que Llorens, por de contado. Aclaraba la lección con oportunos ejemplos que solía llevar escritos, no fiándose ni aun en esto de su felicísima y bien ordenada memoria. Receloso contra las vaguedades de la estética pura, presentaba siempre el hecho artístico al lado de la teoría, y hacía frecuentes aplicaciones a las diversas artes, con lo cual agrandaba de un modo insensible el horizonte intelectual de sus discípulos. En la recomendación de autores y de libros era muy cauto, absteniéndose de citar algunos ni aun para refutarlos. Practicaba con el mayor rigor el precepto de Juvenal *maxima debetur puero reverentia*, y no hubiera aplicado a los hijos de su sangre, si Dios se los hubiese concedido, más vigilante y amoroso celo que a los hijos de su enseñanza, respecto de los cuales se consideraba investido de una especie de cura de almas. Pero todo esto en una esfera superior, sin hazañerías ni trampantojos, sin disciplina de colegio, sin sombra de «filisteísmo», que es el peor lenguaje que se puede hablar a estudiantes y que en vez de prevenir fomenta todo género de anarquías y rebeliones intelectuales. En la clase de Milá no se hablaba más que de arte y de literatura, pero se respiraba una atmósfera de pureza ideal, y se sentía uno mejor después de oír aquellas pláticas, tan doctas y serenas, en que se reflejaba la conciencia del varón justo cuyos labios jamás se mancharon con la hipocresía ni con la mentira.

Con haber sido muy fecunda en bienes la obra pedagógica de Milá, no fue tan extensa su acción como pudiera pensarse atendiendo sólo al número de años que ocupó la cátedra y al gran golpe de oyentes que pasó ante ella. Esta misma concurrencia, heterogénea y mal preparada, tumultuosa a veces, o por lo menos distraída, casi infantil en su mayor

parte, era el principal obstáculo para que su labor fructificase como era debido. Milá no pudo formar verdaderos discípulos más que en el corto grupo de los cursantes de Filosofía y Letras, y aun la vocación de éstos se veía contrariada por nuestro absurdo sistema de enseñanza, que englobaba sus estudios con los del llamado «año preparatorio de Derecho», como si la literatura, la filosofía y la historia no tuviesen más fin que preparar la cosecha de abogados, tan prolífica en España. Algo de esto se ha remediado después, pero Milá no llegó a alcanzarlo, y tuvo que luchar toda su vida con la turbamulta de los legistas incipientes, a quienes sólo por un leve resquicio podía hacer entrever el mundo de la poesía y del arte.

Para la cátedra que en tan raras condiciones regentaba, compuso Milá un breve doctrinal de Estética, que fue el primero de su título en España, aunque la nueva ciencia tuviese entre nosotros antiguos y calificados precedentes y contásemos desde el siglo XVIII con ensayos sobre la filosofía de lo Bello tan memorables como el de Arteaga. Interrumpida u olvidada esta tradición, no habían sido los pensadores catalanes los últimos en renovarla, como lo prueban los artículos de *El Europeo*, de 1823, en que se expusieron las ideas de Schiller sobre la belleza y la sublimidad; y el ensayo de don Ramón Martí (1839) sobre los sentimientos humanos, entre ellos el sentimiento estético, en que están aprovechados los análisis y observaciones de Reid, Adam Smith, Hutcheson y toda la primitiva escuela de Edimburgo.

Aparte de la aparición grande y solitaria de Balmes, a quien la lucha política apartó muy pronto del terreno de la pura especulación, y cuya influencia, dígase lo que se quiera, fue menor en Cataluña que en el resto de España; la filosofía catalana de la primera mitad del siglo XIX, por lo menos la que oficialmente se profesaba, se desarrolló en la dirección única del psicologismo escocés, muy bien comprendido y asimilado, cuyos frutos, por lo tocante a la Estética, recogió el libro de Milá, asesorado en la parte filosófica por Llorens y en la artística por don Pablo Milá y Fontanals, persona muy versada en la técnica e historia de la pintura. A ambos va dedicada, en prenda de gratitud, esta diminuta, pero substancial *Estética*, porque Milá, que tanto y tan bien sabía, era muy dócil al consejo de los especialistas.

De filósofo no presumió nunca, aunque hubiese leído mucho y bueno de filosofía y tuviese un entendimiento claro, penetrante y agudo, capaz de elevarse sin esfuerzo a las más altas esferas intelectuales. Pero temía el vértigo de las alturas, velaba mucho por la paz de su alma, y como no era hombre que se contentase con las respuestas fútiles y meramente verbales en que los seudometafísicos se complacen, ahogaba muchas veces la interrogación en sus labios, aunque no pudiese arrancarla de su espíritu, y seguía resignado y sumiso la vía inflexible que se había trazado. Hay, por tanto, muy poca meta-

física en su tratado de Estética, lo cual será un mérito para unos y un defecto para otros. Hay, en cambio, una positiva riqueza de observación psicológica, derivada en buena parte de propia experiencia; y un sentido personal de lo Bello que en las obras de los estéticos profesionales suele echarse muy de menos. Milá era de los que no comprenden que pueda escribirse de artes sin haber frecuentado la lectura de los poetas, sin haber visitado asiduamente los Museos, sin haber oído muy buena música, sin conocer íntegramente la evolución de las bellas formas; ni pensó nunca que tan rico proceso de la mente humana pudiera encerrarse en cuatro vaciedades teóricas.

La independencia de Milá respecto de los sistemas filosóficos le permitió incorporar en su tratado, con hábil e ingenioso sincretismo, los principales resultados de la tercera crítica kantiana (*Crítica de la fuerza del juicio*), tanto en lo que toca a la doctrina de lo sublime, como en el concepto del arte «finalidad sin fin», que él llamó en términos más sencillos «forma sin uso». Y le permitió también seguir a Hegel en cuanto al sistema y clasificación de las Bellas Artes; y sin contagiarse para nada de su idealismo absoluto, que es en la estética hegeliana más aparente que substancial, aprovechar el riquísimo contenido que ofrece en la teoría y exposición de los géneros literarios, principalmente de la epopeya y de la dramática. De este modo, sin afectación ni escándalo, sin dejar piedra en que tropezasen los incautos, ni alarmar a los fariseos, hizo entrar en un libro de humilde apariencia algunas de las enseñanzas más útiles de la estética alemana de los tiempos clásicos, siendo lástima que no aplicase igual trabajo de depuración a la estética posterior a Hegel, a cuyo desarrollo prestó menos atención, distraído cada vez más por las investigaciones históricas que llenaron tan gloriosamente la última parte de su vida. Pero siempre será timbre de honor para Milá, tan creyente y tan severo, el haber mantenido incólumes los derechos del arte puro y desinteresado, contra las pretensiones del utilitarismo, del intelectualismo y del sentimentalismo, que, menospreciando, cada cual a su modo, la belleza formal, quieren buscar la fuente de la emoción estética en teoremas abstractos o en pláticas morales o en sueños de regeneración social. Nadie menos que Milá podía caer en el yerro contrario de mirar el arte como un puro *dilettantismo* divorciado de los grandes intereses de la vida; pero por lo mismo que su criterio moral y religioso era tan firme y acendrado, tiene doble valor el espíritu de cristiana y racional libertad con que procedio siempre en esta materia.

Por la sobriedad jugosa y elegante del estilo, la obra de Milá contrasta ventajosamente con la gárrula y enfática prosa de otros tratados de Preceptiva que fueron entre nosotros muy celebrados, y sería un modelo perfecto de manuales si su autor hubiese contado menos con la rápida percepción de los alumnos. Necesita un comentario perpetuo y vivo como el que Milá le ponía en sus explicaciones, o el que es fácil entresacar de sus tres volúmenes de *Opúsculos Literarios* que son, si el cariño de editor no me ciega, la más

instructiva lectura de su género que hoy puede encontrarse en España y una de las más amenas.

Rápidamente he bosquejado los principales rasgos de la compleja fisonomía literaria de Milá, y no toleraban otra cosa los límites de esta memoria, que no me atrevo a llamar discurso, porque deliberadamente he huido del tono oratorio, pareciéndome inadecuado a la grave sencillez del personaje que celebramos. Pero hablando en Cataluña y ante catalanes, no puedo menos de añadir dos palabras sobre el catalanismo de Milá, porque sin este aspecto capital quedaría incompleta su figura. Seré breve, sin embargo, no sólo porque vuestra atención debe estar rendida, sino porque este aspecto es para vosotros el más familiar de todos, y en él han de insistir seguramente otros oradores de los que en este homenaje toman parte.

Era don Manuel Milá catalán de mente y de corazón: poseía las más bellas cualidades de la raza, y amaba con filial y entrañable afecto la lengua nativa, las sanas costumbres del tiempo viejo, los recuerdos y tradiciones rústicas, la poesía, la música y las danzas populares, los trajes antiguos y pintorescos, la bulliciosa alegría de las fiestas campesinas, la esquividad y apartamiento de las ruinas románticas. Era de temperamento refractario a la unidad niveladora que ha pulverizado y deshecho los organismos históricos, y aunque no fue extremoso en nada y se abstuvo de las luchas políticas (lo cual no quiere decir que en tiempo alguno olvidase sus deberes de ciudadano), veía con buenos ojos cuanto pudiese favorecer la autonomía local y la vida propia, no de las regiones fría y abstractamente consideradas, sino de su propia y amada región, de la gloriosa patria catalana. Desde su primera mocedad fue muy versado en los anales de la Corona de Aragón y recibió, como tantos otros, la influencia de los tres libros, de muy desigual mérito, a que los catalanes debieron mayormente la revelación de su pasado: las *Memorias* de Capmany *sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, una de las pocas obras del siglo XVIII que no han envejecido ni llevan traza de envejecer, ensayo no superado todavía de un género de historia entonces nuevo, que levantaba a las artes de la paz, florecidas al benéfico influjo de las instituciones municipales y gremiales en nuestra gran metrópoli levantina, un trofeo digno de las más excelsas repúblicas italianas: el *Diccionario de los escritores catalanes*, de Torres Amat, compilación atropellada e indigesta en que intervinieron varias manos, no todas hábiles, pero de todos modos copioso repertorio de extractos y noticias literarias que tenían en 1836 todo el encanto de la novedad y abrían camino a la fantasía trovadoresca de los poetas novísimos: los *Condes de Barcelona vindicados*, de don Próspero Bofarull, obra de investigación y de crítica, que a cualquier época y país honraría, cuanto más a los tiempos difíciles y procelosos en que salió a luz; piedra fundamental en la historia de la antigua Marca Hispánica, que por primera vez apareció allí libre de errores y confusiones crono-

lógicas y genealógicas, pero accesible a muy pocos por la aridez inevitable de las materias que en ella se controvierten con todo el rigor de la crítica diplomática.

Una de las manifestaciones del catalanismo de Milá fueron, sin duda, sus trabajos de filología y literatura antigua; pero no influyó por ellos principalmente, fuera de un círculo limitado de trabajadores. Y aun puede asegurarse que el movimiento de restauración catalana, que fue en sus principios mucho más sentimental o afectivo que erudito, debió poco al libro *De los Trovadores en España*, ni a las monografías posteriores, aunque alguna de ellas fuese premiada en Juegos Florales y llegase, por tanto, a la común noticia. Todos esos estudios pertenecen a la ciencia pura, y no los dictó el entusiasmo sino una crítica fría, circunspecta, desinteresada y hasta desengañada. Saben los que conocieron a Milá que nunca sintió por los trovadores aquella especie de devoción convencional que puede encontrarse en Balaguer y otros románticos de su tiempo. Y todavía admiraba menos la pedantesca secuela del Consistorio de Tolosa y sus derivaciones peninsulares. Aun en la poesía catalana del siglo XV, fuertemente modificada ya por el benéfico impulso de Italia, sólo transigía su severidad crítica con el estro satírico y la vena realista de Jaime Roig, con el artificio clásico de algunos versos de Corella, y, sobre todo, con la profunda, austera y más intelectual que plástica, poesía de Ausías March, a quien nadie ha tenido que descubrir en Cataluña, ni en Valencia ni en Castilla, puesto que en el siglo XVI el texto original de sus versos se imprimía hasta en Valladolid y servía para la educación de príncipes y magnates.

De la prosa catalana, fuera de algunas crónicas, no había hecho particular estudio Milá, ni la mayor parte de los textos eran accesibles en su tiempo. Y no puede sonar a paradoja, ni implica agravio alguno a su memoria, por mí tan venerada, el creer y afirmar que no abarcó íntegro el cuadro de la literatura de su país, que no le concedio toda la originalidad que realmente tiene, y que procedio con sabia pero excesiva timidez al ponerla en cotejo con otras literaturas de los siglos medios.

Téngase en cuenta, además, que Milá, por su educación, por sus continuas lecturas, y hasta por la profesión que tan dignamente desempeñaba, era y tenía que ser un gran literato español más bien que peculiarmente catalán, y dentro de Cataluña un castellanista fervoroso y convencido. El gran monumento de su ciencia, el que domina su obra entera, es un tratado de la epopeya castellana. El que en su oración inaugural de 1864, llena de intuiciones y rasgos geniales, verdadero vuelo de águila crítica, trazaba la más luminosa síntesis de nuestros anales literarios: el que llamaba al castellano «una de las lenguas más hermosas que han hablado los hombres»; el que difundía desde la cátedra el culto de Fray Luis de León; el que pagó tan noble tributo a Cervantes, a Quevedo, a Calderón, a Moratín; el que en revistas críticas, no bastante conocidas, juzgó con tanta

penetración y cariño la literatura de su tiempo desde Zorrilla a Fernán Caballero; el que sabía de memoria la mayor parte de los romances viejos y decía del «Poema del Cid» que debía escribirse con letras de oro, nunca ni para nadie pudo ser sospechoso de tibio españolismo. Frecuentemente repetía el dicho de Campany: «no puede amar a su nación quien no ama a su provincia», tomando por supuesto esta palabra «provincia», no en su acepción administrativa, sino en la étnica y tradicional. Como él pensaban y sentían todos los grandes catalanes de su generación y de la anterior. La misma pluma que escribió la historia mercantil de Barcelona y comentó el *Libro del Consulado* fue la que erigió el *Teatro crítico de la elocuencia castellana* y exacerbó hasta el delirio la pasión patriótica en el *Centinela contra los franceses*. El poeta de la grande y solitaria oda que por universal consentimiento llamamos «a la patria catalana», todavía es más conocido como fundador de la *Biblioteca de Autores Españoles* , cuyos primeros tomos ilustró con prólogos muy elegantes. Piferrer, de quien no conozco una sola línea en catalán, ni siquiera en sus cartas familiares, fue un maestro de la lengua castellana y de la crítica, en su libro de *Clásicos Españoles*. Las obras de Coll y Vehí son la flor de la antigua preceptiva, y nadie, excepto el americano don Andrés Bello, le ha igualado en el análisis prosódico de la versificación castellana.

Me apresuro a añadir que Milá fue más catalanista que ninguno de estos preclaros varones, incluso el mismo Aribau, que lo fue una sola vez en su vida, con fortuna póstuma que no pudo prever, superior acaso a la valentía y novedad de su arranque. Milá, que era más joven y vivio mucho más, alcanzó la plenitud del renacimiento catalán, y se asoció a él muy pronto, trayendo una nota nueva e importantísima, la de la poesía popular; pero no fue de los obreros de la primera hora, como lo fue con más constancia y propósito más deliberado que ningún otro, aquel *Gayter del Llobregat*, también maestro mío, de dulce y simpática memoria, a quien no sé si Cataluña ha pagado enteramente la deuda de gratitud que con él tiene.

Empresa tan magna como la restauración de una lengua y de una literatura, y con ella del genio histórico de un pueblo, nunca ha podido ser obra exclusiva de una persona ni siquiera de un grupo de artistas. No hay escritor que aisladamente pueda ser considerado como símbolo o representación del renacimiento catalán, al cual concurrieron causas de muy varia índole, no todas literarias tampoco. La fiera y abominable venganza del primer rey de la dinastía francesa no pudo herir el alma de Cataluña, aunque cubriese de llagas su cuerpo ensangrentado. Pudo destruir de mano airada la organización política y acelerar la muerte de instituciones que acaso estaban ya caducas y amenazadas de interna ruina; pero el grande espíritu que las animaba continuó flotando sobre los escombros humeantes de la heroica Barcelona, en espera de tiempos mejores, para encarnarse en nuevas formas sociales, cuyo advenimiento iba preparándose calladamente con los pro-

digios del trabajo y de la industria. Resistió el derecho civil en su parte más substancial, resistió la lengua usada en las escrituras públicas, usada en la predicación popular y en la enseñanza catequística; y, aunque la amena literatura daba poco de sí, nunca dejó el catalán de ser lengua escrita en obras sagradas y profanas; ni descendio a la triste condición de los dialectos del Mediodía de Francia. Vino después el formidable sacudimiento de la guerra de la Independencia, que, por lo mismo que era un movimiento genuinamente español, despertó y avivó toda energía local, organizando la resistencia en la forma espontánea del federalismo instintivo que parece congénito a nuestra raza y que quizá la ha salvado en sus mayores crisis. Vino la lucha política, sembrando de ruinas el campo de la tradición, y reanimando su culto entre los defensores de ella. El romanticismo abrió las almas poéticas a la contemplación de lo pasado; la escuela histórica reivindicó el valor de las costumbres jurídicas; y nuevas teorías sobre las nacionalidades sucedieron al anticuado racionalismo de Rousseau y los constituyentes franceses.

En medio de estos conflictos había surgido una nueva España, mal orientada todavía, pero muy diversa de la del siglo XVIII. Y Cataluña, colocada entonces en la vanguardia de nuestra civilización, dijo en muchas cosas la primera palabra, por boca de sus jurisconsultos, de sus filósofos, de sus economistas y de sus poetas; palabra de sentido hondamente catalán, aunque la dijese todavía en castellano. Fueron los poetas los primeros que, comprendiendo que nadie puede alcanzar la verdadera poesía más que en su propia lengua, volvieron a cultivarla artísticamente, con fines y propósitos elevados que nunca habían tenido los degenerados copleros de la escuela del Rector de Vallfogona. En vez de aquellos engendros raquíticos y desmedrados, logróse pronto una nueva primavera poética que anunciaba ya en esperanza el fruto cierto. A nadie en particular compete el laurel de la victoria: hay que repartirle entre muchos. El impulso inicial vino de Aribau precedido, si se quiere, por Puigblanch, que tenía más de gramático maldiciente que de poeta; la propaganda activa y constante se debió a don Joaquín Rubió y Ors, que por muchos años estuvo solo en el palenque; la disciplina de la lengua templada en las fuentes más recónditas y castizas, el hondo sentido de las cosas y de las palabras catalanas, fue inoculado en las venas de la poesía nueva por don Mariano Aguiló; el triunfo definitivo fue de Verdaguer, consagrado ya por la inmortalidad, y de otros grandes poetas que afortunadamente viven y quizá me escuchan. *Olim nominabuntur*.

Con su habitual concisión y maestría describe Milá los primeros efectos de la transformación romántica de Cataluña, en una página de su discurso de apertura de los Juegos Florales de 1883, que me permitiréis traducir toscamente:

> «Ya para muchos aparecía la región de la lengua catalana como circundada de una corona poética. Los nombres de nuestras villas y comarcas ya no se

> miraban como vulgares denominaciones topográficas, buenas tan sólo para figurar en un registro de catastro o en una lista de paradores de diligencias; sino que aparecían ennoblecidos por la historia y embellecidos por la poesía. Los nombres de linaje parecían más ilustres y majestuosos, y los de bautismo y sus diminutivos más agraciados. Las ferias y las romerías añadieron a sus naturales encantos los que les prestaban las invenciones de la imaginación. Cayó el velo que nos ocultaba las bellezas de nuestros valles y montañas; las paredes, de los palacios y los muros de las ciudades reflejaron la viva lumbre de los hechos señalados o se transformaron dentro de la mágica niebla de una leyenda fantástica.
>
> Dentro de todo esto trabajaba una fuerza activa tendiendo a manifestarse exteriormente. Era la lengua que habían hablado nuestros héroes y los narradores de sus hazañas. Era, además, la lengua en que por primera vez aprendimos a nombrar las maravillas de la creación y a lanzar los gritos de nuestra alma: lengua por todos usada en la plática familiar: bastante cultivada gramatical y poéticamente para que no se hubiese convertido en dialecto plebeyo, pero que por otra parte se mantenía virgen, y poco gastada, y dispuesta para nuevos usos: bastante igual en los diferentes lugares de su dominio para que fuese una misma lengua: bastante diversa para que cada comarca pudiese contribuir a enriquecerla».

A esta restauración contribuyó Milá como poeta y como crítico, pero de un modo original y propio suyo, y (dicho sea con toda verdad) no muy entusiasta al principio. Es cierto, sin embargo, que desde 1840 había sonado la primera nota elegíaca de su catalanismo en un bello romance dedicado con otros varios a la Reina Gobernadora doña María Cristina en aquel viaje a Barcelona que puso término fatal a su regencia. Este romance, modificado después, sobre todo en el final, para darle nuevo empleo independiente de las circunstancias políticas, es el que comienza:

> ¿Por qué no nací en los días—de las glorias catalanas,
> Cuando el habla lemosina—del poder y honor fue el habla?
> ¡Ay! marchito quedó el brillo—de las trovas de Occitania,
> Mustia la violeta de oro—y rota el aurea cigarra.
> Cesaron ya los antiguos—cantos de amor y batalla
> En los alcázares regios—y en las populares plazas...

Todavía llamaba «lemosina» a la lengua catalana, error en que nunca incurrió después: todavía cedía, a lo menos en verso, al prestigio del falso provenzalismo, contra el cual sus estudios comenzaban a precaverle. Pero este recuerdo no pasaba en él de una vaga

«*anyoransa*». Doce años después (1854) apenas creía en la posibilidad de restaurar el cultivo literario del habla materna, o le encerraba en muy estrechos límites, reduciéndola a ser intérprete de la poesía popular ennoblecida y purificada. De todo lo demás desconfiaba altamente, y lo dice sin ambajes: «Encerrar en los rústicos y accidentales modismos de los dialectos locales pensamientos filosóficos, cosmopolitas, universales, nos parece exigir de una aldeana la expresión propia de las *Meditaciones* de Lamartine o del *Ideal* de Schiller».

Cinco años después las cosas habían cambiado enteramente de aspecto. La semilla arrojada al surco por Aribau y Rubió había fructificado, y Milá hacía acto público de catalanismo, presidiendo los primeros Juegos Florales y leyendo en ellos un brevísimo discurso, que es, según creo, el más antiguo de sus raros escritos en prosa catalana. Pero aun allí el entusiasmo está «*barrejat de un poch de tristesa*», según frase del autor, que parece considerar los renacidos Juegos más bien como un lugar de refugio que como un foco capaz de producir la intensa llamarada poética que efectivamente vino después.

Parecerá extraño a primera vista que un hombre de tan recto sentido estético como Milá, a quien la poesía de certamen tenía que parecer falsa y viciosa por su índole misma, se allanase tan de buen grado a la restauración de un instituto que, a quien le juzgase por el nombre solo y por ciertas exterioridades derivadas de la tradición tolosana, podía parecer arcaico y de mal gusto. El que tan donosamente se había burlado del tecnicismo escolástico y alegórico de las *Leys d'amor*, y de las enrevesadas genealogías, guerras y paces, de don Barbarismo, don Solecismo, don Metaplasmo, don Tropo y Madona Retórica, claro es que no podía aspirar (ni aspiraba tampoco ninguno de los que con él formaron el primer Consistorio) a la renovación, que hubiera sido completamente infructuosa y risible, de aquellos procedimientos casi mecánicos de versificación en que cifraban su gloria los honrados eclesiásticos, síndicos, notarios, estudiantes y artesanos que en el siglo XV concurrieron a los certámenes poéticos de Tolosa y Barcelona. De aquellas antiguas justas poéticas no se tomó (como advierte Milá) más que el amor de la poesía, las flores y el nombre no muy exacto, pero bien sonante, de *Gaya sciencia*; y de la antigua literatura se atendió más a la canción popular y a la poesía de las crónicas y leyendas. Tampoco se buscó el fundamento del juicio literario de las *Razós de trovar* ni en las *Leys d'amor*, obras de gran valor para los filólogos, pero de poco provecho para los modernos autores y juzgadores de poesía.

Por eso (prosigue diciendo Milá con elocuentísimas palabras) «las poesías de los Juegos Florales no han sido flores artificiales criadas en calientes invernáculos y más hijas del carbón que del sol, ni se han abierto en medio de doctas corporaciones académicas. Fueron plantadas al aire libre, a la sombra de un árbol solitario o en medio de una rumorosa

tribu de árboles, al pie de sierras por pocos vistas y por ninguno exploradas; y han florecido junto a muros verdaderamente históricos, al son de nuestras tonadas populares y acariciadas por el mismo viento que hace mover los pendones recordadores de nuestras glorias municipales y marítimas».

Por una de aquellas raras casualidades que desconciertan todos los cálculos de la previsión humana, fue precisamente Milá, cuyo catalanismo era tan retrospectivo y morigerado, quien aseguró el porvenir del renacimiento catalán, haciendo triunfar una sola proposición, de índole negativa pero llena de incalculables consecuencias: el empleo exclusivo de la lengua materna en aquellos Certámenes y en todos los documentos y actos del Consistorio. Ninguno de los iniciadores de la idea había llegado tan lejos, y es justo decir que si los *Jochs Florals* hubiesen sido una institución bilingüe, difícilmente la lengua regional hubiese podido resistir al influjo de la oficial; las prácticas de versificación y estilo se hubiesen amoldado al tenor de las castellanas, y el nuevo Centro poético hubiese tenido la misma suerte que el de Tolosa, cuando degeneró en una Academia de poesía francesa. Al recordar Milá aquella determinación suya veinticinco años después, decía con su genial prudencia no exenta de brío, que «acaso había tenido consecuencias mayores que las que él hubiera querido, pero que hablando con verdad, no sabía arrepentirse de ello».

¿Y por qué había de arrepentirse? Una poesía lírica superior en cantidad y calidad a todo lo que el resto de la Península había producido después del romanticismo: grandiosas tentativas épicas que empiezan a tomar puesto en la literatura universal: un teatro verdaderamente popular en sus fundadores, y luego modernísimo en sus ideas y procedimientos, que por él principalmente han penetrado en España: un desarrollo de la novela de costumbres que compite dignamente con el de otras regiones afortunadas en este punto: una alborada de estudios lingüísticos que cuando lleguen a conquistar la disciplina del método levantarán sin duda el edificio gramatical y lexicográfico que todavía falta, y añadirán un capítulo nuevo a la filología románica; un movimiento fecundísimo de investigaciones históricas, desorientadas al principio por la pasión, pero encerradas después (y ojalá cada día lo estén más) en el cauce de la ciencia impersonal e incorruptible: una nueva eflorescencia artística, pródiga en frutos, prematuros a veces, pero de raro y penetrante sabor: un ideal estético que empieza a transformar la vida urbana, que aprovecha del renacimiento arqueológico los motivos tradicionales y los combina en nuevas e ingeniosas formas, acompañando con soberbias construcciones la pujante expansión con que, roto su viejo cinto de murallas, se dilata la gran metrópoli mediterránea, señora en otro tiempo del mar latino, *dives opum, studiisque asperrima belli* , y destinada acaso en los designios de Dios a ser la cabeza y el corazón de la España regenerada.

Todo esto o casi todo pudo verlo o vislumbrarlo Milá en sus últimos años, y todo o casi todo procedía de aquel grano de mostaza que él y sus compañeros de letras confiaron a la tierra en 1859. Su grande alma debió de regocijarse con ello, y hacerle bien llevaderas las molestias, dificultades y conflictos inherentes a toda época de transición.

Pero algo echaba de menos Milá en medio de las pompas y esplendores de la Barcelona moderna, algo de cuya desaparición cada día más acelerada no acertaba a consolarse. La fisonomía típica del antiguo pueblo catalán, los buenos usos de familia, de vecindad y de hospedaje, así en los «*pagesos*» como en los honrados menestrales, las danzas sencillas y decorosas al aire libre y a la luz del día, las viejas tonadas, más bellas a veces que la canción popular a que acompañan, la pintoresca variedad de los trajes provinciales, hasta la ingenuidad de la lengua, «el verdadero catalán puro y sencillo y tan sentencioso como el libro de Turmeda», que sólo puede recogerse ya en labios de algunos ancianos. Quizá había demasiado pesimismo en estas consideraciones, porque precisamente la restauración literaria contribuyó a salvar algunas cosas y desenterrar otras, pero, en general, puede aceptarse con Milá que hubo más celo en cantar las usanzas de la tierra que en conservarlas, porque «tratándose de cosas antiguas todo el mundo quiere ser espectador y ninguno actor». Ese era su sentido, que quizá no aprobaran todos, pero que yo de ninguna manera impugnaré, acordándome que mi maestro llegó a escribir en un momento de melancolía: «Si no fuese por los campanarios viejos y por las montañas, creería que no estábamos en Cataluña.»

Y, sin embargo, Milá tenía fe en el porvenir de la escuela catalana; pero creía que sólo el cultivo inteligente y respetuoso de la tradición podía salvarla. «No valía la pena de resucitar la lengua para hacerla expresar ideas que lo mismo podían formularse en castellano, en francés, en latín o en la lengua universal inventada por Sotos Ochando.» Acorde con este sentir, sostuvo siempre que los tratados científicos debían escribirse en el idioma oficial del reino, con lo cual se lograría su mayor difusión; y él así lo practicó constantemente, excepto en los raros casos en que tuvo que colaborar en algún periódico o revista que no admitía artículos castellanos. Ya sé que hoy corren vientos nada favorables a esta opinión, pero por mi parte creo, como creía Milá, que es de gran importancia para Cataluña el conservarse bilingüe en la esfera de la prosa, para que su pensamiento, hoy tan lozano y pujante, se extienda y propague en las regiones hermanas y evite a muchos el blasfemar de lo que no conocen.

«La poesía popular salvó a la literatura catalana», decía con profunda verdad don Mariano Aguiló en un discurso presidencial de Juegos Florales. Y, en efecto, sin esta benéfica levadura que hizo a tiempo fermentar la masa, la renaciente poesía se hubiera extraviado por los fáciles senderos de la imitación de los románticos franceses y castella-

nos, y hubiera sucumbido al poco tiempo amanerada y falta de jugo. No existía en Cataluña verdadera tradición épica, aunque las crónicas fuesen una cantera de admirables materiales poéticos. La lírica de los tiempos medios era; con pocas excepciones, artificial, cortesana o escolástica y enteramente inadecuada al gusto moderno. No quedaba más agua pura para saciar la sed de lo ideal que la que se filtraba en hilos tenues de la fuentecilla oculta en la soledad bravía del bosque virgen y enmarañado, donde dormía sueño de siglos la gentil princesa de las baladas, esperando que alguien viniese a romper el encantamiento y a poner en sus manos el arpa de oro que yacía a sus pies sin que nadie hubiese estremecido sus cuerdas.

Esta revelación de la poesía popular se debió, no tanto a las colecciones manuscritas de Aguiló, accesibles a muy pocos, como al *Romancerillo Catalán* de Milá, que corría en letras de molde desde 1853, y que es hoy mismo la obra más popular de su autor en todo el Principado. De su publicación data el empleo deliberado de las formas de la canción tradicional por los poetas cultos; la imitación muchas veces feliz, otras infantil y amanerada de su letra; el sentido alto y simbólico con que algunos grandes ingenios, especialmente Verdaguer, la interpretaron, haciéndola dócil a las más puras efusiones del sentimiento místico; el prestigio que bien pudiéramos decir taumatúrgico de algunos bellísimos temas como el del *Compte Arnau*, y hasta la triste popularidad que han logrado (aunque Milá sea enteramente irresponsable de ello) ciertas canciones históricas del siglo XVII, de dudoso valor estético, preñadas de odios y rencores que a todo trance conviene olvidar, porque jamás se ha edificado cosa buena sobre los cimientos de la ira y del odio. Pero por nada del mundo quiero apartarme del terreno literario, único que conviene a mis estudios y a la noble y severa representación del hombre justo e irreprensible a quien conmemoramos.

La poesía popular y la lengua catalana, a las cuales había prestado Milá tan relevantes servicios, le indemnizaron regiamente, haciéndole poeta cuando tocaba en los linderos de la vejez, y poeta de primer orden en dos o tres composiciones por lo menos. Que Milá era una de las almas más poéticas que he conocido, claramente se deduce de todo lo que voy escribiendo acerca de su persona. Pero este don divino de la poesía no había encontrado hasta entonces cumplida realización en él. Sus versos castellanos tienen sinceridad, elegancia y a veces profundo sentido moral como en *La Sirena*, pero no valen lo que vale su prosa. Suelen ser duros, premiosos y desiguales, como si el sentimiento poético luchase con la endeblez de la forma incompletamente domeñada. Sólo cuando traduce o imita llega a veces a un alto punto de perfección como en *La copa del rey de Tule* de Goethe, en el soneto *Tanto gentile e tanto onesta pare*, en el razonamiento de Cacciaguida, y en otros trozos de Dante. Este mismo incompleto dominio de la técnica le hizo preferir para sus leyendas la forma híbrida de la prosa poética que no podía satis-

facer a su delicado gusto. Sólo el ritmo falta a algunas de estas narraciones para ser acabados modelos, dignos de compararse con las mejores baladas alemanas; y quien lea el bello apólogo del rey Eserdis o las interesantes páginas en que se narran la tragedia amorosa de Munuza y Lampegia, el salto de la reina mora de Ciurana y los vaticinios del ermitaño Poblet, o el misterioso destino de la espada de Vilardell «llena de constelación y de virtud», deplorará que estas bellas exhalaciones de un alma romántica, penetrada del espíritu de la tradición, no se hayan manifestado en una forma plenamente artística. Hasta en aquel juvenil ensayo *Fasque nefasque* escrito en 1837, cuando apenas había estudiado directamente la poesía popular, hay unos coros de niñas y de cazadores, que son una verdadera adivinación y que por su brío y frescura contrastan con la manera áspera y desabrida de aquel fragmento.

Escasamente pasan de una docena las poesías catalanas de Milá, comenzando por *La Font de Na Melior*, que es la más antigua, aunque posterior a 1854. Casi todas son imitaciones de la poesía popular, pero no de la de Cataluña solamente, sino con grandes reminiscencias de los romances castellanos, de las gestas francesas y de los cantos heroicos de otros países, porque Milá había abarcado, en sus investigaciones, todo el ámbito del *folk-lore*. Tres, por lo menos, de estas composiciones son joyas poéticas de alto precio: *Arnaldó de Beseya* , magistral romance lleno de fantástico y religioso simbolismo; *La Complanta d' en Guillén*, melodía poética de inefable suavidad y ternura, que canta los desposorios del casto amor y de la muerte; y, sobre todo, la *Cansó del Pros Bernart*, que es, a pesar de su corto volumen, una de las obras príncipes del renacimiento catalán, y quizás la poesía más genuinamente épica que hay en todo el Parnaso español moderno. Y al decir esto no olvido los portentos de Verdaguer, así en los bloques graníticos de la *Atlántida*, como en el tejido sutil de las nieblas que envuelven a *Canigó*. Trozos hay allí que igualan o vencen a lo más excelso que en *La Leyenda de los Siglos* del gran poeta francés puede admirarse. Pero tanto Verdaguer como Víctor Hugo son poetas dominantes y fascinadores, que imponen su propia visión interna al mundo real, y en cierto modo le deforman con su inspiración apocalíptica y grandiosa. Este desbordamiento de poesía personal, cuyo foco incandescente y luminoso lanza sin cesar torrentes de encendida lava, que unas veces fertilizan y otras destruyen los campos circunvecinos, es cosa diversa, cuanto puede serlo, del andar lento, pausado y monótono de las gestas heroicas, de su ingenuidad patriarcal, aun en medio de los rasgos más feroces, de su modesta y apacible llaneza, de su arte elemental y simplicísimo de composición, de su objetividad tan directa que parece irreflexiva. Estas cualidades fundamentales de la antigua epopeya se encuentran sabia e ingeniosamente imitadas en el *Pros Bernart*, con una elevación estética y moral que rara vez alcanzaron los antiguos narradores, y sin la nota de prosaísmo que toscamente suele afear sus mejores cuadros. La erudición y el sentido poético se juntaron para producir este «cantar de gesta» en miniatura,

cuyo autor, por milagro de su arte retrospectivo, adivina y reconstruye una leyenda entera (que pudiéramos decir fronteriza o franco-hispana), con las secas referencias que nuestros analistas de Aragón hacen de los Condes de Jaca, Aznar y Galindo, y del yerno de este último, a quien llaman Bernardo, hijo de Ramón, personaje carolingio según indicios, Conde de Ribargona y de Pallars, que rescató del poder de infieles, y fundador del Monasterio de Ovarra en la Noguera Pallaresa. El hallazgo de este oscurísimo Bernardo fue para Milá una fortuna en todos conceptos. Le dio un elemento muy importante para su compleja teoría acerca del origen y desarrollo del ciclo de Bernardo del Carpio, que es acaso el triunfo mayor de su espíritu analítico y minucioso. Y al mismo tiempo la sombra del caudillo pirenaico, evocada por él, le susurró al oído peregrinas historias, que acaso habían repetido los juglares del tiempo viejo, pero cuyo eco se había apagado hasta en los montes que dieron férrea cuna a la reconquista aragonesa. Así aprendio Milá, para repetirlo con homéricos acentos, el trágico destino de la proscrita familia de Bernardo, víctima de traidores y lisonjeros; la llegada del hijo de Ramón a la ermita del buen Vicmar, y la muerte y entierro del fiel escudero Bertrán; el duelo formidable con el negro Acmet a vista de las torres de Jaca; el trueque de la espada «Preclara» por la doncella Teudia; la liberación de Pallars por el esfuerzo y maña del mozárabe Ricolf y del muladi Ali-Ben-Got; la muerte sublime del conde Galindo, que al exhalar su grande alma sobre el campo de batalla se ve circundado como en nube de gloria por las sombras de todos los héroes de la primitiva restauración septentrional, desde Pelayo y los Alfonsos de Asturias, hasta Guillermo el Santo, que plantó la Cruz en la gran Barcelona:

¡Bona terra d'Espanya—vos partireu.
Les soques son plantades—sahó tindréu,
Gentils branques y fulles—munten al cel.
Ay, lo meu cor s'ennua—tot s'emfosqueix!
Sols un nuvol oviro—de cavallers.
Miran que lleugers porten—feixuch arnés!
Veig a N'Pelay d'Asturies—que's del mes vells.
Brandint sobre una roca—l'acerat fer,
Veig un N'Anfos y un altre,—valent parell,
Johán, primer pugnayre—barcelonés,
Y ab son capuig de monge—lo gran Guillém.
Tots roden per la neula—prop dels estels
Al mitj deis raigs que llansa—encesa Creu.
Me rihuen y 'm fan signes—que vaja ab ells;
Lo comte Arnau me crida...—Pare, aquí 'm tens!

Hasta en el metro fue innovador Milá en esta composición suprema, introduciendo por primera vez en la poesía catalana, y puede decirse que en la española, una de las formas del decasílabo épico de la Edad Media, la más armoniosa, aunque sea la menos frecuente, aquella en que está compuesto el *Girart de Rosilho*, del cual existe, como es sabido, además del texto francés, uno provenzal. De este modo, a falta de un tipo indígena de versificación épica, aclimató del Parnaso más vecino y más antiguamente emparentado con el catalán un metro de venerable historia y que tiene evidente analogía con algunas canciones populares de hemistiquios desiguales. *La Cansó del Pros Bernart* ha sido muchas veces imitada: igualada nunca. Producto exquisito del arte y de la ciencia, no es una composición arcaica y fría, sino una siempreviva poética que floreció tardíamente en el alma de Milá; pero la ilusión arqueológica es tan completa que parecen versos arrancados de un códice vetusto.

Tal fue, aunque toscamente dibujado por mi pluma, el gran maestro, no sólo de ciencia estética, sino de sentido común, de sabiduría práctica y de honesto vivir, a quien alcancé a conocer en 1871 y cuya imagen, lejos de haberse debilitado con el transcurso de los años y con las sombras de la muerte, ha ido engrandeciéndose a mis ojos, al paso que han caído de sus pedestales tantos falsos ídolos levantados por la pasión de un día. La gloria de Milá es modesta, pero sólida e indestructible. Hay un departamento de la historia literaria en que reina sin competidor; y quien considera el rico tesoro de sus obras que están literalmente cuajadas de ideas y de matices intelectuales, no podrá menos de reconocer que él introdujo en España estudios enteramente nuevos de literatura comparada; que fue el primero en someter a regla y método la vasta y flotante materia de la poesía popular, y que como expositor de las leyes de lo Bello, como filólogo, como crítico y hasta como poeta, fue uno de los hombres más beneméritos de la centuria pasada.

Su nombre es, además, símbolo y prenda de reconciliación entre dos pueblos hermanos. Es gloria de Cataluña y gloria también nuestra. Ha hecho a Castilla el mayor servicio que ninguno de sus hijos podía hacerle: ha escrito el tratado de nuestros orígenes épicos. Nadie le superó en amor a la tradición catalana: en amor a la común patria española tampoco le ha superado nadie, aunque su espíritu fuese de los más abiertos a la cultura europea y jamás aconsejase a sus discípulos el aislamiento ni un mal entendido españolismo. Lo que pensaba de las relaciones entre Cataluña y Castilla lo repitió por última vez, con severas y enérgicas frases, en un discurso que puede considerarse como su testamento literario, leído en la Universidad de Barcelona en mayo de 1881 con motivo del centenario de Calderón: «La lengua castellana ha sido para nosotros la de un hermano que se ha sentado en nuestro hogar y con cuyos ensueños hemos mezclado los nuestros. Es verdad que uno de los hermanos no ha hecho siempre oficios de padre y que otro no se precia de muy sufrido, pero el vínculo existe y es indisoloble.»

Existe, y no sólo en literatura, sino en todos los ordenes de la vida, sin mengua de la personalidad de cada uno; porque no en vano hemos atravesado juntos cuatro siglos de glorias y reveses, de triunfos y desventuras, y hasta de mutuos agravios y de mutuos desaciertos; y no en vano nos puso Dios sobre las mismas rocas y nos dio a partir los mismos ríos. Hoy que celebramos juntos el aniversario de la última epopeya nacional, ¿qué alma castellana puede olvidar que en catalán hablaban y por España morían los héroes de Bruch? ¿Y quién de vosotros olvidará tampoco que al frente del pueblo catalán, que en Gerona escaló las más altas cimas del heroísmo humano, estaba un andaluz, varón digno de la antigüedad y fundido en el triple bronce de los héroes de Plutarco? Y si la inmortalidad coronó juntamente el nombre de Álvarez y el de Gerona, fue porque el Gobernador y la plaza sitiada eran dignos el uno del otro.

De las obras de Milá, aun siendo estrictamente científicas, pueden sacarse grandes enseñanzas de amor y estimación mutua. En esto como en todo, prosigue haciendo bien después de muerto. No se puede conocer sus libros sin amar a la tierra catalana que tal varón produjo. Y a dar testimonio de ello he venido yo, el último de sus discípulos, aunque el primero en su confianza, castellano de la más vieja Castilla, de la Montaña de Santander, como ahora decimos, de la Montaña de Burgos, como decían nuestros antepasados, hijo de la áspera sierra que guarda en sus humildes peñascales la cuna del histórico río que a toda la Península da nombre, y que después de saludar los férreos lindes de la Vasconia y besar el muro triunfal y sagrado de Zaragoza, viene a rendir tributo a vuestro mar en la ribera tortosina, simbolizando en su majestuoso curso la unidad suprema y la diversidad fecunda de la historia patria.

10. "Don Teodoro Llorente", preámbulo a Teodor Llorente*, Nou Llibret de Versos,* Valencia, Imp. Domenech, 1909 (2ª edición). *ENOC, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* V, pp. 231-242.

Obtener simultánea y justa celebridad en el cultivo poético de dos lenguas, aunque sean hermanas, es don rarísimo, que en nuestra Península sólo alcanzaron algunos antiguos portugueses**,** como Sá de Miranda y don Francisco Manuel de Melo, y que rara vez se ha visto repetido en valencianos ni en catalanes. No porque en Valencia haya dejado de florecer nunca el árbol de la poesía lírica y dramática, sino porque esta poesía, con raras excepciones, desde el siglo XVI acá, ha sido castellana de fondo y forma, y pertenece al tesoro común de la literatura patria, no al peculiar de Valencia. Así, Gil Polo, Rey de Artieda, Cristóbal de Virués, y toda la brillante pléyade de principios del siglo XVII: Tárrega, Aguilar, Guillén de Castro, colaboradores de Lope de Vega en la magna empresa de la creación del Teatro Español. Precisamente, la existencia de tantos y tan notables poetas valencianos en lengua castellana, y de un número, no menor de eruditos y

correctos prosistas, cuya descendencia se prolonga durante el siglo XVIII, es la principal causa de que el reino de Valencia, en cuyos orígenes, por otra parte, entró el elemento aragonés, si bien en menor proporción que el catalán, haya sido y continúe siendo bilingüe, tanto en el habla familiar como en la literatura. Pero reservado, generalmente, el castellano para las manifestaciones más selectas del pensamiento literario, quedó circunscrito el valenciano a la esfera de la poesía cómica y festiva, y fue necesario un grande esfuerzo para restituirle su antigua dignidad y pureza, en lo cual trabajaron varios ingenios con más o menos fortuna.

No puede negarse la espontaneidad de este movimiento, aunque fuese precedido, y alentado en sus primeros pasos, por el Renacimiento catalán, del cual, sin embargo, es hermano más bien que hijo, con notables rasgos que le diferencian y dan peculiar fisonomía. La unidad de la lengua, patente en todos los documentos anteriores al siglo XVI, y en la práctica de los buenos autores que siguieron, aunque en corto número, escribiéndola durante la primera mitad de aquella centuria, había ido poco a poco relajándose conforme iba siendo menos intenso el cultivo del habla materna (torpemente llamada *lemosina*) así en Barcelona como en Valencia y Mallorca. Los modismos locales y las incorrecciones del uso vulgar (de que ya Mossén Fenollar se quejaba en su *Brama dels llauradors*), penetraban en la lengua escrita. Privada ésta de un centro de unidad, y no sostenida por la tradición literaria, que dormía casi toda en viejos códices, de pocos leídos, iba degenerando en dialectos provinciales, cuyo parentesco hubiera llegado a olvidarse, a no ser por la lectura, nunca abandonada, de Ausías March y de algunas crónicas.

Pero en Cataluña no hubo una literatura castellana bastante fuerte para acelerar la descomposición de la lengua hablada y compartir con ella el dominio. Sus poetas, exceptuando a Boscán, habían sido de poca nombradía y prestigio, y aunque tampoco fuese muy brillante el cultivo de la musa indígena desde que se apagaron los dulces ecos de Pere Serafí hasta las últimas degeneraciones de la escuela prosaica del Rector de Vallfogona, bastaba la aplicación continua del idioma a todos los usos públicos y privados, legales y domésticos, para que se mantuviese con cierta integridad y pureza, sobre todo en las comarcas apartadas y montañosas donde la lengua oficial era casi desconocida. Así llegó al siglo XIX, en que por influjo de varias causas, no todas literarias, levantó la cabeza el Renacimiento catalán, que de tradicional y romántico que fue en sus principios, ha llegado a convertirse en problema social y político de los más arduos.

Las consecuencias de la guerra de Sucesión fueron todavía más hondas en Valencia que en Cataluña, puesto que implicaron la ruina de la legislación foral aun en su parte civil, pero estas mismas desgracias avivaron la llama del valencianismo en algunos espíritus

patrióticos, que dentro de la corriente crítica del siglo XVIII, más poderosa en la cultísima Valencia que en ninguna otra ciudad de la Península, produjeron una serie de trabajos muy apreciables, ya de antigüedades, ya de historia jurídica y eclesiástica, ya de bibliografía, ya de lingüística, bastando recordar a este propósito los nombres de Teixidor, Sales, Ximeno, Branchat, Villarroya, Ortiz, Cerdá y Rico, Borrull, Fuster, y en esfera más elevada, a los dos grandes eruditos Mayans y Pérez Bayer, suficiente cualquiera de ellos para enaltecer a una nación y a un siglo.

Pero en esta obra sabia y de reivindicación patriótica, la historia era lo principal, y la lengua sólo servía como intérprete de los documentos de la Edad Media. El valenciano vulgar vivía oscurecido y desdeñado, al arbitrio de la inculta plebe. Un hombre hubo que intentó levantarle de su postración, limpiarle de barbarismos, reducirle a disciplina gramatical y mostrar sus excelencias, ya con la reproducción de varias obras antiguas, ya con algunos ensayos originales en prosa y verso. Por meritorias que fuesen las tareas de Carlos Ros, a quien nos referimos, ni su ingenio ni su saber estaban a la altura de sus honrados propósitos e instinto castizo. Pero nadie puede negar al buen notario el título de primer valencianista de su tiempo en la esfera humilde en que trabajó, secundado por el ingenioso autor de la *Rondalla de Rondalles* (Fr. Luis Galiana), que tenía más talento y miras más elevadas que él, como lo prueba la excelente carta con que encabezó el *Diccionario valenciano* de su amigo.

No fue perdida enteramente la semilla de estos ensayos, pero el gusto popular o más bien vulgar, siguió imperando en las manifestaciones fugaces y desaliñadas de las musas del Turia y del Júcar hasta mediados del siglo XIX: coloquios festivos, que en algún tiempo suplieron la falta de teatro, versos de circunstancias y solemnidades públicas, sátiras y desahogos políticos, entremeses rudos y chocarreros, que representaban, a veces con indisputable gracejo, escenas y tipos de la ciudad y de la huerta. Esta poesía efímera, y a menudo licenciosa y chavacana, es la que recibieron en herencia Bonilla, Bernat Baldoví y otros autores tales, de semanarios jocosos y piezas *per riure*, de cuyas manos salió más literaria, pero no más pulcra en el idioma, y seguramente menos morigerada en la intención. Afortunadamente, este mal gusto pasó pronto, y el cultivo espontáneo y popular del dialecto valenciano dio un fruto muy sabroso, el sainete de costumbres locales, en que Eduardo Escalante y otros rayaron a la altura de lo mejor que la musa cómica había producido desde los tiempos de don Ramón de la Cruz. Y por mi parte no deseo a Valencia más ambiciosa dramaturgia, sin que basten a convencerme de lo contrario las extrañas adaptaciones de los símbolos ibsenianos y del «teatro de ideas» que modernamente hemos visto en Cataluña.

No a los modestos lauros de la poesía dialectal, encerrada en los estrechos límites del género festivo y de la farsa cómica, sino a la restauración íntegra de la gloriosa lengua antigua, capaz de todas las manifestaciones del arte, aspiraron desde la mitad del siglo XIX, con tímido conato al principio, luego con más enérgica resolución, algunos ingenios valencianos, alentados sin duda por el eco que en Barcelona habían logrado las estrofas de Aribau «a la patria», y los cantos del *Gayter del Llobregat*. Al principio, poco más se hizo que escribir en castellano con desinencias valencianas, como Villarroya, pero el movimiento fue cobrando calor, gracias sobre todo a la activa y docta propaganda del ilustre mallorquín don Mariano Aguiló, durante el tiempo que estuvo al frente de la biblioteca universitaria de Valencia. Entre los jóvenes que entonces comenzaban a descollar en el cultivo de las letras, figuraban en primera línea don Vicente W. Querol y don Teodoro Llorente. Uno y otro, movidos por el consejo y ejemplo de Aguiló y por las nuevas que de Barcelona llegaban anunciando la restauración de los Juegos Florales y los progresos del Renacimiento, empezaron a simultanear el cultivo de la lengua propia con el de la castellana; Querol, solo en contadas ocasiones, pero de brillantísima manera: Llorente, con verdadera y plena consagración a las musas de su país, que le han dictado sus más bellas inspiraciones originales.

Querol fue sin duda uno de los más excelsos poetas líricos de que España pudo gloriarse en la centuria XIX.ª: no inferior a ningún otro en elevación sostenida, en noble y brillante elocuencia. Pero su misma importancia en el Parnaso castellano, relega a segundo término sus rimas *catalanas*, tan viriles y enérgicas, primeras que un valenciano se abrevio a llamar así, con notable extrañeza de muchos de sus paisanos, aunque con estricta propiedad filológica, opuesta al vulgar error que entrañaba la palabra *lemosina*. Fue intermitente, o por mejor decir ocasional, el tributo rendido por Querol al habla de sus mayores: el de Llorente no se ha interrumpido desde 1857, y a él debemos la preciosa colección que hoy se estampa, con notables mejoras y aumentos sobre todas las ediciones anteriores.

Muy seguro puede estar Llorente, como los mallorquines Costa y Alcover, de que nadie les aplique el necio y vulgar reproche «escribe en su *dialecto*, porque no puede escribir en castellano». Precisamente, porque pueden y saben, y en mil ocasiones lo han mostrado, reservan para su idioma nativo aquellas expansiones más íntimas de su alma, aquella inefable comunión de afectos que ninguna lengua puede expresar tan adecuadamente como la que hablamos desde la cuna. Si justificación necesitase el despertar de las hablas regionales, nos la daría el hecho de que con ella se han multiplicado las energías poéticas de España, y han salido a la superficie las que estaban latentes, rompiendo la dura costra que los siglos habían acumulado sobre el núcleo tradicional. Lejos de ser un movimiento de disgregación, la nueva primavera poética ha sido el noble principio de

una más alta unidad y armonía, una revelación más clara y explícita de la conciencia de la raza, entorpecida y aletargada tanto tiempo por el centralismo árido, infecundo y escéptico.

Es indudable, que muchos de los poetas que más robustos sones han arrancado en nuestro tiempo al arpa catalana, incluyendo al gran Verdaguer en primer término, no hubiesen sido verdaderos líricos, o lo hubiesen sido muy imperfectos, escribiendo en la lengua que para ellos era oficial y aprendida meramente en los libros. La triste esterilidad poética de Cataluña, desde Boscán hasta Cabanyes, nos convence plenamente de ello. Escribir traduciéndose a sí mismo mentalmente, es cosa hacedera y llana para el prosista didáctico, para el historiador y el crítico, y en todos estos géneros ha tenido Cataluña autores que España entera acata como maestros. La huella que han dejado en el pensamiento nacional es tan honda, que por interés recíproco conviene que Cataluña permanezca bilingüe en la esfera de la prosa, y aun prefiera para las obras de más general cultura la lengua común del reino. Pero en las obras de puro ingenio, en las poéticas sobre todo, es imposible que la traducción mental deje de robar vida y espontaneidad al pensamiento, color y nervio al estilo.

El caso de los valencianos es algo diverso, porque en realidad, Valencia, desde el siglo XVI, habla, piensa y siente en lengua castellana tanto, por lo menos, como en la suya nativa, y ha escrito tantas páginas de oro en el habla de la España central, que, sin usurpación, puede considerarla como propia. Pero son pocos, son rarísimos, como advertí al principio, los que en ambas lenguas han descollado por igual, y ninguno con tanta maestría como nuestro don Teodoro Llorente, elegantísimo escritor castellano en prosa y en verso, y el más valenciano de todos los poetas en la preciosa colección que tienen delante de los ojos nuestros lectores.

La predilección con que su autor mira estos versos, se manifiesta en haberlos recogido antes que su abundantísima producción castellana, de la cual sólo disfrutamos hasta ahora los *Versos de la* Juventud, primicias de un arte ya muy seguro de sí, muy correcto y reflexivo, acaudalado con selecta lectura, que no es frecuente en tales años, y guiado por los aciertos de un buen gusto casi instintivo, que es prenda todavía más rara en los ensayos de la mocedad. Y, sin embargo, la sencillez, la ingenua ternura, el vago anhelo, la cándida efusión del alma enamorada, la impresión fresca y juvenil de la naturaleza, bien corresponden a la edad en que tales versos fueron escritos, no menos que el plácido raudal de su locución fácil y cristalina. Este don de la blanda melodía fue concedido a Llorente desde muy temprano; es el distintivo de sus versos originales, y explica también algunas de sus predilecciones como traductor, y aun el hecho mismo de haber traducido tanto.

Un alma tan poética como la suya, tan afectuosa y comunicativa, no puede menos de estremecerse al contacto de la inspiración ajena y mezclarla con su propia inspiración. A casi todos los grandes poetas del siglo XIX, y aun a muchos de segundo orden, ha tributado espléndido homenaje, poniendo en rima castellana sus más selectas obras o las que más se conformaban con nuestro gusto y mejor podían adaptarse a nuestra lengua. De este modo ha contribuído, más eficazmente que nadie, a la educación literaria de nuestro pueblo, introduciendo con parsimonia y discreción elementos nuevos, no por medio de secos análisis y adaptaciones crudas, sino haciendo verdaderamente españolas las composiciones que traduce, lo cual no es desfigurarlas, sino infundirles una segunda vida poética y aclimatarlas bajo distinto cielo. Así, merced a la sabia industria del señor Llorente, parecen los lieder de Enrique Heine emanaciones espontáneas de nuestra lírica popular refinadas y sutilizadas por el arte. Así, algunas escenas del *Fausto*, traducido por él, tienen resonancias de la dramaturgia calderoniana. Así, Byron, parece que se despide de su ceñuda altivez y se hace más tratable y humano en los versos de su imitador. Así, las baladas de Schiller entran en el amplio cauce de nuestra poesía narrativa, sin desmentir su prosapia germánica, pero con cierto sabor de romance. No hay que decir que la arrogante y triunfal elocuencia poética de Víctor Hugo se encuentra como en su propia casa en aquella lengua que tanto celebraba y que tanto obró en él por sugestión infantil, aunque la conociese tan poco.

Voz unánime de lectores y de críticos es la que proclama a don Teodoro Llorente príncipe de nuestros traductores poéticos en la era moderna. Ni sé de ningún otro contemporáneo, salvo el italiano Andrés Maffei, que haya sabido dar propia y adecuada vestidura a inspiraciones tan diversas. Y no se tenga por empleo subalterno de la actividad literaria este de la traducción pues no sólo es viril gimnasia del estilo y del metro, la cual nunca han desdeñado los grandes poetas, sino creación de una forma nueva y personal del intérprete, cuyo hallazgo presupone recóndito sentido de la belleza, fantasía dócil para asimilársela, y dominio absoluto de la técnica. Todas estas dotes ha de poseer, en grado eminente, el que intenta trasladar versos ajenos, trocándose, hasta cierto punto, en colaborador de quien primero los escribió, y entrando a participar de los reflejos de su gloria.

La importancia y justa nombradía del señor Llorente como poeta, ha hecho que sean menos celebrados los aciertos de su prosa, la cual ha tenido el raro privilegio de no contagiarse ni mucho ni poco con los resabios del estilo periodístico, en que por tanto tiempo se ha ejercitado. Inútil sería recordar otros rasgos de su pluma, cuando tenemos tan a mano los dos hermosos tomos de su obra descriptiva e histórica de Valencia, que es una de las partes más recomendables de la desigual compilación *España y sus monumentos*, y compite con las mejores páginas de Piferrer y Quadrado en sus viajes artísticos y ar-

queológicos. No hay sobre Valencia libro de conjunto más útil que éste, ni más galana y pintorescamente compuesto, ni que en menor espacio reúna mayor número de sabrosas noticias, depuradas por una investigación asidua y certera, que se disimula bajo la facilidad atractiva del estilo. Si en tal forma estuviesen redactadas todas las historias particulares de nuestra Península y descritas todas sus regiones, no sólo encontraría el patriotismo local suave estímulo y sólido cimiento, en vez de las peligrosas fantasías en que hoy suele extraviarse, sino que, conociéndonos unos a otros, sentiríamos crecer el amor a la patria común con la estimación de las bellezas de cada territorio.

Tales y tan numerosas son las producciones con que ha enriquecido el señor Llorente la lengua que por antonomasia suele llamarse española, mostrándose verdadero maestro de ella en prosa y en verso. Pero las intimidades de su alma poética, la flor de sus sentimientos de amor, patria y fe, los recuerdos de su infancia, los ensueños de su juventud, las luchas y desalientos de su edad madura, el noble y magnánimo reposo de su honrada vejez, hay que buscarlos en este *Llibret* suyo de rimas valencianas, que por sí solo bastaría para impedir o, a lo menos, para retardar la muerte del habla expresiva y dulcísima en que ha sido compuesto. Y si es ley fatal que esta lengua desaparezca de las márgenes del Turia, todavía los versos de nuestro autor, enlazándose a través de cuatro siglos con los del profundo y sublime cantor de *Na Teresa*, conservarían en la memoria de las gentes lo sones de una lengua que llegó a ser clásica antes del Renacimiento, y que ni el abandono de sus hijos ni la parodia vil han logrado despojar de su primitiva nobleza.

En libros que como éste, abarcan el ciclo entero de la vida de un escritor, no puede evitarse la repetición de temas idénticos o análogos, cuando éstos son de los que apasionan por completo la mente y el corazón del poeta. Tales son el panegírico de la tierra natal y la reivindicación de sus antiguas glorias, el himno vibrante y entusiasta en pro de la olvidada lengua, que resuena con igual pujanza en numerosas composiciones, destinadas algunas de ellas a los certámenes y fiestas poéticas de Barcelona y de *Lo Rat-Penat* de Valencia. Al lector que fuere tentado a encontrarlas monótonas, le recordaremos que las piezas líricas no se escriben para ser aprisionadas en las páginas de un libro, ni para ser leídas en serie, sino que nacen cada una con vida propia, sueltas y aladas, sin que el poeta se preocupe de lo que ha cantado antes ni de lo que cantará después.

Para dar alguna idea de estas canciones, de regio y magnífico aparato, que se han asociado por cerca de medio siglo a todas las solemnidades y alegrías del pueblo valenciano, entresacaré algunas estrofas de *La Reyna de la Festa*, que es de las más gallardas e inspiradas, y contiene una triunfal apoteosis de la Poesía misma, encarnada en bellísimos símbolos de la Historia y de la Fábula:

Eres aquella Dafne que ab ardorosa flama
per les tesalies selves Apolo perseguí,
y que en llorer trocantse, li va donar la rama
que, eternament florida, sa magestat proclama,
y en lo front dels poetes reverdirá sens fi.
Eres la misteriosa Rebeca, santa y bella,
que a l'ombra de les palmes, vora el camí polsós,
ompli en lo pou simbólich la blanca canterella,
y els amorosos brasos alsant, tota vermella,
l`acosta al brusent llabi del misatger dijós.
Eres la vergonyosa princesa enamorada
que al trovador al vore dins son palau dormit,
lo front viril li besa, fugint apresurada,
y el fa somniar que alguna tendra y sensible fada
per ell baixá dels astres en la callada nit.
Eres divina image que'ls nobles cors abrusa
en flama inextinguible d'un desijar etern;
la que en ensomnis veren, casta y serena Musa,
Petrarca en les arbredes florides de Valclusa,
y Dante entre les rojes fogueres del Infern.
Eres gentil bellesa que al esperit falaga;
ninfa en lo bosch ombrivol, y náyade en lo riu;
la encantada donzella que en fort castell s'amaga;
l'atractiva sirena, la enjisadora maga,
que sempre, a totes hores, nos fuig y nos sonriu.

Aún los que sienten (como de mí confieso), tibia afición por la poesía de certamen, con su inseparable decoración de flores naturales, violetas y cigarras de oro, han de rendirse ante el rítmico prestigio de esta versificación espléndida y numerosa, que renueva los mejores acentos de la musa romántica. La sinceridad y el entusiasmo de los poetas y de su público (¿y sin entusiasmo y sinceridad, qué poesía cabe?) han hecho que sólo en los países de la antigua corona de Aragón parezca natural y espontáneo lo que en otras partes, en Provenza misma, tiene visos de convencional y arcaico, que fácilmente se presta a la blanda ironía y aun a la parodia. Quien haya presenciado en sus grandes días los *Jochs Florals* de Barcelona, prototipo de los restantes, no podrá menos de confesar, que a vueltas de exterioridades más o menos plausibles, las cuales responden acaso a una falsa visión de la Edad Media y de sus tradiciones poéticas, hay en la renovada institución un brío juvenil, un fondo de energía social, una fuerza expansiva que no lograrán nunca los impecables soñadores, encastillados en sus torres de marfil, los artistas solita-

rios y desdeñosos, que no por serlo alcanzan siempre la apetecida conquista del reino de lo ideal.

Para los que gustan de una poesía más íntima y recogida que esta de los días de boato y ceremonia, tiene la lira del señor Llorente cuerdas que vibran siempre con especial encanto. La vida familiar y humilde con su cortejo de mansas y resignadas virtudes, las alegrías y tristezas de los pequeños, las castas remembranzas del amor conyugal, las lágrimas de la viudez, de la orfandad y del desamparo, el sacrificio sencillo y sublime por la patria, toda la noble poesía del deber cumplido, sin afectación, del trabajo enaltecido sin énfasis, la visión clara y precisa, pero nunca prosaica, de los mil fugitivos accidentes que toda alma, aun la menos compleja, que toda existencia, aun la más oscura, brinda a los ojos del artista puro de corazón e íntegramente humano, tiene hermosa representación en las páginas de este libro; bastando citar, como muestras de ello, *Lo Rosari de la Viuda*, que es una consoladora y cristiana elegía; las *Cartes de Soldat*, tan llanamente escritas y tan hondamente sentidas, donde se perpetúa, mejor que lo hubiera sido en iracundas estrofas, el día más triste de nuestra desventura nacional; el *Plany de la teixidora* , de tan elegante y adecuado ritmo; *La Barca Nova*, que recuerda el espíritu y la manera de los poemas cortos de Coppée.

Otras joyas hay, y el lector las descubrirá sin esfuerzo, pero no puedo menos de llamar su atención de un modo especialísimo sobre *La Barraca*, que no sólo es la más popular de todas las composiciones de Llorente, sino que señala el punto culminante y supremo de su arte lírico. Aunque en el naufragio de los siglos esta sola poesía le sobreviviese, en ella quedaría, como en precioso relicario, lo mejor de su alma creyente y patriótica, enamorada con delirio del vergel en que nació, penetrada y saturada de valencianismo. El mar, la atmósfera, el suelo de aquella deleitosa ribera, el perfume de las flores y el manso rumor de las acequias, parece que le arrullan de consuno, dando a su estilo una transparencia dorada y luminosa, una gracia muelle y ondulante, un ritmo tan ágil como espontáneo y rotundo. Pero aun siendo *La Barraca* admirable como pintura de paisaje, hay en ella algo más que bellezas descriptivas. Los labradores de la huerta no son para el poeta figuras decorativas, sino hermanos suyos en Cristo y en la patria, que trabajan, padecen, aman y lloran con él. Y no sólo le interesan sus rústicas labores, que describe con la sabia pulcritud del estilo de las *Geórgicas*:

La que desfulla la frondosa branca,
alimnent del insecte filador;
la que als rossos capells, cantant, arranca
la sutil fibra d'or...

El que en l'aspre guaret clava la rella
y obri al aygua corrent fonda canal;
el que sembra el bon gra y el arbre talla,
y en l´almácera estrau l'oli més fi,
y ab incansable peu follejant balla
en lo trull ple de vi...

sino que elevándose en alas de la fe religiosa, que nunca está ausente de su pensamiento ni de su pluma, invoca sobre ellos, en estrofas dignas de Manzoni, todas las bendiciones del cielo. Dice así, dirigiéndose a la cruz que corona las *barracas* de los campesinos valencianos:

¡Guárdelos be ton ombra, nit y día,
de tots los enemichs!

Guarda als infants, que baix de la porjada,
ab lo jónech valent juhen sens por;
guarda a la verge, que en la nit callada
escolta la cansó que li ompli l' cor;
guarda a la mare, ardida y jubilosa;
guarda al pare pensiu, que's cansa ja;
guarda al pobre vellet, que al peu reposa
del arbre que plantá.

Guárdalos de la pluja y la tempesta
pera que dorguen sens ductós recel;
guárdalos de la fam y de la pesta,
del foch dels homens y del llamp del cel.
Guárdalos be deis esperits malignes,
de les llengues de serp dels mals vehins;
guárdalos be de tentacións indignes:
de pensaments rohins.

Y sobre ses victories y fatigues,
sobre'l goig breu y el trevallar constant,
sobre'l camp pedregat ó ple d'espigues,
sobre la taula vuida ó abundant,
sobre el ball de la boda desijada,
sobre el fúnebre llit, banyat en plors,

estenga eternament ta Creu sagrada
los brasos protectors!

Versos de este temple hicieron pocos nuestros ingenios del siglo XIX. Para encontrar alguna vez esta magnánima poesía, cristiana a un tiempo y social, o como dicen los italianos, *civil*, no bastan el oído armónico, ni la rica fantasía ni el raudal de la dicción poética: se requiere además aquella autoridad moral, aquel suave y benéfico influjo que ejerce entre sus compatriotas este gran ciudadano de Valencia, que es hoy la personificación más completa de su lengua y de su literatura.

11. Dos palabras sobre el Centenario de Balmes. Discurso leído en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Apologética, el día 11 de septiembre de 1910, Vich, Imprenta G. Portavella, 1910. ENOC, *Ensayos de crítica filosófica*, pp. 351-364.

Providencial parece, y lo es sin duda, que la conmemoración del natalicio del gran pensador cristiano, gloria de España en el siglo XIX, coincida con la terrible crisis espiritual que nuestro pueblo está atravesando en los albores del siglo XX. También eran días de angustia para la patria aquellos en que nació Balmes, pero eran días de grandeza épica, de abnegación sobre humana, en que la conciencia nacional estaba íntegra y no desgarrada como ahora por pasiones frenéticas y sectarias. Ejércitos extranjeros hollaban nuestro suelo, y un corto grupo de innovadores audaces levantaban la primera tribuna política a la sombra del glorioso alzamiento nacional. Pero ni el invasor era dueño de más tierra que la que materialmente pisaba, ni el fermento de la idea revolucionaria, con ser un principio de discordia, bastaba a amenguar el heroísmo de la resistencia. Todavía España tenía un corazón y una alma sola, cuando de la salud de la patria se trataba, y los mismos que por su educación o por influjo de extrañas lecturas parecían mas apartados de la corriente tradicional, se dejaban arrastrar por ella, confundidos generosamente entre la masa de sus humildes conciudadanos. En aquella federación espontánea y anárquica, que surgió como por ensalmo de las entrañas de un pueblo aletargado pero viril, todas las voces de la antigua Iberia volvieron a resonar con su peculiar acento; organismos que parecían muertos o caducos resurgieron con todos los bríos de la juventud, y una inmensa explosión de amor patrio, confiada, irresistible, corrió desde las playas de Asturias hasta la isla gaditana, volviendo a unir las regiones, no con el yugo servil del centralismo exótico, sino con los lazos del amor y del común sacrificio. ¡Grande, aunque desaprovechado momento, que quizá no volverá a presentarse en nuestra historia!

La fe hace portentos, y salva a las naciones como a los individuos. De aquella formidable contienda salió ileso el cuerpo de la patria, porque aún había un alma que le infor-

mase, y ningun español dudaba de los destinos inmortales de España. Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y, corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular! La tradición teutónica fue el nervio del renacimiento germánico. Apoyándose en la tradición italiana, cada vez más profundamente conocida, construye su propia ciencia la Italia sabia e investigadora de nuestros dias, emancipada igualmente de la servidumbre francesa y del magisterio alemán. Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida, y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil.

Balmes comprendio mejor que ningún otro español moderno el *pensamiento* de su *nación,* le tomó por lema, y toda su obra está encaminada a formularle en religión, en filosofía, en ciencias sociales, en política. Durante su vida, por desgracia tan breve, pero tan rica y tan armónica, fué, sin hipérbole, el doctor y el maestro de sus conciudadanos. España entera pensó con él, y su magisterio continuó después de la tumba. ¡A cuántos preservaron sus libros del contagio de la incredulidad! ¡En cuántos entendimientos encendio la primera llama de las ciencias especulativas! ¡A cuántos mostró por primera vez los principios cardinales del Derecho público, las leyes de la Filosofía de la Historia, y, sobre todo, las reglas de la lógica práctica, el arte de pensar sobrio, modesto, con aplicación continua a los usos de la vida, con instinto certero de moralista popular! Por la forma clarísima de sus escritos, reflejo de la lucidez de su entendimiento, por la templanza de su ánimo, libre de toda violencia y exageración, por el sano eclecticismo de su mente hospitalaria, Balmes estaba predestinado para ser el mejor educador de la España de su siglo, y en tal concepto no le aventajó nadie. *El Criterio, El Protestantismo,* la misma *Filosofía Fundamental* eran los primeros libros serios que la juventud de mi tiempo leía, y por ellos aprendimos que existía una ciencia difícil y tentadora llamada Metafísica y cuáles eran sus principales problemas. Si hay algún español educado en aquellos días que afirme que su inteligencia nada debe a Balmes, habrá que compadecerle o dudar de la veracidad de su testimonio. La filosofía moderna, aun en lo que tiene

de más opuesto a la doctrina de nuestro pensador, el idealismo kantiano y sus derivaciones en Fichte y Schelling (puesto que de Hegel alcanzó poca noticia) entraron en España principalmente por las exposiciones y críticas de Balmes, que fueron razonadas y concienzudas dentro de lo que él pudo leer. Su vigoroso talento analítico suplió en parte las deficiencias de su información, y le hizo adivinar la trascendencia de algunos sistemas que sólo pudo conocer en resumen y como en cifra. No poseía la lengua alemana, ni apenas la inglesa: tuvo que valerse de las primeras traducciones francesas, que distaban mucho de ser buenas y completas; si con tan pobres recursos alcanzó tanto, calcúlese qué impulso hubiera dado a nuestra enseñanza filosófica viviendo algunos años más. ¡Qué distinta hubiera sido nuestra suerte si el primer explorador intelectual de Alemania, el primer viajero filósofo que nos trajo noticias directas de las Universidades del Rhin, hubiese sido don Jaime Balmes y no don Julián Sanz del Río! Con el primero hubiéramos tenido una moderna escuela de filosofía española, en la que el genio nacional, enriquecido con todo lo bueno y sano de otras partes, y trabajando con originalidad sobre su propio fondo, se hubiese incorporado en la corriente europea para volver a elaborar como en mejores días, algo sustantivo y humano. Con el segundo caímos bajo el yugo de una secta lóbrega y estéril, servilmente adicta a la palabra de un sólo maestro, tan famoso entre nosotros como olvidado en su patria.

Para su gloria, Balmes hizo bastante. *Consummatus in brevi explevit tempora multa.* Fue el único filósofo español de la pasada centuria cuya palabra llegó viva y eficaz a nuestro pueblo, y le sirvio de estímulo y acicate para pensar. Fue el único que se dejó entender de todos, porque profesaba aquel género de filosofía activa que desde el gran moralista cordobés es nota característica del pensamiento de la raza. No fue un puro metafísico, un solitario de la ciencia, sino un combatiente intelectual, un admirable polemista. Sus facultades analíticas superaban a las sintéticas: quizá no ha dejado una construcción filosófica que pueda decirse enteramente suya, pero tiene extraordinaria novedad en los detalles y en las aplicaciones. Santo Tomás, Descartes, Leibniz, la escuela escocesa, muy singularmente combinados, son los principales elementos que integran la *Filosofía Fundamental,* y, sin embargo, este libro es un organismo viviente, no un mecánico sincretismo. Balmes se asimila con tanto vigor el pensamiento ajeno, que vuelve a crearle, le infunde vida propia y personal y le hace servir para nuevas teorías. Ocasiones hay en que parece llegar a las alturas del genio, sobre todo cuando su fe religiosa y su talento metafísico concurren a una misma demostración. Pero estos relámpagos no son frecuentes: lo que sobresale en él es la pujanza dialéctica, el grande arte de la controversia, que en manos tan honradas como las suyas no degenera nunca en logomaquia ni en sofistería.

No es la *Filosofía Fundamental*, a pesar de su título, un tratado completo de la ciencia primera, sino una serie de disertaciones metafísicas a cuyo orden y enlace habría que poner algunos reparos. Pero tal como está parece un privilegio si se considera que fue escrita por un autor de treinta años, y en el ambiente menos propicio a la serena y elevada especulación intelectual, como lo era el de España al salir de la primera guerra civil. Y no sólo conserva esta superioridad respecto de los raquíticos arbolillos que luego hemos visto levantarse trabajosamente de nuestro agostado suelo, sino que hace buena figura en los anales de la ciencia, al lado o enfrente de las filosofías incompletas y transitorias que entonces escribían los pensadores de raza latina, la de Cousin y Jonffroy en Francia, las de Galluppi, Rosmini y Gioberti en Italia, obras todas más caducas hoy que la de nuestro doctor ausetano.

Balmes escribió antes de la restauración escolástica, y sólo en sentido muy lato puede decirse que su libro pertenezca a ella, porque, en realidad, es una independiente manifestación del espiritualismo cristiano. Pero no cabe duda que conocía profundamente la doctrina de Santo Tomás, y que la había tenido por primero y nunca olvidado texto. Exponiéndola y vindicándola no sólo en la esfera ideológica, sino en lo tocante a la filosofía de las leyes, hizo más por el tomismo que muchos tomistas de profesión, y mereció el nombre de discípulo del Doctor Angélico, más que muchos serviles repetidores de los artículos de la *Summa;* aunque se apartase de ella en puntos importantes; aunque interpretase otros conforme a la mente de Suárez y otros grandes maestros de la escolástica española; aunque hiciese a la filosofía cartesiana concesiones que hoy nos parecen excesivas. Lo que había de perenne y fecundo en la enseñanza tradicional de las escuelas cristianas, tomó forma enteramente moderna en sus libros. Si hubiese alcanzado los progresos de las ciencias biológicas, ocuparía en el movimiento filosófico actual una posición análoga a la de la moderna escuela de Lovaina, de la cual es indudable precursor.

Como padre de una nueva ciencia en muchas cosas distinta de la Escolástica está considerado nuestro autor en una reciente tesis latina de la Facultad de Letras de París, cuyo autor, discípulo del insigue Boutroux, procura refutar en parte, y en parte acepta y corrige, la doctrina de Balmes acerca de la certeza (De *facultate verum assequendi secundum Balmesium,* por A. Leclerc, 1900). Las ideas de Balmes prosiguen siendo objeto de discusión en Europa, mientras en su patria no faltan osados pedantes que le desdeñen. Es el único de nuestros filósofos modernos que ha pasado las fronteras y que ha obtenido los honores de la traducción en diversas lenguas. No digo que haya sido el único que lo mereció, aun sin salir de Cataluña, donde la psicología escocesa encontró una segunda patria, y donde el malogrado Comellas trazó un surco tan original en su dirección al ideal de la ciencia. Otros hubo muy dignos de recuerdo en varias partes de España y aun

en la América española, pero ninguno entró en el comercio intelectual del mundo más que Balmes. La reputación de Donoso Cortés fue grande y universal, pero mucho más efímera, ligada en parte a las circunstancias del momento, y debida más bien a la elocuencia deslumbradora del autor que a la novedad de su doctrina, cuyas ideas capitales pueden encontrarse en De Maistre, en Bonald y en los escritos de la primera época de Lamennais. Balmes parece un pobre escritor comparado con el regio estilo de Donoso, pero ha envejecido mucho menos que él, aun en la parte política. Sus obras enseñan y persuaden, las de Donoso recrean y a veces asombran, pero nada edifican, y a él se debieron principalmente los rumbos peligrosos que siguió el tradicionalismo español durante mucho tiempo.

Balmes hizo cuanto pudo para divulgar la ciencia filosófica, y hacerla llegar a las inteligencias más humildes. Sus tratados elementales, demasiado elementales, por las condiciones del público a quien se dirigía, no son indignos de su nombre, especialmente el de Ética y Teodicea, pero su gloria como filósofo popular es *El Criterio,* una especie de juguete literario que pueden entender hasta los niños, una lógica familiar amenizada con ejemplos y caracteres, una higiene del espíritu formulada en sencillas reglas, un código de sensatez y cordura, que bastaría a la mayor parte de los hombres para recorrer sin grave tropiezo el camino de la vida. Las cualidades de fino observador y moralista ingenioso que había en Balmes, campean en este librito, que puede oponerse sin desventaja a los mejores de pensamientos, máximas y consejos, de que andan ufanas otras literaturas, con la ventaja de tener *El Criterio* un plan riguroso y didáctico, en medio de la ligereza de su forma y de la extrema variedad de sus capítulos.

Con ser Balmes filósofo tan señalado, todavía vale más como apologista de la religión católica contra incrédulos y disidentes. Prescindo de las *Cartas a un escéptico,* de los excelentes artículos de *La Sociedad,* de los de *La civilización,* todavía no coleccionados, y de otros opúsculos de menos importancia; porque toda la atención se la lleva *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea,* que es la obra más célebre de Balmes, la más leída en su tiempo y ahora, la que interesa a mayor número de espíritus cultos, la que, por su carácter mixto de historia y filosofía, abarca un círculo más vasto y satisface mejor los anhelos de la cultura media, que no gusta de separar aquellas dos manifestaciones de la ciencia y de la vida. El instinto certero de los lectores no se ha equivocado sobre la verdadera trascendencia de la obra de Balmes, cuyo título no da exacta idea de su contenido. No es una refutación directa del protestantismo ni una historia de sus evoluciones, asunto de poco interés en España, donde la teología protestante es materia de pura erudición, que entonces sólo cultivaba algún bibliófilo excéntrico como don Luis Usoz. Balmes había estudiado a los grandes controversistas católicos, especialmente a Belarmino y Bossuet, pero le fueron

inaccesibles los primitivos documentos de la Reforma, las obras de los heresiarcas del siglo XVI, y para su plan le hubieran sido inútiles, porque no escribía como teólogo, sino como historiador de la civilización, y no estudiaba el protestantismo en su esencia dogmática ni en la variedad de sus confesiones, sino en su influjo social. No hay, pues, que buscar en el libro lo que su autor no pudo ni quiso poner. Las grandes demostraciones apologéticas de la doctrina ortodoxa contra sus disidentes han nacido donde debían nacer, es decir, en las escuelas católicas de Alemania e Inglaterra, únicas que conocen a fondo el enemigo a quien combaten y con quien parten el campo. Un libro como la *Simbólica*, de Moehler, hubiera sido imposible en España, y para nada hubiera servido. Los liberales del tiempo de Balmes no habían pasado de las *Ruinas de Palmira*, y cualquier cosa podían ser, menos protestantes. El fracaso de la romántica propaganda del célebre misionero bíblico Jorge Borrow, que se vio reducido a buscar adeptos entre los presidiarios y los gitanos y acabó por traducir el Evangelio de San Lucas al caló, basta para evidenciarlo. Balmes, entendimiento positivo y práctico, conocía el estado de su pueblo, y no luchaba con enemigos imaginarios. Sólo como un mero fermento de incredulidad podía obrar el protestantismo sobre la masa española, y aun este riesgo parecía entonces muy lejano.

El adversario que verdaderamente combate Balmes en aquel libro, sin salir del campo de la Historia, es la escuela ecléctica, y su expresión más concreta el doctrinarismo político, que se había enseñoreado de las inteligencias más cultivadas de Espana. El partido moderado, del cual fue Balmes juez más o menos benévolo, pero nunca cómplice ni siquiera aliado, había convertido en oráculo suyo a un seco y honrado hugonote, gran historiador de las instituciones todavía más que de los hombres, y muy mediano filósofo de la historia porque su rígido y abstracto dogmatismo, aspirando a simplificar los fenómenos sociales, le hacía perder de vista muchos de los hilos con que se teje la rica urdimbre de la vida. El que por espíritu sectario o por estrechez de criterio pretendio borrar de la historia de la civilización europea el nombre de España, no parecía muy calificado para ser maestro de españoles, y, sin embargo, aconteció todo lo contrario. Ese primer curso de Historia de la Civilización, que hoy nos parece el más endeble de los libros de Guizot, y el que menos manifiesta sus altas dotes de investigador crítico, fue en algún tiempo el Alcorán de nuestros publicistas y hombres de estado.

Refutar algunos puntos capitales de estas *Lecciones*, ya en lo que toca a la acción civilizadora de la Iglesia durante los siglos medios, ya al influjo atribuído a la Reforma en el desarrollo de la cultura moderna, fue el primer propósito de Balmes, y sin duda el germen de su obra. Pero el plan se fue agrandando en su mente, y Guizot y el protestantismo vinieron a quedar en segundo término. Así, lo que había empezado con visos de polémica, adquirió solidez y consistencia de obra doctrinal, y se convirtió en uno de los

más excelentes tratados de Filosofía de la Historia que con criterio católico se han escrito, sin caer en el misticismo vago y nebuloso de Federico Schlegel y los románticos alemanes, ni en la apología ciega e inconsiderada de las instituciones de la Edad Media que puede notarse en muchos autores franceses de la llamada escuela neocatólica. Los capítulos que Balmes dedica a analizar la noción del *individualismo* y el sentimiento de la dignidad personal, que Guizot consideraba característico de los invasores germánicos; las páginas de noble elevación donde expone la obra santa de la Iglesia en dulcificar primero y abolir después la esclavitud, en dar estabilidad y fijeza a la propiedad, en organizar la familia y vindicar la indisolubilidad del matrimonio, en realzar la condición de la mujer, en templar los rigores de la miseria, en fundar el poder público sobre la base inconmovible de la justicia divina, conservan el mismo valor que cuando se escribieron, salvo en la parte de erudición histórica, que no era el fuerte de Balmes, y en que no pudo adelantarse a su tiempo. Pero tampoco incurre en error grave, y *El Protestantismo*, más que ninguna de sus obras, manifiesta una lectura extensa y bien dirigida, que no se pierde en fútiles pormenores y sabe interpretar los hechos verdaderamente significativos en la historia del linaje humano, mostrando no vulgar conocimiento de las fuentes.

Contiene, además, esta obra insigne un caudal de materiales apologéticos, que pueden considerarse como estudios y disertaciones sueltas, aunque todos tengan natural cabida dentro del vasto programa que Balmes fue desenvolviendo con tan serena y majestuosa amplitud. Uno de los temas que con más extensión y acierto trata, hasta el punto de formar por sí solo una tercera parte de la obra, es la Filosofía católica de las Leyes, materia de singular importancia en los tiempos de confusión política en que Balmes escribía, No puede decirse que la admirable doctrina de Santo Tomás sobre el concepto de la ley, sobre el origen del poder civil y su transmisión a las sociedades, estuviese olvidada, puesto que entre otros la había expuesto y defendido con gran penetración y notable vigor dialéctico el dominico sevillano Fr. Francisco Alvarado. Pero ni los liberales ni los absolutistas habían querido entenderla, y con sus opuestas exageraciones, fanáticamente profesadas, habían llenado de nieblas los entendimientos y de saña los corazones. Balmes tuvo la gloria de restablecer la verdadera noción jurídica, que es uno de los mejores timbres de la Escuela, sobre todo en la forma magistral que la dieron nuestros grandes teólogos del siglo XVI, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y el eximio Suárez. Balmes, que en este punto se enlaza con la ciencia nacional más que en ningún otro, reivindica estos precedentes y los de otros varios políticos y moralistas españoles. Entre los modernos, ninguno mostró tanto tino como él en acomodar la doctrina escolástica *de legibus* y *de justitia et* jure a las condiciones didácticas del tiempo presente, y en concordarla con las ideas de otros publicistas, no tan apartadas como pudiera creerse de aquella sabiduría tradicional.

Balmes, que en ciencias sociales tuvo intuiciones y presentimientos que rayan con el genio, no era un político meramente especulativo: era también un gran ciudadano, que intervino con su palabra y su consejo en los más arduos negocios de su tiempo, y ejerció cierta especie de suave dominio sobre muy nobles y cultivadas inteligencias. No era hombre de partido, pero fue el oráculo de un grupo de hombres de buena voluntad, de españoles netos, que venidos de opuestos campos, aceptan no una transacción sino una fusión de derechos, una legalidad que, amparando a todos, hiciese imposible la renovación de la guerra civil y trajese la paz a los espíritus. La fórmula de Balmes no triunfó, acaso por ser prematura, pero de la pureza de sus móviles e intenciones no dudó nadie, ni tampoco de la habilidad con que condujo aquella memorable campaña. No falta quien lamente que en ella emplease tanta parte de su energía mental, para cosechar al fin desengaños y sinsabores que entristecieron sus últimos años. Hay quien opina que Balmes hubiese filosofado más y mejor, si no hubiera pensado tanto en la boda del Conde de Montemolín y en otros negocios del momento. Pero no reparan los que tal dicen que Balmes no era de aquella casta de pensadores que se embebecen en el puro intelectualismo, sino de aquellos otros que hacen descender la filosofía a las moradas de los hombres, y ennoblecen el arte de gobernar enlazándole con los primeros principios. Fichte fue más grande en sus *Discursos a la nación alemana,* después de la derrota de Jena, que en su trascendental idealismo. La metafísica de Balmes no fue obstáculo para que su política tuviese una base real y positiva, en lo cual consiste su fuerza. Sus conclusiones son análogas a las de la escuela histórica, que ya contaba prosélitos en Cataluña cuando él comenzó a escribir, pero descienden de más alto origen, y bien se ve que no han sido elaboradas al tibio calor de la erudición jurídica. Otros habían penetrado mucho más adelante que él en el examen de las antiguas instituciones nacionales; bastaría el gran nombre de Martínez Marina para probarlo. Pero la pasión política les ofuscó a veces en la interpretación, haciéndoles confundir la libertad antigua con la moderna, y la democracia privilegiada del municipio con el dogma de la soberanía del pueblo. Balmes, que conocía mucho menos el texto de las franquicias de los siglos medios, entendio mejor el sentido de nuestra constitución interna, aunque a veces le formulase con demasiado apresuramiento.

Como periodista político, Balmes no ha sido superado en España, si se atiende a la firmeza y solidez de sus convicciones, a la honrada gravedad de su pensamiento, al brío de su argumentación, a los recursos fecundos y variados, pero siempre de buena ley, que empleaba en sus polémicas, donde no hay una frase ofensiva para nadie. Su gloria sería tan indiscutible como lo es es la de Larra en el periodismo literario y satírico, si le hubiese acompañado el don del estilo, el admirable talento de prosista que encumbra a Larra sobre todos sus coetáneos. Los artículos de Balmes son un tesoro de ideas que no se han agotado todavía; pueden considerarse, además, como la historia verídica y profunda de su tiempo, pero la forma es redundante, monótona, descuidada. La prosa de

Balmes tiene el gran mérito de ser extraordinariamente clara, pero carece de condiciones artísticas, no tiene color ni relieve. Suponen algunos que esto procede de que no escribía en su lengua nativa y tenía que vaciar su pensamiento en un molde extraño. Pero creo que se equivocan, porque precisamente las cualidades que más le faltan son el nervio y la concentración sentenciosa, que son característica de los autores genuinamente catalanes, sea cualquiera la lengua en que hayan expresado sus conceptos. Balmes hablaba y escribía con suma facilidad la castellana y nunca había empleado otro instrumento de comunicación científica, fuera del latín de las escuelas. Tiene muchas incorrecciones, pero la mayor parte no son resabios provinciales—como entonces se decía—, sino puros galicismos, en que incurrían tanto o más que él los escritores castellanos de más nombradía en aquel tiempo, salvo cuatro o cinco que por especial privilegio o por la índole particular de sus estudios salieron casi inmunes del contagio. Balmes procuró depurar su lenguaje, y en parte lo consiguió, con la lectura de nuestros clásicos, especialmente de Cervantes y Fr. Luis de Granada, cuyas obras frecuentó mucho, pero no llegó a adquirir, ni era posible, las dotes estéticas que le faltaban. Tuvo, además, la desgracia de prendarse, en la literatura contemporánea, de los modelos menos adecuados a su índole reposada y austera, y cuando quiere construir prosa poética a estilo de Chateaubriand o de Lamennais, fracasa irremisiblemente. Pero en sus obras la retórica es lo que menos importa, y sólo en prueba de imparcialidad se nota esto.

Fue el Dr. D. Jaime Balmes varón recto y piadoso, de intachable pureza, de costumbres verdaderamente sacerdotales, de sincera modestia que no excluía la conciencia del propio valer ni la firmeza en sus dictámenes; meditabundo y contemplativo, pero no ensimismado; algo esquivo en el trato de gentes, pero pródigo de sus afectos en la intimidad de sus verdaderos amigos que, naturalmente, fueron pocos; tolerante y benévolo con las personas, pero inflexible con el error; operario incansable de la ciencia hasta el punto de haber dado al traste con su salud, que nunca fue muy robusta; previsor y cuidadoso de sus intereses, no por avaricia, como fingieron sus émulos, sino por el justo anhelo de conquistar con su honrado trabajo la independencia de su pensamiento y de su pluma, que jamás cedieron a ninguna sugestión extraña. Su vida interior, que fue grande, se nutría con la oración y con la lectura de libros espirituales, sobre todo con la del Kempis, que renovaba diariamente.

Tal fué, aunque dibujado por mí en tosca semblanza, el grande hombre cuyo primer aniversario conmemoramos hoy. Quiera Dios que su inteligencia simpática y generosa continúe velando sobre esta España que tanto amó, que le debió la mejor parte de su pensamiento en el siglo XIX, y, que por él vio renacer sus antiguas glorias filosóficas.

Santander, julio de 1910.

TEXTOS SOBRE MENÉNDEZ PELAYO

1. Ramón D. Perés, "Marcelino Menéndez Pelayo", *La Vanguardia*, 24 abril 1888, p. 1.

Menéndez Pelayo es un hombre de partido, a su manera, y un escritor; un polemista que defiende en sendos libros de estudio sus ideas políticas y religiosas y un literato preocupado solo por el puro amor de la Belleza que ora practica, ora historia. En aquel concepto Menéndez Pelayo es popularísimo; ha logrado lo que ningún hombre en España que no haya intervenido muy directamente en la marcha de la política: que conozcan su nombre, siendo todavía un joven, desde el aristócrata que no se digna leer un libro hasta el obrero que deletrea un periódico. Sin embargo, no es este su principal ni su mejor aspecto.

Como literato es ya más difícil conocer a un hombre porque hay que empezar por leerle y en nuestro país no lee nadie, ni aún la .mayoría de los del oficio. Es preciso, además, entenderle y tampoco en esa ardua tarea del entender brillamos a gran altura, sobre todo tratándose de trabajos de erudición y de sabiduría. Y no obstante ahí está el verdadero aspecto de Menéndez Pelayo.

Yo creo que su popularidad pasada daña a su fama del presente. Sirvióle sin duda el apoyo de un partido y la defensa de ciertas ideas extremas para elevarse con más rapidez, pero en cambio dejóle para siempre mareado, sellado, y este sello quita hoy la imparcialidad a muchos de los que le juzgan. Tal, que quien no tendría inconveniente en reconocer su talento en otras circunstancias se lo niega ahora y le denigra porque cree denigrar así también las ideas que representa. Tal otro desestima la vieja leyenda de su memoria prodigiosa y pasa de largo satisfecho creyendo haberle juzgado por completo, a él y a todos los sabios y eruditos de su escuela. Con aquellos no va este artículo. Va, sí, con los que sepan rendir culto al talento, prescindiendo del hombre *de partido* cuandose trata de juzgar á un hombre *de letras.*

I

No fue preciso que me dijeran que era él. Le vi sentado ante la mesa redonda del hotel que le alberga en Madrid, solo, apartado, con el almuerzo delante y un libro en la mano, libro que empuñaba, que oprimía mejor dicho, como si quisiera arrancarle de golpe toda la sustancia, todo el meollo. Dominábale con su rápida mirada de conquistador, de devorador de volúmenes y de cuando en cuando le hojeaba febrilmente como queriendo robarle el secreto valor del conjunto al par que el de aquella página aislada. A derecha e izquierda los demás huéspedes de la fonda charlaban animadamente; pero nuestro lector

no les oía como no fuera cuando la conversación se hacía harto bulliciosa, en cuyo caso una torva mirada expresaba su disgusto.

Leía con el desembarazo, con la naturalidad con que leen otros su periódico mientras almuerzan.

Algún huésped nuevo le miraba con curiosidad y extrañeza. Los demás no hacían caso; estaban ya acostumbrados a verle. Alguno hallaba muy naturales sus lecturas, su seriedad y apartamiento y las explicaba diciendo con cierto respeto que resultaba cómico: «es un catedrático de la Universidad»...

Aquel catedrático era Marcelino Menéndez, un joven que tendrá ahora 32 años, bajo, extremadamente nervioso, con el cabello cortado al rape sobre una cabeza pequeña, y barba castaña de color amortiguado que cercaba unas mejillas pálidas y llenas. Ojos negros y grandes, nariz fina y bien delineada, frente de esas oprimidas por los lados en su base y que suben luego verticalmente hasta la cima, completaban su fisonomía de hombre abstraído y casi casi de iluminado.

Levantóse de pronto concluido ya su almuerzo; escondió el libro entre las ropas y salió del comedor á grandes pasos. Iba tal vez a su cátedra, o a recorrer las librerías y los puestos de libros viejos, a caza de las últimas novedades que todos leen o de

polvorientos mamotretos de que nadie se acuerda. Iba acaso también a pasear su continua excitación nerviosa y a trabajar andando, como suelen algunos poetas.

¡Qué pocos que no le conocen se imaginan un Menéndez Pelayo que trabaje así! Parece que lo que ha estudiado, lo que ha llegado a saber, lo que escribe, reclaman un hombre encerrado día y noche en cómodo, vasto y solitario despacho, lleno de libros siempre a su disposición. Parece que este hombre debiera de ser algo como un erudito aviejado, apergaminado ya en plena juventud; que apenas debieran quedarle ni tiempo para salir de casa, ni nervios en el cuerpo tras tanto domarlos y fatigarlos en estudios que no parecen hechos para gentes nerviosas. Y es todo lo contrario. Menéndez vive en Madrid y no tiene allí despacho propiamente dicho; apenas si tiene libros porque todos los manda en seguida a su biblioteca de Santander; es más fácil encontrarle en la calle que en casa; es un joven lleno de salad y de vida; conserva gran viveza que se muestra siempre en la conversación íntima y es el hombre más nervioso que conozco.

Es que esa nerviosidad, esa juventud y vida las gasta Menéndez en la ciencia como pudiera gastarlas en rápidas creaciones artísticas si fueran creadoras sus facultades predominantes. Y esa ciencia la toma por asalto, no la embute trabajosamente en su cerebro

como hacen otros a fuerza de años. Tiene la intuición del poeta y la mirada de águila de los privilegiados. Estudia mucho, pero mucho adivina también. Los que le creen solo un hombre de análisis frío, minucioso e incapaz de elevarse a grandes síntesis propias, a que no llegan nunca los meros eruditos, ni han leído sus libros, ni han sostenido nunca media hora de conversación con él sobre materias literarias. Menéndez. no es un oscuro soldado de la ciencia; es de la raza de los conquistadores, y, como a tal, creo que ha de ser mucho más fácil hallarle defectos como analítico que como sintético. No faltan, por cierto, especialistas que de aquello se vanaglorien. ¡Cómo ha de ser! Dejemos a los peones de albañil que murmuren de sus arquitectos.

II

Marcelino Menéndez es un improvisador; casi estoy por decir que es él mismo una improvisación. Sólo que es un improvisador que logra hacer lo que los demás no alcanzan ni con todo el tiempo y reposo necesarios.

Sin que nadie sepa cuándo ni cómo estudia las cuestiones, después de pasar el invierno en Madrid como lo pasan los literatos que están de moda, es decir, sin tiempo ni reposo para nada, llega un día en que el calor aprieta, los salones se cierran, Madrid se despuebla, y entonces Menéndez se va a veranear a su querido Santander, de donde vuelve con un libro de quinientas o seiscientas páginas, tan lleno de erudición y juicios propios que parece el trabajoso resumen de una larga vida. Después de esto metámonos a buscarle defectillos o incorrecciones y será tan ridículo como decirle a Lope de Vega que aquellas comedias que escribía «en horas veinticuatro» distaban mucho de la perfección.

Así juzgo yo a Menóndez y así creo que debe considerársele: como a uno de esos grandes productores que aparecen de cuando en cuando en el mundo y que, con tener ellos obras admirables, no basta, sin embargo, escoger tal o cual para juzgar al hombre por completo y con toda equidad, sino que es preciso acudir al conjunto y admirarles por él principalmente. No quiere esto decir, como pudiera pensar alguno, que las obras de Menéndez sean de valor relativo: para mí, como para la mayoría, son de un valor absoluto de subidísimos quilates, si vale la frase. Lo que hay es que cuando Marcelino Menéndez publica un libro éste es muy bueno, pero son aún mejores los que le quedan dentro, allá en las profundidades de su robustísimo cerebro.

Tal suele suceder con los autores jóvenes que están cada día progresando y perfeccionándose. Llevan en sí una obra maestra, la suya, ia única acaso, aquella en que se condensen en feliz síntesis todas sus facultades, pero es difícil, es imposible, decir si esta obra la han producido ya o si han de sacarla todavía del reino de la nada. Menéndez ha dado ya a luz más de una de esas que parecen llamadas a caracterizar a un hombre y a

salvarle del olvido: en mi concepto solo en la *Historia de las ideas estéticas en España,* que está publicando, y en la *Historia de la literatura española,* que no ha escrito aún y tiene en proyecto, se verá todo el valor de Marcelino Menéndez y Pelayo. Como no sea que escriba luego otra superior a ambas y de la cual nadie tenga noticia todavía.

III

Menéndez progresa, se perfecciona a cada libro que publica, a cada año que pasa por su inquieta y laboriosa vida. Como otros empiezan su carrera en la ignorancia y van luego elevándose hasta la ilustración o la erudición a veces, Menéndez la comenzó erudito para terminarla sabio. No sabio precisamente a la manera de los que lo mismo discuten una teoría literaria que una teoría física o matemática. No; Menéndez Pelayo se contenta con ser un literato ante todo y luego un historiador de los de historia *interna,* la más hermosa y difícil de todas. Por esto y porque no está .en su educación ni en sus ideas, podrá no ser un sabio a lo moderno, pero sí lo es a lo antiguo, que viene a ser, según algunos, la verdadera sabiduría.

Menéndez es un antiguo en todo. Aquella teoría del medio ambiente que tantos chascos suele dar a lo mejor, parece haber dado en Menéndez el mayor de aquellos. Parece, digo, porque, en el fondo, la verdad del caso, es que nuestro autor se formó desde el principio un medio ambiente artificial y no ha respirado nunca el que respiramos los demás. Por esto ofrece en la sociedad que le rodea, el aspecto de un hombre de otra época caido en medio de la nuestra para juzgarnos a todos y para referirnos los secretos, las intimidades de la época en que él vivió. Imaginaos un ateniense culto y refinado, asistiendo a la representación de un drama de Echegaray, o leyendo una declamación de Víctor Hugo, un libro de Zola o alguna novela rusa de profundidad terrible y semi-bárbara; imaginaos eso, añadidle luego si queréis la circunstancia de que ese ateniense hubiera ya vivido algunos años de existencia anterior en la época del Renacimiento, y tendréis a Menéndez Pelayo entre nosotros y hallaréis obvio y natural cuanto diga y haga en contraposición con nuestras ideas y sentimientos. Cuando le veáis por la calle envuelto siempre en su capa, creed que ésta es el amplio manto de un antiguo; cuando le oigáis recitar versos suyos y de sus amigos y autores favoritos figuraos que la imprenta no se ha inventado aun y que él es el rapsoda encargado de entusiasmaros y salvar del olvido las bellas creaciones de los poetas, incluso las suyas que son bellas, sabias y de poeta, aunque no de esos vulgares que todo

el mundo puede saborear. Cuando le oigáis hablar de política o de religión… pero Menéndez es discreto y habla poco de eso como no le obliguen.

Además, el Menéndez Pelayo de hoy no es ya el de sus comienzos. La vida suele ser como los frutos: en sus verdores son ásperos y agrios, en su madurez se dulcifican. Los hombres fuertes y al mismo tiempo discretos acostumbran a seguir igual camino. Al principio su vida abundante y rica rompe por todo, se desborda; luego ella sola se encauza y sigue con el mismo poder, pero con más tranquilidad. Menéndez es un temperamento de revolucionario que se levantó en armas contra la misma revolución. Luego las armas se han cansado de repartir tajos a diestro y siniestro y van cayendo por sí solas de sus manos.

Si Menéndez no fuera grande, ni hubiera comenzado desbordándose, ni acertaría ahora a irse encauzando por sí mismo.

2. José Franquesa y Gomis, "Marcelino Menéndez Pelayo", *La Ilustració Catalana,* tom IX, nº 196 (15 de setembre de 1888), p. 267. [Fragmento final. Junio de 1888]

Aqueix es, borrosament delineat y presentat ab ben pobre trassa, lo sabi més de debo y més jove d´Espanya, y poch m´arriscaría en dir, d´Europa, quals obras son objecte d´estudi de tothom y qual fama té ja´l privilegi de ser indiscutible.

No son en poch número los autors extrangers que, al saberlo poeta y erudit á la vegada, bibliophil y filosoph, preceptista y crítich y autor, en fí, de tants y tants llibres, l´han cregut un vellet arreconat entre´ls prestatjes de las més amagadas bibliotecas, decidintse al ultim á donar al públich y tot d´un colp, lo fruyt de sis estudis y´l producte de sas llargas indagacions. Y lo cert es que sempre vé de nou de veure tant seny y tanta fecunditat en saber escriure obres mestres en un jove de 32 anys, no encorvat ni curt de vista, sino dret, esbelt, fins elegant, y tot quan vol, prim de cara, de barba clara y rossenca y mirada viva, animat en la conversa, nerviós, afable y no per discret y oblidadís de las ridícolas travas imposadas per la societat menos diligent pera atendre á tota petició ó pera mostrarse en quantas ocasions se li presentan, lo company més servicial y l´amich més constant de quants han arrivat á intimar ab ell.

Tal lo vejéren no fá gayre los escriptors catalanistas, molts dels quals ja estavan ab ell lligats per afectuosa correspondencia ab llassos de respecte mutual y simpatía. Podría ja ferse un excelent aplech de cartas d´En Menéndez dirigidas á autors catalans, en las que á la vegada que´ls remercía per la rebuda de sas obras, los diu lo judici que las mateixas li han merescut, judici que acostuma ser molt honrós pera´ls nostres y qu´es sempre digne de la alta penetració de qui la ha dictat.

Tots los catalanistas poguéren, donchs, ara, admirarlo de prop y abrassarlo, ab motiu de sa vinguda pera la inauguració de la superba Exposició Universal de Barcelona, que

s´imposa á tothom que s´ha prés la pena de venirla á veure y que´s la manifestació més expléndida de la activitat y del carácter viril de nostre poble, á despit dels enemichs que ha trovat á casa mateix, y que han descendit á totas las baixesas pera trovar inútilment d´enfonzarla, (que sempre´l pitjor corch se cría á la mellor fusta); y tots poguérem aplaudirlo en la memorable sessió dels Jochs Florals d´enguany en que una Reyna generosa y l´Arxiduquesa d´una Casa que idolatráren los catalans, venía á presidir la festa y á sancionar ab sa presencia la coronació del renaxement de la nostra poesía plena de nobles aspiracions y desitjos patriótichs.

En son parlament de gracias, En Menéndez Pelayo sortí pe´ls furs de nostra combatuda literatura regional, y ab elevada frasse y solits arguments, fills de sas arreladas conviccions, sostingué en un discurs que fará época en los anals dels Jochs Florals, que las llenguas no s´imposan sacrílegament per lleys, ni´s prenen per conveni, sinó que, manifestació del esperit dels pobles, déuhen mantenirse lliures y ser respectadas pe´ls Estats y fomentadas pera que arriven á son grau d´explendor maxim: quant més tractantse d´una llengua com la catalana, d´hisytoria brillantíssima, que ressoná en altres temps per tots los contorns del Mediterráni y que ha produhit tantas obras dignas d´admiració eterna.

La calorosa defensa de nostra llengua y literatura feta per En Menéndez en catalá correcte y armoniós, y feta, sobre todo, quant més plouhen cada día sobre la matexa atachs injustos y acusacions de tota mena per part dels més caracterisats escriptors de Castella, prova més lo que ja tením dit de la independencia de carácter de nostre amich y prova que en totas las qüestions hi sab veure més bé y més clar que´ls altres.

En las famosas rivalitats de Catalunya y Castella, en temps de la dominació austríaca, també´ls escriptors castellans llensáren sobre nostre tots los dicteris més infamants y las reprensions més iníquas, sense formar excepció en la colla ni´l mateix Quevedo; y solsament n´hi hagué un que, sabentse lliurar de tota prevenció, comprengués lo que valía nostra terra y ho manifestá en inmortals elogis; lo gran Cervantes. Y es que pera profondisar en aquexa mena de materias no basta´l raciocini vulgar, ni encara´l talent distinguit, sinó que casi sempre sols las domina y las sab veure, tal com son, lo Geni.

En Menéndez no es tant migrat de sentiments que estime sols á Castella o á Catalunya, sino que confon en lo mateix afecte de germano á *totas las gents ibéricas per abdós mons espargidas* (y es qui més coneix la historia política y literaria de las repúblicas hispano-americanas, qui posseheix la mellor biblioteca de las obras que han produhit, y qui més se plany de la desventurada política que´ns feu perdre aquells Estats) y quan historia á Espanya, historia també á nostra terra y á Portugal y á Galicia, y no menysprea dialectes ni combat llenguas ó carácters regionals, sempre dignes de respec-

te, perque es Deu qui´ls ha donat als pobles. No ja una Espanya, sinó una Iberia, ab tot lo variat esplet d´idiomas, tradicions, costums y fins lleys peculiars y características en cada regió histórica, unidas per interessos comuns, ab llassos d´amor y de bon afecte, jo no sé si la veu aixís nostre amich, ni m´aventuro á dirho, peró encara que no passés may d´odeal, ¡quína aspiració més noble, més generosa y més justa! Quan de no haverla volgut mantenir en la práctica n´han nascut tant funestíssims resultats, ¡sembla impossible que puga encara tenir enemich!

Per lo menos literariament, aixís deu sentir En Menéndez Pelayo, y en son discurs assegura que la unitat dels pobles es orgánica y viva, y no la unitat ficticia, verdadera unitat de la mort, y lo indubtable es, que ab sa última vinguda, nostra literatura ha guanyat una defensa admirable, feta per una autoritat reconeguda, y ha guanyat encara un escriptor nou y ben notable per cert.

Catalunya pot estar ben gojosa del agrahiment que sent per ella sabi tant distinguir, que no ha volgut oblidar que en las aulas de sa Universitat trová qui més l´encoratjá pera empendre la portentosa volada que tan aviat ha prés; los catalanistas póden estar orgullosos de tenir qui, valguent tant, los comprén bé y vol barrejarse entre ells com á company; y nosaltres, los que´l conéxem casi de sa infantesa, hem de ser los primers d´enorgullirnos en haver admirat abans que tothom, la maravellosa forsa de sa inteligencia y d´haver conservat sa amistat, sempre franca y sencera y aumentada encara en son enlayrament. D´ella m´he refiat, potser massa, pera creure que´m sería perdonada la incorrecció d´aquestas mal girbadas apuntacions, fetas sense ordre ni concert, y no ab altra mira que la d´haver aprofitat una escusa pera poguer parlar una mica del amich á qui tant respecto y del sabi á qui tant admiro.

3. Antoni M. Alcover*, Dietaris de les Eixides (1900-1902),* edició a cura de Maria Pilar Perea, Barcelona, Universitat de les Illes Balears / Publicacions de l´Abadia de Montserrat (Biblioteca Marian Aguiló, 32-33), 2001, vol. I, pp. 234-235, Madrid, 14 de mayo de 1901.

Qui he vist també, entre altres que no cal retreure, es l´insigne Menéndez Pelayo, l´excels autor de Heterodoxos Españoles, de Ideas Estéticas en Espanya y de tantes obres estupendes que té publicades o en curs de publicació. Per ferse be càrrech de lo que val y de lo que sap aqueix homo extraordinari, se necessita parlar amb ell, sentirli contestar les preguntes que li fan de cop descuyt. Contesta al acte, y sembla que fa un mes que no s´es ocupat d´altre cosa que de preparar tal contestació, tan netes dona les fites y amb tanta copia de ciencia. Així me constestá a algunes preguntes que li vaig fer sobre la llegua y la literatura catalana. No es d´aquells castellans qui fan gala de no en-

tendre la nostra llengua, anomenantla dialecte per despreci, y que s´avanen de no sebre res de la nostra opulent literatura antiga y moderna. No es d´aquests En menéndez Pelayo: coneix profundament l´idioma catalá y la literatura catalana, y en pot donar llisons a moltíssims. Li vaig esposar el projecte de Diccionari que duym entre mans, y fou de la seva aprovació, y s´oferí a aydarnos en lo que pogués. Ja ho crech qu´aprofitarem el seu imponderable concurs per rebre´n desy-ara llum y direcció.

4. Sobre el Congreso Internacional de la Lengua Catalana, *La Vanguardia*, 19 septiembre 1906, p. 2.

Convocadas por las comisiones organizadoras del Congreso Internacional de la Lengua Catalana, reuniéronse ayer, en el Ateneo Barcelonés, distinguidas personalidades literarias, bibliófilos, libreros y editores de esta ciudad, al objeto de organizar, con motivo del citado Congreso, una grandiosa manifestación de la Lengua Catalana escrita, comprensiva de todo lo publicado en catalán desde el renacimiento para acá. En la Exposición se hallará, pues, la colección de todo el Teatro, de toda la Novela, la Poesía, la Prensa diaria y periódica, las Artes gráficas, obras científicas; en una palabra, todo, absolutamente todo lo editado en catalán desde principios del siglo XIX en los diversos países de lengua catalana. Para llevar a cabo tan grandiosa exhibición, nombróse una junta especial que velase por su organización, presidida por los bibliógrafos don Eudaldo Canibell y don Ramón Miquel y Planas, auxiliados por tres distinguidos alumnos de la cátedra de Literatura Catalana. Además figurará en dicha junta don Luis Pujol, profesor del «Orfeó Cátala», para dirigir toda la sección de ediciones musicales. La referida junta cuenta ya con valiosos ofrecimientos de colecciones, ediciones raras, librerías, etc.

Parece también que algunos particulares, revistas y editores, harán instalaciones por su cuenta. Las comisiones del Congreso siguen trabajando activamente, pues cada día pasan de sesenta las nuevas inscripciones de congresistas que se reciben, entre las cuales figuran varias corporaciones, Cámaras de Comercio y Agrícolas, el Comité de Defensa Social, asociaciones literarias y autonomistas.

También se han inscrito al Congreso, últimamente, personalidades tan distinguidas como el señor Obispo de Vich y el conde de San Jorge, de Madrid; y se ha adherido, y probablemente asistirá, el eminente doctor don Marcelino Menéndez y Pelayo. Además de los extranjeros de que se dio cuenta, presentarán comunicaciones al Congreso y vendrán á tomar parte en él, los catedráticos de la Universidad Central doctores Menéndez Pidal y Bonilla San Martín.

Las compañías de ferrocarriles harán una rebaja del 50 por 100 en los billetes de ida y vuelta á quienes presenten ei carnet de congresista.

La compañía «Isleña Marítima», que hace el trayecto de Baleares, ha establecido una rebaja para los congresistas, del 25 por 100.

La inscripción, que es de cinco pesetas, se hace en las oficinas del Congreso, calle Alta de San Pedro, 2, 2º.

5. Miguel de los Santos Oliver y Tolrá, "La Academia y Menéndez Pelayo", *La Vanguardia*, 24 noviembre 1906, p. 6.

La reciente elección de director perpetuo de la Real Academia Española ha venido a poner de manifiesto un error en que no pocos nos encontrábamos. Creíamos que se había operado en la opinión y las costumbres cierto progreso relativo en el sentido de emanciparse la vida intelectual de su añeja subordinación a la política. Juzgábamos acaso que la cultura española había conquistado su autonomía desligándose del feudo en que la tuvieran las altas jerarquías oficiales, hasta el punto de haber pasado para no volver aquellos tiempos en que una Universidad concedía la borla de doctar *in utrogue* al general Espartero, vencedor de Luchana, o en que se repartían los sillones académicos entre próceres y magnates y entre sus descendientes y allegados, de muchos de los cuales no fueron conocidas otras obras que el propio y desmedrado discurso derecepción.

No siempre se dan hombres hechos a la medida de un cargo. En muy contadas ocasiones fue posible descubrir aquella personalidad cuyas condiciones encajasen por completo con la índole de la función; pero si alguna vez pudo realizarse esa conjución (sic) ideal fue ciertamente ahora. ¿En qué momento de la historia de las letras, desde que existe Academia Española, ha aparecido un nombre como el de Menéndez y Pelayo que tan plenamente respondiera a cuanto exige el cargo de Director perpetuo? ¿Cuándo volverá a repetirse el milagro? No sabemos de nadie que mejor pueda encarnar y representar en su unidad la cultura literaria y filosófica de los pueblos españoles.

No sabemos de nadie cuya excepcional aptitud venga corroborada por tantos títulos. No sabemos de nadie, tampoco que, en el sentido restrictivo y especial de la labor académica, haya trabajado ni con mayor entusiasmo ni en obras más importantes ni con acierto superior. Decir trabajos y publicaciones de la Academia en los últimos veinte años es lo mismo que decir Menéndez. Por encima la dirección o presidencia oficial descollaba la presidencia espiritual y gloriosa del polígrafo montañés. El mero hecho do su presencia en la corporación, ejercía allí, imperceptiblemente, aquella dulce tiranía que acompaña por doquier a los hombres superiores y a las insignes beldades; y los mismos que ahora

le han negado su voto continuarán, de hecho, sometidos al irresistible influjo de la eminencia de que prescindieron.

El error, a mi juicio, no está en haber elegido a don Alejandro Pidal, sino en haber prescindido de Menéndez y Pelayo. Síntoma de progreso había sido y continúa siendo la desintegración de la literatura con respecto a la política, después de un siglo en que anduvieron confusas y amalgamadas, resultando casi unos mismos nombres los del parlamento y los de las academias, los del ministerio y los del teatro y el libro. Cuantos tenemos amor entrañable a la profesión literaria, aun en esfera tan limitada y modesta como la mía, gustamos de verla ennoblecida e independiente, reinando por derecho propio, cultivada como finalidad en sí misma y nunca como satélite o tributaria de otra actividad. Ni la política tiene mucho que agradecer a los literatos ni la literatura mucho que agradecer a los políticos. En las repetidas invasiones hechas por unos en el terreno de los otros, España ha salido perdiendo. Los poetas se han metido en los ministerios, como Ventura de la Vega, Ayala y Núñez de Arce; los ministros se han metido a literatos manteniendo cierto diletantismo pernicioso, cierta ubicuidad de la cual padecen mejor que ganan las dos vertientes. La literatura, como expresión social, resultó en determinadas épocas una mera prolongación de la política, sin carácter substantivo, sin independencia, sin poder expresar anhelos o estados de espíritu que disintieran del convencionalismo parlamentario o de la ideología de los partidos turnantes.

No sé qué tiene de nación embrionaria o improvisada aquella en que reinan talesconfusiones o que no han logrado producir todavía una perfecta división del trabajo entre las letras y el arte de gobernar. Sirviendo a dos señores se corre el peligro de no complacer a ninguno y, en general, la promiscuación en materias tan graves y excluyentes viene a significar ausencia de vocaciones absolutas, decididas y fecundas. He oido referir que en cierta pequena república hispano-americana un famoso pianista dio un concierto en el cual puso frenéticos de entusiasmo a sus oyentes. Acabado el concierto no encontraron otro medio de demostrarle su admiración y premiar sus talentos musicales que ofreciéndole la presidencia de la república. No otra cosa significó la privanza de Farinelli en tiempo de Isabel Farnesio y doña Bárbara de Braganza. Por efecto de esta confusión los negocios públicos quedan no pocas veces a merced de *dilettantes* y la cultura en poder de aficionados más o menos valiosos: escritores que se avienen a hacer de políticos para vivir, políticos que se meten en las academias para brillar con un nuevo cintajo o un nuevo diploma.

No es necesario comparar la historia literaria de los señores Pidal y Menéndez y Pelayo, dándose aquel gustazo que Heine, en una de sus ironías más crueles, llamaba «azotar á un poeta con loa laureles de otro». El señor Pidal es un orador grandilocuente; y puesto

que la elocuencia política es un género literario que debe tener representación (aunque no tan amplia como ahora) en las academias, bien está el señor Pidal ostentándola. Es, además, hombre de gran instrucción filosófica y defensor del tomismo en España, respecto al cual ha publicado diversos trabajos muy apreciables, aunque más desde el punto de vista polémico que desde el literario puro. Pero ¿dónde encontrar una figura como la del autor de los *Heterodoxos,* de la *Ciencia Española,* de las *Ideas Estéticas,* de los *Orígenes de la novela,* de los prólogos a la edición de Lope de Vega y a la Antología de poetas castellanos? ¿Dónde encontrar una existencia más por entero consagrada al estudio de las letras españolas hasta el punto de haberlas convertido en único amor de su vida, más concéntrica a la esfera de acción de una academia como la Española y más apta, en suma, para impulsarla vigorosamente?

En el gran espíritu de Menéndez Pelayo vive la unitad (sic) interior de los pueblos peninsulares. Fuera uniformista absoluto, centralista a todo trance, enemigo de todo sistema de variedad y expansión política, y aun así resultaría digna del mayor respeto su concepción de la cultura ibérica. Porque él, cuando habla de cultura nacional, no comete una antonomasia, ni mutila la historia, ni arranca los anales de las regiones no castellanas anteriores al reinado de los Reyes Católicos, ni lo refunde e involucra todo en un españolismo monótono y de una sola cuerda. No es un castellanista fervoroso y excitado como Núñez de Arce; es un *iberista.* Su amor a la unidad peninsular no es la abstracción o la ficción que equivale a tomar una parte por el todo, excluyendo a lo restante como si no hubiera existido o deprimiéndolo con innobles diatribas. Y esos tienen derecho a ser unitarios: los que como Menéndez y Pelayo ven en la unidad, no la imposición de lo uno a lo vario, sino la integración de lo vario en una superior harmonía y en una acordada y generosa confluencia. Su alma abierta a todos los vientos y su talento vasto y comprensivo tienen espacio para albergar aquellas concepciones integrales que el rutinarismo y la estrechez de caletre repudian. Sabe remontarse a los orígenes y a las primeras apariencias vindicar de la misma suerte A Fox Morcillo y Gómez Pereira que a Ramón Llull, Luis Vives o Arnaldo de Vilanova. (Arnaldo de *Vilhneuf* pronunciaba en el Ateneo de Madrid el señor Moret, por no haberlo visto sin duda citado más que en obras francesas).

¿Qué importa que la Academia Española haya negado ahora sus sufragios al eminente crítico? Su personalidad no necesita de glorificaciones externas. Cada día será más grande, porque la magnitud de sus empresas literarias es de aquellas que reclaman las dilatadas perspectivas de la historia para destacar en sus justas proporciones. Mas esto no obsta para que cuantos sientan la nobleza del talento y cuantos amen el progreso intelectual de su patria; cuantos tengan un sentido legítimo y elevado de la democracia; cuantos, en fin, consideren que la profesión literaria o científica es algo serio, algo de

que depende el patrimonio moral de los pueblos, y no un campo abierto a las intrigas del favoritismo y a la acepción de rangos y jerarquías; no obsta, repito, para que todos a una se sientan deprimidos y vejados en esa desconsideración al insigne humanista, tratándose de un puesto que nadie podrá, apoyado en títulos literarios, disputarle seriamente en España.

Dejemos a la política lo que es de la política; quienes busquen direcciones, gobiernos, grandes cruces, influencia, aura popular, acudan a ella en buen hora. Que sean para la casta do los felices todas aquellas satisfacciones de la ambición o de la vanidad que trae consigo la participación en el poder. Pero, en cambio, que respeten los fueros de la mentalidad y que reserven a sus verdaderos y propios representantes la encarnación y dirección de ella. Más motivos tendría Menéndez y Pelayo para pretender y obtener una cartera ministerial, si sus aficiones o antojos soplaran por este lado, que otros para disputarle la dirección de la Academia; y, sin embargo, nos ha ofrecido el altísimo ejemplo de su abstención política y de su consagración exclusiva y heroica a las altas humanidades en que descuella como soberano. Podrá no dirigir la Academia, pero seguirá dirigiendo la cultura ideal de los pueblos españoles.

6. *K.O.K.* (seudónimo de Eduard Coca y Vallmajor), "A D. Marcelí Menéndez y Pelayo", *Cu-Cut!*, 21 mayo (sin indicación de año, pero 1908), pp. 323-324.

Home, senyor Marcelino,
vostè que viu a Madrid
y que´s coneix que té tractes
ab tota la gent d´allí;
vostè que es home de ciencia
profondament erudit,
independent de caràcter,
que may se deixa influir
pels freqüents tànguls polítichs
que sufreix aquel país;
vostè que sab lo que pensa,
vostè que sab lo que diu,
vostè que en el cap hi porta
un tou de materia gris,
un pet de massa encefàlica
que l´ase´m flich y´m reflich
si´n tenen de bon tros tanta
els *cocos* governatius

que fan desde´ls ministeris
les delicies del país;
vostè, senyor Marcelino,
que té un front de pam y mitg
y tracta tanta genteta
que no´n té ni un gruix de dit…
Fássim, si es servit, l´obsequi
d´explicá a la gent d´assí
com se tracta a Catalunya
als que venen de Madrid
com vostè hi ha vingut ara:
ab noblesa y ab bons fins.
Com que una gran majoría
dels que´ns venen cap aquí
son una mena de tipos
que… *ayúdeme usté a sentir*,
ab la excusa de resoldre
els problemes del país,
resolen el del *cocido*
y´l del anar ben vestits,
es clâ´ls rebem ab rebufos,
y no están un quart tranquils
fins que agafen la maleta
y desfàn el seu camí.
Un exemple incontestable
de tot això que li dich
es la vinguda den Dato
devrà fer cinch anys o sis.
Vostè be ha rebut aplausos;
penso que prous n´ha sentit:
donchs no son rê en comparansa
als pitos que ell va sentir.
A la estació, gran xiulada;
al Liceu idem de id.;
a Sabadell el gran pito…
Y a Terrassa he sentit dir
que no van arrossegarlo
perque ell no s´hi va a venir,
que lo que es pel gusto del poble

no n´hauría sortir viu.
Allò era un pito continuu
com may vostè l´ha sentit.
Piii, xiulaven a la dreta,
y a la esquerra feyen *piiii*,
y *piii* per terrats y pisos,
y per completâ aquets *piiis*
fins l´acompanyant den Dato
també´s deya Milà y Piii!
Altre exemple: en Romanones
aquell cop que va venir
pera enterrâ a Mossen Cinto
també fa quatre anys o cinch.
Sort va tenir que hi havía
un mort ilustre entremitg,
y que en deixant el cadavre
va guillar cap al carril
que sino prou tenim bronca
y han de córrehi els civils.
Es clâ, aquets senyors politichs
quan retornen a Madrid
diuen que aquí som *groseros*,
que som gent que no tenim
ni *educación* ni *modales*,
ni vergonya ni sentits,
y no falta qui s´ho cregui
que es, sens dubte, lo més trist.
Per xô, senyor Marcelino,
per xô un servidor li dich
que vosté´m fassi l´obsequi
d´explicâ a la gent d´assí
que aquí ab els que s´ho mereixen
hi som atents, expressius,
obsequiosos, *educados*,
y´ls hi dem tot quant tenim.
¿El creuràn? Ho *dificulto*;
perque la gent de Madrid
ovacionen per sistema
y combaten perque si.

Per xô´m temo que al sentirlo
alabâ a la gent d´aquí
fassin cas de ses paraules
com si´ls parlés ens sanscrit.

7. Francesc Cambó, "Menéndez Pelayo y la llengua catalana", *Meditacions. Dietari*, Obres completes, Barcelona, Alpha, 1992, vol. 2.3, pp. 670-671. [Original en catalán, traducción de Helena Cambó]

Montreux, 24 de noviembre [1939]

El Menéndez Pelayo de sus primeros tiempos me entusiasma: le faltan la serenidad y la profundidad de los años de plenitud, tiene en cambio una vibración, un entusiasmo, que dan a sus escritos polémicos un *entrain*, una fuerza que disminuye cuando la plenitud, con la serenidad, conlleva una punta de escepticismo.

Leía hoy un artículo de su juventud defendiendo la nacionalidad española (barcelonesa) de Ramón Sabunde, tan admirado por Montaigne.

En este artículo Menéndez Pelayo, como en tantas ocasiones, habla de la lengua y la cultura catalanas y lo hace como siempre con amor y competencia.

Encuentro allí unas frases que no recordaba y que me han impresionado vivamente. Es posible, casi seguro, que las hubiera leído en otros tiempos, pero entonces debieron parecerme tan naturales que no les había prestado atención, En cambio, hoy…!

En este artículo Menéndez Pelayo combate la tesis de l´abbé Reulet, según la cual Sabunde era francés (de Toulouse) y no español.

Al sostenerlo, Reulet habla a menudo de la "*langue espagnole*". Y Menéndez Pelayo le contesta:

"Déjese, pues, el abate Reulet, de traer a cuento la *lengua española*, frase malsonante y rara vez oída de nuestros clásicos, que se preciaron siempre de escribir en *castellano*. Tan española es la lengua catalana, como la *castellana* o la *portuguesa*".

Esto que dejo transcrito de Menéndez Pelayo –con las mismas cursivas que él le puso— está en plena oposición con la doctrina oficial que en materia idiomática, impera en la España nacional…en la cual, a cada momento, se trae el nombre y la memoria de Me-

néndez Pelayo, como faro conductor del pensamiento y de la orientación cultural de la nueva España!

Todo el problema catalán en lo más profundo y sólido –la personalidad idiomática y cultural de Cataluña— radica en esta pequeña diferencia de criterio según la concepción imperante en la España nacional, la que guía su política en Cataluña y en las provincias vascas, en España no hay más que una lengua, la *española* y, naturalmente, más que un pueblo, el español.

Según Menéndez Pelayo –algo más culto que el Caudillo y toda la Falange— eso de la "*lengua española*" era una "*frase malsonante*" y en cambio las realidades históricas y lingüísticas eran el "*catalán*", el "*castellano*" y el "*portugués*", el conjunto de los cuales forman lo "*español*".

Hoy en la España se habla mucho de Imperio, en cambio, reina una mentalidad modestamente provinciana. Menéndez Pelayo, el mayor paladín de la cultura española, de toda la cultura española, no hablaba de Imperio, pero a la lengua y a la cultura española les daba categoría imperial… que el Imperio no es más que una unidad superior por encima de diversidades bien fuertes y acusadas.

Con Menéndez Pelayo o con la aplicación de su doctrina, sería bien fácil resolver el problema catalán. Con los hombres pequeños, incultos, ruines, de la España nacional el problema catalán volverá a ser un trágico problema.

8. Luis Fontes de Albornoz, "Fervores catalanes del insigne polígrafo", *La Vanguardia,* 19 mayo 1945, p. 7.

En la vida literaria española, desde hace mucho tiempo, y sólo Dios sabe para cuánto todavía, hay un espíritu perennemente presente: el ancho, cordial, generoso espíritu de don Marcelino Menéndez Pelayo, de cuya muerte cúmplese hoy el aniversario. No se ha podido aún superar, para mayor gloria suya y propio humilde desdén de nosotros mismos, aquella su crítica agudeza, aquel su garbo era el decir, aquella su desmesurada y casi inverosímil erudición, de cuyo portentoso contenido dan fe copiosa las obras que nos dejó, cuya doctrina y riqueza han señalado un punto a tal altura en la crítica española, que son a su lado ensayos poco menos que de enanos los de quienes le han seguido en el tiempo, y mucho se ha de temer que aun los que le han de seguir en lo venidero, basta que en las sombras de lo porvenir no se agazape esparando su momento otro genial mozo como éste, verdadero pasmo de su tiempo, y aun de todos los siguientes hasta este nuestro, en que se le tiene, con sobrada razón, como único.

Es notorio que cursó aquí sus estudios universitarios, y, aunque no lo sea tanto, es lo cierto también que Barcelona pesó mucho en la formación del maestro. Mucho; tanto que no pudo olvidar ya nunca don Marcelino, a pesar de su atareada vida de estudioso, a pesar de sus atracones de letra impresa, a pesar del esfuerzo que le agobiaba y de la inmensa tarea que quiso echar sobre sus hombros, aquella su época febril de estudiante —erudito, barbado mozalbete del alto cuello planchado, de la terca mirada pensativa— que se desarrolló al amparo de aquella sombra venerable que se llama Milá y Fontanals, a cuya memoria dedicó don Marcelino los que él estimaba más logrados frutos de su trabajo. Y no pudo olvidar tampoco, como consta de ciencia cierta, la atracción de la ciudad, que a él le pareciera siempre dada felizmente a un espíritu mediterránea entre helénico y latino, entre árabe y fenicio, sensual y laboriosa, ordenada y festiva, con puntas y ribetes de nostalgia de razas, un regusto de danzas rituales, pJuriseculares, en las plazuelas de «*tests* major», y un poso de soles, oriénteles y africanos, en los ojos negros sobre las pieles morenas. A él, que sería, adolescente, de Jas altas rocas, de la ancha mar encrespada de Santander, de la tierruca montañesa, agreste y dulce, le maravilló, prendándole, esta gracia «erera y ondulante del litoral levantino, donde veían náyades y ninfas, veías de púrpura sobre el verde mar, rumorosos pinos marinos, sus ojos ya clásicos.

Cataluña fue siempre, para don Marcelino, una «anyoransa». Aquella «anyoransa que en mi pecho anida» de los versos que inspiró Isabel, amor —¿primero?, ¿único?— de su vida. Y cuando el estudiante rebusca en su memoria de lenguaje palabras que... en los versos que escribe puedan brillar corno joyas, acariciar como telas preciosas y antiguas, vibrar como sones de llamada, acude a su inspiración la palabra catalana. La «anyoransa» lánguida como la plenitud interior, acariciante como un vaho de recuerdos fugaces, suave como el sentimiento ternísimo que la inspira.

Espiritualmente, don Marcelino vivió muchas de sos horas en Barcelona. Él es un recio celtíbero prendido en la gracia catalana. Su obra, en gran mayoría formada por estudios de conjunto, si alguna vez se centra, se recoge, se hace amorosa y personalista, es cuando se enfoca sobre un catalán, sobre el buen burgués barcelonés Juan Boscán. No podía eludir su genio las tres grandes, universales figuras de la literatura española: Calderón, Cervantes, Lope de Vega, y a ellos dedica copiosos estudios, pero nunca se minimiza su agudeza como cuando se dedica a Boscán, a quien él debe ver viviendo una vida descansada en una torre cualquiera, soñador y reposado, antítesis de su gemelo literario, el inquieto y aventurero Garcilaso. A Cervantes, a Calderón, a Lopa de Vega, don Marcelino les aplica su genio crítico, desmenuza sus obras, penetra en los últimos entresijos de su técnica, los desnuda y advierte para el Mundo. Pero frente a Boscán, cuando se enfrenta con aquella vida sedante, con aquella placidez burguesa y catalana del poeta,

don Marcelino suelta su ternura. Tal vez porque en él, en Boscán, halle Menéndez Pelayo una imagen de lo que él hubiera querido vivir. Porque en aquella queja da Boscán

Señora, porque no espero
remedio del mal que muero... ¡

don Marcelino encuentre un eso de aquella otra queja suya, más verídica quizás:

¡Ven a alumbrar mis vigilantes horas,
a ser la sal de mi desierta mesa!...

Tal vez porque, lejos de Barcelona, la «anyoransa» le venza, y envidie la vida del poeta, rodeado de sus amores, entregado a la tierra, escribiendo en paz lo que el corazón le dicta en un susurro callado...

Entre sus brumas cantábricas, don Marcelino añoraba la plenitud solar, mediterránea, de Barcelona. Añoraba también sus ños dé mozo, aquella época en que junto a Milá y Fontanals aprendía griego, latín y hebreo, y junto a una muchachita menuda, fantasma perdurable en su vida de estudioso, aprendía a mirarse en lo profundo de unos ojos de mujer. De ese modo proveyó Barcelona a don Marcelino Menéndez Pelayo, de los dos grandes fervores humanos de su vida.

9. José del Río Sainz, "Menéndez y Pelayo, estudiante", *La Vanguardia*, 20 marzo 1956, p. 5.

Marcelino Menéndez Pelayo ha terminado el Bachillerato en el Instituto de Santander, del que su padre es profesor de Matemáticas, en el curso de 1871, y hay que pensar en la carrera a que ha de consagrarse. Es este un problema que se resuelve pronto. No será médico como su abuelo y su tío materno y como lo será luego su hermano Enrique; no será tampoco profesor de ciencias como su padre. Su vocación es tan manifiesta que parece un aviso del Cielo. Estudiará Filosofía y Letras, y cuando tenga la edad legal hará oposiciones a una cátedra de esas disciplinas, que no es mal porvenir para un muchacho de una modesta familia provinciana.

Queda sólo por resolver en qué centro universitario se matriculará. Por razones de proximidad geográfica, o por otros motivos, los estudiantes santanderinos suelen elegir las Universidades de Valladolid y Oviedo y, en su defecto, la Central de Madrid o Salamanca. Pero estas soluciones no son del agrado de doña María Jesús, la madre prudente y amantísima que teme para aquel chico de quince años, que en muchos aspectos sigue siendo un niño y al que ha tenido hasta entonces cosido a sus faldas, los peligros de un

abandono en fondas de estudiantes troneras que pudieran malearle con el mal ejemplo. Máxime en aquellos tiempos, en que la revolución del 68 anda todavía desmelenada por las calles, y en que hay barruntos y hasta principios de una guerra civil.

La solución se le ocurre al padre, profesor de Matemáticas, en un día de aquel mismo verano. Acaba de recibir una carta de un amigo de su infancia, el profesor de Química de la Universidad de Barcelona, don José Ramón Luanco, que se halla veraneando en Castropol, su pueblo natal. El amigo le anuncia que a su regreso a la capital de Cataluña se detendrá unos días en Santander «para tener el gusto de abrazarle».

¡Cómo no he pensado antes en ello!, se pregunta el señor Menéndez Pintado. Cierto que Barcelona cae muy lejos, pero esta desventaja se compensa con la seguridad de que el joven estudiante encontrará en aquel amigo, que es casi un hermano, un segundo padre. En Barcelona no estará solo, entre muchachos de bulla y trueno como los de las «Casas de la Troya» que novelará andando los años Alejandro Pérez Lugín.

Un cambio de cartas basta para que los dos amigos se pongan de acuerdo, y al final del verano el profesor de Química pasa por Santander y se lleva consigo a Barcelona al retoño del profesor de Matemáticas.

Es la primera salida por los campos de Montiel de aquel adolescente que antes de ser plenamente un hombre había de llenar con su fama el mundo.

Al llegar a este punto, permítase al cronista que interponga un paréntesis, para señalar cómo el destino llega siempre a sus fines, sirviéndose a veces de extraños rodeos que, a falta de otra explicación mejor, llamamos los hombres «casualidades». Para que Menéndez Pelayo fuera lo que fue, era necesario que se encontrase en Barcelona con el magisterio de don Manuel Milá y Fontanals, y para que ocurriera eso, tuvo que producirse el veto de la madre a las universidades próximas y veranear aquel año en Castropol don José Ramón Luanco.

De lo que supusieron esas «casualidades» en la vida del gran polígrafo, nos habla él cuando, abrumado de gloria y de años, vuelve la vista a sus ilusionados principios.

«En esa escuela me eduqué primeramente —dice refiriéndose al aula de Milá— y aunque la vida del hombre sea perpetua educación, y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que a falta de otras condiciones nunca he dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona, y creo, que substancialmente no se ha modificado nunca».

En contra de todos los clisés estereotipados para descripción de niños prodigio y de monstruos de. sabiduría, a los que se presenta absortos en sus estudios y desatendidos de toda realidad circundante, la estudiantina de Menéndez Pelayo en Barcelona fue clara y radiosa como una alborada primaveral. Allí paladeó los goces de la amistad; rió, bromeó y abrió su corazón al amor femenino. Porque en Barcelona se escribieron los apasionados sonetos amatorios; «a Belisa», que no era una Dulcinea, sino una musa de carne y hueso, con nombre y apellidos propios. Belisa, en este caso, es un anagrama de Isabel.

Su mentor era lo que hoy diríamos «un bon vivant», solterón empedernido; que vivía a lo estudiantil, en una modesta pensión, regida por una pupilera de alma maternal que sus huéspedes llamaban «doña Francisqueta». Allí encontró Mendéndez Pelayo otro muchacho de su edad, sobrino de Luanco, que estudiaba Ciencias, y se apellidaba Vijande. Miguel Artigas, en el estudio consagrado a su maestro, nos dice que llegó a conocer a este Vijande personalmente, y que oyó de sus labios detalles curiosos de su vida en aquella pensión. «Luanco era de un carácter casi infantil y regocijado, y más que tutor de los jóvenes, parecía un compañero suyo, divirtiéndoles con continuas bromas y chanzas».

Don Marcelino nunca olvidó estos días, y cuando ya en Madrid y en los umbrales de la consagración, ve abrírsele las puertas de las más encumbradas mansiones, no deja de pensar en las humildes gentes de la fonda barcelonesa, de las que Luanco le da noticias en sus cartas. «La sin par "doña Erancisqueta" —le dice en una— tuvo anteanoche un amago apoplético con riesgo de dejarme huérfano de su asistencia y cuidadas. Y por cierto que no sé si la Antonia te daría parte, de su matrimonio con un payés de Vendrell. De suerte que si mal estábamos antes, peor ahora que tenemos de cabeza principal al insípido calabacín de doña Adela». ¡Doña Francisqueta, la Antonia, doña Adela y el payés de Vendrell! ¡Humanidad humilde y entrañable, para la que el joven sabio tiene un sitio en su corazón, mientras su cabeza está llena de los grandes nombres de la *Historia de los Heterodoxos*, que ya ha empezado a publicar!

Y sobre la mesa de su daspacho madrileño, las cartas del «querido Luanco» se confunden con las que don JuanValera le escribe sobre los más arduos temas intelectuales...

10. Lope Mateo, “Don Marcelino en Barcelona”, *La Vanguardia*, 15 noviembre 1956, p. 5.

Entonces no era don Marcelino, sino Marcelino a secas, o Menéndez — señor Menéndez en clase—, sin el Pelayo. Llegaba de su Santander natal, con sus quince años no

cumplidos y el título de bachiller en artes catorce asignaturas en total, en las que, a más del premio en la reválida, había conseguido otros trece, y si no obtuvo el catorce fue por una elemental razón de ética, hubiera tenido que dárselo su propio padre, profesor de Matemáticas.

En la capital montañesa por donde Castilla se asoma al mar, había nacido el mozo estudiante el 3 de noviembre de 1856, ahora ha hecho justos los cien años. Su padre era asturiano, de Castropol, allí donde las Asturias de Oviedo se asoman a Galicia, con Rivadeo enfrente, sólo de por medio la ría. En Santander se afincó, casó y ejerció su cátedra del Instituto hasta el final de sus días; tenia gran afición a las buenas letras, a los libros y practicaba la pintura. La madre del estudiante, primogénito, era santanderina, hija de un notable cirujano del valle del Pas. Satisfechos, y orgullosos habían de estar los progenitores de la rara y maravillosa precocidad del hijo. El cual ya desde niño manifestó sus facultades portentosas, tanto que antes de nacerle bachiller ya tenía traducidos el «Píramo» *y* Tisbe» de las «Metamorfosis» de Ovidio y la «Égloga VIII» de Virgilio y acababa de escribir un poema heroico en octavas reales a «Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja».

¿Qué razones habían asistido al padre para mandar a su vástago tan lejos? Mucho más cerca estaban las Universidades de Oviedo, Valladolid y Madrid mismo. Pero era catedrático de Ciencias en Barcelona don José Ramón Luanco, amigo íntimo y paisano del padre, y a él se lo confió como pupilo para que vigilara sus estudios. En compañía pues, del profesor y de otro muchacho sobrino del mismo, salió el estudiante montañés para la Ciudad Condal en septiembre de 1871. Su biógrafo don Miguel Artigas, que antes de llegar a director de la Biblioteca Nacional había dirigido la Biblioteca Menéndez y Pelayo, nos da cuenta de que «fue a ocupar una de las habitaciones del piso tercero de la casa número 2 de la calle de San Miguel, posada regida por la simpática doña Francisqueta y residencia desde hacía años de don José Ramón. Tenia este sabio erudito de la ciencia española un carácter jovial, infantil y regocijado; presumía de muy liberal (el padre de Menéndez y Pelayo fue miliciano» y más que tío y tutor de los jóvenes, fraternizaba con ellos en slegre camaradería con bromas *y* chistes inocentes».

Don Marcelino iba a estudiar Filosofía y Letras, carrera que, dadas sus aficiones y despuntes, le iba pintiparada. Allí encontró además a los maestros a su medida, al gran Milá y Fontanals, catedrático de Historia de la Literatura, acendrado erudito de temas medievales, filólogo, investigador y crítico literario. Junto a él y no sólo en la labor de clase, el genio poligráfico de don Marcelino bebió los más depurados néctares de la ciencia literaria, que se estrenó cuando cierto día tocóle al alumno disertar acerca de la historia de la estética. «Seguramente — afirma Miguel Artigas —que aquella lección de cátedra

fue el germen de los maravillosos tomos de la *Historia de las ideas estéticas en España*. El otro de sus grandes profesores fue don Joaquín Rubió y Ors, «Lo Gayter del Llobregat», historiador prestigiosísimo, poeta, admirable apologista católico, nacido en Barcelona el mismo año que Milá y Fontanals en Villafranca del Panadés. Precisamente en casa de Rubió, donde Menéndez y Pelayo comía con frecuencia, así como «en la de Milá o en la de Llorens, solo o acompañado de Luanco, trató de cerca al filósofo genial que no fue su profesor y a su profesor de Literatura Española».

Estos eran, entre otros, los maestros. Entre los condiscípulos figuraban Antonio, Rubió y Lluc, hijo del catedrático, y Costa y Llobera, el gran poeta mallorquín, que fueron cordiales amigos suyos. Rubio y Lluc había nacido en Valladolid el mismo año que don Marcelino en Santander. El nacimiento castellano de este egregio polígrafo catalán, que sucedió en la cátedra a Milá y vivió hasta 1938, fue debido al ejercicio de la cátedra de su padre en la Universidad pinciana, donde dejó grata memoria.

La veneración que don Marcelino sintió por sus maestros es sólo comparable a la grandeza de su alma. «Muchos años después — escribe el profesor Fernández Galiano — nos da el antiguo discípulo una muestra de su insuperable calidad humana — él, el doctor a los dieciocho años, el catedrático de Madrid a los veintidós, el académico de la Lengua a los veinticuatro y de la Historia a los veintiséis, el niño mimado por los intelectuales y por la sociedad, a quien sobraban los motivos para ensoberbecerse — al dedicar modestamente a Milá y Fontanals el primer tomo de su «Historia de las ideas estéticas» con las inmortales, palabras de Dante: «Tu duca, tu signore e tu maestro...». Y el propio coloso, recordando sus dos años en Barcelona, exclamaba. «En esta escuela me eduqué primeramente, y aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus colores mi espíritu, que a falta de otras condiciones nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona, y creo que sustancialmente no se ha modificado aunca».

Así fue el paso de don Marcelino por la capital de Cataluña. El profesor Luanco tuvo necesidad de trasladarse a Madrid en el curso de 1873 a 1874 y a la corte se llevó a sus dos jóvenes pupilos. En Madrid cursa Metafísica con el krausista Salmerón, empieza su carrera de escritor, gana dos premios en los concursos de «La Ilustración», ve impresos varios trabajos de erudición e inicia una de sus polémicas con Revilla. Salmerón, acaso preocupado más por la política que por la clase, dispuso que todos los alumnos repitieran año. Don Marcelino entonces trasladó la matrícula a Valladolid, y en septiembre aprobó la Metafísica, se licenció en Filosofía y Letras, se llevó además el premio extraordinario y entabló contacto con el profesor Laverde, en una cordialisima amistad re-

cuncta para las letras, pues fue Laverde quien le sugirió escribiera cosa que el maestro de maestros hizo poco después, la *Historia de los heterodoxos españoles*.

Laverde, cuando el nuevo licenciado volvió a Madrid a doctorarse, le dio cartas para Valera, Campoamor y el padre Zeferino González. Era en 1875 y don Marcelino presenció la entrada triunfal de Alfonso XII. «Comenzaba—dice Artigas— la restauración política y acababa, de armarse con todas las armas el paladín de la restauración intelectual».

Don Marcelino Menéndez y Pelayo era el segundo gran castellano —hablamos del orden de los genios— que se había enamorado de Barcelona. El primero había sido Cervantes, que había llevado a su héroe inmortal hasta el Campo de la Bota para reñir su último desafío. Asociémosle a uno con el otro ambos universales, ahora que se han cumplido cien años de este manantial inagotable y portentoso de la cultura española.

BIBLIOGRAFÍA RELACIONADA CON MENÉNDEZ PELAYO Y CATALUÑA

Bibliografía de Menéndez Pelayo sobre Cataluña o relacionada con autores catalanes (hasta 1912)

— "Cervantes considerado como poeta", "Obras inéditas de Cervantes", "Soneto", "Traducción de la elegía y de Tibulo" y "Sonetos", en *Miscelánea Científica y Literaria*, Barcelona, 1874-1875.

— "Prólogo" a José Coll y Vehí, *Diálogos literarios*, 1882.

— "Prólogo" a Antonio Rubió y Lluch, El sentimiento de honor en el teatro de Calderón, 1882.

— *Obras completas* del doctor D. Manuel Milá y Fontanals, Barcelona, Librería de Álvaro Verdaguer, 1888-1896, 8 vols.

— "Prólogo" a Joaquím Rubió y Ors, *Lo Gayter del Llobregat*, Barcelona, Jesús y Roviralta, 1889.

— "Prólogo" a Antonio Bartrina, *Diarios literarios*, Barcelona, 1907.

— El doctor D. Manuel Milá y Fontanals. Semblanza literaria, Barcelona, Gustavo Gili, 1908.

— "Una página luminosa…", en José Burch y Ventós, *Datos para la historia del tradicionalismo político durante nuestra revolución*, Barcelona, Luis Gili, 1909, pp. 70-74.

Bibliografía de Menéndez Pelayo editada en Cataluña (hasta 1912)

— *Dramas de G. Shakespeare*, Barcelona, Biblioteca Arte y Letras, 1881.

— *Obras de Q. Horacio Flaco*, Barcelona, Imp. de Jaime Jepús, 1882.

— Otto von Leixner, *Nuestro siglo*, Barcelona, Montaner y Simón, 1883.

— "Discurs de gracies", *Jochs Florals de Barcelona. Any XXX de llu restauració*, Barcelona, La Renaixença, p. 257.

— [RUBIÓ BORRÁS, Manuel, *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo y su primer discurso*, Barcelona, Gustavo Gili, 1913].

Biblioteca Nacional. Archivo de Juan Luis Estelrich [Arch JE]

— 1/13: Joaquín D. Casasús

— 1/22: Enrique Fernández Granados

— 3/21: Jacint Verdaguer

— 2/13: Eugenio Mele

Hemeroteca

— *ABC*: "Homenajes a Menéndez y Pelayo", 5 diciembre 1956, pp. 40-41; Pedro Sainz Rodríguez, "Mi recuerdo personal de Ortega y Gasset", 7 mayo 1983, p. 51; Luis María Ansón, "Un vaso de agua turbia", 10 febrero 1998, p. 3.

— *Alerta*: "Menéndez Pelayo y los santanderinos", 18 enero 1956.

— *Baleares* (Palma de Mallorca): J. Suau Alabern, "Menéndez Pelayo fue diputado por Mallorca", 7 marzo 1956, p. 2; "La palabra de Menéndez y Pelayo en Palma", 3 julio 1956.

— *Bibliotheque de l´Ecole des Chartes*: reseña de Alfred Morel-Fatio del trabajo de Menéndez Pelayo sobre Arnaldo de Vilanova, t. XL, pp. 341-349.

— *Boletín de la Unión Musical de Barcelona*: 15 mayo 1904, p. 2.

— *El Cantábrico* (Santander): 19 y 20 mayo 1916.

— *El Correo de Asturias* (Oviedo): "Menéndez Pelayo", 22 julio 1898.

— *Cu-Cut!* (Barcelona): *K.O.K.* (Eduard Coca y Vallmajor), "A D. Marcelí Menéndez y Pelayo", 21 mayo 1908, pp. 323-324.

— *Diario de Barcelona* (Barcelona): sobre el discurso de Rubió en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 11 enero 1913; Pedro Font Puig, "El centenario de Menéndez Pelayo y Rubió y Lluch", 28 enero 1956, p. 5; Pedro Font Puig, "Misión y obra de Menéndez Pelayo", 24 febrero 1956, p. 5.

— *Diario de Mallorca*: Gaspar Sabater, "Menéndez y Pelayo ante la obra del maestro Quadrado", 19 abril 1956, p. 4.

— *El Diario Montañés*: telegrama sobre el Congreso Apologético de Vic, 13 septiembre 1910.

— *Diario de Villanueva y Geltrú* (Vilanova y Geltrú): Eduard Llanas, "Menéndez Pelayo y el poeta Cabanyes", 1 y 29 abril 1883.

— *La Dinastía* (Barcelona): "La Reina Regente en Barcelona", 28 mayo 1888.

— *El Fénix* (Madrid): 17 marzo 1879.

— *La Ilustració Catalana* (Barcelona): "Jochs Florals", nº 190, 15 junio 1888, p. 178.

— *Las Noticias*: Rafael Gil López, "En la cumbre del saber", 2 septiembre 1915.

— *El País*: Xavier Rubert de Ventós, "El español, ¡qué gran Lengua!", 23 septiembre 2008.

— *Polybiblion*: reseña de M. Milà de estudios críticos sobre escritores montañeses, agosto de 1876, pp. 133-134.

— *El Siglo Futuro*: 11 junio 1881.

— *El Tiempo* (México): A. Rubió, "Menéndez Pelayo", 15 diciembre 1891.

— *La Última Hora* (Palma de Mallorca): Antonio Rubió, "Conferencia sobre literatura catalana dada en la Universidad de Barcelona", 20 y 21 agosto 1897.

— *El Universo*: reseña de la *Semblanza de Milá*, 23 mayo 1908; discurso sobre Balmes en Congreso Apologético de Vic, 27 septiembre 1910.

— *La Vanguardia* (Barcelona): J. Yxart, "Milá y Fontanals", 2 abril 1891; Miguel S. Oliver, "Milá y Menéndez y Pelayo", 9 mayo 1908; Ernest Lluch, "Menéndez y Pelayo", 1 abril 1993, p. 22.

— *La Vetllada* (Girona): 11 junio 1881.

— *La Veu de Catalunya*: Antonio Rubió, "Menéndez Pelayo como catalanista", 22 abril 1881, pp. 4759-4761; Joan Pijoan, "Els llibres de cavallerìa catalans. Un estudi den Menéndez Pelayo", 18 abril 1905.

— Sin indicación de cabecera: Alfonso Ortiz de la Torre, "Menéndez y Pelayo en Barcelona", sin indicación de cabecera, 9 mayo 1908.

Obras de Marcelino Menéndez Pelayo

— "Discurs de gràcies de don Marcelino Menéndez Pelayo en els Jocs Florals de Barcelona de 1888", en *Homenaje de la Asociación de Bibliófilos de Barcelona a Marcelino Menéndez Pelayo en el centenario de su nacimiento*, Barcelona, 1956, pp. 19-23.

— "Prólogo" a James Fitzmaurice-Kelly, *Historia de la literatura española desde los orígenes hasta el año 1900*, Madrid, La España Moderna (Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia), 1901, pp. V-XLII.

— Testamento otorgado en Santander un mes antes de morir, Santander, 2000.

Recopilaciones de textos de Marcelino Menéndez Pelayo

— CAYUELA, Arturo M., S.I., Menéndez y Pelayo orientador de la cultura española. Colección sistematizada de pasajes de interés general, entresacados de 52 obras del maestro, con preliminares, notas e índices, Madrid, Editora Nacional (Libros de Actualidad Intelectual, 4), 1954.

— La conciencia española, recopilación de Antonio Tovar, Madrid, Epesa, 1948.

— DÍEZ ECHARRI, Emiliano, La poesía española vista por Menéndez Pelayo, Madrid, Editora Nacional (Libros de Actualidad Intelectual, 22), 1956.

— Menéndez Pelayo y Juan Valera en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, estudio preliminar de Bénédicte Vauthier, Santander, PubliCan (Cantabria 4 Estaciones, 43), 2009.

— La España de Menéndez Pelayo, antología de sus obras, selección y notas de Miguel Artigas, Zaragoza, Heraldo, 1938.

— Estudios sobre la prosa del siglo XIX, nota preliminar yu selección por José Vila Selma, Madrid, CSIC, 1956.

— Facsímiles de trabajos escolares de Menéndez Pelayo, con un estudio crítico del Dr. Gregorio Marañón, Santander, edición patrocinada por el Ministerio de Educación Nacional y costeada por el Banco de Santander en su y Centenario, 1959.

— HERNÁNDEZ-VISTA, Eugenio, El mundo clásico visto por Menéndez Pelayo, Madrid, Editora Nacional (Libros de Actualidad Intelectual, 24), 1956.

— Menéndez Pelayo y sus ideas, recopilación e introducción de Edmundo González Blanco, Barcelona, Jasón (Hombres e Ideas), 1930.

Artículos y monografías

— [ANÓNIMO] *Verdaguer vindicado por un catalán*, prólogo de E. Marquina, Barcelona, Imp. La Campana y la Esquella, 1903.

— [Clarín] *Marcelino Menéndez y Pelayo. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, prólogo de Gregorio Marañón, notas de Adolfo Alas, Madrid, Ediciones Escorial, 1943.

— ABELLA BERMEJO, Rafael, *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España nacional*, Barcelona, Planeta (Testimonios de la España de nuestro tiempo), 1976.

— ACEDO CASTILLA, José F., *Menéndez Pelayo político*, Sevilla, Ateneo de Sevilla, 1957.

— AGUILERA DE PRAT, Cesáreo R., *Nacionalismos y autonomías*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, S.A., 1993.

— AGUSTÍ, Ignacio, *Ganas de hablar*, Barcelona, Planeta (Testimonios de la España de nuestro tiempo), 1976.

— ALCOVER, Antoni M., *Dietaris de les Eixides (1900-1902)*, edició a cura de Maria Pilar Perea, Barcelona, Universitat de les Illes Balears / Publicacions de l´Abadia de Montserrat (Biblioteca Marian Aguiló, 32-33), 2001.

— ALMIRALL, Valentí, *Articles polítics. "Diari Català" 1879-1881*, edició a cura de Josep M. Figueres, Barcelona, Edicions de la Magrana (Biblioteca dels Clàssics del nacionalisme català, 7), 1984.

— ALONSO, Dámaso, "Menéndez Pelayo, crítico literario", en *Homenaje a Don Marcelino Menéndez y Pelayo en el primer Centenario de su Nacimiento. 14 enero de 1956*, Madrid, Publicaciones de la Universidad de Madrid, 1956.

— ALONSO, Dámaso, *Menéndez Pidal y la cultura española. Conferencia pronunciada por don Dámaso Alonso el día 9 de diciembre de 1968, en homenaje a la memoria de don Ramón Menéndez Pidal*, La Coruña, Instituto "José Cornide" de Estudios Coruñeses, 1969.

— ALVAR, Manuel, "Menéndez Pelayo y la poesía de tipo tradicional", *Boletín de la Universidad de Granada*, 5 (1956), pp. 51-79.

— ÁLVAREZ DE MIRANDA DE LA GÁNDARA, Pedro, *En doscientas sesenta y tres ocasiones como esta. Discurso leído el día 5 de junio de 2011 en su recepción pública por el Excmo. Sr. D. Pedro Álvarez de Miranda de la Gándara y contestación del Excmo. Sr. D. Manuel Seco Reymundo*, Madrid, Real Academia Española, 2011.

— ANGLÈS CERVELLÓ, Misericòrdia, *El pensament de F. Xavier Llorens y Barba y la filosofia escocesa*, Barcelona, Institut d´Estudis Catalans (Treballs de la secció de Filosofia y Ciències Socials, XXV), 1998.

— ANGUERA, Pere, *Cataluña en la España contemporánea*, Lleida, Milenio, 2006.

— ANTÓN DEL OLMET, Luis, y GARCÍA CARRAFFA, Arturo, *Menéndez Pelayo. Ex-voto de amor y de respeto que rinden ante la imagen de un coloso español, dos patriotas*, Madrid, Imp. de Juan Pueyo, 1913.

— APRAIZ, Ricardo de, "Soria en la correspondencia de Estelrich con Menéndez Pelayo", *Celtiberia. Revista del Centro de Estudios Sorianos*, año I, nº 1 (1951), pp. 167-170.

— ARAQUISTÁIN, Luis, "Marcelino Menéndez y Pelayo y la cultura alemana", *BBMP*, XV (1933), (reproducido en Weinar, G. Uschmann, 1932, y *Sobre Menéndez Pelayo*, Santander, UIMP, 2003, págs. 37-73).

— ARBELOA, Víctor Manuel, "Castellanos y catalanes. Una fiesta de hermandad en 1930", *Tiempo de Historia*, año II, nº 15, pp. 20-31.

— ARTIGAS, Miguel, "Introducción al Programa de Historia de la Literatura Española de Don Marcelino Menéndez y Pelayo", *BBMP*, VI (1924), págs. 1-19.

— ARTIGAS, Miguel, "Menéndez y Pelayo y la Institución Libre de Enseñanza", en VV.AA., *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, 1940, pp. 25-30.

— ARTIGAS, Miguel, *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*, Zaragoza, Imp. de Heraldo de Aragón, 1939.

— AULLÓN DE HARO, Pedro, "Estudio preliminar", en Manuel Milá y Fontanals, *Estética y teoría literaria*, edición de Pedro Aullón de Haro, Madrid, Verbum (col. Verbum Mayor), 2002, pp. XV-XXXIX.

— AZORÍN, "En torno a Menéndez y Pelayo", *BBMP*, VI (1924), págs. 151-156.

— BALAGUER, Víctor, *Añoranzas. Memorial de cosas que pasaron (Epistolario)*, Obras de Víctor Balaguer, tomo XXXVI de la colección y único de esta obra, Madrid, Imp. de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1899.

— BALCELLS, Albert, *Cataluña contemporánea. I. Siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI (Estudios de Historia Contemporánea. Siglo XXI), 1979 (2ª ed.).

— BALCELLS, Albert, *Historia contemporánea de Cataluña*, Barcelona, Edhasa, 1983.

— BAQUERO GOYANES, Mariano, *La novela española vista por Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional (Libros de Actualidad Intelectual, 21), 1956.

— BARALLAT Y FALGUERA, Celestino, *Recuerdo biográfico de don Francisco Javier Llorens leído en la sesión solemne del Ateneo Barcelonés*, celebrada en la noche del 24 de enero de 1880, Barcelona, Imp. Barcelonesa, 1880.

— BARREDA, Fernando, "El sentimiento nacionalista y regional en Menéndez y Pelayo", *Cantabria*, Buenos Aires, año I, nº 9 (mayo 1924), pp. 33-39.

— BARRERA, Heribert, "L´autonomia de catalunya y la construcció d´una nova Espanya", Antoni Rovira (comp.), *L´autonomia de Catalunya*, Madrid, UIMP, 1982, pp. 11-21.

— BASDEKIS, Demetrios, "Menéndez Pelayo y Unamuno: Notas sobre estética", *BBMP*, XLII (1966), págs. 3-9.

— BONET, Laureano, *Literatura, regionalismo y lucha de clases*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1983.

— BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo, *La representación de Menéndez y Pelayo en la vida histórica nacional*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1912.

— BONILLA, Adolfo, *La filosofía de Menéndez y Pelayo (con un apéndice bibliográfico)*, Madrid, Imp. de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1912.

— BONIS, Salvador de, S.D.B., *Posición filosófica de Menéndez y Pelayo*, prólogo del P. Juan Roig Gironella, S.J., Barcelona, Editorial Casulleras, 1954.

— BOTTI, Alfonso, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992.

— BUENO SÁNCHEZ, Gustavo, "Gumersindo Laverde y la historia de la Filosofía Española", *El Basilisco*, 2ª época, 5 (1990), págs. 49-85.

— CABRÉ y MONNÉ, Rosa, "Notes per a la recepció de Friedrich Schiller en la literatura catalana del seglo XIX", *Professor Joaquim Moplas. Memòria, escriptura, història. Literatura del segle XIX*, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona (col·lecció Homenatges, 2), 2003.

— CABRÉ, Mª Dolores, "Menéndez Pelayo y Huesca", *Argensola. Revista del Instituto de Estudios Oscenses*, tomo VII, 27 (1956), pp. 225-246.

— CABRÉ, Rosa, "Leopoldo Alas y Josep Yxart: Amistad y aficiones entre dos críticos muy a la moderna. Notas para la recepción de J.M. Guyau", en Antonio Vilanova y Adolfo Sotelo Vázquez (eds.), *Simposio Internacional Leopoldo Alas "Clarín"*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2001, pp. 125-159.

— CABRERO FERNÁNDEZ, Fernando, *Estética y teoría general del arte en Menéndez Pelayo*, Departament de Filosofía, Universitat Autònoma, treball de recerca (Doctorat), profesor Raúl Gabás, Bellaterra, 1988.

— CACHO VIU, Vicente, "La recuperación nacional de Cataluña (1881-1917)", en *Cien años de cultura catalana 1880-1980*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1980, pp. 7-11.

— CACHO VIU, Vicente, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, prólogo de Albert Manent, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes / Quaderns Crema (Biblioteca General, 21), 1998.

— CALVO SERER, Rafael, *España, sin problema*, Madrid, Rialp (Biblioteca del Pensamiento Actual), 1952.

— CAMBÓ, Francesc, *Meditacions. Dietari, Obres completes*, vols. 2 y 3, Barcelona, Alpha, 1982.

— CAMBÓ, Helena, "Verdaguer y Cambó", *Butlletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi*, XVI (2002), pp. 153-164.

— CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., "Cuarenta años de menendezpelayismo", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia contemporánea*, tomo 7 (1994), págs. 657-683.

— CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., "Cuarenta años de menendezpelayismo", *Espacio, Tiempo y Forma, serie V, Historia Contemporánea*, t. 7 (1994), pp. 657-683.

— CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., "Menéndez Pelayo en el conflicto entre tradicionalismo y liberalismo", *BBMP* (1994), págs. 109-134.

— CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los heterodoxos españoles*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo (Estudios de Literatura y Pensamiento Hispánicos, IV), 1984.

— CANTAVELLA, Juan, *Cartas de José María Quadrado a Marcelino Menéndez Pelayo*, Mallorca, Miquel Font, 1991.

— CARRERAS Y ARTAU, Joaquín, "La formación filosófica de Menéndez y Pelayo", en VV.AA., *Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo*, Barcelona, Universidad de Barcelona / Facultad de Filosofía y Letras / Cátedra Ciudad de Barcelona, patrocinada por el Excmo. Ayto. de la ciudad, 1956, tomo I, pp. 47-67.

— CASTELLAR-GASSOL, Joan, *Verdaguer. Vida, passió y mort*, Barcelona, Eds. de 1984, 2002.

— CASTELLET, José María, "Décadas decisivas: de 1890 a 1930", *Arte catalán en la colección Grupo Banco Hispano Americano. Modernismo y Novecentismo*, Madrid, Fundación Santillana / Banco Hispano Americano, 1988, pp. 11-16.

— CASTILLO YURRITA, Alberto del, "La Barcelona de Menéndez y Pelayo (1871-1873)", en VV.AA., *Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo*, Barcelona, Universidad de Barcelona / Facultad de Filosofía y Letras / Cátedra Ciudad de Barcelona, patrocinada por el Excmo. Ayto. de la ciudad, 1956, tomo II.

— CHEYNE, George J.G,. "Menéndez Pelayo, Costa y el Premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras", en Alberto Gil Novales (ed. e introd.), *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, Huesca, Fundación Joaquín Costa, 1991, págs. 15-27.

— CLUB ARNAU DE VILANOVA, *Cataluña: esa desconocida para España. A propósito de 200 artículos de prensa*, prólogo de José Luis L. Aranguren, Barcelona, Península (Temas de Historia y Política Contemporáneas, 17), 1983.

— COLOMER, Josep M., *Cataluña como cuestión de Estado. La idea de nación en el pensamiento político catalán (1939-1979)*, Madrid, Tecnos, 1986.

— COSSÍO, José María de, "Biografía y símbolo de Menéndez Pelayo", en Florentino Pérez Embid, *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 71-94.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, *En una misma historia. La UIMP y Cantabria a través de sus protagonistas y principales acontecimientos*, Santander, Consejería de Educación del Gobierno de Cantabria , 2006.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, *Menéndez Pelayo, Cossío y Cervantes*, Santander, Centro de Estudios Montañeses, 2005.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, "Introducción", Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología de estudios y discursos literarios*, Madrid, Cátedra (Crítica y Estudios literarios), 2009, pp. 13-109.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, "Miguel Delibes. La escritura de *El hereje*", en *Al fulgor de la hoguera. Homenaje a Menéndez Pelayo y Miguel Delibes*, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo (De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su Biblioteca, 8), 2010, pp. 37-54.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, "Menéndez Pelayo i Catalunya", *L´Avenç*, 379 (maig 2012), pp.12-13.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, "Enrique Menéndez Pelayo y la biblioteca de su hermano", *Monteagudo*, 3ª época, nº 17 (2012), pp. 29-46.

— CRESPO LÓPEZ, Mario, *Biografía de Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, UIMP (en prensa).

— CURSACH, Antonio, “Menorca a Menéndez y Pelayo”, *Cantabria*, Buenos Aires, año I, nº 9 (mayo 1924), pp. 45-46.

— DARÍO, Rubén, *Los raros. Cabezas (pequeñas biografías)*, nota preliminar de F.S.R., Madrid, M. Aguilar (Crisol), 1945.

— DENDLE, Brian J., “Unamuno en Barcelona: una entrevista desconocida de 1906”, *Cuadernos de Investigación Filológica*, tomo XV, fasc. 1 y 2 (1989), pp. 159-162.

— DÍAZ DE CERIO, Franco, S.J., “Joaquín Costa y el Premio Extraordinario del Doctorado en Filosofía (1875)”, *Pensamiento*, vol. 21 (1965), págs. 325-338.

— DÍAZ-PLAJA, Guillermo, “Hacia un Menéndez Pelayo total”, *Revista de Actualidades. Artes y Letras* (Barcelona), año V, nº 226, 9-15 agosto 1956.

— DIEGO, Gerardo, “Menéndez y Pelayo y la historia de la poesía española hasta el siglo XIX”, *BBMP*, XIII (1931).

— DIEGO, Gerardo, “Menéndez y Pelayo y la historia de la poesía española”, en Florentino Pérez Embid (ed.), *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 171-196.

— DÍEZ PARDO, Filiberto, *Menéndez y Pelayo, teólogo*, Toledo, Seminario Metropolitano de Toledo, 1941.

— DOMINGO, Josep M., “Jocs Florals de Barcelona en 1859. Modernització urbana y representació col·lectiva”, *L´Avenç*, 352 (desembre 2009), pp. 32-44.

— DOMINGO, Josep M., “La literatura catalana en la España liberal: la Historia deñ Renacimiento literario contemporáneo de Francisco M. Tubino (1879-1881)”, en Leonardo Romero Tobar (ed.), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, pp. 133-171. [Traducción de “De literatura catalana en l'Espanya liberal: la *Historia del Renacimiento literario contemporáneo* de Francisco M. Tubino (1879-1881)", en Rosa Cabré y Josep M. Domingo (eds.). *Estudis sobre el positivisme a Catalunya*. Vic: Eumo Editorial, 2007, pp. 191-266].

— ECHEGARAY, Carmelo de, *Elogio de Menéndez Pelayo. Discurso leído en el Ateneo de Santander el día 19 de mayo de 1916*, Santander, 1916.

— EGOZCUE ALONSO, Joaquín, *La armonía, ideal y objetivo del pensamiento de Gumersindo Laverde Ruiz (1835-1890)*, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

— *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*, introducción de Miguel Artigas y Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Espasa-Calpe (Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo), 1946.

— ESPADALER, Anton Mª., *Literatura catalana*, Madrid, Taurus (Historia crítica de la literatura hispánica), 1989.

— FARINELLI, Arturo, "La labor y la figura intelectual de Menéndez Pelayo" y "Evocación de la figura humana de Menéndez Pelayo", *Divagaciones hispánicas*, I, Barcelona, 1936, págs. 139-186 y 239-253, recogidos en VV.AA., *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional (Libros de Actualidad Intelectual, 20), 1956, págs. 13-55 y 57-69.

— FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Catalanismo y República española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932.

— FERNÁNDEZ-BARROS, Enrique M., *Menéndez Pelayo frente a la España del siglo XIX*, dissertation submitted to the Faculty of the University of Miami, Coral Gables, Florida, 1967.

— FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, *Publicaciones periódicas de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2008.

— FERNÁNDEZ LERA, Rosa, y REY SAYAGUÉS, Andrés del, *Temas regionales y locales de España en la Biblioteca de Menéndez Pelayo (1850-1912)*, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2010.

— FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, "La crítica balmesiana del Estado demoliberal", *Revista de Estudios Políticos*, 205 (1976), pp. 5-40.

— FERNÁNDEZ POUSA, Ramón (dir.), "El centenario de Menéndez Pelayo en la prensa española", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXII, 1956, pp. 285-322, 569-602 y 887-925.

— FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002, t. 3.

— FONT PUIG, Pedro, "Menéndez y Pelayo y la Universidad de Barcelona", en VV.AA., *Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo*, Barcelona, Universidad de Barcelona / Facultad de Filosofía y Letras / Cátedra Ciudad de Barcelona, patrocinada por el Excmo. Ayto. de la ciudad, 1956, tomo I, pp. 9-23.

— FRADERA, Josep Maria, *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña 1838-1868*, prólogo de José Álvarez Junco, Madrid, Marcial Pons, 2003.

— FRANQUESA Y GOMIS, José, "Marcelino Menéndez Pelayo", *La Ilustración Catalana*, tom IX, nº 191 (30 de juny 1888), nº 192 (15 juliol 1888), nº 194 (15 d´agost 1888), nº 195 (31 d´agost 1888) y nº 196 (15 de setembre 1888), pp. 186-187, 205-206, 238-239, 253-254 y 266-267.

— FUSTER, Joan, *Literatura catalana contemporánea*, Madrid, Editora Nacional, 1975.

— GALLEGO, José Andrés (ed.), *Revolución y Restauración, 1868-1931*, vol. 1, Madrid, Rialp, 1982.

— GARCÍA BLANCO, Manuel, "Una carta inédita de Menéndez Pelayo a Unamuno", *BBMP*, XL (1964), págs. 199-203.

— GARCÍA ESCUDERO, José María, *Menéndez Pelayo y la convivencia intelectual*, Santander, Fundación Marcelino Botín, 1988.

— GARCÍA RIVES, Luis, y GIL ROBLES, José María, "La patria y la región, según Menéndez y Pelayo", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3ª época, tomo XLIII (1922), pp. 260-280 y 453-474.

— GARCÍA ROMERO, Miguel, *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndze Pelayo*, Madrid, Imp. de la viuda e hijo de Aguado, 1879.

— GARCÍA TEIJEIRO, Miguel, *El doctor don José Ramón F. Luanco y Riego. Datos de su vida*, Lugo, Benemérito Castropolense, 1926.

— GARCÍA VENERO, Maximiano, *Vida de Cambó*, Barcelona, Aedos, 1952.

— GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín, *Nota bibliográfica sobre las Obras Completas de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, Madrid, Imp. Clásica Española, 1918.

— GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín, "La segunda edición de la *Historia de los heterodoxos*. Evaluación desde la arqueología", *BBMP*, 1994, *Estudios sobre Menéndez Pelayo. Número extraordinario en homenaje a Don Manuel Revuelta Sañudo*, págs. 197-214.

— GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Santander, Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander / Ediciones de Librería Estvdio (Pronillo, 2), 1983.

— GONZÁLEZ MILLÁN, Xoan, "Menéndez Pelayo y su proyecto historiográfico de una *nacionalidad literaria* española plurilingüe", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXII (2006), pp. 393-428.

— GRACIA, Jordi, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama (Argumentos), 2006.

— GRAU, Josep, *La Lliga Regionalista y la llengua catalana (1901-1924)*, Barcelona, Publicacions de l´Abadia de Montserrat (Textos y Estudis de Cultura Catalana), 2006.

— HINA, Horts, *Castilla y Cataluña en el debate cultural 1714-1939. Historia de las relaciones ideológicas catalano-castellanas*, Barcelona, Península (Historia, Ciencia, Sociedad, 195), 1986.

— *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado*, prólogo de Juan Valera, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1899, dos tomos.

— HURTADO, J., SERNA, J. de la, y GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel,, *Historia de la literatura española*, Madrid, 1932.

— IRIARTE, Joaquín, S.J., *Menéndez Pelayo y la filosofía española*, tomo II, Madrid, Razón y Fe (Estudios sobre la filosofía española, su concepto y su valor), 1947.

— JARDÍ, Enric, *El novecentismo catalán*, Barcelona, Aymá, 1980.

— JORBA, Manuel, "La literatura catalana en les lliçons de literatura espanyola de Manuel Milà y Fontanals", en *Professor Joaquim Moplas. Memòria, escriptura, història. Literatura del segle XIX*, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona (col·lecció Homenatges, 2), 2003, vol. I, pp. 573-587.

— JORBA, Manuel, "Manuel Milá y Fontanals en la encrucijada de la filología europea moderna", *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXIX, cuaderno CCXLVIII (sreptiembre-diciembre 1989), pp. 493-513.

— JORBA, Manuel, *Manuel Milà y Fontanals en la seva època. Trajectòria ideològica y professional*, Barcelona, Curial (Biblioteca de Cultura Catalana, 54), 1984.

— JORBA, Manuel, reseña de Francisco María Tubino, *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, edició de Pere Anguera, Pamplona, Urgoiti, 2003, *L´Avenç*, 300 (març 2005), pp. 76-78.

— JULIÁ, Santos, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2005 (3ª ed.).

— JURETSCHKE, Hans, "Menéndez Pelayo en sus cartas", *Arbor*, 90 (junio 1953), pp. 179-186.

— JUTGLAR, Antoni, *Historia crítica de la burguesía en Cataluña*, Barcelona, Anthropos (Historia, Ideas y Textos, 8), 1984 (1ª ed., 1972).

— LAÍN ENTRALGO, Pedro, "Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales", *España como problema*, tomo I, *Desde la polémica de la Ciencia española hasta la generación del 98*, Madrid, Aguilar (Ensayistas Hispánicos), 1956, págs. 81-368.

— LAÍN ENTRALGO, Pedro, "Revisión de Menéndez Pelayo", *Revista de Economía*, 10 (1991), pp. 97-100.

— LLORENS Y BARBA, Javier, *Oración inaugural, que en la solemne apertura de estudios del año 1854 a 1855, dijo en la Universidad de Barcelona D. Javier Llorens y Barba*, Barcelona, Imp. de Tomás Gorchs, 1854.

— LOMBA PEDRAJA, José Ramón, "Menéndez Pelayo", *La Atalaya*, Santander, 18 y 19 mayo 1913, reproducida en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2006 (col. De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su biblioteca, 0), págs. 37-44.

— LÓPEZ BAUSELA, José Ramón, *La contrarrevolución pedagógica en el franquismo de guerra. El proyecto político de Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, Biblioteca Nueva / PubliCan (Memoria y Crítica de la Educación, 22), 2011.

— MADARIAGA, Salvador de, *Españoles de mi tiempo*, Barcelona, Planeta (Espejo de España), 1976 (4ª ed.).

— MANRIQUE-GÓMEZ, Marta y PÉREZ-MAGALLÓN, Jesús, "Menéndez Pelayo y la apropiación conservadora de Calderón como icono de la identidad nacional", *BBMP*, LXXXII (2006), págs. 429-451.

— MARAGALL, Joan, *Poesia completa*, edició de Glòria Casals y Lluis Quintana, Bracelona, La Butxaca, 2010.

— MARTÍNEZ-GIL, Víctor, "L´iberisme català y la crisi colonial dels estats peninsulars", en VV.AA., *1898: entre la crisi de identitat y la modernització. Actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, 20-24 d´abril de 1998*, volum I, Barcelona, Publicacions de l´Abadia de Montserrat, 2000, pp. 149-160.

— MARTÍNEZ-GIL, Víctor, "La Ilustración Ibérica y la creació d´un mercat literari peninsular", *Els Marges*, 71 (2002), pp. 37-55.

— MARTÍNEZ-GIL, Víctor, "La retrobada de les cultures catalana y portuguesa: l´homenatge a Camões del 1880", *Catalonia*, 2009, pp. 1-11 (paginación del PDF

disponible en http://www.crimic.paris-sorbonne.fr/IMG/pdf/Portugal_et_Catalogne_MARTINEZ_GIL.pdf).

— MAYONE DIAS, Eduardo, "Menéndez Pelayo e o problema da autonomia da literatura portuguesa", *Colóquio. Letras*, 5 (janeiro de 1972), pp. 5-15.

— MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, "Escritos inéditos", *Menéndez-pelayismo*, 1, *Marcelino Menéndez Pelayo. Los grandes polígrafos españoles*, Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 16 de mayo de 1944.

— MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Testamento otorgado en Santander un mes antes de morir*, Santander, 2000.

— MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, "Menéndez y Pelayo en incesante y apasionada búsqueda de la verdad y comprensión de la belleza, sin temor a las más francas rectificaciones", *Centenario del nacimiento de Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Discursos leídos en la Junta Solemne Conmemorativa del 28 de enero de 1956*, Madrid, Imp. Góngora, S.L., 1956, págs. 53-68.

— MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Introducción y Programa de Literatura Española*, publicado por M. Artigas, Madrid, Cruz y Raya, 1934.

— MERCADER, L., "Jochs Florals", *La Ilustració Catalana*, nº 190 (15 de juny 1888), p. 178.

— MESTRE y CAMPI, Jesús (dir.), *Diccionari d´Història de Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1993 (2ª ed.).

— MILÁ Y FONTANALS, Manuel, *Estética y teoría literaria*, edición de Pedro Aullón de Haro, Madrid, Verbum (Verbum Mayor), 2002.

— MIRALLES, Enrique, "Cataluña bilingüe: Una polémica desatada por / contra Menéndez Pidal (1902-1903)", en VV.AA., *1898: entre la crisi de identitat y la modernització. Actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, 20-24 d´abril de 1998*, volum I, Barcelona, Publicacions de l´Abadia de Montserrat, 2000, pp. 183-194.

— MOLL, Francesc de B., *Menéndez Pelayo y la llengua catalana. Conferència pronunciada el dia 24 de maig 1956*, Barcelona, l´Obra del Diccionari català-valenciàbalear, 1957.

— MORÓN ARROYO, Ciriaco, "Menéndez Pelayo: Hacia una nueva imagen", *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen. Ponencias del Seminario del mismo título celebrado en la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", Santander, 2-6 agosto 1982, bajo la dirección de Manuel Revuelta Sañudo*, Santander, Sociedad

Menéndez Pelayo (Estudios de Literatura y Pensamiento Hispánicos), 1983, págs. 11-30.

— MUÑIZ MUÑIZ, Mª Nieves, "L´*Antologia de poetas líricos italianos* di Estelrich nell´*Epistolario* di Menéndez Pelayo (Per una storia delle traduzioni delle letteratura italiana in Spagna)", *Anuari de Filologia*, vol. XIX (1996), secció 6, nº 7, pp. 95-109.

— OLEZA, Juan, "Las afinidades electivas de un liberal: Clarín y la tradición literaria", en Antonio Vilanova y Adolfo Sotelo Vázquez (eds.), *Simposio Internacional Leopoldo Alas "Clarín"*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2001, pp. 61-79.

— OLIVER, Miguel de los Santos, *Cosecha periodística (Artículos varios)*, Palma de Mallorca, Tipo-litografía de Amengual y Montaner, 1891.

— OLIVER, Miguel de los Santos, *La cuestión regional*, Palma de Mallorca, Tipo-litografía de Amengual y Montaner, 1899.

— OLIVER, Miguel de los Santos, *La literatura en Mallorca (1840-1903)*, Palma de Mallorca, Tipo-litografía de Amengual y Montaner, 1903.

— OLIVER, Miguel de los Santos, *Mallorca durante la primera revolución (1808 a 1814)*, Palma de Mallorca, Tipo-litografía de Amengual y Montaner, 1901.

— OLLER, Narcís, *Memòries literàries. Història dels meus llibres*, pròleg de Gaziel, Barcelona, Aedos (Biblioteca Biogràfica Catalana, 31), 1962.

— OLTRA, Benjamín, MERCADÈ, Francesc, y HERNÁNDEZ, Francesc, *La ideología nacional catalana*, Barcelona, Anagrama, 1981.

— ORS, Eugenio d´, "Estilo de pensar de Menéndez y Pelayo", en Florentino Pérez Embid, *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 95-111.

— PABÓN, Jesús, *Cambó 1876-1947*, prólogo de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Alpha, 1999.

— PABÓN, Jesús, *El drama de mosén Jacinto*, Barcelona, Alpha, 2002 (2ª ed.).

— PALOMA, J.A., "Milà y Fontanals col·lector de cançons de pandero", *Quaderns de Filologia. Universitat de València*, 1984, pp. 255-259.

— PEREA, Maria Pilar, *Antoni M. Alcover dialectòleg, gramàtic, polemista*, Barcelona, Publicacions de l´Abadía de Montserat, 2005.

— PEREA, Maria Pilar, *"Una repicada forta de campanes a favor de la llengua catalana". El centenari del Primer Congrés Internacional de la Llengua catalana*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 2007.

— PÉREZ EMBID, Florentino, "Participación de Menéndez Pelayo en la política activa", en Florentino Pérez Embid, *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 379-408.

— PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco, *Ayer estuve en Pompeya*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo (Conferencias y Discursos, 2), 1998.

— PERUCHO, Joan, "Discurs del president, Joan Perucho", en *Jocs Florals de Barcelona. Any CXXX de la seva restauració*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1988.

— PLÁ, José, *Cataluña*, Barcelona, Destino, 1961.

— POZUELO YVANCOS, José María, "Popular / culto, genuino / foráneo. Canon y teatro nacional español", *Theatralia. Revista de Teoría del Teatro*, 3 (2000), págs. 235-260.

— PUNZANO MARTÍNEZ, Victoriano, "Pensamiento bibliográfico de Menéndez Pelayo", *Anales de Literatura Española*, 7 (1991), pp. 147-164.

— REDONET, Luis, "La noticia de la muerte de Menéndez y Pelayo en las Cortes y en la Prensa nacional", *Altamira*, 1956, pp. 7-32.

— REVUELTA SAÑUDO, Manuel, "Menéndez Pelayo, mito y realidad", *Menéndez Pelayo. Setenta y cinco aniversario*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo / La Casuca Cántabra, 1989, pp. 113-135.

— REYES, Alfonso, "Reconciliación de Menéndez Pelayo", *Revista Interamericana de Bibliografía*, VI, nº 4 (1956), pp. 325-328.

— RIERA, Carme, *El Quijote desde el nacionalismo catalán, en torno al Tercer Centenario*, Barcelona, Destino, 2005.

— RÍOS LAMPÉREZ, Blanca de los, "Las grandes reconstrucciones de Menéndez y Pelayo", *BBMP*, X (1928), págs. 1-25.

— RIQUER y PERMANYER, Borja de, *El último Cambó 1936-1947. La tentación autoritaria*, Barcelona, Grijalbo, 1997.

— RIQUER y PERMANYER, Borja de, *Escolta, Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

— RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja, "Una súbita rebelión epistolar en la República de las Letras", *Monteagudo*, 3ª época, nº 17 (2012), pp. 97-108.

— RODRÍGUEZ LAFUENTE, Fernando, "Menéndez Pelayo, crítico literario", *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, 86 (marzo-abril 2003), págs. 131-144.

— ROMERO, Arturo, "Menéndez Pelayo en la Universidad de Barcelona", *Historia y Vida*, 234 (septiembre 1987), pp. 24-39.

— RUBIÓ BORRÁS, Manuel, *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo y su primer discurso*, Barcelona, Gustavo Gili, 1913.

— RUBIÓ y BALAGUER, Jordi, "Contribució als escrits de Manuel Milà y Fontanals anteriors al 1844", *Homenatge a Jaume Vicens y Vives*, vol. II, Barcelona, 1967, pp. 575-612.

— RUBIÓ y BALAGUER, Jordi, "Menéndez y Pelayo y Ramón Llull", en VV.AA., *Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo*, Barcelona, Universidad de Barcelona / Facultad de Filosofía y Letras / Cátedra Ciudad de Barcelona, patrocinada por el Excmo. Ayto. de la ciudad, 1956, tomo I, pp. 85-104.

— RUBIÓ y BALAGUER, Jordi, *Breve contribución a la obra literaria de Manuel Milà y Fontanals*, Barcelona, CSIC, Delegación de Barcelona, 1970.

— RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, "Algunas indicaciones sobre los educadores intelectuales y las ideas filosóficas de Menéndez y Pelayo", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Año XVI, nº 7 y 8 (julio-agosto 1912).

— RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, "Algunas indicaciones sobre los educadores intelectuales y las ideas filosóficas de Menéndez y Pelayo", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año XVI, nº 7-8 (julio-agosto 1912b), pp. 22-59.

— RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, "En Menéndez Pelayo y la cultura catalana", *Anuari de l´Institut de Estudis Catalans*, Barcelona, 1912a.

— RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, "Menéndez Pelayo", *El Tiempo*, México, 15 diciembre 1891, *en Homenaje a Menéndez Pelayo*, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2006 (col. De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su biblioteca, 0), págs. 27-35.

— RUBIÓ Y LLUCH, Antonio, *Del nombre y de la unidad literaria de la lengua catalana. Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Antonio Rubió y Lluch el día 23 de marzo de 1930*, edición de Germà Colón Domènech, Barcelona, Institut d´Estudis Catalans, 2004.

— RÚJULA, Pedro, "Una puerta que se cierra. El carlismo frente a Isabel II", en Juan Sisinio Pérez Garzón (ed.), *Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 75-90.

— SABATÉ MILL, A., *Manuel Milà y Fontalans y Marcelino Menéndez Pelayo*, Ajuntament de Vilafranca del Penedès, 1987.

— SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, "Los conceptos de patria y de región, según Menéndez y Pelayo", en Florentino Pérez Embid, *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 303-331.

— SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *El concepto de patria y de región en la obra de Menéndez y Pelayo*, Madrid, Viuda e Hijos de J. Ratés, 1930.

— SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Menéndez Pelayo, ese desconocido*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975.

— SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta (Espejo de España), 1978.

— SALTOR, Octavi, "Menéndez Pelayo en els Jocs Florals de Barcelona", en *Homenaje de la Asociación de Bibliófilos de Barcelona a Marcelino Menéndez Pelayo en el centenario de su nacimiento*, Bracelona, 1956, pp. 37-43.

— SÁNCHEZ, Alberto, "La crítica cervantina en la obra de Menéndez Pelayo", *Anales Cervantinos*, V (1955-1956), págs. 267-273.

— SÁNCHEZ, Alberto, "Los estudios cervantinos de Menéndez Pelayo", *Homenaje a Menéndez Pelayo. Disertaciones leídas y poesías recitadas en el solemne acto celebrado el día de la Fiesta del Libro, Madrid, Instituto Nacional de Enseñanza Media "Cervantes", 23 de abril de 1956*, págs. 9-18.

— SÁNCHEZ REYES, Enrique, *"Don Marcelino". Biografía del último de nuestros humanistas*, Santander, Aldus, 1956.

— SANEMETERIO COBO, Modesto, "Antropología cultural en Menéndez Pelayo", *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz"*, vol. V (1973).

— SANEMETERIO COBO, Modesto, "Kant, Menéndez Pelayo y las ciencias del conocimiento", *BBMP*, 1994, *Estudios sobre Menéndez Pelayo. Número extraordinario en homenaje a Don Manuel Revuelta Sañudo*, págs. 61-108.

— SANTOVEÑA, Antonio, "Menéndez Pelayo y la cultura católica", en Manuel Suárez (ed.), *La cultura española en la Restauración. y Encuentro de Historia de la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, págs. 395-415.

— SANTOVEÑA, Antonio, "Menéndez Pelayo, ¿un caso de manipulación intelectual permanente? Aproximación historiográfica", en Germán Rueda Hernanz (ed.), *Doce*

estudios de historiografía contemporánea, Santander, Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria (Serie Universitaria, 5), 1991, págs. 275-293.

— SANTOVEÑA, Antonio, "Una alternativa cultural católica para la España de la Restauración: Menéndez Pelayo y la polémica sobre la ciencia", *Investigaciones históricas*, vol. XII (1992), págs. 237-253.

— SANTOVEÑA, Antonio, *Menéndez Pelayo y las derechas en* España, Santander, Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander / Ediciones de Librería Estvdio (Colección Pronillo, 12), 1994a.

— SANTOVEÑA, Antonio, *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria (Biblioteca Básica, 8), 1994b.

— SANTOVEÑA, A., "Menéndez Pelayo y el sistema educativo español", *BBMP* (1994c), págs. 135-162.

— SEBOLD, Russell P., "Cabanyes: Lírico en la encrucijada del Neoclasicismo y el Romanticismo", *La perduración de la modalidad clásica. Poesía y prosa españolas de los siglos XVII a XIX*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia. Estudios Filológicos, 288), 2001, pp. 169-196.

— SERÉS, Guillermo, "Menéndez Pelayo y *La Celestina*", en Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (dirs.), *"Orígenes de la novela". Estudios*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria / Sociedad Menéndez Pelayo (Ediciones del Centenario de Menéndez Pelayo), 2007, págs. 381-405.

— SERRANO VÉLEZ, Manuel, *Menéndez Pelayo, un hombre contra su tiempo*, Jaén, Almuzara, 2012.

— SIGUÁN, Miguel, "Cataluña en la vida de Menéndez Pelayo", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, XXV (1949b), pp. 5-49.

— SIGUÁN, Miguel, "Cataluña en la vida de Menéndez Pelayo", en Florentino Pérez Embid (ed.), *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 333-378.

— SIGUÁN, Miguel, "Menéndez Pelayo y Balmes", *El centenario de Balmes. Boletín mensual*, 15 (marzo 1949), pp. 249-253.

— SOLÍA, Joan, "Conmemoració dels Jocs de 1988. Els Jocs Florals, Menéndez y Pelayo y la cultura catalara ara fa un segle", en *Jocs Florals de Barcelona. Any CXXX de la seva restauració*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1988, pp. 57-70.

— SUAU ALABERN, J., *Menéndez Pelayo y Mallorca*, Palma de Mallorca, Mossén Alcover, 1956.

— SUAU ALABERN, J., *Menéndez Pelayo y Mallorca*, Palma de Mallorca, Panorama Balear, 1956b.

— TERMES, Josep, *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Barcelona, Anagrama, 1976.

— TERMES, Josep, y COLOMINES, Agustí, *Les Bases de Manresa de 1892 y els orígens del catalanisme*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992.

— TORRES GOST, Bartolomé, *Miguel Costa y Llobera 1854-1922. Itinerario espiritual de un poeta*, Barcelona, Balmes, 1971.

— TORRES GOST, Bartomeu, *Centenari de l´*Oda a Horaci. *Relacions epistolars y personals de Costa y Llobera y Menéndez Pelayo*, Mallorca, Edicions Cala Murta, 1979.

— VALLEJO DEL CAMPO, José Alberto, *Menéndez Pelayo, historiador. Su formación y su concepción de la disciplina*, Santander, Fundación Marcelino Botín / Sociedad Menéndez Pelayo, 1998.

— VARGAS LLOSA, Mario, "La fantasía sediciosa", *Mario Vargas Llosa, XIII Premio Internacional Menéndez Pelayo. Discursos pronunciados en ocasión de la entrega del XIII Premio Internacional Menéndez Pelayo a don Mario Vargas Llosa el 12 de julio de 1999 en el Palacio de la Magdalena*, Santander, UIMP, 1999, pp. 35-57.

— VERDAGUER, Jacint, *Canigó*, Barcelona, Edicions 62, 1980.

— VICENT, Manuel, *Aguirre, el magnífico*, Madrid, Alfaguara, 2011.

— VIQUEIRA, José María, "Proyección de Menéndez y Pelayo en Portugal", *Arbor*, t. XXXIV, nº 127-128 (julio-agosto 1956), pp. 525-535.

— VIQUEIRA, José María, *Menéndez Pelayo y Portugal*, Coimbra, Facultade de Letras da Universidade de Coimbra, 1974.

— VV.AA., *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado. Estudios de erudición española con un prólogo de D. Juan Valera*, Madrid, Lib. General de Victoriano Suárez, 1899.

— VV.AA., *L´exposició del 88 y el nacionalisme català*, Barcelona, Fundació Jaume I, 1988.

— VV.AA., *Milà y Fontanals. Elogis per Mossén Miquel Costa y Llobera, D. Joseph Franquesa y Gomis, Ilm, Dr. D. Joseph Torras y Bages, Dr. D. Antoni Rubió y Lluch. Projecte pera la edició definitiva de les seves obres per D. Joseph Roig y Roqué*, Barcelona, Llibrería Relligiosa, 1912.

— VV.AA., *Verdaguer. Un geni poètic. Catàleg de l´exposició commemorativa del centenari de la mort de Jacint Verdaguer (1902-2002)*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, 2002.

Epistolarios

— *Epistolari d´En M. Milà y Fontanals. Correspondència recollida y anotada per L. Nicolau d´Olwer*, Barcelona, Institut d´Estudis Catalans, 1922.

— *Epistolario de Menéndez y Pelayo en torno a la publicación de las Obras Completas de Milá*, prólogo de Manuel Benach Torrents, Vilafranca del Panadés, col. Cosas que fueron, 1950.

— *Epistolari de Miquel Costa y Llobera amb Ramón Picó y Campanar. I. 1875-1885. Ii. 1891-1912*, transcripció, comentari y anotacions per Bartomeu Torres Cost, Palma de Mallorca, Edicions Biblioteca Bartolomé March, II, 1975.

— *Epistolari de Miquel Costa y Llobera y Antonio Rubió y Lluch a Joan Lluis Estelrich*, edición de Bartomeu Torres Gost, Mallorca, Moll (Els Treballs y Els Dies, 27), 1985.

— *Marcelino Menéndez y Pelayo / Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario*, prólogo de Gregorio Marañón, notas de Adolfo Alas, Madrid, Escorial, 1943.

— SÁNCHEZ REYES, Enrique, "Epistolario de Estelrich y Menéndez Pelayo", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1950, pp. 111-336.